

LUIS MURILLO

CURRÍCULUM MORTIS



Si después de cincuenta años no sabemos
quién asesinó a John F. Kennedy, ni cómo murió
Marilyn Monroe, sólo puede haber una explicación...

CURRÍCULUMMORTIS

(Dan FosterII)

LUIS MURILLO

*Para M^a José y Luis, mis hijos,
deseando que su singladura profesional por
el procelosomar de los medios audiovisuales
les lleve a horizontes de satisfacción personal.*

*Y por supuesto, también para Rita, mi mujer.
Su incesante trabajo crítico y sus numerosas sugerencias
han contribuido de manera decisiva a mejorar
el resultado final de CURRÍCULUM MORTIS.*

“SÓLO LOS MITOS TIENEN PERMISO DE LOS DIOSES PARA CAMBIAR LA HISTORIA”.

(“Richard Parker”)

ÍNDICE

PERSONAJES PRINCIPALES

ALEXBUNDY: gerente de una funeraria. Víctima del virus *Vóltrax*.
AMY STOLLE: hija de Tony Stolle, víctima del *Vóltrax*.
BOBDUGAN: director de la CIA.
BOGART: jefe de operaciones de la agencia secreta *Arcanum*.
BRIAN NELSON: policía de Los Ángeles.
CHARLES WILLIAMS: responsable de Asuntos Internos de la CIA.
CHAPLIN: agente de *Arcanum*.
DAN FOSTER: escritor español.
ENRICO VITALI: novio italiano de Nuria Serra.
EUNICE MURRAY: ama de llaves de Marilyn Monroe.
FRANK HOLDEN: alias *Julius III*. Presidente de *Arcanum*.
GLORIA MAKULAS: relaciones públicas de Hollywood.
HILLARY SONTAG: maquilladora y peluquera de Marilyn Monroe.
HOWARD RITT: esposo de Marta Dulles, víctima del *Vóltrax*.
JANE WAGNER: amiga de Marilyn Monroe.
JOHN F. KENNEDY: presidente de Estados Unidos.
JULIA GALLEGOS: vecina del matrimonio Wagner.
LEE H. OSWALD: presunto asesino del presidente Kennedy.
LOLA PORTAL: dueña de la editorial Diamante.
LOUIS TROY: forense militar, víctima del *Vóltrax*.
MARILYN MONROE: actriz americana.
MONTY: agente de *Arcanum*.
NURIA SERRA: investigadora española del IORD.
OLIVIA PERRY: agente de la CIA.
PAUL WAGNER: esposo de Jane Wagner. Especialista cinematográfico.
PHILIP CARRINGTON: médico de Dallas, víctima del *Vóltrax*.
RICHARD PARKER: antiguo agente de la CIA.
STEVEN LANCASTER: director de virología del IORD.
WILLY LANGE: hijo de Linda Lange, enfermera de Dallas.

PREÁMBULO 1

Agosto del 43

Muchos animales, gracias a facultades extrasensoriales innatas, perciben con antelación la proximidad de una catástrofe y se apresuran a huir. Igual les ocurre a los cobardes. Por el contrario, los héroes siempre plantan cara al destino.

La noche del 2 de agosto de 1943, las aguas que bañan el archipiélago de las islas Salomón, en el suroeste del océano Pacífico, dormitaban en una extraña calma. El cielo estaba cerrado por completo debido a una compacta y espesa muralla de negras nubes, la oscuridad era extraordinariamente densa y el silencio casi total. Sólo se percibía el ruido de las díscolas olas que golpeaban de vez en cuando sobre el casco del *PT-109*, un patrullero-torpedero de la marina norteamericana con base en la bahía de Rendova, al norte de la isla de Lumbari.

El teniente Fitzgerald, un apuesto joven de veintiséis años, de rostro tremendamente varonil y cuerpo atlético, no dejaba de escrutar la negrura del mar en el estrecho de Blackett, ni de agudizar el oído a la caza de cualquier ruido que no fuera el del rizado oleaje que movía la pequeña pero eficaz lancha de ataque rápido que mandaba. Tenía bajo sus órdenes una tripulación de trece hombres y su misión consistía en hostigar los navíos de guerra japoneses que transportaban tropas y víveres desde la base central de Rabaul, en la isla de Nueva Bretaña, a la de Vila en la también isla de Kolombangara. Esta vía de suministro, conocida como “Tokyo Express” en la campaña del Pacífico, generó numerosas batallas aeronavales durante la Segunda Guerra Mundial entre las fuerzas norteamericanas y el ejército imperial japonés.

Aquella noche, sobre las dos y media, el mencionado oficial se hallaba en el pequeño puente de mando junto al vigía John Maguire, atentos ambos a dar la voz de alarma si avistaban algún barco enemigo. En cubierta, cuatro hombres más vigilaban cada uno de los puntos cardinales; en la bodega, los siete soldados restantes descansaban a la espera de relevar a sus compañeros.

—Señor, me temo que esta noche no vamos a pescar nada. No creo que esos perros “japos” tengan ganas de jugar a estas horas.

—¿Qué hora es?

—Las dos y media pasadas —respondió el vigía elevando la esfera del reloj a escasos centímetros de sus ojos.

Surgió un largo silencio en el que, poco a poco, el teniente comenzó a incubar en su ánimo la intuición de que la tragedia se estaba aproximando. Aquella noche emboscada, y sobre todo aquel mar tenso en pleno invierno austral, no le gustaba nada.

Ocurrió todo en escasos minutos.

De pronto, a unos setenta metros, el *Amagiri*, un destructor japonés clase *Fabuki*, encendió sus potentes reflectores; los motores comenzaron a rugir a toda máquina en dirección al *PT-109* y las olas, encabritadas por la hélice, vomitaban su espuma, blanca y rizada, tanto a babor como a estribor.

—¡Putos “japos” a la vista! ¡Rápido! ¡Cada uno a su puesto! —gritó el teniente.

Mientras llegaba MacMahon, el maquinista, Fitzgerald encendió los motores y maniobró con el timón para salir de la amenazante diagonal que estaba trazando el destructor en dirección a ellos. Simultáneamente, el oficial Ross se apresuró en montar un torpedo

de 37 milímetros, y el resto de la tripulación se echó los fusiles a la cara y orientó las dos ametralladoras hacia el torpedero para repeler la agresión.

Todo fue inútil. La proa del buque de guerra nipón impactó justo en el centro de la lancha yanqui partiéndola en dos y la tripulación al completo salió despedida por los aires. Tras el descomunal golpe, repuestos a duras penas de la inevitable conmoción física y anímica, los marines norteamericanos se afanaron en atrapar todos los flotadores que estaban a su alcance antes de que la popa de la lancha se hundiera por la explosión del depósito de combustible. Poco después, mientras trataban de tomar contacto unos con otros, los náufragos tuvieron que protegerse de un nuevo ataque: varias ráfagas de ametralladora disparadas desde el *Amagir* mientras se alejaba de la zona del incidente.

La primera preocupación del teniente Fitzgerald fue comprobar las bajas que se habían producido: sólo dos, los soldados Tracy y Rosten.

—¡Hijos de puta! —se lamentó el oficial.

Milagrosamente, todos los demás estaban vivos, aunque magullados, sangrantes y conmocionados por el brutal impacto y la subsiguiente explosión.

—¿Tenéis todos salvavidas?

—¡Yo, no, mi teniente! —gritó Parker, un soldado de diecinueve años que aquella noche era su primera salida a patrullar.

De inmediato, el oficial braceó hacia donde había oído la voz y le encontró apoyado sobre un trozo de la proa, semihundida por el peso de su cuerpo.

—¿Puedes nadar con eso?

—No iría muy lejos, señor. Tengo la pierna derecha rota, creo, y la otra..., la otra apenas puedo moverla —informó el soldado con la voz fracturada por un intenso dolor

—¡Joder!

—Márchense usted y los compañeros... Déjeme aquí..., no quiero ser un estorbo —le pidió el herido luchando a duras penas con las olas para mantenerse a flote sobre la inestable madera.

—¿Dejarte aquí? ¡Estás loco, muchacho! —le recriminó su jefe agarrándolo por la cintura al tiempo que un inesperado golpe de mar impactaba en sus rostros y les cegaba durante unos segundos.

—No podré llegar nunca a tierra...

—¡O nos salvamos todos o ninguno! ¡Toma, ponte mi salvavidas!

—¡Señor, insisto, es preferible que me ahogue yo a que nos ahogemos los dos.

—¡Parker, es una orden! ¡Ponte el salvavidas! ¡Ahora mismo!

Una vez el herido dentro del flotador, el teniente gritó varias instrucciones al resto de la tripulación, en aquellos momentos bastante dispersa por culpa de inestabilidad de las olas.

—¡Oídmelos todos! ¡No estamos muy lejos de la playa, creo que a unas seis o siete millas, pero no podemos acercarnos en línea recta hacia ella! ¡Nadaríamos en contra de la corriente, avanzaríamos muy poco y nos agotaríamos enseguida! ¡Tenemos que ir en diagonal, tratando de nadar siempre a favor de ella! Gracias a Dios las olas son flojas y esto es una ventaja ¡Tardaremos más en llegar pero nos cansaremos menos! ¡Y sobre todo, debemos nadar muy juntos por si alguno desfallece! ¿Ok...?

Siguiendo las indicaciones de Fitzgerald, los once náufragos comenzaron abrazar en diagonal hacia la playa sur de la isla de Kolombangara, formando una inestable fila en cuyo último lugar marchaba el teniente tirando del flotador de Parker con una mano y nadando con la otra. Como así avanzaban muy poco y se quedaban atrás con respecto a los demás compañeros, el oficial optó por aferrar con los dientes el arnés del salvavidas; le daba la espalda al herido pero nadaba de frente, lo remolcaba mucho mejor y, sobre todo, no perdían contacto con el grupo.

Seis horas y media más tarde, la corriente les había alejado de Kolombangara pero,

felizmente, los había acercado a otra isla, a Plum Pudding.

Nada más pisar tierra, completamente exhaustos, todos los náufragos se dejaban caer sobre la arena. Los dos últimos en arribar fueron Parker y el teniente Fitzgerald, quien todavía tuvo fuerzas para echárselo al hombro y tenderlo con cuidado en el suelo alejado de las olas.

—Gracias, mi teniente... Le debo la vida... Jamás olvidaré lo... lo que ha hecho por mí —balbuceó a duras penas el herido.

—La vida se la debes a tus padres. A mí sólo me debes... un pequeño favor —le replicó el oficial con la voz desfallecida por el ímprobo esfuerzo.

—Por desgracia, mi teniente..., no sé quiénes son mis padres. No llegué a conocerlos... Desde hoy, si salimos vivos de aquí..., si me lo permite, usted será mi padre.

Fitzgerald sonrió a pesar del infinito agotamiento de todas las células de su cuerpo y, sobre todo, del rictus de dolor que tensaba su semblante. Luego, se dio la vuelta para descansar bocabajo. Fue entonces cuando el agradecido soldado se fijó en la espalda de su salvador: tenía amoratados, casi negros, varios centímetros cuadrados de la columna vertebral a la altura de la zona dorsal y, probablemente, varias costillas rotas por la brutal embestida del destructor japonés.

A pesar de sus atroces dolores, Parker se estremeció ante el sacrificioprotagonizado por el hombre que jadeaba a su lado. Si unos segundos antes lo había adoptado como padre, desde ese momento se convertía para él también en su héroe.

Más aún...

A partir de entonces, sería su dios.

PREÁMBULO 2

Invierno del 62

1

A pesar de que todas las furias de la Naturaleza se conjuraron contra sus deseos, el enamorado, sin dudarlo un instante, decidió visitar a su amada.

El primer relámpago rasgó de arriba abajo, y en zigzag, la negra sábana de la noche de Lincoln, la capital del estado norteamericano de Nebraska. Eran las veintiuna horas y cuarenta minutos. Tres segundos después, un descomunal trueno conmovió los cimientos de la ciudad y, saltando de terraza en terraza, terminó perdiéndose por Malcom en dirección a Branched Oak Lake. De inmediato, el viento, totalmente despavorido, comenzó a ulular alrededor de la Clock Tower e inoculó todo tipo de epilepsias en los árboles del campus universitario del *Union College*. Por último, las nubes, asustadas también por la extrema violencia de la tormenta, estrujaron con celeridad sus grávidas ubres y comenzaron a desparramar agua en todas direcciones para apagar los enloquecidos rayos antes de que incendiaran la tierra.

Pasadas las diez de la noche, una limusina blindada, gris ceniza, Cadillac Eldorado del 59, arribó a las inmediaciones del aeropuerto municipal. Llovía rabiosamente y el aguacero crepitaba con furia sobre el capó del vehículo, hasta el punto de que los limpiaparabrisas se veían impotentes para achicar el diluvio que se despeñaba sobre el cristal. Los ruidos de la tormenta habían amainado, pero todavía se escuchaban, de vez en cuando, los redobles de algunos truenos lejanos.

El lujoso automóvil pasó de largo ante la entrada principal de viajeros y, al llegar al final del sombrío edificio de la terminal, dobló a la derecha y se dirigió hacia una gran puerta que proporcionaba acceso directo a las pistas. Dos fornidos agentes de seguridad, soportando impávidos el aguacero enfundados en sendos chubasqueros, custodiaban una barrera metálica pintada en franjas blancas y verdes, presidida en un lateral por un ciclópeo semáforo de color rojo.

Al detenerse el vehículo ante la barrera, uno de los vigilantes se acercó a la ventanilla del conductor, quien bajó el empañado cristal haciendo girar la manivela con su mano izquierda. Un hombre que viajaba en el asiento del copiloto le alargó una credencial plastificada, sobre la que se posaron algunas gotas de lluvia. Al identificarla, el agente esbozó con la mano derecha un remedo de saludo que luego se transformó en un gesto de "vía libre". De inmediato, el semáforo mutó a verde y la barrera verdiblanca comenzó a izarse temblando como si padeciera párkinson.

La limusina penetró en el recinto privado del aeropuerto y rápidamente giró a la izquierda para dirigirse, en diagonal, a la cabecera de pista más alejada de la torre de control. Unos centenares de metros más adelante, a pesar de la espesa manta de lluvia, comenzó a perfilarse la imponente silueta de un Boeing 720 de la Fuerza Aérea Norteamericana con las luces y el motor encendidos.

Cuarenta segundos más tarde el majestuoso vehículo se detenía frente al avión, justo al lado de una escalera móvil color plata adosada a su costado izquierdo, cuyo último peldaño coincidía con la puerta delantera de entrada al Boeing. Escasos instantes después apareció un comandante del ejército del aire que se apresuró en bajar los peldaños de la escalinata con la mirada puesta en la limusina.

Al mismo tiempo, Richard, el viajero que ocupaba el asiento delantero del Cadillac junto

al conductor, se apeó empuñando con la mano izquierda un paraguas gris oscuro; se trataba de un treintañero muy espigado, aproximadamente uno ochenta de alto, con el pelo cortado “al cepillo”. Sus facciones poco angulosas, más bien esquinadas, le dotaban de un perfil muy varonil acentuado por un pequeño hoyo que hundía su barbilla. Esta fisonomía y sus gestos enérgicos, sin sombra de duda alguna, le conferían una fuerte personalidad de marcado carácter ejecutivo.

Desplegó el paraguas al tiempo que abría la puerta trasera de la limusina, apareciendo un apuesto varón que sobrepasaba apenas la cuarentena. Robusto, elegante, cabello negro frondoso partido por una nítida raya lateral, mentón ancho y prominente, ojos de mirada intensa y sonrisa encantadora que dejaba entrever una dentadura perfecta; sin embargo, más allá de los rasgos físicos que configuraban el estereotipo de un gran seductor en los diversos circuitos de las relaciones humanas, toda su figura transpiraba una innegable áurea de supremacía, de liderazgo.

—Menuda nohecita, Ricky —comentó al apearse mientras se izaba el cuello del abrigo bajo el paraguas que sostenía su ayudante.

En ese momento, el comandante del Boeing se les acercó con la mano extendida y las mejillas perladas por la lluvia a pesar de la visera acharolada del sombrero reglamentario que cubría su cabeza.

—Bienvenido, señor.

—Hola. ¿Cree que podremos despegar?

El recién llegado estrechó la mano del piloto y, después, ambos panoramizaron con la mirada por la noche de garganta de lobo que les rodeaba, estremecida aún por los aullidos del viento y los lamentos de los truenos en retirada.

—Supongo que sí, señor. La tormenta ya ha pasado y esto es un simple aguacero. De la torre de control nos han indicado que esperemos unos minutos; las previsiones meteorológicas son optimistas.

—Pues nada, a esperar.

—Estaremos mejor arriba —opinó el hombre que empuñaba el paraguas.

—Llevas razón. Subamos —ordenó el viajero que había llegado en el asiento trasero del automóvil.

Richard le alargó el paraguas y su superior comenzó a subir la escalera del avión seguido del comandante. Mientras, el joven ayudante se acercaba a la ventanilla del Cadillac Eldorado al tiempo que consultaba su reloj de pulsera.

—Jim, a las seis aquí. ¿Entendido? Si hubiera alguna contraorden, te llamo a casa.

—De acuerdo, señor.

Veinte minutos más tarde, la ventisca había quedado reducida a una mansa llovizna, el viento enloquecido se serenó y los cuatro motores *Pratt-Whitney JT3C* del Boeing 720 comenzaron a rugir encabritados hasta que el piloto desembridó los frenos y la aeronave comenzó a cabalgar por la pista batiendo sus majestuosas alas. Pocos segundos después saltaba hacia las ya desnutridas nubes que cubrían el cielo de Nebraska y, a unos mil pies del suelo, comenzó a girar noventa grados en dirección oeste.

2

A la misma hora que el Boeing 720 de la Fuerza Aérea Norteamericana alcanzaba su velocidad de crucero, en Los Ángeles, en el barrio de Brentwood, concretamente en el 12.305 de Filth Helena Drive, la propietaria de la vivienda, una mujer de treinta y cinco años, rubia teñida, apagaba la lámpara del salón y se asomaba con sigilo al ventanal para otear la calle sin ser vista desde el exterior.

Aquella noche había cuatro hombres apostados frente a su casa. Tres en el interior de

sendos automóviles y el cuarto al costado de una motocicleta. Se hallaban el sempiterno chico pelirrojo de *Los Angeles Times* con su cámara de fotos colgada del cuello, así como un individuo de mirada engarfiada que siempre tenía un cigarrillo en los labios; con toda probabilidad un emisario de Hoover. Se encontraba también, aunque hacía algún tiempo que no le veía por allí, un cincuentón con el pelo engominado, brillante y aplastado sobre el cuero cabelludo como si fuera una segunda piel; inconfundiblemente, un esbirro de Sam. Y la novedad de aquella noche, un tipo encorbatado, gafas de pasta gruesa, pipa en los labios, gabardina gris y gemelos colgados del cuello; sin duda un detective privado, aunque desconocía quién lo había podido contratar.

—¡Cabrones! —masculló entre dientes la rubia platino.

En ese momento sonó el timbre. Cerró con rapidez las contraventanas y, tras encender la luz, se encaminó al hall para abrir la puerta. En el salón, a medio amueblar, destacaban algunos motivos de decoración hispanos, sobre todo mejicanos: máscaras y penachos aztecas, sombreros mariachis, así como alfombras y tapices decorados con grandes soles mitológicos.

—Hola, Jane —saludó al abrir la puerta— ¿Has visto cuántos hay esta noche? ¡Cuatro!

—No te preocupes. Ya sabes cómo maneja mi marido el volante.

La recién llegada se despojó del pañuelo rosa que cubría su melena rubia, idéntica a la de su anfitriona. Y al quitarse las gafas oscuras que le ocultaban casi por completo el rostro, se pudo establecer el espectacular parecido que poseían ambas mujeres. Similitud física que llevaba a deducir automáticamente, aunque no era así, que se trataba de dos hermanas gemelas.

—¿Qué me pongo esta noche? —indagó Jane mientras se aireaba con los dedos el cabello, aplastado hasta entonces por el pañuelo.

—El vestido moka con perlititas blancas y el abrigo de chinchilla. Ya los tienes preparados encima de la cama. Mira en el bolsillo derecho, que tienes un regalito

—Sonrió la dueña de la casa con un pícaro mohín al tiempo que se dirigía al cuarto de aseo—. Voy a darme un baño. Tienes tiempo de tomarte una copa. En el frigorífico hay whisky y tequila.

—Gracias, Nor —sonrió Jane al tiempo que la contemplaba extasiada, como si viera a una diosa capitolina, hasta que desapareció por el pasillo.

Nor comenzó a desnudarse frente a un espectacular espejo ovalado que le devolvía con total fiabilidad unos pechos perfectos en su tamaño, en su milagrosa elevación y en la sensualidad de una piel alabastrina donde se atisbaban apenas algunas venas azules. Unos senos coronados por una sonrosada aureola desde la que se disparaban los pezones de una turbadora rojez. No menos perfecto era su vientre, absolutamente plano, que terminaba en un tentador, frondoso y negro pubis. Completaban su deslumbrante figura unos glúteos respingones apuntalados por unos muslos muy prietos, sostenidos a su vez sobre dos esbeltas piernas que finalizaban en unos pequeños pies con las uñas lacadas en rojo brillante.

Sus dimensiones anatómicas andaban muy próximas al estereotipo de las medidas perfectas en la mujer. Pesaba cincuenta y cinco kilos y medía un metro sesenta y seis centímetros, aunque los tacones de vértigo que solía calzar la elevaban a casi uno setenta y cinco.

A pesar de que todo el cuerpo de Nor se acercaba al canon ideal de la belleza femenina, lo que más destacaba en ella era su rostro armónico, radiante y perfecto de piel salvo un diminuto lunar oscuro que, lejos de afearle, le confería un distintivo toque de personalidad; y dentro de este semblante reinaban unos expresivos ojos capaces de reflejar en milésimas de segundo casi toda la gama de los sentimientos humanos.

Pero lo que daba sentido a todo su ser, desde su hipnotizante sexualidad a flor de piel hasta la turbadora ingenuidad de una niña-mujer, era su sonrisa. En ella se producía el

milagro del matrimonio imposible entre la perversión y la inocencia, entre la provocación y la timidez. Era inimaginable que pudiera pasar desapercibida en ningún lugar público, tanto para hombres como para mujeres. Parecía la diosa Venus reencarnada, la materialización del Bien y del Mal en un mismo cuerpo.

Tras sumergirse en la bañera, coronada por un espectacular castillo de espuma blanca, se embriagó con la calidez del agua y el perfume de las sales aromáticas metabolizadas en ella. Pasados unos minutos de relajación, comenzó a frotarse la piel con una esponja amarilla impregnada de jabón, deteniéndose de forma especial en la higiene de sus zonas íntimas.

Media hora más tarde abrió el desagüe y se irguió para quitarse la espuma con la ducha. Una vez seca gracias a un néveo albornoz, inició la hidratación de la piel con una suave y nutritiva crema que extendía con masajes cargados de sensualidad. Luego, ante el espejo, se esmeró en embellecer su rostro y cuello con un maquillaje a base de productos parisinos, deteniéndose de manera especial en perfilarse los labios y pintarlos con un brillante color rojo pasión.

Finalizado el lento y sagrado ritual del acicalamiento femenino, se asomó al salón. Jane esperaba leyendo un ejemplar de *Variety* mientras degustaba un tequila *Tres Reyes*.

—Ya puedes llamar a tu marido.

Nueve minutos más tarde, un Jaguar XK 150, del 61, se detenía frente a la puerta de la vivienda, tocaba tres veces el claxon y, segundos después, aparecía Jane con un rutilante abrigo de chinchilla. Contoneándose provocativamente como una primera corista sobre unos tacones de pasarela, se dirigió al vehículo y se acomodó en el asiento trasero cuya puerta le sostenía con galantería el conductor, un fornido treintañero de anchas espaldas enfundado en un traje “príncipe de Gales” con la chaqueta cruzada.

Nada más arrancar el vehículo, comenzaron a seguirle los tres automóviles y la motocicleta que vigilaban la casa. Nor, desde la ventana, de nuevo con la luz apagada, esbozó una sonrisa triunfal al tiempo que soltaba un “¡jodeos cabrones!”. De inmediato, se dirigió hacia el teléfono para llamar a un taxi que le recogiera a las once y media.

Sólo le faltaba enfundarse el exclusivo modelo encargado con gran ilusión para la anhelada cita que le esperaba a medianoche. El vestido, de seda azul turquesa, se le ajustaba perfectamente al cuerpo semeando una segunda piel. Un picudo escote sin fondo dejaba entrever sus enhiestos senos, libres por completo de la mordaza de un sujetador. La abertura de la falda, iniciada en la articulación de su muslo izquierdo, delataba la carencia de ropa interior, dejando entrever unas piernas embutidas en finas medias de color carne. Por último, sus diminutos pies calzaban unos zapatos de charol celeste, adornados con herrajes de plata y con unas diminutas circonitas incrustadas que refulgían en cuanto incidía sobre ellas cualquier golpe de luz.

Era su gran noche y tenía que estar a la altura del encuentro que se avecinaba.

A las once y media en punto sonó la estentórea bocina del taxi y a Nor le dio un vuelco el corazón. Cogió su bolso, a juego con el material y color de los zapatos. Se aseguró que llevaba su perfume preferido, *Chanel nº 5*, y se echó sobre los hombros un deslumbrante abrigo de visón negro.

3

—Ricky, me conoces perfectamente y también conoces las mujeres que he tenido... Muchas. Y hubieran sido muchas más si no fuera por las malditas hernias... Pero, créeme..., ésta es diferente a todas, incluida Judith Cambell. No porque sea la mejor en la cama, las he tenido mejores... Es que ella... me quiere. Me quiere de verdad... Me hace sentir una sensación que no había experimentado hasta ahora con ninguna

otra. Ni siquiera con mi esposa. Es la primera vez que veo en una mujer, te lo juro, algo más que dos tetas, un coño y un culo.

—Señor, conociéndole, me sorprende el comentario... Nunca, la verdad, me había hablado así de ninguna mujer.

—No sólo me ha entregado su cuerpo. Me ha dado todo su ser, su alma, su cariño... No sé si alcanzas a comprender lo que esto significa para mí. A diferencia de las otras, entre Nor y yo no hay sólo sexo. Lo hay, evidentemente, y muy satisfactorio... Pero al mismo tiempo ha nacido, casi sin darme cuenta, una atracción diferente, una especie de poderoso imán que hace que, cuando llega el momento, me cueste la misma vida separarme de ella. Con Nor me siento más... No sé cómo expresarlo. Me ha enriquecido, y mucho, en el aspecto humano. Me siento amado hasta el infinito por ella y, de la misma forma, la quiero infinitamente. Ya sé que su imagen pública es la de una chica frívola, pero, créeme, nada que ver en la intimidad. Es frágil, sensible, dulce... Es, simplemente, maravillosa. Y no sé cómo he podido tardar años en darme cuenta.

—Le repito, señor, me sorprende usted. No hay duda, esa mujer le ha cambiado por completo.

Nació entre ambos personajes un largo y caviloso silencio de miradas perdidas en la inconcreta lontananza de la reflexión.

Los motores de la aeronave militar bramaban en esos momentos cruzando los cielos de California en dirección a Los Ángeles. Las alas protestaban acosadas por las turbulencias y a veces, al entrar en pozos de aire, el Boeing se desplomaba unos metros al tiempo que gruñía todo su esqueleto metálico.

—Señor...

Richard pidió audiencia con voz tenue, pero su superior no le oyó. No sólo por el rugido de las turbinas sino, sobre todo, porque se hallaba abstraído por completo. Su cerebro, su imaginación, su fantasía, andaban ocupados por la hipnótica figura de la mujer que empezó siendo sólo una conquista rutinaria, un tributo más a su voracidad sexual, una nueva muesca en su ranking de conquistador. Sin embargo, poco a poco había pasado a convertirse en algo más, mucho más, que los brazos y piernas de una lúbrica serpiente, unos pechos tentadores o una vagina insaciable.

—Quería comentarle que... —insistió su ayudante.

Oyó la voz de Richard pero no fue consciente de su intención de decirle algo. Su mente se hallaba ahora lacerada por el sentimiento de frustración que, sin duda alguna, le atenazaría a la vuelta de aquella cita. No podría ahuyentar de su ánimo la aterradora depresión en la que se sumiría Nor al quedarse de nuevo sola. El gozo y la pasión de unas horas se verían luego entenebrecidos, como había sucedido ya en otras ocasiones, por la inevitable separación y la gélida soledad de la distancia.

—Señor... Señor, ¿le molesto si le hago una pregunta?

—¿Cómo? —Su jefe sacudió levemente la cabeza emergiendo de su abstracción— No, claro. Dime.

Su ayudante tragó saliva antes de hablar. Clavó los ojos en el hombre al que servía con la fidelidad de un perro, al que quería como a un padre, admiraba como a un héroe y por el que sería capaz de dar la vida sin la más mínima sombra de duda. No en vano le había salvado de morir en las proximidades de las Islas Salomón durante la guerra del Pacífico.

—Adelante, Ricky.

—Cruzar medio país en una noche de perros como ésta para pasar tres horas escasas con una mujer, exponerse a que se entere su esposa, desafiar a los cien sabuesos que le tienen puestos sus enemigos..., sólo puede significar una cosa. Esa mujer... Esa mujer, no lo dude, es la mujer de su vida.

El hombre enamorado sonrió al tiempo que ponía la mano sobre la rodilla de su ayudante, un joven que aunaba un ramillete de virtudes difícilmente superable:

inteligente, discreto, imaginativo, audaz, resolutivo y, sobre todo, exponente de una amistad y fidelidad sin límites.

—Como siempre, tienes razón. Has definido con total exactitud la situación. Es la mujer de mi vida y es el gran drama de mi existencia. No puedo vivir con la mujer a la que quiero y, por desgracia, nunca me permitirían unirme a ella aunque renunciara a todo lo que soy.

—Totalmente de acuerdo, señor. No le dejarían vivir sus enemigos y, lo que es peor..., tampoco sus amigos.

—Y no te quiero contar mi familia. —Su mirada se perdió de nuevo en el infinito y comentó entre dientes: — ¡Si pudiera desaparecer sin dejar rastro...!

El avión cabeceó y comenzó a perder altura, señal inequívoca de que había entrado en la senda de planeo para aterrizar en LAX, el Aeropuerto Internacional de Los Ángeles.

—Perdón que insista. Una... curiosidad. ¿Estaría dispuesto a dejar de ser quien es... por vivir con ella?

—Sin la menor duda... Pero sabes que eso es pura quimera porque nuestra existencia se convertiría en un infierno. Si pudiéramos vivir al margen de todo y de todos, te aseguro que sería el hombre más feliz del universo. Pero eso es completamente imposible.

Observó con fijeza a su hombre de confianza al tiempo que trataba de succionar de su privilegiado cerebro las ideas que, sin duda alguna, andaban hirviendo en la retorta de su audaz imaginación.

—¿En qué piensas?

—En nada, señor.

—Ricky, te conozco como si te hubiera parido. Así que no trates de engañarme. ¡Anda, canta!

—Olvédelo. Se me había pasado por la cabeza una locura.

—Tus locuras casi nunca son locas —sonrió su superior exhibiendo una perfecta dentadura nacarina enmarcada por sus carnosos labios—. Anda, cuéntame esa locura.

—No, olvédelo. Perdería el poco o mucho crédito que tengo ante usted.

—Insisto. Dime de qué se trata.

El tren de aterrizaje impactó en ese momento sobre el cemento de la pista y el estruendo de la frenada abortó la conversación. Sin embargo, el ronco bramido de los motores y las intensas vibraciones de la nave no lograron apagar la súbita chispa que había puesto en ignición el privilegiado cerebro de Richard. Una idea excitante por su motivación, espectacular por su puesta en escena y de una audacia infinita en su hipotético desarrollo.

La desechó algunos segundos después porque, sin la menor duda, era una auténtica barbaridad, una extravagancia, un disparate. Una historia que no le compraría ni el más descerebrado de los productores cinematográficos; aquello no era ni siquiera ciencia ficción, era simple y llanamente un absurdo absoluto.

Logró apartar la locura de su cabeza mientras bajaban del Boeing y subían a un Pontiac que les esperaba al pie de la escalera del avión. Ya en el coche, circulando por Santa Mónica Boulevard en dirección al hotel Beverly Hilton, la idea regresó de nuevo a la cabeza de Richard para comenzar a dar vueltas y más vueltas con inusitada contumacia por sus laberintos cerebrales. Intentó rechazarla pero ella, tozuda, volvía una y otra vez a su mente hasta que, sentado en un rincón del bar del hotel, con un cigarrillo en una mano y un *Cutty Sark* en la otra, no le quedó más remedio que entregarse a un análisis pormenorizado de la misma.

Al fin y al cabo, no tenía otra cosa que hacer durante las tres o cuatro horas siguientes.

En algún rincón de la suite había un tocadiscos y sobre él giraba un *long-play* con versiones orquestales de famosas melodías de amor. En ese momento sonaba *Summer place*, en la magistral interpretación de la *Bing Band Top Stars*.

—¡Sírvase el señor!

Ella sonrió con una mirada que encerraba todo un homenaje a la diosa Picardía. Luego cerró los ojos y entreabrió con suavidad las piernas sobre la suntuosa cama, bajo un dosel de seda color fucsia, donde se encontraba tendida y desnuda por completo, con los dulces flanes de sus pechos en mareante estado de zozobra.

Él sonrió también, se sentó en el lateral derecho del mullido colchón y la contempló con hipnotizada adoración durante casi un minuto. Después alargó la mano hacia una bandeja de plata, situada encima de la mesita de noche, sobre la que descansaban tres amplios cuencos de cristal veneciano. Cada uno de ellos contenía una tentadora confitura: mermelada de fresa, *moussede* chocolate y crema *chantilly*. Cogió una resplandeciente cucharita de plata y la introdujo en la mermelada hasta colmarla de tan dulce manjar. La vertió sobre el botón púrpura del pezón derecho de su amada y, con exquisita voluptuosidad, comenzó a extenderla despacio por toda la areola mamaria. Seguidamente, ofició el mismo ritual con la *moussede* chocolate en el seno izquierdo. Y por último, expandió varias cucharadas de crema *chantilly* sobre la negra ensortijada del vello púbico, convirtiéndolo así en una especie de manto de armiño concupiscente.

Se incorporó para contemplar con mejor perspectiva el apetitoso pastel de carne libidinosa con repostería variada en que había convertido el deseado y deseante cuerpo de Nor. Finalmente, se arrodilló sobre el colchón y, teatralizando con desmesura, preguntó con voz engolada:

—¿Me permite, “pastelita”?

— Soy toda suya, señor.

— Nunca dejarás de sorprenderme, Ardillita.

— Cariño, venir esta noche de perros desde Nebraska se merecía un extra.

Terminada la degustación de las tres delicateses, Jack se tendió sobre Nor y comenzaron a besarse con suavidad, pronto con frenesí y, finalmente, convulsionados por la locura. El orgasmo, simultáneo, jadeante, ruidoso, lo lograron cuando en el tocadiscos los violines de Mantovani alcanzaban su clímax más romántico en *All the things you are*.

Después de unos veinte minutos de relax, de abrazos y caricias, se levantaron y tomaron asiento en la alfombra persa que aportaba belleza, silencio y confort al suelo del salón. Situados frente a frente, con las piernas cruzadas y rodeados de cojines, comenzaron a degustar los manjares que contenía una segunda bandeja situada entre ellos: caviar iraní sobre finos triángulos de pan de molde, ostras ya abiertas y sazonadas con unas gotas de limón sobre lecho de hielo picado, regados ambos con una botella de *Ruinart* servida en dos fulgentes copas de cristal *Ronovec*.

Recuperadas las fuerzas con tan exquisitos alimentos, Jack se tendió sobre la alfombra. Nor cogió la botella de champán, bebió un sorbo e, inclinándose sobre su amante, le besó los labios al tiempo que derramaba en su boca el inconfundible *Ruinart*. Despacio, muy despacio, vertió el resto del champán sobre el bajo vientre del hombre que la tenía hechizada desde hacía casi un año. Seguidamente, tras tomar asiento sobre él, comenzó a cabalgar, primero con lentitud, más tarde a galope, mientras Jack, extasiado, enloquecía de placer aferrado a sus bamboleantes pechos hasta que, entre gritos y vuelo de cojines, entre jadeos y arañazos, alcanzaron exhaustos un nuevo clímax.

El tercer orgasmo, ya en la naciente madrugada, lo culminaron en la gran bañera circular de la suite, a la luz de tres gruesos cirios de cera roja situados cada uno en los vértices de un imaginario triángulo; tres luces que terminaron apagadas por el violento

oleaje de agua y espuma provocado por el tsunami de la pasión embravecida de sus cuerpos.

Hacia las cuatro, después de dormir abrazados durante una media hora, Jack, entre besos y caricias, anunció a su amada que le había llegado la hora de marcharse. En aquel momento, toda la felicidad de Nor se transmutó en tristeza y, segundos después, en un incontenible llanto que a veces se encabritaba por los agujijones de la desesperación.

—Siempre que vienes a verme, imagino que nunca más nos volveremos a separar... que estaremos juntos toda la vida... —se lamentó ella con expresión famélica tras domeñar a duras penas las lágrimas.

—Eso, Ardillita, y tú lo sabes, es lo que más desearía en este mundo. Pero también sabes, también sabemos, que desgraciadamente es... es imposible.

—Nada hay imposible si hay un gran amor por medio —le retó Nor mirándolo con los ojos sumergidos en un brillante acuario de lágrimas.

Jack iba a contestarle pero comprendió que no tenía ningún argumento convincente. Se limitó a abrazarla, a acariciarla y a secarle con sus besos las mejillas.

—Cada vez que llega este momento tan triste, todo lo que deseo es morirme. Me siento sin fuerzas para seguir viviendo. Mi psiquiatra, sí, consigue quitarme estos pensamientos negros, pero a base de muchas pastillas. Pastillas para dormir, pastillas para estar alegre... Pastillas para..., para todo... —le confesó con la voz triturada por la amargura.

La que minutos antes era una mujer imaginativa, vitalista, con la carcajada fácil y el cuerpo encendido por la pasión, ahora era una niña triste, miedosa y aterida por el dolor glacial que introduce en el alma el acerado cuchillo de la separación del ser amado.

En aquel momento, Jack tomó conciencia de que no podían seguir así. O él cortaba con su vida oficial, o se apartaba para siempre de la desvalida mujer que se acurrucaba entre sus brazos temblando ante el terrible fantasma que le esperaba en cuanto él se marchara. La soledad. La pavorosa soledad.

5

El Boeing de la Fuerza Aérea despegó del aeropuerto de Los Ángeles a las cuatro y cuarenta y ocho minutos, sumiéndose Jack en un enquistado silencio. A veces sus párpados se cerraban, pero no caían por la fuerza del sueño sino por el peso de un sinfín de cavilaciones a cual más apesadumbrada.

Richard le escudriñaba de vez en cuando, plenamente consciente de lo mucho que estaba sufriendo su jefe y amigo. Jack poseía una extraordinaria capacidad para afrontar los problemas en su primer estadio, diseccionándolos y resolviéndolos de inmediato. Sin embargo, ahora le veía impotente para salir del dilema entre su vida íntima y su vida pública, entre la fantasía y la realidad, entre el amor y el poder.

Poco antes de las seis, le vio saltar del asiento impulsado con vehemencia por la tensa palanca de la desesperación.

—¡Dios!

Furioso y descontrolado, golpeó tres veces con ambas manos en la puerta de una de las alacenas portaequipajes situada sobre las ventanillas. De inmediato, repitió el grito de rabia, pero ahora con los decibelios mucho más elevados y prolongados.

—¡¡¡Dioooooos!!!

Tras cerrar los ojos, se mordió los labios hasta pasar de la rojez a la pálida blancura de la violencia. A continuación exhaló con rotundidad todo el aire de sus pulmones, combustionados por las mil elucubraciones germinadas en su cerebro desde que el

avión levantara el vuelo. Por último, pronunció una frase que resumía toda su desestructurada situación anímica.

—¡Ricky, poder ser el hombre más feliz del mundo y no serlo, equivale a ser el hombre más desgraciado del mundo!

El fiel ayudante meditó unos segundos el contenido de las palabras de su superior y, dado que había desnudado su alma ante él, se atrevió a replicarle utilizando el mismo razonamiento.

—Señor, usted será el ser más desgraciado del mundo... si no intenta ser el hombre más feliz del mundo.

—Tienes toda la razón, pero sabes perfectamente que no puedo hacer nada. Entre ella y yo no hay un muro infranqueable. Si así fuera, lo perforaría aunque fuera a cabezazos. Pero no es sólo un muro. Es el mundo entero. No puedo enfrentarme al mundo entero.

—No, no es fácil. Sin embargo...

—¡No nos dejarían vivir! —le cortó Jack atenazado por su pensamiento único— ¡Tendríamos que estar luchando por nuestro amor cada día, cada minuto, cada segundo! ¡Y esa lucha, antes o después, nos desgastaría y terminaría destruyendo nuestro Xanadú!

—Le decía que no es fácil. Pero...

—¡Los buitres de la prensa, la presión política! —volvió a cortar a Richard— ¡Mi familia, mis amigos, mis colaboradores...! ¡Imposible vivir cercados por tantas presiones!

—Señor... —Su inseparable ayudante intentó de nuevo explicarle algo que andaba dando vueltas por sus circuitos cerebrales desde hacía unas horas—. Mientras le esperaba, me he tomado unos cuantos güisquis y...

—¿Y lo peor de todo sabes qué es? —De nuevo el frenesí interior de Jack le impedía tomar conciencia de que su acompañante andaba en el tercer intento de decirle algo— Que cada vez que nos vemos, luego cae en una depresión de la que le cuesta semanas recuperarse. Y me da miedo, mucho miedo, que algún día haga una tontería. Sabes a lo que me refiero, ¿verdad...?. Le han fallado muchos hombres y si yo le fallo también... ¡No sé, mejor no pensarlo!

—Le decía, señor, que mientras le esperaba en el bar del hotel me he tomado tres *Cutty Sarky*, lógicamente, medio me he emborrachado.

—¿Me estás escuchando...? —De pronto, Jack cayó en la cuenta de lo que le había dicho su acompañante— ¿Cómo...? ¿Cómo que te has emborrachado? ¿Tú, el que se marea con una gota de alcohol? ¿Y a qué viene eso ahora?

Jack no entendía qué relación podía existir entre el angustioso problema que acongojaba su espíritu y la insólita revelación de que su fiel ayudante y amigo se había pasado con el alcohol. Alguien que era abstemio y frugal como un monje tibetano se había puesto ciego de güisqui.

—¿De verdad te has hartado de *Cutty Sark*? —insistió incrédulo Jack al tiempo que tomaba asiento cerca de él—. ¡No me lo puedo creer!

—Se lo va a creer cuando le cuente la idea que he tenido. O no, mejor no se la cuento...

—A ver, suelta. Lo estás deseando.

—Olvídese, señor.

—Ricky, suéltala ya. Es una orden...

Durante cerca de veinte minutos, Richard le expuso a su jefe y amigo un plan para solucionar el problema que le atormentaba desde principios de año. Por dichas fechas, la relación con Nor comenzó a dejar de ser un trofeo sexual, uno más en su carrera de seductor, para pasar a convertirse en una necesidad imperiosa de estar con ella. Y sobre todo, en un continuo tormento por la imposibilidad de unir sus vidas para siempre en aras del amor que había nacido entre ambos.

La extraordinaria mente de Richard, durante su larga reflexión en el bar del hotel, no se había limitado a esbozar una idea. Su portentosa inteligencia había trazado también las líneas maestras de un fantástico plan: los pros y los contras, las pequeñas, medianas y grandes dificultades, una serie de montajes previos, así como el importe económico aproximado de la operación antes, durante y después de la ejecución del citado plan.

Jack le escuchó con gran atención. Primero sorprendido y, más tarde, alucinado e incrédulo para terminar preguntando con la voz empapada de ironía:

—¿Cuántosgüisquis dices que te has tomado...? ¿Tres? ¿No habrán sido diez?

Preveía de antemano que su idea iba a parecerle a su jefe un disparate y por eso aceptó la sarcástica pregunta con una humilde sonrisa.

—Sólo han sido tres. ¡Se lo juro sobre la Biblia!

—Lo que me has contado no te lo aceptarían en Hollywood ni siquiera como una enloquecida parodia de una película de ciencia ficción.

—¿Por qué, señor?

—Porque ningún ser racional, por muy imaginativo que fuera, pensaría que una cosa así pudiera ocurrir, no ya en la realidad, sino también en la más disparatada fantasía.

Richard cerró los ojos, distendió las comisuras de los labios con un remedo de sonrisa y luego aseveró con la voz envuelta en todos los tonos persuasivos de los que fue capaz:

—Lleva usted razón, señor, toda la razón. A nadie en su sano juicio se le ocurriría pensar que pudiera suceder una cosa así. De acuerdo... Pero por eso, precisamente por eso..., nadie sospecharía nada y, en consecuencia, a nadie se le ocurriría nunca investigar nada. ¿Me explico...?

El último razonamiento de Richard fue borrando del semblante de su jefe la incredulidad absoluta, casi despectiva, con la que había acogido el final del insólito plan que le había diseccionado minutos antes.

—A ver si logro aclarárselo con un ejemplo, aunque sea muy elemental... Imagínese, señor, que cien mil personas están en un estadio viendo un partido de béisbol... Al finalizar el partido, ¿a alguien se le ocurriría pensar que no había presenciado un partido de béisbol? ¿Verdad que no...?

Jack se le quedó mirando con absoluta fijeza. Cerró los ojos, se mordió los labios y se sumió en un cerrado mutismo, a la vez que fruncía la frente de vez en cuando.

Y fue en el momento en el que el Boeing comenzó a cabecear en busca de la pista de aterrizaje del aeropuerto municipal de Lincoln, en Nebraska, cuando levantó los párpados y le confesó a su hombre de confianza.

—¿Sabes, Ricky...? Una de las últimas frases de Nor ha sido... “Nada hay imposible si hay un gran amor por medio”.

—Es una hermosa frase, señor. La comparto y yo diría también... “Nada hay imposible si se tiene imaginación y audacia”.

Jack guardó silencio de nuevo mientras sus ojos, como férreas ventosas, tomaban posesión del semblante de su ayudante y confidente. Por fin, chasqueó la lengua y, con una sonrisa decadente, le dijo:

—Reconozco tus enormes ganas de ayudarme. Ni el mejor hermano del mundo se preocuparía tanto de mí como tú lo haces... Gracias, de verdad. Pero, querido Ricky, no te vuelvas loco tú también... Conmigo ya tenemos bastante.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

1

El 1 de abril, a las nueve en punto de la mañana, Steven Lancaster, un sesentón ancho de espaldas como un armario, ojos grises incrustados en un semblante cobrizo, mentón ovalado y una media melena canosa, entró en el despacho de su ayudante, la doctora Serra Portal. En realidad, salvo una pequeña mesa con un ordenador, se trataba de un laboratorio de unos treinta metros cuadrados situado en la planta sexta del *International Office of Rare Diseases*, en el elegante barrio neoyorquino de Park Slope, distrito de Brooklyn. El IORD, como más se le conocía, era un centro de investigación médica internacional dependiente del CEIS norteamericano y de la Organización Mundial de la Salud, dedicado por completo al estudio de las nuevas enfermedades que iban apareciendo a nivel planetario.

El doctor Lancaster empujaba un archivador con ruedas que situó en el lateral derecho de la mesa de Nuria Serra, una española nacida hacía veintinueve años en Barberá del Vallés, un pueblo cercano a Barcelona. La joven investigadora poseía un semblante aniñado con nariz achatada, ojos algo nipones tras unas gafas con montura de pasta malva, así como un frondoso cabello negro, mechado en rubio y recogido con un gracioso moño que suponía toda una pirueta capilar.

—Buenos días, doña guapa, —saludó Lancaster con una galantería más voluntariosa que convincente.

—Hola, jefe.

—Aquí tienes la tarea del segundo trimestre. ¿Has hecho todos tus deberes?

—Los termino esta tarde. Los tendrás en tu mesa antes de que te marches.

—Tus dos colegas me los entregaron ayer.

—Es que ellos son hombres —le replicó la joven investigadora cargando sus palabras de ironía—. Y como tú bien sabes, los hombres... necesitan que las mujeres les echen una mano, en este caso mi manita, para poder terminar a tiempo su trabajo, ¿comprendes, mocetón de Arizona?

—¿Mocetón? ¿Qué ser mocetón? —preguntó el doctor en un español macarrónico, vestigio de un anfetamínico verano juvenil en la isla de Ibiza.

Aquella tarde, la doctora catalana cerró la labor del primer trimestre y se la entregó a su jefe antes de marcharse. Dentro del IORD, Lancaster ostentaba el cargo de director del área de Virología, dividida a su vez en cinco departamentos por zonas geográficas, réplica de los cinco continentes, con tres investigadores en cada uno de ellos. Nuria se hallaba encuadrada en "Virus Americanos", junto a Patrick Landon y Hill Carpenter, dos jóvenes oriundos de Filadelfia y Maine respectivamente.

Al día siguiente, lo primero que hizo al llegar al despacho fue abrir el archivador que le había dejado su jefe y comenzó a planificar el trabajo de los próximos noventa días.

Encontró cuarenta y un historiales médicos de personas que habían contraído enfermedades generadas por virus desconocidos. Once de ellas trabajaban en una fábrica de licores en el pueblo peruano de Iquitos. Seis en Yata, Bolivia. Trece en la bahía ecuatoriana de Caráquez y seis más en la selva amazónica, en un poblado brasileño de nativos cerca de Manacapuru.

No se contaba ningún fallecido entre los treinta y seis enfermos censados y el virus de cada uno de los cuatro focos de infección era diferente por completo al de los otros tres lugares.

Sin embargo, los pacientes de los cinco historiales restantes, todos ciudadanos de

Estados Unidos, habían muerto en el corto espacio de dieciocho días. Uno en Nashville, otro en Richmond, el tercero en Houston y los dos últimos en un cayo próximo a Miami y en Dallas, respectivamente. Dado que estas víctimas habían experimentado los mismos síntomas pero, extrañamente, en cinco lugares diferentes y muy distantes geográficamente, la doctora Serra decidió empezar el trabajo por este grupo. Desde su adolescencia tenía por norma afrontar siempre los problemas importantes en primer lugar; una metodología que aplicaba ahora a su trabajo científico.

Pocos días después, tras intensas jornadas con los ojos pegados al microscopio, logró establecer que el virus asesino pertenecía al grupo I de la llamada “clasificación de Baltimore”, ya que tenía un ADN bicatenario, es decir, con dos cadenas de polímeros o macromoléculas, así como que era de la familia “Poxviridae” y del género “Orthopoxvirus”. Sin embargo, delimitar la especie le trajo de cabeza durante mucho más tiempo. El virus se parecía bastante al de la viruela, ya erradicado a nivel mundial, pero se diferenciaba de éste en que contenía tres extraños genes muy nefastos para los organismos que se infectaran con él.

El primer gen consistía en una interleuquina 4c que eliminaba en escasas horas las defensas del contagiado. Un gen mucho más patógeno que la famosa interleuquina 4a, causante de un grave error biológico en Australia, en 2001, al manipularse con ella un virus “mousepox” durante una investigación genética. El segundo gen potenciaba de manera increíble cualquier tipo de neumonía o elefantitis causadas por los virus pertenecientes al género “Orthopoxvirus”. Y en cuanto al tercero, por más que lo estudió, le fue imposible descifrar su etiología.

Finalmente, intentando establecer la especie a la que pertenecía, y dado que no había manera de encuadrarlo en ninguna de las clasificaciones más aceptadas por la comunidad científica, llegó a la conclusión de que podría encontrarse ante un virus artificial. Era la primera vez que se topaba con una posible bacteria creada en laboratorio y este dato añadió un plus de interés a la investigación en la que se hallaba embarcada.

Se preparó un té rojo y tomó asiento frente a la pantalla del ordenador. Introdujo su clave personal de acceso a la base de datos reservada a los investigadores del departamento de Virología y fue abriendo carpetas hasta localizar la de “Virus Artificiales”. A pesar de que este grupo poseía una buena clasificación en subcarpetas, los parámetros de búsqueda resultaban muy laboriosos debido al sinnúmero de mutaciones que las bacterias censadas habían experimentado desde su creación.

Tras pasar varias horas introduciendo variables, llegó a la firme conclusión de que el virus que había acabado con la vida de los cinco norteamericanos no se encontraba en la base de datos que andaba rastreando... A no ser que estuviera en una subcarpeta, la denominada V-SSS, la única a la que no había podido acceder porque le exigía una segunda clave que ella desconocía.

El miércoles 19 de abril, hacia las veinte y cinco, se dio por vencida y telefoneó al despacho del doctor Lancaster.

—A ver, Steven, si me puedes ayudar... Tres cosas raras. Primera: cinco personas muertas por el mismo agente patógeno en cinco lugares diferentes de Estados Unidos y en el corto espacio de dieciocho días... Segunda, se trata de un microorganismo artificial. Y tercera, el bichito de marras no se encuentra en nuestra base de virus artificiales, a no ser que esté en la carpeta V-SSS, que no se cómo diablos se puede abrir.

Nació un inesperado silencio en la línea telefónica que, ante el desconcierto de la joven doctora, se fue espesando por momentos.

—¡Tráemelos dossieres de esos cinco fallecidos! —le ordenó Steven en un tono imperativo, casi castrense. Y remachó—: ¡Ahora mismo!

Lainsólita reacción de su jefe dejó descolocada a Nuria por completo y con la mirada a la deriva durante más de un minuto después de haber colgado. Un desconcierto total del que la sacó el repique del teléfono.

—Dime... —La voz casi no le salía de la garganta. —¡Además de traerme el dossier, envía a mi correo una copia de todos tus análisis y luego bórralos de tu ordenador, incluida la papelería! ¿Entendido?

Lancaster no le había hablado nunca en un tono tan perentorio, ni tampoco lo había visto tan nervioso a pesar de que intentaba disimularlo. Continuó paralizada durante bastante tiempo, pero, de pronto, una alerta instintiva se encendió en su cerebro y alojó con toda celeridad una copia de todo el informe en su disco duro particular de internet, concretamente en *www.steekr.com*. Una vez asegurada la copia, llevó a cabo lo que le había ordenado el jefe de Virología.

Media hora más tarde salía del despacho sin haber recibido ninguna explicación de su superior y se marchaba a su casa, un apartamento de cincuenta metros en Garfield Place, en el mismo barrio de Park Slope donde se encontraba el IORD, compuesto por un salón-cocina, dormitorio, pasillo y cuarto de baño.

Mientras seguía vía satélite TV-3, la cadena autonómica catalana, cenó sobre el sofá una ensalada de pasta y un yogurt. Consumido este frugal menú, charló durante veinte minutos con su novio, un escultor italiano residente en Nueva York, y a continuación, muy cansada, se introdujo entre las sábanas acompañada de una novela de Susan Sontag titulada “En América”. Sólo pudo dedicar unos minutos a su lectura ya que, por más que lo intentaba, no podía quitarse de la cabeza la investigación de las cinco víctimas del virus artificial y, sobre todo, la incomprensible reacción de Lancaster. Tardó en dejarse atrapar por un sueño que estuvo salpicado de pesadillas y de continuos cambios de postura sobre el colchón.

A las siete de la mañana, una hora antes de lo habitual en ella, se levantó cansada por la turbulenta noche que había pasado. Aún continuaba dándole vueltas a la sorprendente actitud de su jefe, hasta entonces siempre dicharachero y amable con ella. Sin embargo, mientras se duchaba, comenzó a nacer en su ánimo la proliferante sospecha de que aquellas cinco muertes encerraban algo más que un simple misterio epidemiológico; en caso contrario, no tenía explicación nada de lo ocurrido.

Al finalizar sus estudios de medicina e informática en la universidad de Bellaterra, en Barcelona, Nuria había desarrollado el MIR en el hospital universitario Joan XXIII de Tarragona. Durante este periodo de formación descubrió que la práctica clínica no era lo suyo, optando por un trabajo en los laboratorios *Almirall* donde se gestó su vocación de investigadora. Sin embargo, descubrir una nueva crema para eliminar las estrías que dejaban los embarazos en el abdomen de las parturientas no satisfacía para nada sus sueños profesionales. Por este motivo, aprovechando unas becas de la consejería de Salud de la generalitat de Cataluña, en colaboración con el Ministerio de Asuntos Exteriores español, dio el salto a Nueva York donde ahora llevaba ya dos años en el IORD.

A las ocho y media tomaba asiento en su despacho-laboratorio de la planta sexta del IORD, dispuesta a descubrir qué existía detrás de los fallecimientos causados por el virus que no había logrado identificar del todo. Fiel a su lema de juventud, “órdenes con razones”, no estaba dispuesta a aceptar el trato autoritario, casi grosero, del doctor Lancaster.

Abrió el ordenador y buscó la pantalla de acceso a la base de datos de los virus artificiales. Una vez dentro de ésta, plantó el cursor en la subcarpeta V-SSS que tanto le había obsesionado durante toda la noche y picó dos veces. De inmediato apareció el mensaje que ya había leído en varias ocasiones la tarde anterior: “Introducir contraseña”. Se quedó mirando las dos palabras hipnotizada, indecisa, tensa. Se mordió los labios y, tras respirar en profundidad y comprobar de reojo que había dejado

cerrada la puerta del despacho, se entregó a una diversión que le había entusiasmado cuando estudiaba informática: *hackear*, un arte-ciencia-deporte en el que había logrado una cierta notoriedad dentro de determinados círculos de internautas españoles y sudamericanos. Notó pronto que había perdido rapidez deductiva y mucha capacidad de introducir variables. No se desalentó y poco a poco, como un detective privado rodeado de pistas, comenzó a probar “llaves” para descifrar aquella enigmática puerta.

A media mañana se dio por vencida. No había avanzado un milímetro en su intento de descifrar el sistema de seguridad que protegía la subcarpeta V-SSS. Era lógico. Hacía cinco años que no practicaba el *hackeo*, simultáneamente, los avances en protección cibernética habían crecido en proporción geométrica.

A punto de apagar el ordenador, se acordó de “Migue”, Miguel Ángel Arias, un “medio novio” de Barberá del Vallés que fue quien durante sus estudios en Bellaterra la introdujo en el excitante mundillo de los *hackers*. Él siguió con dicha actividad y “se había montado en el dólar”, nunca mejor empleada esta expresión, ya que ahora trabajaba en Estados Unidos para Microsoft.

Migue, convertido en un *black-hats*, comenzó a asistir a las convenciones *Defcon* en Las Vegas, donde cada año se reúnen los mejores piratas informáticos del mundo bajo el eufemismo de “expertos en seguridad”. En una de ellas, Arias realizó una exhibición espectacular: logró descifrar la clave de un *laptop*, un portátil, en un minuto y veinte segundos. A partir de entonces, se le llegó a comparar con el mítico Kevin Mitnick, encarcelado por aquellas fechas debido a sus espectaculares ataques a algunos de los sistemas informáticos más seguros, se suponía, del mundo.

Paradójicamente, gracias a su *currículum delictivo*, Microsoft contrató a Migue como controlador de seguridad de una división de sus productos y ahora vivía en Redmond, estado de Washington, donde se encuentra la sede central del gigante informático.

Sin pensarlo dos veces, Nuria le envió un email contándole lo que le ocurría y, quince minutos después, su “ex medionovio” le contestaba adjuntándole tres “gusanos” especializados en “desmontar bisagras y abrir cerraduras”: *Bugbear-3*, *Code Red-3* y *Nimda-2*. Nuria probó con cada uno pero la V-SSS resistió sin inmutarse. Desesperada, intentó un ataque conjunto de los tres *morgan* pero resultó de nuevo inútil.

—¿Pero qué coño quieres abrir, el maletín nuclear del presidente de Estados Unidos?

—Pues... no te diría yo que no...

Ante la imposibilidad de entrar en la carpeta, Nuria había telefoneado al móvil que su amigo le había enviado, junto con los tres *troyanos*, por si no lograba su propósito y necesitaba hablar con él.

—¿Es por trabajo, o sólo por juego?

En pocos minutos Nuria le puso al corriente de sus inquietantes hipótesis respecto a las cinco personas fallecidas y su deseo de conocer el virus artificial que, posiblemente, la sospecha no se apartaba ni un segundo de su ánimo, había sido utilizado para asesinarlas.

—Me juego el cuello con lo que voy a hacer, pero por una buena amiga, ya sabes, cualquier cosa... Envíame el código completo de la carpeta, te lo desprotegeré, espero, y te lo devolveré para que entres a un golpe de clic. Yo no lo haré desde aquí porque, si posee algún tipo de alarma, no quiero tener problemas en Microsoft.

—Migue, eres un cielo. Gracias.

—Por cierto, ¿te has casado, tienes novio, amante, o ambas cosas a la vez?

—De eso hablaremos otro día. Un beso y gracias de nuevo.

Hacia las seis de la tarde, Miguel Ángel Arias le reenvió descifrada la V-SSS.

Veinticinco minutos después, Nuria Serra tenía localizado el virus que buscaba. Había sidobautizado con el nombre de *Vóltrax* y contenía con absoluta claridad los tres genes que ella había detectado en los tejidos remitidos al IORD por los forenses respectivos

de cada víctima.

La primera sensación fue de desconcierto. Más tarde, de sorpresa. No daba crédito a lo que estaba viendo en la pantalla del *Apple*. Finalmente, sintió un proliferante escalofrío que la dejó paralizada durante varios minutos. Justo hasta que estalló en su móvil el estribillo de *Al vent*, un mítico tema de Raimon, un cantautor catalán que le encantaba a su progenitora.

—Hola mamá. Perdona, luego te llamo. Ahora estoy muy ocupada —le informó sin dejar de mirar la pantalla del ordenador.

—¡Hija, por Dios, siempre estás “muy ocupada”! —protestó su madre al otro lado del Atlántico.

—Esta vez más que nunca. Un beso, mamá.

Cortó la comunicación y apagó el *Nokia* antes de que la autora de sus días volviera a llamarla, como hacía a menudo.

Frente a sus cansados ojos tenía desplegada la doble secuencia del virus que había perseguido con tanto ahínco. Lo más inquietante no radicaba en las virtualidades mortíferas del *Vóltrax*, lo verdaderamente espantoso era la siniestra historia que arrastraba.

2

Ocurrió el jueves 20 de abril, a las dieciocho horas, veintisiete minutos y catorce segundos, en el lugar más secreto de Estados Unidos: un bunker de dos plantas situado en el subsuelo de Manhattan, doscientos ochenta metros debajo de la Zona Cero.

Primero se encendió enrojo intenso, de manera intermitente, la urna de cristal antibalas que protegía el disco duro número 11. A los tres segundos, una aguda sirena hizo añicos el imperturbable silencio que reinaba habitualmente en todo el edificio. De inmediato, el controlador de guardia situado en el piso superior, tras comprobar que no se trataba de una falsa alarma ni de un fallo de la pantalla, pulsó la tecla color magenta con la palabra *Emergency*.

Al captar la llamada de urgencia, *Julius III* encendió el videoteléfono para comunicarse con el controlador.

—¡Señor, alarma en el número 11!

—¿El M62M-J63F?

—Afirmativo.

Cuatro minutos más tarde, la red completa de *Arcanum* entraba en situación de “Emergencia 1”, lo cual significaba que todos los agentes debían comunicar a la Central, cuanto antes, que se hallaban enterados de la citada contingencia.

A las dieciocho y treinta y nueve minutos, *Bogart*, el jefe de operaciones, un individuo de unos cincuenta años y estatura mediana, con cejas circunflejas y ojos de batracio, entraba en el suntuoso despacho del presidente empuñando un bloc de notas con el lugar exacto desde donde se había activado la alarma.

—¡Envía ahora mismo a *Chaplín* a *Monty*!

—De acuerdo, señor.

—Sabía que el 11 algún día nos daría problemas —comentó *Julius III* tras chasquear la lengua—. Hemos tenido demasiada suerte hasta ahora.

—Sí... Demasiada suerte —repitió, como un eco, el jefe de operaciones.

3

El escritor español Daniel Foster Claramunt, un ex periodista de investigación que firmaba sus trabajos como Dan Foster, se respaldó en la silla y fue entonces cuando se dio cuenta del intenso dolor de espalda que sufría; una fuerte contractura motivada por las numerosas horas que llevaba inclinado sobre la mesa de lectura. Levantó los hombros y los echó hacia atrás varias veces seguidas, tratando de activar los músculos que se le habían atomizado por la inactividad.

Había cumplido recientemente cuarenta y tres años, medía uno setenta y cinco y pesaba setenta y ocho kilos. La armonía de sus facciones, sin duda alguna hispanas gracias a su piel morena y al cabello brillantado y peinado hacia atrás, le confería un innegable atractivo varonil fronterizo con el estereotipo del *latin-lover*; una fisonomía potenciada a su vez por una seductora sonrisa y unos taladrantes ojos de ébano brillante muy difíciles de olvidar.

Se incorporó, cogió las hojas que deseaba archivar y se dirigió a la sala de fotocopias situada en el hall, justo frente al control de entrada.

Se encontraba en la biblioteca municipal de Littleton, en el condado de Jefferson, en Colorado; una ciudad tristemente famosa por la matanza que dos adolescentes, Eric Harris y Dylan Klebold, perpetraron el 20 de abril de 1999 en el instituto Columbine asesinando a trece personas e hiriendo a veinticuatro. Foster había llegado el jueves anterior proveniente de Virginia Tech, en Blacksburg, estado de Virginia, donde un individuo también había matado en abril de 2007 a treinta y tres personas. Y, previamente, había pasado por Fort Hood, Texas, donde Nidal Malik Hasan, un psiquiatra árabe, comandante del ejército norteamericano, había liquidado en noviembre de 2009 a trece militares y herido a otros treinta.

Tras la publicación de su primer libro, *La Púrpura Negra*, en un sello editorial radicado en la ciudad española de Barcelona, se hallaba en período de documentación para su segunda obra. Había escogido como título provisional *¿Crímenes Perfectos?* y el tema de la misma partía de una interesante premisa: “¿por qué en Estados Unidos, de vez en cuando, un individuo coge un rifle y dispara de manera indiscriminada contra un grupo de personas?”

La mayoría de las respuestas a la citada pregunta tenían como común denominador la fatal unión de dos factores: primero y principal, un personaje desequilibrado; y segundo, y también importante, la facilidad que poseen los norteamericanos para guardar un arma en casa. La fusión de ambos elementos llevaba esporádicamente a tragedias que ocupaban durante dos o tres días las portadas de los periódicos y las pantallas de televisión de todo el mundo; luego, lamentablemente, pasaban al olvido sin que nadie se preocupara de ellas, salvo excepciones como el polémico Michael Moore en su celeberrimo documental *Bowling for Columbine*.

Sin embargo, podía haber más respuestas. Entre ellas, la hipótesis de la que había partido Dan Foster: la posibilidad de que algunas de dichas masacres tuvieran su origen en el “muchos por uno”, frase que en el argot policíaco, tanto en la ficción como en la realidad, hace alusión a la teoría de asesinar a varias personas para camuflar entre ellas a la que de verdad se quiere eliminar. Esta teoría planea sobre muchas otras tragedias como, por ejemplo, algunos accidentes aéreos. De aquí el título, *¿Crímenes Perfectos?*, que el escritor español iba estampando a mano en las sucesivas carpetas que llenaba de documentos; unos bajados de internet y otros obtenidos, como ahora, de forma directa en las ciudades donde habían ocurrido las matanzas indiscriminadas, en teoría, que andaba investigando.

Mientras esperaba turno para que le hicieran las fotocopias, abrió su teléfono móvil. Tenía tres avisos de llamadas, dos de ellos de su madre y uno de Lola Portal, a quien telefoneó en primer lugar.

—¡A ver, pedazo de cabrón! ¿Hay o no hay un buen libro en el tema de los asesinatos múltiples? —le planteó a bocajarro su deslenguada editora.

—¡Por supuesto que lo hay! Pero todavía me faltan datos para que llegue a ser el bombazo que te haga aún más rica de lo que eres.

—¡Oye, guapito de cara, no me toques lo que tú ya sabes! ¿Vale...? Venga, cuéntame.

—Tengo la sospecha, pero no las pruebas, desgraciadamente, de que detrás de algunos de esos homicidios, en apariencia obra de un desequilibrado, pueden existir crímenes perfectamente camuflados.

—¿Cuándo crees que podrás tener esas pruebas?

—¿Ya estamos con los plazos? —le amonestó su interlocutor.

—Una editora es una mujer que tiene siempre un calendario frente a ella —sentenció Lola Portal.

—Y un escritor es un hombre que no debería hablar nunca con su editora —le replicó Dan en el mismo tono dogmático.

—Pues nada, tras la gilipollez que acabamos de soltar cada uno, no te llamaré ni para preguntarte cómo está el tiempo.

—Mujer, no te lo tomes tan al pie de la letra.

—Ahora, en serio. Necesito tener a la venta el libro después del verano, de cara a la campaña de Navidad.

—Yo creo que no habrá problema. Sabes que soy rápido escribiendo, pero documentarse hay que documentarse. Y más aún en un tema tan polémico como éste.

—Pues documéntate bien y pronto, porque si no te quedarás sin vacaciones. No podemos perder la estela del éxito de tu primer libro.

—Hablamos al final de la semana que viene.

—Te llamo el martes —le emplazó ella.

—Vale, hermanita.

—¡Hermanita, tus cojones!

Foster soltó una estentórea carcajada al tiempo que cerraba el teléfono, topándose con la expresión recriminatoria de la oronda encargada de manejar la fotocopiadora, una señora de pechos opulentos y mandíbula de boxeador, quien le señalaba con dedo acusador un cartel que prohibía en la biblioteca el uso de teléfonos móviles.

—Perdón.

4

Al día siguiente de tener identificado completamente el virus que había matado a cinco personas en cinco lugares diferentes de Estados Unidos, y sobre todo una vez constatado que se trataba de un agente patógeno creado en laboratorio y usado con anterioridad con fines delictivos, a la doctora Serra le fue muy difícil concentrarse en el trabajo. En realidad, se pasó toda la mañana elucubrando lo que podía haber oculto en aquellos fallecimientos y, sobre todo, preguntándose qué había detrás de la inexplicable actitud de su jefe, el doctor Lancaster, al enterarse de que se debían a un virus V-SSS.

A primera hora de la tarde, al volver del comedor, optó por cerrar carpetas y microscopios para ponerse a responder correos de los amigos y navegar por internet. Dos horas más tarde, cansada, se asomó a la ventana desde la que se divisaba una excelente panorámica de la zona oeste de Nueva York. Al fondo Manhattan erizado de babélicos obeliscos de cemento, acero y cristal, con el sol encendiendo ventanas de todos los colores: oro, cobalto, magenta... En el plano medio, el puente de Brooklyn y la selva de neones de Broadway, apagados todavía en espera de que la noche encendiera el gran espectáculo de sus calles. Y en Prospect Park, a escasas decenas de metros de su atalaya, la vida multicolor de una zona de descanso neoyorquina en una tarde primaveral: barcas de pedales en el lago, sudorosos aspirantes a

maratonianos enganchados al MP4, patinadores de vértigo, perros enloquecidos por el hueso de goma de sus dueños, tres parejas de jóvenes dominicanos bailando merengue en torno a un destartado jeep con las puertas abiertas y el CD a todo volumen, individuos con rostros patibularios y ojos de hiena ofreciendo tras los árboles papelinas a personajes furtivos, un greñoso predicador encaramado en un árbol anunciando el fin del mundo para el domingo siguiente...

Le sacó de su ensimismamiento el enérgico sonido de *Al vent* memorizado en el móvil. Era el tono de su madre y optó por no contestar. Unos minutos después volvió a sonar, ahora con la versión digital del tema central de *Casablanca*. Consultó su reloj y lo abrió.

—Dime, cariño.

—¿Qué tal, amore mío? —preguntó una voz con marcado acento italiano.

—Bien, bastante bien.

—Te noto rara. ¿Te pasa algo, cara?

—No. ¿Por qué?

—Tienes la voz muy apagada.

—Sí, estoy un poco cansada. Dime.

—Que voy a llegar con unos diez minutos de retraso.

—No te preocupes. Te espero en la parada del autobús que hay frente a *alburger*.

—De acuerdo, amore. Ciao.

A las diecinueve cuarenta y cinco, Nuria cogió su bolso y se despidió hasta el lunes de sus colegas Patrick y Hill que trabajaban en sendos despachos adosados al suyo. Antes de salir a la calle, ya en el hall, deseó un buen fin de semana a la telefonista, una joven venezolana de carnes rebosantes y labios lamerones, con quien le unía una cierta amistad por el hecho de ser hispana.

Comenzó a caminar por la acera en dirección a una marquesina forrada de publicidad en todas sus paredes, situada frente a la puerta de un *Burger King*, a unos ochenta metros escasos del IORD. Durante este trayecto se planteó si llamar o no a su madre. Sabía que la tendría una hora al teléfono contándole, como siempre por riguroso orden cronológico, todo lo ocurrido en la familia desde el martes anterior que hablaron por última vez. Finalmente, ya sentada en la parada del autobús, optó por enviarle un mensaje.

—"Estaré fuera todo el fin de semana y sin cobertura. Te llamo el domingo por la noche. Besos para ti y para papá".

Algunos minutos después, el *Toyota Prius* gris plata de su novio, Enrico Vitali, encendía los cuatro intermitentes y se detenía frente a la marquesina, repleta de viajeros ansiosos por llegar cuanto antes a sus casas e iniciar el fin de semana. Nuria se apresuró en subir al vehículo viendo que obstaculizaba a un autobús que circulaba detrás de él.

—¿Qué tal el día, cariño? —se interesó Enrico, un apuesto escultor italiano, de unos treinta y cinco años, semblante de rasgos efébricos y cabello largo y lacio, recogido en una bamboleante coleta con una cinta elástica de color verde.

—Bien. Muy fructífero. ¿Y tú? —preguntó ella tras abortar un fugaz beso debido al impaciente claxon del autobús.

—He dado por terminada la escultura para el *Ambac Financial Group*. No me parece perfecta pero, la verdad, ya no sabía cómo mejorarla.

—Tú siempre tan pesimista. Seguro que es una obra maestra.

—Si fuera optimista, no sería tan buen artista —le replicó con una sonrisa seguida de un sonoro beso al aire.

Un cuarto de hora más tarde, el *Prius* de Enrico se detenía en doble fila en el 259 de la Quinta Avenida, en Garfield Place, frente al bloque de apartamentos donde vivía Nuria, quien se apeó de prisa. Once minutos después aparecía con un *trolley* naranja que había dejado preparado por la mañana, antes de irse a trabajar.

—A ver, cuéntame. ¿En qué ha consistido tu fructífero día? —le preguntó el escultor nada más arrancar el vehículo con dirección al aeropuerto JFK.

—Cariño, no te lo puedo decir. Secreto profesional.

—¿¡Cómo que secreto profesional!?! —protestó teatralmente Enrico— ¡O me lo cuentas o te bajas ahora mismo del coche! Pero ahora mismo, ¿eh?

—Vale, vale, curiosón..., te lo contaré. Pero prométeme que no se lo vas a decir a nadie. Se trata de un secreto secretísimo.

—¡Lo prometo! —continuó teatralizando el italiano al tiempo que levantaba muy serio la mano derecha.

—He descubierto el virus que ha matado a las cinco personas esas que hace días te comenté que estaba investigando.

—¿Las que estaban sanas y en setenta y dos horas, zas, se fueron al otro mundo?

—Sí, ésas. Pero lo que resulta muy raro es que los cinco fallecidos vivían en ciudades diferentes y, a la vez, muy distantes entre sí.

—Pues qué buen hallazgo, ¿no? Ahora, sabiendo ya de qué va, se podrán salvar las personas que cojan ese virus.

—Por desgracia, fallecerán... Se trata de una bacteria, hoy por hoy, mortal.

—¿Y no se le puede buscar el remedio?

La joven doctora dudó si seguir hablando del descubrimiento que ocupaba su cabeza y revelar que, en realidad, se trataba de una enfermedad creada en laboratorio. Finalmente, optó por olvidarse del asunto y, también, de las graves sospechas de asesinato que anidaban en su ánimo.

—Cambiemos de tema porque ya sólo falta que me lleve el trabajo a las cataratas del Niágara. A ver, cuéntame el maravilloso programa que has preparado para este fin de semana.

Una hora y media más tarde volaban hacia Búfalo y, al día siguiente, viajaron en autobús a la zona de los espectaculares saltos de agua donde visitaron Table Rock, el Reloj Floral, la escuela de horticultura y la monumental hidroeléctrica. Durmieron en el espléndido hotel Marriott y el domingo por la mañana realizaron el clásico crucero turístico a bordo del *Maid of the Mist*. A la caída de la tarde, muy cansados pero gozosos, regresaban a Nueva York.

Un fin de semana como dos turistas más, excepto que Enrico había aprovechado el viaje para pedirle a Nuria, a los seis meses escasos de conocerse, si quería irse a vivir con él y convertirse en su esposa después del verano. Y lo hizo, con gran romanticismo, justo en el mismo lugar donde Marilyn Monroe, envuelta en un seductor vestido rojo pasión, interpretaba un memorable baile en la película *Niágara* dirigida en 1953 por Henry Hathaway.

Hacía semanas que Nuria deseaba con toda su alma tal petición por parte de su novio, aunque no esperaba que se la hiciera tan pronto y, menos, de aquella manera tan especial. Su "sí" lo expresó más con gestos que con palabras. La emoción le había atascado la garganta y no le permitía articular ningún sonido coherente. Sobre todo, cuando Enrico le cogió la mano, individualizó el dedo anular e introdujo en él una alianza de oro, empedrada de diminutos diamantes, adquirida setenta y ocho horas antes en *Tiffany's*. Fue el preludio de un emocionado, eterno y apasionado beso.

De vuelta a la ciudad de los rascacielos, el escultor italiano dejó a Nuria en la puerta de su apartamento. En contra de la voluntad de ambos, no pudo quedarse a pasar la noche con ella porque, a las ocho de la mañana siguiente, tenía cita con una empresa de transportes para trasladar al Ambac Financial Group la escultura que esta entidad le había encargado para presidir el hall de su sede en Whitehall Street. Y lo más urgente, debía sacar a pasear a *Negri*, su *setter* inglés, que llevaba cuarenta y ocho horas encerrado en el loft donde se ubicaban, conjuntamente, su vivienda y su estudio profesional.

Tras repetidos y apasionados besos de despedida, la joven abandonó el vehículo y empuñó el *trolley* para dirigirse hacia el portal de acceso a su vivienda. Saludó a René, el portero, un haitiano sesentón de color ron añejo caribeño, muy atildado, con el cuello guillotinado por una pajarita roja y con el rostro plano y duro como un farallón. Subiendo a la séptima planta, el espejo del ascensor le devolvió un rostro feliz pero fatigado y, nada más entrar en la vivienda, abrió los grifos de la bañera y reguló el agua caliente. Venía muerta de cansancio del frenético viaje y, si no se relajaba antes de meterse en la cama, tardaría horas en conciliar el sueño. Una vez cerrados los grifos, y aunque no le apetecía demasiado por el cansancio que arrastraba, cogió el móvil para hablar con su madre desde la bañera.

—Hola... Sí, ya estoy en casa —Una pequeña bronca de su progenitora— ¡Pero mamá, cómo puedes decir eso si hablamos dos o tres veces por semana! ¡No te quiero contar lo abultaditas que me vienen las facturas del móvil! ¡Y cómo te deben venir también a ti...!

Una vez apaciguada, su madre comenzó a transmitirle todas las noticias familiares que tenía acumuladas en el teletipo de su caudalosa lengua.

—¡Para, mamá, para! ¡Para por favor, que yo también tengo algo que contarte, y mucho más importante que los pliegues de tu nuevo vestido y los negocios de la tía Lola! —Su madre continuaba con su retahíla de noticias— ¿Te lo cuento o no te lo cuento? ¡Mamá, o me escuchas o cuelgo!

—¡Hija, siempre cortándome! A ver, dime, ¿qué cosa es ésa tan importante?

—Mamá..., voy acasarme.

Un silencio incendiario y luego un “quééééé” que atronó el oído de Nuria, quien dibujó una amplia y traviesa sonrisa en su juvenil semblante imaginando la cara que en ese momento tendría la autora de sus días.

—Pues eso, que me voy a casar.

—¿Casarte? ¿Sin novio!? ¿Y desde cuándo se puede casar una sin novio?

Nuria soltó una carcajada generada por el cataclismo mental que la noticia había provocado en su madre. Carcajada que perdió fuerza, de pronto, al percibir un golpe que le pareció provenir del salón del apartamento.

—¡Sabes, Nuri, que no me gustan esas bromas! Si tienes novio desde hace tiempo, y no me lo has dicho, no creas que voy a perdonártelo. A ver, ¿tienes o no tienes novio? Y si lo tienes, ¿desde cuándo?

Nuria salió de la bañera envolviéndose en un mullido albornoz rosa con la atención concentrada en detectar algún otro ruido.

—¡Hija! ¡Nuria! ¡Contéstame! ¡Ya está! ¡Otra vez que esta niña me deja con la palabra en la boca! ¿Me oyes...?

—Mamá, ahora te llamo —casi susurró.

Cortó la comunicación y dejó el móvil sobre el taburete blanco donde había depositado la ropa interior. Caminando despacio y en estado de alerta hasta la puerta del cuarto de baño, se asomó con precaución al pasillo, débilmente iluminado por la luz que llegaba del salón. Avanzó con más lentitud aún y, nada más desembocar en él, descubrió el origen del estruendo que había escuchado un minuto antes. Un reloj de cuarzo que adornaba la librería se hallaba ahora tumbado en el suelo. No tardó en establecer en su cerebro que, dada la amplia base de mármol que lo sustentaba y el ancho estante donde ella lo tenía colocado, resultaba imposible que se hubiera caído solo.

Un segundo después de llegar a esta conclusión, una vigorosa mano le tapaba la boca y un fornido brazo atenazaba su cuerpo.

No era buscar una aguja en un pajar, peor todavía, se trataba de encontrar una determinada molécula en el océano. Tenía que investigar, una por una, la vida de todas las personas que habían muerto a consecuencia de la locura de los francotiradores solitarios. Luego, cruzar sus datos con las biografías de sus asesinos a ver si se podía establecer algún tipo de relación entre ellos. Y por último, probar su tesis de que algunas matanzas múltiples, un fenómeno típicamente norteamericano, podrían ser tapaderas para encubrir asesinatos premeditados.

No le asustaba el ingente trabajo que tenía por delante, pero sí le preocupaba que al final no pudiera confirmar de forma irrefutable la original idea sobre la que quería sustentar *¿CRÍMENES PERFECTOS?*, su nuevo libro de investigación para la colección *IM-IN*. "Impacto Internacional", de la editorial *Diamante*.

A las seis y diez de la tarde sintió vibrar el móvil en el bolsillo interior de su chaqueta. Al comprobar quién le llamaba, abandonó con precipitación la sala de lectura de la biblioteca municipal de Littleton y salió a la calle para poder hablar con libertad.

—¡Dígame usted, doña Lola!— saludó Dan con toda jovialidad.

—Te anuncié que te llamaría hoy por si habías conseguido los datos que andas buscando —le recordó su editora con una total ausencia de brillo en el tono de voz, algo inusual en su deslenguada e hiperbólica personalidad.

—¡Ah, sí! Bueno, pues no he avanzado prácticamente nada. Quiero decir nada definitivo a nivel de pruebas. Yo estoy convencido de que en algunos casos hay asesinatos encubiertos, pero no sé cuándo podré demostrarlo. Confío mucho más en que me ayude la policía que en las hemerotecas.

—Pues nada, avísame en cuanto podamos fijar, aproximadamente, la fecha de publicación— continuó con un tono vital bajo.

—Lola, te noto muy seria... ¿Pasa algo?

—Pues... Estamos preocupados, muy preocupados, por mi sobrina Nuria, la hija de mi hermana mayor, que vive en Nueva York.

—¿Qué le ocurre?

—Tememos que le haya sucedido algo malo. El domingo estaba hablando con su madre, de pronto cortó bruscamente la conversación diciéndole "ahora te llamo" y, desde entonces, ni ha telefoneado ni hemos podido contactar con ella. Yo he llamado incluso al centro de investigación donde trabaja, pero ni ayer ni hoy se ha presentado en su despacho.

—Bueno, ya sabescómo son los jóvenes. Sólo llaman cuando necesitan algo.

—Sí, pero ya sabes también cómo son las madres, y cómo somos las tías. Nuria es mi ahijada y una chica maravillosa. Una sobrina muy especial para mí. No sólo le cambié muchos pañales siendo bebé, sino que de mayor he vivido muy directamente su trayectoria estudiantil y, sobre todo, su carrera profesional —expresó la editora casi a punto de echarse a llorar.

—Lola, pienso que ha pasado muy poco tiempo para preocuparse tanto. Puede que esté resfriada y por eso no ha ido al trabajo. O lo mismo se le ha estropeado la batería del móvil y por eso ni llama ni contesta. Yo qué sé, mil cosas antes de ponerse en lo peor.

—Es que hace ya casi veinte horas... En fin, tal vez tengas razón... Bueno, ¿hasta cuándo vas a estar con lo del instituto Columbine?

—Creo que mañana al mediodía habré terminado. Bueno, si no me cancelan la cita que tengo con el comisario jefe de la policía. Luego, a primera hora de la tarde, volaré a Nueva York y permaneceré allí, como mínimo, dos semanas. Hay tres o cuatro centros de documentación sobre los asesinatos múltiples muy buenos. Por cierto, Lola, si mañana por la tarde no habéis podido contactar con tu sobrina, me puedo acercar a su casa o a su trabajo. ¿Te parece?

—Pues te lo agradecería muchísimo. La verdad es que estamos muy, muy nerviosos. Y

mi hermana..., te lo puedes imaginar.

A las cinco y media del día siguiente, tras volar desde Denver al aeropuerto neoyorquino JFK en American Airlines, Foster encendía su móvil mientras esperaba que la cinta transportadora colocara al alcance de su mano una voluminosa maleta, un *rolley* y una bolsa portatrajes, su equipo de viaje de *Dustin* en color gris perla. Pocos segundos más tarde, un pitido en su móvil le anunciaba la llegada de un mensaje. No era uno, sino dos. Uno de texto y otro multimedia.

“Nuri continúa sin ponerse en contacto con la familia. Vive en Garfield Place, 259, 7-P12 y trabaja en el barrio Park Slope, en Brooklyn, en el 244 de Bartel-Pritchard Square. Estamos seriamente preocupados. Si hoy no logras averiguar nada, mañana se irán para allá sus padres. Llámame en cuanto sepas algo. En otro mensaje te envío una foto suya. Gracias, Dan. Besos, Lola”

Durante el trayecto en taxi hacia el hotel Holiday Inn Brooklyn para dejar el equipaje, abrió el segundo mensaje encontrándose con el sonriente semblante de la joven doctora Serra. Una hora después, confortado con una rápida ducha, un nuevo “amarillo” le dejaba a la puerta del bloque de apartamentos donde vivía la sobrina de Lola Portal. Penetró en el espacioso hall y se encontró con René, el portero haitiano de inequívocos rasgos caribeños.

—Verá, le explico...

Cuando terminó de contarle que era un amigo de la tía de la joven que ocupaba el apartamento 12 de la séptima planta, y que le había pedido muy preocupada que se acercara a ver si le había pasado algo a su sobrina, la “estatua” que tenía frente a él apenas movió un músculo para contestarle.

—No he visto a la inquilina de la que me habla desde el domingo por la noche. Cuando yo me iba entró con un maletín de ruedas, como si viniera de pasar fuera el fin de semana.

—¿Tiene usted llave de la vivienda?

—No, yo no. Sí la tiene un joven que debe ser su novio. Ha estado aquí esta mañana. Bueno, ha estado hoy y muchos otros días.

—Ya...

Dan paseó la lengua por los labios a fin de humedecerlos, un gesto ritual en él siempre que su cerebro andaba a la caza y captura de alguna solución rápida a un problema. Iba a claudicar en su objetivo de entrar en la vivienda, cuando optó por un recurso poco original pero casi siempre efectivo.

—La inquilina no le ha confiado una llave..., pero antes de entrar me ha parecido ver fuego en la vivienda— le “informó” al tiempo que le tentaba con un billete de cien dólares.

—Ah, si hay fuego..., tendré que subir.

El empleado de la finca, tras varias llamadas al timbre, le facilitó la entrada con una llave maestra, quedándose en la puerta con la rigidez y la adusta expresión de un *ton ton macoute* de Baby Doc.

Foster cruzó el pequeño hall y desembocó en un salón de unos veinte metros cuadrados que tenía las luces encendidas, como si fuera de noche, a pesar de ser media tarde. Lo cruzó hasta el pasillo interior donde había dos puertas. Una de ellas daba acceso al cuarto de aseo, también con la luz encendida, donde pudo observar que la bañera se hallaba llena de agua, con restos de jabón en las paredes, y encima de un taburete descansaba un teléfono móvil. Por su parte, el dormitorio tenía la lámpara del techo igualmente encendida, la cama sin deshacer, el armario abierto y un albornoz en el suelo.

—La deducción, creo, está bastante clara. Se encontraba bañándose mientras hablaba con su madre y debió llegar alguien, o bien recibir una llamada, que le hizo salir con rapidez de la vivienda. Esta súbita marcha explica que no se le ocurriera tirar del tapón

de la bañera y que dejara las luces encendidas y la puerta del armario abierta.

Nada más pisar la calle, Dan había telefoneado a Lola.

—¿Algún...algún signo de violencia? —indagó la editora una vez oído el relato de la visita a la vivienda de su sobrina.

—En apariencia, no. Está claro que algo muy importante la sacó de su casa y sí, llevas razón, es muy extraño que no volviera a llamar a su madre, y más con el tema de la boda que me has dicho que le estaba contando. También es extraño que se marchara dejando el móvil en el cuarto de baño, a no ser que lo hiciera contra su voluntad, claro.

—¿Te ha dado el portero algún dato más sobre el novio?

—No. Sólo que ha estado esta mañana en el apartamento. Por cierto, se ha marchado sin apagar las luces. Probablemente no ha querido tocar nada por si tiene que intervenir la policía.

—¿Podría tener alguna relación con su desaparición?

—No lo sé... Pero sí..., claro. Podría.

Dan Foster continuó conversando con su editora mientras se trasladaba en taxi al IORD, en Brabel-Pritchard Square, el centro de investigación de enfermedades raras donde trabajaba Nuria Serra. Cortó la llamada al llegar a él y, tras media hora de espera, logró entrevistarse con el doctor Steven Lancaster. El jefe de Virología le confirmó que Nuria no había aparecido por el despacho desde el viernes y tampoco se había comunicado con él para justificar los tres días de ausencia. Le extrañaba en gran manera porque, en las escasas ocasiones que había faltado al trabajo, siempre había solicitado el pertinente permiso o había avisado de alguna contingencia inesperada.

—La verdad es que todo resulta muy raro... y preocupante —comentó el escritor español— ¿Cree que debo aconsejarle a la familia que se venga a Nueva York?

—Pues... no sé. Tal vez lo mejor sería que antes se acercara usted a una comisaría y preguntara si el nombre de Nuria Serra está en algún parte de incidencias. Y también, pienso, debería ir a un hospital del Estado para ver si aparece en la lista de ingresos de las últimas setenta y dos horas. Es lo que le he aconsejado también a un joven, al parecer novio de Nuria, que ha estado aquí esta mañana interesándose por ella.

—¿Un italiano?

—Efectivamente.

Siguiendo las indicaciones del jefe de la doctora Serra, Foster se personó en la comisaría del distrito 33, en el 2399 de Fulton Street, donde la identidad de Nuria Serra Portal no aparecía en la larga lista de hechos delictivos que recogía la base de datos del centro policial. Lo mismo ocurrió en el Brooklyn Hospital Center, en Dekalb Avenue. Después de una paciente espera, le informaron que no se había producido ningún ingreso en la red de hospitales públicos de Nueva York con los datos de la doctora española.

—Vosotros veréis. De momento, nada apunta a que le haya pasado algo irremediable, pero entiendo que no podáis vivir en esta incertidumbre. No sé, la verdad, qué aconsejaros.

Dan se encontraba en la puerta del centro hospitalario hablando de nuevo por teléfono con Lola Portal mientras oteaba la ocasión de que algún taxi se quedara libre. Eran cerca de las once de la noche, se sentía muy cansado y deseando llegar cuanto antes al hotel para tenderse en la cama.

—Mi hermana y mi cuñado ya no aguantan más y se irán en cuanto hable con ellos a El Prat, a coger el primer vuelo que encuentren para Nueva York. Yo tengo dos reuniones importantes que no puedo aplazar y saldré para allá en cuanto las termine.

—Siento no haber podido encontrar alguna pista positiva. De momento he dejado mi teléfono, tanto a la policía como a una administrativa del hospital, por si hubiera alguna novedad... ¿Se te ocurre algo que pueda hacer más?

—El que no tengamos constancia de que le haya pasado nada grave, ya es una buena

noticia. Gracias, Dan. Vete a descansar. Hablamos mañana.

—Un beso y seamos optimistas. Lo más probable es que todo quede en una falsa alarma.

—Dios lo quiera.

Al tiempo que cortaba la comunicación con la editora catalana, un taxi se detenía a sus indicaciones ante la puerta del Brooklyn Hospital. Tras acomodarse en él, dio la dirección del hotel y respiró en profundidad. El chófer, un individuo de facciones indias y marcado acento centroamericano, le contestó “Ok” y arrancó.

También lo hizo un Mercedes 300, de color verde aceituna, que comenzó a seguir al vehículo de servicio público en el que viajaba el escritor español.

6

—Señorita, lleva usted aquí ya más de sesenta horas. Sus familiares, sus amigos y sus compañeros de trabajo estarán comenzando a preocuparse seriamente por usted. ¿No es más razonable que conteste a nuestras preguntas y pueda marcharse a su casa?

Lo único que recordaba Nuria Serra era que se encontraba en la bañera hablando con su madre, escuchó un ruido extraño, se asomó al salón y alguien le tapó la boca y la inmovilizó. Luego, todo constituía una atomizada oscuridad en su memoria.

Fueron dos hombres. La durmieron pulverizando sus fosas nasales con un spray y la sacaron del apartamento con gran rapidez en un baúl con ruedas que subieron a la parte posterior de un todoterreno. Cuando recobró la conciencia, casi dos horas más tarde, se hallaba en una habitación de unos veinte metros cuadrados, tendida en un sofá de piel negra y arropada con una manta azul. Frente a ella, una mesa rectangular con dos sillas de ruedas que ocupaban de vez en cuando sus secuestradores. Ni un adorno, ni un mueble más, ni una ventana. Sólo una puerta blindada.

—Y no insista. No va a venir ningún abogado. No vamos a llamar al cónsul de España. No le revelaremos dónde se encuentra. No le diremos quiénes somos. ¿Ha quedado claro o se lo repito otra vez?

El hombre que acababa de hablar, de unos cuarenta y cinco años, respondía al apodo de *Montyy* era robusto y musculoso como un jugador de béisbol. Su geografía facial resultaba bastante armónica, pero anidaba en sus labios un rictus despectivo y en sus ojos una mirada de chacal que le confería un innegable aire de matón. Su compañero, algo mayor que él y de estatura mediana, poseía un rostro trenzado de un gélido hermetismo bajo un cuero cabelludo amenazado de calvicie. También tenía un alias, *Chaplin*, y fue quien le planteó:

—Si lo desea, volvemos a marcharnos y la dejamos sola otras veinticuatro horas para que reflexione. Eso quiere decir que, por lo menos hasta mañana por la noche, no podrá salir de aquí. Y recuerde, su familia, sus amigos, sus compañeros de trabajo...

—¿Hablamos... o nos vamos? —le espetó *Monty*

Nuria cerró los ojos, tragó la escasa saliva que humedecía su mucosa bucal y claudicó con dos movimientos de cabeza.

—¡Bien! Empezamos a entendernos. ¿Cuál es exactamente su trabajo en el IORD?

—comenzó *Chaplin*, quien parecía ser el jefe.

—Estudio enfermedades causadas por virus desconocidos... Cuando un virus provoca un determinado número de enfermos, paso un informe a la Organización Mundial de la Salud para que sea estudiado en profundidad a fin de encontrar un tratamiento para curarlo.

—Bien. Hace unas semanas, usted se topa con cinco personas fallecidas a causa de un mismo virus. ¿Dónde vivían esas personas?

—En Nashville, Richmond, Houston..., un cayo de Florida y en Dallas

—¿Recuerda cómo contrajeron la enfermedad y qué síntomas presentaron antes de morir?

—No sé cómo pudieron infectarse. Tal vez mediante la ingestión de alguna bebida, o bien por inhalación o por contagio sanguíneo. No lo sé con exactitud.

—¿Y en cuanto a la sintomatología?

—Muy parecida en todos los casos: dolor de estómago, fiebre alta, vómitos, rigidez de la nuca y, en unas cuarenta y ocho horas, el fallecimiento, bien por una neumonía, por una meningitis o por una encefalitis aguda.

—¿Le resultó extraño que fueran casos aislados y en lugares tan distantes entre sí?

—tomó *Monty* las riendas del interrogatorio.

—Por supuesto. Es inusual por completo. Cuando se desarrolla un virus, por lo general afecta a varias personas de un mismo entorno... Resulta muy raro que una misma cepa aparezca en lugares tan alejados, y más aún que haya actuado en un espacio de tiempo tan breve y casi simultáneamente.

—¿Qué está insinuando?

—Esas cinco muertes no tienen una explicación lógica desde el punto de vista de la praxis médica.

—¿Debemos pensar, entonces, que esas personas han podido ser..., digamos.... "fallecidas"? —planteó *Monty* con aviesa intención.

Nuria se mordió los labios antes de responder. Y cuando lo hizo, remarcó con lentitud cada palabra.

—Eso lo ha dicho usted. Yo sólo he opinado que los fallecimientos no se corresponden con lo que nosotros, los investigadores, llamamos protocolos de actuación... Es decir, los parámetros que suelen desarrollar los virus.

Se estableció por ambas partes un caviloso silencio que terminó rompiendo *Chaplin* luego de cruzar una mirada con su colega.

—Bien, usted no es tonta y sabe ya, como nosotros, que no se trata de muertes accidentales sino planificadas. Este dato es importante, pero no el motivo por el que la hemos traído aquí de forma, lo reconozco, tan poco... ortodoxa. Supongo que ya habrá deducido el por qué.

—Pues..., no.

—¿Ah, no...?

—Sinceramente, no.

—Los virus pueden ser naturales o artificiales, también conocidos como virus de laboratorio. El que ha matado a esas cinco personas, bautizado como *Vóltrax*, es un virus artificial, ¿verdad?

—Sí... Pero lo que no entiendo es que me hayan secuestr..., que me hayan traído aquí para hacerme preguntas cuyas respuestas conocen ustedes igual que yo.

—Así es, pero necesitamos saber qué grado de conocimiento tiene usted del problema en el que se ha metido. Este es el verdadero motivo por el que nos hemos querido reunir con usted.

—¿Problema...? —arrugó Nuria la frente por un oscuro presentimiento— ¿Qué problema?

—Está aquí por haber cometido un delito... Un delito muy grave —le comunicó *Monty*.

—¿Un...delito? No sé de qué me está hablando —se defendió la doctora catalana tratando de adivinar con premura a qué se estaba refiriendo.

—El virus que ha matado a esas cinco personas no se encuentra entre las diversas cepas creadas, conscientemente o por error, en los laboratorios biológicos, ¿Estamos de acuerdo...?

—No sé a dónde quiere llegar.

—A que el genoma del *Vóltrax* y su trayectoria se hallan en una subcarpeta reservada de la base de datos de Virología que posee el IORD. Una subcarpeta a la que usted no

podía ni debía entrar. Pero lo ha hecho. La cifrada con las siglas V-SSS.

—Yo no he entrado en ninguna subcarpeta reservada.

—¡Señorita, está mintiendo y, como debe suponer, esto agrava aún más su situación!

—elevó *Monty* el tono de voz.

—Nadie me había prohibido entrar —confesó Nuria, consciente de que no le serviría de nada seguir mintiendo.

—El hecho de que a usted no le hubieran dado la segunda clave —prosiguió ahora *Chaplin*—, significaba, de manera muy explícita, la prohibición de entrar en el V-SSS. Y más aún cuando su jefe, el doctor Lancaster, le pidió que le entregara todo el dossier relativo a los cinco fallecidos, ordenándole al mismo tiempo que se olvidara usted del tema porque se iba a encargar personalmente de él.

Al oír el nombre de su superior, el corazón se le desbocó en la caja torácica iniciando un alocado galope que introdujo en su ánimo una gélida llamarada de pánico. Ahora entendía la extraña reacción que tuvo Steven cuando le informó de que se trataba de un virus V-SSS. Y lo que era peor, una cruel sospecha resquebrajó de arriba a abajo la confianza que tenía depositada en él.

—¿Qué... qué les ha dicho... el doctor Lancaster? —Arrastró con dolor las palabras como si cada sílaba fuera una cuchilla rajando su garganta —¿Qué papel tiene él en todo esto?

—Aquí, como usted habrá visto en muchas películas americanas, las preguntas las hacemos nosotros —le espetó *Monty*, el interrogador más corpulento.

—Usted hakea esa carpeta —continuó su compañero—, logra entrar y descubre que el *Vóltrax* fue creado en 1959, mediante manipulación del genoma de la viruela, por el Departamento de Armas Especiales de la CIA. Y también encuentra una relación detallada de todas las operaciones en la que fue empleado y el efecto que generó en cada una de ellas...

—Eso significa que usted, doctora Serra, ha violado un secreto de Estado y queremos saber por qué y para qué... —prosiguió *Monty*, para terminar exigiéndole—: Lo queremos saber todo, absolutamente todo, y no saldrá de aquí hasta que no nos haya revelado para quién trabaja. Nosotros tenemos todo el tiempo del mundo... Usted, no... Nuria cerró los ojos y comenzó a tomar conciencia del grave *affaire* en el que se había metido por su orgullo personal y por su curiosidad científica. Presentía que no le iba a resultar fácil convencer a aquellos dos sabuesos de que no existía ninguna intencionalidad en su investigación, que detrás de ella no había nadie, que todo era mucho más sencillo y normal...

No se equivocaba.

7

Los padres de la joven doctora, Vicente Serra y Martina Portal, aterrizaron en el JFK el jueves a las 15:10. Dan Foster les había reservado habitación en su propio hotel y fue a recogerlos al aeropuerto poniéndoles al corriente con todo detalle de cuantas gestiones había realizado hasta entonces.

Una vez instalados en el Holliday Brooklyn Inn, los tres efectuaron el mismo recorrido que el escritor había realizado el día anterior. Estuvieron en el apartamento y en el centro de trabajo de Nuria, se acercaron a la comisaría del distrito 33, así como al Brooklyn Hospital Center, y finalmente recalaron en el consulado de España en Nueva York, en el 150 de la calle 58.

En el piso de Nuria no hubo problemas con el portero, ya que los padres de la doctora lo conocían por haber visitado a su hija en varias ocasiones. Examinaron con minuciosidad todas las estancias, pero no encontraron ningún indicio que aclarara la

súbita e inexplicable desaparición de la joven. El hecho de que el móvil se hallara sobre la banqueta del cuarto de baño, el bolso sobre la cama y el trolley del viaje sin deshacer en el vestidor, certificaban sin lugar a dudas que algo muy importante le había hecho abandonar el apartamento.

En el IORD no estaba el doctor Lancaster, pero pudieron hablar con los dos compañeros del equipo de Nuria, los doctores Patrick Landon y Hill Carpenter, quienes no les aportaron nada que pudiera ayudar a esclarecer la enigmática desaparición de su colega. Por otra parte, ni en la policía ni en la base de datos de la red hospitalaria neoyorquina constaba el nombre de la joven investigadora, ni sus características físicas correspondían a ninguna de las personas, heridas o muertas, que aparecían como “no identificadas”. Por último, en el consulado se limitaron a denunciar su desaparición como ciudadana española en un país extranjero, denuncia que fue trasladada por los funcionarios a la policía neoyorquina.

De regreso al hotel, los tres personajes tomaron un sándwich frío en la cafetería. Martina telefoneó a su hermana Lola para contarle lo que habían hecho y, poco después, se retiraron a intentar dormir.

Dan se hallaba muy cansado pero no tenía apenas sueño y optó por comenzar a leer la extensa documentación recopilada sobre la masacre del instituto Columbine con vistas a su próximo libro. A medida que devoraba páginas y páginas crecía en su ánimo la sospecha de que, en el tema de los asesinatos múltiples, tardaría mucho en hallar las claves necesarias para convertirlo en un éxito similar al de su primer libro. Le faltaba la guinda de encontrar algún asesinato premeditado entre las personas muertas, supuestamente por azar, a manos de un presunto descerebrado. Una guinda que, de existir, le llevaría meses encontrarla y, sobre todo, probarla. Lo lamentaba, pero su editora tendría que olvidarse de tener el libro para finales de año.

Pasadas las dos y media de la madrugada los párpados comenzaron a pesarle y, ya en la cama, se puso a ver las noticias de España en el canal internacional de TVE. Escasos minutos después se quedaba dormido.

A las tres y veinte se activó su móvil por vez primera. A pesar de que el tono, una versión digital de la *Marcha de la Brigada Ligera*, sonaba muy agudo y acelerado, no logró despertarle ya que se encontraba sumido en lo más profundo del primer sueño. La segunda llamada, hacia las cuatro, logró hacerle emerger a duras penas de las recónditas entrañas de Morfeo. Pero cuando tomó conciencia de que el móvil le izaba a la superficie de la consciencia a toque de trompeta electrónica, la llamada se cortó.

Tras sentarse en la cama y mover con suavidad el cuello hacia arriba y hacia abajo y a derecha e izquierda para desentumecer los músculos cervicales, examinó el número que le había despertado a tan intempestiva hora. No lo tenía memorizado en la agenda. Se fijó en sus guarismos y dedujo que era un teléfono norteamericano. Pulsó devolución de llamada y en escasos segundos escuchó la voz atiplada de un hombre.

—¿Señor Foster...?

—Sí, ¿quién es?

—Le llamo de la comisaría de policía del distrito 33...

Ocho minutos más tarde, Dan subía a un taxi en la puerta del hotel y, en media hora, llegaba al Instituto Anatómico Forense ubicado en las proximidades de la sede de las Naciones Unidas. Después de una larga espera, un celador inexpresivo le situaba frente al cadáver de una mujer joven cuyo rostro, a pesar de hallarse parcialmente ensangrentado, coincidía por desgracia con la foto que Lola Portal le había enviado a su móvil cuando aterrizó en Nueva York.

Los datos que manejaba la policía eran escasos y bastante confusos en cuanto a los detalles. En el atestado constaba que había sido víctima de un atropello mortal y que el conductor se había dado a la fuga. El suceso había tenido lugar sobre las dos de la madrugada en Central Park West, frente a las Torres Gemelas de los Century

Apartaments, habiendo sido descubierto el cuerpo por un taxista que regresaba a casa sin pasajeros una vez terminada su jornada de trabajo.

Lo primero que hizo Dan fue telefonar a Lola Portal.

Cuando se repuso del mal trago de darle la fatal noticia a su editora, tomó un nuevo taxi para regresar al hotel. Si el trámite anterior había sido terrible, le esperaba otro peor: despertar a los padres y comunicarles la tragedia.

Al arrancar el citado vehículo, un automóvil de color oscuro, un Mercedes 300 estacionado cerca de la puerta del Instituto Anatómico Forense, se puso en marcha siguiéndole a una prudente distancia.

Al fondo, los rascacielos de Manhattanizaban sus imponentes siluetas al contraluz de un cielo cárdeno que sangraba ya las primeras luces del amanecer. Se desperezaban las primeras sirenas marineras y aullaban como coyotes los trenes más madrugadores. Despertaba la heterogénea inmensidad de Nueva York y, en ella, la muerte de Nuria Serra era sólo una minúscula partícula.

8

Bajo la palabra latina *Arcanum*, que significa “lo desconocido”, se oculta un departamento supersecreto del que muy pocas personas conocen su existencia, incluso en las altas esferas gubernamentales de la Casa Blanca; un departamento nacido como consecuencia de una prolongada y sorda lucha entre la CIA y el FBI. Teóricamente, la *Central Intelligence Agency* es la encargada de proteger los intereses estadounidenses fuera de USA mediante su extensa red de espionaje y contraespionaje extendida por todo el mundo. Por su parte, el *Federal Bureau of Investigation* tiene por misión prevenir e investigar los delitos nacionales dentro de las fronteras de la Unión. Sin embargo, en la práctica, muchas veces las citadas funciones se intercambian, se solapan, se estorban y no faltan actuaciones en las que se enfrentan directamente.

A nivel de organismo superestatal, *Arcanum* surge como culminación de una larga disputa entre ambos servicios de Inteligencia por la custodia de los grandes secretos de Estado norteamericanos; una colisión de intereses que el Pentágono zanjó en 1985, durante la presidencia de Ronald Reagan, con la creación del mencionado ente autónomo.

Los citados secretos abarcan materias muy diversas relacionadas con la historia estadounidense, con actuaciones secretas del ejército, con armas nuevas y tecnología militar, así como descubrimientos en medicina, física, química y otras ciencias. Muchos de ellos, si se desvelaran, alterarían profundamente no sólo la vida norteamericana sino también, en algunos casos, el propio devenir de la Humanidad. Secretos muy importantes que no tenían nada que ver con los “cotilleos” desvelados por el portal de internet *Wikileaks* a finales de 2010.

Arcanum fue diseñada a imagen y semejanza del *Criptum* que existe en el Vaticano desde principios del siglo XX. Este hermético departamento, creado bajo los auspicios de monseñor Merry del Val, secretario de san Pío X, vigila y controla férreamente los grandes misterios de la Iglesia; secretos, muchos de ellos terribles, cuyo conocimiento es hurtado incluso a los propios Papas. Sólo están al corriente de los mismos los *Emeriti*, una tríada de monseñores de la curia romana que los custodian con gran celo en una catacumba situada bajo la basílica de San Pedro, cuya existencia se la van transmitiendo entre sí, de generación en generación, los citados *Emeriti*.

De igual manera, *Arcanum* sólo es conocido en Washington por un reducido grupo de personas, pertenecientes todas ellas al *establishment* del Pentágono, sin prácticamente ningún contacto con la Casa Blanca, y menos aún con el despacho oval. En la

actualidad estaba presidido por *Julius III*, nombre en clave del tercer hombre que tenía la máxima responsabilidad de proteger los grandes secretos de Norteamérica desde que se creó el citado organismo a mediados de los años ochenta.

El citado *Julius*, en realidad, se llamaba Frank Holden y había pertenecido toda su vida a la CIA. Sus notables dotes de inteligencia, audacia y gestión le auparon en 1999 a la presidencia de la hermética organización. Su mandato se había caracterizado por una gran reforma del organigrama, convirtiéndolo en una estructura piramidal que delimitaba con claridad las competencias de cada departamento. A él se debía también la nueva sede en el más profundo subsuelo de Manhattan, un búnker acorazado que se construyó, perfectamente camuflado con respecto a la opinión pública, durante la polémica remodelación de la Zona Cero.

En la gestión del actual presidente también se encontraba haber dotado de tecnología punta a los métodos de investigación y comunicación y, sobre todo, la digitalización de todos los documentos relativos a los grandes secretos del pueblo americano. Cada uno se conservaba en un disco duro multimedia de entre uno y cinco terabyte, encriptado informáticamente con un lenguaje trinario creado *ad hoc* para *Arcanumy*, por tanto, incompatible por completo con cualquier sistema operativo binario; es decir, imposible de ser *hackeado* por piratas informáticos.

A su vez, cada disco duro se hallaba custodiado en el interior de una urna de alta seguridad dotada de una doble alarma, luminosa y acústica; alarma que se activaba de inmediato en el momento que alguien, en cualquier rincón del planeta, “rozaba” el secreto que custodiaba.

La mayoría de las emergencias, muy escasas en realidad, se producían bien por un error técnico o por una simple simulación de alarma, y no solían encerrar trascendencia alguna. La última había tenido lugar a finales de febrero por culpa de un meteorólogo californiano de Emerald Coats. Investigaba los comportamientos de las tormentas marinas en el Caribe y había husmeado más de la cuenta en una empresa denominada Alaris Group, radicada en el extremo sur de un cayo de Florida al que se llegaba por un difícil acceso.

Oficialmente, la citada empresa se dedica al estudio de las costumbres de las aves migratorias en sus vuelos Sur-Norte y viceversa dentro del continente americano. En realidad encierra un observatorio de alta tecnología creado a raíz de las catastróficas inundaciones que sufrió Nueva Orleans durante 2005 por el huracán *Katrina*. Este centro, supersecreto y supervigilado, tiene por misión detectar todo tipo de fenómenos meteorológicos catastróficos: tifones, tornados, maremotos, tormentas tropicales, etc., que cada año arrasan el área del Caribe. Cuando identifica alguno de estos devastadores eventos, de inmediato pone en marcha una serie de operaciones aéreas para esparcir por la atmósfera productos químicos a fin de que los citados fenómenos desvíen sus mortíferos efectos hacia Centroamérica y norte de Sudamérica.

Alarmas como la reseñada se solían solventar por *Arcanum* en pocas horas. En concreto, la provocada por la curiosidad del meteorólogo se resolvió en día y medio mediante el infalible sistema de “encontrar” droga en su automóvil y “resistirse a la policía”. Por el contrario, la ocurrida recientemente con el secreto número 11, técnicamente conocido como M62M-J63F, se había complicado un poco más hasta poder comprobar, fehacientemente, que detrás de la doctora española no existía nadie salvo su malsana curiosidad.

Julius III, al igual que sus predecesores en el cargo, y también quienes le sucedieran en el futuro, era la máxima autoridad en Estados Unidos, por encima incluso del presidente, cuando se trataba de proteger cualquier materia reservada de las calificadas ANS (*Absolute National Secrets*), la categoría de secretos más protegida en *Arcanum*. En caso de hallarse en peligro alguno de estos secretos, todos los servicios de seguridad, tanto civiles como militares, quedaban supeditados de

inmediato a *Julius*. Basado en esta singular prerrogativa, podía disponer de cualquier agente, célula, comando, arma, información o sistema de transmisión que le pudiera ser útil sin necesidad de pedir permiso ni dar explicaciones a nadie.

No obstante las facultades anteriores, sólo operativas en casos tremendamente excepcionales, *Arcanum* poseía su propia estructura interna, dividida en tres estratos en función del nivel de información.

El “núcleo duro”, establecido de manera permanente en la sede central del departamento, se hallaba formado por doce personas, todas ellas hombres, bajo el mando directo de *Julius III*. Eran los únicos que conocían o podían acceder a los secretos celosamente guardados en la planta baja del búnker de tres pisos ubicado en el vientre más profundo de Manhattan.

El segundo estrato humano de *Arcanum* lo constituía un determinado número de agentes, en torno a doscientos cincuenta, seleccionados con todo cuidado entre las élites de la CIA, el FBI, la Inteligencia Militar y el Servicio Secreto de la Casa Blanca. Se encontraban diseminados por ciudades estratégicas de Estados Unidos, así como por el entorno de las principales embajadas norteamericanas extendidas por el mundo. Su nivel de conocimiento de la hermética organización era sólo superficial, excepto cuando se les confería una misión concreta. En estos casos eran informados, parcialmente siempre, de la importancia de la mencionada entidad.

Por último, se hallaban los “colaboradores extraordinarios”, personas que ocupaban puestos claves en empresas multinacionales e instituciones de relevancia mundial: medios de comunicación, gigantes informáticos, fábricas de armamentos, emporios culturales, centros de investigaciones médicas, etc. El grado de conocimientos de los responsables de estos organismos con respecto a *Arcanum* pasaba de rudimentario. Sólo sabían que, si les llegaba información de determinados temas, tenían que alertar de ella enviando un email a una cuenta de correo electrónico que sólo conocían mientras ostentaban el cargo directivo; *e-mail* que quedaba desactivado en el momento que abandonaban el cargo profesional en cuestión. A este tercer estrato, por ejemplo, pertenecía el doctor Steven Lancaster, responsable del departamento de Virología del IORD.

A la misma hora que Foster cruzaba el majestuoso hall del hotel Holliday Inn Brooklyn proveniente del Instituto Anatómico Forense, sonaba un teléfono en el despacho del presidente de *Arcanum*, reunido en ese momento con *Bogart*, el jefe de operaciones. Al tercer repique, la huesuda mano del presidente pulsó la tecla verde tras comprobar en pantalla la identidad de quien llamaba.

—Dime, *Monty*.

—Señor, un accidente perfecto... La dejamos en una acera y, cuando cruzaba hacia la de enfrente, un automóvil la atropelló a toda velocidad dándose luego a la fuga. No había ni un alma en ese momento en Central Park West.

—Que no quede ningún rastro del coche, por si acaso —ordenó *Julius III*.

—No se preocupe. Ya está convertido en un cubo metálico en el desguace de siempre.

—Felicidades, *Monty*. Un problema menos.

—Creo, señor, que no hubiera sido un problema. Tengo la impresión, como ya le dije, de que no hay nadie detrás de la chica. Pensamos que entró en la base de datos V-SSS por pura curiosidad. En su adolescencia, parece ser, se divertía hackeando.

—Es posible, pero descubrió que no eran muertes accidentales. Y alguien con esa información, y más en este caso, es un peligro suelto que no nos podemos permitir.

—Totalmente de acuerdo, señor.

—¿Qué hay del tipo ése que fue a su casa, al IORD y luego a la policía y al hospital?

—Es un español, pero en este momento desconocemos su parentesco o relación con la chica. Estamos investigándolo.

—Bien. Mantenme informado. Y felicidades de nuevo. También para *Chaplin*.

—Gracias, señor.

Tras cortar la conversación, *Julius* se volvió hacia el jefe de operaciones que había presenciado el diálogo anterior.

—*Bogart*, queda esta misma mañana con el doctor Lancaster y hazed desaparecer la carpeta V-SSS de la base de datos del departamento de Virología. Si alguna vez tiene que consultarla, que nos llame. No quiero que volvamos a tener otro estúpido incidente como el de esa chica española. Dale las gracias al doctor por su excelente colaboración y avísale también de que le llegará un buen regalo de un amigo anónimo.

—Ok. Sí, es una buena idea borrar esa carpeta del IORD. Nunca me gustó, ya se lo dije, que hubiera un acceso a ella fuera de aquí. Y otra cosa, señor... Debería darle un toque a quien ya sabe...

—Sí... Voy a tener que hablar con él —chasqueó la lengua en señal de fastidio—. Mi antiguo amigo y colega se empeñó en usar el *Vóltrax* aquí tenemos las consecuencias. Esperemos... Esperemos que no vayan a más.

Al quedarse solo, *Julius* *III* entornó los ojos al tiempo que se recostaba en el sillón basculante de cuero, color oro viejo, y comenzaba a balancearse con suavidad. Era su actitud preferida cuando meditaba.

Tenía setenta y siete años y era alto, enjuto y ligeramente ladeado como una caña de arroyo; semblante arrugado como una pasa, nariz y mentón algo prominentes con unos diminutos ojos ratoniles parapetados detrás de unas pequeñas gafas con montura dorada. Su aspecto atildado en extremo, sus exquisitos modales y su vivacidad de movimientos le conferían una extraordinaria personalidad. Amante de la ópera y cultivador de las lenguas clásicas, sobre todo del latín eclesiástico, era también un lector infatigable de la filosofía kantiana y sus epígonos. Pero por encima de todo esto, destacaba su portentosa inteligencia para resolver la mayoría de problemas un minuto después de que se plantearan. Y cuando no ocurría así, cuando se complicaban más de la cuenta, los solucionaba de manera rigurosamente expeditiva.

Una vez más tenía que lamentar la muerte de una persona inocente en aras de la razón de Estado. Sucedió muy de tarde en tarde, pero cuando esto acontecía no podía permitirse ninguna debilidad. Era justo lo que había ocurrido con la doctora española. Una lástima.

Poco tiempo después, su mente abandonó el caso Nuria Serra para pensar en el futuro de *Arcanum*.

Hacía ya meses querumiaba jubilarse, pero aún no había encontrado quién podía sucederle con el nombre de *Julius IV*. No era fácil encontrar una persona que amara tanto a Estados Unidos como para renunciar a muchos de los placeres de la vida y dedicarse en cuerpo y alma a dirigir la organización. Tenía que buscarla a corto plazo. Pero antes debía conjurar el peligro que se cernía sobre el secreto nº 11 de los ANS. Un misterio que, de descubrirse, no sólo cambiaría la historia de los Estados Unidos de Norteamérica, también la de una gran parte del mundo occidental.

9

En la megafonía de la capilla comenzó a sonar el solemne y conmovedor *Pleni sunt coeli*, del *Te Deum* de Charpentier.

El féretro, de madera de caoba vetada, se puso en movimiento al tiempo que se recorría la cortinilla de terciopelo azul marino que tenía tras de sí. En ese estremecedor momento, la madre de la infausta doctora rompió a llorar inconsolable ya que había llegado el momento del adiós definitivo. Instantes más tarde, sus lágrimas quedaban ahogadas en los brazos de su marido, quien cerró los ojos para no ver cómo el cadáver de Nuria se alejaba en dirección a las ardientes fauces del crematorio. Su

tía, Lola Portal, recostada sobre el pecho del escritor Dan Foster, también lloraba, más en su alma que en su rostro.

Hacia tres días que el cuerpo de la doctora Serra había aparecido en medio de la avenida Central Park West. Oficialmente se trataba de un atropello por un conductor desalmado que había huido. Esta versión policial no la compartía la familia basándose en la extraña desaparición de la víctima setenta y dos horas antes del presunto accidente; sin embargo, sería muy difícil modificarla ya que poseían indicios muy endebles como para que la comisaría del Distrito 33 empleara más tiempo en investigar el suceso. La única esperanza de esclarecer el misterio descansaba, en aquellos momentos, en el interés que se tomara la embajada española y en la firme decisión de Enrico Vitali, el novio de la joven, de intentar que la policía neoyorquina no diera el caso por cerrado.

El escultor italiano, al igual que le había ocurrido a la familia, comenzó a inquietarse desde el momento en el que Nuria no respondió el lunes a sus llamadas; inquietud que mutó a preocupación cuando en el IORD le dijeron que no había ido a trabajar ni tampoco había llamado para explicar la causa. Al no poder contactar con ella tampoco el martes, a primera hora del miércoles decidió ir a su apartamento donde le informó el portero que no le había visto desde el domingo por la noche cuando llegaba de viaje. En el centro de investigaciones médicas tampoco pudieron explicar su ausencia por tercer día consecutivo. Y fue aquí, en el IORD, donde le dieron la fatal noticia al llamar el viernes una vez más al doctor Lancaster, quien había tenido conocimiento del luctuoso suceso por los padres de la joven.

Gracias al cónsul español en Nueva York se aceleraron los trámites administrativos de la autopsia y el cuerpo fue trasladado a un tanatorio de Manhattan en la mañana del domingo, hasta donde se acercaron algunos compañeros de trabajo para dar su último adiós a Nuria Serra. La mayoría de los asistentes se quedó acompañando a la familia hasta la una de la tarde, hora en que se celebró un breve oficio religioso antes de que la cinta transportadora condujera el féretro hacia las abrasadoras lenguas del horno crematorio.

Una hora más tarde, un empleado del tanatorio entregaba las cenizas a los padres en una sencilla urna en forma de copa, cerrada con una tapa de rosca y rematada por un pequeño crucifijo de alpaca plateada.

A las dieciocho y quince, los padres y la tía de Nuria, una vez facturado el equipaje en el aeropuerto Kennedy, se dirigieron a la sala de embarque. Les acompañaban el novio de la malograda joven y Foster, quien tenía pensado permanecer diez o doce días más en la ciudad de los rascacielos.

—Gracias, Dan, por todo —comenzó a despedirse Lola a escasos metros del control policial.

—Ahora, quien me preocupa eres tú.

—No quiero pensar lo que les espera a mi hermana y a mi cuñado. Era su única hija, una hija maravillosa. No creo que lleguen nunca a superarlo.

—Por eso tú no te puedes hundir. Eres su único apoyo.

—Lo sé. Venga, un beso que no quiero volver a echarme a llorar.

—Ánimo.

Mientras los tres pasajeros, combados por la pesadumbre, se sometían a la minuciosa inspección del control de seguridad, Foster observó a Enrico que se encontraba a su izquierda. Los ojos del joven, su mente y su corazón permanecían aferrados al bolso de piel que Martina sostenía, amorosa y tristemente, conteniendo en su interior las cenizas de Nuria.

—¿Te apetece un té?

El escultor lo miró con un remedo de sonrisa encharcada de tristeza.

—Me apetece cualquier cosa menos estar solo.

Hacia las ocho y media repicó el teléfono de *Julius III* en su despacho de *Arcanum*.

—Dime, *Bogart*.

—Tenemos ya la identidad de los dos hombres que fueron a la casa y al trabajo de la doctora, y que también la buscaron por hospitales y comisarías.

—Adelante.

—Uno es el novio de la chica. Un escultor italiano que posee un estudio en Greenwich Village, cerca de St Lake's Place.

—¿Y el otro?

—Como ya le dije, se trata de un español. Un escritor que ha publicado un libro en una editorial que dirige la tía de la chica muerta. Se encuentra en Nueva York preparando su próxima obra y, en buena lógica, la editora le debió pedir que se interesara por el paradero de su sobrina.

—¿Qué tipo de libros escribe ese individuo?

—Se llama Dan Foster y tiene publicado... Espere, tengo el título por aquí... *LA PÚRPURA NEGRA*.

—¿Cómo...!? —El tono de voz de *Julius* se elevó catapultado por la alarma— ¿Estás seguro, *Chaplin*?

—¿Conoce usted el libro?

—Sí. Se trata de una especie de reportaje de investigación. Lo leí hace algún tiempo. El tipo ése logró infiltrarse en el cónclave consiguiendo burlar todos los sistemas de seguridad de la Santa Sede, cosa que hasta entonces no había logrado nadie.

Se atomizó un silencio durante bastantes segundos, hasta el punto de que su interlocutor preguntó con timidez:

—¿Señor...?

—Del novio, olvidaos...

Nuevo silencio, más espeso que el anterior.

—El escritor ése... me preocupa. Si consiguió infiltrarse en el corazón del Vaticano..., está claro que es un tipo más que peligroso.

—¿Entonces...? —enfaticó *Bogart*.

—Si continúa investigando, dadle un aviso. Siendo periodista, no conviene ser tan drásticos como con la joven doctora. Nos podría traer problemas...

—¿Y si persiste...?

—Si persiste..., ya sabes.

—Entendido, señor.

CAPÍTULO SEGUNDO

El Jefferson Market Courthouse es un edificio de paredes rojizas construido en 1877 para albergar la sede de los juzgados de Nueva York, del que destaca su torre circular presidida por un gran reloj y coronada con un tronco de pirámide de color azul claro. Este emblemático edificio de Greenwich Village, en Sixty Avenue, alberga hoy una biblioteca pública que posee un excelente fondo de documentación sobre Historia Contemporánea, con especial atención al pasado siglo XX.

Durante la semana posterior a la muerte de Nuria, Dan Foster se centró en su labor de documentación sobre el fenómeno de los asesinatos múltiples en Estados Unidos. Solía llegar al Jefferson sobre las diez de la mañana y hacia las dos salía a comer. Algunas veces almorzaba en un *McDonald's* cercano y otras compraba algo de comida en *Belduccis*, una tienda de exquisita gastronomía italiana donde se podían adquirir, entre numerosas delicatessen, los mejores quesos y patés de Nueva York.

El viernes por la mañana le telefoneó Enrico Vitali, el novio de la malograda doctora Serra. Se citaron para comer en un restaurante de Christopher Street, en el corazón de la elegante zona gay de Greenwich Village, muy cerca de donde el escultor tenía su estudio-residencia.

—Como me pediste en el aeropuerto, he ido anotando todo lo que me ha ido viniendo a la cabeza relacionado con los últimos días de Nuria. No he recordado nada que se saliera de la normalidad, salvo una frase suya que a lo mejor sí puede tener importancia... Se trata de un comentario que me hizo el viernes anterior a su muerte, cuando íbamos a su casa para recoger el equipaje antes de viajar a Búfalo...

Enrico cortó la narración porque un camarero con cabeza de indio navajo, encrestado el cabello y teñido de azul, comenzó a servirles una tabla de quesos internacionales, cada uno con una banderita del país de origen clavada encima; y a continuación, una fuente redonda con una dorada colina de patatas fritas rodeadas por seis pequeños cuencos con salsas variadas. Para beber, dos enormes jarrones de cerveza cubiertos por el efímero armiño de la espuma.

—No sé cómo salió la conversación, pero me dijo que había sido un día muy fructífero —continuó Enrico su exposición—. Y que no podía contarme nada porque era secreto profesional. Picado por la curiosidad, le insistí y entonces Nuria me explicó que había identificado un virus mortal que había causado ya cinco víctimas. Estaba bastante eufórica ya que llevaba mucho tiempo metida en esa investigación y por fin lo había conseguido.

—¿Qué tipo de investigación...? —se interesó el escritor español al tiempo que extraía del bolsillo su inseparable bolígrafo-grabador y desdoblaba una servilleta de papel para tomar notas.

—Por lo visto, seguía la pista de un virus que se había llevado a la tumba a varias víctimas casi al mismo tiempo.

—Perdóname, pero soy un analfabeto en virus. ¿Qué trascendencia tiene que un virus acabe con la vida de varias personas al mismo tiempo?

—Lo que Nuria me señaló como muy extraño, y éste es el motivo por el que quería comentártelo, es que las cinco personas fallecidas vivían en cinco sitios diferentes de Estados Unidos muy lejanos entre sí.

Foster arrugó el entrecejo al tiempo que anotaba algo mecánicamente en la servilleta. No terminaba de entender la importancia que tenía la información facilitada por el escultor y se lo expresaba con un rictus de desconcierto en todo su semblante.

—Dicho así puede que no sea una información muy valiosa, pero como Nuria comentó que era un secreto profesional, expresión que nunca solía emplear cuando me hablaba de su trabajo, pienso que ese descubrimiento de cinco muertes en cinco lugares diferentes debía ser algo muy importante. Si no, creo, no habría apelado a lo del

“secreto profesional”.

Este último comentario de Enrico enlazando “cinco muertes” y “cinco lugares diferentes” con “secreto profesional”, y estando por medio la palabra “virus”, sí encendió el interés en el cerebro del escritor, hasta entonces poco receptivo a cuanto relataba con bastante confusión el artista italiano.

Al caer la tarde, ya en el hotel y antes de pasar al portátil las notas tomadas ese día en la biblioteca, redactó un email para Lola Portal resumiéndole lo que le había contado el novio de Nuria. Al final le pedía que preguntara a su hermana y su cuñado si conocían la investigación que llevaba a cabo su hija cuando desapareció.

A las nueve y media de la mañana siguiente, tres y media de la tarde en España, Foster recibió una llamada mientras desayunaba en el buffet del hotel. Era Martina, la madre de Nuria. Tras agradecerle una vez más su preocupación por el caso de su hija, le explicó:

—Sabemos que se dedicaba a estudiar virus desconocidos, pero ignoramos lo que llevaba entre manos en el momento de su desaparición. Lo que sí puedo decirte, y por eso te llamo, es que si era importante seguro que lo tiene bien guardadito en internet.

—¿Cómo en internet...? —se sorprendió el escritor al tiempo que, por deformación profesional, como siempre, preparó una servilleta de papel y echó mano de su bolígrafo.

—Verás... Nuri, desde que un día se le estropeó un ordenador viviendo todavía aquí en Barcelona y perdió un trabajo que le había llevado cerca de cuatro meses, hacía siempre dos copias de todo lo que escribía. Una de ellas la pasaba a un *pendrive*, y la otra la alojaba en una web. Apúntala, por favor...

www.steekr.com

. Te repito,

www.steekr.com

... ¿La tienes?

—Sí. Pero me faltan las claves.

—La de usuarioson sus apellidos juntos, “serraportal”. Y la contraseña, los apellidos cambiados de orden, “portalserra”. Sé que son éstas porque siempre las utilizaba en todas las webs donde le pedían registrarse. Era muy desmemoriada y había perdido muchos accesos a páginas interesantes por poner claves diferentes. Un día se decidió por sus apellidos y así no se le volvieron a olvidar. Yo le copié el sistema y he utilizado alguna vez lawebque le he dado.

—Gracias, Martina. Si consigo entrar, te cuento cualquier cosa que averigüe.

Finalizado un suculento desayuno, Foster decidió subir a su habitación antes de tomar el taxi de cada día para la biblioteca ubicada en el Jefferson Market Courthouse. Se sentó frente al Mac y tecleó

www.steekr.com

.
Cuando se abrió la página principal, introdujo el nombre de usuario y contraseña que le había proporcionado la madre de la doctora y, de inmediato, se desplegó ante él un largo menú de carpetas. Las fue abriendo una por una, hasta que dio con la que buscaba. En la portada se podía leer “V-X5X” y, al pasar el cursor sobre ella, brotaba un recuadro informativo donde aparecía justo la fecha del viernes anterior a la desaparición de la doctora Serra.

La carpeta encerraba un anexo técnico y un extenso informe. El primero contenía estudios comparativos de la secuencia de ADN de un determinado virus, bautizado como V-X5X, con secuencias similares de otros pertenecientes a su misma cepa de origen.

El informe, por su parte, señalaba que el citado virus había sido la causa de la muerte de cinco personas en cinco lugares diferentes de Estados Unidos, cuyos nombres,

ciudades, direcciones, edades y fechas de fallecimiento se reseñaban. También detallaba los respectivos forenses que habían realizado las autopsias y que, al desconocer el virus causante del óbito, habían remitido los pertinentes historiales al IORD por el conducto reglamentario de los servicios estatales de salud.

El citado informe terminaba con dos conclusiones.

—*Basándonos en la praxis médica, y desde un punto de vista técnico, es muy difícil explicar, por no decir imposible, que el mismo virus haya producido de forma natural el fallecimiento de cinco personas en cinco lugares diferentes. Y además, resulta aún más sorprendente que las cinco muertes hayan ocurrido en el corto espacio de dieciocho días y sin que se produzca ningún infectado más en el entorno de cada víctima.*

—*La secuencia de ADN del virus que hemos denominado V-X5X, probablemente por los tres genes con los que ha sido manipulado, no coincide con ninguno de los virus artificiales conocidos y archivados en la base de datos del IORD. Es posible, pero no lo puedo certificar, que se corresponda con alguno de los contenidos en el archivo V-SSS, al que no he podido acceder por estar protegido con una segunda clave cuya composición desconozco.*

Al finalizar la lectura, el olfato investigador de Dan Foster se inclinaba con absoluta nitidez por establecer una correspondencia causa-efecto entre el descubrimiento del virus, la extraña desaparición de la doctora Nuria Serra y su no menos misterioso accidente mortal.

El caso, para él, daba un vuelco importante.

Abrió el móvil y pulsó el número de Lola Portal.

2

Philip Carrington, alto y fuerte como el tronco de un roble, piel albina en un rostro coronado por abundante cabello de seda y nieve, se levantó en contra de su costumbre a las diez, dos horas más tarde de su rutina habitual. Tenía motivos para ello. La noche anterior se había acostado pasadas las doce tras dejar en el aeropuerto a un viejo amigo que había viajado expresamente desde Nueva York para pasar con él sólo unas horas. Una visita que Carrington calificó de extraordinaria, ya que siempre solía venir a verlo en otoño y ahora lo había hecho a primeros de mayo.

Ambos tenían una edad similar, setenta y muchos años, pero Philip había encontrado a su amigo muy envejecido en esta ocasión.

—Me cuido poco. Ojalá hiciera la vida que haces tú.

Su visitante llevaba razón. Escasos meses después de cumplir los cincuenta, Carrington había decidido apartarse del mundanal ruido. Dejó de ejercer la medicina en el St. David's South Austin Hospital de la capital de Texas y se retiró con su mujer, no tenían hijos, a las proximidades de Kuta, el principal centro turístico de la isla indonesia de Bali; la ciudad que en 2002 sufrió un monstruoso atentado islamista que segó la vida de 202 personas, principalmente extranjeros, mientras se divertían en las discotecas *Paddy'sySari Clubs* situadas una frente a la otra en la calle Legian.

En este paraíso turístico, bañado por el cálido Índico, Carrington y su esposa Sheila habían encontrado algo que se asemejaba mucho a la felicidad. Habitaban una vivienda típica de la zona con una torre de cinco temples de madera repujada, a orillas de un lago, donde gozaban de espectaculares vistas a la inmensa mole de un volcán apagado y cubierto por una exuberante vegetación. Más por *hobby* que por lucro, regentaban un pequeño negocio de fabricación y venta de muebles de teka, la madera insignia de la isla. Y por último, habían descubierto en el misticismo que impregnaba toda la existencia de los balineses, basado en un karma sincretista, la paz de espíritu que nunca disfrutaron en Estados Unidos.

Aunque se había levantado dos horas más tarde de lo habitual, Philip no perdonó su paseo diario de una hora por la falda del volcán. Empuñando un palo de dos metros para apoyarse, le gustaba perderse por entre bosques de bambú, plataneras y cocoteros, alejándose tanto que a veces necesitaba echar mano de la brújula para orientarse en el regreso a casa.

Mientras su corpulento marido vagaba por los montes, Sheila, menuda, dulce, pecosa, arreglaba la casa y preparaba un desayuno que consistía, básicamente, en tres vasos de zumo natural de tres frutas diferentes; zumos que después ambos degustaban con tranquilidad, sentados frente a frente, en la gran terraza-mirador que circundaba la casa y la torre-templete.

A las doce menos cuarto, Sheila comenzó a preocuparse. Hacía más de dos horas y media que Philip se había marchado. No era inusual que a veces se tardara un poco pero aquel día, sabiendo que se había levantado tarde y tenía que abrir la tienda de muebles, no se explicaba el retraso.

Apareció pasadas las doce y media. Sheila, nada más verlo, se dio cuenta de que le ocurría algo. Y más cuando se dejó caer a plomo sobre los cojines del sillón de la terraza.

—Philip, ¿qué te pasa...? Tienes muy mala cara.

—Nada... No me...

Carrington dejó de disimular y se llevó las manos a la zona abdominal, al tiempo que doblaba el tronco por un punzante dolor que arrugaba con violencia toda la orografía de su rostro.

—He... he vomitado dos veces y...el estómago me duele mucho. Como si tuviera una úlcera de diez centímetros.

Ayudado por su mujer, consiguió a duras penas llegar a la cama, sudoroso, descompuesto, febril. Sheila le administró un antitérmico tras comprobar que la temperatura se acercaba a los cuarenta grados y un jarabe antiemético para evitar nuevos vómitos. Durante unas horas se sintió aliviado y se quedó dormido, pero al anochecer volvieron los vómitos, la fiebre y los dolores.

La condición médica de Philip no tardó en alertarle de que no se trataba de una gripe común ni de un dolor de estómago propio de una mala digestión o de un principio de úlcera gástrica.

—Llama a una ambulancia, cariño. En el hospital no te daré trabajo y, además, necesito que me hagan unos análisis. Es muy raro lo que me está pasando.

A las once ingresaba por urgencias en unacéntrica clínica de Kuta que solía atender a los turistas occidentales que desfilaban continuamente por Bali. Después de efectuarle una extensa analítica de orina y sangre, varias radiografías de tórax y una ecografía de abdomen, los doctores pudieron diagnosticar una infección generalizada, producida, previsiblemente, por una neumonía atípica. Infección que en las horas siguientes degeneraba en septicemia, a pesar de la batería de potentes antibióticos con la que intentaron atajarla los dos internistas que le atendían.

Hacia las seis de la mañana entraba en coma y, cuando el sol comenzaba a encender el inmenso, inestable y rutilante espejo de las aguas índicas, el doctor Philip Carrington abandonaba este mundo con los ojos sin vida clavados en el semblante inconsolable de su esposa.

centralita del *International Office of Rare Diseases*, el IORD, donde había trabajado la sobrina de Lola Portal. Le pasaron con su secretaria, quien le informó de que se hallaba en una reunión y quedó en darle el aviso en cuanto regresara al despacho.

El escritor, al igual que los días anteriores, se marchó a la biblioteca de Greenwich Village a continuar con su labor de documentación. Como a las doce y media Steven Lancaster no le había devuelto la llamada, telefoneó de nuevo a su secretaria, explicándole ésta que tenía el aviso pero la reunión se había alargado más de lo previsto y se había marchado con urgencia a una comida programada.

A los dos intentos de concertar una entrevista a lo largo de la mañana, siguieron otros dos por la tarde y tres más al día siguiente. Estaba claro que el doctor no quería hablar con él y esta actitud reforzaba su convencimiento de que la desaparición y trágica muerte de Nuria Serra tenían relación directa con su trabajo.

Foster se jactaba de no rendirse nunca cuando quería conseguir una información y, tras enterarse de que la jornada laboral del citado organismo concluía a partir de las dieciocho horas, se presentó en la sede central del IORD, en el barrio de Park Slope. Tomó asiento en un sillón del espacioso hall y esperó con paciencia hasta que vio aparecer al médico empuñando en su mano derecha un abultado *attaché* de piel negra.

—¡Doctor...!

Lancaster tardó tres segundos en reconocerle y no pudo reprimir un gesto de contrariedad. Intentó excusarse con el pretexto de que tenía prisa pero enseguida captó que su interlocutor no estaba dispuesto a dejarle marchar y, para evitar una situación incómoda, le invitó a tomar un té en la cafetería del centro de investigación.

El escritor no se anduvo con muchos rodeos y le planteó abiertamente su doble convencimiento de que, por una parte, Nuria Portal había sido secuestrada y asesinada; y por otra, que la causa de su muerte se debía a la investigación que estaba llevando a cabo en aquel centro sobre el fallecimiento de cinco personas a causa de un virus.

El médico permaneció impertérrito a lo largo de toda la exposición de Dan, guardando luego silencio durante unos diez segundos antes de esbozar una sardónica sonrisa previa a su contestación.

—Señor Foster, le auguro un gran éxito como novelista. Tiene usted una imaginación que ríase de John Grisham, Stephen King o Follet. Le felicito por su portentosa capacidad de fabulación... Pero la realidad, por desgracia, es otra. Como le dijo la policía, todo parece indicar que el motivo de la muerte de Nuria fue un fatal atropello de un desalmado que no se detuvo a auxiliarla. Y en cuanto a que el origen de su desgracia esté en su profesión..., aquí roza usted ya la excelencia imaginativa.

Como Foster esperaba el rechazo de su hipótesis, no se amilanó lo más mínimo ante la irónica metralla que Lancaster le había disparado.

—¿No estaba investigando la muerte de cinco personas por un mismo virus contagioso ocurrida en cinco lugares diferentes? ¿Un virus de la familia de la viruela?

—contraatacó Dan sin que el imperturbable doctor moviera una sola célula de sus hieráticos músculos faciales.

Nuevo silencio y, luego, nueva sonrisa; ahora de conmiseración hacia su interlocutor.

—La malograda doctora Serra, que tenía un prometedor futuro en el campo de la investigación, carecía aún de experiencia en el análisis comparativo de virus. Es cierto que estaba investigando la muerte de cinco personas en cinco lugares diferentes, pero había partido de una premisa falsa. Al haber padecido las cinco víctimas síntomas similares, tomó como hipótesis que pudiera ser el mismo virus y llegó a la conclusión de que era así. Si hubiera partido de la premisa de que no podía ser el mismo virus, ya que su hipótesis iba en contra de toda la literatura científica sobre el tema, habría continuado investigando hasta probar que los virus de los fallecidos eran diferentes, aunque, eso sí, con la misma cepa de origen

—Nono le entiendo...

—No es fácil explicarlo a personas profanas en la materia y con esto no quiero, lógicamente, minusvalorarle a usted. Lo que ocurre es que el mundo de la investigación médica es muy complejo... Intentaré aclarárselo con un ejemplo. Si a usted le enseñan cinco ramas cortadas de un árbol, a simple vista puede llegar a la conclusión de que, por ejemplo, son cinco ramas de un naranjo. Muy bien, son de naranjo. Pero sólo analizándolas hasta el fondo de su, digamos, ADN, podrá aseverar si esas cinco ramas son de un único naranjo o de cinco variedades de naranjos diferentes. ¿Alcanza a comprender el matiz?

—Más o menos...

—Pues ése fue el error de Nuria. Guiada por los síntomas similares de los enfermos, estudió el ADN del virus en una única dirección; y en cuanto coincidieron cinco secuencias, una de cada víctima, llegó a la conclusión de que se trataba del mismo virus. Si además del ADN hubiera investigado las características singulares de los polímeros, que son unas macromoléculas de ADN, habría constatado que se trataba de datos secundarios idénticos por ser de una misma cepa, pero con resultados primarios diferentes.

—¿Y en qué condiciones se contraen esos virus? —indagó el escritor.

—Las cinco muertes se han debido, creo, porque todavía no estoy seguro del todo, a un V2T3, un tipo de virus poco conocido. Suele contraerse, aunque no siempre, si coinciden tres factores: defensas orgánicas bajas, contacto frecuente con granjas de animales domésticos o zonas de nidación de aves migratorias y, por lo general, ocurre en periodos de altas temperaturas mezcladas con mucha humedad.

Foster no podía evaluar el rigor científico de lo que le estaba contando el experto en virología ya que carecía de conocimientos sobre el tema. Pero si le estaba mintiendo, mentía muy bien, porque lo explicaba sin el menor atisbo de vacilación.

—El virus que ha matado a esas cinco personas podría tener relación, es sólo una hipótesis, con el H1N1, el virus de la famosa gripe A. Tal vez, incluso, esta pandemia se trate de una mutación espontánea de un V2T3, aunque todavía no tenemos la evidencia científica de ello.

Al regresar al hotel, Dan subió directamente a la habitación y conectó su bolígrafo MP3 al ordenador por USB. Transcribió a un archivo la grabación efectuada durante la conversación con el doctor Lancaster y le añadió otro con el informe de la investigación de la doctora Serra. Ambos archivos los envió a Madrid, vía email, al jefe de sección de ciencia del diario "El Mundo", un condiscípulo suyo en la Universidad Complutense, rogándole que se los pasara a un experto en virología. En el mismo correo le preguntaba al virólogo si era correcta la explicación que le había dado Lancaster sobre el supuesto error cometido por la doctora Serra, así como qué opinaba del informe de ésta.

Al día siguiente, antes de bajar al desayuno-buffet, Foster abrió *sugmailly* se encontró con la respuesta al envío de la noche anterior.

"La explicación escuchada en la grabación carece de rigor, es acientífica en su totalidad, y la posible relación de un V2T3 con la cepa de la gripe A es pura fantasía. La doctora Serra lleva razón en que un virus ADN bicatenario de la familia "Poxviridae" y género "Orthopoxvirus" es imposible que aparezca de forma aislada en cinco lugares diferentes, de manera simultánea y sin que se infecte nadie más del entorno de las víctimas. Y si se trata de un virus modificado genéticamente en laboratorio durante el estadio final de "especie", un virus artificial como parecen apuntar todos los indicios, es lícito sospechar, en el caso particular que se nos cuenta, que se pueda estar utilizando de manera delictiva".

A las diez y cuarto, con la cartera de trabajo bamboleándose en su mano izquierda, salió del hotel y oteó los alrededores en busca de un taxi. Tuvo suerte. En ese

momento arribaba uno con un pasajero que se apeó para entrar en el hotel. El escritor español, satisfecho por la casualidad, subió al vehículo.

—A Greenwich Village, al edificio Jefferson Market —indicó al taxista a través del micro instalado en la mampara antirrobo que separaba el puesto de conducción de los asientos traseros.

—¿El de la biblioteca?

—Ok.

El conductor, a diferencia de la mayoría de taxistas de Nueva York, era blanco y de nacionalidad norteamericana. Tendría unos cincuenta años y poseía cierto aspecto de vigilante de discoteca: cuerpo atlético, cuello corto, semblante de boxeador y gesto algo chulesco.

No había atasco, pero sí un tráfico lento que se empantanaba continuamente por la férrea regulación de los semáforos, sobre todo al desembocar en Broadway desde Chambers Street.

Durante el trayecto, el escritor recordó que había olvidado ponerle un email a Lola Portal para contarle sus sospechas sobre el doctor Lancaster y, sobre todo, su absoluto convencimiento de que Nuria Serra había sido víctima de una conspiración relacionada con su trabajo en el laboratorio. Se lo mandaría desde la biblioteca en algún receso de su recopilación de documentos para el libro que estaba preparando.

Algunos minutos más tarde empezó a sentir que le pesaban los párpados. Se extrañó porque había dormido nueve horas y, además, había tomado un café bien cargado en el desayuno. El sueño iba en aumento, cada vez más, hasta que un pesado sopor se apoderó del cerebro y terminó sumergiendo su conciencia en un alterado mar de oscuridades.

Cuando Foster recobró la conciencia, casi tres horas más tarde, le informaron de que el taxi en el que viajaba había sufrido un accidente. Un conductor, al parecer en estado de embriaguez, se había saltado un semáforo en rojo y había embestido por el lateral izquierdo al citado taxi. La colisión había tenido lugar a escasos metros de una clínica y unos ciudadanos le habían llevado allí al encontrarle inconsciente dentro del vehículo con una pequeña herida en la parte posterior de la cabeza que ya le habían suturado. Tras esta explicación, el médico que le atendía se interesó por conocer si había ingerido algún tipo de somnífero o tranquilizante en los minutos anteriores al accidente.

—No... Todo lo contrario. Me había tomado un café bien cargado. ¿Por qué me lo pregunta?

—La analítica que le hemos hecho revela en la sangre una sustancia relajante, de la familia de las adormideras, en un grado muy elevado.

Foster contrajo el semblante con un gesto de extrañeza que duró bastantes segundos. Luego, las arrugas comenzaron a estirarse hasta que su piel se tensó impulsada por la alarma que comenzaba a sonar, con frenesí, en la sala de máquinas de su cerebro.

—¿Está pensando en algo que pueda interesarme? —le preguntó el doctor, quien había seguido con gran interés la metamorfosis producida en su geografía facial.

—¡El taxi!

—¿El taxi...? Explíquese.

—Al poco de sentarme en el taxi me entró un sopor... Me pesaban mucho los párpados... Era un sueño extraño... Muy extraño... —De pronto, una sospecha relampagueó en su mente y tomó una rápida decisión— ¿Puedo irme ya? ¡Me encuentro perfectamente!

—¿No le duele nada, ni está mareado...?

—¡En absoluto! Estoy bien. ¡Muy bien!

La sospecha que había comenzado a inflarse en su cabeza se transformó en un escalofrío cuando se presentó en el centro logístico de la policía urbana y leyó el parte del accidente automovilístico. Había ocurrido a las diez cuarenta en Broadway, esquina

con Leonard Street. Un Chrysler 3000C, al saltarse un semáforo en rojo su conductor, había colisionado lateralmente “con un taxi”... Un vehículo del que no existía ningún dato identificativo.

—¿Y la matrícula del taxi?

El funcionario que le atendía, grueso como un tonel, papada prominente y gafas que resbalaban sin parar por su achatada nariz, cogió el parte que Dan tenía en la mano y le echó un vistazo.

—Pues... se le habrá olvidado al agente. Como el taxista no quiso presentar denuncia... No sé... Sí, es raro... A veces pasa...

—¡No entiendo nada! —comentó Foster en voz alta para dar salida al estupor que comenzaba a almacenarse en su ánimo— ¡Y menos comprensible es que un taxista, a quien un descerebrado le destroza su herramienta de trabajo, no interponga ninguna denuncia!

Esta última reflexión, aunque la efectuó en voz alta, iba dirigida más a su capacidad de raciocinio que al indolente funcionario que tenía enfrente. Se convenció pronto de que resultaría inútil intentar aclarar allí lo que había ocurrido y decidió marcharse. Empezaba a tener muy claro que, con toda seguridad, se había salvado de un secuestro y, quién sabe, tal vez de una muerte similar a la de Nuria Serra. Todo gracias a que un posible bróker de Wall Street, tal vez pasado de coca para aguantar la tensión que le esperaba en la caldera caliente de la Bolsa, había colisionado contra el taxi en el que viajaba narcotizado, presumiblemente a través de una espita de gas abierta en el habitáculo estanco de los pasajeros.

Cuando llegó a la evidente conclusión, y no tardó mucho, de que alguien quería eliminarlo por haber husmeado en la vida y trabajo de la doctora Serra, marcó el móvil de su editora. Siete minutos más tarde, el escritor le había relatado de forma pormenorizada todo lo sucedido, así como su convencimiento de que estaba oteando sólo la punta de un siniestro iceberg.

—¿Qué piensas hacer? —se interesó Lola, muy preocupada, tras un reflexivo silencio.

—De momento, cambiarme de hotel. Está claro que me tienen controlado desde el instante que fui al apartamento de tu sobrina.

—¿No es mejor, Dan, que te vuelvas a España?

—¿Volver a España...? —se asombró ante la sugerencia de Lola— ¿Regresar a España y olvidar el crimen después de lo que sabemos?

—Justo por eso. He perdido a un ser muy querido para mí, y no me gustaría que..., que a ti te pasara también algo irremediable.

—Lola..., sé que estás muy afectada por la muerte de Nuria. Pero precisamente por ella, ni tú ni tu hermana debéis resignaros a aceptar un accidente que con toda probabilidad fue un asesinato. La mejor prueba de ello es lo que me acaba de pasar a mí. Tenemos que descubrir a los que la mataron. Y digo “tenemos” porque yo también estoy implicado de lleno en el caso.

—Dan, por favor, déjalo. Olvídate de todo. Y cuando digo todo, me refiero también al libro. Sólo la vida merece la pena.

—¿El libro...? ¡Ya veremos de qué trata el libro! ¿Quién te dice a ti que detrás de la muerte de tu sobrina no hay un tema mejor que el de los asesinatos múltiples?

Se estancó un largo silencio que Foster no quiso quebrar, esperando que la editora catalana asumiera la idea de que podían encontrarse ante una gran historia para publicarla en la colección *M-IN*, “Impacto Internacional”, de la editorial *Diamante*. Pero en aquellos momentos Lola no se sentía con fuerzas para plantearse una investigación, una venganza o un sentimiento diferente al dolor familiar enquistado en todos los pliegues de su ánimo. Su pensamiento se hallaba atrapado por la trágica desaparición de su sobrina y no podía programar ahora ninguna acción de futuro, y menos de tipo profesional.

—Lola, tú no estás ahora para pensar en nada. Pero yo sí. Te insisto. Tengo que investigar este asunto, y no sólo por Nuria. Alguien ha intentado secuestrarme, tal vez para matarme, y no quiero huir. No es mi estilo, ya lo sabes. Tengo que averiguar quiénes intentan largarme de este mundo antes de tiempo. Y sobre todo, por qué quieren hacerlo.

4

A la misma hora que Dan Foster terminaba de hablar con su editora en Barcelona, un “amarillo” se detenía frente al edificio del Memorial Sloan Kettering Cáncer Center de Nueva York, en el 1275 de York Avenue, en Manhattan. Algunos segundos después se abría la puerta trasera izquierda y se apeaba del vehículo el pasajero que lo ocupaba. Se trataba de un anciano muy próximo a los ochenta años que, a pesar de tan avanzada edad, poseía una admirable y sorprendente agilidad de movimientos a pesar de una estatura que sobrepasaba el uno ochenta. Tenía la nariz ligeramente aguileña y la piel del rostro apergaminada, muy pálida, excepto en los pómulos muy rojizos, como quemados por el aire y el sol. Su escaso cabello, grisáceo y rebelde al peine, resistía con valentía sobre su cabeza. Toda su figura destilaba una fuerte personalidad, tal vez por la firmeza de su mirada, y conservaba intacta el áurea varonil de un cuerpo que debió ser muy atractivo en su juventud.

Tras observar el edificio y eludir con un gesto de cabeza algún pensamiento negativo que revoloteaba por su mente, entró decidido en el centro médico. Cruzó el concurrido hall en dirección a un ascensor que le dejó en la quinta planta, donde pasaba consulta el doctor Samuel Weber, un reputado oncólogo especializado en el tratamiento del cáncer de pulmón.

—Los nuevos análisis, las placas radiográficas y el TAC no modifican en nada el primer diagnóstico. Podemos decir, Richard, que la enfermedad avanza a su paso normal. ¿Continúas rechazando el tratamiento de quimioterapia?

—Si tú sigues pensando lo mismo que hace dos meses, yo también.

—La quimio, como te expliqué, te alargaría la vida pero, como también te dije, varios días al mes estarías muy fastidiado. Y además, a la larga te produciría un evidente desgaste de fuerzas. Pero aún así, la inmensa mayoría de los oncólogos te aconsejarían que te sometieras al tratamiento.

—No insistas, Sam. Prefiero tener una buena calidad de vida a estar unos meses más en este perro mundo.

El doctor era hijo de un buen amigo del paciente y éste había acudido a él porque durante una revisión rutinaria en una clínica de Princeton, justo antes de las Navidades, una radiografía había detectado una mancha en su lóbulo pulmonar derecho. Lo que en principio podía ser un simple granuloma fruto de la edad, una vez sometido al examen de una tomografía computerizada se reveló como un carcinoma de pulmón conocido como “tumor de Pancoast”.

De inmediato, Richard se puso en manos del doctor Weber, a quien conocía desde pequeño cuando sus respectivas familias vivían pared con pared en una urbanización del barrio Blue Hills, en Hartford, la capital del estado de Connecticut. Tras una extensa batería de pruebas, Sam le fue sincero: le quedaban, como mucho, unos nueve meses de vida; tal vez un año si se sometía a quimioterapia intensiva.

—¿Cuándo vuelvo a revisión? —se interesó el anciano al tiempo que guardaba en un sobre, tamaño doble folio, los resultados de los nuevos análisis y pruebas radiológicas que le habían efectuado una semana antes.

—Salvo que te sientas peor, dentro de dos meses.

—Gracias, Sam, hasta la vista... —se despidió el anciano con un apretón de manos.

El oncólogo rodeó la mesa para acompañarle hasta la puerta

—¿Qué tal tu padre?—se interesó el enfermo.

—Desde que está en silla de ruedas ha dado un bajón importante. La caída que tuvo en las escaleras le hundió, y no sólo físicamente. Se siente un trasto inútil y eso lo deprime mucho.

—Dile que iré a verlo un día de éstos.

—Estupendo, se pondrá muy contento.

Ya en la puerta, con el pomo en la mano antes de abrir, el doctor miró con fijeza a su paciente.

—Richard, no sé si debería preguntártelo, pero nos une una gran amistad y por eso me atrevo... Cuando te negaste a la quimioterapia, me dijiste que lo hacías porque te impediría llevar a cabo algo muy importante que tenías que hacer antes de morir.

—Así es —afirmó el enfermo con la cabeza antes de hacerlo con los labios.

—¿Puedo preguntarte qué es eso tan importante...?

—Lamento no poder decirte nada... Además, probablemente no lo entenderías...

El doctor Weber se mordió los labios y decidió no insistir en el tema.

—Cuídate, Richard. Cualquier cosa, llámame.

—Gracias. Saludos a tu padre. Iré a verlo. Te lo prometo.

5

Foster llegó a Nashville, en el estado de Tennessee, un caluroso 4 de mayo. Una vez alojado con nombre falso en el histórico hotel Unión Station, situado apenas a diez minutos del aeropuerto internacional, preguntó en conserjería cómo llegar a Music Valley.

Atrás quedaban varias horas de auténtica zozobra, justo las que iban desde el momento en que un desconocido lo narcotizó en el “taxi” que le llevaba a la biblioteca Jefferson, hasta aquella misma mañana en la que un mozo del hotel subía con su equipaje a un “amarillo” mientras Dan le esperaba a tres manzanas del Holliday Inn Brooklyn; una estrategia estudiada para despistar a sus desconocidos enemigos por si le estaban vigilando. Ahora, en la capital de la música country, se sentía mucho más tranquilo, aunque no dejaba de estar en alerta mirando de vez en cuando a su alrededor por si detectaba algún rostro repetido.

Una hora más tarde subía a un taxi acuático que, navegando por el río Cumberland, le dejaba en el concurrido muelle de Opryland. Desde allí, caminando con tranquilidad, llegó al museo de cera de las estrellas del *country* en cuya taquilla se interesó por el *Little Music Row*, un club que ofrecía este tipo de música en vivo las veinticuatro horas del día. Se hallaba a unos trescientos metros y hasta él arribaban incesantemente cantantes de todos los rincones del estado. Se inscribían en una larga lista y esperaban con paciencia a poder interpretar su mejor repertorio, durante una hora, con la esperanza de que algún cazatalentos musical se fijara en ellos y les ofreciera la oportunidad de grabar un disco.

—¿El señor Marcus Bundy...?

El portero del club, un joven mulato, musculoso y con el cabello prieto y rizado, le indicó una puerta contigua al *Little Music Row* que se hallaba entreabierta. Cuando la abrió del todo, Dan se encontró con unas escaleras de madera crujiendo que le llevaron a un descansillo donde había una única puerta pintada en color verde oscuro.

—¿Señor Bundy?

—Sí...

Foster le alargó una credencial con su foto, un nombre y apellido falsos y el logotipo del IORD.

—Trabajo para el Centro de Investigaciones de Virus de Nueva York y quiero hablar con usted sobre la muerte de su padre.

—¿Qué desea saber? —El interés y la sorpresa se fundieron en el gesto de su interlocutor

—Desconocemos cómo pudo contraer el virus que le llevó a la tumba y tal vez usted pueda ayudarnos a averiguarlo. ¿Le importa si hablamos unos minutos?

Tenía frente a ella un hombre de cincuenta y pocos años, de estatura baja y piel atezada, rostro con mofletes, sin afeitado y ojos saltones. Vestía una camiseta de tirantes, que en su origen debió ser blanca, y un pantalón a cuadros muy ancho.

—Pase, por favor, aunque no sé en qué puedo ayudarle. En el hospital me dijeron que habían mandado todo el historial clínico de mi padre a ese lugar que me ha dicho, al...

—¿Al IORD?

—Eso es, al IORD. Yo sólo sé que mi padre estaba muy bien de salud. De pronto, un día empezó a tener dolores de estómago y vómitos, y en menos de cuarenta y ocho horas... se nos fue.

—Lo que busco es que me cuente un poco su vida.

—¿Su vida?

Marcus Bundy se extrañó del objetivo de su visitante, pero terminó ofreciéndole asiento en un sofá de cretona, bastante sucio y ajado, que presidía un salón convertido en un minimuseo del *country* con posters enmarcados de sus principales mitos: Seeger, Cash, Lee Lewis, Haley, Rogers... Género musical que era todo un fenómeno sociocultural, el emblema del estado de Tennessee, con epicentro en la ciudad de Nashville y, más en concreto, en el barrio donde se hallaban: Music Valley.

—¿Qué desea saber exactamente de la vida de mi padre?

—Verá... Además de él, han fallecido cuatro personas más a causa del mismo virus. Tenemos los informes de las autopsias de las cinco víctimas, conocemos la entidad del virus, pero hay algo que no cuadra en las muertes: es la vez primera en la historia de la Medicina que un mismo virus mata a cinco personas en cinco lugares tan distantes entre sí y en un intervalo tan corto de tiempo.

—Bien, pero no entiendo qué le puede aportar el relato de la vida de mi padre.

—Sí, perdón, se lo explico enseguida. Estamos hablando con las familias de los cinco fallecidos recopilando datos sobre sus biografías. Una vez que tengamos todos esos datos, los cruzaremos por si alguna vez en la vida hubieran coincidido los cinco en algún lugar. Por ejemplo, en un trabajo, una excursión, un hospital... En resumen, buscamos algún tipo de relación, de unión entre ellos, por mínima que sea, que nos pueda dar alguna pista.

La mirada del señor Bundy, sobre la nariz fruncida, transmitía con claridad no entender nada.

—Trataré de explicárselo con un ejemplo... Imagínese que las cinco víctimas del virus se hubieran alojado en un mismo hotel al mismo tiempo... Sería una coincidencia que nos llevaría a inspeccionar ese hotel en busca de un posible foco de infección...

¿Entiende...?

—Ah, ya...

—Para usted, Marcus, esto puede no parecer importante. Para la medicina es muy valioso ya que salvará otras vidas si conseguimos averiguar dónde estuvo, o está, ese foco de infección.

—Comprendo. Pero no me va a ser fácil acordarme de muchas cosas.

—No se preocupe, yo le ayudaré con preguntas. La clave podría estar en algo tan insignificante como... qué diría yo... un hobby, una costumbre, una bebida... Nos va a llevar tiempo, pero yo me acomodaré a sus horas libres.

—Sería bueno que también hablara con mi madre, y tal vez con mi tío Henry, un hermano de mi padre. Trabajaron juntos casi toda la vida.

—Estupendo. Cuantos más testimonios, mejor.

Quedaron citados para el día siguiente a las diez de la mañana. Al salir de casa de Marcus Bundy era la hora de comer y Foster entró en un *McDonald's*, donde pidió una ensalada de pollo y un vaso gigante de Coca-Cola con mucho hielo. Hacia las cuatro dio un paseo por Music Valley. Además del museo de cera de los dioses del *country*, también se podía visitar una exposición de automóviles de época y otra de juguetes, ambos con numerosas piezas de coleccionista.

Sobre las seis retornó al muelle de Opryland, donde desechó la idea de regresar en un taxi acuático y optó por un pequeño barco de transporte colectivo decorado a la colorista moda de los años 20.

Gozaba de un bello paseo por las tranquilas aguas del Cumberland hasta que se lo “arruinó” la mujer frente a la que se había sentado en la cubierta superior: una treintañera con unas facciones perfectas, la piel tersa y rosada, con un largo cabello rubio bamboleado por el viento como una amazona a galope. Poseía, además, unos llamativos ojos azules y unos senos zozobrantés que se dejaban entrever a través de su magnánimo escote. Esta ineludible atracción impedía que Dan le quitara los ojos de encima, salvo cuando la joven giraba circunstancialmente la cabeza hacia él obligándole a desviar la mirada por temor a que lo sorprendiera con expresión bobalicona. Era, sin la menor duda, de una hermosura hechicera y por este motivo nunca le había molestado tanto que un vehículo de transporte llegara tan pronto a su destino.

A la mañana siguiente, a las diez y cinco, Foster se sentaba frente a Marcus activando la grabadora que incorporaba su bolígrafo grabador. Comenzó planteándole preguntas que llevaba preparadas en un bloc, en cuyas páginas también tomaba notas de vez en cuando. Su interlocutor tenía buena memoria pero contaba los hechos dando continuos saltos en el tiempo, lo cual dificultaba en gran manera estructurar la temporalidad del relato.

Fueron dos largas conversaciones; una con Bundy y otra, por la tarde, con su madre y un hermano del fallecido que cristalizaron en casi seis horas de grabación. El torrente de información era exhaustivo, excepto un tiempo en el que el finado vivió en el estado de Texas trabajando como gerente de una funeraria. En su momento, Dan tendría que desmenuzarlas e introducir las en una base de datos cuando tuviera en su poder las cinco biografías, lo cual le permitiría combinar todo tipo de variables para intentar establecer puntos de conexión entre las víctimas.

Ya en el barco-autobús, de regreso hacia el centro de Nashville rumiando la metodología de trabajo que iba a seguir, se topó con un rostro femenino que ahuyentó de su cerebro todas las elucubraciones profesionales; aunque ahora tenía el cabello domeñado por un pañuelo rosa y el escote discreto, reconoció a la hermosa mujer que tanto le había llamado la atención veinticuatro horas antes en el mismo escenario.

A diferencia del día anterior, ahora Foster intentó sostenerle la mirada. Sin embargo, la hermosa mujer estaba más atenta a la bonita vista de la ciudad que se podía gozar desde el río, que a buscar los encendidos ojos de algún admirador eventual.

6

Le despertó un golpe de tos tan fuerte que parecía que le iba a desestructurar todo el cuerpo. Cuando logró dominarlo, ya sentado sobre la cama, le repitió aunque con menos virulencia. La garganta se le atascó de esputos y se dirigió al baño para expulsarlos; eran espesos y oscuros, como cuando fumaba tres cajetillas diarias de *Winston*. No resultaba agradable observarlos pero, siempre que le ocurría, los examinaba con suma atención temiendo que contuvieran algún coágulo de sangre.

Varias inspiraciones y expiraciones profundas, acompañadas por suaves movimientos gimnásticos de brazos y elevación de hombros y tórax, le ayudaron a devolver el aire a sus pulmones y ahuyentar de ellos los mordiscos de la asfixia.

Richard vivía en New Jersey, en las afueras de la universitaria Princeton, a medio camino entre Filadelfia y Nueva York, donde habitaba una casa de la urbanización *Green Moon*. Doscientos diez metros cuadrados divididos en un salón, la cocina, tres habitaciones, dos cuartos de baño, una pequeña buhardilla y un sótano. Tanto delante como detrás de la casa gozaba de un jardín comunal con un tupido y cuidado césped, numerosas plantas florales, dos robles centenarios y un lacrimógeno sauce. Era el inquilino más veterano de la urbanización, conocía a todos los vecinos, todos le apreciaban y no solían tomar ninguna iniciativa comunitaria sin consultársela.

Parker habitaba en *Green Moon* desde que se construyó en 1987, a donde se trasladó una vez vendido su piso de Washington, coincidiendo con la jubilación. Tanto él como Mary siempre soñaron con vivir en un lugar tranquilo, rodeados de campo y con mucho verde para poder pasear y respirar a pleno pulmón; a su esposa le sentaba de maravilla aquel aire tan bien oxigenado, ya que padecía asma desde la adolescencia con crisis periódicas que la dejaban exhausta.

Por desgracia, Mary murió en el 99 víctima de una estenosis mitral que no pudo ser corregida a tiempo. Richard se quedó solo, aunque todas las semanas iban a verle su hija, su yerno y una preciosa nieta, inquieta como una ardilla, de pelo arrubiado y ojos turquesa llamada Cody.

Repuesto del ataque de tos, el anciano repitió el ritual de todos los días: se afeitó con tranquilidad y, una vez duchado, salió a dar un paseo en chándal con *Nina*, una juguetona y cariñosa *fox-terrier* de tres años. Al regreso se preparó una succulenta bandeja a base de zumo de naranja, un par de huevos fritos con beicon y un gran tazón de café con cereales. Tras el desayuno hizo la cama y, como todos los días, más o menos a la misma hora, telefoneó a su hija para decirle que estaba bien. A continuación, siguiendo igualmente su costumbre, salió al exterior para recoger la correspondencia así como el *The New York Times* que el repartidor cada día voleaba desde la camioneta en marcha hasta las proximidades del buzón postal.

Sentado en un sillón orejero, abrió las cartas, la mayoría de ellas contenían estados bancarios y publicidad, y se enfrascó casi una hora en la lectura del *Times*. Luego, hacia las once y media, se dirigió al sótano, un lugar cerrado bajo siete llaves, donde se encontraba la razón de su existencia, el *sancta sanctorum* de una vida que nadie conocía en su integridad, incluida su propia hija.

Se trataba de una estancia rectangular, de unos cincuenta metros cuadrados, con dos ventanucos en la parte superior de la pared sur. De las tres paredes restantes, las dos laterales quedaban ocultas por sendas estanterías atestadas de libros, todos relacionados con la vida de su ídolo; la cuarta aparecía cubierta por completo de fotos. En el centro se levantaban dos mesas rectangulares de pino de Oregón, enfrentadas entre sí y separadas por apenas unos pasos. Una de ellas, de dos metros por uno, cubierta de libros, recortes de periódicos y revistas pendientes de archivar; la segunda mesa, de menor tamaño y prácticamente libre de papeles, estaba acompañada por un sillón de madera sobre cuyo asiento reposaba un mullido cojín de gomaespuma tapizado en terciopelo rojo, muy ajado ya por el uso.

Debajo del citado asiento, mediante dos bisagras y un pequeño cerrojo, existía un doble fondo donde Parker guardaba una abultada carpeta de cartón gris. Tras hacerse con ella, el anciano bajó la tapa y se acomodó sobre el cojín. Seguidamente, encendió la minicadena que le había regalado su hija por Navidad y pulsó el play para tener de fondo, por enésima vez, la banda sonora de *All the jazz*, el inolvidable musical que dirigió Bob Fosse en 1979.

Una vez desatadas las dos cintas que cerraban la carpeta, aparecieron sendos

cuadernos tamaño folio, muy manoseados, uno con la tapa en color azul y el otro en rosa. Tomó el de color azul en cuya parte inferior derecha, escrita con tinta negra muy desvaída, aparecía la letra “J”. El cartón de la portada aparecía muy avejentado, moteado por algunas manchas, y el muelle que anillaba las hojas padecía herrumbre en alguno de los giros espirales. Sin necesidad de apelar al Carbono 14, se podía datar en unos cuarenta años la fecha en que el bloc comenzó a ser utilizado.

Richard contempló el cuaderno durante unos instantes con la nostalgia cosida a los ojos. En la primera hoja se consignaba, en letra minúscula, una lista de nombres y apellidos, tanto masculinos como femeninos, en orden alfabético y con un número de referencia delante. Veintiséis en total y todos, a excepción de dos, se hallaban tachados por una línea continua. El anciano tomó un rotulador rojo de un pequeño bote de cerámica, donde también había lápices y bolígrafos, y rayó por tres veces el nombre de Philip Carrington, uno de los dos que aún permanecían sin tachar.

A continuación fue pasando hojas del bloc hasta detenerse en una señalada en el ángulo superior derecho con el número 13, rodeado por un pequeño círculo. En el encabezamiento se podía leer el nombre que acababa de tachar al comienzo del cuaderno, pero ahora subrayado y escrito con letras mayúsculas.

Debajo de “Philip Carrington”, consignada con tinta primero, luego con lápiz y finalmente con bolígrafo, se sucedía una larga serie de direcciones, fechas, cantidades en dólares, teléfonos y otras anotaciones diversas. Todos estos datos llenaban la hoja y continuaban en el reverso hasta la mitad de la página, donde Richard escribió las palabras *The endy*, a su lado, una fecha en números romanos.

Una vez cerrado el bloc de color azul, tomó el rosa en cuyo ángulo inferior derecho tenía consignada la letra “N”. Lo abrió y, al igual que en el anterior, aparecía una lista de nombres, ésta numerada del 1 al 16, de los cuales estaban tachados once. Se quedó observándolos durante bastantes segundos, aunque la intensa fijeza de su mirada invitaba a sospechar que sus ojos trascendían los citados nombres y trasladaban su imaginación a lugares lejanos y tiempos pretéritos.

Cuando su mente regresó a la realidad, cerró el cuaderno rosa y volvió a abrir el de color azul, fijándose en el único nombre del índice que permanecía sin tachar: “Willy Lange”, signado con el número 12. De inmediato fue a la hoja donde aparecía en letras mayúsculas el mencionado nombre; debajo de éste, en paréntesis, se consignaba el comentario “hijo de Linda Lange” seguido de una dirección en Brasil.

Tomó nota de dicha dirección en un *post-ity*, cogiendo un calendario de sobremesa abierto por el mes de mayo, señaló una fecha, el 30, enmarcándola con un círculo rojo. A continuación levantó el teléfono y marcó un número consultado previamente en una raída agenda encuadernada en piel negra.

—Glenda, soy Parker. Búscame algo baratito para Manaos, en Brasil. Ida el día 29 y regreso el 30 a última hora, o al día siguiente... De acuerdo.

Después de colgar, fijó de nuevo sus ojos con gesto torvo en el nombre que aún quedaba sin tachar: Willy Lange, “hijo de Linda Lange”. No le gustaba nada.

Por eso, tal vez de manera inconsciente, lo había dejado para el último.

7

—A ver si he tomado bien las fechas... En 1951 su padre, el doctor Troy terminó sus estudios de Medicina en Harvard. Desde ese año hasta el 54 estuvo haciendo prácticas de postgrado en el Pensilvania Hospital, de Filadelfia —resumió Dan Foster a su interlocutor, Alan Troy.

—Correcto.

—En 1955 estuvo en la clínica Sanders de Houston. ¿Cuánto tiempo

aproximadamente?

—No recuerdo bien, pero... debió permanecer allí casi un año porque en febrero del 56 fue cuando obtuvo la plaza en el ejército y se incorporó, en el verano de ese año, al Centro Médico Naval de Virginia.

—¿Y cuándo lo nombraron director del Hospital Militar de Bethesda?

—A finales del 59. Lo recuerdo bien porque por Navidad ya vivíamos en Washington.

La conversación se desarrollaba en un banco del Parque Nacional del Campo de Batalla, en la ciudad virginiana de Richmond, un espacio natural donde se honran catorce acciones bélicas de la Guerra de Secesión. Corría un viento fresco, molesto y por eso, de vez en cuando, Foster y su interlocutor se levantaban y caminaban para combatir la desahagible mañana de mayo.

El escritor español había llegado la tarde anterior y, a diferencia de lo que hizo en Nashville, que se presentó sin avisar, en Richmond había concertado la entrevista setenta y dos horas antes.

Gracias al informe que Nuria Serra alojó por seguridad en

www.steekr.com

, disponía de todos los datos relativos al domicilio de las personas fallecidas por el *Vóltrax*, de sus familiares más directos, así como del médico que les atendió y del forense que les practicó la autopsia.

Alan Troy era un cincuentón bastante obeso, a pesar de que ostentaba el cargo de director general de una red de clínicas dietéticas diseminadas por el estado de Virginia. No se explicaba en absoluto el fallecimiento tan rápido de su progenitor. Tanto éste como su madre vivían en una lujosa residencia, prácticamente un apartotel, ya que no les gustaba estar solos en casa ni deseaban condicionar la vida de sus dos hijos, Alan y Anne. En realidad, por dicho alojamiento sólo aparecían para dormir. Una vez jubilado, el matrimonio se dedicaba a cultivar los *hobby* que no habían podido desarrollar con plenitud durante su vida laboral: viajes, bailes de salón, el golf y el senderismo.

A sus ochenta años, ambos cónyuges gozaban de una salud envidiable. Por este motivo, aparte de doloroso, resultó muy desconcertante que el doctor Louis Troy, general del ejército norteamericano, falleciera apenas treinta y seis horas después de su ingreso en un centro médico, ante la impotencia de los facultativos para sacarle del *shockséptico* en el que llegó.

—¿Cuántos años trabajó en el hospital militar de Bethesda?

—Trece. Tres como internista. Dos como subdirector y ocho como director.

—El día o días anteriores al comienzo de la enfermedad... ¿Pasó algo especial?

—Ni idea. Eso quien se lo podría decir es mi madre.

—Me gustaría charlar con ella. Sé que le haría revivir recuerdos dolorosos, pero... si fuera posible...

—Se lo comentaré esta tarde y le llamo a usted con lo que me diga.

—Gracias. Ah, otra cosa... Le va a extrañar la pregunta, pero tengo que hacérsela...

¿Cree usted que había, o pudo haber, algún punto oscuro en la vida de su padre...?

—¿Un punto... oscuro? —Alan Troy esbozó un acentuado gesto de desagradable sorpresa y lo mantuvo durante algunos segundos—. ¿Qué debo entender... por un punto oscuro?

—Perdone—Dan sonrió para suavizar el equívoco que podía encerrar la pregunta que acababa de formular—. Creo que no me he explicado bien... No me refiero a algo turbio, a algo, como diría yo, algo delictivo. Simplemente a que si usted tuvo la impresión en algún momento de que... Bueno, olvídalo, por favor.

—Que yo sepa... mi padre siempre fue un hombre honesto, entregado por completo a la medicina. Un buen padre, un buen marido, un maravilloso abuelo... ¿Por qué me hace esa pregunta?

El escritor dudó de forma ostensible antes de responder.

—Una de las hipótesis que estamos barajando en el IORD es la posibilidad de que no sea un virus contraído por accidente sino una enfermedad inducida. ¿Me entiende...? Tenemos que plantearnos todas las hipótesis posibles.

—Le entiendo. Pero, la verdad, no imagino a nadie queriendo hacerle daño a mi padre... Y menos casi quince años después de jubilarse. Señor, creo que su hipótesis, al menos en este caso, no tiene mucho sentido.

—Perdone, pero era una pregunta que tenía que hacerle.

La conversación continuó durante media hora más y finalizó en un restaurante vietnamita donde Foster invitó a comer a su interlocutor. Después de saborear un oloroso té muy dulzón con sabor a fresa, Alan se despidió prometiendo llamarle aquella tarde para confirmar si su madre accedía a conversar con él.

Dan pidió una nueva taza de té, ahora con sabor a naranja. Aunque tenía registrada toda la conversación gracias al bolígrafo grabador, comenzó a consignar en su bloc algunas ideas que le habían venido a la cabeza durante la larga charla con el hijo del fallecido doctor Louis Troy, el hombre que había regido en Maryland los destinos del famoso hospital militar de Bethesda durante cerca de una década.

El restaurante era un espacio rectangular muy confortable, adornado con lienzos, tablas y tapices repletos de fantasías asiáticas donde predominaba el color amarillo. Sus extensas cristaleras permitían unas excelentes vistas al parque del Campo de Batalla que, a primera hora de la tarde, había empezado a animarse con la salida de los alumnos de un colegio cercano así como con la llegada de un buen número de practicantes de *defooting*.

Fue en el momento en el que se llevaba la taza a los labios cuando la descubrió al fondo del comedor. Ella le estaba mirando con fijeza y en el cerebro de Foster se activó de inmediato un viejo adagio periodístico: “tres casualidades seguidas equivalen a una premeditación”. A unos diez metros de su mesa se encontraba la mujer con la que la semana anterior había coincidido dos veces en Nashville, en el autobús fluvial que unía el centro de la ciudad con Music Valley. Ahora volvía a encontrarse con ella en Richmond. Demasiadas casualidades, sentenció.

Terminó de beber el aromático té y, mientras se limpiaba los labios con parsimonia, tomó una decisión que puso en marcha de inmediato. Abonada la cuenta, recogió su cartera de mano y colocó su inseparable bolígrafo en el bolsillo exterior de su chaqueta, junto a la solapa izquierda. Se levantó y, sin titubear lo más mínimo, se encaminó hasta la mesa donde se encontraba la joven. Tomó asiento frente a ella sin pedirle permiso y le planteó de sopetón.

—¿Café..., té, o prefiere algo más fuerte? Me llamo Dan Foster.

—Un brandy Carlomagno del 88 en copa grande, caliente a treinta grados —le contestó la llamativa mujer con total aplomo.

Tal precisión en la respuesta hizo pensar al escritor que no le sorprendía en absoluto su abordaje; sin duda alguna, lo estaba esperando.

—Que nos cruzáramos dos veces en Nashville pudo ser una casualidad, que nos volváramos a encontrar en Richmond, no lo es, ¿Me equivoco...?

—Mi nombre es Wallis, Laura Wallis —sonrió la joven con la mirada clavada en los escrutadores ojos de Dan —¿Hispano...?

—Español.

Cuando Foster logró despegar los ojos de su atractiva interlocutora, bastantes segundos después, buscó al camarero, un tipo de rostro blanquecino, cejijunto como un místico de Zurbarán, y le hizo un gesto manual para que les atendiera.

—Un brandy Carlomagno del 88 en copa grande a treinta grados para la señorita, y un Dry Martini con el cincuenta por ciento de ginebra para mí.

Regresó con la mirada a la llamativa geografía facial de la misteriosa mujer que tenía enfrente. Se encontró con que su sonrisa de bienvenida se encontraba ahora arriada a

media asta, probablemente en espera de conocer las intenciones de su inesperado compañero de mesa. Dado que éste no se decidía, ella le espoleó con marcada ironía —Venga, dispare... señor Foster... Y, por favor, tuteémonos.

—Disparo. ¿Quién te ha ordenado que me sigas?

—¿Seguirte, yo? —Sorprendida, *ma non troppo*—. Te devuelvo la pregunta. ¿Por qué me estás siguiendo tú?

—¿Yo... a ti? —exageró él la sorpresa hasta los límites del histrionismo.

Una afirmación gutural por parte de la joven, acompañada de tres leves inclinaciones de cabeza.

—Dime una sola razón que pruebe que yo te estoy siguiendo— le retó Foster.

—Estabas en aquella mesa de enfrente, te has levantado y has venido a sentarte frente a mí, una desconocida..., para invitarme a una copa.

Además de extremadamente guapa, de salvajemente atractiva, demostraba poseer una superinteligencia... Justo las mujeres que le revolucionaban no sólo las feromonas, sino también las neuronas.

—Bien, veo que voy a tener que enseñar las cartas yo primero... —concluyó Dan— Pertenezco a un organismo médico que investiga enfermedades raras. Te toca...

—Yo trabajo para una compañía de seguros, para Munich ReAmerica... Segunda carta... Tú...

—Estoy investigando la biografía de cinco personas que han muerto a causa de un virus artificial.

—¡No es posible! —exclamó Laura alucinada al escuchar lo del virus—. ¿Me...? ¿Me estás tomando el pelo?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Tendré que creerte..., en principio. Bien... En un país tan grande como éste, da la casualidad de que yo también investigo a esas personas. Las cinco tenían una póliza de seguro de vida en mi compañía. Una póliza muy alta y mis jefes me han mandado investigar la posibilidad de que exista algún intento de fraude.

—Ya... Cinco muertes por un mismo virus, en lugares diferentes y con un alto seguro de vida las cinco víctimas... es para sospechar. Para sospecharlo todo.

—Y si encima todos los beneficiarios se apresuran a la vez en reclamar el cobro de las pólizas..., alarma total.

Se consolidó un silencio en el que volvieron a sostenerse sus derretidas miradas que, junto a sus embobadas sonrisas, comenzaron a alejar de ellos prejuicios y suspicacias mutuas. Ambos se llevaron la copa a los labios sin parpadear, instantes de arrobamiento que fracturó el móvil de Laura Wallis sin que ésta tuviera la más mínima intención de contestar.

—Deberías atender la llamada. Tal vez sea... el señor Wallis.

Laura captó perfectamente la intencionalidad de la insinuación y amplió el radio de la sonrisa.

—Lo dudo... Está de viaje... Un viaje muy largo... y no se ha llevado el móvil.

—¡No es posible! ¡No me creo que no exista un señor Wallis! —ironizó el escritor español abriendo con teatralidad los brazos en un gesto de estudiada desmesura— ¡No puede ser! ¡Me mientes!

—Si insistes en el señor Wallis, me veré obligada a interesarme por la señora Foster...

—le amenazó ella devolviéndole el tono teatral— ¿Cómo... está... la... señora... Foster...? —Alargó la pronunciación de cada una de las palabras para que la pregunta adquiriera una tonalidad fronteriza con la seducción.

—Supongo que andará de viaje... Es posible que... que esté con el señor Wallis... Quién sabe...

Ambos soltaron una espontánea carcajada que ofició como válvula de escape para quebrar la mágica situación en la que se encontraban. *Unshocksentimental* donde se

mezclaban, en un insólito cóctel, la súbita atracción mutua, una especie de cita a ciegas, no prevista, así como las mutuas sospechas personales no despejadas.

Dan Foster era lo suficientemente listo como para saber que un hombre inteligente deja de serlo cuando se topa con una mujer guapa e inteligente. Por este motivo, domeñó por unos momentos sus deseos de seguir adelante con el excitante juego en el que andaban enredados y regresó al tema que les había unido. Iba todo demasiado deprisa y, además, por la ladera donde él siempre resbalaba y caía al abismo: el sexo.

—Bien, vamos a olvidarnos del viaje del señor Wallis y de la señora Foster, que se lo pasen bien juntitos, y vayamos a lo que nos importa... Tu compañía de seguros tiene la sospecha de que no se trata de muertes naturales. ¿Es así?

—No pueden ser muertes naturales de ninguna manera. Por tanto, creemos que alguien ha asesinado a esas personas para cobrar las pólizas y, en buena lógica, no queremos pagarlas. Pero, claro, tenemos que probarlo.

—En el IORD no nos planteamos todavía la calificación de crimen. Antes tenemos que descartar la posibilidad de que exista alguna relación entre las cinco víctimas, alguna coincidencia que pueda explicar su fallecimiento por el mismo virus.

Nuevo silencio, nuevo apretón de ojos y regreso al juego de seducción.

—En otras palabras... Estamos buscando lo mismo y, creo, no sé lo que tú piensas, que podríamos... que deberíamos unirnos... Profesionalmente, claro —le planteó la joven.

—¿Sólo... profesionalmente? —redobló Dan la insinuación de Laura.

—Todos los éxitos sentimentales de mi vida se los debo a no haberme acostado con ningún hombre el primer día de conocerlo —sentenció ella al tiempo que abortaba a duras penas una sonrisa.

—¿Y has tenido muchos éxitos... de ese tipo...? —indagó Dan con melosa intencionalidad mientras posaba su mano sobre la de la inspectora de seguros.

—¿Quieres saber el número exacto...?

—Sí.

—¡Cero!

8

El teléfono de *Julius III* sonó dos veces; tras identificar en la pantalla quien llamaba, como siempre hacía, su esquelética mano pulsó la tecla verde y se llevó el auricular al oído.

—Dime, *Bogart*.

—Solucionado el problema.

—¿Del todo?

—Lo tenemos bien controlado, aunque se producen, inevitablemente, algunos fallos esporádicos en el dispositivo.

—¿Dónde está ahora?

—En Richmond.

—Bien. Manténme informado de todos sus movimientos.

—Por supuesto, señor.

—¿Algo más?

—No... Buenosí. Ha aparecido, no sé cómo llamarle, un personaje imprevisto.

—¿A quién te refieres?

—Hay una mujer, muy hermosa por cierto, que estaba en Nashville al mismo tiempo que nuestro hombre. Ahora también se encuentra en Richmond. Puede ser una casualidad pero...

—Las casualidades, me lo has oído decir muchas veces, no existen en nuestra

profesión. ¿Está claro?

—Sí, jefe. Averiguaremos quién es esa belleza y qué pinta cerca del escritor español.

—Ya deberíamos tener su ficha, *Bogart*. Entre menos se alargue este asunto, mejor. Para todos.

—Ok.

—Una última cosa. ¿Cómo se ha enterado el tal Foster de las direcciones de las víctimas?

—Aún no lo sabemos con exactitud. Desde luego, del IORD no ha salido ninguna información. Sospechamos de la familia de la doctora.

—¿La familia de la doctora? ¿Y cómo han llegado...? ¿Cómo han podido llegar esos datos a la familia...? No sé. No me convence —Un reflexivo silencio. Y luego—: Admito que tanto al novio como a sus padres pudo haberles contado que investigaba un virus causante de varias muertes. Pero de ahí a facilitarle la dirección de las víctimas... No tiene mucha lógica.

—Señor, no olvidemos que ese tipo procede del periodismo de investigación.

—Eso es lo que me preocupa, *Bogart*. Precisamente eso es lo que más me preocupa.

—Muy pronto dejará de ser motivo de preocupación.

—Eso espero. Pero no olvides cumplir siempre el, llamémosle, protocolo.

9

La cena tuvo lugar en el restaurante Brengman's Innland, en el 67029 de Gratiot Avenue, con un menú a base de sopa de verduras y langosta a la plancha con salsa de hierbas aromáticas. Luego estuvieron bailando y bebiendo en la bulliciosa *Waterloo*, la discoteca de moda en las afueras de Richmond. Y por último, hacia la una y media, después de un excitante periplo de alcohol, besos y calentones, arribaron a la habitación del exquisito y sereno Berkeley Hotel donde se hospedaba Dan.

Habían sudado mucho en la discoteca y acordaron pasar por la bañera antes de introducirse entre las sábanas. Foster abrió a tope el grifo dorado del agua caliente y empezó a llenarse un imperial *jacuzzien* forma de almeja color crema. Mientras el gran espejo ovalado se cubría con una sudorosa pátina de vaho, ambos amantes comenzaron a desnudarse mutuamente, prenda a prenda, disfrutando como dos adolescentes en los que el deseo tremolaba por cada una de sus células.

Si Laura Wallis era hermosa vestida, desnuda parecía la tentadora reencarnación de la sensual manzana de Eva. Su cuerpo, recubierto por una epidermis color miel tostada, se volvía de pastel de nácar en las colinas mamarias, coronadas por unos prominentes pezones amarrados. El abdomen, terso y circundado por unas caderas estrechas, se sostenía sobre unos muslos torneados, sin la más mínima huella de celulitis, que se prolongaban en unas estilizadas piernas.

Penetraron en el *jacuzzicogidos* de la mano y se sumergieron en el agua uno frente al otro, comenzando una serie de juegos eróticos donde predominaban unos rítmicos toquecitos con los dedos de los pies en sus respectivas partes íntimas; excitantes travesuras interrumpidas algunos minutos después por el tono del móvil de Laura.

—¡Joder, qué inoportuno! ¿Quién será el descerebrado que llama a estas horas...?

—se preguntó la joven sin efectuar ningún ademán de levantarse.

—Déjalo que suene hasta que se canse. Si es importante, volverán a llamar.

El timbre agotó el máximo tiempo de llamada y enmudeció. Continuando los dos con sus sensuales travesuras acuáticas, se enjabonaron el uno al otro con sendas esponjas y, mientras una furiosa ducha liberaba su piel de la espuma, aprovecharon para abrazarse y besarse cada vez más enardecidos.

El teléfono de Laura volvió a sonar.

—No me gustan nada las llamadas a estas horas... —se lamentó.

—Puede que la llamada sea importante. Anda, mira a ver quién es.

Laura abandonó la duchay, una vez envuelta en un mullido albornoz rosa, se dirigió deprisa hacia el dormitorio con gesto preocupado al tiempo que se anudaba el cinturón. El móvil reposaba junto a su bolso sobre el mármol de un tocador de diseño y, al observar el número que llamaba, abrió con premura la comunicación.

—Hola... —contestó en tono bajo al tiempo que miraba con evidente prevención hacia la puerta del cuarto de baño.

El escritor terminó de secarse y, una vez perfumado generosamente con Bvlgari, comenzó a cepillarse los dientes con meticulosidad. Poco después aparecía Laura a sus espaldas, muy seria, y le comunicaba que tenía que marcharse. La noticia desparramó el estupor por todo el semblante de Foster, como si hubiera recibido en pleno rostro un disparo de perdigones; se deshizo de la bocanada de agua con pasta dentífrica y preguntó alarmado:

—¿Cómo... dices...?

—Lo siento, Dan... Me lo estaba pasando muy bien, y además muy ilusionada con que durmiéramos juntos. Pero... tengo que irme.

—¿Alguna mala noticia...? ¿Algún familiar...?—indagó su frustrado amante con la preocupación enfoscada en la voz.

—No, exactamente...

—¿Puedo hacer algo porti?

—Sí. No me pidas una explicación... En estemomento no puedo dártela. ¿Ok?

— Ok... Como se suele decir, fue bonito mientras duró —comentó Dan con resignación— No te preocupes... Doy por hecho que se trata de una razón muy poderosa.

Laura se secó el cabello a medias y se vistió en el cuarto de baño donde su ropa se hallaba diseminada por el suelo. El escritor, fiel a sus genes periodísticos, paseaba por el dormitorio elucubrando sobre el inesperado giro que había dado la noche. En un determinado momento sus ojos se toparon con el móvil de Laura y, tras una furtiva mirada a la puerta del cuarto de baño, no pudo resistir la tentación de curiosear el número desde el que la habían llamado. Con la noche metida en sorpresas, recibió una más cuando se encontró con una cifra formada exclusivamente por ceros, unos, puntos y guiones. Los primeros de color rojo, los segundos en color azul y los dos signos en negro.

—¿Te pido un taxi...?

—No... —Laura tardó unos segundos en contestar desde el baño— No te preocupes. Gracias... Habrá alguno en la puerta.

Foster continuó paseando, ahora con más lentitud, más meditabundo, más intrigado aún por la extraña mujer que, en escasas horas, había irrumpido de manera tan intensa en su vida. Empezaba a cuadrarle a la perfección la estereotipada frase de “una rubia peligrosa”.

La joven salió del baño, cogió el móvil, lo introdujo en el bolso y se encaminó hacia la puerta en cuyas proximidades se hallaba Foster. Su gesto, casi estólido, revelaba la descolocación mental y anímica en la que andaba sumido.

—Lo siento, Dan. Lo siento mucho.

Le dio un fugaz beso en la mejilla y abandonó con rapidez la habitación. El escritor cerró con reflexiva lentitud la puerta y, luego, como boya sin amarra, se movió inseguro por la habitación hasta recalar algunos segundos después en la ventana. Desde ella pudo ver cómo un automóvil recogía a Laura en la puerta del hotel, alejándose de inmediato a gran velocidad.

Sentado sobre la cama, su cerebro desempolvó la “moviola mental” y comenzó a revisar a cámara lenta la breve pero intensa historia vivida con la señorita Wallis desde

que la abordó en el restaurante.

Su explicación de que era una inspectora de seguros de la compañía Munich Re America resultó convincente y no se le había ocurrido cuestionarla. Pero ahora, en frío, no lo veía nada claro. Carecía de lógica que las cinco personas fallecidas tuvieran una elevada póliza de seguros con la misma empresa y en cinco ciudades distintas de cuatro estados diferentes. Demasiadas casualidades. Y para colmo, la insólita situación que acababa de vivir con la precipitada marcha de Laura, inexplicable por completo salvo enfermedad o accidente grave de algún familiar. Pero aún en esta hipótesis, carecía de sentido que no le hubiera revelado el motivo. Y para rematar el cúmulo de sinsentidos, sólo le faltaba el extraño número desde el que le habían telefoneado.

Enredado en estas marañas elucubrativas, se introdujo entre las sábanas con el convencimiento de que no iba a poder dormir. Por más vueltas que le daba, no encontraba una explicación coherente a nada de cuanto había acontecido desde que trabó relación con la presunta inspectora de seguros. Agotado, y ya de madrugada, se dejó atrapar por un sueño atestado de pesadillas, de continuos cambios de postura en la cama, de sequedad en la boca... Justo los síntomas que experimentaba cuando no podía controlar una situación.

Al levantarse al día siguiente barrió las telarañas de la cabeza con una potente ducha fría, bajó a desayunar y se atiborró de cafeína para dejar expedita por completo su mente. Iba a necesitar toda su capacidad de raciocinio para navegar, con todas las alertas encendidas, por el proceloso mar abierto en el que se hallaba. Después regresó a la habitación, encendió el portátil y situó el teléfono al alcance de la mano.

Una hora más tarde tenía la certeza absoluta de que en la compañía de seguros Munich Re America no existía ninguna inspectora llamada Laura Wallis. Por enésima vez en su vida se lamentó de que el sexo fuera su talón de Aquiles. No terminaba de aprender que toda mujer deslumbrante y facilona que aparecía a su lado por arte de magia era, con toda seguridad, una bomba de relojería para él y para su trabajo.

Se autoinsultó varias veces en voz alta mientras golpeaba repetidamente con los nudillos en la cabeza. “¡Gilipollas!” fue el epíteto más suave que se dedicó por no haberse dado cuenta de que la tal Laura, por supuesto un nombre más falso que un lienzo de Elmyr D’Ory, ahora que la analizaba sin la fascinación de sus ojos sibilinos y sin el potente imán de sus pechos, era la viva imagen de *la femme fatale* de toda la serie negra, tanto literaria como cinematográfica. Una actriz perfecta. ¿Pero de qué película? ¿Quién era el guionista? ¿Quién la dirigía? ¿Qué papel le habían asignado a él? Lo único que acertaba a establecer, con inquietante certeza, era que no se trataba de una comedia.

El tono de su móvil le rescató del intrincado rompecabezas en el que se había convertido su estancia en Estados Unidos. Llamaba Alan Troy para comunicarle que podía hablar con Sarah, su madre, en la residencia River White, cerca de Monroe Park. Lo citó para las cuatro de la tarde, rogándole que evitara al máximo hablar del tema de la enfermedad. Ella no había aceptado todavía que su marido hubiera desaparecido para siempre de su vida y recordaba los días previos al fallecimiento, viéndolo cómo se moría sin remedio, como si estuvieran sucediendo en la actualidad.

—No se preocupe, Alan. No tocaré la enfermedad para nada. Lo que busco es algo del pasado, algo que pueda unir a su padre con los otros cuatro fallecidos.

La viuda del doctor Troy no aportó ningún dato relevante a los proporcionados por su hijo. Matizó algunas fechas, algunos lugares y concretó algunas amistades que hicieron en diversas vacaciones. Sí, en cambio, le abrió una línea de investigación, inédita hasta entonces, al formularle una pregunta que, con otro planteamiento, le había hecho a su hijo el día anterior.

—Sarah... Sé que usted y su marido se han querido mucho, que han sido muy felices, que no han tenido problemas matrimoniales más allá de los normales de toda

convivencia... Perdona mi atrevimiento, pero puede ser importante para la investigación... ¿Cree que en algún momento de su vida él pudo ocultarle algo..., algo importante?

Sarah lo observó con intensidad desde sus ojos empujados por la vejez y contestó de manera enigmática eligiendo con cuidado cada una de las palabras y, sobre todo, el tono con el que remató la frase.

—No voy a contestar a esa pregunta..., aunque me gustaría.

Foster abandonó la residencia algunos minutos más tarde con las tres últimas palabras de la viuda culebreando por sus pasadizos cerebrales. Estaba claro que existía un enigma de gran magnitud en la vida del doctor Troy. La pregunta que le había formulado era un viejo truco aprendido en la Facultad de Periodismo, prácticamente un adagio, que rezaba así: “Si no se te abre un entrevistado, plantéale si hay algún misterio en su vida. No te lo contará pero, si lo tiene, se delatará”.

Haciendo girar todos estos pensamientos en su mente, a los que añadió la entrada en su vida de la mujer que se hacía llamar Laura Wallis, sobre todo su insólita desaparición, el escritor español caminaba abstraído por una acera lindante con Monroe Park, totalmente concentrado en sus cavilaciones y ajeno por completo al mundo que le rodeaba.

Le salvó el chirrido de los neumáticos. Ese cinematográfico ruido que se produce cuando un automóvil acelera bruscamente para lanzarse contra alguien, o bien para balear a un personaje a toda velocidad desde la ventanilla trasera. Un chirrido que no es real sino un efecto de sonido en las salas de montaje, pero que ya pertenece al inconsciente colectivo de todos los aficionados al cine.

Antes de ver el automóvil, antes de saber que iban a por él, se accionó el instinto de supervivencia de Foster y se lanzó al suelo detrás del tronco de un árbol. Justo a tiempo de que una ráfaga de metralla destrozara el escaparate de un quiosco de prensa y cosiera a balazos la corteza centenaria de dos pinos.

Ni siquiera levantó la cabeza, como en las películas, para memorizar la matrícula del Toyota que huía a todo gas. La totalidad de sus músculos se hallaba contraída por el miedo, pero esta parálisis no impidió que una idea se desplegara con meridiana claridad, como una terrorífica epifanía, por toda la geografía de su mente.

Alguien quería matarlo por conocer algo que él... no sabía qué era.

CAPÍTULO TERCERO

1

El Airbus 340/600 de Iberia en el que viajaba Foster tomó tierra en la terminal 1 del aeropuerto de El Prat en Barcelona a las trece y cuarenta minutos, proveniente de Nueva York. Le estaba esperando Lola Portal. Tres cuartos de hora más tarde, la editora estacionaba su Honda Accord frente a la entrada de la casa donde vivía la madre del escritor, en la calle Róger de Flor.

Lola decidió permanecer en el automóvil para efectuar varias llamadas telefónicas urgentes al tiempo que Dan, equipaje en mano, se apresuraba a subir al piso. Como siempre que volvía a casa, nada más abrir Montse la puerta, la levantó en brazos y comenzó a dar vueltas con ella en volandas por el rellano de la escalera.

—¡Cómo está la mamá más guapa del mundo! ¡Cómo está, eh!

—¡Ay, qué loco, hay que loco estás, hijo! ¡Bájame, bájame, que me mareo y quiero comerte a besos!

Cuando su hijo la dejó en el suelo, se colgó de su cuello y lo llenó de besos “metralleta”, mientras él se dejaba mimar como si fuera un bebé que ansiaba recibir todo el cariño del mundo.

—A ver que te mire bien... Estás más guapo que cuando te fuiste. ¡Mucho más guapo!

—¡Tú sí que estás guapa y cada día más joven!

—Oye, ¿y Lola? ¿No ha ido a recogerte?

—Se ha quedado en el coche hablando por teléfono.

—Dile que suba y os preparo algo de comer.

— Hemos quedado en almorzar en su casa. Tenemos que trabajar toda la tarde. Mañana o pasado salimos los tres a cenar. ¿Te parece?

Entraron en la vivienda y Foster se dirigió a su habitación tirando de un baúl-maleta, seguido de su madre que empuñaba un pequeño *trolley*.

—La llamé para darle el pésame por lo de su sobrina. ¡Pobrecilla!

—Sí que ha sido una desgracia. Toda la familia está hecha polvo.

—¿Y se sabe ya cómo fue?

—Todavía no.

—¿Cómo va, hijo, el libro ése de los asesinatos múltiples?

—Bien, muy bien... Ya te contaré. Esta noche prepara una de tus cenas y hablamos todo lo que quieras. Ahora me tengo que ir, ¿vale? —le propuso mientras pasaba al baño contiguo al dormitorio.

—¿Cuál de mis cenas?

—¿Qué te parecen pechugas al horno sobre fondo de patatas con salsa de pimiento, ajo, cebolla y tomate? —le sugirió elevando la voz por encima del ruido de la cisterna.

—Te ha faltado, para la receta completa, vino blanco y almendras picadas. Ah, y una hoja de laurel y pimienta molida— le recordó Montse sonriendo.

Cuando los padres del escritor se separaron, a Montse se le cayó el mundo encima. No podía soportar la soledad ya que, además, su único hijo vivía en Madrid por cuestiones de trabajo. Por eso, cuando Dan regresó a Barcelona y se instaló en su casa, le devolvió la vida a pesar de que pasaba fuera de la capital catalana mucho tiempo documentándose para sus libros.

Lola había dejado preparada una comida fría en su piso *fashion* del elitista barrio de Pedralbes. Necesitaba que la conversación transcurriera con tranquilidad, fuera del ruido ambiental de los restaurantes. Y sobre todo que, si le entraban ganas de llorar recordando a su sobrina, no tuviera que reprimirse.

En la mesa del salón les esperaban tres ensaladas: de aguacate y gambas, de cogollos

de Tudela con anchoas y de lonchas de tomate con queso de Cabrales, más otro plato con pequeñas y finas láminas de Jabugo. De postre, sendas manzanas al horno con azúcar y canela regadas con un chorrito de coñac. Y para beber, un blanco del Penedés.

—Bien, por dónde empezamos... —planteó Lola nada más tomar asiento.

Durante el trayecto, tanto desde el aeropuerto como desde la casa de Dan, sólo hablaron del drama que había supuesto para la familia, y supondría durante mucho tiempo, la trágica muerte de Nuria. Parecía que la editora comenzaba a asumir la realidad, y lo mismo les ocurría a los padres de la joven. Esta aceptación de los hechos, a su vez, tendía a activar el legítimo deseo de saber qué existía detrás de su extraña desaparición y, sobre todo, qué ocurrió de verdad en el presunto accidente del que fue víctima mortal.

—¿Qué gestiones son ésas que habéis hecho en Madrid? —se interesó el escritor tras un comentario de Lola.

—Conseguimos entrevistarnos con el subsecretario de Asuntos Exteriores y nos prometió ocuparse del caso.

—Eso es lo que prometen a todos en circunstancias similares.

—Ya... Y luego, en el Ministerio del Interior, hablamos con un familiar de mi cuñado, un inspector de policía. Nos dijo que iba a hacer una gestión, a nivel personal, ante un amigo suyo en la embajada americana.

—En resumidas cuentas... Nada.

—Menos que nada.

Empezaron a comer en silencio. Foster observó con fijeza el semblante de su editora, sin maquillaje y signado por la amargura. En su rostro no quedaba nada de aquella mujer hiperbólica, deslenguada, irónica, extrovertida, endiabladamente dinámica y agresiva que conocía. Tenía en frente a una persona con el alma amoratada, la voz carente de fuerza y sin ningún brillo en los ojos.

—Lola, yo no he vuelto a Barcelona a ver a mi madre...—Rompió Dan el silencio— Quiero decir, no sólo a eso... Ni tampoco a hablar contigo del libro... Bueno, no del libro que me encargaste.

La editora arrugó la frente y, con el tenedor a tiro de piedra de su boca, se quedó paralizada con expresión entre interrogativa y desconcertada.

—¿Puedes explicarte mejor?

—Hace dos días... estuvieron a punto de matarme en Richmond.

A Lola se le hincharon de estupor los ojos, el pánico hizo temblar su mentón y la voz se le atascó en la garganta asolada por una súbita sequía de la mucosa.

—¿¡Qué...! —Más que una exclamación fue un grito de ahogo.

—Me salvó un milagro, un auténtico milagro. No sé si de *la Moreneta*, a la que reza tanto mi madre, o de mi ángel de la guarda. ¡Pero desde ahora, te lo juro, voy a revisar mi agnosticismo!

Tras desgranar con detalle el relato de su estancia en Richmond donde omitió, por razones obvias, su fallida aventura amorosa con la falsa inspectora de seguros, concluyó:

—Todo lo cual me lleva a pensar que asesinaron a Nuria, y lo han intentado conmigo, porque ambos hemos pisado un terreno peligroso para alguien con mucho poder. Y lo peor de todo es que no sé qué hay en ese terreno ni, por supuesto, quién está detrás de él.

—¡Dan, no quiero ni pensar que también a ti te pueda ocurrir lo que a Nuria! ¿¡Qué es lo que quieren!? ¿¡Qué es lo que buscan!? —Casi gritaba atemorizada— Nuria... ¡Nuria era una chica absolutamente normal, una chica que no se había metido nunca en un mal rollo...!

—Mi hipótesis es que a ella le ocurrió, como se suele decir, que estaba en el lugar más

inadecuado en el momento más inoportuno. Un ejemplo claro de mala suerte. El típico “falso culpable” de las películas de Hitchcock, pero sin final feliz.

—¿Y por qué van ahora detrás de ti?

—Pienso que...

En ese momento sonó el móvil del escritor. Lo buscó inútilmente con la mirada hasta que tomó conciencia de que repiqueteaba en el interior de su chaqueta, colgada en el respaldo de la silla. Introdujo la mano en el bolsillo y cortó la llamada sin extraer el teléfono

—Yo... —continuó recuperando el hilo de sus pensamientos—, yo creo... Me temo que estoy en el terreno que pisaba tu sobrina y me he convertido en otro “falso culpable”. Han fallado por milímetros, pero seguro que se han juramentado para no fallar la próxima vez.

—¡No habrá próxima vez! ¡Olvídate del libro de los asesinatos múltiples!

—Ese libro, Lola —La observó con inusitada fijeza para dotar de importancia a lo que iba a revelar—, lo tengo olvidado hace días... El que no se me olvida, ni un minuto, ni un segundo, es otro que de manera provisional podríamos titular “Me quieren matar y me gustaría saber quién y por qué” —le planteó Foster con una brizna de sonrisa entre irónica y expectante a la espera de ver cómo reaccionaba su interlocutora.

—¡Ni se te ocurra! ¡Olvídate, desde ya, de ese maldito libro!

Las pupilas empavorecidas, temblándole como gelatina las aletas nasales y todos los poros de su geografía facial transpirando pánico, delataban a las claras la preocupación que desestructuraba todo el sistema nervioso de la editora.

—Verás, Lola... Por tu sobrina, y también por mí, no puedo dejar de investigar qué hay detrás de todo esto. Y es inútil que me pidas que abandone, porque sabes que no lo voy a hacer.

Su anfitriona iba a estallar contra la inconsciencia del escritor, pero prefirió antes contar mentalmente hasta diez para controlar las furias que tiraban del carro de fuego de su carácter. En ese momento, sonó de nuevo el móvil de Dan. Al igual que la vez anterior, volvió a introducir la mano de forma maquinal en el bolsillo de la chaqueta y cortó la comunicación. Tres segundos después, también de forma rutinaria, extrajo el terminal y examinó el número desde donde le habían llamado; al verlo, arrugó el entrecejo y despacio, muy pensativo, lo devolvió al bolsillo.

—Contesta. Puede ser importante —le insinuó ella.

—No. No sé quien llama... Es un número desconocido. Perdona.

Con un mohín de cabeza y un “bueno, dónde estábamos”, cedió la palabra a Lola.

—Mi sobrina era para mí ¡lo más! Y lo sigue siendo. Pero no puedo permitir que tu vida esté en peligro por ella, no quiero verte muerto también a ti por intentar averiguar quiénes la asesinaron. ¡De ninguna de las maneras! ¡Coño, que no, por muy pedazo de cabrón que resultes a veces! Lo siento, pero no lo voy a consentir —le advirtió con firmeza recobrando por vez primera desde la muerte de Nuria su bravura de carácter.

—¿Te soplo en los oídos para que oigas bien...? Te he dicho que no me vas a convencer de lo contrario. Voy a investigar y a publicar ese libro.

—¡Yo no te voy a publicar ese libro! ¡Así que piensa en otro! —le avisó Lola ya en posesión de su habitual contundencia dialéctica.

—¡Tienes un minuto, sólo un minuto, y te recuerdo que un minuto son sesenta segundos, para rectificar lo que has dicho! En caso contrario, lo publicaré, sintiéndolo mucho, en otra editorial —le amenazó, aunque con una sonrisa a media asta.

—¡Si te vas a otra editorial, no tendrás que buscaren América a la persona que te quiere asesinar! ¡La tienes delante de ti, hijo de puta! ¡Descerebrado!

Foster soltó una estentórea carcajada. No sólo porque sabía que Lola no sentía lo que decía, sino porque había recuperado, al igual que en algunas expresiones anteriores, la contundente esencia de sus genes; carcajada que comenzó poco a poco a perder

fuerza, frenada por una sospecha que acababa de prender en su ánimo y que le hizo exclamar para sí.

—¡No puede ser!

—¿Qué no puede ser? —preguntó Lola ligeramente desconcertada ante el subsiguiente silencio.

Dan la miraba pero no la veía. Su atención andaba ocupada en darle forma a la idea que amasaba el rodillo de su cerebro. De pronto, sacó el móvil, desplegó el menú de llamadas perdidas y se fijó en los dos últimos números desde los que le habían telefoneado.

—¿Qué... no puede ser...? ¡Habla ya! — Le espoleó su anfitriona.

La editora observaba el rostro de Dan por el que desfilaba una heterogénea gama de gestos a cual más expresivo. Por fin, tras dudar si devolvía la llamada o no, Foster optó por cerrar la tapa plateada de su *Siemens*.

—¿Quién crees que puede ser? —la curiosidad femenina se había instalado en el ánimo de su interlocutora— ¡Algún ligue...! ¡Seguro que es un ligue!

—¿Cómo...? ¿Un qué...? —balbuceó Dan enredado en sus cavilaciones.

—Un ligue. Una de tus muchas... “amiguitas”, ¿verdad?

El tono de voz de la editora estaba untado de ironía y reproche al mismo tiempo. Dan soltó otra carcajada, ésta un poco forzada, y luego intentó salir airoso del tema.

—¿Ligues....? ¡Para ligues estoy yo ahora! Olvídalo. Por un momento he creído que me habían llamado de Estados Unidos. Pero es alguien de aquí. Lo que pasa es que tiene el prefijo ese tan largo de los números fijos contratados para llamar a móviles.

El resto de la comida, tanto el postre como el subsiguiente café, se convirtió en un tira y afloja entre editora y escritor para que éste abandonara la idea de investigar la muerte de Nuria; una lucha donde Lola tenía el alma fracturada por sentimientos contradictorios. Por una parte, veía un evidente peligro de que pudieran matar a Foster; pero por otra, ardía en su interior el deseo de descubrir a los culpables del asesinato de su sobrina.

Dan abandonó el piso de Pedralbes hacia las seis de la tarde. Un chubasco primaveral, transformado en furioso aguacero durante unos minutos, le obligó a cobijarse en un portal cercano mientras oteaba la posibilidad de un taxi; minutos que aprovechó para devolver la llamada al número desde el que le habían telefoneado dos veces. Sabía a la perfección que pertenecía a un móvil de Estados Unidos, aunque no lo tenía memorizado en la agenda.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco repiques...

—Hola, Dan.

El corazón le dio un vuelco al confirmar la intuición que había tenido. Era la voz, perfectamente timbrada, de Laura Wallis, la extraña pero fascinante joven que había conocido en Richmond.

—Hola.... Dime.

—¿Dónde estás?

—En España, en Barcelona.

—Ah... —Un evidente tono de desencanto— ¿Y... piensas volver?

—¿Por qué lo preguntas?

—Dejamos pendiente un asunto... ¿Recuerdas?

—Sí, y más cosas... Dejamos pendientes muchas más cosas.

—¿Cuáles?

—Por ejemplo, una explicación de por qué te fuiste de forma tan... inesperada. Y también, por qué me mentiste diciendo que eras inspectora de una compañía de seguros.

—Sí... Quedan pendientes muchas cosas. Mis mentiras y también las tuyas... Por ejemplo, la de que trabajas para el IORD.

Richard Parker miró de nuevo por la ventanilla del avión. Continuaban sobrevolando la inmensa y tupida alfombra verde de la selva, rajada de vez en cuando por diversos cursos fluviales, afluentes todos del Negro y del Salimoes, los dos ríos que al emparentar sus aguas alumbraban el inmenso y mítico Amazonas que da nombre al estado situado al norte de Brasil.

Por fin apareció Manaus, la capital, una ciudad muy poco selvática ya que abriga pretensiones de megalópolis. En ella se encabitan rascacielos que sueñan con Manhattan y edificios que remedan sueños europeos, sobre todo parisinos, londinenses y lisboetas; una heterogénea arquitectura levantada sobre la floreciente industria del caucho que convirtió a la ciudad, a finales del siglo diecinueve y principios del veinte, en todo un emporio de riqueza, mestizaje de culturas y motor de súbitas fortunas.

Parker había reservado habitación en el Lord Manaus Hotel, en la Rúa Marcilio Días. Tras descansar media hora y beber un batido de frutas tropicales en la cafetería, se cargó una mochila al hombro y tomó un matusalénico taxi en la puerta del establecimiento hotelero.

Quince minutos más tarde arribaba al embarcadero flotante, una colosal obra de ingeniería maderera para salvar la fluctuación de las aguas que, a veces, llegan a subir ocho y diez metros sobre el nivel habitual. Tras adquirir billete para visitar el parque Yanaguari, situado a siete kilómetros de Manaus, se acomodó en los asientos posteriores de una arcaica barcaza, rodeado de una ruidosa excursión de jubilados japoneses atiborrados de artilugios digitales.

El viaje comenzó por el río Negro, bautizado así porque sus aguas, saturadas de elementos orgánicos y óxido de hierro, poseen un color marrón oscuro que, al contemplarse en grandes cantidades, adquieren una tintura cercana al azabache. Esta oscuridad oculta al navegante su inmensa riqueza piscícola, salvo cuando los “botes”, una especie de delfines rosados de hábitat fluvial, juegan a saltar describiendo piruetas en el aire a cual más acrobática.

Richard Parker observaba sin interés alguno la inmensa planicie acuática. Su mente concentraba toda la atención en el objetivo del viaje. No sabía por qué, pero se encontraba preocupado. Probablemente porque no podía controlar con exactitud el desarrollo de los acontecimientos. El truco de la píldora anti envejecimiento que tan bien le había funcionado con los otros seis, aquí no le valía. Willy Lange tenía cincuenta y pocos años y no se iba a tragar la píldora, ni en su sentido real ni en el metafórico. El plan alternativo, el plan B, no era malo, pero no lo tenía experimentado y él, tan minucioso siempre, tan seguro, tan previsor, no podía evitar sentir una cierta desazón.

La barcaza abandonó el gran río y se desvió por unavía de agua que penetraba en la selva bajo una pérgola continua formada por ramas de árboles milenarios entrelazadas, lianas de todos los tamaños, arbustos enmarañados y trinos de mil aves en concierto permanente. Este túnel vegetal apenas dejaba entrever los rayos solares y creaba un mundo irreal, casi mágico, donde se experimentaba toda la grandeza insondable de la selva virgen.

Quince minutos más tarde, ante los ojos de Parker y del resto de los festivos turistas que ocupaban la embarcación, apareció el espectacular parque nacional de Yanaguari, un ecosistema único en el mundo por su magnitud y riqueza en flora y fauna autóctonas, donde destacaban las *victorias regias*, unos descomunales nenúfares de la familia de los lirios cuyas hojas circulares pueden alcanzar hasta cinco metros de diámetro.

Willy Lange le estaba esperando en el muelle fluvial. No disimulaba en absoluto su

medio centenar de años. Calvicie al acecho, pérdida de cintura y primeros pliegues de arrugas en un rostro de piel intensamente cobriza por la continua exposición a los fenómenos naturales del sol, el viento y la lluvia, tan extremos siempre en aquellos parajes. Era alto y corpulento pero ágil a pesar de sus noventa kilos, vestía pantalón corto con machete suspendido del cinturón y de su cuello sudoroso colgaba un cingulo de oro.

—¿Qué tal el viaje, señor Parker?

—Muy pesado ya para mis años. Pero sabes que no me gusta faltar a mi cita. ¿Qué tal tú, Willy?

—Cansado también. No tengo su edad, pero esta vida es muy, muy dura.

—Pero es bonita. Vives en plena naturaleza, contemplas paisajes como no los hay en ningún lugar del mundo, trabajas con animales...

—Sí, sí, cierto. Pero de todo se cansa uno. A mí me gustaría ir al cine, cenar en un buen restaurante, tener un médico a mano si me pongo enfermo... Y sobre todo, que no me quite el Estado la mitad de lo que gano.

Comenzaron a caminar por una sucesión de pequeños puentes colgantes de madera que se bamboleaban peligrosamente sobre charcas y arroyos donde revoloteaban libélulas y avispas. A veces se sucedían trechos de tierra cubiertos de hojarasca, o bien troncos partidos en dos mitades a manera de escalones para salvar las depresiones del terreno. Un desnivelado camino que, diez minutos más tarde, les dejaba en la planicie de *Reptilia*, una reserva de animales salvajes regentada por Willy. Se trataba de una concesión del Estado brasileño al que le abonaba un canon de explotación fijo, muy alto, que le dejaba beneficios más bien escasos; sobre todo si se producía una disminución del turismo por causa de las lluvias o de alguna epidemia inoportuna por la zona.

La reserva se componía de la casa de Lange, una vivienda de dos plantas, construida totalmente en madera y, a unos doscientos metros de ella, una serie de instalaciones que conformaban un atípico zoológico.

Un gran foso, de unos diez metros de diámetro y tres de profundidad, lleno de perezosas serpientes y cubierto por una malla de alambre que les impedía atacar a los curiosos que las observaban desde el brocal. Tres gigantescas jaulas de hierro: una habitada por pumas y jaguares; en la segunda, revestida de tela metálica, revoloteaban casi seiscientas aves diferentes de las tres mil especies que se cree que viven en la Amazonía; y una tercera, pequeña y encristalada, exhibía casi cuatro centenares de mariposas cuyas alas, policromadas con los más imaginativos diseños, componían uno de los lienzos vivos más hermosos que se podían admirar en todo el arte faunístico del planeta. Y por último, la joya de la reserva: una gran charca rodeada por una acerada valla donde pululaba una veintena de escalofriantes caimanes.

—Marilia, mi mujer.

Willy le presentó a una joven mulata de poco más de veinte años, de pechos y glúteos exaltados, tanto a través del descomunal escote como del exiguo short que vestía. Transpiraba sexualidad por todos los poros de su piel melosa y era, que Richard le conociera, su tercera mujer.

—Bienvenido, señor.

Tomaron asiento para almorzar en el porche, desde el que veían pasar turistas y más turistas en dirección al zoo donde siete ayudantes de Willy controlaban todo el trasiego del cobro de entradas así como la atención a los animales. De fondo, por megafonía instalada en puntos estratégicos, sonaba la aterciopelada voz de Caetano Veloso cantando su primer gran éxito: *Outras palavras*.

—¿Y a qué se debe haber adelantado el viaje? —se interesó Willy.

—Me van a operar de hernia discal y, como me espera una convalecencia larga, he pensado que lo mejor era venir ahora.

Marilia situó cerca de ellos una enorme bandeja con una ensalada de papaya y bogavante, una fuente de carne de vaca cruda, dos cervezas *Coronay* una macedonia de cinco frutas tropicales. A continuación colocó encima de la mesa una parrilla de hierro bajo la que ardían tres quemadores alimentados por el gas de una pequeña bombona.

—Espero que le guste, señor —le deseó Marilia antes de retirarse al interior de la casa.

—Gracias, seguro que está todo muy bueno.

Willy untó la superficie de la plancha metálica con una bola de grasa y luego extendió sobre ella varios trozos de carne que empezaron a crepitar generando un intenso humo y un apetitoso olor. Abrió las dos cervezas y le alargó una a su visitante.

—Parker, le voy a ser sincero y directo...

Willy tomó un espumoso sorbo de cerveza ya continuación eructó sin rubor. Luego le espetó sin rodeos:

—Necesito dinero... Mucho dinero.

Un pequeño escalofrío disparó la alarma en el ánimo de su invitado; hasta tal punto que durante unos instantes le paralizó en el aire la mano que empuñaba el botellín de *Corona*. El anciano bebió a cámara lenta, intentando adivinar el significado de las palabras del hijo de Linda Lange, una enfermera tejana, madre soltera, fallecida muchos años atrás. Cuando Parker contactó con ella para recabar su ayuda, hacia marzo del 63, le confesó que le quedaban pocos años de vida debido a una enfermedad degenerativa. Tras unos días de reflexión, le contestó que aceptaba cooperar en el plan que le había propuesto si el beneficiario del negocio era su hijo Willy, entonces tenía cuatro años, condición con la que Richard estuvo de acuerdo.

—¿Mucho dinero? ¿A qué cantidad te refieres? —preguntó Parker con la voz lastrada por la prevención.

—Un millón de dólares.

—¿Un... millón? —repitió sorprendido e incrédulo.

—Como mínimo. Ya le he dicho que este trabajo es muy duro y deseo regresar a Estados Unidos. Me quiero establecer en Miami y vivir en un gran apartamento, tener un buen coche, comprar un pequeño barco para salir a pescar, invertir en un buen plan de jubilación... En definitiva, una buena vida.

—Me parece una idea estupenda —la sospecha no dejaba de aletear por las bóvedas cerebrales del anciano—. Me alegro de que... de que te vaya tan bien... el negocio...

—El negocio va nada más que regular... Pero usted me va a ayudar.

—¿Yo...? —La alerta se desparramó, no sólo por el tenso semblante del anciano, sino también por todas las cañerías de su sistema nervioso—. Yo sólo puedo darte lo de todos los años... Cinco de los grandes.

—Necesito, ya se lo he dicho, un millón... Cantidad que está muy por debajo de lo que vale la información que poseo. Y usted lo sabe.

—Willy... ¿Me estás amenazando?

—Tómeselo como quiera. Tengo muy bien guardado un documento escrito por mi madre que me entregó antes de morir. Me llevaría una semana, como mucho, ponerlo en manos de un periódico importante que me pagaría por él... ¿Cuánto...? ¿Tres, cuatro, cinco millones de dólares?

—Tu madre, Willy, no habría hecho eso.

—Mi madre era demasiado buena, una idealista. También una ingenua que creía que Norteamérica era la antesala del cielo. Y bueno..., todos sabemos lo que es Norteamérica: una selva donde en cada ciudad se mueven más serpientes venenosas y más fieras que las que hay en todo el Amazonas.

Aunque el cáncer minaba día a día su cuerpo, aunque no poseía las fuerzas y la agilidad de unos años atrás, Richard Parker conservaba intacta su capacidad de análisis intuitivo y su rápida reacción en los momentos difíciles.

En el espacio de tiempo que empleó en colocar un trozo de carne en la parrilla, pasearlo con el tenedor por la grasa, dejar que se asase a su gusto por un lado y luego por el otro, para añadirle por último sal gruesa, retomó y ajustó mentalmente el plan B que tenía preparado.

Necesitaba, cuanto antes, resolver el problema que acababa de plantearle el hijo de Linda Lange.

3

—Soy agente de la CIA y no me llamo Laura, sino Olivia, Olivia Perry. Y fue Marcus, el hijo de Alex Bundy, quien me avisó de que habías ido a visitarlo por el mismo asunto que yo a Nashville... Yo estuve con él una hora antes de que tú aparecieras en su casa por primera vez.

La confesión, directa, clara, a bocajarro, dejó paralizado a Foster cerca de diez segundos. Aquella revelación explicaba muchas cosas, pero no todas.

—Me parece que más sincera no puedo ser —rompió ella el silencio que se había instalado entre ambos—. Lamento haberte mentado cuando te dije que era inspectora de seguros, pero era lógico en las circunstancias en las que nos encontrábamos en aquellos momentos.

El escritor seguía taladrándola con la mirada, intentando cribar por el cedazo de la anterior revelación todos los acontecimientos vividos junto a la fascinante mujer que tenía al otro lado de la mesa.

—¿Y tú...? —rompió ella el silencio por segunda vez.

—¿Yo...? ¿Yo..., qué?

—Pues que me digas quién eres. Porque de investigador del IORD, nada. Nada de nada.

—No, no soy investigador del IORD —confesó al tiempo que sonreía—. Pero es una coartada perfecta para hacer hablar a los familiares de los fallecidos por el virus... Yo sí me llamo Dan Foster, como te dije. Y estoy metido en esto porque soy amigo de una tía de Nuria Serra.

—¿Nuria Serra? ¿Quién es Nuria Serra?

—¿Que no sabes quién es...? —le planteó su interlocutor con un cierto retardo en la formulación de la pregunta debido a la incredulidad.

—No. Pero, dado tu asombro, deduzco que debería conocerla.

—Era una investigadora española del IORD. Desapareció de forma misteriosa una noche y a los tres días la encontraron muerta en una avenida, supuestamente atropellada por un coche que se había dado a la fuga. Había descubierto el virus que ha llevado a la tumba a las cinco personas que estamos investigando nosotros, de lo cual podemos deducir, creo, que su muerte no fue un accidente sino un asesinato.

—Tiene todas las papeletas.

—Además, y te sigo siendo sincero, soy autor de libros de investigación periodística y el presunto crimen de Nuria me cogió aquí recopilando documentación para mi próxima obra. La doctora, como te he dicho, era sobrina de mi editora y amiga y, por eso, estoy intentando averiguar quién la mató. ¿Satisfecha?

—De momento..., sí.

Con la explicación anterior, Olivia encajaba por completo la presencia de Dan en el *affaire* en el que ella también andaba husmeando.

—Me toca preguntar. ¿Qué busca la CIA en todo este asunto de las cinco muertes?

—le planteó el escritor.

—Seis, en realidad. Hace unos días ha fallecido otra en Bali.

—¿En Bali? —se sorprendió Foster por la lejanía del lugar— ¿Cómo te has enterado?

—Tenemos un buen contacto en el IORD.

—Ya... ¿Qué más datos tienes del fallecido?

—Un médico norteamericano que vivía en una ciudad turística, no me acuerdo ahora del nombre.

—¿Qué sabestú de ese maldito virus...? Si puedes contármelo...

—Se llama *Vóltrax*, una mortífera variante de la viruela, creado en laboratorio por la CIA en 1960 para eliminar a los enemigos de Norteamérica sin dejar huella —Dan sonrió con ironía—. Se usó durante la guerra de Vietnam y, al finalizar ésta, a raíz de que algunos países lo identificaron como un virus artificial, se guardó bajo siete llaves... Ahora alguien lo está utilizando para mandar al otro mundo a una serie de individuos y la CIA quiere saber quién es y por qué se los está cargando.

Dan y Olivia dialogaban en Houston, en la cafetería *Mokade* Harrisburg Boulevard, esperando que llegara Howard Ritt, viudo de Martha Dulles, la cuarta víctima por orden cronológico del *Vóltrax*.

—Así que de la CIA. Ahora entiendo muchas cosas..., como por ejemplo el extraño número telefónico desde el que te llamaron —comentó el escritor moviendo varias veces la cabeza de arriba a abajo con una admirativa sonrisa—. Vaya, vaya, vaya... Siempre pensé que las agentes guapas de la CIA..., las muy guapas..., las guapísimas..., sólo existían en el cine.

—No es necesario que jures que eres español... Tan peligroso como todos los latinos —le definió Olivia visiblemente halagada, con un atisbo de rubor carminando las suaves colinas de sus pómulos.

—Me quedan por saber algunas cosas más. Por ejem...

—Antes me toca preguntar a mí —le interrumpió la joven— ¿Porque ha fallecido una chica en, llamémosle, extrañas circunstancias, y es sobrina de una amiga tuya... llevas un mes de arriba para abajo en Estados Unidos? Perdona, pero no me lo creo. ¿Puedo conocer cuál es tu verdadero interés en este tema?

Foster sonrió tratando de calibrar, una vez más, el índice de coeficiente intelectual que encerraba la hermosa cabeza que tenía frente a él.

—Creo, supongo, espero, no me gustaría equivocarme...— enumeró Dan con cómica reiteración— que me has sido sincera por completo y te voy a corresponder. Como te he dicho, soy escritor y, aparte de esclarecer para mi amiga el asesinato de su sobrina, pienso escribir un libro sobre este tema. Mi olfato me dice, y tu presencia aquí me lo confirma, que detrás de la muerte de Nuria Serra hay algo..., como decimos en España, “algo muy gordo” ¿Aclarado mi interés en llegar al fondo de este turbio asunto?

—Digamos quesí, por ahora —sonrió ella—. Ahora te toca a ti. Venga, dispara la primera pregunta.

—Quiero saber... tres cosas.

En ese momento, las seis menos cinco de la tarde, entró en la cafetería un anciano ayudándose con un bastón. Era Howard Ritt, mediana estatura, nariz córvida, algunas hileras de cabello blanco adheridas a su manchado cuero cabelludo y ojos grises distorsionados por unas gafas de miope. Toda su vida había trabajado en el sector bancario, en donde había desempeñado puestos de alta responsabilidad.

Los dos investigadores habían acordado estar presentes en la conversación y se habían citado en la cafetería *Moka*, muy próxima al domicilio del señor Ritt. Pensaban que las preguntas de uno y otro podrían ser útiles en algún momento para sus intereses respectivos.

Martha, la esposa de Howard, otra de las personas fallecida por el *Vóltrax*, había estudiado Bellas Artes. Intentó vivir de la pintura pero, tras algunas exposiciones fallidas, encontró su medio de vida en la creación de máscaras de látex para la

firma *Jasperly*, una cadena de establecimientos especializada en artículos de broma para fiestas como las de Halloween. Sus reproducciones en goma elástica de los rostros de personajes famosos, tanto históricos como de ficción, se hallaban presentes en numerosos hogares de Estados Unidos.

El relato biográfico sobre la señora Ritt sólo le aportó a Foster datos genéricos que, en un futuro más o menos próximo, cruzaría con los del resto de las víctimas. Las respuestas a las preguntas de Olivia tampoco fueron muy reveladoras. Sin embargo, ya al final de la conversación, dos cuestiones abrieron a ambos sabuesos nuevas vías de investigación.

—Señor Ritt, si han permanecido unidos tantos años su esposa y usted es señal de que se querían mucho. ¿Me equivoco? —planteó el escritor español.

—Así es.

—Bien... ¿Podría usted afirmar ahora, con absoluta certeza, que su esposa no tenía ningún secreto que usted no conociera?

Howard Ritt le observó con intensa fijeza y en sus ojos miopes y apagados pareció chispear una lucecita de sorpresa. Finalmente, tras un dubitativo silencio, murmuró entre dientes:

—Se lo llevó a la tumba.

—¿Cómo dice?

La mirada del anciano traspasó la presencia de sus interlocutores y fue a posarse en las nebulosas colinas del pasado, al tiempo que los ojos de los investigadores cruzaban expectantes una furtiva pero intensa mirada.

—Me dijo que sólo me lo contaría antes de morir, pero fue todo tan rápido...

—¿Le contaría...? ¿Qué le contaría? —le apremió la agente de la CIA.

—Nunca me explicó por qué todos los años, por Navidad, le abonaban en su cuenta bancaria una paga extra.

Dan y Olivia fundieron de nuevo sus miradas, ahora inflamadas por un inusitado interés.

—¿Una paga extra? —se interesó el escritor— ¿Qué cantidad?

—Últimamente, cinco mil dólares.

—¿Y desde cuándo recibía esa paga?

—Cuando nos casamos, en el sesenta y nueve, ya la abonaban en su cuenta.

—¿No sospecha quiénefectuaba ese abono? —intervino la agente de la CIA.

A pesar de que Foster estaba registrando toda la conversación con la sofisticada grabadora que encerraba su bolígrafo, anotó sucintamente en su cuaderno de notas los últimos datos aportados por el viudo de Martha Ritt.

—Howard... —tomó Olivia con habilidad las riendas del interrogatorio—, el objeto de esta conversación es doble. Por una parte, queremos averiguar cómo contrajo su esposa la enfermedad. Y por otra, intentar establecer si fue una muerte natural o... provocada.

—¿Provocada...? —La incredulidad se asomó en tropel al semblante del ex empleado de banca— ¿Quién iba a querer matarla? ¡Martha era la mujer más buena del mundo!

—protestó Howard ante la hipótesis planteada por la joven que se sentaba a su izquierda.

—Señor Ritt, no sólo mueren de manera criminal las personas malas. Mucha gente buena, por desgracia, también es víctima de manos asesinas. ¿Comprende? —Su interlocutor asintió con la cabeza— Permítame otra pregunta... En los días anteriores a caer enferma, o bien en las últimas semanas, ¿recibió su esposa alguna visita... no habitual?

El anciano arrugó el entrecejo y semicerró sus ya de por sí diminutos ojos en una actitud típica de rastreo por las grutas de la memoria.

—Ahora que lo dice... —Tardó casi medio minuto en responder— Ella se empezó a

poner enferma un jueves y el miércoles..., no, el martes anterior, estuvo en casa un antiguo condiscípulo que estudió con ella Bellas Artes.

—¿Podría describir su aspecto?

—Un hombre mayor, más o menos de mi edad... Alto, rostro de expresión dura, muy pálido excepto los pómulos que los tenía bastante rojos..., y con una pequeña cicatriz en un labio.

—¿Era la primera vez que la visitaba? —continuó preguntando Olivia cada vez más excitada, interés que también crecía por momentos en Foster.

—No, no. Solía pasar por casa cada dos o tres años, tomaba un café con mi mujer, charlaban y, luego, unas horas después se marchaba.

—¿Podría existir relación... —intervino Dan—, alguna relación, entre esas visitas periódicas y el dinero que le llegaba por Navidad a su mujer?

Howard quedó meditabundo durante bastantes segundos, contrajo su superficie facial con un gesto de duda y después la confirmó con los labios.

—La verdad, no sabría qué decirles... Que yo sepa, no. Pero...

—Una última pregunta, señor Ritt —continuó el escritor—. La última vez que estuvo ese hombre, es decir, poco antes de caer enferma su esposa, aparte de charlar con ella, ¿ocurrió algo más?

—¿A qué se refiere exactamente?

—Según ha dicho, charlaron, tomaron café... ¿Algo más?

—¿Algo más... como qué?

—No sé... ¿Le hizo algún regalo? ¿Un libro, unas flores, una caja de bombones...?

—No... ¡Ah, bueno, sí! Nos dejó una caja de ampollas contra el envejecimiento. Una para Martha y otra para mí. Siempre que venía nos la traía.

Foster y Olivia cruzaron la enésima mirada, esta vez preñada de sumo interés, agarrándose a la revelación anterior con la zozobante esperanza de que las citadas ampollas fueran la luz que les alumbrara en el mareante y oscuro laberinto en el que se hallaban.

Veinte minutos más tarde los dos investigadores salían de casa de Howard Ritt con una de las ampollas, vivía a escasos cien metros de la cafetería *Moka*, recomendándole que no las siguiera tomando mientras ellos no le confirmaran que eran inocuas por completo. Se comercializaban en un envase de veinte unidades bajo el nombre de *Longlife-100y*, en apariencia, parecían totalmente inocentes.

Tomaron un taxi en *Harrisburg Boulevard* y se trasladaron al hotel *Icon*, ubicado en el corazón financiero de Houston, donde ambos habían reservado habitación. Nada más llegar, la agente Perry preparó un pequeño envoltorio para proteger la ampolla que les había facilitado Howard Ritt. La introdujo en un sobre acolchado de color ocre y media hora más tarde era recogido por un motorista del servicio restringido de *MRW* con destino al cuartel general de la CIA en Langley, estado de Virginia.

A las diez de la noche, el escritor español y la agente se hallaban de nuevo frente a frente en *Bank*, el principal restaurante del hotel, ante una cena ligera: sopa, pescado, fruta y una botella de vino blanco francés. En algún rincón, un piano y un saxo rumiaban pausada y suavemente sus dudas en un tono intimista, como temiendo que les oyeran los escasos comensales esparcidos por el local.

—Cuando apareció el señor Ritt, tenías tres preguntas para mí. ¿Estás interesado todavía en hacérmelas? —le recordó Olivia.

—Por supuesto.

La joven esbozó un gesto manual y facial de “adelante” y Dan se concentró en sus hipnóticos ojos de al tiempo que el semblante se le revestía de gran seriedad antes de comenzar a hablar.

—La primera pregunta debería habértela hecho cuando me llamaste a Barcelona, o al encontrarnos esta tarde en la cafetería. Pero, la verdad, esperaba que tú medieras la

respuesta sin necesidad de formulártela.

—¿Cómo...? No entiendo nada —comentó la agente norteamericana con un cierto desvarío en sus ojos.

—¿De verdad no sabes por dónde voy...?

—No tengo ni la más remota idea —le confesó Olivia sosteniendo sobre su plato una humeante cuchara llena de sopa de verduras.

—¿Ah, no?

—¡Por favor, Dan, explícate ya! ¡No sé de qué me estás hablando!

Foster dudó unos segundos antes de decidirse a plantear el gran interrogante que gravitaba sobre su ánimo desde que le ocurrió el intento de asesinato. No se atrevía a continuar porque, a pesar de haberle revelado que era agente de la CIA, las sospechas que albergaba sobre ella eran todavía cuantiosas. Sin embargo, dado que se hallaba sobre el tapete verde de una peligrosa ruleta, tenía que apostar aunque no fuera a su número favorito.

—Me estoy refiriendo... al atentado que sufrí en Richmond...

A la joven se le abrieron los labios por el fórceps del estupor, la sorpresa más absoluta hinchó sus ojos y, por último, se le encogió de miedo el corazón.

—¿Qué... has... dicho? —remarcó cada una de las palabras para patentizar su incredulidad.

—Lo has oído perfectamente. ¿Quieres hacerme creer que no sabes nada de lo que me ocurrió?

—Por supuesto que no. ¡Te juro que desconozco por completo de qué atentado me estás hablando!

El escritor tardó casi veinte segundos en romper el silencio de sus miradas sostenidas, comenzando a desmenuzar despacio las circunstancias y el motivo de su incredulidad.

—Situémonos en aquella noche... Estamos juntos en la habitación de un hotel, recibes una llamada de teléfono a altas horas de la madrugada cuando nos disponíamos a hacer el amor, y al terminar la conversación telefónica te marchas sin darme la más mínima explicación. Al día siguiente, de milagro, me salvo de alguien que me dispara desde un coche con un rifle ametrallador. A esto se añade que, unos días antes, habían intentado secuestrarme en Nueva York narcotizándome en un taxi. Y por último, resulta que tú eres una agente de la CIA y no sabes nada de nada. ¡Genial!

Olivia Perry soltó la cuchara y cerró los ojos para recuperar aliento mental, al tiempo que con ambas manos indicaba que parase de hablar. Pasados unos instantes, los abrió panoramizando con la mirada por el casi desierto comedor y terminó clavándolos, como dos estiletes azules, en los de su compañero.

—Por favor, Dan, cuéntame desde el principio qué es eso del atentado. Despacio, no tenemos prisa... Procura no olvidar ningún detalle... Por favor.

Durante el pormenorizado relato del autor español, Olivia sólo le interrumpió para pedirle una matización. Al finalizar, la agente permaneció casi un minuto con los ojos adheridos a su semblante, pero con la imaginación trascendiendo por completo su presencia. Seguidamente, con ademanes resueltos, extrajo el móvil de su bolso, pulsó una sola tecla y se llevó el auricular al oído mientras se mordía y humedecía los labios.

—Charles, soy Oli. ¿Estás todavía en el despacho...? Hazme un favor. Es muy importante. Mira en el parte de incidencias del veintidós de mayo. ¿Hubo algún B-30 en Richmond...? —Unos segundos de espera—Cierto, hubo un A-10. Pero me estoy refiriendo a un B-30... ¿No? ¿Seguro...? Mira en el área reservada... Sí, ya sé que tiene que autorizarlo Dugan, pero no quiero pasar por él. No te llamo de manera oficial sino como tu ex, ¿comprendes? Te repito, es muy importante para mí... Venga, espero. Foster seguía el diálogo telefónico con absoluta concentración, a la espera de cazar cualquier detalle que le ayudara a evaluar el grado de veracidad que debía conceder a su atractiva pero enigmática interlocutora. Apenas medio minuto después, Olivia se

apretó el móvil contra el oído.

—Dime... Bien, gracias. Te debo...¿Dos...? ¿Cuál es la otra...? Esa no cuenta. Un beso. Hablamos... Ok. Ciao.

Cerró el móvil al tiempo que informaba con absoluta firmeza.

—La CIA no está detrás de ese intento de asesinato que me has contado.

—Pues tú me dirás quién. Si en este país hay cualquier*affaire* por medio, la CIA se encuentra a un tiro de piedra de él. La prueba es que tú estás aquí.

—Dan, te repito que la CIA no intentó matarte en Richmond. Hay que pensar en otras hipótesis. Ese día, de madrugada, hubo una operación en la que yo participé, y fue el motivo por el que me tuve que marchar de tu habitación de manera tan brusca sin darte ninguna explicación. Un compañero se vio obligado a entrar en una acción peligrosa y otro colega y yo, que me recogió a la salida del hotel, tuvimos que ir a ayudarlo. Y menos mal que fuimos porque se había infiltrado en una célula islamista y estaban a punto de descubrirle. ¿Comprendes ahora por qué me marché en un momento tan... tan inoportuno? —concluyó Olivia con un atisbo de sonrisa.

—Entonces, ¿quién quiere asesinarme? ¿El FBI?

—No lo sé, Dan, pero te aseguro que lo vamos a averiguar.

—¿Alguien del IORD, el centro médico en el que trabajaba la sobrina de mi editora? —insistió él.

—Podría ser. Pero hasta que no nos pongamos a investigar, no sabremos nada. Cuéntame ahora el intento ese de secuestro en Nueva York.

Al finalizar el escritor el relato del extraño accidente que tuvo en un taxi camino de la biblioteca Jefferson y, sobre todo, de explicarle que fue narcotizado en el mismo vehículo, la agente Perry quedó aún más desconcertada. Segundos después, tras morderse varias veces los labios, comentó:

—Evidentemente, el secuestro y el intento de asesinato están relacionados. Notengo la menor duda. Y es lógico también deducir que son consecuencia directa de la investigación que estás llevando a cabo... Tienes que pensar, tenemos que pensar muy bien cada paso que vayamos a dar a partir de ahora. El asunto del virus es más grave de lo que yo pensaba en un principio.

Se abrió un paréntesis de silencio en el que ambos prestaron atención a la sopa, ya fría en los platos, y empezaron a paladear con marcada parsimonia el vino blanco que el maître había escanciado en sus copas.

—Te quedan dos preguntas más por hacerme —le apuntó ella.

—Sólo una. La otra me la has contestado al explicarme por qué te tuviste que marchar del hotel de manera tan intempestiva.

—Adelante con ella.

Foster sonrió echando mano de su expresión más luminosa y de su timbre de voz más seductor.

—¿Cuándo... cuándo concluimos... lo que empezamos en la habitación de Richmond?

—Por mí, ahora mismo —sonrió seductora, sin ningún tipo de disimulo.

—Entonces... ¿qué coño hacemos aquí tomando una sopa fría?

4

A las doce en punto del mediodía, los turistas comenzaron a agolparse ante el pequeño lago de los caimanes con morbosa expectación. Tal como estaba anunciado en la entrada a la reserva faunística de *Reptilia*, Willy procedía al show de echar de comer a los impresionantes cocodrilos que entraban y salían del agua enlodada. Para ello, se subía a una pasarela situada justo encima de la fétida charca portando un gran cesto de carne que, sólo con olerla, excitaba ruidosamente a los feroces animales. Era un

escalofriante espectáculo presenciar cómo abrían sus fauces bajo los pies de Lange intentando cazar en el aire los ensangrentados trozos, por lo general de ganado vacuno, que les lanzaba siempre a un mismo lugar para provocar que las fieras se pelearan entre sí.

Este cuadro sobrecogedor era seguido cada día por centenares de visitantes que lo immortalizaban con sus cámaras digitales; turistas llegados desde todas las latitudes que convertían la reserva en una feria de mestizajes variopintos y multicolores, destacando sobre todo familias al completo, grupos de escolares y jubilados, así como manadas de turistas japoneses.

Willy dejaba siempre para el final el trozo más grande de carne y, antes de lanzárselo a los inquietos reptiles, los provocaba bamboleando la comida a escasos centímetros de sus colmillos, largos, ensalivados y afilados como machetes.

Y fue en ese momento cumbre del *show* cuando su semblante se descompuso en un gesto, primero de sorpresa y, luego, de dolor. Sus fuerzas se aflojaron, el trozo de carne cayó al foso y, de inmediato, su cuerpo perdió el equilibrio. Intentó con desesperación no perder la verticalidad manoteando en el aire, pero algunos instantes después se desplomó con un grito aterrador sobre cuatro caimanes que en esos instantes se disputaban ferozmente la paleta de un búfalo.

Los espectadores, por unos segundos, comenzaron a aplaudir sobrecogidos creyendo que se trataba de parte del espectáculo. Sin embargo, cuando vieron cómo uno de los cocodrilos le arrancaba una pierna y otro engullía su cabeza, comenzaron a gritar en busca de una ayuda que desconocían de dónde podría llegar.

Ocurrió todo tan rápido que, cuando arribaron los empleados de la reserva, Willy Lange era ya un cuerpo muerto y desestructurado; parecía un puzle macabro de trozos sanguinolentos que flotaban en las bocas de los siempre hambrientos cocodrilos.

Richard Parker, tras efectuar el certero disparo desde una pequeña colina situada a unos ciento veinte metros, corrió a esconderse detrás de unos matorrales donde desmontó en siete segundos su rifle de mira telescópica con silenciador. Había sido una acción impecable que resolvía de manera expeditiva el problema planteado de forma inesperada, dos días antes, por el hijo de Linda Lange.

Cuatro horas y media más tarde, partía desde el aeropuerto de Manaus con destino a Nueva York.

5

—¿De verdad, de verdad esto es Estados Unidos...?

La pregunta la formulaba Foster admirando la explosión de luz, color, latinidad y borbotones de vida festiva que exhalaba la intensa y húmeda noche de Miami. Unfascinante espectáculo atestado de neones epilépticos que los dos investigadores cruzaban en un descomunal “carro” alquilado, un *Chrysler 300*, por el inigualable distrito Art Decó; delimitado por Lincoln Road, Sixth Street, Ocean Drive y Alton Road, la zona incluye una amplia y variada muestra del citado movimiento arquitectónico del siglo XX, un collage urbanístico donde se mezclan auténticas obras de arte con espeluznantes memoriales *kitsch*.

Se habían hospedado en el mismo hotel, el Royal Palm, en el 1545 de la espectacular Collins Avenue, área de South Beach, con impresionantes vistas al Atlántico y acceso directo a una magnífica playa. Sin embargo, Dan y Olivia habían llegado en aviones diferentes, contrataron habitaciones separadas y, además, se inscribieron con nombres falsos; precauciones que perseguían dos objetivos muy claros: despistar a quienes se hallaban detrás del intento de secuestro y asesinato sufrido por Foster.

Tras recorrer Miami Beach cenaron en *El Trópico*, donde optaron por una degustación

gastronómica latina a base de pequeñas raciones de bacalao, gazpacho español, asado rioplatense, frijoles cubanos, guacamole y, de postre, frutas tropicales caramelizadas. Todas ellas regadas con varias jarras de cerveza, coronadas efímeramente con mechones de espuma rizada.

Después de la cena, abrazados como dos adolescentes enamorados, recalaron en varios establecimientos de copas donde se palpaba en toda su intensidad el hormiguero hispano que pululaba por la ciudad más famosa de Florida. Una síntesis perfecta de Centro y Sudamérica que, más que preguntar, hacía exclamar al escritor con los ojos deslumbrados por la lechosa luz de las miles de pantallas de plasma publicitarias:

—¿¡De verdad, de verdad, esto es Estados Unidos...!?

Protegida por una espectacular peluca rubia platino, Olivia sonreía ocultando los ojos tras una montura *fashion* con cristales sicodélicos; unas gafas con mil destellos por las que hubieran suspirado las enloquecidas vampiresas de los sofisticados años 20.

—Yo juraría que sí, pero no sé... La verdad es que aquí no habla inglés ni el mismísimo alcalde.

La babélica noche que desfilaba ante sus ojos era pura carnalidad, no sólo en hombres y mujeres, sino también en los olores que emanaban de los restaurantes, en la visceral música que vomitaban las puertas de las discotecas al abrirse y cerrarse y, sobre todo, en el ritmo dulzón y sensual que destilaban los mil clubes caribeños.

Su periplo de zumos, ron y tequila finalizó en el *Tropical café*, donde Foster intentó enseñar a Olivia a bailar boleros. Lo único que aprendió la joven norteamericana fue a colgarse de su cuello, a besarlo y a devolver las embestidas que recibía de su bajo vientre.

La larga noche de alcohol y ruido culminó en una fogosa madrugada de amor sobre la tibia arena de la playa, donde las apacibles olas que llegaban hasta sus pies, al ver a los dos amantes, parecían retroceder con discreción y rapidez para no turbar su intimidad.

Al día siguiente, hacia la una del mediodía, subieron al *Chrysler 300* y se dirigieron a Islamorada, uno de los cayos más visitados de Florida. A las dos y media estaban sentados en una mesa del restaurante *Island Grill*, donde habían quedado citados para almorzar con Lewis Cameron, pareja de James Morandi, la cuarta víctima del *Vóltrax*.

Cinco minutos más tarde aparecía un septuagenario de estatura mediana, manos gruesas como sapos y brazos fofos, rostro de piel ofidia y un discreto peluquín de color leonado cubriendo dudosamente su calvicie. Nacido en un pequeño pueblo cercano a Great Falls, Montana, de donde salió siendo un adolescente huyendo de unos padres que no aceptaban su condición sexual, había vivido en el estado de Texas trabajando como peluquero de señoras hasta que conoció a Morandi, del que se enamoró con locura y decidió seguirle a Miami donde éste residía habitualmente.

—James... —sele quebró la voz y anduvo presto para reprimir un ataque de lágrimas—, James... era maravilloso. Nos costó mucho llegar a vivir juntos, ya saben, entonces andaban muy mal vistas las parejas gay... Era un amor, un gran amor en la oscuridad. Nos veíamos a escondidas de amigos, de familia, de todos... Era doloroso, sí, pero al mismo tiempo encerraba todo el morbo del mundo.

James Morandi había nacido en West Palm Beach. Su padre, un emigrante italiano, oriundo de un pueblo piamontés, poseía un taller de pirotecnia y en él se familiarizó con la pólvora y todas las virtualidades que ésta encerraba, de manera especial el desarrollo creativo de fuegos artificiales. A los veintidós años decidió abrir otros caminos en su vida y puso sus ojos en Hollywood, soñando con llegar a ser un gran actor. Se veía de galán, a lo Clark Gable, enamorando no a chicas, sino a chicos. A James Dean, a Rock Hudson, a Víctor Mature... Esta burbuja soñadora estalló cuando se dio de bruces con la realidad. Sus intentos de actor no pasaron de papelititos fugaces

de figurante, salvo una vez que gritaba “mátame” en un western, en el minuto cuatro de la película, y como lo asesinaban desaparecía durante el resto del film.

—No triunfó como actor, pero sí alcanzó una gran reputación profesional como técnico. Dominaba muy bien los secretos de la pólvora y pronto se granjeó fama como experto en efectos especiales, sobre todo en explosiones y las consiguientes hemorragias que las heridas originaban en los cuerpos de los actores. Durante su mejor época le llegaron a contratar en un año, en el 63 en concreto, para veintitrés películas. Lo recuerdo perfectamente porque fue el año que nos conocimos en Texas, en un club gay de las afueras de Fort Worth llamado *Mykonos*, tomando un *Banana Daiquiri* tras otro hasta las tres de la mañana... ¡Nunca, nunca olvidaré aquella noche! ¡James encendió en mi vida todas las luces del paraíso!

Lewis Cameron se pasó hablando toda la comida de su historia de amor con Morandi. Respondía a las preguntas que le formulaban tanto Olivia como Dan, pero de manera inevitable volvía a su vida amorosa. A los postres, el escritor y la agente de la CIA le plantearon dos temas que ya habían tocado con Howard Ritt, el marido de la tercera víctima.

—Para terminar, señor Cameron... ¿Recibieron ustedes, o mejor... recibió James pocos días antes de fallecer la visita de algún amigo al que no veía desde hacía tiempo?

Un relámpago de sorpresa, seguido de otro de ira, cruzaron de arriba abajo por el hasta entonces apacible semblante del anciano. Los dos investigadores se dieron cuenta del impacto emocional y cruzaron una rápida mirada. Lewis recompuso la figura al tiempo que desde una expresión de desagrado encadenaba a otra de gran curiosidad.

—¿Cómo saben ustedes... que tuvo una visita?

—Otras personas fallecidas por el mismo virus también la recibieron —le explicó Foster, para después añadir—: ¿Era un hombre cercano a los ochenta años, alto, de piel muy pálida pero con los pómulos rojos, y con una pequeña cicatriz en el labio?

—¡Justo! ¡Ese individuo, ese maldito individuo —se quejó con furia apenas contenida— es el causante de los únicos disgustos que James y yo tuvimos durante nuestra maravillosa historia de amor!

—¿Podemos... saber por qué? —indagó Olivia tras otra rápida mirada a Dan.

—¡Nunca me quisieron decir por qué eran tan amigos...! ¡Yo creo que fueron novios antes de conocerme a mí, y tengo la sospecha de que James me fue infiel con él! —se lamentó con una extraña aleación de despecho, celos y dolor.

—Señor Cameron... ¿Recuerda si ese amigo de James le hizo algún regalo la última vez que se vieron?

La pregunta del escritor encerraba una intencionalidad concreta, pero su interlocutor la interpretó desde su paranoia celosa y de nuevo el miedo y la indignación acentuaron su inestabilidad psicológica.

—¿Que le hizo un regalo? ¿Un regalo además del dinero!?

En ese momento, el *maître*, un cincuentón de piel macilenta y gafas de montura Carey, se acercó a la mesa y preguntó:

—Perdonen, ¿es de ustedes un *Chrysler 300* de color azul claro?

—Sí. ¿Estorba?

—Está aparcado delante de la puerta del almacén y...

—Lo siento. Ahora mismo lo quito —se excusó Dan al tiempo que efectuaba ademán de levantarse.

—Si me permite, señor, yo mismo puedo cambiarlo de sitio. No se moleste.

—Como quiera. Espere, a ver dónde tengo la llave...

Cuando se marchó el *maître*, Lewis Cameron, dominando a duras penas el aguijón de los celos que le hacía temblar visiblemente las pilosas aletas de la nariz, insistió en el tema.

—¿¡Qué regalo le hizo!? ¿¡Qué saben ustedes!?

—Bueno, la verdad es que no estamos hablando de ningún regalo, digamos, sentimental... —le explicó el escritor— Me refería a una cosa en concreto... Unas ampollas, o algo así, contra el envejecimiento.

La aclaración rebajó bastantes grados la tensión del semblante del anciano enamorado.

—Ah, bueno..., sí. Le trajo una caja de antioxidantes... Siempre lo hacía. James se tomó una ampolla estando con él. A mí también me ofreció, pero yo no quise. Me molestaba mucho la presencia de ese hombre y lo que deseaba era que se fuera cuanto antes. Y además, yo no creo que esas ampo...

El ruido de una sobrecogedora explosión, junto con la fuerza de su onda expansiva, tremenda e incontenible, arrojó al suelo del local a clientes, empleados, decoración, vajillas, botellas y cristalerías. Inmediatamente, todo el restaurante se llenó de humo y gritos. Después de reponerse del susto inicial, presos aún de pánico y una vez incorporados, Dan y Olivia ayudaron a levantarse y a salir del local a Lewis Cameron. El anciano, empalidecido, los ojos desvariados y castañeteándole las mandíbulas, se había quedado sin habla y al borde de un ataque cardíaco.

Pasados los primeros minutos de inevitable desconcierto, y una vez que dejaron a su interlocutor algo más tranquilo sentado en un banco de un parque situado a unos cien metros del restaurante, los dos investigadores regresaron al epicentro de la explosión para intentar conocer su origen. El humo comenzaba ya a disiparse y pudieron observar que la deflagración había tenido lugar en el lateral derecho del edificio. La pared había quedado derruida por completo, justo donde se hallaba el parking y la puerta del almacén, dejando destrozados y cubiertos de cascotes un número indeterminado de coches, entre ellos el *Chrysler 300* que habían alquilado en Miami.

Poco después llegaban dos patrullas de la policía, otra de bomberos y varias ambulancias. Rápidamente, acordonaron la zona y alejaron a los clientes y curiosos que merodeaban por los alrededores, entre ellos Foster y la agente Perry, quienes volvieron al banco donde habían dejado al anciano. Aún se hallaba bajo el impacto emocional de la explosión y se ofrecieron a acompañarlo a su casa, situada apenas a doscientos metros del restaurante.

Cuando regresaron, quince minutos más tarde, el humo había desaparecido por completo y descubrieron con espanto que los bomberos estaban recogiendo entre los cascotes los restos de un cuerpo destrozado. Mientras contemplaban horrorizados la macabra escena, el cerebro de la agente de la CIA sufrió la primera punzada. Enseguida desechó la idea, pero a los pocos segundos ésta volvió a agujijonearle. A partir de aquel instante, toda su masa encefálica entró en ignición y comenzó a configurarse en ella, imparable, una inquietante sospecha.

—Dan... ¡Dan! —repitió elevando la voz presa de un indomable frenesí, ya que su compañero se hallaba examinando los destrozos unos metros más adelante.

—Dime —le contestó al tiempo que retrocedía hacia Olivia, ignorante aún de su alterada situación anímica.

—Piensa un poco... —intentó serenarse—. La explosión ha tenido lugar en la zona donde habíamos aparcado...

—Sí... —le confirmó el escritor, desconociendo aún el grado de nerviosismo que proliferaba por todo el cuerpo de su compañera.

—Más o menos dos minutos después de que le dieras la llave del coche al maître...

—... que puede ser la persona fallecida. ¡Hijos de puta! —bramó Foster subiéndose con rapidez al carro de las elucubraciones que Olivia había puesto en marcha.

—¡Y eso signi...!

—Significa —le pisó la palabra el escritor mientras le miraba a los ojos con intensidad, apretándole la mano para controlar el nerviosismo— que la explosión se ha producido

en nuestro coche... al ir *elmaître* cambiarlo de lugar.

Dan vio el miedo por vez primera en los azules ojos de Olivia, aunque sólo un segundo, ya que con inusitada rapidez el pánico de su compañera se metamorfoseó en indignación.

—¡Hay algo que no soporto, y es que me tomen por idiota!

6

Julius III, con los ojos cerrados y los labios apretados, golpeaba rítmicamente con los dedos sobre la mesa de caoba.

Frente a él, nerviosos, tensos, respirando con dificultad, experimentando incipientes síntomas de asfixia, se hallaban *Chaplin* y *Monty*.

Aparte de tocar las teclas de un piano inexistente, *Julius* exhibía una expresión de hielo. Ni el más mínimo movimiento de sus músculos faciales. Ni siquiera un parpadeo involuntario.

Los dos agentes de *Arcanum*, cada vez más recelosos, se mordían los labios, los humedecían con la lengua y respiraban con sonoridad para aliviar la tensión que combustionaba su ánimo.

—El montaje del secuestro del autor español fue perfecto... y os felicité en su momento. El aviso que le disteis en Richmond al tirotearlo en la calle no lo mejora nadie. Se creyó por completo que se había salvado por milímetros... Desoyó este aviso y, en consecuencia, había que quitarlo del medio...

El presidente abrió los ojos y taladró con una afilada mirada el rostro de sus dos colaboradores, sobrecogiéndolos aún más. Su iris parecía de cobalto, a punto de entrar en ignición, y su perímetro maxilar se había endurecido hasta ahuyentar de él cualquier tintura de glóbulos rojos.

—¡Inaceptable! ¡Un error radicalmente intolerable! —estalló— ¡Nunca pude imaginar en vosotros un fallo tan grave como el de ayer!

Después de estos reproches airados, volvió a su posición inicial: ojos cerrados y rítmico tamborileo con los dedos sobre la mesa. Opresivo, sádico, insoportable para *Monty* y *Chaplin*. Ambos intentaron cruzar una mirada de reojo, pero no lo consiguieron. No se atrevían a girar la cabeza por miedo a que su jefe abriera los ojos y los sorprendiera en dicha actitud.

—Creo... —Un retórico silencio de *Julius*— Creo que... os vendrían bien unas vacaciones... Habéis prestado muy buenos servicios al departamento, entre ellos la perfecta eliminación de la médica española... Pero ahora pienso que debéis tomaros... un descanso, un buen descanso.

Levantó de nuevo la enrojecida y venosa membrana de sus párpados. La mirada, sin perder la gelidez congénita que le caracterizaba, se había suavizado con una sonrisa más sardónica que compasiva.

—Ha sido... un fallo... Nuestro primer fallo —balbuceó *Monty*.

—Un fallo... —le contestó sin mirarle su inclemente jefe—. Un primer fallo... presupone otros fallos.

Nuevo silencio. Crecimiento de la angustia en los dos agentes. Gélido fruncimiento de labios de su superior.

—Os vais a ir unos días de vacaciones, los dos juntos, para que reflexionéis sobre el grave error que habéis cometido. La señorita Meredith os reservará hotel en algún lugar tranquilo. Cuando volváis, pasaréis un mes de reciclaje y, si luego os considero aptos, volveréis a trabajar en misiones especiales... ¿De acuerdo?

Ambos asintieron como autómatas y cruzaron una mirada de alivio, ahora sí, efectuando un giro de treinta grados con sus cabezas. Luego, devolvieron de nuevo los

ojos hacia el impenetrable semblante de su jefe.

—Bien, nada más. Podéis iros.

Chaplín Monty, al tiempo que el aire volvía a oxigenar sus pulmones, abandonaron presurosos el despacho mascullando un ininteligible saludo de despedida.

Julius III se quedó mirando la pesada puerta de seguridad durante treinta interminables segundos.

7

Olivia Perry aterrizó en el Dulles de Washington al atardecer y una hora y media después arribaba al cuartel general de la CIA en Langley. Subió a la cuarta planta del edificio nuevo, avanzó veinte metros por la galería central a paso rápido y entró en la antesala de la oficina de Bob Dugan, el director de la agencia. Melanie, su eficiente secretaria, intentó frenarla pero Olivia no se detuvo y, sin llamar, abrió con brusquedad la puerta del despacho del máximo responsable de la inteligencia norteamericana, su antiguo jefe en operaciones especiales. Dugan, sorprendido, y sobre todo observando el semblante de la agente Perry inflamado de ira, colgó el teléfono que empuñaba sin despedirse de su interlocutor. Rondaba los cincuenta y cinco años, cabello cortado a cepillo, ojos algo achinados, mirada de escorpión y rostro angulado por una incipiente papada.

—¿¡Qué coño está pasando, Bob!?

Dugan, más desconcertado aún con la pregunta-acusación, ordenó a la secretaria que cerrara la puerta. Tras respirar en profundidad y contar hasta cinco, como le enseñó su padre para cuando no entendiera una situación, le aconsejó:

—¿No crees que estarás mejor sentada, Olivia?

—¡No! ¡Estaré mucho peor!

—Vale, no te sientes... ¿Puedes explicar, sin gritos, qué te ocurre?

—¿Puedes tú explicarme, aunque sea con gritos, qué pasó ayer en Cayo Islamorada?

—¿Ayer...? ¿En Cayo Islamorada...? No sé lo que pasó. ¿Me lo quieres...? ¿Me lo puedes contar tú?

Podía constituir un acto de cinismo, pero no resultaba habitual en Dugan. Se le podía calificar de zorro, manipulador, intrigante, jugador de póker con cartas marcadas, pero no era un cínico. Por este motivo, la actitud inflamada de su subordinada bajó unos grados y se configuró un tenso silencio que Bob aprovechó.

—Insisto. Olivia. ¿No es mejor que te sientes y me cuentes por qué estás tan alterada? Te conozco bien, creo, y sé que debe haber un motivo muy poderoso para que te hayas presentado en mi despacho de forma, digamos..., tan poco delicada —La agente Perry dudó unos instantes, pero terminó tomando asiento y exhalando un ruidoso suspiro que alivió bastante su combustión interior—. ¿Qué ocurre...? ¿Qué te ocurre...?

A medida que la joven relataba lo sucedido el día anterior en el restaurante Island Grill de Islamorada, omitiendo la presencia y compañía del escritor español Dan Foster, el máximo mandatario de la inteligencia americana fue poco a poco arrugando su poblado entrecejo. Luego, sus labios se abrieron con lentitud hasta dibujar un óvalo de estupor.

—Olivia... —Rompió un reflexivo silencio diez segundos después de finalizar la joven su relato—, no tengo la menor idea de lo que me has contado. Te juro que la agencia no ha sido. Y, sobre todo, me duele, y mucho, que se te haya pasado por la cabeza la idea de que te hemos querido asesinar.

—Entonces, ¿quién? ¿El FBI?

—No lo sé, pero no te quepa la menor duda de que, si se trata de algún servicio oficial, voy a averiguarlo y a pedir la explicación correspondiente. Más me inclino a pensar, por lo que me has contado de esa médica española, que hay que buscar por el lado del

IORD... ¿Me dejas tres o cuatro horas para averiguarlo?

Olivia, más calmada, asintió con la cabeza antes de hacerlo con los labios.

—De acuerdo, Bob... Y perdona, pero ponte en mi lugar... Estoy aquí viva de puro milagro.

—En la CIA, es cierto, no somos unos angelitos con alas de algodón, pero no matamos a los nuestros.

Dugan se levantó, acto que imitó instintivamente su subordinada.

—¡Bueno...! —A la agente Perry se le escapó un elocuente gesto de poner en duda las palabras de su jefe.

—A no ser que se porten mal, muy mal— aclaró Bob con una sonrisa envuelta en el celofán de una siniestra sonrisa—. Pero ése, querida, no es tu caso.

—De acuerdo. Y perdona de nuevo mi actitud. Llámame cuando sepas algo.

No fueron cuatro horas ni cinco, sino dieciséis. A la mañana siguiente, una llamada de Dugan la despertaba pidiéndole que se presentara cuanto antes en su despacho. Veinte minutos más tarde la agente Perry salía del garaje de su casa, en Wyoming Avenue, casi esquina con Columbia Road, en el mismo Langley, y en un cuarto de hora se encontraba sentada frente al, ahora, distante, sombrío estaba sentada frente al, ahora, sombr _____, en el mismo, Langley, y un cuarto de hora después asesinar.

XXXXXXXXXXXXXy huido semblante de su jefe.

—Cuatro cosas, Olivia... Te confirmo que la agencia no está detrás de la explosión en el restaurante Island Grill de Islamorada. Segunda, desde este momento queda cancelada la misión que te han encargado en Operaciones Especiales. Es decir, nos olvidamos de averiguar quién está utilizando el *Vóltrax* para qué. En tercer lugar, no me hagas ninguna pregunta relacionada con esta decisión... ¿Ok?

Bob efectuó una leve pausa para tragar saliva y, también, para atisbar cómo encajaba la agente Perry las tres órdenes anteriores. El contorno facial de ésta parecía una inmutable mascarilla de cera. Sólo sus labios, ante la prolongación excesiva de la pausa, susurraron apenas.

—¿Y la cuarta?

—La última es un consejo. Parece ser que durante la investigación de las víctimas del virus has hecho un... buen amigo... Un escritor español que también está interesado en ellas, y del que ayer no me comentaste nada.

—Creí que no era el momento de hacerlo... Entre otras cosas, porque su interés en este tema está plenamente justificado. Más aún, el haber unificado sus datos con los míos puede hacer que se resuelva el misterio en menos tiempo.

—No hay ningún misterio ni ningún plazo, Olivia. El caso *Vóltrax* ya no existe para ti, ni para la agencia. ¿Queda claro?

—No entiendo nada, pero si tú lo dices...

—Bien, vuelvo al consejo que quería darte. Si ese escritor significa algo en tu vida, ¿me entiendes, verdad?, recoméndale que se olvide de investigar las muertes causadas por el virus. Si continúa indagando, lo matarán. Primero le dieron un aviso, creo que en Richmond, y luego han fallado una vez. Pero te aseguro que no cometerán un segundo error.

—Bob... ¿quién está detrás de todo este asunto? —le planteó la agente sin rodeos.

—Te dije que no me preguntaras nada... y déjame que insista: si ese individuo, ese Foster, significa algo para ti, apártalo de la investigación. Si no lo hace, si persiste..., es hombre muerto.

Nada más abandonar el despacho del director de la CIA, Olivia se encaminó de prisa al departamento de Asuntos Internos para hablar con su máximo responsable, con quien había convivido hasta hacía apenas un año.

Charles Williams rondaba los cuarenta y cinco años, alto y bien parecido gracias a un

rostro muy marcado por la prominencia de sus pómulos y su mandíbula. Sus ojos marrones, parapetados detrás de unas gafas con cristales al aire, parecían dos afilados estiletes acostumbrados a hurgar en los semblantes de los continuos interlocutores que pasaban por su departamento, tanto para recabar órdenes como para transmitirle informaciones.

—Sé, exactamente, lo que tú sabes —le espetó nada más verla entrar en su despacho, donde se hallaba sentado tras una amplia mesa de cristal sostenida por cuatro columnas torneadas de mármol travertino—. Cuando me ha contado Dugan el tema, no he logrado sacarle quién está detrás del atentado.

—¿En quién debemos pensar...? ¿Alguien de Defensa..., de la Casa Blanca...? —elucubró la joven agente mientras tomaba asiento frente a su ex compañero sentimental.

—No lo sé, pero la orden ha sido fulminante y ha llegado de muy arriba. Nos tenemos que olvidar todos del asunto del *Vóltrax*.

—¿Olvidarnos habiendo asesinado, que sepamos, a seis personas e intentado matar a dos más?

—Precisamente por eso.

—Charles... ¿Lo estás diciendo en serio?

—Durante unos días, sí.

—¿Qué quieres decir?

—Que me dejes tiempo para que olfatee un poco a ver de dónde vienen los... malos olores.

—Ya... ¿Pero aqué te huele, así a primera vista...?

—No huelo nada, y eso es lo peor porque no sé a qué atenerme. Si intuyera algo, sabría por dónde seguir husmeando. Es todo muy raro... Mucho...

El repique de uno de los varios teléfonos que Williams tenía sobre la mesa quebró la indecisa pausa en la que quedaron varados ambos personajes.

—Dime... Sí, está aquí...—Se apartó unos centímetros el auricular para preguntar a Olivia si la semana anterior había enviado un medicamento al laboratorio para ser analizado. La agente asintió con la cabeza al tiempo que alargaba la mano para coger el teléfono—. Rocky, te la paso.

La ampolla que les entregó Howard Ritt en Richmond era enteramente inocua. Se trataba de un simple antioxidante a base de resveratrol, molécula que retrasa el envejecimiento celular, uno de los numerosos productos contra el envejecimiento existentes en el mercado.

Se desvanecía la sospecha de que las víctimas hubieran contraído el virus al tomar el *Longlife-100*.

8

Richard Parker salió de su casa en la universitaria Princeton y comenzó su paseo diario por las arboladas avenidas de la urbanización *Green Moon*. Le acompañaba su inseparable *Nina*, la perrita con la que casi siempre terminaba jugando en una pradera cercana a su vivienda, lanzándole un hueso de goma cada vez más alto para contemplar cómo lo apresaba con los colmillos antes de caer al suelo. No caminaba muy de prisa, aunque sí mantenía siempre el mismo ritmo. Así evitaba que se acentuara el cansancio que había comenzado a frenar sus articulaciones a raíz de caer enfermo.

Tras desayunar, leer la prensa y abrir la correspondencia telefoneó a su hija como hacía cada día para comunicarle que “estaba bien”, bajando luego al espacioso despacho del sótano donde se hallaban todos los recuerdos de su vida. Al llegar a la mesa de

trabajo, recorrió el cerrojito que había en el asiento, levantó la tapa y extrajo la vetusta carpeta que guardaba dos ajados cuadernos en su interior.

Una vez acomodado sobre el sillón, con *Nina* tendida a sus pies bajo la mesa, abrió la libreta de color azul en cuya portada tenía dibujada una gran "J". A continuación buscó la lista de veintiséis nombres y trazó dos rayas con un rotulador rojo sobre el único que no estaba tachado: Willy Lange. Por último fue a la hoja de su historial y, al final de la página, consignó la fecha de su muerte en Manaos con números romanos.

Regresó a la segunda hoja, la que contenía la lista, y fue leyendo despacio todos los nombres por el orden en el que estaban. Cada uno le traía un recuerdo, un rostro, una función, un hecho, un diálogo, un lugar... Terminada esta pausada y nostálgica lectura, cerró el bloc y lo sujetó con dos gomas elásticas, una en la parte de arriba y otra en la zona inferior, devolviéndolo posteriormente a la deslustrada carpeta de la que lo había sacado.

Tomó luego el cuaderno azul, el que tenía una "N" en la portada. Lo abrió por la página donde había otra lista, ésta sólo con dieciséis nombres de los que doce estaban ya tachados. Quedaban cuatro sin rayar. El primero de ellos pertenecía a una mujer: Hillary Sontag.

Seis minutos más tarde la tenía al teléfono.

—¡Qué alegría, Richard!

—¿Cómo andas con tus achaques?

—Como siempre. Unos días mejor, y otros peor. ¿Y tú, qué tal?

—Bien, bastante bien. Oye, Hillary. Voy a estar el próximo fin de semana en San Francisco. ¿Podría ir a visitarte?

—¡Cómo no! ¡Me dará mucha alegría verte! ¿Cuándo? ¿El sábado o el domingo?

—¿Te parece bien el sábado..., sobre las cinco?

—Estupendo. Haré el pastel de manzana que tanto te gustó la última vez que viniste.

—Eso está muy bien. Un beso, Hillary, y hasta el sábado.

A continuación marcaba el número de Brian Nelson, el segundo de la lista, quien vivía en el pueblo californiano de Sausalito, en plena bahía de San Francisco

—¿Brian...? Parker, Richard Parker.

—¡Hombre, Richard, cuánto tiempo sin oírte! ¡Ya te echaba yo en falta!

—¿Cómo estás?

—En mi silla de ruedas, como la última vez que nos vimos, pero con el corazón como el motor de un Fórmula 1.

—Me alegro. Yo me encuentro bastante peor que tú. Pero bueno, ya sabes, la edad...

—¿No andarás por aquí, por California?

—Todavía no, pero voy a ir muy pronto. Precisamente por eso te llamo. ¿Quieres que nos veamos... el próximo domingo? ¿Estarás en casa al mediodía?

—Estoy a todas horas. Con la silla de ruedas, te puedes imaginar, no puedo ir muy lejos.

—Bien, te llamo el sábado para concretar la hora.

—Ok. Pero vente con tiempo, que ya sabes cuánto disfruto hablando contigo.

—No te preocupes, tendremos toda la tarde para nosotros. ¿Qué tal Mary?

—A pesar de sus achaques, estupenda. Y me cuida de maravilla.

El tercero de los cuatro nombres sin tachar pertenecía a Ruth Anderson y tenía su residencia en la playa de Santa Mónica. En realidad, había vivido allí hasta principios de año en que falleció víctima de una crisis cardiaca, según le informó un hijo suyo. Parker se sintió muy apenado en el tono de voz pero, en realidad, su rostro se iluminó con una mueca de satisfacción cuando, nada más colgar, empuñó un rotulador y tachó su nombre de la lista.

Quedaba el último, el más problemático, el más peligroso: Paul Wagner. Su caso necesitaba un tratamiento especial, un plan individualizado que debería estudiar

meticulosamente para escapar del chantaje al que le venía sometiendo desde hacía cuatro años. En parte se alegraba ya que tenía ganas, muchas ganas, de ajustar cuentas con él.

Por fin había llegado ese momento.

9

A la cuarta llamada y cuarta discusión por teléfono, Olivia Perry decidió coger un avión y volar a Nueva York, a donde Foster se había trasladado desde Miami tras el atentado en el restaurante Island Grill.

—¡Me importa un cuerno la CIA, me importa un pimiento la tía de la doctora Serra, me importan un pito las cinco víctimas! ¡Me importas tú! ¿Te enteras? —le espetó segundos después de presentarse sin avisarle en la habitación de su hotel.

A renglón seguidorompió a llorar presa de un ataque de histeria y cayó en brazos de Dan, aferrándose a su cuerpo como el náufrago a su tabla de salvación en un mar embravecido. Cuando las convulsiones del llanto empezaron a amainar, el escritor buscó sus labios y comenzó a besarla, primero con suavidad y a continuación con fuerza hasta que sus bocas se adhirieron como dos ventosas enfebrecidas.

Algún tiempo después, más calmada, tomando a pequeños sorbos una humeante infusión de tila que le había subido un auxiliar de habitaciones, Dan intentó razonar con ella la situación.

—Bien, no es la CIA, y probablemente tampoco el FBI. El IORD, y cuando digo el IORD me estoy refiriendo al doctor Lancaster, no creo que esté capacitado para haberme tenido controlado en todo momento y haber planificado los atentados... ¿De acuerdo hasta aquí?

La joven agente, aún con expresión famélica, asintió con la cabeza mientras se limpiaba con un pañuelo de celulosa restos de mucosidad nasal.

—Entonces... debemos deducir que la orden imperativa que has recibido de tu jefe proviene de una instancia muy superior... ¿Correcto?

—Es la hipótesis de Charles.

—Soy escritor y puede que mi imaginación me esté jugando una mala pasada y me lleve a errar el tiro en lo que te voy a decir... El asesinato, el presunto asesinato de seis personas por el *Vóltrax*, tiene que estar motivado por algo muy, muy importante. Lo prueba el hecho de haber sido planificado por instancias que escapan al control de la CIA.

Foster paseaba de una pared a otra de la habitación muy concentrado en la elaboración de sus raciocinios, aunque buscando siempre el rostro de Olivia cada vez que urdía una elucubración para ver si la aprobaba o la rechazaba.

—Más claro, Olivia... Estoy convencido de que hemos pisado un terreno que sobrepasa con creces un *affaire* más o menos turbio. Hemos pisado, con toda seguridad, un secreto de estado.

—Es posible que lleves razón... Más aún, llevas razón... Debemos estar cerca de un secreto de estado. Pero no es el típico secreto de un arma nueva, una operación desestabilizadora en un país islámico o algún plan contra el narcotráfico. Por todo lo ocurrido, tiene que ser algo... más importante.

—¡Mejor me lo pones para seguir investigando! —le cortó un Dan efervescente— ¡Por favor, no me pidas que me olvide del asunto!

Olivia cerró los ojos y la tristeza se abatió de nuevo sobre su hermoso semblante, convirtiéndolo otra vez en la viva imagen del dolor. Permaneció así casi un minuto y, al abrirlos, las lágrimas volvieron a aparecer con gran fluidez. Foster la abrazó con fuerza intentando en vano tranquilizarla.

—¡Por favor, no llores!

—¡Te van a matar, van a por ti! ¡Vete, por favor, déjalo! —estalló angustiada—. ¡Sé lo que te estoy diciendo! ¡Tu vida vale mucho más que el mayor secreto de estado que pueda existir! Al menos para mí.

Hablaron durante toda la tarde y poco antes de la cena llegaron a un acuerdo. Foster regresaría a España al día siguiente por un tiempo más o menos indefinido, tres o cuatro meses, el suficiente para que quienes estaban intentando eliminarle le perdieran la pista y se convencieran de que había abandonado la investigación. Luego, volverían a verse para replantear el tema y decidir el rumbo a tomar.

Durmieron juntos y, a la mañana siguiente, se despidieron con un largo beso, convulsionado por el inevitable llanto de Olivia ante la inminente e incierta separación.

—Te quiero.—le confesó Olivia mirándolo a los ojos con el brillo inoxidable del amor—. A algún hombre le he dicho antes “me gustas”, “me atraes”... Pero a nadie le había dicho hasta ahora “te quiero”... Te quiero mucho, Dan.

Un nuevo beso, el enésimo. El rostro del escritor se empapó con las cálidas lágrimas, ahora mansas y resignadas, de la joven.

—¿Y tú, me quieres...? Nunca me lo has dicho —le reprochó ella con dolorida dulzura.

—Cariño, tengo que quererte mucho, muchísimo, para abandonar por ti una historia por la que daría media vida... ¿Te parece poco este acto de amor?

10

Desayunaron opíparamente en el buffet del hotel Relais Maresca, en la isla italiana de Capri, muy cercana a Nápoles. Luego *Monty* y *Chaplin* cogieron sus aperos de pesca, una cesta de picnic, libros y un diario norteamericano, y se encaminaron hacia el embarcadero del club náutico. Les esperaba, como los dos días anteriores, un fueraborda de pequeñas dimensiones, suficiente para alejarse unos centenares de metros de la costa y entregarse a la práctica de su deporte favorito.

Habían alquilado la embarcación por una semana, beneficiándose así de una reducción en el precio de un treinta por ciento. Los dos días primeros habían pescado varios pulpos, corvas, sarguitos y, sobre todo, descansaron del estrés acumulado durante su última misión; un trabajo exitoso en su primera parte, el secuestro del escritor español Dan Foster para tenerlo controlado y el posterior tiroteo para ahuyentarlo, y fallido luego en el intento de eliminarlo en el restaurante de Islamorada.

Monty solía pasarse las horas muertas mirando el mar en espera de que picara el anzuelo algún pez por pequeño que fuera. Mientras, *Chaplin* aprovechaba el tiempo de espera para leer *The New York Times*, luego, seguir devorando la última novela de Ruth Rendell, su autora policíaca favorita.

La secretaria de *Julius* *Illies* había dado a elegir entre Capri, Mar del Plata e Ibiza, y ellos habían optado por la isla italiana, un auténtico mito como paraíso del turismo europeo de la jet-set. Por ella habían desfilado visitantes tan ilustres en el pasado como María Callas, Brigitte Bardot, Onassis, Jackie Kennedy o Grace Kelly, hoy sustituidos por top-models, celebridades de todas las artes y efímeros ídolos del cine y la televisión.

El mar de junio estaba en calma. Gracias a una temperatura casi agosteña, los visitantes poblaban las playas tostándose en las hamacas, se bañaban en las proximidades de la fina y arrubada arena, o bien comían y bebían arremolinados en torno a algún chiringuito.

Al llegar a su destino, los dos americanos prepararon las cañas, clavaron la carnada en los anzuelos, lombrices rojas, y los lanzaron al agua. Y a esperar. *Monty*, observando con fijeza las mansas olas convertidas en fulgentes espejos del azul

mediterráneo. *Chaplin*, consultando en el *Times* las cotizaciones de Wall Street, sobre todo las acciones de Google donde tenía invertida una gran parte de sus ahorros. Y ambos agradeciendo en su interior que Julius les hubiera proporcionado aquel placentero viaje de descanso.

La explosión se escuchó en todo el golfo de Nápoles. El descomunal trueno atrajo las miradas, tanto de los turistas como de los vecinos de la cosmopolita Capri. Todos pudieron ver cómo se levantaba en el mar un obelisco de fuego envuelto en humo negro, mientras a su alrededor revoloteaban los restos de una embarcación mezclados con los destrozados cuerpos de dos seres humanos.

Julius III no toleraba un solo error.

11

El veintiuno de junio, nada más llegar a Barcelona y abrazar a su madre, el escritor se reunió con Lola Portal en su despacho de la editorial Diamante.

—¿Qué crees que puede ser? —se interesó la editora tras finalizar Foster la narración de los últimos acontecimientos, de los que silenció su relación amorosa con la agente de la CIA.

—Ni idea, pero no me cabe la menor duda de que estamos ante algo importante, mucho más que importante. Mi olfato me lo dice cada minuto.

—Sea lo que sea, hazle caso a esa chica y olvídate de Estados Unidos. Pero no para unos meses. Olvídate para siempre. Lamentaré mucho no conocer qué le ocurrió a mi sobrina, pero no vuelvas a tentar a la suerte. Por favor.

—¿Y el libro?

—¡Al diablo ese libro! Y también el de los asesinatos múltiples. Si vuelves a seguir documentándote sobre ellos, pensarán que continúas con la investigación de Nuria y estarías en peligro de nuevo.

—Entonces, ¿aqué me dedico? ¿Escribo un cuentecito para niños?

—Si es bueno, ¿por qué no?

—¡No me jodas, Lola!

—¡Quémás quisiera yo! —Suspiró la editora despertando una sonrisa en el escritor— Bueno, ¿en qué otros temas podemos pensar?

—No sé. Déjame un tiempo. Te comenté un día que la muerte de Diana de Gales podría haber sido un asesinato.

—Esa hipótesis no es novedosa. Se ha hablado y escrito mucho sobre ella.

—Ya lo sé... No es original la idea de una posible conspiración del palacio de Windsor y el servicio secreto británico. Pero sí sería un bombazo que detrás de la muerte de la princesa Diana estuviera algo así como una Internacional Asesina de la prensa del corazón, que también podría hallarse detrás de otras muertes de personajes populares. Por ejemplo, la de Michael Jackson.

—¿A qué te refieres?

—La muerte de los famosos proporciona muy buenos dividendos a la prensa rosa y a los programas televisivos del corazón. Detrás de este género periodístico existe un fabuloso negocio. Muchos miles de millones. Así que, entre más personas populares mueran, más ejemplares se venden y más se ven esos programas. ¿Comprendes...?

—No está mal la idea... Si puedes probar la existencia de esa Internacional Asesina de famosos, podría ser un buen *best-seller*—diagnosticó la editora después de unos segundos de reflexión.

—¡Te ha gustado, eh!

—Tómame unos días de descanso para reflexionar. Estudia ésa y otras ideas, y decidimos a final de mes. ¿Te parece?

—De momento, me parece.

Ya en la puerta del despacho, con el pomo en la mano, Lola lo miró a los ojos con descaro enarbolando una sonrisa a media asta.

—Una curiosidad femenina...

Foster arrugó el entrecejo por la frase y la expresión, entre provocativa y suspicaz, de la editora.

—¡Uff, peligro! A ver esa curiosidad...

—¿Te has acostado muchas veces con ella?

—¿Acostarme? ¿Con quién? —fingió muy mal.

—Me gustaría que se te metiera en la cabeza una cosa, Dan. Yo financio tus libros, pero no tengo ningún interés en financiar tus polvos. Por muy buenos que sean, que lo son, y yo puedo dar fe de ello.

El escritor sonrió ampliamente para desactivar el inesperado ataque de celos de su editora.

—Todas dicen lo mismo.

—¿Qué dicen?

—Que son muy buenos... mis polvos.

—¡Que cabrón eres!

Antes de ponerse a pensar en temas para un nuevo libro, Foster decidió estudiar todo el material recopilado en sus visitas a los familiares de cuatro de las cinco víctimas del *Vóltrax*. Con toda probabilidad no serviría para descifrar el misterio que encerraban sus muertes, pero al menos tendría controlados los datos por si alguna vez, como estaba en su ánimo, reactivaba la investigación.

Le llevó nueve días resumir los hechos más relevantes de los finados, tanto los contenidos en su cuaderno de notas como, sobre todo, los recogidos en las grabaciones de las diversas entrevistas. Luego tardó cuatro más en introducir todos los acontecimientos relevantes en un programa de ordenador, el *Crux*, un software que le permitiría establecer todo tipo de variables y asociaciones de fechas, lugares, oficios, viajes, nombres propios, parentescos y aficiones de las cuatro personas fallecidas.

Una vez desmenuzado y alojado en el citado programa todo el material de la investigación, no resistió la tentación de estudiarlo. Fueron muchas las horas que permaneció sentado frente a la pantalla de su portátil cruzando y cruzando datos. Ninguno de ellos unía a las cuatro víctimas del virus. Lo más aproximado que encontró, después de casi cuatro días de trabajo, fue que tres de ellas, Alex Bundy, Martha Ritt y James Morandi, habían vivido en el estado de Texas en algún momento de sus vidas. Sin embargo, este dato no aparecía para nada en la biografía de Louis Troy. Pero dado que era lo único positivo que tenía, se centró en “jugar” con la localización “Texas”.

Dos días más tarde, cuando su optimismo casi crónico empezaba a decaer creyendo que todo el trabajo había resultado inútil, un año concreto, repetido varias veces en las biografías, comenzó a aparecer unido a la citada localización geográfica: 1963. Una fecha que también adquiriría cierta relevancia en la vida del doctor Troy.

Veinticuatro horas después, harto de cruzar datos, el desaliento volvió a clavar sus afiladas uñas en el estado psicológico del escritor. “Texas” y “1963” parecían un estéril fruto de la casualidad. Sin embargo, fiel al lema de no darse por vencido ante nada, continuó jugando con el *sudoku* que tenía en la pantalla. Bien entrada la madrugada, con cuatro *gin-tonic* de *Beefeater-Nord*icen el cuerpo, y a pesar de estar mareado casi por completo, en su ánimo sonó un potente gong que le encendió todas las luces del cerebro: acaba de detectar que un mes, asociado al citado año, se repetía de vez en cuando en las entrevistas: Noviembre.

—¡Joder!

Este nuevo descubrimiento le hizo seguir adelante espoleado por una efervescencia inusitada. El triángulo, “Texas-1963-Noviembre”, resultaba significativo pero no

concluyente en una única dirección.

Determinante fue descubrir que al menos tres de las cuatro víctimas del virus asesino coincidieron en noviembre de 1963 en una ciudad de Texas cuyo nombre sí resultaba sumamente llamativo. Tan esclarecedor que su corazón comenzó a galopar desbocado dentro de su pecho llevando sobre la grupa una sospecha realmente espectacular.

—¡No puede ser...! ¡No puede ser...! ¡No puede ser...! —repetía sin parar dando vueltas y más vueltas por el despacho, desestructurado emocionalmente por un frenesí incontenible.

12

El teléfono de Olivia sonó justo en el momento que retiraba el edredón de colores geometrizados para meterse entre las sábanas. Observó en la pantalla quién le llamaba a las doce menos cuarto de la noche y, aunque no era una hora habitual, tampoco le extrañó demasiado.

—Dime, Bob... Me iba a acostar... ¿Cómo...? ¿Ahora...? —Arrugó el entrecejo prensándolo por la sorpresa— De acuerdo... Estaré abajo.

A las doce y diez, un Bentley oscuro se detenía frente al portal del edificio de apartamentos de Wyoming Avenue donde vivía Olivia Perry. La puerta trasera derecha se abría y la agente subía al vehículo donde le esperaba Bob Dugan, el director general de la CIA.

—Buenas noches.

—Hola, Olivia.

El tono cortante de voz de su jefe activó la alerta en el ánimo de la joven, hasta tal punto que se quedó muda y tuvieron que transcurrir bastantes segundos antes de atreverse a preguntar:

—¿Puedo... puedo saber a dónde vamos?

—Al Dulles. Nos esperan en Nueva York.

El avión, un Falcon 50, permanecía de guardia las veinticuatro horas en el citado aeropuerto por si algún dirigente de la agencia lo necesitaba. Tardó cuarenta y ocho minutos en aterrizar en el aeropuerto de La Guardia y durante el vuelo sólo hablaron de banalidades. Al bajar de la aeronave les esperaba una limusina de mediano tamaño color verde oscuro con los cristales opacos, tanto desde el exterior como desde el interior, y con la mampara de separación del habitáculo del conductor también opaca. Cuando el vehículo se puso en marcha, Dugan explicó con voz inexpresiva sin mirar un solo instante a Olivia.

—Vamos a una reunión en un organismo supersecreto que, por motivos de seguridad, ni yo sé dónde está con exactitud. Se le conoce por *Arcanum* la persona que lo preside, *Julius III*, por supuesto un nombre en clave, tiene poder absoluto sobre todos los demás servicios secretos del Estado.

—¿Sobre todos los...? —se extrañó la agente Perry ante tan insólita revelación.

—Ninguna pregunta —le cortó Bob en tono inequívocamente imperativo.

Unos veinte minutos después de haberse puesto en marcha la limusina y de haber transitado por varias calles, la joven agente detectó que el vehículo entraba en un garaje porque percibió que bajaban una rampa y al mismo tiempo se desvanecía el ruido del tráfico. Tras descender cinco plantas, el motor de la limusina se detuvo. Varios segundos de silencio y luego captó que la limusina se movía sobre una plataforma con un ruido similar al de una cinta transportadora, movimiento que debió durar en torno a tres minutos.

—Hemos llegado —comunicó Dugan en tono absolutamente lacónico al cesar el mencionado ruido.

Se apearon del automóvil en un recinto rectangular de unos cien metros cuadrados con tres puertas. Una, de seis metros de ancha, estaba dividida en dos grandes hojas que se movían sobre raíles. Resultaba fácil deducir que era el acceso por donde había penetrado la limusina sobre una plataforma móvil. Las otras dos correspondían, respectivamente, a un ascensor y a unas escaleras.

Bob y Olivia tomaron el elevador y, diez segundos después, les bajó a una amplia sala de espera cuadrada con dos sofás, uno enfrente del otro. Les aguardaba un fornido individuo de cabeza rapada, trajeado de manera impecable, quien tras un lacónico saludo les colocó a cada uno en la muñeca izquierda una pulsera electrónica flexible.

Las paredes de la sala se encontraban forradas de madera noble y había tres puertas; presumiblemente, dos facilitaban la entrada a sendos despachos ya que cada una poseía un rótulo con una letra mayúscula y un nombre. La tercera, acristalada, daba acceso a un pasillo.

La agente Perry tenía claro que se encontraban en el más profundo subsuelo. A pesar de la madera en las paredes, la mullida moqueta del suelo y la viva iluminación que pretendían dar confortabilidad a la lujosa estancia, se percibía una evidente sensación de búnker; sobre todo porque el silencio era absoluto: ningún ruido, ningún claxon lejano, ni el más mínimo murmullo.

Dugan se dirigió a una de las dos puertas, señalada en su parte superior con la letra "A"; debajo de ella se percibía el visor de una minicámara y un rótulo en letras plateadas: "Presidente". Pulsó un interruptor iluminado en rojo al tiempo que cuadraba su rostro con la pequeña cámara empotrada en la madera. Instantes más tarde, el interruptor mutó a verde y la puerta se abrió dando paso a una extensa antesala donde les esperaba un septuagenario de elevada estatura con el cuero cabelludo rayado por los escasos cabellos que conservaba. Usaba gafas de montura dorada y parecía muy atildado, tanto en su vestimenta, un traje azul marino con camisa blanca y corbata burdeos, como en sus modales casi cardenalicios, suaves pero fríos y distantes.

Tras cruzar la antesala, en realidad una secretaría, penetraron en un suntuoso despacho donde tomaron asiento en dos confortables sillones de terciopelo gris oscuro, situados frente a una mesa de raíz de olivo ocupada por *Julius III* y flanqueada por dos banderas de Estados Unidos. El imponente anciano observó a la agente con marcada intensidad durante unos segundos que a ella le parecieron interminables. Después pareció consultar con la mirada a Bob y, por fin, se decidió a hablar justo antes de que la creciente tensión traicionara a la agente.

—Señorita Perry, lamento haberla hecho venir desde Washington para algo que le podía haber dicho su jefe, el señor Dugan. Pero he querido hacerlo en persona para que tome conciencia de la importancia del problema en el que está metida.

La sangre comenzó agolpear las sienes de Olivia accionada por la turbina de un incontenible nerviosismo; la asfixia mordía sus pulmones y la amenaza de una lipotimia aleteaba por los aledaños de su presión arterial. Era la primera vez en su vida profesional que sufría un descontrol físico y anímico de aquel calibre.

—También he querido pedirle perdón personalmente por el, digamos, incidente del restaurante Island Grill en Cayo Islamorada... Si hubiéramos sabido que pertenecía usted a la agencia, ese incidente no habría tenido lugar. Se lo aseguro, es la primera vez en mi vida que he celebrado un fallo de mis hombres en su trabajo.

—Bien... —dio paso a un retórico silencio medido con precisión— Su amigo... Su íntimo amigo... Sabe a quién me refiero, ¿verdad?

—Desconozco de quien me habla... —logró balbucear.

—Me estoy refiriendo a este individuo.

Julius III pulsó un mando a distancia y se encendió una gran pantalla de plasma situada en la pared derecha del despacho. Luego de algunas interferencias, y con una imagen de baja calidad, Olivia pudo identificar a Dan Foster. Sin duda alguna, alguien le estaba

captando con una cámara oculta.

—Estamos viendo imágenes en directo de su amigo, de su íntimo amigo —recalcó el hierático *Julius*—. Aunque, la verdad, no debería usted fiarse mucho de su amistad porque le ha mentado. Usted creía que estaba en España... pero en estos momentos, ya lo ve, se encuentra en Dallas tomando una copa, concretamente en el *Irish Pub* de Mockingbird Lane.

Un súbito escalofrío convulsionó todo el cuerpo de Olivia. Después, el nerviosismo inicial se transformó en una parálisis de todos sus órganos; hasta el punto de que, por unos instantes, un nuevo amago de mareo tanteó nublar su mente.

—¡No... puede... ser!

Más que una exclamación, fue un suspiro, casi las últimas palabras de un moribundo.

—No sabemos qué le ha hecho volver a Estados Unidos, pero lleva dos días en Dallas.

—¡Me juró que...!

—Ese individuo, señorita Perry, es un escritor..., un excelente escritor. Mataría a su misma madre por una buena historia. En el asunto de las víctimas del *Vóltrax* ha oído que hay un gran tema para plasmarlo en un libro y le mentará a usted, le engañará cuanto haga falta con el objetivo de descubrir qué hay detrás de esas muertes. ¿Comprende?

Olivia observaba la pantalla casi cegada por su obnubilación emocional: Dan paladeaba un cóctel con gran parsimonia mientras leía un periódico. Julius esperó con paciencia a que la agente asumiera el hecho de que Foster, en contra de sus promesas, había vuelto y, lo que era peor, se lo había ocultado.

—Agente Perry... —tomó la palabra de nuevo su imperturbable anfitrión— La doctora española tuvo mala suerte. Sin saber lo que hacía, pisó un terreno prohibido y su curiosidad la llevó a un fatal desenlace. Pero el tal Foster es un insensato. Desoyó el primer aviso que le dimos en Richmond y sobrevivió milagrosamente en Islamorada... Un fallo que le garantizo a usted no volverá a repetirse... ¿Me ha entendido?

—Sí. —La contestación fue un susurro casi inaudible.

—Fíjese si el tema es grave, señorita Perry, que ahora usted es un peligro en potencia para... para Estados Unidos. No por lo que sabe en estos momentos, sino por el hecho de que algún día pueda descubrir lo que existe tras las muertes causadas por el *Vóltrax*. Olivia recompuso a duras penas su estado anímico, catapultada por su instinto de supervivencia que le impelía a descubrir cuanto antes el significado de aquella desconcertante revelación. Clavó sus ojos en el metálico, inexpresivo e inasible rostro de *Julius*, y le planteó con voz lenta pero firme:

—Debo entender que soy un peligro porque sé algo... que algún día podría llevarme a conocer... un secreto que no sé cuál es ahora...

Había formulado el diagnóstico de la situación de forma muy alambicada, pero el presidente de *Arcanum* la entendió perfectamente.

—Más o menos, así es... Pero ese problema desaparecerá si cumple la orden que su superior le va a dar. Señor Dugan...

La agente giró los ojos hacia el director general de la CIA, quien le estaba observando con una rígida mirada no exenta de un cierto miedo.

—Olivia... tienes que quitarlo del medio... para siempre.

—¿¡Qué!? —El pavor estalló en el semblante de la agente al tiempo que enronquecía su voz—. ¿Te has vuelto loco, Bob?

—Olivia, tienes que eliminarlo... Podría descubrir algo... Algo que está muy por encima de ese individuo, de la doctora española, de las víctimas del virus, de ti y de nosotros...—enumeró de manera enigmática.

—¿¡Me estás pidiendo que asesine a...!?

Aquella disparatada orden logró sacar a la joven enamorada de su aturdimiento inicial, dinamizando su carácter hasta el punto de sacudirse súbitamente el miedo que le había

atenazado hasta entonces.

—Agente Perry, asesinar es una palabra muy fea, no es el verbo adecuado. Cámbielo por... eliminar. Es más... elegante, ¿no le parece? —le insinuó *Julius* con marcada ironía.

—¡Llámelo como quiera! —Olivia elevó la voz revolucionada por la indignación— ¡Ni sueñe con que yo intente algo contra el escritor español! —Se puso en pie casi de un salto— ¡Dime cómo se sale de aquí! —ordenó a su jefe— ¡No entiendo, Bob, cómo has podido traerme a esto!

—Olivia..., tienes que eliminarlo —insistió Dugan tratando de ser persuasivo, aunque su contorno facial transmitía toda la tensión del punto de no retorno al que habían llegado—. Es una orden.

—Bob, ¿te lo repito más alto...!? ¡No lo voy a matar! ¡No ha hecho nada delictivo para que lo asesinemos!

—Olivia..., si no lo eliminas... —Dugan no se atrevió a continuar.

—¿¡Qué pasa si no lo mato!? —se encaró con su jefe, quien miró a *Julius* como pidiendo auxilio y éste se lo prestó con rapidez.

—Si no mata... Si no elimina a Dan Foster, señorita Perry, quien morirá... será usted.

13

Al mismo tiempo que Olivia recibía el terrible ultimátum de *Julius III*, con la aquiescencia de su jefe, el director de la Agencia de Inteligencia Americana, en el *Iris Pub* de la ciudad texana de Dallas Dan Foster apartaba su bloc de notas para que un atildado camarero de facciones y tez hindúes pudiera depositar en la mesa un vaso con amplio brocal y maciza base. A continuación, dejó caer en su interior cinco tintineantes cubitos de hielo y vertió sobre ellos un destellante chorro de *Four Roses*. Finalmente, el camarero le dejó un platito con *snacks* variados y el ticket de la consumición.

Dan cogió el vaso y lo bamboleó para hacer girar la bebida, al tiempo que su mirada se perdía en un punto indeterminado del tiempo y el espacio. En ambas coordenadas buscaba la respuesta al espectacular interrogante que taladraba su cerebro desde hacía casi dos meses: qué existía detrás de la muerte de la doctora Serra, de las víctimas del *Vóltrax* de su propio intento de asesinato.

Paladeó con delectación el primer sorbo de whisky mientras intentaba dar cuerpo a la sensacional intuición por la que había roto su promesa a Olivia de no regresar a Estados Unidos hasta pasado un tiempo prudencial.

Dicha intuición tomó figura en forma de ecuación sobre el pequeño cuaderno de notas situado sobre la mesa del *pub*.

Dallas + 1963 + Noviembre = JFK = X.

La clave se llamaba John Fitzgerald Kennedy, el trigésimo quinto presidente en la historia de Estados Unidos.

La "X" radicaba en descubrir qué relación existía entre las seis víctimas del virus y el magnicidio de Dallas. Una incógnita que esperaba resolver con la ayuda de la familia de la quinta víctima, fallecida precisamente en la citada ciudad.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO CUARTO

1

La quinta víctima del *Vóltrax* se llamaba Tony Stolle y había fallecido en el Parkland Memorial Hospital de Dallas, la ciudad que, como un faro en la noche, comenzaba a esclarecer la densa oscuridad en la que Dan Foster se había movido hasta entonces. Tres días después de aterrizar en la ciudad texana, lograba sentarse frente a Amy, la hija soltera del finado, una mujer de cincuenta años entrada en carnes y en arrugas, gafas de miope y cabello ensortijado, que dirigía la cocina de un McDonald's en el 1415 de Illinois Avenue.

—¿¡Quéééé!?

La pregunta, casi un grito, constituyó una respuesta en sí misma por la contundencia de la voz y la expresión de asombro de Amy. Reaccionaba así ante la increíble noticia que el escritor español le había dado nada más finalizar las presentaciones.

—¿Mi padre... asesinado? ¡Pero qué está usted diciendo! — protestó en un tono de voz algo más bajo para no molestar a los clientes de las mesas cercanas a donde ellos se encontraban.

—Señorita Stolle, comprendo que no me crea, y más siendo un desconocido para usted. Pero le insisto, estoy convencido al noventa por ciento de que se trató de un crimen. Y estaré seguro al cien por cien si su padre... —Abrió una estudiada pausa de expectación—, si su padre tuvo alguna relación con el atentado que el presidente Kennedy sufrió en esta ciudad, en noviembre de 1963.

A la mujer que tenía frente a él, primero se le desorbitaron los ojos; después se le abrió con lentitud la boca hasta dibujar un brocal perfecto a través del cual se divisaba el absoluto estupor que se había apoderado de su ánimo.

—¿Tuvo... relación...? —repitió Dan para ayudarle a reaccionar.

—Era el... motorista —respondió Amy con voz trémula.

—¿Qué motorista...? Por favor...

—El que abría aquel día la comitiva del presidente en su visita a Dallas... ¿Cómo..., cómo sabe que mi padre ha fallecido y que tuvo relación con la muerte de Kennedy...? ¿Quién es exactamente usted y qué es lo que está buscando?

—Le contestaré a todas las preguntas que quiera, pero antes respóndame usted sólo a dos... ¿Recibía su padre un dinero extra de manera periódica..., una vez al año...?

—Sí... —afirmó su interlocutora tras un breve titubeo.

—Antes de morir, ¿le visitó alguien, en concreto un hombre mayor, casi un anciano, y le regaló unas ampollas contra el envejecimiento?

De nuevo el estupor se apoderó de toda la orografía facial, nada agraciada, de la señorita Stolle; expresión que recompuso a duras penas para humedecer con la lengua toda su cavidad bucal asolada por la inquietud.

—Le insisto... ¿Quién es usted y qué está buscando? —volvió a preguntar a Foster.

—Por favor, respóndame a lo que le he preguntado antes y cumpliré mi promesa. Le contaré todo lo que sé. ¿Recibió esa visita...?

—Sí... Ahora que lo pienso... Mi padre falleció un viernes, y el hombre ese de las ampollas estuvo con él, no recuerdo bien si el lunes o el martes anterior.

—Gracias, señorita Stolle... Muchas gracias—afirmó el escritor respirando con sonoridad—. Ahora, contestaré a todo cuanto quiera.

Veinte minutos después, Amy finalizaba su interrogatorio a Foster con la pregunta que encerraba el nudo gordiano de toda la investigación que llevaba a cabo el escritor español.

—¿Pero por qué...? ¿Por qué lo han asesinado ahora?

La respuesta a este crucial interrogante encerraba una contestación genérica muy clara para Dan: alguien quería esconder “algo”, previsiblemente muy importante, en relación con el magnicidio de Dallas. Y ese “algo” podía ser que cayera por tierra la versión oficial de que a JFK lo asesinó Lee Harvey Oswald sin que hubiera detrás de éste ningún tipo de conspiración. Pero la clave del enigma radicaba en la pregunta de Amy Stolle: ¿por qué ahora?

Aquella tarde, Foster se encerró en la habitación de su hotel y, antes de comenzar a plantearse hipótesis, decidió confirmar que las otras cuatro víctimas del virus asesino no sólo se hallaban en Dallas en noviembre del 63, sino que también tenían algún tipo de relación con la muerte del mítico presidente norteamericano.

Después de una conversación telefónica con el hijo de Alex Bundy, la víctima que había fallecido en Music Valley, en Nashville, pudo averiguar que la funeraria donde trabajaba su padre como gerente, propiedad de un tal Vernon Oneal, sirvió el féretro de bronce pulido donde fue depositado el cadáver del presidente.

El doctor Louis Troy no vivía en la ciudad tejana en la fecha del magnicidio, pero tras interrogar a su hijo Alan le confirmó que, en efecto, tuvo contacto con la muerte de Kennedy. Fue el forense que le practicó la autopsia en el hospital militar de Bethesda, en Washington, en las horas siguientes al atentado.

Localizar a Howard Ritt, en Houston, le costó casi veinte minutos. Tras plantearle Foster si su esposa Martha había tenido algún tipo de relación con el luctuoso acontecimiento de Dallas, la respuesta fue negativa. El famoso 22 de noviembre les pilló en Houston, se acordaba perfectamente. Pero después de un prolijo interrogatorio, Howard consiguió recordar que su esposa había efectuado un extraño viaje a Washington, concretamente a la Casa Blanca, por motivos de trabajo en octubre del 63, un viaje del que nunca le explicó con claridad el motivo.

Por último, Lewis Cameron, la pareja sentimental de Morandi, el técnico en efectos especiales cinematográficos, no le pudo concretar ninguna conexión directa de su novio con la muerte del primer mandatario americano. Sí le dio por seguro que el fatídico día James se hallaba en Dallas rodando una película.

El escritor español había logrado reunir varias piezas de un puzzle, con toda seguridad el primer rompecabezas de los varios que le esperaban, y esto le animó a seguir con más ahínco que nunca. Tenía al motorista que abría la comitiva presidencial, alguien relacionado con el féretro del cadáver de JFK y el médico que le practicó la autopsia... Los dos que no cuadraban en el puzzle, al que todavía le faltaban numerosos trozos, eran James Morandi y Martha Ritt. Pero el hecho de no haber podido establecer su relación con el magnicidio no significaba que ésta no existiera. De momento, el técnico en efectos especiales estaba en Dallas el 22 de noviembre y Martha, según su esposo, hizo un extraño viaje el mes anterior a la residencia del presidente enviada por su empresa.

El siguiente paso que debía dar le resultaba evidente: estudiar a fondo todo lo relacionado con el mayor magnicidio del siglo XX para intentar encajar en él a las cinco víctimas del virus asesino. Se le abría la perspectiva de un trabajo ingente, pero el hecho de haber encontrado la conexión con Dallas y con JFK daba alas a su imaginación ante la perspectiva de estar acariciando con la yema de sus dedos una historia excepcional. Un tema mucho más atractivo e importante que el que pudiera existir detrás de los asesinatos múltiples que le condujo en febrero a Estados Unidos.

Pronto su euforia se atemperó por un ataque de realismo. Sobre el asesinato de Kennedy se habían escrito centenares y centenares de libros, miles y miles de artículos. ¿Sería él capaz de descubrir algo nuevo, una visión diferente, una nueva perspectiva del magnicidio? ¿Lograría superar las obras de los más reputados historiadores e investigadores de la segunda mitad del siglo XX e, incluso, de comienzos del XXI?

Algo en su interior, su olfato periodístico, su audacia imaginativa, sus vibraciones personales... le empujaban a intentarlo.

2

Olivia Perry tardó casi tres días en reaccionar. Setenta y dos horas en las que no se movió de su casa, apenas comió y las escasas horas que consiguió dormir estuvieron asediadas por angustiosas pesadillas.

No entendía cómo un encargo rutinario, investigar quién andaba utilizando un virus creado por la Agencia, se había transformado inexplicablemente en una orden para asesinar al hombre del que se había enamorado con locura. Por más vueltas que le daba a los hechos, la mayoría de ellos no encajaban en ningún esquema lógico. Llegaba un momento en el que el devenir de los acontecimientos se había convertido en un frenesí absurdo, como si todos los hilos de la marioneta estuvieran movidos por un descerebrado demiurgo.

La misión de descubrir al autor de las víctimas del virus no encerraba nada anormal desde un punto de vista profesional. Que se topara con un tipo husmeando en las mismas muertes que ella, entraba dentro de las llamadas "casualidades de la vida". El hecho de que alguien tuviera controlado a Dan y lo intentara secuestrar primero y asesinar después, no resultaba habitual pero podía cuadrar dentro de la cadena de presuntos asesinatos que ambos andaban investigando...

Las irregularidades incomprensibles comenzaban en el momento que ella, a raíz del fallido atentado de Miami, intentó averiguar quién quería eliminar a Foster. Las anomalías continuaban al ser apartada de forma expeditiva del caso *Vóltrax*, alcanzando su apogeo en el momento que entraba en escena una misteriosa organización, dudosamente legal, que se hallaba por encima de la mismísima Agencia de Inteligencia Americana. Esta organización, radicada en algún lugar de las entrañas de Manhattan, en el culmen del absurdo le había ordenado asesinar al escritor español por no abandonar la investigación de las víctimas del virus. Y como guinda final, si no lo mataba, ella moriría. ¡Demencial toda la concatenación de situaciones desde cualquier punto de vista!

No entendía nada en absoluto. Y menos que la todopoderosa CIA estuviera por debajo de alguien que no fuera el presidente o el secretario de defensa de Estados Unidos. Aunque desconocía por completo el terreno movedizo en el que se había metido, o la habían metido, sí tuvo una idea clara desde que salió de la reunión con el misterioso e inquietante *Juliusa* la que le había llevado Dugan. Idea que le soltó a la cara tres días después en su despacho.

—¡Bob, no voy a matarle! ¡Te lo dije en Nueva York y te lo repito ahora! ¡No lo voy a matar! ¡Primero, porque no ha hecho nada malo! ¡Y segundo, porque estoy enamorada de él!

El director de la CIA no movió un solo músculo, esperando que la agente Perry expulsara todo el ardor que había combustionado su ánimo en los días que había permanecido encerrada en su apartamento de Wyoming Avenue.

—¡Y quién coño es el fulano ése al que me llevaste a ver! ¡Qué pinta en el asunto del *Vóltrax*! ¡Qué hace dándote órdenes a ti, al director de la CIA! ¿Qué pasa, que

ese *Arcanum* otra CIA por encima de ésta?

Dugan sabía que aún no había terminado de desahogarse y cerró los ojos a la espera de que amainara el temporal. Un tsunami anímico que, con epicentro en las profundidades de sus convicciones más arraigadas, emergía por boca de la joven en oleadas incontenibles. A Olivia le permitía esta insolencia en base a una larga amistad, fruto de numerosas colaboraciones mutuas en el departamento de Operaciones Especiales. Nadie más se hubiera atrevido a hablarle en este tono al responsable de la CIA.

—¿Sabe el pueblo americano que existe un servicio secreto de rango superior a los legalmente establecidos? ¿Por qué no es de dominio público su creación, su funcionamiento y sus objetivos?

—Olivia...

—¡Entiendo que determinados problemas haya que resolverlos en algunos casos al margen de la ley!

—Olivia...

—¡Puedo comprender que se nos vaya la mano en algunas ocasiones, como pasó con las torturas en Guantánamo!

—Olivia, por favor...

—¡Pero no puedo entender que ejecutaran a una pobre chica, aún no sé por qué, y que ahora quieran matar a un hombre por el delito de intentar saber qué le ocurrió a esa chica!

—¡Olivia, por favor...!

—¡No lo puedo entender!

—¿Quieres sentarte y bajar la voz?

—¡No! ¡No voy a sentarme, Bob! ¿¡Para qué quieres que me sientee!? ¿¡Para que me puedas decir la manida frase de que “un buen agente es el que oye, calla y actúa”!? ¡Pues no, no me voy a callar! ¡Y si quieres expulsarme de la CIA! ¡Adelante, ahora mismo te firmo la renuncia!

—¿¡Te quieres sentar de una puta vez!?

El tono de voz de Dugan, hasta entonces contemporizador, pasó a ser absolutamente imperativo, logrando frenar la ametralladora dialéctica de su subordinada. Olivia obedeció, más por agotamiento psicológico que físico, dejándose caer a plomo en la silla.

—Yo no te voy a echar de la CIA... ¡Pero ellos, Olivia, ellos sí van a matarte si no eliminas a ese escritor...! ¡Y por mucho que lo quieras, o te derritas por sus huesos, tu vida debe prevalecer sobre la suya! ¡Vamos, creo yo!

La joven lo miró con la sombra del desprecio adherida a sus ojos.

—Por lo visto no me has oído antes. Te lo puedo decir más alto pero no más claro. ¡No lo voy a matar!

—Olivia, ellos...

—¡Ellos, ellos, ellos! —volvió a entrar en erupción al tiempo que saltaba del asiento—

¿¡Puedo saber de una jodida vez quiénes son ellos!? ¿¡Son Dios, acaso, para que les tengas tanta reverencia!?

—No puedo decirte quiénes son... “ellos”. Bastante tienes ya con lo que viste en la reunión de Nueva York. Todo lo que sepas de... de esa organización, jugará en tu contra. ¿Lo entiendes?

Olivia observó desafiante a su jefe y, con las palmas de las manos apoyadas sobre la mesa, avanzó su cuerpo hacia él. Sin abandonar esta postura, bajó la cabeza al tiempo que cerraba con fuerza los ojos. Siete segundos después exhaló, en una larga y sonora expiración, los rescoldos de la hoguera que aún ardía en sus entrañas. Cuando elevó los párpados, de su ánimo se había apoderado una inquietante serenidad y sus pupilas en ignición se habían transmutado en témpanos de hielo.

- Bob, dile a... “ellos” que procuren no fallar la próxima vez. Porque yo, lo sabes perfectamente, hasta ahora nunca he fallado.
- No sabes lo que estás diciendo.
- Hasta ahora..., recuerda, no he fallado... ¡Nunca!

3

El primer paso que debía dar consistía en obtener un relato claro y conciso de los hechos probados acaecidos la mañana del viernes 22 de noviembre de 1963 en Dallas. Una vez que tuviera ese armazón, pasaría a analizar todas aquellas teorías verosímiles que se habían publicado sobre el autor o autores del magnicidio. Y por último, intentaría colocar a las víctimas del *Vóltrax*, bien en el contexto de los hechos o como piezas en alguna de las diversas teorías de la conspiración.

Pidió que le subieran a la habitación del hotel tres sándwiches y se sentó frente a *Google*. En la barra de búsqueda escribió “John Fitzgerald Kennedy” y, al “picar”, se desplegaron de inmediato 17.700.000 entradas. El cúmulo de información almacenado en la red era espectacular, increíble, mareante. Ante esta desmesura, optó por escribir “asesinato de Kennedy” y apareció, igualmente, una cantidad de información apabullante: 207.000 páginas.

No necesitaba escribir un libro en ese momento, sino obtener un desarrollo cronológico de los hechos. Por tanto, comenzó a seleccionar e imprimir varios informes y reportajes que, una vez confrontados entre sí, le permitieron sintetizar una narración lineal de los acontecimientos que estaban probados sin el menor atisbo de duda.

El jueves 21 de noviembre de 1963, el presidente John F. Kennedy iniciaba un viaje por las principales ciudades del estado de Texas. Una gira con tintes electorales de cara a la reelección del año siguiente, ya que en 1960 el Partido Demócrata, al que pertenecía el presidente, había ganado en dicho estado por un margen de votos peligrosamente estrecho.

Tras visitar las ciudades de San Antonio y Houston, la comitiva aterrizó en Fort Worth y, a la mañana siguiente, todos sus miembros volaron hasta el aeropuerto de Love Field, en Dallas. Esta población, muy conservadora, estaba dominada por una serie de ricos prohombres fanatizados contra todo lo que oliera a liberalismo y, sobre todo, a comunismo. Una comunidad, en resumen, donde Kennedy no despertaba los fervores de los que gozaba en otros estados de la Unión.

La mayoría de los asesores presidenciales no eran partidarios de que JFK visitara Dallas. Temían un recibimiento hostil que, magnificado por los medios informativos de los republicanos, se podría convertir en un hándicap para la reelección del año siguiente. Sin embargo, uno de los más estrechos colaboradores de Kennedy, su jefe de seguridad, defendió en todo momento la visita aduciendo que, en caso contrario, la prensa de la oposición lo airearía como un acto de cobardía. El presidente no era de los que se amilanaban ante las dificultades y apoyó con absoluta firmeza la postura del citado responsable de seguridad.

A las 12:26 del viernes 22, la comitiva presidencial desemboca por Main Street en la plaza Dealey. Debería haberla cruzado siguiendo en línea recta por la mencionada calle, pero de manera inexplicable gira a la derecha por Houston Street y, poco después, a la izquierda por Elm Street con la intención de regresar unas decenas de metros más adelante a la primera calzada, es decir, a Main Street. Un rodeo bastante ilógico y, además, peligroso desde el punto de vista de la seguridad, ya que en los giros de noventa grados el automóvil presidencial casi se para ofreciendo un blanco perfecto a cualquier hipotético tirador.

A las 12:30, el Lincoln descapotable circula ya por Elm Street conducido por William Creer, teniendo a su lado al agente Roy Kellerman. En los dos asientos situados detrás de ellos viajan, a la derecha, John Connally, el gobernador de Texas y, al lado, su mujer Nellie. Detrás del gobernador, el presidente Kennedy y a la izquierda de éste su esposa, Jacqueline. Dos guardaespaldas sobre el estribo lateral derecho y otros dos en el estribo contrario.

El paseo por Dallas, contrariamente a lo pronosticado por la mayoría de los asesores gubernamentales, estaba resultando todo un éxito. Hasta tal punto que en aquellos momentos lamentaban que no estuvieran presentes las cámaras de televisión, suprimidas por miedo a que captaran alguna desagradable manifestación de protesta en contra del egregio inquilino de la Casa Blanca.

Al citado éxito contribuía de manera decisiva la radiante presencia de Jacqueline al lado de su marido, algo que no resultaba demasiado habitual en los viajes por el resto de la nación del primer mandatario estadounidense.

A las 12:32 suenan varios disparos; unas versiones contabilizan tres y otras cuatro, cuyos proyectiles alcanzan al presidente Kennedy y al gobernador Connally. De inmediato, el motorista que abría la comitiva despliega la sirena de urgencia y aprieta el acelerador, al igual que hace el conductor del Lincoln descapotable con el fin de alejar de la zona de tiro a toda velocidad a los ilustres viajeros. Uno de los cuatro guardaespaldas que viajaban en los estribos se encarama en la parte trasera del vehículo y gatea hasta el asiento posterior para auxiliar al presidente; los otros tres, por su parte, saltan al suelo en busca del autor o autores del atentado.

El ruido de los disparos, unido a la rápida huida del automóvil azuzado por el despliegue de las sirenas, genera una gran confusión entre los numerosos ciudadanos apostados en ambas aceras de Elm Street, así como entre los situados en un montículo cercano. Muchos se arrojan al suelo, otros huyen despavoridos y algunos, pocos, tienen la sangre fría de observar lo que acontecía delante de sus ojos; entre éstos, un ucraniano de cincuenta y ocho años llamado Abraham Zapruder, quien filmaba en esos momentos el paso de la comitiva con una cámara "Bell-8 Howell" de 8 milímetros, obteniendo así el único testimonio en imágenes del celeberrimo magnicidio.

12:51. Tras abandonar la plaza por el triple paso inferior del ferrocarril y tomar por la autopista Stemmons, el Lincoln llegaba a toda velocidad al Parkland Memorial Hospital donde todo el dispositivo sanitario se pone al servicio del augusto herido. Con toda celeridad conducen a Kennedy al quirófano donde el director del hospital, tres cirujanos, y la jefa de enfermeras intentan contra reloj salvar la vida del presidente.

Los denodados esfuerzos del equipo médico resultan inútiles. A las 13:10, los profesionales médicos son conscientes de que John Fitzgerald Kennedy estaba clínicamente muerto. La herida que una de las balas le había abierto en la garganta era grave, pero controlable; sin embargo, el disparo en la cabeza, con gran desprendimiento de masa encefálica, había resultado mortal de necesidad.

Por otra parte, las lesiones del gobernador Connally, aunque de consideración, ya que una bala le había atravesado el pulmón y destrozado la muñeca, una vez atajadas las hemorragias se pronostica que, salvo complicaciones, su vida no correría peligro.

13:40. Se anuncia de manera oficial el fallecimiento del 35º presidente de Estados Unidos. Mientras tanto, todos los agentes del servicio secreto que acompañaban a la comitiva, incluidos CIA y FBI, así como la policía de Dallas, habían comenzado a "peinar" palmo a palmo la zona situada en torno a la plaza Dealey. Hacia las dos y media encuentran un rifle, un "Mannlicher Carcano" de cerrojo con mira telescópica, junto a una ventana del sexto piso del Texas Book Depository. Las fuerzas de seguridad establecen que esta biblioteca situada en Elm Street, a espaldas del sentido de la marcha de la comitiva presidencial, es sin duda alguna el lugar desde el que se habían efectuado los disparos.

14:10. En un cine bastante alejado de la plaza Dealey es arrestado un tal Lee Harvey Oswald, al que se le imputa haber matado minutos antes al agente de la policía de Dallas J.D. Tippit. Algunas horas más tarde, al descubrirse que el detenido trabajaba en la sexta planta del Texas Book Depository, donde se había encontrado el rifle "Mannlicher", se le acusa también del asesinato del presidente.

15:15 El jefe de la seguridad presidencial que había defendido vivamente la visita a Dallas toma el mando de la situación en el centro sanitario y decide que el cadáver de JFK sea trasladado al hospital militar de Bethesda, en Maryland, cerca de Washington. Esta decisión fue impugnada de inmediato por el inspector médico general de Dallas, argumentando que, según la ley, el cuerpo no podía salir del Parkland sin practicársele la autopsia. El responsable de seguridad le arguye que el presidente no estaba sujeto a aquella ley y, por ello, iban a trasladar el cadáver a un establecimiento gubernamental. Como la autoridad médica continúa oponiéndose, incluso físicamente, el servicio secreto, muy expeditivo, quita del medio con extrema violencia al mencionado inspector.

18:57. Tras aterrizar en la base aérea de Andrews, el ataúd llega al hospital naval de Bethesda. Minutos después, un reducido equipo de forenses le practica la autopsia en una sala del sótano, controlada en todos sus accesos por el servicio de seguridad que había viajado con el cadáver en el Air Force One; el mismo avión donde Lindon B. Johnson, después del juramento previo protocolario, ascendía de vicepresidente a primer mandatario de la nación más poderosa de la Tierra.

La autopsia en Bethesda es realizada por dos forenses de la Armada bajo la dirección del doctor Louis Troy. El cuerpo de JFK tenía tres heridas. Una en el lado derecho de la cabeza que le desfiguraba casi por completo el rostro, la segunda en la espalda y la última en la garganta. Durante la autopsia, practicada en el sótano del centro sanitario militar, se toman numerosas fotografías del cadáver y se le realizan varias radiografías. Mientras tanto, en el hall de entrada tienen lugar varios incidentes entre el servicio de seguridad del presidente y destacados mandos, tanto de la CIA como del FBI, que querían estar presentes en el quirófano. Ya al final de la operación se permite entrar a los agentes Dilbert y O'Neill, quienes redactaron un informe complementario al de los forenses.

Terminada la autopsia, el cuerpo es adecentado para el entierro y se le traslada a la Casa Blanca, quedando expuesto en el ala Este durante un día entero para las visitas de la familia, el Gobierno, la Administración estadounidense y el Cuerpo Diplomático. Al día siguiente, domingo 24, el féretro es conducido al Capitolio en un impresionante silencio e instalado en un austero catafalco ante el que desfilan varios cientos de miles de norteamericanos. Muchos de ellos lloran, rezan y se desesperan, absolutamente incrédulos de que una tragedia de aquella magnitud se pudiera haber abatido sobre su nación.

Ese mismo domingo, el presunto autor de los disparos, Lee Harvey Oswald, es asesinado en presencia de la policía por Jack Ruby, un empresario de salas de fiesta de Dallas, muy conocido en los medios mafiosos de la ciudad. Un fallo de seguridad sin explicación alguna que, todavía, da pábulo a las más variadas hipótesis sobre el papel del tal Ruby en la tragedia de Dallas.

El lunes 25 se celebra un solemne funeral de Estado oficiado por el arzobispo de Boston, el cardenal Richard Cushing, amigo personal del presidente asesinado, a quien había casado y, también, bautizado a sus hijos. Su oración fúnebre, muy emocionada, ensalza el ideario del difunto sobre la "nueva frontera" que soñaba con instaurar en su nación, en el mundo y en la Historia.

El 2 de diciembre, el presidente Johnson encarga a Earl Warren, jefe de la Corte Suprema de Estados Unidos, que creara una comisión para investigar el asesinato de su predecesor. Once meses después, en septiembre del 64, dicha comisión concluyó

que el único responsable de la muerte de JFK era Lee Harvey Oswald, no encontrando “ninguna evidencia persuasiva de que existiera detrás de él una conspiración externa o interna”.

Finalizado el relato cronológico de los hechos elaborado por Dan Foster “bebiendo” en varias fuentes, comenzó a repasarlo despacio al tiempo que anotaba en el margen una serie de comentarios e interrogantes que, indefectiblemente, le iban surgiendo.

Al término de la relectura, tras un minuto de reflexión, escribió una pregunta: “¿Cómo se llamaba el jefe de seguridad del presidente?”.

Luego trazó un círculo en torno a estas nueve palabras. Después otro y, más tarde, las subrayó por tercera vez, ahora apretando con más fuerza el bolígrafo sobre el papel.

4

Olivia Perry tenía claro que el director de la CIA no iba a intentar nada contra ella si no eliminaba al escritor español. Pero también era consciente de que no movería un solo dedo para impedir que la organización que presidía *Julius III* acabara con su vida por incumplir sus órdenes. Igualmente poseía la certeza de que, a raíz de sus desavenencias con Bob, sus días en la agencia de inteligencia estaban contados.

Antes de nada necesitaba contactar con Dan para avisarle de que estaba controlado por los hombres de *Arcanum*, de paso, echarle una bronca por haber regresado a Estados Unidos para continuar la investigación sin decirle nada. Intuía que debía existir una razón muy poderosa para haber volado de Barcelona a Dallas, pero esto no le eximía en absoluto de habérselo comunicado.

Telefonarle sería una temeridad ya que existía un elevado número de posibilidades de que Dan tuviera intervenido el móvil. Por la misma razón, tampoco quiso enviarle un email; se exponía a que lo cazara la red *Echelon*. Podría viajar de incógnito a la ciudad tejana y buscarlo, pero le llevaría un precioso tiempo del que no disponía. Finalmente encontró una opción que le pareció la mejor: contactar con él a través de su editorial en Barcelona. En poco más de media hora tenía a Lola Portal al teléfono.

—Sí, Dan me ha hablado de usted— le confirmó la directora de Diamante tras presentarse.

—Bien... Por una serie de motivos que sería largo de explicar, necesito hablar con él. Pero no puedo hacerlo en persona porque nos pondríamos en más peligro del que ya estamos.

—¿Qué desea exactamente que haga yo? —se ofreció la editora.

—Concertarme una cita con él. Encontrarnos en Estados Unidos, en estos momentos, es desaconsejable por completo. He pensado que lo mejor sería vernos en algún lugar muy concurrido de vacaciones, de esos que abundan en el Caribe, donde nos confundiríamos fácilmente con la riada de turistas que van y vienen cada semana.

—Es una buena idea —aprobó la editora—. Aquí, los sitios a los que viaja más gente son Punta Cana y Playa Bávaro en la República Dominicana, Cancún en Méjico y Varadero en Cuba.

—Me da igual. Acuerde una cita con él y yo me acomodo al lugar y a la fecha. Eso sí, cuanto antes, mejor.

—De acuerdo. ¿A qué número le llamo? Este me aparece como “desconocido”.

—Sí. No se preocupe. Le enviaré un sms con el mío particular.

—De acuerdo. En cuanto concierte la cita con Dan, la llamo.

—Gracias. ¿Cómo me dijo que se llamaba?

—Lola. Y, por favor, tuteémonos.

—¡Ok! Por cierto, ¿sabes a qué ha ido a Dallas?

—Más o menos. Pero prefiero que te lo cuente él.

—Perdona que insista... Además de que en Dallas vive la quinta víctima del *Vóltrax*, ¿hay alguna otra razón para viajar hasta allí? Quiero decir, ¿ha descubierto algún dato más de lo que conocía cuando llegó a Barcelona?

—Creo que... sí.

—¿Me puedes adelantar algo, aunque sólo sea un poquito? —le planteó Olivia con voz de niña mimosa que hizo sonreír a la editora.

—Bueno, te diré algo de lo poco que sé. La clave de todo, al parecer, es... JFK.

—¿¡Cómo...!?! ¡Repítemelo, por favor!

—J... F... K...

Tres segundos después, a Olivia le dio un vuelco el corazón.

5

Estructurado un relato más o menos claro de lo ocurrido en la famosa ciudad tejana el 22 de noviembre del 63, el segundo paso consistió en elaborar una lista de las principales hipótesis que se habían generado acerca de la autoría del crimen. Para ello, Foster se trasladó en primer lugar a la biblioteca pública de Dallas, en la esquina de las calles Young y Ervay, frente al *City Hall*. Y después, al *Sixth Floor Museum*, en la plaza Dealey, donde comenzó a “devorar” una selección bibliográfica sobre el tema que le había recomendado Gabriel Guillén, profesor de la *Southern Methodist University*, un célebre experto en todo lo relacionado con el asesinato de JFK.

La tesis oficial, establecida en el 64 por la comisión Warren, atribuye el magnicidio exclusivamente a Lee Harvey Oswald. Este individuo, imbuido de un gran antiamericanismo durante una larga estancia en Rusia, creía hacer un favor a la causa del “socialismo real”, y en consecuencia a la humanidad, asesinando al presidente de la nación capitalista por excelencia. El 22 de noviembre, desde el sexto piso de la biblioteca *Texas*, efectuó varios disparos contra la comitiva oficial, alcanzando con tres de ellos al presidente, uno de los cuales le destrozó el cerebro causándole la muerte.

Esta hipótesis, apoyada siempre, o al menos no desautorizada por la mayor parte de la familia Kennedy, persiste en la actualidad; sin embargo, el ochenta y uno por ciento de los americanos cree con firmeza que en el magnicidio participaron más personas.

La tenaz pervivencia de la posición oficial se debe a que ninguna de las otras hipótesis, basadas todas ellas en la “teoría de la conspiración”, ha aportado pruebas fehacientes que puedan desmentir de manera categórica las conclusiones del informe Warren. Y ello a pesar de que, aceptar este documento, supone creer en la famosa teoría de la “bala mágica”; según la teoría oficial, una de las balas efectuó siete giros en su trayectoria, atravesó dos huesos dejando bastantes esquirlas, hirió a Kennedy y a Connally, a éste en dos partes de su cuerpo, y luego apareció intacta en la camilla donde tendieron al gobernador al llegar al hospital. Una bala realmente extraordinaria.

A lo largo de sus numerosas horas de lectura, tanto en la biblioteca pública como en los archivos del museo de la plaza Dealey, Foster se encontró con multitud de hipótesis, la mayoría de ellas auténticamente delirantes. El trabajo más arduo consistió en efectuar un inventario de las teorías en función de su verosimilitud con el fin de intentar situar en ellas a las víctimas del *Vóltrax*.

A. TEORÍAS VEROSÍMILES:

1. EL PENTÁGONO

Kennedy fue eliminado por el “establishment” de la Casa Blanca debido a que tomaba muchas decisiones, sobre todo en política internacional, sin contar con los estamentos gubernamentales. Su muerte se decidió en el Pentágono y fue diseñada y ejecutada por la CIA. Prueba de ello es que, tras su desaparición, estos dos organismos se

hicieron cargo de toda la política exterior norteamericana.

Dispararon dos tiradores de élite de la CIA.

2.HOOVER

El todopoderoso director del FBI poseía un abultado dossier, muy turbio, sobre la familia Kennedy y, de manera especial, en relación a Bob y John. Estos lo sabían y habían decidido su destitución. J. Edgar Hoover, con el apoyo de quienes caerían con él si era destituido, decidió eliminar al presidente para permanecer en el cargo.

Disparó un profesor de prácticas de tiro del FBI que vivía en Denver, Colorado.

3.LA INDUSTRIA ARMAMENTÍSTICA

La política de John Kennedy apuntaba con claridad a una distensión a nivel mundial. Esto conllevaría la disminución de los conflictos bélicos y, en consecuencia, la reducción de beneficios de las fábricas de armas norteamericanas.

Disparó un ex combatiente de la guerra de Corea residente en San Francisco, contratado por un ejecutivo del consorcio que aglutinaba a las principales firmas armamentísticas.

4.LA COLONIA CUBANA DE MIAMI

Tras el fracaso del desembarco en Bahía Cochinos, el exilio cubano se sintió traicionado por Kennedy y tuvo claro que no lo convencerían nunca más para derrocar a Fidel Castro. Utilizaron a Lee Harvey Oswald y luego lo delataron para que pareciera una conspiración urdida en La Habana. De esta forma, la opinión pública norteamericana obligaría a la Casa Blanca a invadir Cuba como represalia por el asesinato y acabar así con el régimen castrista.

Disparó Oswald.

RUSIA

El Comunismo Internacional tenía muchos motivos para eliminar al presidente americano. JFK había humillado a Rusia en su intento de establecer en Cuba una base de misiles apuntando a Florida y el Soviet Supremo deseaba vengarse de él.

Moscú envió a Oswald como cabeza de turco. Dos expertos tiradores del servicio secreto británico, contratados a través de los espías ingleses del círculo de Cambridge que trabajaban para la URSS, se encargaron de abatir al presidente.

5.FEDERACIÓN DE MAFIAS AMERICANAS

Desde que llegó al poder, y con la decidida ayuda de su hermano Robert en el departamento de Justicia, John le plantó cara a la Mafia. No podía permitir que hubiera un contrapoder en Estados Unidos. Prueba de ello fue el encarcelamiento de Jimmy Hoffa, el todopoderoso capo del turbio sindicato de camioneros. Éste, al ver que no lograba salir de la cárcel, ordenó a los “padrinos” de Texas que acabaran con el presidente.

La ejecución física del plan fue obra de tres matones de un gang de Nueva Orleans.

7.LYNDON B. JOHNSON

Teoría de los escritores franceses William Reymond y Bernard Nicolas. El vicepresidente ansiaba ocupar la Casa Blanca y sabía que en las elecciones del 64 volvería a ganar Kennedy. Esta ambición, unida a los intereses de los magnates del petróleo texanos, todos de extrema derecha, propiciaron el magnicidio de Dallas.

Disparó un tal Mac Wallace, un líder estudiantil acusado de varios asesinatos que se había librado de ir a la cárcel gracias a la protección de Johnson.

Foster encuadró las siete hipótesis anteriores en el apartado de “teorías verosímiles”. Eran coherentes, sus protagonistas poseían un móvil claro y, además, disponían de capacidad suficiente para llevar a cabo el magnicidio. Por otra parte, y era lo más importante, todos los defensores de dichas hipótesis eran todos autores e investigadores de prestigio.

A continuación abrió un segundo apartado, consignando en él una serie de variaciones sobre las hipótesis reseñadas anteriormente.

B. TEORÍAS POSIBLES, PERO POCO VEROSÍMILES

-Conjura CIA-Mafia. A las dos organizaciones les estorbaba el proceso de regeneración ética, social y política emprendido por Kennedy. La CIA “pensó” y dio cobertura, y la Mafia ejecutó.

-Venganza personal. Una serie de altos cargos de la CIA, destituidos a raíz de la fallida invasión cubana de Bahía Cochinos, se desquitaban de la mencionada destitución. Entre ellos, el hermano de Earl Cabell, el alcalde de Dallas. Este mandatario municipal, justo la mañana del atentado, modificó ilógicamente y sospechosamente el itinerario de la comitiva presidencial a su paso por la plaza Dealey con el fin de que discurriera por Elm Street, donde se efectuaron los disparos.

-Los capos del emergente narcotráfico. A principios de los sesenta ya estaba claro en el mundo del hampa que el gran negocio del futuro radicaría en la venta de drogas. Varios cárteles sudamericanos habían tomado posiciones en Estados Unidos y sabían que podían pactar con la mafia, pero no con los hermanos Kennedy. Por eso les mataron a los dos.

-Un grupo de amigos de Marilyn Monroe. Entre otros, Frank Sinatra, los “Rat Pack” y varios mafiosos del juego de Las Vegas como Sam Giancana. Pensaban que Kennedy había ordenado matar a la actriz ya que tenía dos poderosas razones: miedo a que se fuera de la lengua sobre su relación adúltera y, también, porque conocía la generosa subvención de la mafia a su campaña electoral en 1960.

Por último, en un tercer apartado, y a manera de fantasías casi cinematográficas, también tomó nota de algunas hipótesis totalmente surrealistas. Más por divertimento que por credibilidad.

C. TEORÍAS NI PROBABLES NI VEROSÍMILES

- El inductor del magnicidio fue Aristóteles Onassis para poder casarse con Jacqueline Kennedy. El atentado lo ejecutó un campeón de tiro olímpico griego.

- Un marido despechado, sólo o en compañía de otros, de los muchos que sufrieron la humillación de que sus esposas les fueran infieles con el presidente. Contrató a un asesino a sueldo, un ex nazi protegido por el dictador dominicano Leónidas Trujillo.

- Su hermano Robert porque ambicionaba la Casa Blanca y John era un obstáculo insalvable para llegar a ella.

- Según el presidente venezolano Hugo Chávez, JFK fue asesinado por el Mossad. La CIA había descubierto que Israel poseía la bomba atómica y JFK temía que ésta pudiera caer en manos de árabes extremistas en alguna de las periódicas guerras de Oriente Medio.

Finalizado el “catálogo” de hipótesis conspiratorias, Foster experimentó una sensación de impotencia absoluta. Después de la segunda guerra mundial, el magnicidio de Dallas era el suceso del siglo XX que más ríos de tinta había hecho correr. Se había estudiado, y se seguía estudiando, bajo mil puntos de vista, pero el misterio de su autoría continuaba sumido en la más absoluta oscuridad después de medio siglo de investigaciones. Resultaba un auténtico delirio por su parte pensar en resolver algo que no habían conseguido los mejores historiadores del mundo, muchos de ellos integrados en equipos multidisciplinarios y con una generosa cantidad de recursos a su disposición.

El desaliento le duró muy poco tiempo. Contaba con algo que, hasta entonces, nadie había aportado: pruebas. Él creía poseerlas con las víctimas del *Vóltrax* pero lo que no

sabía, paradójicamente, era lo que podía probar con ellas. Tenía que encontrar “ese algo” y, para conseguirlo, necesitaba resolver antes muchos problemas. Y no sólo de la investigación.

—Hola, Lola.

—¡Al fin da señales de vida el rey de las camas! —La editora había recuperado su tono sarcástico, lo cual mortificó por una parte a Dan, pero por otra se alegró de que comenzara a recuperar su belicoso carácter tras la depresión sufrida por la muerte de su sobrina— ¡Te he llamado cien veces!

—Más. Acabo de contarlas y son, justo, ciento tres —apostilló con sorna ante la exageración de Lola—. Doña Broncas, llevo tres días encerrado en una biblioteca y allí, ya sabes, hay que apagar el móvil. Y como yo soy un chico muy disciplinado, lo he tenido apagado todos estos días.

—¡Ya! ¡Y por la noche, cuando estás en la cama con una fulana, por disciplina, también lo apagas!

Foster cerró los ojos resignado ante la fijación mental, obsesiva, morbosa, casi paranoica, que Lola tenía de que él se acostaba cada noche con una mujer diferente. Muy inteligente para los negocios pero una descerebrada total en cuanto a las relaciones hombre-mujer; sobre todo si andaba él por medio.

—Lola, por favor...

—¡Me consta que anoche no te metiste en la cama con la agente ésa de la CIA! ¿Puedo saber a quién, con exquisita caballerosidad por supuesto, te pasaste por donde yo me sé?

—Lola, anoche, a las nueve estaba durmiendo en la cama.

—¡Tú, durmiendo en la cama! ¡Ja! ¡O sea que yo me chupo el dedo, ¿Verdad?! Porque tú, obviamente, la cama la utilizas para dormir, ¿me equivoco? —ironizó con regodeo la editora.

—Pues sí, aunque tú creas lo contrario, yo, cuando me acuesto, es para dormir. Y anoche, y la noche anterior, y la otra, estaba tan cansado de leer, leer y leer y tomar notas que, en cuanto llegué al hotel, me acosté, me dormí, y hala, a soñar con Kennedy.

—¡Ya! ¡Con Kennedy! ¡Ahora Danielito, “el disciplinado”, sueña con Kennedy!

—Pues sí, es lógico que sueñe con... —De pronto, su moviola mental le devolvió a primer plano un comentario de la editora— Oye, obsesa sexual, ¿por qué has dicho que sabes que anoche no me metí en la cama con la agente de la CIA?

—Me llamó por teléfono ayer por la mañana —Lola cambió su actitud insolente.

—¿Ayer? ¿Para qué?

—Sabe que estás en Dallas y necesita que habléis con urgencia.

La sorpresa, la curiosidad y el miedo estallaron de forma simultánea en el cerebro y en el sistema nervioso del escritor.

—¿Y por qué no me ha llamado directamente a mí?

—Al parecer os tienen controlados y entre menos os comunicáis entre vosotros, mejor. Quiere que os veáis fuera de Estados Unidos y me ha pedido que os concierte una cita en algún lugar del Caribe. Por eso te he llamado tantas veces.

—¿Y...?

—El lunes próximo en la República Dominicana. Playa de Punta Cana, hotel Gran Oasis.

—Espera, espera que lo anote... ¿Cómo has dicho que se llama el hotel?

—Exactamente, Gran Oasis Punta Cana. Es uno de esos de todo incluido. Bueno, lo único que no incluye son los preservativos.

—¿Ah, no? ¡Qué fallo! —comentó Dan con ironía.

—Pero no te preocupes. He dado orden de que te pongan debajo de la almohada una caja de *Durex* de 24. ¿Tienes bastantes, o aviso que te lleven un palé?

—¡Si supieras lo guapa y atractiva que eres cuando dejas de ser sarcástica y te lavas la lengua!

—¡Si supieras lo cabrón que eres cuando intentas educarme!

—¡Adiós, hermanita! —se despidió riendo Foster con la frase que más mortificaba a Lola y esperando su inevitable respuesta.

—¿Hermanita? ¡Tu padre! ¡Tu puto padre! ¡Tu putísimo padre!

6

El aeropuerto dominicano de PuntaCana se asemeja a un hormiguero cosmopolita de turistas norteamericanos y europeos, particularmente españoles, franceses y alemanes. Los sábados sobre todo, día de entrada y salida de los paquetes turísticos de los diversos operadores, resulta casi imposible moverse entre la abigarrada muchedumbre que vuelve intransitable sus salas de espera, de embarque y desembarque; zonas conformadas por grandes espacios abiertos bajo unos altos techos de donde cuelgan enormes ventiladores, girando día y noche para suplir sólo en parte el anhelado aire acondicionado.

El complejo aeroportuario es una concesión gubernamental a una empresa privada, por lo que hay que pagar una determinada cantidad de dólares como tasa de entrada. Olivia Perry, abonado el correspondiente peaje, esperó casi media hora hasta poder recoger su maleta. Después comenzó a buscar, en medio de la marabunta turística, la oficina de información del mayorista a través del que, gracias a Lola Portal, había obtenido los pasajes de avión y la reserva del hotel.

No fue necesario. Nada más verla desorientada, con la luminosa sonrisa que caracteriza a los nativos, la asaltaron tres adolescentes ofreciéndose a llevarle hasta el transporte correspondiente a su hotel. Tras una generosa propina a los chicos, Olivia se acomodó en un autobús matusalénico para unos cincuenta pasajeros y, desde el fondo, fue observando a cada uno de los turistas que subían. Desde su desobediencia al misterioso organismo presidido por el siniestro *Julius III* sabía que su vida corría peligro y, en consecuencia, tomaba todas las medidas de precaución posibles. Resultaba improbable que le hubieran seguido hasta la República Dominicana pero, por deformación profesional, procuraba no perder en ningún momento su estado de alerta.

Una vez lleno, el vehículo arrancó tras eructar varias veces el motor y, al ritmo de un dulzón CD de Julio Iglesias, circuló durante cinco kilómetros por una autovía en construcción que unía el aeropuerto con Playa Bávaro. A continuación se apartó a la derecha por la carretera Cabeza de Toro, una calzada de firme irregular con abundantes badenes y algún pequeño socavón, flanqueada por una tupida vegetación tropical. Diez minutos más tarde, una vez dejado atrás el hotel Catalonia, así como un pequeño pueblo con un mercadillo de ron y artesanía para turistas, el mastodóntico vehículo arribó al hotel Gran Oasis Punta Cana.

Ya fuera del autocar y localizado el equipaje, a Olivia y a los demás viajeros les salió al encuentro un camarero con una bandeja de bienvenida llena de cócteles caribeños. Un detalle que todos agradecían porque la temperatura, cargada de humedad y de grados, invitaba a refrescar la garganta.

Dan la esperaba en el espectacular hall del centro hotelero donde se encontraba la recepción. Desde él, una amplia puerta encristalada daba acceso a una superficie de unos veinte mil metros cuadrados donde se levantaban siete bloques de habitaciones, cinco restaurantes, dos self-service, casino, sala de fiestas, discoteca, seis piscinas, tiendas, bares y otros muchos establecimientos.

Entre edificio y edificio, los espacios libres se hallaban sembrados de espectaculares jardines tropicales, regados intermitentemente con agua pulverizada, que generaban en

los huéspedes del hotel una placentera sensación de frescura y relax. Al fondo, una extensa playa sembrada de tumbonas con estructura en pvc blanco y lona de color azul, así como de mecedoras tropicales bamboleándose entre las palmeras a las que estaban atadas. Y presidiendo toda la urbanización hotelera, un manso y verdoso mar que invitaba a sumergirse en él para experimentar el cálido abrazo de las olas caribeñas.

En cuanto Olivia realizó los trámites de entrada y le colocaron la típica pulserita de plástico que le daba acceso gratis a todos los servicios, el escritor la tomó de una mano y abandonaron el hall por una puerta lateral que comunicaba con un jardín-muestrario de las numerosas clases de palmeras catalogadas, desde la cana a la sahariana.

—Luego me echas la bronca. Ahora, cariño, dame un beso.

La frase, preparada con meticulosidad por Foster, desmontó por completo el planteamiento del encuentro que había diseñado la agente de la CIA. Quería hacerle saber que nadie jugaba con ella impunemente. Sin embargo, al encontrarse entre sus brazos y sentir la caricias de sus húmedos labios, todo su dispositivo de ataque se vino abajo, aunque intentó cubrir las apariencias tras un largo y apasionado beso.

—Tenemos que hablar —dijo casi susurrando.

—Porsupuesto, mi amor.

—No soporto que me engañen.

—No te he engañado.

—¡Sí lo has hecho!

—No...

—¡Sí!

—Cariño, descubrí algo tan, tan importante que justificaba la ruptura de nuestro pacto. No podía quedarme cruzado de brazos en Barcelona y tampoco quise contártelo para no ponerte nerviosa, ¿comprendes? Además, no es hora de reproches, sino de comer. ¡Tengo un hambre! ¿Dejamos los reproches para más tarde, mi amor...? —le planteó Dan con la sonrisa más encantadora de su repertorio— ¿Los aplazamos hasta la cama...? Además, querrás saber cuanto antes lo que he descubierto. ¿O no...?

Olivia cerró los ojos y respiró con resignación para dar por zanjado, muy a su pesar, el capítulo de recriminaciones. Subieron a la habitación, donde un mozo había dejado ya el equipaje y, diez minutos más tarde, se encontraban sentados en el restaurante *Beach* /bajo un gran parasol circular, confeccionado con hojas de palmera prensadas y entrelazadas. Pidieron de entrada una fritura de marisco y una ensalada de aguacate y, de segundo, ternera a la brasa. Y cerveza, mucha cerveza, que les sirvieron en jarras labradas con las paredes sudorosas por el intenso frío de la bebida.

La joven, tras el primer sorbo que le dejó un efímero bigote de espuma, miró con fijeza a Foster y le pidió sin rodeos:

—Cuéntame lo de Kennedy.

—¿Lo de...? ¿Cómo lo sabes? —se sorprendió Dan

—Vamos a ver, “investigador”. Piensa un poco... ¿quién nos ha facilitado la reserva del hotel...?

—¡Pero qué torpe soy...! —exclamó al tiempo que se golpeaba teatralmente con los nudillos en la frente.

—Tu editora me dijo que “la clave era JFK”.

—Mi editora habla demasiado —sonrió levemente— En efecto, la clave es... JFK.

—Y JFK unido a tu viaje a Dallas —elucubró Olivia — significa “asesinato de Kennedy”.

¿Me equivoco?

—Cariño, te funciona perfectamente la cabeza.

—No hay que ser muy inteligente. El mayor reto que existe, hoy por hoy, para un escritor *debest-seller*, se concreta en la pregunta “quién mató a Kennedy y por qué”.

¿Acierto de nuevo?

—¡Bingo para la chica! Si las muertes no hubieran estado ligadas a Kennedy...

—No te habrías movido de Barcelona. Eso está claro —concluyó Olivia—. Venga, suelta todo lo que has averiguado.

Foster arponeó con el tenedor una gamba y un trozo de aguacate, los rebozó en salsa rosa y, después, llevó la captura a su boca. Más que un ritual gastronómico, fue un preámbulo a los trascendentales datos que le iba a revelar a su compañera de investigación.

—Alex Bundy, la víctima de Nashville, trabajaba en una funeraria de Dallas el día que Kennedy fue tiroteado, concretamente en la que sirvió el féretro donde instalaron el cadáver... El doctor Troy era el jefe del departamento forense del hospital militar de Bethesda, en Maryland, a donde fue llevado el cadáver del presidente para practicarle la autopsia.

El fórceps de la sorpresa comenzó a separar los labios de Olivia Perry. Desconocía aún lo que aquello podía significar, pero intuía que se hallaban en la antesala de un gran descubrimiento. Con toda probabilidad, mucho más importante de lo que ellos podían imaginar en aquellos momentos. Esto explicaría el inusitado interés que poseía la organización *Arcamun* que no se investigara el caso de las víctimas del *Vóltrax*.

—Martha Ritt, de soltera Martha Dulles, curiosamente, estuvo en la Casa Blanca semanas antes del atentado enviada por la empresa para la que trabajaba... Morandi, el compañero sentimental de Lewis Cameron, se encontraba el día del magnicidio en Dallas rodando una película... ¿Vas encajándolo todo, cariño...?

—¡No me lo puedo creer...!

—Sobre la quinta víctima, Tony Stolle, he podido averiguar que conducía la motocicleta que encabezaba la comitiva presidencial. Y por último, del fallecido en Bali no sé nada, pero intentaré hablar con su esposa por si puede aportarnos algún dato que relacione a su difunto marido con la muerte del presidente.

Olivia permaneció boquiabierta durante bastantes segundos, observando el expectante rostro de Foster que, sin duda alguna, esperaba un comentario por su parte. Un análisis que ella efectuó en forma de pausada reflexión.

—Evidentemente... no puede tratarse de una casualidad... Tres de las seis víctimas del virus se hallaban en Dallas en 1963... Una estuvo en la Casa Blanca poco antes... y la otra participó en la autopsia... De la sexta no sabemos nada, de momento, y todas han sido asesinadas con pocos días de diferencia... Sabían algo, está claro, relacionado más o menos con la muerte de JFK..., y por alguna poderosísima razón les han tapado la boca para siempre.

—Has hecho un retrato robot perfecto de la situación —le alabó Dan—. Los han mandado al otro mundo para que no hablen en éste. Pero... ¿por qué ahora? ¿Por qué después de tanto tiempo?

De improviso, a veinte metros de ellos, estalló el trepidante ritmo de la salsa dominicana. Dos potentes baffles, situados al borde de la piscina central mirando al mar, comenzaron a despertar del sopor de la siesta, o del relax de la sobremesa, a todos los huéspedes que se encontraban en el jardín de los bloques tres y cuatro. Había llegado la hora de la clase diaria de merengue, dirigida por el incansable equipo de animación que capitaneaba un joven nativo de treinta y pocos años, por cuyas venas y músculos brillantes, en vez de sangre, parecía fluir toda la caja de ritmos del Caribe.

Tras finalizar el almuerzo, la pareja de investigadores decidió alejarse de aquel ambiente discotequero para seguir hablando con tranquilidad. Provisos cada uno de un *coco- loco*, el del escritor con dos dedos de ron *Brugal Gran Añejo*, caminaron por la arena hasta tomar asiento en sendas tumbonas situadas en el extremo sur de la playa; un relajado lugar justo frente al bloque de habitaciones número siete, todas ellas tipo suite, donde se hospedaba Foster.

—¿Tiene alguna explicación lógica que yo esté en el bloque uno y tú en el siete?
—preguntó Olivia picada por la curiosidad.
—¡La tiene toda! —sonrió Dan rezumando ironía—. Mi editora es una celosa guardiana... de mi castidad.
Olivia tardó unos instantes en entender la situación mientras encadenaba una serie de risitas, transformadas luego en una descomunal carcajada que terminó con un abrupto golpe de tos.
—¡No me lo puedo creer!
—Pues créetelo. Lola es superinteligente, posee un olfato extraordinario para los negocios editoriales, es muy culta... Pero en cuestión de sexo..., en cuestión de sexo, como decimos en España, se le ha ido la olla por completo. O sea, que no está bien de la cabeza.
—Por supuesto, te la habrás tirado —aseveró la agente.
—Pues no, no me la he tirado.
—¡Vamos, Dan! —le reprochó— ¡Por favor!
—Bueno, yo no diría que me la he tirado... —condescendió él disimulando muy mal una sonrisa.
—¿Lo ves? ¡Te la has tirado!
—No. Hablando con propiedad, fue ella... la que “me tiró” a mí.
—Pues no me hace ni pizca de gracia el chiste, ¿sabes? —le recriminó Olivia poniéndose súbitamente seria.
El escritor abortó a duras penas una carcajada hasta reducirla a una sonrisa y, luego, le cogió con suavidad la mano al tiempo que la contemplaba con cariño.
—Olivia, Lola no significa nada para mí. Un día ocurrió, pero fue hace mucho tiempo. Sabes, o deberías saber, que a quien yo quiero de verdad es a ti —le confesó mirándola con fijeza a los ojos mientras le acariciaba el rostro.
—Me quieres, pero muy poquito. Si me quisieras de verdad, no habrías vuelto a meterte en el lío en el que estamos —le reprochó con la voz empapada en humor y ternura.
—Desde que te hice la promesa, han cambiado mucho las cosas, cariño. Además, tú misma lo has dicho. Descubrir quién mató a Kennedy es el gran sueño de cualquier escritor de investigación.
Ambos empuñaron sus aflautados vasos y degustaron con parsimonia la típica bebida dominicana antes de reanudar el tema que les había llevado a Punta Cana.
—Como hemos hablado, las víctimas del virus tienen relación, directa o indirecta, con la tragedia de Dallas... Pero, lógicamente, hay todavía muchos puntos oscuros. Deseaba hablar contigo para analizar despacio todo lo que sabemos y que hicieras de abogada del diablo. Yo estoy metido dentro del bosque y, con toda probabilidad, hay muchos árboles que no veo. A ver, qué se te ocurre, así de pronto...
—Primer árbol con el que topamos... —apuntó la joven consumidos unos instantes de reflexión— Hoy, cuando falta poco para que se cumpla el cincuentenario de la muerte de Kennedy, ¿qué importancia puede tener quién lo asesinó o quién ordenó su muerte, como para que alguien se cargue a seis pobres ancianos?
—Buena pregunta... Que se pueda saber hoy si fue la mafia quien lo mató, el comunismo, la CIA, el presidente Johnson, el FBI o las fábricas de armamentos..., no explica en absoluto el sinsentido de las muertes que estamos investigando. Hasta aquí, de acuerdo... —Dan efectuó un receso en su reflexión y después prosiguió con estudiada lentitud— Lo cual nos obliga a pensar que, posiblemente, muy posiblemente, hay algo en el magnicidio de Dallas, algo por supuesto muy importante, que no quieren que se conozca... que se conozca hoy.
—¿Algo más relevante que la propia autoría del crimen? —planteó Olivia.
—Exacto. Pero no atisbo a imaginar, y mira que le he dado vueltas, qué puede hoy ser

más importante que conocer quién fue el autor o autores del crimen. —planteó Foster muy concentrado, no sólo en sus mecanismos de raciocinio sino también en cualquier reacción que pudiera sorprender en las perfectas facciones de Olivia —A lo mejor debemos investigar... más que “quién ideó” el asesinato o “quien lo ejecutó”, el “por qué”... El “por qué” tal vez hoy podría ser un descubrimiento sensacional. No sé si me explico.

—Es posible... —apuntaló Olivia la hipótesis del escritor tras unos segundos de reflexión —, si ese “por qué” supusiera un descrédito para Estados Unidos. Pero aún así, no encuentro explicación al asesinato de los ancianos.

—Está claro que todas las hipótesis están abiertas. Pero de lo que no tengo duda, ninguna duda, es que nos encontramos en los aledaños de un gran descubrimiento —profetizó su compañero.

Un nuevo silencio, reflexivo, zozobante, se atrincheró entre ambos personajes. Como si intentaran localizar las respuestas a sus interrogantes en la inmensidad del Atlántico, viraron sus miradas hacia la planicie marina, apenas rizada por un viento atolondrado que generaba escasas y discontinuas olas. A lo lejos pasaba un catamarán atestado de turistas con la inevitable salsa a bordo que les impelía a bailar sin descanso. Varias motos acuáticas competían por llegar las primeras a la línea de arrecifes. Cerca de ellos, tres jovencitos nativos ofrecían cocos recién cogidos del árbol a quienes descansaban en la playa; cocos que los chicos limpiaban a machetazos con increíble destreza y luego los agujereaban para que los clientes pudieran verter ron en su interior. La mezcla de este licor con el jugo de la citada fruta se transformaba en una de las bebidas más deliciosas del mundo.

—Estoy de acuerdo contigo...—Olivia regresó con la mirada hacia Dan—. Estamos cerca de un gran descubrimiento. Pero también, no lo olvidemos, de un descubrimiento muy peligroso... De manera especial para ti.

El escritor la miró con fijeza arqueando levemente las cejas.

—¿A qué te refieres?

—Dan, me han encargado... que te mate —le reveló con semblante hierático al tiempo que le mantenía con marcada intensidad la mirada.

—¿¡Cómo dices!?! —El desconcierto, más que el miedo, se desparramó por todo el rostro de Foster.

—Si no lo hago... —inclinó la cabeza, cerró los ojos y se sumió en un lacerante silencio.

—¿Qué..., qué pasa si no lo haces?

—Ellos me matarán a mí.

7

A la misma hora que la agente Perry comenzaba a relatarle a Dan Foster la extraña reunión a la que asistió en algún lugar de las catacumbas de Manhattan, Parker se llevaba a la boca el primer bocado de la exquisita tarta de manzana que Hillary Sontag había preparado en su honor. Se encontraban en un modesto piso de Steiner Street, en el Marina District de San Francisco, sentados en un salón muy abigarrado con muebles sin estilo y numerosos “bodegones” colgados de las paredes.

—¿Qué tal, Richard?

—¡Estupenda, Hillary, estupenda! ¡Cada vez te sale más rica!

La señora Sontag, setenta y muchos años, menuda, pecosa, arrugada y con numerosas averías en su sistema locomotor, sonrió con la luminosidad de una niña feliz.

—Pues le falta, para mi gusto, una pizca más de canela —opinó la anfitriona.

—¡Nada! ¡No le falta nada! —pontificó su invitado al tiempo que se llevaba a la boca otro trozo del apetitoso pastel.

—¡Pues venga, a comérsela toda! ¿Te sirvo más té?

—Sí, por favor.

Al final de la distendida merienda, sazonada con los recuerdos comunes de antaño, Richard dirigió una sonrisa de complicidad a la señora Sontag. Seguidamente abrió un *attaché* que descansaba en el suelo, junto a la silla que ocupaba en el vetusto comedor donde merendaban.

—Yo también te he traído ese regalito que te gusta tanto.

—¡El *Longlife*!

—¡Premio para la señora! —exclamó el anciano al tiempo que ambos reían a carcajadas.

Parker le alargó una caja blanca de cartón, de veinte por diez por cinco centímetros, en cuya tapa superior se leía con letras rojas *Longlife-100* y debajo, a la derecha, *TRENER Laboratory* en color verde.

—¡Sabía que no se te olvidaría!

—¡Cómo se me iba a olvidar, querida!

—Cuando se me acaban, te juro que lo noto. Pero mucho que lo noto. ¡Lástima que no las vendan aquí!

—Volveré a decirle a mi yerno que a ver si las comercializan pronto en California.

—Yo no sé si es verdad que retrasan el envejecimiento o no. Pero lo cierto es que yo me encuentro mucho mejor cuando me tomo mi ampolla de *Longlife* cada semana.

—Eso mismo me dicen todos los amigos a los que se las regalo. Yo también las tomo y, la verdad, es lo que tú dices. No sé si rejuvenecen o no, pero yo me siento como un roble con ellas. Aunque ahora llevo un tiempo fastidiado..., pero es por otra cosa.

—Pues sí, Richard, no había querido decírtelo, pero te he encontrado con muy mala cara. ¿Qué te pasa?

—He fumado mucho y, ya sabes, los pulmones al final se resienten... Pero no es nada grave... Un principio de enfisema pulmonar.

—Pero tú dejaste de fumar hace años, ¿no?

—Lo que se fuma, Hillary, se queda dentro, y luego sale cuando quiere.

—Pues cuídate, que la próxima vez que vengas me tienes que traer más *Longlife*. ¡Mira, me lo voy a tomar ahora mismo!

Abrió la caja y aparecieron veinte pequeñas ampollas que contenían un líquido de color levemente rojizo, colocadas en dos hileras de diez unidades cada una e incrustadas en sus correspondientes soportes. Hillary alargó su huesuda y venosa mano atestada de pecas para coger una, pero abortó el movimiento al oír a Parker.

—¡Espera un momento! Han introducido un cambio en el tratamiento.

—¿Cómo?

—Bueno, un cambio muy pequeño. Verás, te explico... Ahora aconsejan que, si es la primera vez que se toma el tratamiento, o no se ha seguido desde hace mucho tiempo, como es tu caso, se debe comenzar por esta ampolla —Mientras le explicaba lo anterior, cogió la dosis situada en el extremo de una de las dos hileras, cuyo color resultaba sensiblemente más oscuro que el resto—. Esta ampolla, como ves, es un poco diferente a las demás. La llaman de “arranque” y es porque tiene una carga de antioxidantes tres veces superior a las demás.

—Ah, qué bien.

Hillary Sontag tomó el pequeño frasco que le ofrecía su amigo, quebró el extremo superior haciendo palanca con los dedos y vertió de una vez el contenido en su boca. Tras esbozar un gesto de desagrado con sus músculos faciales, alargó con rapidez la mano hacia la taza y bebió un generoso sorbo de té para paliar el mal sabor de la ampolla.

—Sí, la de arranque tiene un gusto muy desagradable —comentó su amigo al tiempo que sonreía observando la cara de asco que ponía su anfitriona—. Las demás tienen el mismo sabor de siempre. Aunque, ya se sabe, una medicina nunca es un caramelo.

Richard miró su reloj y apuntó un gesto de sorpresa.

—¡Vaya! Se me ha hecho tarde. Lo siento, Hillary, pero me tengo que ir. ¿Qué tal tu hija Joan, que no te he preguntado por ella?

—Trabajando mucho. ¡Ah, y ya tengo otro nieto, no te lo había dicho! ¡Precioso, precioso! ¿Quieres ver su foto?

—Venga, enséñamela pero, por favor, date prisa. Me están esperando en otro sitio y ya voy tarde.

—Verás que guapo es. Es sólo un minuto.

Hillary Sontag enderezó con dificultad sus entumecidas piernas y, balanceándose de izquierda a derecha en cada paso debido a sus caderas operadas, abandonó el salón en dirección al interior de la vivienda. Una vez que desapareció de su vista, Richard Parker cogió los dos trozos de la ampolla, los envolvió en una servilleta de papel y los guardó con premura en el *attaché*.

Durante la espera, volvió a consultar su reloj y alteró su impasible rostro con un gesto de impaciencia. Justo en ese momento, sonó su móvil y lo extrajo del bolsillo interior de la chaqueta. Al observar quién le llamaba, la sorpresa prendió en su semblante. Reflexionó durante unos segundos con el gesto torcido y, finalmente, optó por no contestar.

8

—¡Sigo sin entender nada! —exclamó Foster tras permanecer con la frente y el entrecejo arrugados durante casi treinta segundos—. No lo entendí ayer cuando me lo explicaste y tampoco lo entiendo ahora.

—¡Pues imagínate yo! —le contestó Olivia acompañando las palabras con un gesto manual de desmesura— Ya sé que llevamos un día y medio con lo mismo, pero tenemos que seguir...

Desde que Olivia le reveló la orden de matarle y, si no lo hacía, sería ella la que moriría, no habían dejado de darle vueltas a la peligrosa situación en la que se hallaban involucrados.

—A ver... Vamos por partes... Hay una organización llamada *Arcanum* que es otro servicio secreto, o lo que sea..., por encima de la todopoderosa CIA.

—Afirmativo.

—Eso, ya de por sí, justifica el que sigamos investigando. Y prueba, de paso, que el Gobierno norteamericano guarda con inusitado celo una determinada información sobre el asesinato de JFK.

—¿Quién te ha dicho a ti que es el Gobierno norteamericano...?

—Es obvio, ¿no...? Si la CIA depende de esa organización, o lo que sea, está claro que es la Casa Blanca, en última instancia, la que no quiere que salga a la luz lo que conocían las víctimas del *Vóltrax*.

—No necesariamente. La CIA, Dan, deberías saberlo, lleva a cabo muchas misiones a espaldas de la Casa Blanca. Lo ha hecho en el pasado, lo hace ahora y lo seguirá haciendo en el futuro. E igual debe ocurrir con *Arcanum*.

—Espera, que me empiezo a perder otra vez —le pidió Foster.

El escritor español y la agente norteamericana cenaban en un rincón del restaurante italiano *De Mario's*. Apenas prestaban atención al exquisito *rissotto* con setas y langostinos que comenzaba a enfriarse, aunque sí al rosado francés, un Burdeos que un solícito camarero escanciaba de vez en cuando en dos resplandecientes copas de

soporte labrado.

—Retomo desde el principio. La CIA, digamos, es un estado dentro del Estado. ¿De acuerdo...?

—Olvídate de la CIA por el momento —le pidió Olivia—. Aquí, el elemento clave y diferenciador es la aparición en escena del tal *Julius* y la organización que preside. Una agencia paraestatal que, de forma incomprensible, está por encima de la CIA y que puede depender, o no, de la Casa Blanca... Yo me inclino a pensar que está supeditado a eso que llaman “los poderes fácticos”. Y esos poderes, querido Dan, están cerca de la Casa Blanca, pero casi nunca dentro de ella.

—¡Joder, qué puzle!

—Un auténtico rompecabezas. Lo que no debemos olvidar en ningún momento es que me han ordenado liquidarte. Y cuando constaten que no lo he hecho, *Arcanum* la CIA intentarán matarme a mí y, por supuesto, a ti también

—¿La CIA, asesinando a una hija suya...? —planteó con asombro Foster.

—Dugan, mi jefe, tal vez no. Bueno, tampoco pondría la mano en el fuego por él. Pero la agencia... la agencia es una hidra con mil cabezas. Y muchas de esas cabezas no piensan. Sólo obedecen y cobran.

Se estableció un silencio en el que llegó hasta sus oídos el fondo musical que emanaba de unos altavoces semiocultos en el restaurante. En esos momentos, *La Lontananza* del inmortal Modugno, en versión orquestal, acariciaba los oídos de los comensales.

—Bien. Solucionamos el problema... Ya lo tengo... Mátame. Pero antes, querida, hagamos el amor... ¡Cien veces! —le propuso Foster teatralmente reprimiendo a duras penas los borbotones de risa que trepaban por su garganta.

—¡Por favor, Dan! ¡Déjate de bromas! Estamos los dos en un grave peligro y tú no te lo tomas en serio. Fallaron en Islamorada, pero te aseguro que no volverán a fracasar.

—No me lo tomo a broma, cariño. Sólo trato de desdramatizar una...

—¡Ese es el problema! —le cortó ella con creciente indignación— ¡No eres consciente del polvorín sobre el que estamos! Tiene la mecha encendida y tú no la hueles porque sólo ves la portada de un libro con una franja que dice “¡Cinco millones de ejemplares vendidos en sólo seis meses!” ¡De acuerdo! Si descubres y pruebas quién mató a Kennedy y por qué, estarás en el primer puesto de la lista *debest-seller* de todo el mundo. Pero los ejemplares los tendrás que firmar a través de una médium porque tú estarás en el más allá. ¿¡Comprendido!?! ¿¡Eres capaz de meterte esta idea en tu dura cabecita!?

Sorprendido por la virulencia del tono empleado, Foster tomó conciencia de la angustiada preocupación que embargaba a Olivia. De repente, se puso serio y le acarició la mano sobre el niveo mantel de la mesa.

—Perdona, cariño. Estás en peligro por mí y no tengo ningún derecho a bromear...

—Dan, no te pido que abandones esta investigación porque sé que no lo vas a hacer. ¡Y lo que más me jode, ¿sabes qué es?, que yo no tenga lo que hay que tener para mandarte a la mierda! —La joven volvió a encrespase, aunque logró atemperar su enojo y terminar su exposición con más tranquilidad— Voy a estar a tu lado pero, por favor, pensemos despacio qué pasos tenemos que dar y cómo los vamos a dar. Y lo más importante... Te lo ruego, no me digas una cosa y hagas otra. No vuelvas a engañarme como a una niña —casi le suplicó.

—De acuerdo... Te prometo no hacer nada que no esté consensuado antes contigo. Puedo parecer frívolo en algunas ocasiones, cariño, pero no soy ningún inconsciente.

La seriedad y el compromiso de Foster animaron a Olivia a plantear una hoja de ruta con dos vías de actuación muy claras que, a su vez, poseían varios puntos en común y, previsiblemente, el mismo final. Por una parte, terminar de desentrañar el misterio de las seis víctimas del *Vóltrax* y su relación con el magnicidio del 63 en Dallas. Y por otra, averiguar qué interés tenía el tal *Julius* y su inquietante organización en que no se

investigara a las personas fallecidas por el virus.

—Está claro. Tú te encargas de *Arcanumy* yo sigo con las víctimas y la vía Kennedy. Por cierto, no me has dado los datos de la persona fallecida en Bali —le recordó el escritor.

—Los tengo en la agenda, pídemelos luego... De acuerdo, yo intentaré averiguar qué se esconde en esa especie de bunker al que me llevaron. No sé cómo podré entrar en él, no va a ser nada fácil, pero ya me las arreglaré. Supongo que mi ex me echará una mano.

Olivia miró por la ventana del restaurante desde la que se divisaba una panorámica privilegiada de la espectacular plaza central de la urbanización, punto de inserción nocturna de todo el hormiguero cosmopolita que pululaba por el Gran Oasis Punta Cana. En el cielo, una luna llena, como un pan de plata, hacía brillar numerosos meandros de estrellas.

—Si pudieras convencer a Dugan... Pero después de la discusión que me contaste...

—Él tampoco debe conocer el camino, supongo... Al menos el camino exacto. Y nunca accedería a ayudarme. Sería jugarse la carrera.

Olivia continuaba observando la fauna humana que empezaba a ocupar los chiringuitos para iniciar la larga noche de copas, visión que abandonó cuando oyó al camarero preguntar:

—¿Van a tomar postre los señores?

—¿Qué te apetece, cariño?

—¿Qué tienen de dulce? —indagó la investigadora.

—Helado *destrachatela*, *detuttifrutti*, de vainilla, tarta de manzana, flan, manzana asada caramelizada...

El maître, un latino enjuto con bigote y cejas anchas que parecían pintadas a carboncillo, continuó enumerando una larga lista de postres, pero la joven dejó de oírle. Sus ojos se habían quedado petrificados mirando en una determinada dirección y un amago de estupor comenzó a entreabrir con lentitud sus carnosos labios.

—Olivia... ¡Olivia...! A ver, qué quieres tomar —le preguntó Foster ante la actitud de espera *del maître*.

—¿Cómo...? ¡Ah, perdón! Un... un helado.

—¿De qué gusto, señora?

—Pues...

—¿*Strachatela*, *tuttifrutti*, vainilla?

—De... *detuttifrutti*...

—¿Y el señor...?

Dan había tomado conciencia de que a Olivia le pasaba algo y, sin apartar la mirada de su tenso semblante, pidió:

—Un café solo... con unas gotitas de coñac y dos bolsas de azúcar, por favor.

—¿Un carajillo?

—Eso es, un carajillo; pero que no esté muy cargado de coñac.

Al alejarse *el maître*, Foster giró la cabeza en la misma dirección que miraba Olivia, no alcanzando a descubrir el objeto de su inusitado interés.

—¿Pasa... algo?

—¿Recuerdas en el restaurante de Richmond... lo que me soltaste al sentarte frente a mí...?

—Ni idea.

—Dijiste textualmente... “Que nos cruzáramos dos veces en Nashville pudo ser una casualidad. Que nos volvamos a encontrar en Richmond, no lo es”. ¿Te acuerdas ahora...?

—Sí, más o menos debió ser eso... ¿Y...?

—El matrimonio que está al fondo a tu derecha, pegado a la pared, debajo de la foto

del Coliseo de Roma...

—¿Los que se están zampando una pizza cada uno? —preguntó el escritor observando a un hombre canoso con mostacho cosaco y una señora muy repintada, ambos setentones y de aspecto bonachón.

—Sí, ésos.

—¿Qué pasa con ellos?

—Pasa que ayer por la mañana, cuando llegué, estaban en el hall del hotel sentados frente a la puerta. Luego comieron al mediodía en el mismo restaurante que nosotros. Vale, no tiene importancia. A primera hora de la tarde se estuvieron tomando un cocoloco en el mismo bar que nosotros. También puede entrar dentro de la lógica, porque todos los que estamos aquí frecuentamos más o menos los mismos sitios.

—Pues sí... no tiene nada de particular. Es normal. Estamos en un recinto casi cerrado...

—¿Tomaste todas las precauciones que le recomendé a tu editora para salir de Estados Unidos?

—Sí, fui en autobús hasta el aeropuerto, recogí el pasaje en la agencia de la compañía para viajar en turista y lo cambié, cinco minutos antes del embarque, por uno *debusinessy*... A ver si me acuerdo..., ya en el avión, le ofrecí el asiento de primera clase a un hombre de, más o menos mi misma edad, por el suyo de turista...

—Y sin embargo...

—Sin embargo, ¿qué...?

—Creo que nos están siguiendo. ¡Ese matrimonio nos estáespiondo! ¡O te han seguido a ti o me han seguido a mí!

—Por favor, Olivia, es imposible. Te pierde tu deformación profesional. ¡Seguro!

—¡De deformación profesional, nada! Las tres coincidencias que te he contado pueden ser casualidades, pero sigo. Ayer también nos cruzamos con ellos cuando paseábamos al atardecer por la playa y luego, mientras estábamos jugando al *black-jacken* el casino antes de cenar, los dos estaban en unas máquinas tragaperras cercanas. Por si fuera poco, esta mañana andaban por la tienda de licores cuando entramos a comprar ron y después nos siguieron hasta la sala de internet... Y ahora están cenando aquí.

—¡Joder, qué sentido de la observación! —exclamó Foster para, finalmente, diagnosticar bajando la voz con preocupación—: Está claro que nos están vigilando.

—Cuando te tenían controlado en Dallas y en las otras ciudades, pensaba que era lógico. Ellos sabían dónde vivían los familiares de las víctimas del *Vóltrax* y te esperaban en las proximidades para seguirte después... Pero ahora... no puedo entender cómo han llegado hasta aquí.

—Y al tenerme controlado a mí, también te tienen localizada a ti, con lo que esto significa a raíz de la visita que me has contado a *Arcanum*... ¿Qué hacemos, cariño?

—¡De momento, largarnos de este hotel! ¡Cuanto antes!

—¿Cuándo es... cuanto antes?

—¡Ya!

9

La visita de Parker a Brian Nelson en su casa de Sausalito, un pueblo de lacosta californiana en la bahía de San Francisco, tuvo lugar al día siguiente de encontrarse con Hillary Sontag.

Mary, su animosa mujer, lo recibió en el porche de su pequeña pero coqueta casa de

Princesa Street, cerca del hotel The Bables. De inmediato, le condujo al salón donde se encontraba Brian en una silla de ruedas a la que estaba sujeto desde hacía casi cinco años. Acababa de cumplir setenta y nueve y su rostro, de piel apelmazada, exhibía todavía una cierta jovialidad gracias a la gran viveza de los ojos. Tras un efusivo abrazo entre los dos viejos amigos, Mary les dejó solos.

Recordaron, como siempre, el pasado y se contaron los numerosos achaques de salud que les habían afectado desde la última vez que se vieron, hacía ahora algo más de dos años.

—Bueno, qué le vamos a hacer, ya no somos unos niños —comentó resignado Nelson.

—Y que lo digas, amigo, y que lo digas —Sonrieron al unísono—. Oye, Brian, ¿sigue abierto el restaurante marinero ése en el que hemos comido alguna vez?

—¿*Paradise Bay*? Sí, claro. ¿Te apetece que vayamos?

—¿Te atreves con la silla...?

—Si me empujas un poco para subir el umbral...

—Yo te empujo lo que haga falta y, si en algún momento no pudiera, ya pediremos ayuda. No te preocupes.

—¿Se lo digo a Mary por si le apetece venir?

Su visitante le hizo un gesto negativo al tiempo que le guiñaba un ojo y le sonreía.

—Déjala, así podremos hablar de cosas de hombres. Ya me entiendes...

—¡Mary! —Brian elevó la voz para que le oyera su esposa en el interior de la casa y, segundos después, apareció en el salón— Nuestro amigo me va a llevar a dar un paseo. Cuando llegue la hora, almuerza tú. Nosotros tomaremos algunas copas y comeremos algo.

—Ah, muy bien. Así te distraes un poco. Gracias, Richard. Siempre tan amable.

—Para eso están los amigos ¡Hasta luego, Mary! —se despidió Parker cogiendo su *attaché* colocándolo sobre las piernas de Nelson.

Bebieron varias latas de cerveza al tiempo que degustaban diversas clases de pescado, la especialidad de la casa, frito, al horno y a la parrilla, cada uno con una salsa diferente. De postre les sirvieron un voluminoso triángulo de tarta de chocolate con dos bolas de helado de vainilla y, para rematar la comida, pidieron sendos *güisquis*.

Mientras degustaban un *Balantine* ´s con mucho hielo, Parker abrió el *attaché* y le alargó a su amigo una caja de *Longlife-100*.

—¡Sabía que no se te olvidaría! —exclamó el inválido al ver la medicina— Mary dice que no sirve para retrasar el envejecimiento porque no quita las arrugas. Pero yo creo que las arrugas no tienen nada que ver con la vejez. Bueno, tienen que ver, claro, pero yo me siento muy bien cuando tomo estas ampollas.

—Una cosa, Brian... —Richard abrió la caja— Ahora han cambiado la forma del tratamiento. Hay que tomarse una cada semana, como siempre. Pero la primera que cojas debe ser ésta —le señaló la que tenía un color más oscuro que las demás—. Le llaman “de arranque”. Mira, bébetela ahora mismo y así no se te olvidará.

Parker cogió la mencionada ampolla, la quebró por el extremo marcado para ello y se la ofreció a su amigo. Brian se tragó el líquido de una vez y su cara, al igual que la de la señora Sontag, se descompuso durante unos segundos por el pésimo sabor que tenía.

—¡Joder, qué mal gusto!

—¡Pégale un buen trago al *güisqui*!

Mientras Nelson combatía el desagradable emboque de la medicina con el exquisito paladeo del *Balantine* ´s, sonó el móvil de su visitante. Miró la pantalla y, al comprobar de quién se trataba, optó por no contestar.

—¿Se te ha pasado ya...?

—No creas.

—¡Pues dale otra vez al vaso, hombre!

Volvió al sonar el móvil. Parker comprobó que se trataba de la misma persona de la llamada anterior y, torciendo el gesto, cerró el teléfono. Se quedó totalmente absorto, con la mirada perdida en un punto indefinido, al tiempo que exteriorizaba un ligero nerviosismo tableteando con los dedos sobre la mesa.

—¿Algún problema, Richard...?

—No... ¡No, ninguno! ¿Otro güisqui? ¡Venga, un día es un día!

A las seis y media, se despedía de Brian Nelson y de su esposa. Mientras tomaba un taxi en la puerta del hotel The Bables, el móvil le alertó de un mensaje. Lo abrió y un escalofrío se extendió por todas las ramificaciones de su sistema nervioso.

—*Señor Parker, sé por la señora Hillary Sontag que está usted en California y no ha querido verme. Quedamos en negociar este año nuestro pacto. Le recuerdo que no se me ha olvidado ningún detalle de cuanto ocurrió en Brentwood la noche del 4 al 5 de julio de 1962. Tiene de plazo 48 horas. Ni un minuto más. Un saludo. Paul.*

Habíasido un error, un grave error, no haber estudiado la forma de acabar de una vez con el chantaje de Paul Wagner. Richard se maldecía a sí mismo por no haber abordado ya la solución definitiva del problema. Sabía que no podía eliminarle con el truco de la ampolla *Longlife-100*, pero debía tener preparado un plan *ad hoc* y haber aprovechado el viaje para ponerlo en práctica.

Se encerró en la habitación del Radisson Hotel donde se hospedaba y comenzó a elucubrar sobre la mejor manera de enviar al marido de Jane Wagner al otro mundo. No iba a ser fácil porque era un tipo listo y, además, no había participado de la “mística” bajo la que cooperaron los demás como, por ejemplo, la señora Sontag y Brian Nelson. Una hora después se levantó de la silla, dejando sobre el papel de cartas del hotel varias notas inconclusas, apuntes poco convincentes, y se puso a pasear por la habitación al tiempo que rumiaba en su mente las diversas alternativas. La más obvia y fácil, contratar a un asesino profesional. Esta idea colisionaba de manera frontal con una máxima que presidía toda la profesionalidad de Richard: “Todos los éxitos de mi vida se los debo a no haberme fiado nunca de nadie”.

Pero ahora, con pocas fuerzas, fuera de su ambiente, pisando territorio que no tenía explorado y, sobre todo, urgido por las prisas, comenzó a contemplar la posibilidad de recabar la ayuda de un sicario; una idea que fue madurando poco a poco mientras recorría una y otra vez la habitación de una pared a otra.

Y fue en uno de los giros cuando notó algo extraño en una pierna. Continuó andando y, a los tres pasos, se volvió a repetir la molestia. Siguió con el ir y venir y, en un nuevo giro, ocurrió lo mismo... La pierna izquierda se le quedaba atrás. Era como si se produjera, de manera intermitente, una desconexión entre el cerebro y el sistema locomotor de la citada extremidad.

En principio lo achacó a la tensión emocional acumulada durante la hora que había permanecido sentado en la silla intentando encontrar un buen plan para eliminar a Paul Wagner. Pero pronto, una cruel sospecha le clavó sus afilados colmillos en el ánimo. Esa sospecha tenía un pavoroso nombre: metástasis.

10

Desde Punta Cana, el escritor español voló a Austin, la capital de Texas, y desde ésta en autocar a Dallas. Al mismo tiempo, Olivia Perry se desplazaba directamente a Washington.

Nada más aterrizar en la ciudad texana, el móvil de Foster recibió un sms informándole de una llamada perdida. Desconocía quién era su dueño ya que no tenía memorizado el número y, hasta que no subió al autobús camino de Dallas, no tuvo tiempo de buscarlo en la agenda de trabajo. Perteneecía a Amy, la hija de Tony Stolle, quinta

víctima del *Vóltrax*, el conductor de la motocicleta que abría la comitiva en la que viajaba el presidente Kennedy el día de la gran tragedia.

—Señorita Stolle, soy el escritor español ¿me recuerda?

—¡Hola, señor Foster! Claro que le recuerdo. Le llamé el miércoles.

—Lo acabo de ver ahora. He estado fuera del país unos días. ¿Qué deseaba?

—Hablar con usted de algo... Algo que puede ser importante.

—Justo en estos momentos estoy viajando en autobús hacia Dallas. Si quiere, mañana podemos vernos a la hora que le venga bien a usted.

—¿Qué le parece a las dos, en mi casa?

—Ningún problema por mi parte. Dígame la dirección.

Al día siguiente, a las catorce horas en punto, Dan pulsaba el timbre de la vivienda de Amy Stolle en el 1080 de Garland Road. Dos minutos más tarde se hallaban sentados frente a frente en un salón de muebles avejentados, lienzos sin valor en las paredes y una gran alfombra en el suelo que había perdido sus colores originales por el uso y la suciedad.

—El otro día, cuando hablamos en el *McDonald's*, no le comenté algo que, como le dije ayer por teléfono, puede ser interesante. Entonces no le conocía de nada. Además, me quedé paralizada al oír de sus labios que mi padre había muerto asesinado, y no de una neumonía atípica como habían certificado los médicos. Puede usted comprender que, en aquel momento, tenía un caos total de ideas y sentimientos...

—Me lo imagino.

— Hubiera sido una traición a su memoria y esto es lo último que yo haría... Sin embargo, después de nuestra conversación, me convencí de que mi padre, sí, fue asesinado. Su muerte fue muy extraña. Mire... De encontrarse perfectamente de salud, en cuatro días pasó a estar enterrado. Fue muy duro... Y ahora, al saber que se trata de un crimen, las cosas han cambiado... Hay algo... Algo que le juré a mi padre no revelárselo nunca a nadie...

A medida que desgranaba sus confusas reflexiones, Amy Stolle iba poniéndose cada vez más nerviosa. Dan se limitaba a escucharla, a estudiar cada una de sus palabras y sus gestos, respetando sus pausas y sin atreverse a romper el delgado hilo de sus pensamientos hasta que el silencio se alargó casi un minuto.

—Señorita Stolle... Desconozco para qué me ha hecho venir. Si no quiere seguir hablando, lo comprenderé. Pero si sabe algo, por mínimo que sea, a lo mejor... A lo mejor, no. ¡Seguro! Seguro que podrá ayudar a que otras personas no mueran también envenenadas.

Su interlocutora tenía los ojos fijos en un punto muy lejano. Mirada que, a veces, regresaba al rostro de Foster para luego volver al mismo punto. Convencido de que Amy podía proporcionarle una buena pista, el escritor español tomó conciencia de que debía aumentar la presión para que su indecisa confidente le revelara el motivo por el que le había llamado.

—Amy... Su padre ha estado recibiendo un dinero cada año por un servicio que, con casi toda seguridad, hizo el día que murió Kennedy... Bien por callar algo de lo que se enteró... o tal vez por conocer quién o quiénes estuvieron detrás de aquel horrible crimen... ¿Qué era, exactamente, lo que sabía su padre?

La señorita Stolle se levantó de la mecedora donde se hallaba sentada, apenas a un metro de la terraza; dio unos pasos inseguros por el salón y después abrió un gran ventanal, respirando con sonora profundidad, varias veces, el aire de la calle. Siempre bajo la atenta mirada de Foster, caminó luego hacia una estantería adosada a la pared y se detuvo a contemplar una foto de su padre, joven y sonriente, enmarcada en alpaca bruñida. Por último, regresó a la butaca y volvió a sentarse muy cerca de la acristalada puerta de la terraza. Clavó los ojos en su visitante sin atreverse a pronunciar una sola sílaba, como si todas las palabras se hubieran atrincherado en sus intestinos.

—Señorita Stolle... ¿qué ocurrió en Dallas el 22 de noviembre de 1963? ¿Quién mató al presidente? ¿La mafia? ¿La industria armamentística? ¿La CIA? ¿Los anticastristas...?

Los labios de la mujer esbozaron una tenue sonrisa ante la enumeración de Foster y, por fin, se decidió a hablar tras soltar con rotundidad varios resoplos.

—Yo siempre sospeché..., por algunas confidencias a media voz que me hizo mi difunta madre, que un dinero que recibíamos cada año en el banco tenía algo que ver con la muerte de Kennedy. Nunca me había atrevido a preguntárselo a papá, pero cuando enfermó de gravedad se lo planteé en un momento que conversábamos tranquilamente.

El interés más absoluto hinchaba los ojos del escritor y parecía ponerlos al borde del estallido ocular.

—¡Continúe, por favor!

—Me respondió que era un secreto que no me podía revelar porque pondría en peligro mi vida. Pero ante mi insistencia, y después de jurarle, como le dije antes, que no se lo contaría a nadie, accedió a darme sólo una pista. De esta manera, por una parte no quebrantaría su gran secreto y, a la vez, me dejaría de alguna forma satisfecha.

—¿Una pista...? ¿Qué pista? —Aumentaba de forma exponencial la expectación del escritor español.

—Textualmente, me dijo lo siguiente... *Piensa un poco, Amy. Si más de mil libros y casi un millón de artículos, escritos muchos de ellos por los mejores investigadores del mundo, no han podido probar quién mató a Kennedy..., sólo puede haber una explicación.*

—¿¡Cómo!?! — Desconcertado por completo, Dan arqueó ostensiblemente las cejas y, aunque estaba grabando la conversación, abrió su bloc y fue anotando los datos que creyó más significativos de cuanto narraba la señorita Stolle— Por favor, repítame despacio, muy despacio, lo que le dijo su padre.

—*Piensa un poco, Amy. Si más de mil libros y casi un millón de artículos, escritos muchos de ellos por los mejores investigadores del mundo, no han podido probar quién mató a Kennedy..., sólo puede haber una explicación.*

Foster absorbía por completo con la mirada el rostro de su interlocutora, al tiempo que intentaba descifrar en su cerebro, a toda velocidad, el enigma que encerraban las palabras pronunciadas por su padre en el lecho de muerte.

Por eso vio con toda claridad cómo una certera bala, tras romper la puerta encristalada de la terraza, impactaba de lleno en la cabeza de Amy Stolle desparramando su masa encefálica por las paredes, el techo y el suelo del salón.

CAPÍTULO QUINTO

1

El restaurante se llamaba *Scarlett*, se encontraba en las proximidades del río Potomac, no lejos del cementerio de Arlington, y era todo un homenaje a *Lo que el viento se llevó*, la película de Víctor Fleming basada en la novela de Margaret Mitchell que protagonizaron Vivien Leigh y Clark Gable.

Cada camarera portaba uno de los vestidos que lucían Scarlett O'Hara y Melanie Hamilton en el citado film, y sus homónimos masculinos llevaban los trajes y uniformes militares de Rhett Butler y Ashley Wiekles. Igualmente, el amplio local exhibía en puertas y ventanales imitaciones de los visillos y cortinajes del film, y de las paredes colgaban gigantescos lienzos que reproducían al óleo los fotogramas más conocidos de la mítica película.

Charles Williams no la había citado en *Scarlett* por sus inclinaciones cinéfilas, aunque era fan de la saga *Harry* protagonizada por Clint Eastwood y de *Jack Ryan*, encarnado por Harrison Ford. La elección del mencionado restaurante encerraba un motivo práctico. Uno de los socios del negocio era cuñado suyo y este parentesco le garantizaba una discreción casi absoluta cuando lo deseaba. Podía elegir una sala reservada y acceder a ella por la entrada de la cocina, eludiendo toda vigilancia que pudiera existir en torno a la puerta principal, así como estar a cubierto de cualquier sofisticado dispositivo de espionaje montado en el interior del establecimiento.

Olivia Perry llegó seis minutos después de la hora convenida, las veintiuna quince, y tras un rutinario beso en la mejilla como saludo pidieron la cena; una parrillada de verduras con cuatro salsas diferentes para untar o mojar las hortalizas, merluza hervida con salsa de cebolla y un *Beringer Chardonnay 2005*, un blanco californiano con aroma a frutas tropicales.

—Tenemos todo el tiempo que quieras para charlar y comer —le informó Charles una vez que se hubo retirado el camarero, un apuesto cuarentón uniformado de capitán sureño con el pelo brillantado, ebrio de gomina y peinado para atrás.

Olivia y Williams habían entrado en la CIA casi al mismo tiempo. La joven optó por la labor de agente. Le gustaba la investigación, las misiones arriesgadas, los viajes; en definitiva, la vida aventurera con la que siempre había soñado. A Charles, por su parte, le tiraba más la labor de despacho, la burocracia como ciencia para que funcionen los diferentes organismos; inclinación que le había llevado a alcanzar un buen puesto en la agencia, ya que era uno de los tres subdirectores de Asuntos Internos.

La exposición de Olivia duró, exactamente, todo el tiempo que emplearon en degustar con parsimonia el surtido de verduras a la plancha.

—Primera noticia que tengo de esa organización. ¡Ni puta idea hasta ahora! —le confesó su ex pareja con una expresión lindante con la alucinación.

—¿De verdad...? ¿De verdad no habías oído nada sobre *Arcanum*? —le interrogó Olivia, no porque dudara de Charles sino para que se reafirmara en su contundente aseveración.

—En absoluto. Porque me lo cuentas tú, si no pensaría que se trata de una historia de ciencia ficción.

—En realidad, todo lo que rodea a esa organización parece eso, ciencia ficción. Pero,

desgraciadamente, no lo es. Y lo que es peor, tienen menos escrúpulos que la CIA, que ya es decir.

Mientras les servían el segundo plato, la pareja de comensales guardó un concentrado silencio. Charles mantenía la mirada adherida al vaso de vino que empuñaba con su mano derecha, al tiempo que hacía girar en su interior el apetitoso líquido como buscando reflejos nuevos. Olivia observaba con gran atención cada movimiento de sus músculos faciales, cada gesto de los labios, cada contracción de sus párpados.

Ambos personajes habían recalado en la CIA por caminos muy diferentes, aunque con posturas ideológicas bastante similares.

Charles Williams, aficionado desde pequeño a las películas y a las novelas de espías, trabajó como abogado criminalista en un bufete de Atlantic City. Hastiado de la suciedad judicial, donde el dinero ganaba todos los juicios, y gracias a su amistad con un alto cargo de la CIA, en 1998 entró a trabajar en el departamento jurídico de la agencia. Ambicioso por naturaleza, poco escrupuloso y bastante maquiavélico, tenía puestos sus ojos en la dirección general, un excelente trampolín para sus secretas aspiraciones políticas

Olivia, por su parte, militó muy activamente en su juventud dentro de los movimientos antiglobalización. Guiada por un idealismo lindando con la ingenuidad, creyendo que podría mejorar el mundo desde el vientre de la CIA y no jugando a tirar piedrecillas a las fuerzas antidisturbios en Davos, un día decidió entrar en ella con la noble intención de limpiar toda la suciedad acumulada en Langley desde la guerra de Irak.

Se conocieron durante la primera fiesta que celebró la promoción de Olivia. Intimaron en las semanas siguientes y, a los cuatro meses, decidieron vivir juntos, convivencia que duró justamente doscientos diez días. Seis semanas de felicidad, ocho de paz pactada, seis de ruptura de hostilidades y tres de guerra abierta.

Representaban la típica pareja que se enamora con locura y que, con la erosión del día a día, descubren en poco tiempo con atroz realismo que no están hechos el uno para el otro. Pronto pasaron por la desagradable experiencia de ver que eran del todo incompatibles en el enfoque de las tareas caseras, en la administración de las relaciones con las respectivas familias, en los *hobbies* particulares y en las amistades de cada uno. Y como remate, un día terminaron aceptando también que el volcán sexual inicial se había apagado entre ellos. Un desastre. Sin paliativos.

Sin embargo, a raíz de separarse, inexplicablemente, casi como un milagro, surgió entre ellos una excelente relación de amistad y confianza con una fortaleza muy superior a cualquier vínculo matrimonial.

—Primera cosa —comenzó apuntando Williams cuando el camarero les dejó solos en el reservado tras servirles la merluza hervida con ajo y cebolla, y depositar al lado de cada uno una minitarrina de mayonesa—. Está claro que, *de facto*, estás ya fuera de la CIA. Seguro que ese *Arcanum* ha pedido tu cabeza a Dugan y tu expediente de expulsión debe encontrarse ya sobre la mesa del director de Recursos Humanos. Segundo... Ten cuidado con ese escritor español. La historia que me has contado de las personas fallecidas por el virus, y que todas tuvieron relación con la muerte de Kennedy, me huele a un cuelgue imaginativo de mucho cuidado. Y con respecto a ese lugar secreto de Manhattan a donde te llevó Dugan..., me temo que sólo él conoce el camino y no creo que esté dispuesto a facilitarte un mapa para llegar hasta allí.

—De acuerdo en lo de Dugan. Precisamente en este punto entras tú y por eso estamos cenando hoy juntos. Necesito que tu incomparable superinteligencia genere una brillante idea para que Bob me facilite el lugar exacto donde se encuentra *Arcanum*—apostilló Olivia con una sonrisa entre infantil y seductora.

—¿Una idea brillante...?—El semblante de Charles se tiñó de gran ironía al tiempo que sonreía—. Sexo.

—¿Sexo? ¡Que original! —le devolvió ella la ironía.

—Se-xo —recalcó Williams—. Su debilidad es el sexo. ¿No lo sabías?

—¡Por supuesto! ¡Y la tuya! ¡Y la de mi portero! ¡Y la del ciento diez por ciento de los hombres! ¡Una idea brillantísima, resplandeciente! ¡Te felicito! ¡Me has sido de gran ayuda! —Se mofó de él al tiempo que gesticulaba ampulosamente con los brazos. Su ex pareja soltó una estentórea carcajada. En ese momento sonó el móvil de Olivia en el interior del bolso. Lo extrajo y comprobó el número que aparecía en pantalla; esbozó un gesto de ignorancia y rechazó la comunicación.

—Cierto, todos los hombres somos unos obsesos del sexo. Pero es que Dugan tiene una inclinación sexual especial... Le gustan mucho... las niñas... ¡Muchísimo!

—¡Qué me estás diciendo! —El asombro y el asco se desparrramaron por el armónico semblante de la joven.

—Y además, su gran pasión es hacerlo en grupo. Me enteré cuando él era director de Operaciones Exteriores.

—¡Joder con Dugan! ¿Pero... cómo? ¡Si siempre estaba en su despacho!

—Excepto cuando viajaba a Tailandia, cuatro o cinco veces al año, para dirigir desde Bangkok alguna acción especial de la CIA en el sudeste asiático.

—¿Y...? —A Olivia se le agigantaron los ojos inflamados por la expectación— ¡No me digas que... que tienes pruebas!

Charles le mantuvo la mirada con la piel untada de una sonrisa cargada de autosuficiencia y suspense, para terminar asintiendo con dos leves inclinaciones de cabeza.

—¡Qué cabronazo eres! ¡Podías habérmelo contado! Aunque es algo asqueroso, ya sabes lo cotilla que soy.

—Entonces... habrías sabido tanto como yo —volvió a sonreír Charles como un adolescente travieso.

—Y si no es indiscreción, que lo es... ¿Cómo te enteraste...?

—Pareces nueva. En la agencia, como deberías saber ya, dedicamos la mitad de nuestro tiempo a espiar a los demás... y la otra mitad a espiarnos entre nosotros mismos.

—¡Pero cómo ha podido ser Dugan tan pardillo!

—En cada prostíbulo infantil de Bangkok Operaciones Especiales tiene puesta una célula de espionaje permanente, y no te puedes imaginar los peces gordos, americanos y europeos, que cada año caen en ella. ¡Si yo te contara la cantidad de políticos y ejecutivos de multinacionales que tenemos agarrados por los huevos!

—¿Y por qué tienes guardada esa prueba y no la has...? ¿Me entiendes?

—A un despacho de cien metros cuadrados, y con las paredes forradas de nogal —le explicó su ex con aviesa intención—, no se llega conociendo las prosaicas corruptelas de los agentes. Hay que poner sobre la mesadosieressobre peces gordos con muchas hojas, muchas fotos y muchas cintas de vídeo y audio. ¿Me...explico...?

—¡Me tienes alucinada! —Exclamó Olivia— Pero no me cuadra lo que me has contado de Dugan. Si la CIA tiene controlados los prostíbulos infantiles, me imagino que dependerá de Operaciones Especiales, es decir, del propio Dugan cuando dirigía el departamento.

—Así es, querida Oli... Pero cometió un grave error. Al elaborar la lista de los prostíbulos infantiles a controlar en Bangkok, se le “olvidó” uno de los principales... Justo al que iba él de vez en cuando. Y el delegado de zona, muy profesional él, subsanó el error incluyéndolo por su cuenta en la lista.

—¡Qué gilipollas! ¡El que presume de no tener huellas dactilares para no dejar nunca rastro! ¡Menudo capullo! —se rió Olivia.

—Un día, uno de los analistas de Operaciones Especiales, se topó con las imágenes de Dugan en la cama con tres niñas de unos diez años, cada una de distinta raza. Y en vez de “negociar” con Dugan un salto en el escalafón profesional, tuvo la decencia de

pasarlo a Asuntos Internos. En concreto..., a mí.

—¿Y qué pensáis hacer con esas imágenes?

—Di más bien qué pienso hacer.

—A veces, Charles, me das miedo.

—Te lo he dicho antes. En el despacho de nogal no se sienta uno por méritos profesionales... A ese maravilloso lugar sólo se llega si se poseen informaciones poderosas como la que te he contado.

—Si me haces ese “maravilloso regalo”, te quedarás tú sin él... y sin despacho de cien metros con paredes de nogal.

Charles Williams volvió a sonreír al tiempo que le acariciaba el anverso de la mano derecha.

—Te daré datos suficientes para asustarle. Bastarán, seguro, para que te enseñe el camino de entrada a ese bunker de *Arcanum*. Las pruebas videográficas me las guardo yo para cuando llegue el momento oportuno de ocupar... el despacho de cien metros.

—Ahora comprendo, por fin, por qué nos separamos... Ninguna mujer puede resistir a un hombre tan inteligente como tú —proclamó la agente Perry derripiendo ironía por cada una de sus palabras.

—Te equivocas, cariño. Nos separamos precisamente porque los dos éramos demasiados inteligentes. Para que una pareja funcione, uno de los dos miembros, ahora que no nos oye nadie, tiene que ser idiota.

—Y ese miembro, confiésalo, en la mayoría de los casos es la mujer.

—¡Yo no he señalado a nadie! ¡Lo de la mujer lo has dicho tú!

—Eres un sucio machista..., pero un machista adorable. ¿Cuándo me das los datos de Dugan?

—Mañana... Pásate por mi despacho hacia... las seis de la tarde. ¿Ok?

—Gracias, Charles... ¿Cuántas te debo ya...?

—Muchas... Y otra más... Han aparecido dos nuevas víctimas del *Vóltrax*.

—¿¡Qué...! —estalló la sorpresa en el rostro y en la voz de la joven agente.

—En San Francisco y en Sausalito. Nuestro espía en el IORD es tan bueno, o más, que el confidente que debe tener allí ese *Arcanum* que me has contado. Mañana te daré los datos de los fallecidos.

Al conocer las ciudades de las víctimas, en el estado de California las dos, la sorpresa de Olivia se agigantó. En ese momento, volvió a sonar su móvil. Era el mismo número de antes y volvió a rechazar la llamada para, a continuación, presionar la tecla roja hasta apagarlo.

—¿No será el escritor español...?

—No. No es él.

La pareja culminó la cena con un helado *Häagen-Dazs* y la remataron con sendas copas, un *Bailys* con mucho hielo para Olivia, y un ron miel *Cacique* para su antiguo compañero sentimental.

—¿Aceptas un consejo? —le planteó Charles.

—Acepto oírlo.

—Bien... Olvídate de esa organización, de *Arcanum*..., y que el tipo ése deje de fantasear con la muerte de Kennedy —Charles se llevó el vaso de ron a los labios y degustó con sonoridad bucal el ardiente licor caribeño cargado de reflejos diamantinos—. Pero como sé que no me vas a hacer ni puto caso, si no, no serías Olivia Perry..., que sepas que siempre estaré a tu lado para lo que necesites.

Al salir de *Scarlett*, Charles acercó a Olivia a su casa en Wyoming Avenue. Mientras la agente subía en el ascensor, encendió el móvil. Tenía cinco llamadas perdidas. Todas del mismo número. Pulsó devolución de llamada contestándole una voz soñolienta.

Era Lola Portal.

2

La editora había estado llamando con insistencia a Olivia Perry para que se pusiera con urgencia en contacto con Dan Foster a través de un chateo en *Messenger*. Pero antes, por motivos de seguridad, debería crear una dirección en la red expresamente para dicho contacto y, además, hacerlo desde un cibercafé lejano a su domicilio.

OLIVIA: *¿Cómo estás?*

DAN: *Bien, salvo unos dolores de cabeza espantosos que me dan de vez en cuando, no sé de qué. Pero lo más importante, sigo vivo.*

OLIVIA: *¿Por qué tanta urgencia? ¿Has descubierto algo nuevo?*

DAN: *Amy Stolle, la hija del motorista que encabezaba la comitiva de Dallas... ¿La recuerdas?*

OLIVIA: *Sí.*

DAN: *He vuelto a hablar con ella a petición suya... Ojo, lee con toda atención lo que le dijo textualmente su padre antes de morir: "Piensa un poco, Amy: si más de mil libros y casi un millón de artículos, escritos muchos de ellos por los mejores investigadores del mundo, no han podido probar quién mató a Kennedy..., sólo puede haber una explicación".*

Al terminar de leer el texto anterior, la agente Perry se quedó con la mente paralizada y con los dedos, flácidos e indecisos, posados sobre las teclas del ordenador. Tras repasar por tres veces el texto, escribió:

OLIVIA: *¿Qué has deducido tú?*

DAN: *Llevo dándole vueltas y más vueltas desde que lo oí y, la verdad, no encuentro ninguna respuesta que me convenza.*

OLIVIA: *Tendrás hipótesis...*

DAN: *Mil. Pero ya te he dicho que no me convence ninguna. La que me parece más verosímil es que, si nadie ha podido descubrir al asesino, es porque el asesino fue el propio Estado... Nadie tiene tanto poder como él para borrar huellas de cualquier delito.*

OLIVIA: *Estás hablando de la Casa Blanca.*

DAN: *De la Casa Blanca, o de los lobby que operan en su entorno.*

OLIVIA: *De acuerdo. Pero la Casa Blanca es algo etéreo. ¿Quién de la Casa Blanca?*

DAN: *Tal vez Lyndon B. Johnson.*

OLIVIA: *No tiene lógica. No me cuadra. ¿Quién puede querer matar, casi cincuenta años después, para ocultar que Johnson organizó el magnicidio?*

DAN: *Llevas razón. Precisamente por eso te he dicho antes que no me convence ninguna hipótesis de las que he barajado*

OLIVIA: *Más me inclino a pensar que las palabras de Tony Stolle se referían a la CIA. La agencia sí puede estar interesada cincuenta años después en preservar su buen nombre... Tenía entonces capacidad para asesinar al presidente y la posee hoy para seguir matando a fin de ocultar esa mancha en su historia*

DAN: *De acuerdo. Pero eso es tan etéreo como la Casa Blanca y seguimos con las mismas preguntas sin respuesta. ¿Quién entonces y por qué? ¿Quién ahora y por qué? ¿Y Arcanum...? ¿Qué pinta Arcanum en todo esto? Hace cincuenta años no existía.*

El diálogo cibernético se interrumpió durante cuarenta segundos. Ambos investigadores permanecieron con la mirada fija en la pantalla del ordenador y con la imaginación a la caza y captura de una explicación verosímil para las palabras de Tony Stolle en su lecho de muerte.

OLIVIA: *¿Qué piensa la hija?*

DAN: *No le dio tiempo a decir nada.*

OLIVIA: *¿Cómo que no le dio tiempo...?*

DAN: *Le volaron la cabeza.*

OLIVIA: *¿¡Quééé!?*

DAN: *Justo al acabar de referirme las palabras de su padre, alguien la asesinó de un disparo desde el edificio de enfrente.*

OLIVIA: *¿Cómo...? Es una broma, ¿verdad?*

DAN: *¿Por qué crees que necesitaba hablar contigo urgentemente? Saben en todo momento dónde estoy.*

OLIVIA: *¡Joder, Joder, Joder! ¡Lo que no entiendo es por qué dispararon contra esa señora y no contra ti!*

DAN: *¡Buena pregunta! ¿Tienes tú la respuesta?*

El silencio y la indecisión aparecieron de nuevo en el chateo de ambos personajes. La reflexión de Olivia era un tema que Foster no se había planteado hasta entonces y sintió un atisbo de escalofrío.

OLIVIA: *No. ¿Y tú?*

DAN: *Pues no sé... Tal vez... Tal vez porque... porque Amy Stolle estaba al lado de la ventana y yo en el interior del salón. ¿Pero cómo sabían que yo iba a ir a visitarla?*

OLIVIA: *¿Y cómo nos localizaron en el hotel de Punta Cana?*

Nuevo silencio en la red.

DAN: *¿Has avanzado en el tema tuyo?*

OLIVIA: *Estoy en ello... Esta noche he estado hablando con mi ex y ha prometido ayudarme. Tiene cogido por los huevos a Dugan. Pederastia. Va a cantar todo lo que le pida. Por cierto, han aparecido otras dos víctimas mortales del Vóltrax. En San Francisco y en Sausalito.*

DAN: *¿¡Quééé...!? Ahora me toca a mí... ¡¡¡Joder, joder, joder!!!*

OLIVIA: *¡Esto nos complica la investigación!*

DAN: *Mucho más, me temo, de lo que podamos imaginar en estos momentos.*

OLIVIA: *Te mandaré los datos de las dos muertes cuando me los pase Charles.*

DAN: *Ok.*

El diálogo cibernético se interrumpió nuevamente durante más de un minuto, silencio que aprovechó el escritor para cambiar de tema.

DAN: *Olivia..., tengo muchas ganas de verte.*

OLIVIA: *Y yo también, cariño.*

DAN: *¿Qué te parece un largo fin de semana en Las Vegas?*

OLIVIA: *No me gustan los juegos de casino.*

DAN: *¿Y quién te ha dicho que a las Vegas sólo se va a jugar...? ¿No has oído hablar de sus espectaculares hoteles con unas suites maravillosas, con unas camas redondas impresionantes que imagínate las vueltas que se pueden dar en ellas...?*

—OLIVIA: *¿Vueltas...? ¿Y para qué queremos dar vueltas...?*

3

La hija de Richard entró en la habitación de su padre con una bandeja en las manos sobre la que zozobraban un tazón con leche y cereales, dos yogures desnatados ya abiertos y un zumo de naranja.

Cora Parker vivía con su marido Albert y su hija Cody en Rosedale, una ciudad situada a pocos kilómetros de Princeton, donde Albert trabajaba en *TRENER Laboratory*, una firma comercial dedicada a la fabricación de productos contra el envejecimiento. Aunque acababa de alcanzar los cincuenta, su semblante juvenil, pero sobre todo su frenética actividad, transmitía una desbordante energía.

—Buenos días, papá. ¿Qué tal has dormido?

—Bastante mejor que estos días de atrás.

Cora depositó la bandeja sobre la mesita de noche y abrió de par en par la ventana, al

tiempo que su progenitor se incorporaba sobre la cama.

—Llévate el desayuno. Creo que me voy a levantar.

—¿De verdad? —le preguntó su hija con tono alegre por la sorpresa

—No he vomitado en toda la noche y, además, se me ha ido el mareo de ayer. Anda, prepara la mesa en el porche y desayunamos juntos. Me siento con muy buen apetito.

—¡Qué bien, papá! ¿Te apetece un huevo con beicon?

—¡Que sean dos!

—¡Genial! —exclamó entusiasmada su hija.

El abundante desayuno confortó físicamente a Parker de la grave recaída sufrida durante el viaje a California. Y también alivió el ánimo de Cora, quien había llegado a pensar que su padre no volvería a recuperarse.

Su urgente visita al Sloan Memorial Kettering Cancer Center de Nueva York había confirmado, por desgracia, lo que Richard ya presintió en el hotel Rex de San Francisco. Tras detectar que a veces la pierna izquierda se le quedaba atrás desobedeciendo las órdenes de su cabeza, enseguida sospechó que la enfermedad había dado un salto cualitativo, sospecha confirmada plenamente por el doctor Weber. El cáncer que proliferaba por su pulmón izquierdo había clavado ya sus garras también en el cerebro. La metástasis anunciaba de manera inexorable la proximidad del fin.

El oncólogo le volvió a insistir en la conveniencia de someterse a sesiones de quimioterapia. Pasaría algunos días malos al mes pero, a cambio, se retrasaría la progresión de las células malignas y, sobre todo, los episodios de dolor en el último estadio de la enfermedad. Parker continuó negándose durante un tiempo pero la insistencia de su hija, cariñosa pero firme, le llevó a aceptar el citado tratamiento, del que llevaba ya una sesión.

Mientras Cora recogía en el porche los restos del desayuno, sonó el teléfono y se dirigió al interior de la vivienda, regresando instantes después con el inalámbrico en la mano.

—Papá..., un tal Wagner. Llamó cuando estabas durmiendo. Le dije que estabas enfermo pero insistió en que necesitaba hablar contigo.

Al oír el apellido, todos los músculos del semblante del anciano se tensaron como cables de acero. Se mordió los labios durante unos instantes, muy pensativo, y finalmente alargó la mano con gesto decidido para que su hija le pasara el auricular.

—Hola, Paul....

—Buenos días, señor Parker. ¿Cómo se encuentra? Me dijo su hija que anda delicado....

—Sí, por eso no pude verle a usted en Los Ángeles la semana pasada. Me sentí mal de pronto y me vi obligado a regresar a casa.

—Ya... Le recuerdo que tenemos un asunto pendiente.

—No lo he olvidado. ¿Cuándo quiere que nos veamos?

—Estoy en Nueva York. Podría acercarme a Princeton.

—De... acuerdo —afirmó Richard con cierta prevención al descubrir que su interlocutor conocía su ciudad de residencia—. ¿Cuándo vendría...?

—Pues me podría acercar esta tarde... o bien mañana por la mañana.

—Mejor... mañana. Le espero... ¿Le parece bien a las doce?

—No tengo otra cosa que hacer.

—Tome nota de la dirección.

—No se moleste. La tengo.

—Ah, muy bien —respondió Parker tras nuevos instantes de silencio intentando disimular la sorpresa—. Hasta mañana entonces.

—Estaré ahí a las doce en punto. Un saludo.

El anciano permaneció bastantes segundos, casi medio minuto, con el teléfono en la mano sosteniéndolo a la altura del oído. La mirada se le había quedado clavada en el

infinito, al tiempo que se le disparaban todas las alarmas y su cerebro entraba en ignición.

—¿Algún problema, papá? —preguntó Cora tras regresar de la cocina y detectar su estado de evidente tensión.

—¿Cómo...? —regresó a la realidad.

—¿Todo bien?

—Sí, sí... Un pesado... No te preocupes... Nada importante.

Mientras intentaba tranquilizar a su hija, se incorporó, no sin dificultad, y se encaminó hacia la entrada de la casa donde le entregó el teléfono a Cora.

—Voy abajo. Tengo trabajo. ¿Qué vas a hacer tú?

—Como te encuentras mejor, incluso con ganas de trabajar, aprovecharé para dar una vuelta por casa. Esta tarde recogeré a Cody y así Albert no tendrá que pedir permiso para salir antes de la oficina.

—Pues vete ya a Rosedale y esta noche te quedas a dormir allí. Y no te preocupes por mí. Lo peor ya ha pasado y, además, tengo el teléfono a mano.

—Bueno, papá, no te confíes...

—Te digo que estoy muy bien. ¿No has visto todo lo que he comido?

Al día siguiente, a las doce en punto, Paul Wagner pulsaba el timbre de la vivienda de Richard Parker en la urbanización *Green Moon*. Dos minutos más tarde, ambos personajes estaban sentados frente a frente en sendos sillones orejeros, de piel avejentada, junto a la chimenea del gran salón que ocupaba casi el ochenta por ciento de la planta baja.

El recién llegado se acercaba a los setenta años, aunque disimulaba muy bien la edad gracias a la corpulencia que exhibía. Sus numerosas horas de gimnasio le habían esculpido un recio cuerpo obligado por uno de los varios trabajos que había desempeñado en su vida, el de guardaespaldas, profesión que también llevaba inscrita en su rostro: piel áspera, barba espesa y fuerte con pelos como púas, mentón y pómulos sobresalientes. Pero, tal vez, lo que más destacaba en su semblante era la extrema frialdad de su mirada generada por unas pupilas impenetrables, casi metálicas.

—Voy a serle claro...

—No es necesario —le cortó Richard—. Sé a la perfección lo que quiere. Dinero... Mucho dinero. Pues yo le voy a ser igualmente sincero. Yo también quiero mucho dinero, necesito mucho dinero en estos momentos. Así que no pierda el tiempo en tratar de convencerme. Lo que tenemos que hacer es buscar la manera de hacer juntos el mejor negocio posible.

El contundente planteamiento de Parker descolocó por completo a su visitante. Desarboló todos los argumentos que traía preparados y, durante unos segundos, estuvo dudando de las palabras que acababa de oír.

—No... No le entiendo bien.

—Desde que recibí su mensaje en el móvil hasta ahora han ocurrido numerosos acontecimientos... Algunos muy trascendentales para mí.

—¿Se quiere explicar mejor?

La actitud de Paul Wagner había cambiado de manera evidente. Su registro facial de matón de barrio periférico y su estado de tensión anímica habían desaparecido. Ahora era un hombre entregado a su interlocutor, receptivo y expectante, casi esperanzado.

—Es muy largo de contar, pero se lo voy a resumir en pocas palabras. Me han detectado un cáncer de pulmón y la única posibilidad que tengo de salvarme radica en una complicada operación, seguida de un largo tratamiento que cuesta en torno a ochocientos mil dólares... ¿Comprende?

—Empiezo a comprender.

—Bien... Corríjame si me equivoco... Si no logra la cantidad que acordamos la última

vez que nos vimos, usted le venderá la historia que conoce a un periodista. ¿Correcto?

—Afirmativo.

—Esa historia, amigo Wagner, vale más, mucho más de lo que ese hipotético periodista le pudiera pagar. Muchísimo más.

—¿A dónde quiere ir a parar, Parker?

—No le demos a otro un negocio que podemos montar nosotros. Me explico. Nada de un reportaje en un periódico o en una revista de mala muerte. Un libro.

—Entiendo... —asintió Wagner repetidamente con la cabeza, comenzando a atisbar con claridad por dónde discurría el plan de su anfitrión.

—Un libro escrito por quien ideó el plan y por quien fue uno de los principales ejecutores del mismo. Con fechas, lugares, nombres... Es decir, con pruebas.

—¡Genial!

—El único problema es que lo tendrá que escribir usted. Porque yo, con mi enfermedad, tardaría un año o más en terminarlo. Y no dispongo de ese tiempo. Estoy ya en una dramática carrera contra reloj en mi vida.

—Pero si yo no soy escritor —objetó el antiguo guardaespaldas.

—No se preocupe. Se lo daremos en su momento a un corrector de estilo para que lo deje en condiciones de ser editado. Lo importante ahora es poner por escrito, por orden cronológico, todo lo que pasó en Los Ángeles la noche del cuatro al cinco de agosto.

—¿Y todo lo que ocurrió antes de esa fecha?

—Eso, amigo mío, lo tengo yo todo escrito. Lo único que hay que hacer es pasarlo a ordenador.

Al tiempo que decía lo anterior, Parker se levantó con evidente dificultad y se dirigió lentamente, con pasos inseguros, hacia un mueble-librería en madera de pino que ocupaba la pared situada a la derecha de la chimenea. La sensación de persona enferma se manifestaba mucho más de pie. A la debilidad de su voz y a la palidez de su semblante, se unía una inestabilidad general de su cuerpo. Abrió dos pequeñas puertas en la zona inferior del mueble y cogió una caja de aluminio de 40x30x20 centímetros, idéntica a la que suelen utilizar muchos fotógrafos para proteger sus valiosos equipos profesionales. Tras acomodarse de nuevo en el sillón, la abrió con una llave que traía ya puesta en la cerradura. Tomó de su interior un fajo de folios fotocopiados, escritos a máquina y grapados, y se lo alargó a Paul Wagner.

—Aquí está el diseño inicial del plan y varios anexos con los retoques que se hicieron a posteriori, así como la lista de todos los que intervinieron... Y esto que hay oculto en un doble fondo de la caja —Se lo enseñó antes de abrirlo y luego extrajo de él un abultado sobre— son casi cincuenta páginas escritas de mi puño y letra. En ellas cuento cómo fuimos manejando a la opinión pública en las semanas posteriores y cómo conjuramos varias situaciones de peligro por errores que se cometieron. También hay diversas notas que yo fui tomando hasta mil novecientos setenta. Por supuesto, todo son fotocopias.

—¿Y los originales? —indagó Wagner mientras hojeaba el cuaderno.

—Están a buen recaudo en la caja fuerte de un banco. Los sacaré cuando nos entrevistemos con el editor para autentificar de manera incuestionable el libro.

—¿Ha pensado en alguna editorial concreta?

—Nos tendremos que poner en manos de un buen agente literario y éste, supongo, lo substará entre las editoriales más fuertes. Se llevará un buen pellizco, pero el negocio funciona así.

—Lo tiene pensado todo, señor Parker.

—Yo, amigo Wagner, cuando me involucro en alguna operación, en algún negocio, lo pienso todo... Absolutamente todo. Hasta el último detalle.

—Entonces, supongo, tendrá calculados los beneficios que podemos obtener...

—Por supuesto. Yendo regular las ventas del libro, no menos de dos millones de

dólares cada uno.

—¿Y si va bien?

—Sueñe usted la cifra. Porque a la venta de ejemplares, habrá que añadirle los derechos de una gran película o de una buena serie de televisión.

—Ah, claro... Es una tranquilidad que tenga estudiadas todas las posibilidades.

—Bien, si estamos de acuerdo en el cincuenta por ciento para cada uno..., se debería poner a trabajar cuanto antes. A mí no me sobra el tiempo. Por lo que le he contado sobre mi operación, tengo mucha, muchísima, prisa.

—Comprendo.

Richard guardó todos los documentos, tanto el sobre como el fajo de folios, en el doble fondo de la caja al tiempo que introducía la llave y le explicaba:

—Fíjese. Ahora, la tapa y el doble fondo están abiertos. Si giro la llave a la derecha, se cierra la tapa; si empujo un poco la llave hacia el fondo y giro dos veces, se queda cerrado también el doble fondo, ¿entendido...? Un golpe a la derecha cierra la tapa; dos golpes empujando la llave hacia el fondo bloquean el doble fondo. Y para abrirlo, lógicamente, la operación al revés.

—Lo tengo claro.

Algunos minutos más tarde, concretados varios pormenores, Wagner recibió de su anfitrión la caja y la llave. Ya de camino hacia la salida, Paul se detuvo y le preguntó:

—Señor Parker... ¿no se siente usted como... como un traidor, después de tantos años de guardar el secreto?

Richard lo observó con detenimiento mientras su deteriorado semblante configuraba una forzada sonrisa, no exenta de tristeza.

—Alguien escribió... “Si traicionas a quien te ha traicionado, no eres un traidor” —Y prosiguió ante la expresión de desconcierto de su interlocutor—. Amigo Wagner, antes de decidir convertirme en su socio he intentado obtener por otras vías el dinero necesario para mi intervención quirúrgica. Lamentablemente... Lamentablemente nunca imaginé que me pudieran dar la espalda las personas a las que he servido con absoluta fidelidad durante toda mi vida.

Ya con su huesuda mano en el pomo de la puerta, Parker escrutó de forma inquisitiva los amarrados ojos de su visitante.

—Una curiosidad, Wagner... ¿cómo consiguió mi teléfono y cómo ha averiguado dónde vivo?

Paul sonrió con autosuficiencia poco disimulada.

—A mí también, cuando hago negocios, me gusta tener atados todos los cabos... ¿Recuerda la última reunión que celebramos los supervivientes de la *Operación Chanel* hace dos años aproximadamente...?

—En el restaurante *The Spinnaker*, de Sausalito.

—Exacto. Yo le pedí su teléfono tres veces, y también la dirección de su vivienda.

—Lo recuerdo a la perfección.

—Como me dio largas, y aquello no me gustó nada, decidí seguirle. Me costó un viaje de ida y vuelta a Princeton, pero el asunto ha merecido la pena, ¿no cree? —ironizó entre el reto y la provocación.

—Le felicito, señor Wagner. La próxima vez me fijaré mejor en los viajeros del avión.

—Sobre todo si hay a bordo un sacerdote con gafas oscuras, y larga y canosa barba de misionero africano.

—No hay mejor negocio que el tratar con personas inteligentes —sentenció Richard.

Kuta, la turística ciudad de Bali, se planteó regresar a Estados Unidos. Su única familia, dos sobrinos y una prima hermana, residía en Austin, la capital de Texas, y pensó trasladarse a vivir cerca de ellos. Sin embargo, superado el shock de las primeras semanas, decidió no poner fecha al regreso.

Con el paso de los días, Sheila empezó a tomar conciencia de que los lazos familiares que le unían a su país eran muy débiles. Los sobrinos, hijos de su hermana mayor, ya desaparecida, apenas se hablaban entre sí por cuestiones de herencia y la relación con ellos en el pasado apenas fue más allá de las fiestas familiares. Y respecto a su prima hermana, reportera gráfica de *National Geographic*, casi siempre andaba fuera de casa y no podría darle compañía. Además, casi todos los amigos del pasado en Dallas habían fallecido o bien se hallaban muy deteriorados de salud.

Por el contrario, los veintidós años vividos en Bali constituían el principal ramillete de afectos que almacenaba en su corazón. La plácida vida en la casa junto al lago, el espectacular paisaje que se divisaba desde el porche, la pequeña tienda de muebles de teka, los amigos nativos y, sobre todo, el omnipresente recuerdo de su marido, se hallaban todos en Kuta. Esta toma de conciencia vital le fue abriendo poco a poco los ojos y finalmente se inclinó por permanecer en la bella isla indonesia.

En esta decisión influyó de manera notable el sentimiento religioso que le invadía desde que, junto a su marido, comenzó a practicar el karma sincretista que impregnaba de misticismo la vida religiosa de los balineses; misticismo que les transmitía una gran paz de espíritu y que, con frecuencia, ambos habían interpretado como un estado próximo a la felicidad.

Justo a la salida de un acto religioso la abordó Dan Foster. El escritor había dudado si volar a San Francisco y Sausalito, los dos lugares donde habían aparecido nuevas víctimas del *Vóltrax*. Finalmente, se decidió por seguir el orden cronológico de las muertes y trasladarse a Kuta. No le fue difícil hallar la casa de los Carrington y una criada nativa, una cuarentona de mórbidas y desbordantes carnes, le acompañó hasta el templo *Ulun Danu* dedicado a la diosa *Visnú*, situado apenas a un kilómetro de la casa. —Señora Carrington...

Dan le entregó una tarjeta de presentación con el logo del IORD, su nombre y el "cargo" de "Inspector General para Asia". Poco después, apenas a dos metros de la puerta del recinto sagrado, le expuso su deseo de conocer algunos pormenores de la muerte de su marido, "ya que en el citado organismo de investigación médica necesitaban dichos datos para un estudio epidemiológico".

—¿Qué desea saber con exactitud?

—¿Podemos..., podemos hablar en un lugar más tranquilo?

Quince minutos más tarde, la oronda asistenta les servía una merienda-cena en el gran porche que rodeaba la casa: un impresionante mirador con vistas al lago y al volcán dormido que se levantaba en frente como una inmensa estalactita esmeralda.

—Señora, el tema que me ha hecho venir hasta aquí es mucho más importante de lo que le he contado en la puerta del templo.

A medida que Foster le fue relatando la mortífera historia del *virus*, la viuda fue perdiendo el apetito. Comenzó a palidecer, a secársele la garganta y a experimentar el miedo en cada pliegue de su encogido ánimo.

—Pero, ¿por qué? —logró balbucear al término de la narración de su desconocido interlocutor.

—Eso es precisamente lo que busco, señora Carrington. Que me ayude a encontrar el porqué. Yo tengo una sospecha bastante fundada, pero no sé si usted me la va a corroborar o me la va a complicar.

—No le entiendo.

—Verá. Tengo el convencimiento..., casi la seguridad total, de que las cinco personas de las que le he hablado antes han muerto porque, de una u otra forma, tuvieron

relación con...con el asesinato del presidente Kennedy en Dallas.

Al oír aquella hipótesis, un temblor galopante se apoderó de todo el cuerpo de Sheila, visualizándose de manera inequívoca en los frenéticos movimientos de su mandíbula inferior, en el tintineo de las pulseras que adornaban su muñeca y, sobre todo, en sus ojos que pugnaban visiblemente por escapar del marco orbital.

—¿Qué le ocurre, señora Carrington...?

A punto del desmayo, se produjo una súbita metamorfosis en el estado anímico y en la configuración fisonómica de la mujer que el escritor español tenía frente a él. Cerró los ojos y este acto pareció desactivar todos los temblores y miedos que galopaban desbocados por sus ramificaciones nerviosas. La tirantez de su semblante cedió paso a una extraña calma y, antes de izar los maquillados párpados, se levantó de la silla y permaneció inmóvil durante algunos segundos. Cuando abrió los ojos, su mirada trascendía el deslumbrante verdor que le rodeaba. Se levantó y avanzó unos pasos hasta la balastrada de madera donde apoyó las manos, permaneciendo en esta posición casi tres minutos bajo la expectante mirada de su extraño visitante.

Tras regresar como sonámbula al asiento que ocupaba frente a Dan, al otro lado de la mesa ovalada sobre la que descansaban los alimentos, clavó sus ojos en él con una intensidad casi hiriente.

—Señor Foster, usted no pertenece al centro ése de investigaciones de enfermedades raras, ¿verdad?

La pregunta, como una certera jabalina, impactó en su interlocutor y le hizo tomar conciencia de que se encontraba ante una mujer inteligente. Podría ser un grave error para sus objetivos intentar sostener la farsa de que era un inspector del IORD.

—Soy... escritor. Estoy investigando para un libro el motivo por el que han matado a las personas de las que les he hablado... Pero también intento evitar que haya más víctimas por el mismo método y por la misma causa que llevaron a la tumba a su esposo.

—¿No se le ha ocurrido pensar —Sheila no apartaba los ojos de Foster ni un segundo— que me puede ocurrir a mí lo que a esa señorita Stolle de la que me ha hablado...? ¿Quién le dice a usted que en estos momentos mi cabeza no está en el visor de un rifle con mira telescópica?

Dan, de forma instintiva, miró con recelo casi glacial en derredor suyo. Su anfitriona llevaba razón. Los dos, al aire libre, eran un blanco perfecto para cualquier tirador, no necesariamente de élite.

—No creo que me hayan seguido hasta Bali... Pero tal vez... Tal vez estaríamos mejor dentro.

—Confiemos en que no le hayan seguido. De todas formas, yo no puedo revelarle nada... —La viuda Carrington, con gran tranquilidad, extrajo de su bolso un rotulador azul de punta fina y comenzó a escribir, como distraída, en una servilleta de papel— Y no le puedo revelar nada por la sencilla razón de que no sé nada en absoluto.

Pocos minutos más tarde, el escritor español abandonaba la vivienda del lago presidida por el templete típico de la zona. Hasta que no despegó el avión no deshizo la bola de papel que Sheila le había introducido en su bolsillo al despedirse.

—*Mi marido era el director del Parkland Memorial Hospital de Dallas el día que K. sufrió el atentado.*

—*Willy Lange. Reserva Natural "Reptilia". Parque de Yaraqueri. Manaos. Brasil.*

5

Julius III se levantó de su sillón de piel negra y comenzó a pasear, muy despacio, mientras su mente diseccionaba con parsimonia un pensamiento tras otro. La frialdad

de su sistema de raciocinio guardaba una equivalencia casi perfecta con la inquisitiva mirada de sus diminutas pupilas y el laconismo de sus palabras. A veces, daba la impresión de que el tercer presidente de *Arcanum* fuera un dolmen de hielo con estructura humana.

Se hallaba en la sala central de reuniones de la sede matriz de la organización, presidida por una gran mesa ovalada de iroko africano, pardo amarillento. Celebraban una especie de gabinete de crisis al que asistían *Bogart*, el jefe de operaciones, y los tres subjefes del citado departamento: *Mobydick*, *Jedi* e *Indiana*. Esta nomenclatura de alias cinematográficos provenía de los tiempos fundacionales de la organización, obedecía al secretismo de su esencia y estaba inspirada en el actor Ronald Reagan, por entonces primer mandatario de USA. En concreto, el sobrenombre del presidente de la críptica institución provenía del film *Julius Caesar*, dirigido en 1953 por Joseph L. Mankiewicz y protagonizado por Marlon Brando y James Mason.

Estas reuniones no eran habituales ya que a *Julius*, como norma general, le gustaba departir de forma individual con sus subordinados. En esta ocasión, el gabinete de crisis se hallaba justificado por completo debido a la alarma despertada en torno al secreto nº 11, clasificado como M62M-J63F. Habían muerto ya trece personas relacionadas con él, de las cuales Richard Parker había enviado al otro mundo a nueve, ocho mediante el *Vóltrax* y una de un disparo con rifle telescópico. *Arcanum*, por su parte, había tenido que eliminar a una investigadora médica española, a la hija de Tony Stolle y, por desgracia, a dos de los suyos, *Chaplín* e *Monty*.

Era la primera vez en la historia de la organización que un problema generaba tan elevado número de víctimas y se alargaba tanto tiempo. Tantas complicaciones resultaban inaceptables para un hombre tan meticuloso y resolutivo como el impasible cancerbero de los secretos estadounidenses.

Tras darle una vuelta completa a la mesa donde se hallaban sentados sus expectantes colaboradores, *Julius* tomó pausadamente asiento y luego tardó casi un minuto en despegar los labios.

—Bien... Opiniones...

Cuando pedía opiniones era, todos lo sabían, porque él ya tenía formada la suya.

—Hay que apartar a Parker por completo del tema. Está muy enfermo y, además, no tiene ya la capacidad mental y técnica para llevar a cabo un plan tan complicado como el suyo —opinó *Bogart*, cuyos saltones ojos de sapo parecían ocupar casi todo su rostro.

—¿*Mobydick*...?

—Hay que eliminar, ya, al escritor español. Cada día tiene más información y en cualquier momento puede atar cabos y darnos un disgusto —respondió el aludido, un tipo de cuarenta y cinco años de frente estrecha, rostro afilado y piel albina.

—¿Qué hacemos con Olivia Perry...? —planteó el presidente—. Ya tenía que estar muerta por desobedecer mis órdenes.

—Mientras Foster no avance en su investigación, no la considero peligrosa. No debemos precipitarnos. Muerta nos podría dar muchos problemas en estos momentos —diagnosticó *Jedi*, un treintañero pelado al cero con aspecto de bróker del Wall Street.

—¿A qué te refieres? —indagó *Julius* arrugando brevemente el entrecejo, algo que sólo ocurría muy de tarde en tarde e indicaba un especial interés por su parte.

—Es muy amiga de Charles Williams, fueron pareja... —le informó *Indiana*, otro treintañero perfil equino, complexión atlética y rostro fibroso.

—¿Quién es ése...? —preguntó el presidente con su enervante laconismo.

—Un subdirector de Asuntos Internos de la CIA.

—Un subdirector de departamento no es nadie en la CIA —sentenció el máximo responsable de *Arcanum* con marcada displicencia.

—Ahora no es nadie, señor. Pero dentro de algún tiempo puede ser el director de la

agencia. Y ese día nos puede dar problemas... Muchos problemas —opinó *Bogart*.

—¿Por qué piensas que puede llegar a director ese tal Williams? —insistió *Julius* al tiempo que anotaba su nombre en el bloc que tenía delante.

—Es un secreto a voces en Langley que poseed osieres de todo el mundo... —le informó el jefe de operaciones— Y ya conoce la frase: información es poder.

—¿Sabe algo de nosotros?

—Me inclino a pensar que sí. La chica cenó con él hace algunas noches en el restaurante *Scarlett*. Lógicamente, le debió contar la entrevista que tuvo aquí con usted —intervino *Mobydick*.

—¿Tenemos grabación de esa cena?

—Negativo. Comieron en un reservado interior —informó *Jedi*.

—¡Joder!

Tras la exclamación anterior, inusual en él, *Julius III* se levantó y volvió a dar otra pausada vuelta a la ovalada mesa en torno a la que se celebraba la reunión. Cuando llegó de nuevo a su asiento se quedó de pie y, con las manos apoyadas en el respaldo del sillón, dictó con severa solemnidad el plan de actuación.

—*Mobydick*, respondes con tu cabeza de que el escritor español esté muerto antes de diez días. No quiero disparos ni bombas. Un accidente... Un desgraciado accidente... ¿Queda claro?

—Ok, señor.

—¿Dónde se encuentra ahora?

—Antes de entrar a la reunión, en el aeropuerto de Miami

—De Richard me encargo yo... —anunció el presidente— Es un tema muy delicado. No sólo por la situación personal en la que se encuentra, sino porque, no lo olvidemos, es el hombre clave en el secreto nº 11.

—¿Olivia Perry...? —preguntó *Indiana*.

—Le queda muy poco tiempo como agente de la CIA —informó *Jedi*—. La van a expulsar en unos días.

—Foster y Perry deberían ir en el mismo paquete... No sé si me explico...

—insinuó *Julius* con inequívoca intencionalidad.

—Está claro, señor —intervino *Bogart*—. Pero a la chica es muy complicado seguirla cuando no está con el escritor español. Sospecha que estamos sobre ella y conoce la forma de que no la tengamos controlada. La noche que cenó con Charles Williams nos enteramos porque llamó a un taxi desde su teléfono fijo. Un fallo que, supongo, no volverá a cometer.

—Redoblad la vigilancia e insisto..., lo ideal es que los dos sufran el mismo accidente... ¿Entendido, *Mobydick*...?

—Quédese tranquilo, señor —replicó el aludido.

—¿Está todo claro? —le planteó a los cuatro.

Ante los gestos afirmativos de sus hombres de confianza, efectuó un ademán de dar por concluida la reunión girando su alto y cimbreante cuerpo hacia la puerta. Recordó algo y volvió a aferrarse al sillón.

—Se me olvidaba... ¿Qué sabemos de la investigación de la policía de Dallas en relación al... “desgraciado accidente” de Amy Stolle?

—Hasta ahora, nada. Buscan a un hombre que, según el portero del edificio, había subido unos minutos antes de oírse el disparo —le contestó *Bogart*.

—Pero, supongo, ya deben saber que el disparo se efectuó desde el edificio de oficinas de enfrente.

—Sí, pero tranquilo por esa parte, señor. La persona contratada disparó desde la terraza comunitaria y no le vio nadie subir en el ascensor desde el garaje.

—Además, nuestro hombre en Dallas está sobre el tema por si surgiera alguna complicación —apostilló *Jedi*.

—Lástima... —se lamentó el presidente de *Arcanum*— Hubiera sido un excelente momento para liberarnos de ese jodido español... Qué pena que no estuviera a la vista del tirador...

—O no... Usted mismo ha dicho hace un minuto que nada de disparos... Mejor un accidente si se trata de un extranjero, como el caso de la investigadora del IORD —le recordó *Mobydick*—. Las embajadas luego dan mucho la lata con sus compatriotas muertos.

—De acuerdo. Pero atentos a la investigación de Dallas por si tuviéramos que intervenir... Y sí, *Mobydick*, llevas razón. Los disparos hacen mucho ruido... Mejor un desgraciado accidente. Cuanto antes, mejor.

6

El cese efectivo como agente de la CIA por parte de Olivia Perry fue bastante rápido y, sobre todo, muy frío y burocrático. Para no dar una mala imagen dentro del Servicio de Inteligencia, y de acuerdo con la propia Perry, el expediente de expulsión se convirtió en una baja de servicio a petición propia.

Cuatro días después de cenar con Charles Williams, su ex-pareja, el director general de la CIA la recibió personalmente en el departamento de Recursos Humanos. Ante un funcionario de rostro pétreo con la cabeza rasurada, la joven firmó una interminable serie de documentos que no se molestó en leer. Entre ellos, por este motivo quiso estar presente Bob Dugan, una estricta cláusula de confidencialidad que le obligaba a no revelar nada de su trabajo en la agencia, sobre todo lo referente a la reunión con *Julius III*. El último impreso fue un finiquito que incluía una modesta indemnización por sus años de servicio en la CIA.

Durante el acto anterior, Dugan se mantuvo impertérrito. A su término, una vez fuera de la oficina, le tendió a la joven una mano desmayada, casi sin mirarle, queriendo huir cuanto antes de la que hasta hacía un minuto había sido su subordinada.

—Suerte, Olivia. Lamento lo ocurrido. Siempre pensé que tendrías una brillante carrera en la agencia.

—Bob, quiero hablar contigo.

—De acuerdo, pero no en este momento. He salido de una reunión urgente y me están esperando para reanudarla.

—Es sólo un minuto.

—Lo siento, Olivia. Ahora mismo no puedo. Llámame mañana o pasado, y quedamos

—se disculpó al tiempo que efectuaba un nítido ademán de alejarse de ella.

—Bob, necesito que me digas cómo se llega al lugar de Nueva York donde me llevaste cierta noche.

—¿Qué? ¡No sé de qué me estás hablando! —palideció, muy a su pesar, el director de la CIA.

Ahora, el movimiento de separarse de Olivia se convirtió en un alejamiento rápido por el largo pasillo que unía la zona de Recursos Humanos con la de Dirección. Olivia apresuró también sus zancadas para ponerse a su altura.

—¡Sabes perfectamente de qué lugar te estoy hablando!

—¡Te repito que no sé nada!

—¡Vamos, Bob! ¡Aquel individuo me amenazó con matarme si yo no asesinaba a Dan Foster! No sé qué hay detrás de todo esto ni por qué estás tú metido en algo tan sucio. Lo que sí quiero dejarte claro es que yo no voy a matar a mi amigo, no pienso huir y tampoco me voy a quedar con los brazos cruzados esperando que me liquiden.

—Yo no te he llevado a ningún sitio de Nueva York. Lo habrás soñado —insistió Dugan.

—¡Me conoces y sabes que a mí los “noes” me espolean, así que tú verás!

Bob se detuvo en seco y le espetó a la cara:

—¡Déjame en paz, Olivia! ¡Si insistes en molestarte, llamaré a Control Interno!

De inmediato, giró sobre sus talones, casi en un ademán marcial, y se alejó de su molesta perseguidora quien, con mucha calma, levantó unos decibelios la voz.

—¡Hasta luego, Bob! ¡Saludos de *Babysex Blue!*

Al oír el citado nombre, los pasos del director comenzaron a ralentizarse hasta detenerse por completo, justo en el momento que empuñaba el pomo de una puerta acristalada. Permaneció inmóvil, con el picaporte en la mano, durante unos segundos. Finalmente, se volvió hacia su antigua subordinada y clavó en ella dos iris atestados de miedo, efectuando un esfuerzo gigantesco, totalmente inútil, para que no se le descompusiera la expresión del rostro.

—Si vuelves a mencionar ese nombre..., *Arcanumno* necesitará liquidarte... Te mataré yo —le amenazó en voz baja mientras la saliva del odio se asomaba a las comisuras de sus temblorosos labios.

7

Julius III llegó a casa de Parker a media tarde, previa confirmación por su servicio de seguridad de que no merodeaba nadie sospechoso en torno a la vivienda. Cora, su hija, le condujo de inmediato al sótano donde se encontraba Richard acariciando a su perra *Nina*, sentado en la mesa que presidía el *sancta sanctorum* del gran secreto que daba sentido a su vida.

—¿Qué tal te encuentras?

—Regular... Nada más que regular... Las sesiones de quimio me dejan hecho polvo.

—¿Cuántas llevas ya?

—Ayer me dieron la segunda y me quedan seis. No sé si las resistiré. Yo no quería, pero mi hija y el oncólogo, que es amigo, se empeñaron...

—Yo, en cuestión de salud, siempre le hago caso a los médicos. Hoy los tratamientos no los dictan los doctores. Está todo en los protocolos clínicos. Y los protocolos se basan siempre en la experiencia con miles de enfermos.

—Tu teoría, que es cierta, tiene un lado negativo. Los médicos se acomodan a los protocolos y no se fijan en las particularidades de cada enfermo... Yo, Frank, he perdido la esperanza de vivir y cuanto antes me vaya, mejor. De verdad.

“Frank...”

Julius III experimentó una ligera conmoción al oír su nombre de pila. No lo había escuchado de ninguna boca fuera del ámbito familiar y le hizo recordar su juventud y amistad con Parker. Por unos instantes sintió un nostálgico estremecimiento, el palpito inasible del tiempo que nunca más volvería.

Richard y Frank Holden, ahora alias “*Julius III*”, se conocieron en La Habana prerrevolucionaria de 1958, cuando el régimen de Fulgencio Batista se descomponía con una oligarquía dominante en decadencia que sólo pensaba en sexo, juego, drogas, alcohol y fiestas que duraban noches enteras. Entonces eran dos júnior de la CIA, enviados allí para recabar informes del grado de sintonía que existía entre el pueblo cubano y los revolucionarios que aguardaban en Sierra Maestra la ocasión de tumbar el escuálido gobierno que regía la isla desde marzo de 1952.

Ambos agentes enviaban semanalmente a Washington sus impresiones, genéricas y predecibles en la mayoría de los casos. El resto del tiempo lo dedicaban a ir de bar en bar, de club en club, visitando cada noche uno de los mil prostíbulos que convirtieron a Cuba, durante los años cincuenta, en el lupanar barato del capitalismo americano.

Su estancia en La Habana finalizó el primero de enero de 1959 con la triunfal entrada en la ciudad de Fidel Castro, el Che y Camilo Cienfuegos. Los “barbudos” entronizaron

ese día en la isla caribeña la revolución marxista que, como un grano de pus en el ano de Estados Unidos, habría de molestar durante muchas décadas al imperio yanqui.

Luego, sus caminos se bifurcaron. En abril del citado año, Richard fue asignado al servicio de seguridad de John F. Kennedy, candidato demócrata a la Casa Blanca, a quien profesaba un fervoroso sentimiento, casi de adoración, por haberle salvado la vida durante la guerra del Pacífico. Frank, por su parte, efectuó una brillante carrera en la CIA que le valió su fichaje por *Arcanum*, la organización paragubernamental encargada de proteger los grandes secretos de Estados Unidos.

—¿Cómo tienes el tema? Ya sabes...

—Prácticamente cerrado —le informó el enfermo.

—¿Qué quiere decir “prácticamente”?

—Queda vivo sólo uno, un tal Paul Wagner, pero espero que sea por poco tiempo. Cuestión de días... Tal vez de horas...

—No dejes de avisarme en el momento que le pongas el punto final.

—Por supuesto. No sabes las ganas que tengo de dejar zanjado el asunto. Estoy deseando poner los papeles en orden y, sobre todo, disfrutar de la compañía de mi hija y de mi nieta lo que me quede de vida.

—Eso es lo que tenías que haber hecho cuando te detectaron la enfermedad. Deberías haber dejado el asunto en manos de *Arcanum* haberte dedicado a eso, a vivir.

—Frank, ya hablamos del asunto y no te vi muy convencido de la necesidad de eliminar a todos cuantos estaban en el secreto de la operación *Chanel*. No podía morirme dejando a mis espaldas a nadie que pudiera irse de la lengua al saber que yo no le controlaba ya.

—Sí, pero...

—No insistas, por favor. Sabes de sobra que sólo yo tenía que llevar a cabo el trabajo. Ni podía ni debía delegar en nadie. Significa mi vida entera... Si yo no me hubiera encargado en persona de rematar la operación, habría sido, digamos, una obra imperfecta. ¿Me comprendes...?

—Sí, Richard, pero ha sido una tarea muy fatigosa y, sobre todo, de mucha tensión para tu estado físico.

—Frank, no le des más vueltas. Tenía que hacerlo yo. Tú en mi lugar te habrías comportado de la misma manera.

—Probablemente... —aceptó pensativo el presidente de *Arcanum*, cabeceando tres veces antes de abordar el tema que le preocupaba.

Cora bajó con una bandeja donde traía dos vasos, un litro de zumo de naranja en *brik*, sendas servilletas de celulosa y dos platitos, uno con almendras y otro con arándanos. Una vez que les sirvió la bebida y desapareció escaleras arriba, *Julius* pasó a plantear el motivo real de su visita.

—Richard... —Dudó si seguir adelante, pero finalmente optó por plantear el tema con claridad—. Hay dos individuos que nos están causando problemas. Muchos problemas.

—¿A qué te refieres? —indagó Parker con la alerta gravitando sobre su tono de voz.

—No creo que sepan lo que ocurrió en el pasado, pero se están acercando peligrosamente a través de la cadena de muertes.

—¿Quiénes son? —Repitió con viveza— ¡No puedo dejar ni un cabo suelto!

—Tranquilo, Richard. Están husmeando en los fallecidos por el virus, pero los tenemos controlados.

—¿¡Quiénes son!?! —insistió con el rostro ya demudado.

—Un escritor español, un tal Dan Foster, y su amante, una agente expulsada hace poco de la CIA.

—¿¡Y cómo no me avisaste en cuanto os enterasteis!?! —le recriminó con acritud.

—Bastante trabajo tenías ya tú como para encargarte también de esos tipos.

—¿Cómo han detectado las muertes?

—Por pura casualidad. Una investigadora del IORD analizó las autopsias de las cinco primeras fallecidos por el *Vóltrax* y descubrió que se trataba de un virus artificial. Aunque la quitamos del medio con rapidez, no sabemos cómo la información llegó a manos de ese escritor. Luego, el tipo ha seguido rastreando y, la verdad, se ha acercado bastante al secreto número 11. Pero, como te he dicho, lo tenemos al alcance de la mano y pronto se van a acabar los problemas.

—Frank, estoy enfermo, pero no tonto. Dime la verdad. Ese individuo es peligroso, ¿verdad?

—Te repito que está bajo control.

—Tenerlo controlado, en el asunto que nos ocupa, sería decir que ese tipo está muerto. Y no es así.

—Lo estará muy pronto. “Sólo es cuestión de días, o tal vez horas”. ¿No es eso lo que tú has dicho sobre el hombre que te queda por eliminar...? Tranquilo, Richard, tranquilo. ¿O acaso dudas de nuestra efectividad?

—¡No estaré tranquilo hasta que el peligro desaparezca por completo! —volvió a enervarse con las pupilas segregando una incuestionable preocupación.

—Por favor, no te excites. No te conviene en tu estado... ¡Por favor...!

—Perdona, Frank. Me has cogido en mal momento. Estoy agotado, muy agotado, y creía que despachando a Wagner todo habría terminado.

—Perdóname tú. No quería decírtelo, pero lo he creído necesario por si ese puto escritor o la chica logran llegar hasta ti. Si esto ocurriera, que espero que no, recuerda..., móvil y código de alerta. ¿Entendido?

—Sí, sí. ¡Pero sigo sin comprender que hayamos llegado a esta situación! —se volvió a encrespar Parker, aunque ahora más moderado.

—Por favor, no le des más vueltas. No sirve de nada. Tú encárgate de quitar del medio a tu último obstáculo, que nosotros haremos lo mismo con esa pareja de entrometidos. Durante el silencio subsiguiente entre los dos viejos colegas y amigos, mientras saboreaban un nuevo sorbo de zumo, se miraron y casi se sonrieron. *Julius* paseó la mirada con parsimonia por el sótano, un espacio con reminiscencias panteónicas, convertido por Parker en museo particular a la memoria de su amigo, de su hermano mayor, de su ídolo, del hombre al que adoraba como a una divinidad.

—Siempre me he preguntado cómo se te ocurrió la idea... —comentó el presidente de *Arcanum*.

El anfitrión efectuó el mismo recorrido visual de su invitado antes de responder con un fallido intento de sonrisa, que apenas alcanzó la categoría de mueca.

—Yo también me lo he preguntado muchas veces... La única explicación que encuentro son los tres güisquis que me tomé aquella noche del 62 en la cafetería del hotel Beverly Hilton de Los Ángeles.

—¿Qué marca era? ¿Te acuerdas?

—Nunca se olvida el primer amor, el primer cigarrillo y tampoco el primer güisqui... *Jack Daniel's*.

—¿De verdad fueron sólo tres? —indagó Frank con una brizna de humor apuntando sus labios.

—Sólo tres. Te lo juro.

—Pues si con sólo tres güisquis montaste toda esta película, imagínate si te llegas a beber la botella entera.

—¿Sabes lo único que lamento, aparte de las personas que, desgraciadamente, he tenido que eliminar...? El no poder contarlo... No te puedes imaginar las tentaciones que he tenido a veces —le confesó a su amigo con el ego totalmente henchido por su fastuosa obra.

—Es lógico. Una cosa así sólo ocurre una vez en la Historia.

Nuevo silencio... Nuevas miradas perdidas...

—Richard... Te voy a hacer dos preguntas que nunca te he hecho. La primera... ¿Ha merecido la pena?

—¡Por supuesto! Sin esta película, como tú la has llamado, mi vida no habría tenido sentido. Ha merecido la pena por muchas razones. Pero sobre todo por una que tú conoces desde hace tiempo: el presidente me salvó la vida en las islas Salomón. Por eso se la he dedicado por completo a él.

—La segunda pregunta...

—Me imagino cuál es y no te la voy a contestar —le cortó Parker con una forzada sonrisa—. Permíteme que, ya que soy el autor y el director de la obra..., sepa algo más de lo que tú y *Arcañum* conocéis... No te lo tomes a mal... Déjame ese secretillo para mí... —le suplicó con picardía infantil.

8

Durante el vuelo de Bali a Florida, Dan Foster leyó varias veces la nota manuscrita que Sheila Carrington le había entregado mientras merendaban en el porche de su casa, frente al plácido lago y al impresionante volcán que configuraban su precioso entorno natural.

—*Mi marido era el director del Parkland Memorial Hospital de Dallas el día que K. sufrió el atentado.*

—*Willy Lange. Reserva Natural "Reptilia" Parque de Yaraguari. Manaos. Brasil.*

La actitud de la señora Carrington, tanto al conocer que la muerte de su marido podía estar relacionada con el atentado contra Kennedy, como a través de las frases consignadas en la servilleta, encerraba un mensaje bastante nítido: detrás del magnicidio de Dallas se escondía un asunto sin duda alguna explosivo.

Nada más aterrizar en Miami, y mientras esperaba en tránsito internacional su vuelo para Brasil, llamó desde una cabina pública al teléfono del despacho de Lola Portal en la editorial Diamante.

—¿Qué crees que te puede aportar ese tal Willy? —le planteó su interlocutora al conocer el resultado de su visita a la viuda Carrington en la bella isla de Indonesia.

—No lo sé con exactitud, pero supongo que debe tener información importante de algo que ocurrió en el Hospital de Dallas cuando llevaron allí a JFK.

—¿Pero por qué no te lo contó ella?

—No lo sé... Tal vez el miedo. Estaba realmente aterrorizada.

—¿Se te ha ocurrido algo más sobre las últimas palabras de la mujer que mataron en Dallas estando tú presente?

—Todas las elucubraciones me llevan a la Casa Blanca, a la CIA, o a ambos sitios a la vez.

—Ya. Pero volvemos siempre a lo mismo. Después de casi cincuenta años no tiene ningún sentido matar para ocultar que fue un crimen de Estado, algo de lo que están convencidos la mayoría de los americanos. Dan, no me cuadra.

—A Olivia tampoco le encaja. Pero es la teoría más verosímil que poseemos y con la que nos tenemos que mover en estos momentos. Y precisamente porque no cuadra nada, me reafirmo en mi hipótesis de que nos hallamos muy cerca de un gran descubrimiento.

—Sabes que no me gusta callarme las cosas... Que digo lo que pienso y como lo pienso.

—Venga, suelta una de tus burradas —le animó Foster tras un instante de silencio.

—¿No estarás obnubilado por este asunto...? ¿Te has detenido a pensar que, tal vez, tus hipótesis están fuera de la realidad? No te lo tomes como un reproche, por favor, pero creo que conviene que alguien haga de abogado del diablo.

—Lola..., han matado ya, que yo sepa, a nueve personas. Una de ellas en mi presencia. A mí han intentado asesinarme. Me siguen por todos sitios... Como te he repetido varias veces, nada de esto tiene una explicación coherente si detrás no existe algo muy importante que quieren ocultar.

—Sí, pero...

—Cierto que estoy muy excitado ante la posibilidad de una extraordinaria historia —continuó Foster sin dejar hablar a su interlocutora—. Pero te juro que procuro no ir en mis deducciones más allá de los datos que van apareciendo. No sabes hasta qué punto estoy sujetando la imaginación para evitar el peligro del que tú haces bien en alertarme. El viaje de Miami a Manaos lo efectuó en un vuelo regular de Varig, tomando tierra a las veintidós horas y veinte minutos del 13 de agosto. En el hotel donde se hospedó, el Taj Mahal, le informaron de cómo trasladarse a la reserva natural *Reptilia*, situada en el parque nacional de Yaraguari. A la mañana siguiente, después de navegar en un barco de turistas por el río Negro y desviarse luego por un canal que se adentraba en la selva amazónica, arribó al embarcadero donde se apeaban los visitantes de *Reptilia*; un zoológico atípico al que se llegaba tras un paseo por una senda completamente salvaje, o bien en cinco minutos tomando un matusalénico microbús, amarillo chillón.

—Quisiera hablar con el señor Lange, Willy Lange —le planteó a la taquillera de la reserva, una chica mulata de salvaje y fascinante belleza.

—El señor Lange... falleció el mes pasado...

—¿Cómo...? —la sorpresa desató casi un grito de protesta en su garganta.

De pronto, las grandes esperanzas que Foster había depositado en aquella visita, su gran apuesta para esclarecer el intrincado *puzzle*, se hundieron en el abismo de la desesperación. Cerró los ojos y el semblante se le ensombreció como si acabaran de anunciarle el fallecimiento de un familiar.

—¿Es algo personal, o relacionado con el parque? —La pregunta de la taquillera al verle tan desolado le sacó de su patente decepción.

—Personal. Era..., éramos amigos ¡Muy amigos...! Y hacía mucho tiempo que no nos veíamos... —balbuceó por la desconexión entre la lengua y su cerebro.

—Pues entonces tal vez debería hablar con su viuda, la señora Marilia.

—¿Vive aquí? —El interés volvió a chispear en los ojos y en el tono de voz del visitante.

—En aquella casa.

La joven le señaló una vivienda de dos plantas, construida en madera y situada a unos doscientos metros de donde se encontraba la entrada a la reserva natural. Pocos minutos más tarde, el escritor pulsaba el timbre de la puerta y le abría la atractiva viuda de Willy Lange. Se presentó como enviado por Sheila Carrington, una amiga de su marido residente en Bali. La joven viuda no conocía a la citada mujer, pero le invitó a tomar asiento en el porche.

—¿¡Asesinado!?! —exclamaba Foster algún tiempo después, al tiempo que se llevaba a la boca un cóctel de varias frutas tropicales con un chorrito de ron.

—Le dispararon con un rifle mientras daba de comer a los caimanes desde lo alto de la pasarela —le explicó entre contenidos sollozos la viuda de Willy—. Cayó al foso donde le despedazaron las fieras. ¡Fue horrible, horrible!

—¡Lo siento, señora!

—Al principio creímos que era un accidente, pero cuando los empleados del parque lograron rescatar algunos restos, entre ellos la cabeza, descubrieron que tenía un disparo en la frente.

— ¡Dios santo...! ¿Y se sabe quién lo mató?

—Hasta ahora, ni la más mínima pista. La policía de Manaos ha estado aquí varias veces y siempre me dice lo mismo, que siguen investigando.

—Verá, señora Lange... En estos últimos meses han sucedido cosas que tal vez sean

útiles..., que a lo mejor pueden ayudar a descubrir al asesino de su esposo —le expuso titubeante ante la actitud, más bien incrédula, de la joven viuda.

Quince minutos más tarde, tras explicarle sucintamente la historia que andaba investigando, y por qué la señora de Bali le había dado la dirección de su esposo, el escritor español recibió un jarro de agua fría de su desconcertada interlocutora.

—Señor, no tengo ni idea de lo que usted me está contando. Willy nunca me habló de la muerte de Kennedy. Y respecto al anciano ése que me ha descrito, sí, vino a verle, pero no le regaló a mi marido ninguna caja de ampollas contra el envejecimiento. Estuvieron comiendo justo aquí donde nos encontramos nosotros, charlando de cientos de cosas durante más de dos horas. Entre ellas, que yo recuerde, Willy le comentó que quería marcharse a vivir a Miami. Cuando terminaron, mi marido le acompañó hasta el embarcadero para tomar el barco de regreso a Manaos... Y que yo sepa, no pasó nada más.

—¿Cuándo tuvo lugar esa visita?

—Pues... —Marilia comenzó a hacer memoria arrugando el entrecejo y desvariando ligeramente la mirada.

—¿Pudo ser unos días antes del asesinato de su marido? —intentó ayudarle el escritor.

—Es posible... ¡Ah, sí...! Ahora que lo dice... Fue justo el día anterior a su muerte.

—¡Perfecto! —se le escapó una exclamación a su visitante.

—¿¡Perfecto!?! —arqueó Marilia las cejas extrañándose del mal disimulado entusiasmo de su visitante.

—Perdone. Quiero decir que ese dato encaja a la perfección en el asunto que estoy investigando.

—No le entiendo, señor...

—Tengo la casi completa seguridad de que quien mató a su esposo es el hombre que estuvo comiendo con él. No pudo eliminarle mediante la ampolla envenenada y regresó al día siguiente para dispararle con el rifle.

—¿Pero...? ¿Pero por qué?! —le planteó con voz desconcertada la joven viuda, de nuevo al borde de las lágrimas.

—Su esposo debía conocer algún secreto, o bien tenía algo que era muy importante para su asesino. Ese algo es lo que yo estoy buscando.

—¿Y quién es ese hombre? ¿Quién es ese asesino, según usted...?

—Si encuentro qué es lo vino a buscar aquí, es muy posible que pueda localizar al criminal. Por eso, señora Marilia, es muy importante que recuerde cualquier cosa. Una frase, una actitud extraña de su marido... No sé exactamente qué, pero procure hacer memoria...

—Me temo que le voy a servir de poca ayuda. Ya le he dicho que...

—Déjeme intentarlo... A ver, me ha dicho antes que su marido le contó a ese hombre que ustedes deseaban irse a vivir a Miami...

—Bueno, Willy decía eso de vez en cuando, desde hacía años. Era su gran sueño.

—¿Y por qué no cumplieron ese sueño tan deseado?, ¿A qué se debió?

—Al dinero. No teníamos ahorros suficientes para marcharnos. Él quería vivir en Florida como un millonario.

—¿Y nunca le dijo cómo podía alcanzar ese sueño? ¿Jugaba a la lotería, por ejemplo?

—No.

—Si no jugaba a la lotería, si tampoco tenía medios por donde le pudiera llegar tanto dinero como necesitaba, ¿por qué seguía pensando en irse a Miami?

De pronto, la geografía facial de la mujer se vio sacudida por un súbito relámpago de interés. Le temblaron las aletas de la nariz, se le arrugó la frente con pliegues muy tensos y abrió unos milímetros la boca para canalizar hacia fuera la combustión interior.

—Un día... Un día le oí comentar que tenía algo que valía, que podía valer mucho,

muchísimo dinero.

La expresión de la joven nativa, más que sus palabras, reavivaron en Foster la esperanza de que el largo viaje hasta Manaos no resultara fallido. Clavó los ojos en el rostro ambarino de la viuda de Lange, ahora con mucha más intensidad y emoción, y le susurró temiendo romper el hilo de sus pensamientos.

—¿A qué se refería...? ¿A qué podía referirse...?

—No lo sé... Añadió... Añadió algo así como que lo tenía oculto en el sitio más seguro de todo el parque.

—¿Dijo exactamente eso?

—Si no pronunció esas mismas palabras, fueron otras muy parecidas

—¿Cuál puede ese lugar? Es muy importante, señora, muy importante... que lo encontremos.

—Ni la más remota idea —Marilia torció el gesto en señal de impotencia tras unos segundos de reflexión.

—¿Tiene caja fuerte la casa?

—No... Que yo sepa, no.

—¿Algún sótano? —La joven nativa negó con la cabeza— ¿Algún pozo?

—Tampoco. El agua viene directa desde el canal a una depuradora.

Pocos minutos más tarde, la señora Lange y su visitante recorrían lentamente, una por una, todas las instalaciones de *Reptilia*. Ambos con la alerta en la mirada intentando encontrar ese lugar “más seguro del parque” al que Willy había hecho alusión relacionándolo con el objeto que “valía mucho dinero”.

Se asomaron al foso de las serpientes, a la jaula de los lagartos, al terrario de las tortugas, finalizando el pausado recorrido en el lago de los caimanes donde, en ese momento, se desarrollaba el espectáculo durante el que fue asesinado Lange. Uno de los empleados del parque, un mulato de unos treinta y cinco años, arrojaba comida a los cocodrilos desde lo alto de la pasarela ante una abigarrada aglomeración de visitantes. La lucha de las fieras por atenzar los trozos de carne concitaba la atención y los objetivos de todas las cámaras fotográficas que empuñaban los turistas agolpados en torno a la valla perimetral de seguridad.

—¡Qué horror! —musitó para sí el escritor imaginando el espeluznante final del hombre al que había venido a ver.

Terminado el espectáculo, Foster y Marilia regresaron a la vivienda donde inspeccionaron las dos plantas en busca de algún hueco secreto donde Willy hubiera podido esconder ese “algo” tan valioso que ahora les obsesionaba. No hallaron nada. Dos horas más tarde, Dan decidió dar por concluida, y también por fracasada, la visita. Ya en la puerta, mientras le dejaba su número de teléfono a la viuda, se interesó por el tiempo que aún permanecería viviendo en la reserva natural.

—En el momento que nombren a un nuevo concesionario del parque, me tendré que marchar. No creo que tarden mucho.

—¿Y tiene a dónde ir?

—De momento, a casa de mis padres en Salvador de Bahía. Luego, ya veré.

Tras despedirse de Marilia insistiéndole en que le comunicara cualquier descubrimiento, por nimio que fuera, relacionado con el tema de su visita, Dan se dirigió hacia la salida del zoológico rumiando su decepción. A escasos metros de la puerta, un fogonazo en su mente le hizo ralentizar el paso hasta detenerse. Segundos más tarde giró sobre sí mismo, levantó la mirada y, decidido, con el corazón brincándole en el pecho, caminó deprisa hacia el foso de los caimanes. Al llegar a la valla, clavó sus ojos en los reptiles: unos dormitaban sobre el lodo que rodeaba la charca, otros nadaban dando coletazos por la ciénaga y dos de ellos se peleaban a dentelladas bajo la pasarela de madera.

“Oculto en el sitio más seguro de todo el parque”. Las palabras que Marilia había oído a

su difunto marido se repetían una y otra vez en su cerebro como un estribillo machacón. Rápidamente, encaminó sus pasos a la casa de madera y le planteó a la viuda su intuición de que Willy pudiera haber ocultado el secreto en el fondo de la fosa de los caimanes.

—Sin duda alguna, es un lugar seguro. Pudiera ser, sí... También podría haberlo ocultado en el pozo de las serpientes. Ahí sí que no hay quien baje... Pero... pero si lo ocultó en alguno de esos sitios, me inclino por el lago de los cocodrilos —elucubró la mujer con piel de ébano, cada vez más interesada en la hipótesis de Foster.

—¿Por qué?

—Por “El Guerrero Medieval”.

—¿Qué es eso.

—Un espectáculo que se le ocurrió a Willy... A veces, antes de echarle de comer a los cocodrilos, mi esposo se metía dentro de una armadura de acero, como las que hay en los museos europeos de la Edad Media. La manchaba de sangre con la carne que luego iba a echarles para comer y cruzaba despacio la charca con una gran espada. ¿Se lo imagina?

—Los caimanes intentaban morderle y él se defendía con la espada.

—Así era. Los reptiles se volvían locos con el olor de la sangre y mi marido no sufría ningún peligro porque los colmillos chocaban con el acero de la armadura.

—Claro... Y durante uno de esos espectáculos pudo dejar algo en el fondo de la charca... —Elucubró Foster en voz alta—. Algo que sólo él sabía dónde lo dejaba y que sólo él podría coger.

—Es posible —reflexionó en voz alta la joven.

—¿Se sigue haciendo ese espectáculo?

—No, ya no... Pero hay un empleado, Gerson, que suplantaba a Willy cuando él no podía.

—¿Dónde podemos hablar con ese Gerson?

Aquella misma tarde, al cerrar el zoo a los turistas y marcharse los empleados, salvo los que quedaban de vigilancia, Luizinho da Silva, “Gerson”, un cuarentón fornido con el cabello ensortijado, se calzaba una pesada armadura medieval, diseñada y fundida en la ciudad española de Toledo. Provisto de un pesado rastrillo penetró despacio, como a cámara lenta, en el hábitat de los feroces reptiles. Ante la expectante presencia de Marília y el escritor español apoyados sobre la valla, Gerson comenzó a peinar por zonas el fondo de la enfangada charca; una labor en la que, de vez en cuando, le importunaba alguno de los caimanes intentando clavar sus afilados colmillos en el brillante acero toledano.

Exactamente veintinueve minutos después de iniciar la búsqueda, cuando Foster empezaba a desanimarse, “El Guerrero Medieval” efectuó un gesto de alerta: el rastrillo había chocado por dos veces con algo duro. El optimismo reverdeció de inmediato en los dos únicos testigos que presenciaban la operación. Gerson soltó el rastrillo y, con gran dificultad por el complicado giro de las articulaciones de la armadura, se inclinó y extrajo una caja de hierro de reducidas dimensiones. Luego caminó hacia la valla con ella y se la entregó a la viuda de Willy Lange.

Marília, muy emocionada, cerró los ojos al tiempo que elevaba su mirada hacia el cielo agradeciendo a Dios y a su marido aquel hallazgo. Poco después se la ofrecía al escritor español.

—Señor Foster, no sé lo que hay aquí. Según mi marido, algo muy importante... Hace apenas unas horas que le conozco y mi corazón me dice que me fíe de usted... Es el único que puede saber el valor que tiene lo que haya dentro.

Para abrir la caja, necesitaron la ayuda de un soplete ya que estaba muy bien soldada. Dentro había una segunda caja, de madera, envuelta en una funda de neopreno. En su interior encontraron un cuaderno con hojas manuscritas por Linda Lange, la madre de

Willy, enfermera jefe del Parkland Memorial Hospital de Dallas. El escrito estaba fechado el 11 de octubre de 1964.

Dan se lanzó a devorar las hojas acuciado por un nerviosismo incontrolable que, poco a poco, se fue convirtiendo en frenesí hasta desembocar en auténtico paroxismo.

¡Lo que estaba leyendo era increíble! ¡Absolutamente increíble!

Tenía en sus trémulas manos un documento excepcional que esclarecía la mayoría de los interrogantes que Dan se había planteado a lo largo de la accidentada investigación en torno a las personas asesinadas por el virus *Vóltrax*.

Primero llamó al móvil personal de Olivia Perry.

Luego telefoneó a su editora, Lola Portal.

A las dos las emplazó para setenta y dos horas más tarde en la paradisíaca isla de Saona, en el extremo sureste de la República Dominicana; concretamente en un chiringuito llamado *Merengue-Mix*, justo al borde de las turquesas aguas del Caribe.

Veintiuna horas después, a bordo de un vuelo hacia México D.F. para tomar otro avión con destino al aeropuerto de Punta Cana, en la cabeza del escritor Dan Foster continuaba resonando una y otra vez una sola palabra...

¡Increíble...! ¡Increíble...! ¡Increíble!

CAPÍTULO SEXTO

1

Un minuto después de la excitada llamada de Dan citándola en una pequeña isla de la República Dominicana, el teléfono de Olivia volvió a sonar. Era Bob, su antiguo jefe en Operaciones Especiales de la CIA y ahora director de ésta.

—¿Nos vemos esta tarde, a las seis, junto a la lápida de Glenn Miller en Arlington? —le planteó con voz metálica, fría, pero al mismo tiempo timbrada de preocupación.

Olivia se tomó unos segundos para visualizar el lugar de la cita y no le pareció demasiado convincente. Se había convertido para Dugan en una persona muy peligrosa y, en consecuencia, debería fiarse de él lo menos posible. Un individuo que ocupaba la dirección general de la Inteligencia norteamericana, por definición, no podía abrigar ningún escrúpulo, y menos cuando se trataba de un problema personal que podría acabar con su carrera en la agencia.

—Mejor en un restaurante con mucha gente alrededor. No me gustaría verme contigo en un lugar solitario —le planteó con crudeza.

—Yo, querida, como bien sabes, no hago trabajos sucios.

—Ya, claro. Te los hacen —le respondió con contundencia.

La cita, finalmente, fue en *Pedroches Valley*, un restaurante español radicado en MacArthur Boulevard, en Georgetown, que ofrecía gastronomía típica del norte de la provincia española de Córdoba. Su dueño y jefe de cocina, José Manuel Romero, nacido en Hinojosa del Duque, había conseguido el milagro de llevar hasta la capital de Norteamérica los platos que su madre le enseñó a cocinar siendo un adolescente. Senadores, congresistas, diplomáticos de todo el mundo, tiburones periodísticos, altos cargos de la CIA y chacales/obistas llenaban todos los días laborables sus salones. Entre emblemáticas fotografías de los Pedroches, los prohombres de Washington manejaban los hilos del mundo mientras degustaban embutidos típicos de la citada zona: jamón, lomo y salchichón ibéricos; gazpacho ajoblanco; cocido carnavalesco con sus tres ingredientes principales: el espinazo, el “relleno” de jamón, huevos y perejil, así como su sopa dorada con azúcar; y de postre, unos exquisitos buñuelos de flor con miel y empanadillas de “cabello de ángel”.

—¿Quién te ha contado lo de *Babysex*? —preguntó Dugan nada más marcharse el *maitre*, quien había logrado encontrarles un rincón relativamente apartado del enjambre de clientes.

—Antes, quiero que me cuentes todo lo que sepas sobre el personaje con el que estuvimos en Nueva York y la organización que preside.

—¡Ha sido ese hijo de perra de Charles Williams! ¿Verdad? —Le planteó olvidándose de las tres peticiones formuladas por su antigua subordinada— ¡No puede ser otro!

—Tranquilízate, Bob. Ya hablaremos de ese tema. Ahora respóndeme a lo que te he preguntado.

—¿¡Qué pruebas tiene ese trepa de mierda!? —continuó Dugan preso de su único pensamiento, cada vez más encrespado.

—Imágenes de sexo explícito, coitos anales incluidos, con tres niñas que no superaban los trece años, una de ellas de raza negra, en una cama redonda con sábanas rojas.

¿Satisfecho? —Soltó de un tirón la ex agente Perry viendo que sería la única forma de que le facilitara la información que a ella le interesaba.

—¡Hijo de ...!

El sudor afloró con abundancia a la frente de Dugan y tuvo que limpiárselo con la impoluta servilleta que tenía a su derecha, evitando así que se descolgase por la esclerotizada piel de su semblante. Descompuesto por completo, como si estuviera a punto de subir al cadalso, bebió con avidez un vaso entero de agua intentando diluir la bola de angustia que se había inflado a la entrada de su estómago. No fue suficiente. Necesitó inspirar y exhalar oxígeno varias veces, profunda y lentamente, hasta conseguir relajarse un poco antes de comenzar a hablar con la voz aterida por el miedo.

—Está bien..., aunque no sé mucho más de lo que te dije... *Julius III*, desconozco por qué este nombre, preside la organización *Arcanum* que se encarga de velar por los grandes secretos de Estados Unidos. Se trata de una institución que depende directamente del Pentágono. Tiene carácter paraestatal y...

—¿Qué quieres decir con... “paraestatal”?

—Que está por encima de los vaivenes electorales y de las personas que van desfilando por la Casa Blanca. Por eso depende de Defensa

—Ya... Y “paraestatal” también significa que la sociedad, los electores y los contribuyentes no deben saber que existe, ¿verdad? —expresó con gran ironía la ex agente de la CIA.

—Más o menos...

—Sigue.

El pánico que en un principio le entorpecía la lengua, ahora parecía lubricar su memoria ya que “cantaba”, deprisa y sin freno, informaciones muy confidenciales y comprometedoras.

—*Arcanum* tiene su propia red de agentes, pero cuando necesita ayuda de cualquier servicio de inteligencia del Estado, CIA, FBI, Seguridad Militar o policía de cualquier condado, estos estamentos están obligados a prestársela sin recabar más información que la que *Arcanum* quiera proporcionarles.

—Poder absoluto, ¿no?

—Por completo. Únicamente lo sabe un reducido número de personas en cada servicio secreto. En la CIA, en concreto, aparte de mí, sólo los directores generales de Operaciones, de Inteligencia y de Ciencia y Tecnología. Precisamente por ese poder absoluto, en la reunión que tuvimos con *Julius III* yo le tenía que obedecer. ¿Comprendes ahora mi delicada situación?

—¿Debo deducir que muchas de las acciones que emprende la CIA son, en realidad, un servicio para *Arcanum*?

—Muchas, no. La verdad es que son más bien pocas... No más de una veintena al año. Al menos desde que estoy yo de director.

—Bien... ¿Dónde se encuentran las oficinas a las que fuimos?

—No lo sé con exactitud. Si recuerdas, la limusina que nos recogió en el aeropuerto tenía opacos todos los cristales. Por lo que he oído alguna vez a *Julius*, de pasada, pienso que debe estar en el subsuelo de Manhattan, con toda probabilidad en la zona que ocuparon las Torres Gemelas.

—¿Cómo se entra en ellas?

—Ni idea. Yo he ido en unas veinte ocasiones y siempre me han llevado en la misma limusina que nos recogió en el aeropuerto. El vehículo entra en un garaje desde el que una cinta transportadora la conduce hasta la sala en la que tomamos el ascensor. ¿Recuerdas?

—Si está bajo la Zona Cero, el edificio debe constar en los planos de alguno de los arquitectos que intervinieron en la reconstrucción.

—No creo que exista ningún plano.

—Tienen que estar, seguro, en el ayuntamiento —insistió Olivia.

—Da por hecho que en el ayuntamiento no encontrarás nada. *Arcanum*, entérate, no existe.

Se instauró entre ellos un denso silencio en el que la joven le observó con fijeza, convenciéndose poco a poco de que Dugan no le iba a ser demasiado útil. Sus conocimientos sobre la organización secreta eran más bien limitados y, posiblemente, ya se los había revelado casi todos.

—Olivia, créeme, en la sede de *Arcanum* no hay forma de entrar. Ellos lo controlan todo desde dentro. Pero aún en la improbable hipótesis de que logres llegar hasta *Julius III*, olvídate de salir viva de allí.

—Hay un lema en la CIA, tú mismo me lo enseñaste, que dice...

—“Todo es posible si se tiene inteligencia y audacia” —se le adelantó Dugan en la cita—. Sí, es cierto, yo te lo enseñé. Una de las muchas estupideces que soltamos de vez en cuando en la agencia.

—Bob, ¿por qué quieren que asesine a Dan Foster? ¿Tan importante es lo que está investigando?

—Debe serlo, aunque desconozco el asunto. Cuando *Arcanum* pide colaboración, nunca nos da explicaciones. Nos da órdenes y punto.

—¿Te imaginas que el pueblo norteamericano se enterara de la existencia de esa organización supersecreta y de que está al margen de la ley?

—No me lo imagino porque es algo que, sencillamente, no va a ocurrir. No puede ocurrir.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Controlan todo cuanto pueda estar relacionado con los secretos que se hallan bajo su custodia. Tienen poder ejecutivo y lo ejercen sin miramiento sobre cualquier persona o institución, sea americana o no.

—La prensa ya no es el cuarto poder. Ahora es el primero. La prensa puede destruir *Arcanum*—le sugirió la ex agente Perry.

—Totalmente de acuerdo. Pero *Arcanum* es sólo *Julius III* y las personas que trabajan en el búnker que conociste... *Arcanum* también son los presidentes de los más influyentes medios de comunicación, de los grandes bancos, de las poderosas multinacionales... ¿Comprendes?

—Ya... Pero siempre hay un periodista independiente que tiene el coraje de publicar los secretos inconfesables del poder.

—Eso, cariño, sólo ocurre en las películas.

—Está internet.

Bob Dugan sonrió con una cierta timidez. Se encontraba ahora mucho más relajado que al inicio de la conversación. El hecho de percibir que Olivia parecía creer en su sinceridad había cambiado por completo su estado de ánimo.

—¿De qué sirve que un periódico local de Cincinnati revele que existe una organización secreta llamada *Arcanum*, si no se hacen eco de ella el Times, la NBC, el Post, USA Today, la CBS... ¿Hay error más grande que la guerra de Irak y, sin embargo, el sesenta y nueve por ciento de los americanos cree que estuvo justificado el coste de vidas y dinero?

—Internet... —le repitió la joven.

—No seas ingenua. *Google*, *Facebook* y demás redes sociales, las grandes *puntocom*... Todo está bajo control. Absolutamente todo.

—Bob, no puede haber tanta suciedad en el poder.

—El poder, por definición, es sucio. Si no, no es poder.

—Me niego a acatar ese fatalismo.

Lo que se preveía, y así comenzó, como una conversación viscosa, había derivado a

una pausada dialéctica que retrataba la posición vital e ideológica de cada uno.

—La ética, querida Olivia, como la juventud, es una enfermedad que se cura a medida que pasan los años.

Dugan aceptaba como inevitable la perversidad intrínseca de la política y sus tentáculos en todos los órdenes de la sociedad. Por su parte, la joven Perry se negaba a aceptar que el ser humano fuera incapaz de darse a sí mismo un sistema de valores. Terminaron paseando por Battery Kemble Park. Por encima de sus cabezas, las nubes comenzaban a descolgarse y a volverse tumefactas por la lluvia que gravitaba en su interior. Un viento norteño avisaba del aguacero que se avecinaba y toda la vegetación del parque miraba ávida hacia arriba con la esperanza de que el cielo se apiadara de su sed. Mes y medio de extrema sequía, apenas mitigada con el riego por aspersion que se disparaba de madrugada, parecía llegar a su fin con las primeras gotas del aguacero.

Ante la constatación de que el temporal tardaría en amainar, la ex agente y Bob buscaron cobijo bajo un frondoso sauce.

—Volviendo al tema que tanto te interesa. Yo podría inventar algo para que *Julius* nos recibiera... Pero luego allí, ¿qué? ¿Te escondes en el baño o en el conducto del aire acondicionado?

—La verdad es que lo tienen muy bien montado. Ellos te entran y ellos te sacan. Y mientras estás allí, te tienen controlado con la pulsera electrónica que te colocan en la muñeca al entrar.

—Olivia... quiero decirte algo... —Bob Dugan la observaba con ojos encenizados por la turbiedad de la culpa que anidaba en ellos—. Sé que ante ti soy un degenerado por lo de Tailandia. No quiero justificarme porque yo mismo me siento sucio. Pero sí quiero decirte dos cosas: la CIA, y cuando digo la CIA me refiero a cualquier servicio secreto de cualquier lugar del mundo, hace cosas tan deleznable o más que tener sexo con menores... Y segunda, existe una novela de un escritor francés de origen norteamericano llamado Julien Green titulada *Cada hombre en su noche*. Si algún día la lees..., a lo mejor en vez de desprecio hacia mí empiezas a sentir piedad.

—La leeré.

—Y una última cosa... Respecto a tu interés por, digamos, desmantelar *Arcanum*, déjame hacer una gestión... A lo mejor en unos días tengo buenas noticias para ti.

2

La cita era a las dos de la tarde en la isla de Saona situada en el extremo sureste de la República Dominicana. Foster había elegido este lugar por la facilidad de viajar hasta ella tanto desde España para Lola Portal, como para Olivia desde Nueva York y él desde Manaos, vía México D.F.

Los tres aterrizaron a primera hora de la mañana en el aeropuerto de Punta Cana y viajaron en taxi, por separado, hasta Bayahibe. Una vez en esta playa, cada uno se integró en un grupo de turistas para trasladarse a la paradisíaca isla donde habían quedado en reunirse. Lola lo hizo a bordo de un catamarán, Dan en una lancha rápida y Olivia en un helicóptero *MI-8* de la empresa turística *Romana Flycon* capacidad para veinte pasajeros y el piloto.

El escritor había tomado todas estas precauciones bajo el síndrome que padecía de estar vigilado siempre y en cualquier parte. Necesitaba que la reunión con su editora y con Olivia no pudiera llegar a oídos de quienes le habían intentado asesinar, presumiblemente la misteriosa organización causante de las muertes por el *Vóltrax*.

Lo habían localizado en numerosos lugares: Nueva York, Richmond, Dallas, Punta Cana... Si también llegaban hasta Saona debería empezar a pensar en los poderes

sobrenaturales de la mencionada organización. O bien... O bien su editora tendría razón sobre el papel de espía que le atribuía a Olivia Perry en toda aquella historia; una sospecha que el corazón de Foster rechazaba con energía pero que, más de una vez, se la había encontrado culebreando por entre los pliegues de su ánimo.

A pesar de las conversaciones telefónicas mantenidas por ambas mujeres en torno a los sucesos que estaban investigando, la presencia de la ex agente al lado de Foster no le hacía ninguna gracia a Lola Portal. Su convencimiento de que eran amantes, fundado por completo conociendo a Dan, propiciaba que diera pábulo a cualquier pensamiento negativo sobre Olivia que acudiera a su mente. Y por supuesto no dudaba un segundo en contárselo al escritor quien, conociendo los celos patológicos de la editora, sorteaba como podía sus continuas insidias contra la joven norteamericana.

Hacia las catorce horas, tras diversas vicisitudes en sus respectivos medios de locomoción, los tres personajes estaban sentados alrededor de una mesa de madera en *Merengue-Mix*, un chiringuito de playa ubicado a escasos cinco metros de las rizadas olas del mar, rodeado de cocoteros y palmeras que parecían anclar la tierra en los radiantes cielos caribeños.

El encuentro entre las dos mujeres, bastante temido por Dan, resultó efusivo por el lado de Olivia y nada más que correcto por el de la editora catalana.

—Yo estoy un poco loca. Un poco, no. ¡Bastante loca! ¡Pero tú, estás como un auténtico cencerro! ¡A esta maravillosa isla se viene con un buen bikini y un kit de cremas de protección solar 50 plus! ¡Lo que nunca se debe traer es un portafolios como me has obligado a mí, pedazo de cabrón! —le espetó Lola con un cierto enfado.

—Primero: yo no te he dicho que vinieras con un portafolios. Y segundo, una mujer tan inteligente como tú debería saber que este lugar es turismo puro todo el año. Efectivamente, aquí se viene con bañador y cremas de alta protección solar.

—¡De inteligente, nada! ¡Porque si yo tuviera un coeficiente intelectual normalito, hace mucho tiempo que te habría mandado a tomar por culo!

—Lola, por favor, cambia de actitud. Aunque Olivia no entiende el castellano, sólo necesita tener ojos en la cara para deducir que me estás echando una bronca como un piano de gorda —intentó frenarla con una sonrisa airada entre los dientes.

—¿De quién hablas? ¿Del puto zorrón desorejado que tienes a tu derecha?

Dan Foster forzó una carcajada nerviosa y miró a Olivia que, por un acto reflejo, sonrió y preguntó en inglés con expresión bobalicona.

—¿Me estoy perdiendo algo gracioso por no saber español?

—Perdona, Olivia. Lola me estaba contando que ha roto con su pareja en Barcelona porque... —La violenta situación ponía a prueba su rapidez imaginativa— Porque se dormía..., porque se dormía haciendo el amor sobre ella.

—¿Ah, sí? —Exclamó sorprendida Olivia y luego contó en tono festivo—: Pues a mí me pasó una vez lo mismo, pero al revés. Rompí con un novio porque yo era la que me dormía de lo aburrido que era él en la cama.

La joven soltó una risotada y Foster se contagió de su hilaridad; risa que en el escritor se transformó pronto en un aluvión de carcajadas al observar la mirada asesina de su editora envuelta en el papel celofán de una mueca que parecía la de una hiena en celo. La situación encerraba un elevado grado de surrealismo: una deteriorada mesa de un chiringuito al borde de aguas atlánticas en una isla salvaje; una ejecutiva catalana con un portafolios de piel color burdeos, camisa malva de seda transparente y una minifalda del mismo color que mostraba unos rollizos muslos nada despreciables, sobre todo cuando los cruzaba en estilo “instintobásico”; una rubia norteamericana con un short vaquero deshilachado y una camiseta con el rostro de Elvis sobre el seno izquierdo y de James Dean en el derecho; y por último, un español con pinta de *latin-lover* vistiendo una camisa blanca de lunares rojos, sin mangas, y un bañador naranja-butano comprados a toda prisa en el aeropuerto de Punta Cana. Y de fondo, para que no

faltara la música autóctona, un frenético popurrí del grupo *Los Sabrosos del Merengue*. Los tres personajes componían un cuadro indescriptible, esperpéntico, que paradójicamente constituía el preámbulo de una de las revelaciones más trascendentales de la Historia. Tras imponer seriedad a Olivia y exigirle a Lola control de la lengua, el escritor le entregó a cada mujer una fotocopia del manuscrito encontrado tres días antes en el fondo de la charca de los caimanes, en el zoológico *Reptiliade* Manaos.

3

“Mi nombre es Linda Lange. Vivo en Dallas, Texas, y hoy es once de octubre de 1964. El motivo del presente escrito es dar testimonio de algo que ocurrió en esta ciudad hace casi un año, concretamente el 22 de noviembre de 1963. Dicha fecha la Historia la conoce como el día que el presidente John F. Kennedy fue asesinado por Lee Harvey Oswald en Elm Street, mientras cruzaba la plaza Dealey de esta ciudad.

A primeros de mayo de ese año, el 63, recibí en mi despacho de enfermera jefe del Parkland Hospital la visita de un hombre de unos treinta años. Se presentó como agente de la CIA y, tras identificarse, me dijo que se llamaba Richard Parker.

El citado personaje, en un largo preámbulo, me explicó que yo había sido elegida para colaborar en una misión que, por una serie de razones de estado, no podía explicarme; una misión que iba a cambiar la historia de América. Podía negarme en ese momento a conocer en qué consistía, él se marcharía y yo seguiría mi vida con absoluta normalidad. Sin embargo, si decidía oír de qué se trataba el asunto, tendría dos opciones: participar en él o abstenerme. Si me abstenía, no tendría que hacer nada salvo guardar absoluto silencio, incluso con mis familiares más íntimos. En caso de revelar el contenido de la conversación a alguien, me matarían; a mí y a la persona a la que se lo hubiera contado. Así de taxativo.

Si, por el contrario, aceptaba colaborar con el tal Parker, además de tener el honor de prestar un gran servicio a mi patria, a la gran nación americana, recibiría una compensación económica anual durante el resto de mi vida. Y por supuesto, también tendría que guardar secreto absoluto bajo pena de muerte, no sólo hacia mi persona, sino también hacia mis familiares más queridos.

Una vez hecho el planteamiento anterior, Richard Parker me dejó sola durante media hora para que reflexionara mientras él bajaba a la cafetería a tomar un té.

Cuando regresó a mi despacho, yo ya había tomado la decisión de escuchar en qué consistía la operación y luego decidir si participaba o no en ella. Me recordó de nuevo que, tanto si aceptaba cooperar como si desistía de ello, estaría obligada a guardar secreto de por vida si no quería exponerme a una muerte segura. Y para probar que la amenaza era absolutamente real, me enseñó un grueso dossier donde estaban consignados todos los datos de mi vida profesional y familiar; es decir, lo sabía todo sobre mí.

Después de una nueva reflexión, decidí continuar adelante con mi deseo de conocer el plan y luego decidir si cooperaba o no con él.

La operación consistía en simular que el presidente Kennedy era asesinado en Dallas. Al oír esto se apoderó de mí la incredulidad más absoluta para luego echarme a reír casi a carcajadas. Estaba claro que se trataba de una broma. De pronto, un chispazo me hizo caer en la cuenta de que me encontraba en presencia de un loco y me indigné conmigo misma por no haberlo descubierto antes.

El agente de la CIA tenía previstas todas las reacciones que yo iba a experimentar y no perdió en ningún momento la tranquilidad de su semblante. Era obvio que no era la primera vez que se encontraba en aquella situación. Sabía solventar con absoluta

convicción todas las preguntas y comentarios que, de forma inevitable, acudían a la mente de las personas a las que les habría efectuado ya la misma oferta. Tras mi incredulidad inicial, más o menos mantuvimos el siguiente diálogo:

—Esto es absurdo por completo.

—Precisamente en eso radica la fuerza del plan. Será tan irracional, tan absurdo pensar lo contrario, que nadie se planteará que el presidente no haya muerto.

—Imposible creer esa farsa.

—Se lo tragará todo el mundo... si se hace bien.

—Existen numerosas posibilidades de fallos. No puede resultar bien, señor Parker. El riesgo es enorme.

—Si cada uno cumple con su misión, saldrá perfectamente.

Hacía un mes que, tras numerosas pruebas médicas, me habían detectado una enfermedad degenerativa. Con un buen tratamiento, sobreviviría en torno a unos dos años. Yo era madre soltera y mis ahorros muy modestos. Mi gran problema entonces no radicaba en ver cerca el final de mi vida, sino en asegurar lo más posible la educación y supervivencia de mi único hijo, Willy, que en aquellos momentos tenía cinco años.

Una vez que el agente de la CIA me explicó con detalle el plan, me siguió pareciendo disparatado, pero aquel hombre tenía la firme convicción de que saldría bien y, tras una nueva pausa para pensar mi decisión, le planteé colaborar a cambio de que, cuando yo muriera, la pensión vitalicia pasara a cobrarla mi hijo. Él reflexionó sólo unos instantes y aceptó mi propuesta siempre que Willy no supiera nunca por qué recibía ese dinero, para lo cual ya encontraríamos una explicación y una estrategia convincentes.

No volví a ver al señor Parker hasta primeros de noviembre cuando se instaló en Dallas para ensayar la comedia con todas las personas comprometidas que, en realidad, no eran muchas.

Mi misión en el montaje era breve pero importante. Consistía en que no entrara nadie en el quirófano número 2 del Parkland Hospital a partir de las once y media de la mañana del día 22, salvo dos enfermeros que introdujeron un cadáver en una camilla a las doce menos cuarto. Estos dos enfermeros, en realidad dos agentes del servicio secreto del séquito presidencial, llamaron con un número de golpes convenido en el cristal, les abrí la puerta y cerré por dentro. Quitó la sábana que cubría el cuerpo y lo comparé con una fotografía del presidente que me había entregado Parker. El cadáver poseía el mismo traje, camisa y corbata que Kennedy tenía en la foto; y las heridas coincidían plenamente, tanto la de la cabeza con el correspondiente desprendimiento de masa encefálica, como la del cuello con su pequeña mancha de sangre. Pero lo más sorprendente era la perfección del cabello y, sobre todo, la mascarilla de látex que cubría el rostro del cadáver. Nadie, salvo que estuviera en el secreto, podría negar que aquel cuerpo fuera el del presidente Kennedy.

Una vez comprobado que el cadáver se ajustaba a la foto que Richard Parker me había entregado, le llamé por teléfono desde mi despacho y le di el Ok. Regresé al quirófano y, con la ayuda de los dos "enfermeros", ocultamos el cuerpo del doble tras una mampara desplegable que había en un rincón.

A la una menos diez, más o menos, llegó a toda prisa la comitiva presidencial a la zona de urgencias. De inmediato, al presidente lo llevaron al quirófano nº 2 y al gobernador Connally al nº 3, quedando cerrado por completo el acceso al área "A" de quirófanos por dos agentes bajo las órdenes de Parker, quien a partir de aquel momento tomó el mando de todo cuanto ocurría en torno al primer mandatario estadounidense.

En el quirófano nº 2 entramos el doctor Philip Carrington, director del Parkland Hospital, los cirujanos jefes Francis Sting y Michael Newman, el agente de la CIA, los dos "enfermeros" que habían traído el cadáver y yo. Nada más llegar, el presidente Kennedy, sin moverse de la camilla en la que lo habían colocado en la zona de

urgencias los citados “enfermeros”, abrió los ojos y miró a Richard con una breve sonrisa al tiempo que le preguntaba.

—¿Qué tal, Ricky?

—Encárguese ya el smoking para recoger el próximo Oscar a la mejor interpretación masculina. Perfecto, señor. Pero no se mueva aún. ¡Murray! ¡Hamilton!

Los dos “enfermeros” sacaron a toda prisa de detrás de la mampara la camilla con el cadáver del doble y la situaron en paralelo a la que ocupaba el presidente. Parker se colocó frente a ambos y, mirando alternativamente varias veces a un cuerpo y a otro, terminó consultando a los presentes:

—¿Notáis alguna diferencia?

Luego de un breve silencio, el doctor Carrington señaló que el doble parecía tener más masa encefálica fuera de la cabeza que el presidente. En efecto, a Kennedy se le había caído parte del falso cerebro al pasarle de la limusina a la camilla en urgencias. Rápidamente, el agente empuñó un bisturí y redujo la masa encefálica del cadáver.

—¡Señor, arriba!

Kennedy se incorporó con agilidad de la camilla y, tras limpiarse la sangre del cuello y el cuero cabelludo, pasó detrás de la mampara donde tenía ropa y postizos para disfrazarse. El cuerpo del doble fue colocado en la mesa de operaciones y los dos cirujanos jefes se dispusieron a “intervenir” el cadáver después de tomar Parker varias fotos del mismo.

Seguidamente, el doctor Carrington y yo nos trasladamos al quirófano nº 3 donde se encontraba “herido” el gobernador Connally, que lógicamente también participaba en la comedia. Entre los dos, al igual que los doctores Sting y Newman se ocupaban de operar al “presidente”, nosotros “curamos” al gobernador de “sus heridas” en la axila y en la muñeca.

A las trece cuarenta, más a o menos, el director del hospital y los dos cirujanos comparecieron en rueda de prensa para anunciar de manera oficial la muerte del presidente de Estados Unidos, describiendo con toda minuciosidad las heridas con las que llegó al hospital y los “inútiles y desesperados intentos” que se habían llevado a cabo para evitar su fallecimiento.

A las dos de la tarde, el presidente Kennedy, disfrazado con barba, bigote y gafas, vistiendo bata blanca de médico del hospital, salía de la zona de quirófanos en compañía del doctor Carrington. Bajaron al sótano donde una ambulancia, con un hombre de la CIA al volante, le esperaba con el motor en marcha para abandonar con urgencia el centro sanitario con rumbo desconocido.

Sobre las cuatro, el agente de la CIA ordenaba sacar el féretro del quirófano para transportarlo al Air Force One, el avión presidencial. Hasta entonces, toda la comedia se había desarrollado con una precisión de relojería suiza. La escena del hospital, bajo el control de Carrington y mío, siempre supervisada por el increíble cerebro de Richard Parker, no había tenido el más mínimo fallo. En la zona de quirófanos no entró ningún intruso, el cambio del cuerpo y la operación se efectuaron con tranquilidad; al gobernador Connally se le “atendió” debidamente y quedó ingresado en una habitación controlada por mí y por los doctores Sting y Newman. Y, por último, el presidente había abandonado el Parklan con absoluta impunidad.

Sólo hubo dos momentos de incertidumbre, solventados de manera magistral por el agente de la CIA. Uno con inteligencia y otro con audacia. El primero tuvo lugar cuando el propio Parker le comunicó a Jacqueline Kennedy que no se había podido evitar la muerte de su marido. En ese instante, la primera dama sufrió un ataque de nervios y abandonó corriendo el despacho del director del hospital, a donde había sido conducida junto con la esposa del gobernador. Gritaba y gritaba por el pasillo, histérica perdida, que quería ver a su marido, que quería verlo y besarlo.

Besarlo era justo lo único que no podía hacer. Si lobesaba en el rostro detectaría que

no se trataba de piel humana sino de una mascarilla de látex; una simulación perfecta ya que el semblante del propio Kennedy había servido de modelo. Ahora bien, la simple presión de un beso la habría hundido algunos milímetros hasta topar con la cara del cadáver real que suplantaba al presidente.

Parker, muy inteligentemente, en vez de intentar serenar a Jacqueline, azuzó sus nervios prohibiéndole ver el cuerpo de su marido porque tenía la cabeza destrozada por el disparo y por la intervención quirúrgica que le habían practicado para intentar salvarle la vida. El desquiciamiento de la primera dama fue en aumento, sobre todo cuando Richard le impidió el paso al quirófano agarrándola de las muñecas hasta que por fin se desmayó. En ese momento, el doctor Carrington aprovechó para inyectarle un sedante que la iba a tener semidormida durante las horas siguientes.

El segundo incidente se desarrolló a los pocos minutos de acomodar el falso cadáver en el féretro. El fiscal médico de Texas se presentó en el área "A" de quirófanos, advirtiéndole que el cuerpo del presidente no podía salir del hospital si no se le practicaba antes la autopsia. Parker se lo quitó del medio enviándolo al despacho del doctor Carrington, quien en ese momento se hallaba atendiendo a varios congresistas que se habían personado en el centro sanitario al conocer la noticia.

El director le reconoció que la ley obligaba a efectuar la autopsia, pero al tratarse del presidente la citada ley no procedía ser aplicada debido al fuero especial del primer mandatario de la nación. El fiscal replicó que la ley no contemplaba ninguna excepción y, avisado por un ayudante de que estaban bajando el cuerpo, corrió a la puerta del sótano del hospital para impedir la salida. Llegó en el momento que los dos "enfermeros" empujaban la plataforma de cuatro ruedas sobre la que iba el ataúd. Se situó en la puerta con los brazos en cruz gritando que era el fiscal jefe sanitario de Texas y prohibía la salida del cuerpo del presidente. Richard no lo dudó un segundo. Lo cogió de una muñeca, le retorció el brazo y, con una sola mano, ayudado por el agudo dolor que sentía el fiscal, lo quitó del medio encerrándole en la primera puerta que encontró en el sótano. Una de las salas de la morgue.

Hacia las diecisiete horas, aproximadamente, una ambulancia se llevaba a toda prisa el "cadáver" de John Fitzgerald Kennedy, concluyendo la misión de los doctores Carrington, Sting, Newman y la mía. Así como, supongo, la de otros varios personajes que debieron intervenir en la comedia del supuesto atentado en Elm Street.

He escrito las páginas anteriores porque no me quedan muchos días de vida y algo en mi ánimo me dice que no obré de forma correcta. Y sobre todo, porque temo que, a mi muerte, Parker no cumpla la promesa de pasarle la pensión vitalicia a mi hijo Willy, al que antes de morir informaré del uso que puede hacer del presente testimonio. Un documento que ha leído el doctor Philip Carrington y que lo firma conjuntamente conmigo, ya que él se arrepiente también de haber contribuido a la farsa del magnicidio.

En Dallas, a once de octubre de 1964. Firmado: Philip Carrington, director general del Parkland Memorial Hospital el 22 de noviembre de 1963. Y Linda Lange, enfermera jefe en la citada fecha.

4

La primera en terminar de leer el documento fue Lola Portal y levantó los ojos hacia Dan Foster. Segundos después, Olivia Perry efectuaba idéntico movimiento. Ambas con la misma expresión alucinada en sus rostros. Durante un minuto, aproximadamente, no pudieron formular ni una sola palabra intentando asimilar lo que acababan de leer. El mutismo lo quebró la editora con su peculiar léxico.

—¡Joder...! ¡Joder, joder, joder! ¡No me lo puedo creer! ¡La madre que parió al Parker

ese de los cojones! ¡Hay que tener huevos para montar el tinglado que montó! Desde luego, si esto es verdad, lo explica todo —concluyó la editora, cuyo soez repertorio le ayudó a liberar la adrenalina que había acumulado con aquella lectura.

— ¿Olivia...?

— ¡No puede ser verdad! ¡Es... absurdo! ¡Totalmente absurdo!

—Estoy convencido de que el documento es auténtico —apuntó el escritor.

—No, Dan, no pierdas la cabeza. Todo esto es irracional. —La ex agente continuaba en una especie de estado catártico—. ¡Tiene que ser una broma!

—¡Hay todavía muchos puntos oscuros, Olivia! Pero este documento, por increíble que parezca, aclara bastante por qué han podido ser asesinadas esas nueve personas.

—Con esta confesión, adquieren sentido pleno las palabras de la mujer a la que mataron en Dallas —recordó la editora española.

—Cierto —confirmó Foster, y recordó ralentizando las palabras—: “Si hasta ahora nadie ha podido probar quién mató a Kennedy, sólo puede haber una explicación...”

—Que no murió...—concluyó Olivia con un hilito de voz, casi un susurro—. Es inconcebible pero...

Se impuso un denso y reflexivo silencio durante el que fueron asumiendo la memorable revelación que tenían en sus manos. Un documento que podía cambiar, que iba a cambiar la Historia del mundo.

Debido al brutal impacto de la lectura, se habían olvidado por completo de la situación, si no ridícula, sí insólita en la que se hallaban: al borde del mar, en una isla salvaje del Caribe, bajo el techo vegetal de un parasol circular y vestidos de manera pintoresca. Por supuesto, nadie que pudiera verles podría imaginar el trascendental motivo de la reunión.

Durante el mencionado silencio, Lola comenzó a olfatear intensamente el negocio que lanzaría a su editorial a la cúspide internacional; era un olor tan fuerte, tan mareante, que le hizo olvidarse por completo de su mayor preocupación personal: la más que posible relación sentimental entre su autor y la chica americana.

—Yo tengo claro lo que voy a hacer a partir de ahora... Dedicarme en cuerpo y alma a preparar con toda meticulosidad la salida del libro.

—El libro, Lola, me temo que va a tardar bastante en estar listo. Tenemos por delante todavía muchos días de investigación y, luego, hay que escribirlo —le advirtió Dan.

—Lo sé. Pero debo estudiar con qué editoriales europeas nos interesará asociarnos. No podemos salir solos, nos aplastarían los poderes de *Arcanum*. Más aún, sería conveniente contactar, creo, con alguna firma norteamericana no sometida a *alstablishment* de la Casa Blanca. Todas estas negociaciones llevarán tiempo y serán muy difíciles ya que, por razones obvias, de momento no podré revelar muchas cosas.

—De acuerdo.

—¡Parad, parad, por favor! ¡Parad...! No quiero ser una aguafiestas pero sigo creyendo que todo esto es pura ciencia ficción. Alguien está jugando con nosotros y, como tres imbéciles, estamos bailando al son de la música que él toca —Las palabras de Olivia mostraban un férreo escepticismo y su semblante no disimulaba la indignación—. ¿Cómo podemos estar dando pábulo a la fantasía de que Kennedy no murió en Dallas? ¡Por favor, un mínimo de sensatez...!

El escritor, tras observar con marcada intensidad a Olivia, cruzó una rápida mirada con la editora y volvió a posar sus ojos sobre el convulsionado semblante de la ex agente.

—Olivia..., hace tres días que leí por vez primera esta confesión de Linda Lange. La reflexión que acabas de formular tú, me la he hecho yo cien veces..., y cien veces he llegado a la misma conclusión: sí, es absurdo pensar que Kennedy no murió en Dallas. Pero a la vista de todos los datos que tenemos es más absurdo, mucho más absurdo, pensar que la historia ocurrió tal como nos la han contado... Olivia, soy muchas cosas..., todo lo que tú quieras, pero no soy un descerebrado.

La ex agente le sostuvo la mirada durante unos instantes y luego cerró los ojos con todos los músculos de su bello semblante en estado de máxima tensión.

—No he querido en ningún momento llamaros cretinos. Pero, ¿me podéis dar una sola razón por la que el hombre más poderoso de la Tierra quisiera desaparecer de la vida pública fabricando un atentado a la vista del todo el mundo?

En ese momento, cuando Foster iba a responderle, se le descompuso el rostro por un gesto de dolor y, rápidamente, se llevó la mano a la base del cráneo.

—¿Te pasa algo, Dan? —se preocupó Lola Portal.

—¡La cabeza...! ¡Me duele...! ¡Me duele mucho!

Fue lo último que dijo antes de desplomarse sobre la copia del documento fotocopiado que tenía encima de la rústica mesa. Al caer, tumbó un vaso con ron y coca-cola, desparramándose el oscuro líquido sobre las hojas.

5

Paul Wagner escribía desde que se levantaba hasta que se acostaba, descansando sólo a la hora de comer y durante algún paseo si se sentía muy fatigado. Tenía ya un manuscrito de noventa y siete páginas pero aún le faltaban unos días para poner sobre el papel todo lo que recordaba de los sucesos acaecidos en el barrio angelino de Brentwood en el verano del 62.

Había encontrado a Richard Parker muy enfermo y temía con todo fundamento que pudiera fallecer antes de que el libro se pusiera en manos de la editorial. Este dato era muy importante ya que la autenticación de cuanto se narraba en él radicaba en que Parker fue el ideólogo y director de toda la operación. Su testimonio personal resultaba imprescindible para dar verosimilitud al bombazo que supondría la aparición de la obra. Al llegar a la página cien, se detuvo a releer una serie de anotaciones consignadas en un cuaderno a lo largo del apresurado proceso de redacción. Aproximadamente la mitad de ellas se referían a datos de documentación, a fechas y lugares que no recordaba con exactitud, los cuales debería verificar fehacientemente para no caer en ningún error. En concreto, casi todos eran relativos a la participación de Hillary Sontag, Brian Nelson y Ruth Anderson.

En primer lugar telefoneó a casa de Nelson, en Sausalito, donde descolgó su esposa.

—Hola, Mary. Soy Paul Wagner. ¿Cómo estás? —preguntó con un cierto tono festivo.

—Pues cómo voy a estar. Imagínatelo, Paul.

—¿Pasa algo? —Se alarmó Wagner por el tono sombrío, casi lúgubre, de su voz.

—¿No te has enterado?

—¿Enterado? ¿A qué te refieres?

—Brian falleció a finales de julio, el veintinueve.

—¡Dios mío! ¡Perdona, no sabía nada! ¿Cómo no me avisaste? Hubiera ido al entierro.

—¡Fue todo tan rápido...! —Rompió a llorar su interlocutora— Estaba perfectamente y en tres días...

Tras la desagradable noticia del fallecimiento de su amigo Nelson, le esperaban dos sorpresas más, tan impactantes o más que aquella. Hillary Sontag y Ruth Anderson también habían fallecido. La primera por las mismas fechas que Brian y la segunda a primeros de año.

A continuación, telefoneó a Parker.

—¡Qué me dice! —exclamó Richard— Lo de Ruth sí lo sabía. Pero de Brian y de Hillary nadie de sus familiares me ha dicho nada. ¡Qué horror! ¡Pero si yo había estado con ellos unos días antes y los dos se encontraban muy bien! ¡Dios mío! ¿Y de qué han muerto? —se interesó simulando perfectamente una gran consternación.

—Pues ni la esposa de Brian ni la hija de Hillary saben con exactitud cuál ha sido la

causa. Al parecer, los dos tuvieron fiebres altas, vómitos, hemorragias... Y todo, muy rápido en ambos casos.

—¡No puedo creérmelo! Ahora mismo, en cuanto terminemos de hablar, las llamo a las dos. ¿Cómo lleva el libro?

—Me queda ya poco. Como usted tenía prisa, ya sabe, me he pegado una buena paliza.

—¿Ha leído lo que le di?

—Todavía no. He preferido escribir antes lo que yo recuerdo. Cuando le entregue el manuscrito a mi hija para que lo pase al ordenador, me pondré con los documentos que usted me entregó.

—Ok. Si necesita alguna aclaración, no dude en llamarme. Y no quiero ser pesado, pero ya sabe la prisa que me corre el asunto.

—¿Ha hablado con algún agente literario?

—Con varios, pero no he cerrado nada todavía. En cuanto me reponga de la próxima sesión de quimioterapia, que la tengo el martes, decidiré en qué manos debemos confiar. En buena lógica, habrá que revelarle el contenido real del libro. Por eso hay que elegir la editorial con mucho cuidado.

6

Nada más caer de bruces sobre la mesa donde se hallaban reunidos en la turística isla de Saona, tanto Olivia como Lola tuvieron la certeza de que algo grave le ocurría a Foster. Después de intentar reanimarlo inútilmente durante dos minutos, llegaron al convencimiento de que se moriría si no lo llevaban pronto a un hospital. Como de la isla sólo se podía salir en lancha rápida, catamarán o en el helicóptero en el que había llegado la editora, apelaron a este último medio contratando su salida inmediata previo chantaje del piloto en el precio.

La clínica más solvente y cercana a la isla era el Centro Médico Bávaro, en la avenida de España de playa Bávaro. En sus proximidades, en concreto sobre el *greendel* hoyo nº 3 del campo de golf, aterrizaba veinticinco minutos más tarde la aeronave con un Dan desvanecido.

Dos horas después de ingresar, el doctor José María Lanza, director de la clínica, un semibarbudo español con gafas, oriundo de Badolatosa, un pueblo de la provincia española de Sevilla, aparecía en la sala de espera donde las dos mujeres aguardaban nerviosas el resultado del chequeo.

—Tranquilícense —contestó en inglés a las miradas ansiosas de ambas mujeres—. Ha recobrado la conciencia y se encuentra bien.

—¿Qué le ha pasado? —indagó Olivia tras expirar con sonoridad toda la tensión acumulada en la larga y extensa espera.

El médico extrajo del bolsillo de su bata una pequeña caja metálica, como un pastillero. La abrió y cogió con la punta de los dedos una lámina de plástico transparente, en forma ovalada, que contenía en su zona central una especie de chip electrónico.

—Esto era su problema.

—¿Qué es...? —inquirió Lola con la frente contraída por el desconcierto, mirando de manera alternativa al médico y al diminuto objeto que sostenía entre sus dedos.

—Antes de contestar a esa pregunta, me gustaría saber quién es exactamente el

paciente... Y también, quiénes son ustedes.

—Pues... él es un escritor español... Yo soy su editora y... —Lola miró a Olivia con la indecisión adherida tanto a su mirada como al tono de voz—, y la señorita...

—Mi nombre es Olivia Perry, soy norteamericana y trabajo con el señor Foster en la investigación de un tema para un libro. ¿A qué viene este interrogatorio? —le planteó con un cierto tono de reproche la ex agente de la CIA.

—No se trata de ningún interrogatorio. Simplemente intento esclarecer el motivo de por qué el señor Foster llevaba este microchip alojado en la base del cráneo.

—¿Un microchip!? —Se asombró Olivia mientras la turbina de su cerebro se ponía en marcha a toda prisa, tardando escasos segundos en detectar el origen del artilugio electrónico— ¡El secuestro!

—¿Cómo? —preguntó la editora, fuera de juego por completo ante la viva exclamación de la investigadora estadounidense.

—¡Joder, claro...! ¡Este chip lo explica todo! —Olivia comenzó a dar pequeños y rápidos paseos, azuzada por el nerviosismo, bajo la curiosa mirada del médico y el desconcierto de Lola Portal— ¡Absolutamente todo! ¡Qué imbécil he sido! ¡Cómo no se me había ocurrido antes! ¡Pero si estaba claro! ¡Clarísimo!

—¡Olivia, por favor, quieres explicarte! —estalló la editora.

—¡Pues que cuando secuestraron a Dan, lo hicieron para colocarle ese chip. Y gracias a él, lo han tenido controlado en todo momento por GPS! Y de paso también me controlaban a mí. ¡Hijos de...!

—¿Qué es lo que ha pasado para que pierda el conocimiento? —se interesó la editora catalana ante el médico mientras su compañera, en plena efervescencia, seguía dando paseos cortos por la sala de espera.

—Rechazo. Por alguna razón, lo ha rechazado y eso es lo que le ha producido el desvanecimiento con el que ha llegado aquí —explicó el médico—. Al hacerle un escáner cerebral lo hemos descubierto enseguida. Yo he visto antes algunos de estos chips. Sirven para controlar a delincuentes, para estudiar las migraciones de las aves y los peces, para que no se pierdan niños y perros... Pero con esta envoltura biológica nunca lo había visto. Tal vez el rechazo se haya debido a ella.

—¿Podemos ver al señor Foster? —planteó Lola.

—Naturalmente. Vengan conmigo.

Aquella noche, hacia las ocho, los tres charlaban muy optimistas en *Capitán Cook*, una magnífica marisquería de Playa Cortecito, sentados en una espectacular terraza sobre las olas y bajo tres palmeras con los troncos y ramas adornados con guirnaldas de luces multicolores. La tranquilidad de saber que *Arcanum* no les tenía controlados convirtió la cena en dos deliciosas horas de charla y exquisiteces gastronómicas.

Reducido en gran parte el escepticismo de Olivia gracias a un concienzudo repaso de los hechos investigados, se centraron en elucubrar sobre las razones que podían haber llevado a JFK a desaparecer de la vida pública por propia iniciativa. Ninguna les pareció lógica, ni convincente ni creíble, pero el enésimo análisis de los datos que poseían no les dejaba otro camino que proseguir con la investigación.

—Tus pasos, Lola, los tienes totalmente claros. Y tú, Olivia, creo que debes encargarte de localizar a ese pájaro de Richard Parker. No hay duda de que es el asesino del *Vóltrax*. Recuerda: jefe de seguridad de Kennedy, probable agente de la CIA con anterioridad a dicho cargo y, ahora, esbirro de *Arcanum*. Y por otra parte, intenta infiltrarte como sea en esa puta organización.

—Estoy en ello, pero me temo que será prácticamente imposible —pronosticó Olivia.

A los postres, se palpaba la incontrolable excitación de Dan por tener en la punta de los dedos la historia soñada por cualquier escritor; el renacido entusiasmo de Olivia por hallarse a las puertas de un descubrimiento histórico; y por parte de Lola Portal, el convencimiento profesional de que iba a colocar en el mercado un gran bombazo

A la mañana siguiente de la cena en playa Bávaro, tomadas unas elementales medidas de seguridad por si todavía los tenían localizados en la República Dominicana, Foster volaba a San Francisco al tiempo que la editora catalana regresaba a Barcelona y Olivia lo hacía a Washington. El objetivo inmediato del escritor consistía en verificar que en las muertes de Brian Nelson y de Hillary Sontag el asesino había procedido con el mismo *modus operandi* que en las seis primeras. Pero, sobre todo, necesitaba probar que también se hallaban relacionadas con el, ya para él, falso asesinato de JFK.

En ambos casos, tanto en Sausalito como en San Francisco, presentándose una vez más como enviado del IORD, pudo constatar que el comportamiento de la mano criminal había sido un calco de las muertes ya investigadas: visita de un anciano amigo de toda la vida, el mismo que les enviaba cada año un dinero por el mes de noviembre, regalo de una caja de ampollas *Longlife-100* contra el envejecimiento y, tres o cuatro días después, la muerte por una especie de neumonía atípica imposible de controlar.

Sin embargo, el gran interés del escritor español por establecer qué tipo de relación tuvieron las víctimas con el magnicidio de Dallas, se topó con unos resultados totalmente negativos.

Brian Nelson, después de trabajar como agente de seguros por toda California hasta los treinta años, ingresó en 1955 en LAPD, la policía de Los Ángeles, permaneciendo en ella hasta el 61. Dicho año pasó a formar parte del FBI, quedando adscrito a una unidad de trabajo que controlaba las veleidades marxistas y liberales del mundillo de Hollywood. En ningún momento de su vida estuvo en Texas, ya que los únicos viajes fuera del estado californiano de su viuda Mary y él fueron a Hawái, donde un hijo suyo, gerente del hotel Four Seasons Hualalai, les invitaba todos los años a una estancia de quince días en dicho establecimiento.

—Perdone que insista, señora —le planteó Foster por tercera vez, sentado frente a la viuda de Nelson en el salón de su casa próxima a la playa de Sausalito—. Está claro que el día del magnicidio de Kennedy, su marido no se hallaba en Dallas. Pero, ¿no le oyó nunca opinar sobre el crimen? ¿No le encargaron ninguna gestión en su comisaría en relación con la muerte del presidente?

—Que yo recuerde, no. Sólo sé lo que ya le he dicho. Aquel día me llamó hacia las dos para darme la noticia y luego, por la noche, durante la cena, comentó que cuando matan al presidente de una nación, hay que buscar a los autores en cien metros a la redonda de la víctima. No más lejos.

—Ya... Y la amistad con ese señor... el que le regalaba las ampollas contra el envejecimiento y le enviaba dinero a finales de año, ¿de dónde le venía a su esposo?

—Según me contó un día Brian, Richard era el director, el gerente, o algo así, vamos un puesto alto, de una empresa importante. Un día le secuestraron y mi marido dirigió la operación de rescate, consiguiendo que la familia no tuviera que soltar un solo dólar. Desde entonces, en agradecimiento, pues eso, una amistad y un sobresueldo para toda la vida.

—Una amistad, insisto, que aunque usted no lo crea ha llevado a la muerte a su esposo.

—¡Ya le he dicho antes que está equivocado! —Se encaró con él su interlocutora— ¡Y no me gustaría volver a oírsele decir! ¡Acusar a ese amigo, a ese buen hombre del asesinato de mi marido es una infamia!

—Señora...

—¡No se lo consiento!

Dan comprendió que resultaría inútil cualquier intento de convencer a aquella mujer de

que el “gran amigo y benefactor” de su esposo era en realidad su asesino. Al día siguiente visitaba en San Francisco a Joan, la hija de Hillary Sontag. Al contrario que la viuda de Nelson, no le fue muy difícil convencerla de que el fallecimiento de su madre en realidad se trataba de un homicidio. Era enfermera y, justo una semana antes de morir, le habían hecho a su madre un exhaustivo chequeo en el hospital donde ella trabajaba, arrojando unos resultados de salud excelentes.

Sin embargo, al plantearle la posible relación con el asesinato de JFK, Joan tenía claro que su madre no se encontraba en la ciudad texana durante los días del crimen. Lo sabía con absoluta certeza porque, más de una vez, le oyó contar que, en aquella histórica fecha, estaba en Francia. Era maquilladora de cine y trabajaba en París en una coproducción internacional de la Metro Goldwin Mayer. Fue el director de la película quien dio la noticia al equipo, gran parte de él americano, mientras desayunaban en el hotel Victoria antes de partir para el set de rodaje en la localidad de Fontenebleau.

—¿Sabe algo del dinero que su madre recibía cada año, aproximadamente por el mes de noviembre?

—¿Un dinero...? ¡Ah, sí! El porcentaje de taquilla de algunas de las películas en las que trabajó. Un porcentaje que luego siguió cobrando al comenzar a pasarlas por televisión y a venderse en vídeo.

—¡Cómo...! —se sorprendió el escritor español— ¿Un porcentaje...? Lo que me dice es muy raro. Esos porcentajes, tengo entendido, sólo los reciben algunos directores y actores importantes. Ningún técnico, que yo sepa, firma ese tipo de contratos.

—Pues no sé, señor Foster. La verdad, yo no entiendo nada de eso. Fue mamá quien me lo dijo un día que fui al banco con ella.

—Bueno... —concluyó Dan— No le entretengo más. Sólo insistirle en que si recuerda el nombre de alguna persona cercana a su madre, relacionada con Kennedy o con su muerte, no dude en llamarme —Le rogó al tiempo que le entregaba su tarjeta de visita—. Cualquier dato nos puede ayudar a que no sean asesinadas más personas por ese maldito virus.

—Por supuesto.

Media hora después de marcharse Dan, Joan cogía de la mesa su tarjeta de visita para guardarla en una agenda. Fue en ese momento cuando una idea chispeó en su cerebro. En principio le pareció una tontería y la desechó. Sin embargo, en los días siguientes, de vez en cuando, la citada idea regresaba a su cabeza deteniéndose cada vez más tiempo en ella.

8

Gracias a la ayuda de su ex pareja, Charles Williams, y sobre todo al cargo de éste como subdirector de Asuntos Internos de la CIA, Olivia pudo reconstruir con relativa facilidad gran parte de la biografía de Richard Parker.

Después de graduarse en Historia Contemporánea por la universidad de Yale y no conseguir plaza de profesor en dos institutos de New Jersey, decidió alistarse en la Marina. Durante la Segunda Guerra Mundial fue herido gravemente en las operaciones del Pacífico, salvándose de morir ahogado gracias al valor de un teniente apellidado Kennedy que mandaba el patrullero donde prestaba sus servicios; personaje que con el tiempo, se convertiría en el 35 presidente de Estados Unidos.

Terminada la contienda bélica, al regresar al mercado laboral se enteró de una convocatoria de plazas en la CIA para analistas de política internacional. El salario no

era demasiado atractivo, de inicio, pero sí existían bastantes posibilidades de promoción a medio y largo plazo. No lo dudó mucho y, tras ser declarado apto en una exhaustiva investigación de su biografía y personalidad, se inscribió en un curso de preparación específica para el puesto al que optaba impartido por profesores de la propia agencia de Inteligencia.

El curso duró seis meses, aprobó con excelentes calificaciones e ingresó en el servicio secreto norteamericano, siendo enviado pocas semanas después a la Habana con el fin de pulsar el clima prerrevolucionario que se vivía en la Cuba de Fulgencio Batista.

Una vez instaurado en Cuba el régimen marxista de Fidel Castro, el agente Parker regresó a Washington y pocos meses después sus superiores lo destinaron al servicio de seguridad de John F. Kennedy, a petición de éste, entonces candidato demócrata a las elecciones presidenciales de 1960. A comienzos de verano del citado año, aparece ya como asesor personal del flamante candidato demócrata; hasta el punto de que su influencia sobre JFK se iguala y, a veces supera, a la del propio director de la campaña electoral.

El triunfo de Kennedy en noviembre instala al tal Parker en la Casa Blanca y, a pesar de su juventud, entra en las quinielas de los nombres que se barajan para un alto cargo de la secretaría de Estado. Finalmente, este nombramiento no se concreta pero pasa a ocupar la dirección de la seguridad personal del presidente. Trabaja en la sombra aunque con un gran poder, como sabían todos los *lobbies* que pululaban entonces por Washington. Si un asunto llegaba de su mano a la mesa del despacho oval, poseía muchas papeletas para salir de él con todas las bendiciones de su egregio inquilino.

La estrella de Richard Parker, según los informes de la CIA, se apagó con el magnicidio de Dallas. Cayó en desgracia porque fue el más firme defensor del periplo del presidente por las principales ciudades de Texas, viaje que desaconsejaba la mayoría de los asesores por la manifiesta hostilidad del citado estado hacia el partido demócrata. Se le llegó a acusar, y no precisamente en voz baja, de ser el culpable indirecto de la muerte del primer mandatario estadounidense.

Después de la tragedia, permaneció desaparecido durante bastantes meses y, a finales de 1965, se incorporó a la Agencia de Inteligencia Americana con despacho propio en lo que entonces se conocía como la “supercía”, un departamento que controlaba una serie de secretos de estado. Este departamento desapareció de la sede central de Langley hacia 1985, momento en el que se pierde también su rastro en los archivos del servicio de Inteligencia.

Un somero análisis de la biografía anterior llevó a Olivia a una serie de conclusiones sobre la base del texto escrito por Linda Lange, la jefa de enfermeras del Parkland Hospital en noviembre del 63.

El dato de que Kennedy le salvó la vida en las operaciones del Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial revelaba con meridiana claridad que el tal Parker andaba implicado directamente en la farsa protagonizada por el presidente. Y ya no había duda, él era el asesino del virus.

La elección de Dallas para escenificar la comedia del magnicidio era perfecta, y más conociendo la oposición de la mayoría de los asesores al viaje por Texas. El que JFK “fuera tiroteado” en dicha ciudad texana “entraba dentro de la lógica”, ya que dicha urbe aglutinaba el núcleo más duro y conservador del partido republicano, enemigo acérrimo del liberalismo progresista que encarnaba la *erakennedyana*. De rebote, el magnicidio “hundía” a Parker por su defensa del viaje y alejaba de él toda sospecha, por mínima que fuera, de cualquier tipo de contubernio en torno al “histórico crimen”.

Su aparición en la agencia dos años después, en el departamento conocido como “supercía”, llevó a Olivia a deducir que su misión en ella consistía en proteger el montaje de Dallas. Por otra parte, la súbita y extraña desaparición de la citada “supercía” en 1985 resultaba evidente que se debía a su conversión en *Arcanum*, la

organización paraestatal que, dirigida ahora por *Julius III*, se encargaba de velar por los grandes secretos de estado norteamericanos.

Sobre la base de todas las conjeturas anteriores, no resultaba difícil concluir que el individuo en cuestión pertenecía a *Arcanumy* desde esta institución se había convertido en un celoso cancerbero del fraude de Dallas. Todos los años enviaba a los colaboradores la pensión prometida y les visitaba de vez en cuando para reforzar el compromiso de cada uno, recordándoles con su presencia que firmaron de palabra un pacto no escrito cuyo incumplimiento les acarrearía funestas consecuencias; no sólo a ellos sino también a sus familiares más queridos.

Esta metodología de “palo y zanahoria”, amenaza mortal y dinero, parecía haberle dado un excelente resultado, excepto en el caso de Willy Lange, al que con casi toda seguridad decidió eliminar por algún tipo de chantaje, perfectamente deducible del relato escrito por su madre.

Reconstruir la biografía de Richard Parker le resultó a Olivia relativamente fácil. Sin embargo, a la hora de localizar su domicilio actual se topó con un muro. En la CIA, según los datos que le proporcionó Williams, constaba una dirección de Washington, pero con fecha de veintinueve años atrás. Su nombre no aparecía en ninguna guía de teléfonos, seguro médico, pasaporte, tarjeta de identificación, póliza de seguro, licencia de conducir o entidad bancaria.

Por otra parte, si se buscaba su nombre en *Google*, aparecía una serie de referencias, no demasiadas, relacionadas todas ellas con su actividad en la Casa Blanca durante los tres años de mandato de Kennedy. Y luego, ni rastro de él.

Justo se encontraba en este rastreo por la jungla de internet cuando recibió una llamada de Dan Foster, comunicándole el inesperado resultado de su visita a los familiares de las dos personas fallecidas por el *Vóltraxen* California. Ninguna había tenido relación con el presidente Kennedy.

—No puede ser... —comentó una Olivia decepcionada sin querer asumir el revés que la noticia suponía para sus investigaciones.

—Esto se complica, cariño. Creíamos estar al final de la investigación y me temo que el asunto tiene muchas más ramificaciones de las que creíamos.

—¿*Elmodus operandi*?

—El mismo. No hay duda de la presencia del tal Parker y de esas mortíferas ampollas. Pero ni rastro de la “vía Kennedy”.

—¡Joder! —Exclamó la joven Perry en un claro tono de rabia por el desaliento—. Aunque lo mismo... Lo mismo...

—¿Qué piensas?

—Nada. Es una tontería... Pensaba que hubiera podido aprovechar el truco del virus para quitarse del medio a dos personas, a nivel particular, aprovechando la cadena de los otros asesinatos. ¿Me explico...?

—Sí, pero no me cuadra —comentó Foster—. Debe haber otra explicación.

—¿Has decidido tus próximos pasos?

—En estos momentos estoy en período de reflexión. De momento, voy a regresar a Dallas para ver si consigo verificar las firmas de Linda Lange y del doctor Carrington.

—¿Estás tomando las precauciones que te dije?

—Más o menos, pero desde que me descubrieron lo del *chip* me siento mucho más tranquilo.

—Dan...

—¿Qué?

—Te quiero... —le susurró Olivia.

—Y yo a ti.

—Pues podrías decírmelo de vez en cuando, ¿no? —le recriminó con mimosa ternura la joven.

—Tienes toda la razón, cariño. Por cierto, llevo días, muchos días, intentando acordarme pero no hay forma...

—¿Acordarte de qué?

—Pues de algo que, creo, no me hagas mucho caso, pero quiero recordar que se hacía en la cama... Habitualmente en la cama, quiero decir.

—¡Qué tonto eres! —Le reprochó la joven tras desentrañar el jeroglífico dialéctico del escritor español—. No te preocupes, que yo te lo recordaré, punto por punto, cuando nos veamos la próxima vez. Por cierto, ¿qué pasa con el largo fin de semana de sexo, alcohol y juego en las Vegas? ¿Y de las camas grandes y redondas donde se pueden dar muchas vueltas?

—Cambio el billete ahora mismo de Dallas a Las Vegas. ¿Te parece? —le planteó Dan, después de unos segundos de reflexión.

—Me parece muy bien.

—¿Cómo has dicho? ¿Sexo, alcohol y juego? ¿Las tres cosas?

—¡Las tres!

—¿Tú crees que tendremos tiempo de beber y bajar a jugar a la ruleta?

9

Sentado en la mesa de reuniones, *Julius III* terminó de leer un informe de tres páginas que tenía entre sus pulcros y manicurados dedos, posando a continuación las hojas sobre la mesa con suma parsimonia. Se quitó las gafas de montura dorada con la mano izquierda y se frotó con suavidad los cárdenos párpados con la derecha. Volvió a acomodarse las gafas, frunció los labios y sentenció:

—No podemos permitirnos casi un veinte por ciento de fallos. Todo lo que sea sobrepasar el cinco, ya es demasiado.

El proyecto *A-GP* *Sera*, con toda probabilidad, la innovación más ambiciosa que había emprendido *Arcanum* desde que *Julius III* accediera a la presidencia del citado organismo. Partía de una idea ya existente en el mercado: el control de personas vía satélite. Se utilizaba en el caso de presos en libertad provisional, de maltratadores que tenían prohibido acercarse a sus víctimas o de ancianos y niños con el fin de tenerlos localizados en caso de pérdida. También se empleaba desde hacía tiempo en buscar coches robados, efectuar seguimientos de armas vendidas a terroristas y otras muchas aplicaciones relacionadas con cualquier tipo de búsqueda a nivel planetario.

El proyecto de *Julius III*, gracias a un satélite propio denominado *B-B-A* (*Big-Brother-Arcanum*), iba mucho más lejos de las anteriores localizaciones y constaba de tres etapas a lo largo de cinco años.

La primera fase consistía en implantar un sofisticado chip en el cuerpo de un determinado individuo, protegido por un tejido biocompatible que impidiera el rechazo del organismo del sujeto. Este implante servía, por ejemplo, para vigilar a una persona en cualquier lugar del mundo sin que ella lo supiera, ahorrando un considerable gasto en agentes, tiempo y dinero que requería cualquier tipo de operativo de acecho. El problema radicaba en implantarle el *chip* sin que dicha persona fuera consciente de ello. De igual manera, resultaba muy útil a la hora de seguir a distancia a un agente infiltrado en cualquier organización delictiva sin que ésta pudiera detectar el emisor en cuestión. Esto era posible porque una de las cualidades que atesoraban sus *microchips*, creado *sex profes* por el prestigioso MIT, el Instituto Tecnológico de Massachusetts, radicaba en su poder inhibitor de cualquier detector electrónico.

La segunda fase del proyecto, todavía en embrión, radicaba en poder oír las conversaciones que mantuviera el portador del chip en cualquier lugar del mundo. A esta etapa pertenecía el modelo que le habían implantado al escritor español durante la

simulación de su intento de secuestro en Nueva York. Había funcionado muy bien como localizador, pero como micrófono había tenido numerosos fallos.

Por último, la fase soñada por *Julius*: poder eliminar a distancia a quien llevara infiltrado el prodigioso chip mediante ondas *gamma-psi-rays* en frecuencia *wi-hi-wave* *legenth*. A medio plazo esperaba poder inducir en un determinado individuo una fatal parada cardíaca, o un ictus cerebral, sin dejar la menor huella de que se trataba de un asesinato. Y además con una coartada perfecta: ejecutándolo a centenares o miles de kilómetros de distancia.

El experimento con Dan Foster entraba dentro del casi veinte por ciento de fallos que aún tenía el proyecto *A-GP* en su segunda fase. Fallos debidos, esencialmente, a que el tejido protector biocompatible, pasado un determinado tiempo, terminaba generando rechazo en algunos organismos por una mutación molecular de origen desconocido. Y también se producían frecuentes fallos en la recepción del sonido, en su fase de subida al satélite, dando lugar a pérdidas de muchas palabras en las conversaciones que efectuaban las personas con el chip implantado.

—Pero lo que más me preocupa no es el elevado índice de errores que, seguro, se corregirán con el tiempo. Me preocupa que en estos momentos no sepamos dónde se halla ese jodido español ni qué conoce del M62M-J63F. Y sobre todo, haber perdido la oportunidad de acabar con él antes de que ponga en peligro nuestro secreto, lo cual, aparte de poder convertirse en una catástrofe para la Historia de nuestra nación, podría significar el desprestigio y, quién sabe, si también la desaparición de *Arcanum*.

Frente al presidente, en torno a la gran mesa ovalada de la sala de reuniones, se hallaba el gabinete de crisis integrado por sus colaboradores más directos: *Bogart*, *Mobydick*, *IndianayJedi*.

—Quizá hemos infravalorado a ese escritor, y sea mucho más listo de lo que suponíamos —opinó *Bogart*.

—O nosotros más torpes de lo que pensábamos —apuntó *Mobydick*.

—El hecho de haber formulado esas dos observaciones es sintomático de que todavía no tenemos los mecanismos de actuación eficaces al cien por cien que requiere una organización como la nuestra —Intervino *Julius* con su proverbial gelidez—. Desconozco cómo terminaremos resolviendo este *affaire*, pero lo que sí tengo claro es que estamos ante la primera crisis grave desde que estoy al frente de *Arcanum*. Por otra parte, parece ser... Parece ser que el escarmiento a *Chaplín* a *Monty* no ha sido asimilado todavía por algunos...

La amenaza que destilaban las últimas palabras del temible presidente de *Arcanum* introdujo en la reunión un inquietante silencio, durante el que todas las miradas se convirtieron en prófugas de sí mismas. Inesperadamente, anunció:

—Desde este momento, no habrá más reuniones en relación al secreto número 11 hasta que demos carpetazo al asunto que nos preocupa. A partir de ahora, tomaré todas las decisiones en solitario y se las comunicaré a ustedes en entrevista individual. Hemos terminado.

10

El avión de Dan Foster aterrizó en el aeropuerto McCarran de Las Vegas a las diecinueve treinta y cinco del jueves doce de septiembre. El de Olivia Perry tenía prevista su llegada desde Washington a las veinte cincuenta y cinco y, como el desfase horario no era excesivo, decidió esperarla en la terminal. Nada más traspasar la puerta de “Llegadas”, se encontró en una inmensa sala atestada de máquinas tragaperras con todo tipo de juegos electrónicos para monedas: póker, lotería, *black-jack*, bar 34, *riverbelle sloty* un lenguaje donde se mezclaban los “avances” con los “bonus” y los

“jackpots”.

El escritor español siempre había deseado viajar a Las Vegas para presenciar en vivo el circo multicolor que la codicia humana había levantado en el desierto de Nevada. Tenía algunos amigos ludópatas que le habían hablado de ella como algo único en el mundo y, durante algún tiempo, abrigó la idea de escribir una serie de reportajes sobre aquel inmenso becerro de oro y luces en homenaje al dios dinero.

La ciudad, desde que pones el pie en el aeropuerto, está toda ella concebida para tentar al azar. Hora y media de espera resultó tiempo suficiente para que Foster, que no era amante del juego, sintiera la tentación de introducir unas monedas en una máquina por puro mimetismo con el mundo que le rodeaba. Concretamente, comenzó a jugar *alkeno*, una especie de bingo que utiliza noventa casillas donde se pueden seleccionar hasta ocho números y luego bajarse veinte “bolas”; cuantas más bolas coincidan con las casillas seleccionadas, mayor premio.

Tan embebido estaba Dan en lograr un pleno que, cuando se acercó por tercera vez a la salida de pasajeros debido a un retraso de la hora de llegada, Olivia ya le estaba buscando, *trolley* en mano, entre el hormiguero humano que pululaba alrededor de la puerta número dos.

Después de un apasionado beso sin pudor alguno en medio de las tragaperras, decidieron apagar los móviles hasta que no volvieran al aeropuerto para marcharse; no querían que nadie interrumpiese el largo fin de semana que les aguardaba en la ciudad de los cien millones de neones. En segundo lugar, acordaron no hablar ni una palabra de la investigación que estaban llevando a cabo hasta el domingo. Desconexión total del mundo.

Tomaron un taxi hacia el mítico Caesar Palace donde habían reservado alojamiento. El trayecto hasta el hotel a través del kilométrico Boulevard Las Vegas, más conocido como *la Strip*, fue un mareante desfile de luces de colores en un continuo estado de epilepsia, de megapantallas de plasma y LED con vertiginosos videoclip publicitarios, de una sucesión interminable de babélicos hoteles temáticos: Roma, Egipto, París, etc., alternando con infinidad de salas de tragaperras y restaurantes de comida rápida. En Las Vegas sólo se vive para tentar a la suerte en juegos de azar. En consecuencia, la mayoría de los establecimientos gastronómicos ofrecen menús rápidos para poder regresar enseguida a empuñar gigantesco vasos de plástico verdes rebosantes de monedas; o bien para sentarse frente a una ruleta y atiborrarse de adrenalina en vena con los giros y zozobrantos saltitos de la bolita de marfil.

Nada más llegar al hotel y constatar que la suite era tan espectacular como Olivia la había visto en internet al efectuar la reserva, pasaron a tomar juntos un baño en un gigantesco *jacuzzi* de mármol de Carrara en forma de concha, con una copa de champán de bienvenida en la mano. Después de una relajante y juguetona inmersión, en la que abundaron estimulantes caricias con los pies, continuaron los juegos eróticos en una gigantesca cama con cabecero de ocho espejos enmarcados en piel de chinchilla. Los besos, cada vez más ansiosos y convulsos, consiguieron elevar la excitación de ambos hasta que, entrelazados frenéticamente, terminaron rodando por la mullida moqueta de lana, alcanzando un ruidoso *clímax* al lado de la marmórea mesa de centro.

—¿Me has echado mucho de menos? —preguntó mimosa Olivia, todavía jadeante y sudorosa.

—¿Tú qué crees? —le contestó el escritor al tiempo que se levantaba para verter sobre las copas un *Laurent-Perrier Grand Siécle* extraído de una gran cubitera de alpaca, a manera de ánfora, atestada de bolas de hielo.

—¡Es la respuesta que más odio! ¡“Tú qué crees” no dice nada! Es una pregunta-respuesta evasiva por completo y nada comprometida —le recriminó la joven desde su desnuda epidermis de miel tostada, al tiempo que tomaba la copa de champán que le

ofrecía su amante.

Dan sonrió y devolvió la botella a la cubitera, acercándose de rodillas hasta donde se había sentado la ex agente, en el suelo y con la espalda apoyada sobre un monumental sofá tapizado en terciopelo crema.

—Perdona, cariño. Llevas razón. A ver, hazme la pregunta otra vez.

Olivia esbozó un mohín de enfado infantil.

—Por favor... —le suplicó cómicamente su amante.

—Cariño, ¿me has echado muchos de menos? —repitió la joven con algunas briznas de risa entre los labios.

—¿Tú qué crees? —le volvió a interrogar.

Olivia endureció el gesto y, entre enrabietada y divertida, le arrojó al sexo el champán que quedaba todavía en su copa.

—¡Hijo de perr...!

No le dio tiempo a completar el insulto porque le tapó la boca con sus labios, la abrazó a pesar de que la joven intentó desasirse, y ambos terminaron rodando por el confortable suelo de la habitación 1012 haciendo de nuevo el amor. Después de unos minutos *dere/*xcogidos de la mano y mirando al techo, la joven se incorporó sobre su brazo derecho.

—Dan, me gustaría que habláramos en serio. Después de que termine..., de que termine todo... Quiero decir...

—Cuando todo termine... empezará todo.

—Por favor, no juegues con las frases... No juegues conmigo —le suplicó ella con la voz y el alma dolidas.

—Cariño, no estoy jugando... Es tan importante el asunto en el que estamos embarcados que, termine como termine, tendremos que empezar luego una nueva vida.

—¿Tendremos?

—Sí. Tendremos —Recalcó Foster el plural—. Eso significa que deberemos probar si nos hallamos unidos sólo por la extraordinaria aventura que estamos viviendo. O bien, que lo que sentimos el uno por el otro, y no estoy hablando sólo de sexo, está por encima de las circunstancias excepcionales en las que nos hemos conocido.

—No termino de entenderte, y no te lo tomes, por favor, como un reproche.

—Nos hemos conocido, como te diría yo..., en la vagoneta llena de adrenalina de una montaña rusa... Necesitamos saber qué sentiremos el uno por el otro el día que estemos aburridos mirando la televisión con un libro o un periódico en las manos. ¿Me explico ahora?

Siguió un reflexivo silencio en el que la joven cerró los ojos y le confesó:

—No sé qué ocurrirá ese día, Dan... Tampoco sé si llegará ese momento... Pero de lo que no tengo duda alguna es de que, si un día nos encontramos aburridos viendo la televisión con un periódico en las manos, no estaré sola... Estaré contigo.

El incipiente gesto de sorpresa en Foster, nacido en la contracción de los músculos de las cejas, no pasó desapercibido para Olivia que en ese momento abrió los ojos.

—Los hombres soportáis mejor la soledad.

—Me sorprende esa frase en una mujer de acción como tú.

—Precisamente por eso. En la calle puedo ser..., podemos ser muy fuertes. Luego, en casa, una mujer sola, aunque sea una ex agente de la CIA, es una mujer frágil.

Dan la contempló con cariño. No sintió pena por encontrarla desvalida, sino todo lo contrario, orgullo de amar a alguien que confesaba sin vergüenza sus debilidades.

Durante tres días disfrutaron de muchos de los mil placeres terrenales de Las Vegas. Pero, sobre todo, fueron días para hablar largamente de ellos mismos, de conocerse a fondo y de apostar juntos por el futuro.

El domingo por la noche abandonaban la ciudad del billón de monedas. Olivia partía

para Nueva York. El escritor lo haría una hora más tarde en dirección a Dallas. Se separaron en medio de la amazónica selva de máquinas electrónicas que llenaban el hall del aeropuerto. Fue un largo beso de despedida, casi eterno, y con alguna lágrima furtiva apresada entre las pestañas de los embelesados ojos de Olivia.

Al perderse la joven por la puerta de embarque, Foster encendió su móvil. Tenía tres llamadas de un mismo número. Pulsó la tecla verde para devolver la llamada.

El teléfono se hallaba “apagado o fuera de cobertura”.

11

Antes de dar cualquier otro paso, Dan necesitaba verificar que las firmas de Linda Lange y Philip Carrington eran reales y que el texto de la primera no se trataba de una falsificación.

La misma tarde de su aterrizaje en Love Field, el aeropuerto de Dallas, se personó en el Parkland Hospital. Dos horas después consiguió ser recibido por Donald Pitt, el director del histórico centro hospitalario, a quien tras los saludos de rigor explicó ser un autor español que buscaba documentación para un nuevo libro sobre el magnicidio de Dallas.

—¿Otro libro? ¿No está ya todo escrito? —comentó su interlocutor, un médico de origen virginiano de unos cincuenta años, obeso, de ojos achinados y con el semblante ligeramente afeminado.

—Todo, no. Casi todo. —Le replicó Dan siguiendo su razonamiento—. Es un tema tan poliédrico que, pienso, seguirá generando libros por muchos años. A no ser, claro, que alguien demuestre con pruebas fehacientes quien asesinó a Kennedy y por qué.

—Lo cual... no ocurrirá nunca.

—Me temo que no.

—Oliver Stone lo definió muy bien en *JFK*. Se trata de un “enigma dentro de un laberinto” —citó el doctor Pitt.

—Yo pienso, corrigiendo a Stone, que la muerte de Kennedy hoy es “un laberinto sembrado de mil enigmas”.

—La verdad es que —pontificó el médico— se trata de un endiablado misterio convertido en leyenda, y ésta transformada en mito. Y los mitos, usted lo sabrá mejor que yo, son eternos e inamovibles. Bien. ¿En qué puedo ayudarle, señor Foster?

—Estoy interesado en fotocopiar la firma del doctor que dirigía este hospital en noviembre del 63 y, también, la de la enfermera jefe que trabajaba aquí en la fecha del atentado.

—¿Puedo saber con qué objeto? Se trata de una mera curiosidad personal. He leído casi todo lo que se ha publicado sobre el tema Kennedy, y cualquier cosa nueva me interesa.

—Sí, claro... Tengo en mi poder un documento, en concreto dos hojas, sobre un incidente que tuvo lugar aquí en el hospital aquel histórico día de noviembre —mintió el investigador con un aplomo total.

—¿Qué incidente? —El doctor Pitt arrugó el entrecejo.

—Parece ser que el fiscal médico de la ciudad intentó impedir que saliera el cadáver del hospital hasta que no se le practicara la autopsia.

—Ah, sí. Es cierto. Al parecer, hubo más que palabras entre el fiscal y el séquito del presidente.

—Pues sobre ese incidente, como le decía, existe un documento firmado por el doctor Carrington y la enfermera Linda Lange dando su versión de lo que ocurrió. Me gustaría, si fuera posible, comparar sus firmas en el citado escrito con las de algún documento durante su trabajo aquí por aquellas fechas.

—Han pasado muchos años, pero tal vez tenga usted suerte...Creo que en un archivo del sótano se conservan todos los documentos oficiales del día del magnicidio. De todas formas, seguro que también estarán microfilmados en la biblioteca *Erik Jonsson*, en Young Street y en la biblioteca-museo de la plaza Dealey.

La mentira, perfectamente preparada por Foster, había pasado sin dificultad el filtro de su interlocutor.

—Pues me da usted una excelente noticia. Ya sabe, aportar alguna novedad al tema Kennedy, por muy pequeña que sea, y con todo lo que se ha escrito, es una auténtica proeza.

—Sí, es algo así como rebajar una décima de segundo una plusmarca de atletismo —Ilustró el escritor—. También intento aportar una nueva teoría sobre la autoría del magnicidio... —insinuó sabiendo ya que el doctor Pitt era un apasionado del enigma Kennedy.

—¿Ah, sí? ¿Quién fue para usted el asesino?

—La ciudad de Dallas —expuso su interlocutor con total contundencia.

—¿Cómo? —Donald arqueó las cejas no dando crédito a lo que acababa de oír.

—¿Imagina usted el dinero que a nivel turístico ha supuesto para la ciudad de Dallas que JFK fuera asesinado en sus calles? ¿Sabe los millones de dólares que han entrado aquí desde 1963?

—Una teoría... muy original —El director del centro médico dudó si su interlocutor le estaba gastando una broma—. ¿Y tiene... pruebas?

—Estoy en ello —sonrió su interlocutor—. Estoy en ello.

Dos horas después, Dan tenía en su poder sendas fotocopias de las firmas del doctor Carrington y de Linda Lange. A simple vista, sin necesidad de ser un experto calígrafo, coincidían plenamente con las del documento en el que la jefa de enfermeras contaba lo ocurrido en el Parkland Hospital el famoso día 22 de noviembre del 63.

Cuando abandonaba el centro médico era ya mediodía. Comenzó a caminar por Lofland Street buscando algún restaurante para comer y, al mismo tiempo, programar con tranquilidad los pasos siguientes de la investigación. Cien metros más adelante se topó con un italiano llamado *Tarantelay* decidió entrar en él. Justo en el momento que empuñaba el picaporte de la puerta, sonó su móvil. Era el mismo número desde el que le habían llamado tres veces estando en Las Vegas.

—¿Señor Foster? —preguntó una voz de mujer.

—Sí. ¿Quién es?

—Joan, la hija de Hillary Sontag.

—Hola, Joan. Me ha llamado este fin de semana, ¿verdad?

—Sí, varias veces. Pero tenía apagado el teléfono.

—¿Qué quería?

—Verá, como usted tenía tanto interés en buscar alguna conexión de mi madre con el presidente Kennedy, o con alguna persona relacionada con él...

—¿Ha encontrado algo? —se avivó el interés del escritor.

—Mi madre, ya se lo conté, trabajaba en el cine como peluquera y maquilladora. ¿Lo recuerda?

—Sí. Pero, según me dijo usted, cuando el atentado estaba en Francia rodando una película.

—Así es. Lo que quería decirle, y por eso le llamé el fin de semana, es que antes, aproximadamente desde 1957 hasta su muerte, mamá fue la maquilladora y peluquera personal de Marilyn Monroe.

—Siga, por favor —le pidió Foster de forma mecánica, sin comprender con exactitud el valor que podía tener para él aquella información.

—Y Marilyn, según cuentan, yo no sé si fue verdad, tuvo amores con Kennedy, ¿no?

—Parece ser que sí, que fueron amantes durante algún tiempo.

—Pues eso, como usted me dijo que si me acordaba de alguna conexión de mi madre, por pequeña que fuera, con alguien relacionado con el presidente...

—Ha hecho usted muy bien y le doy infinitas gracias. Estudiaré el dato y, si vuelve a acordarse de algo más, ya sabe, me llama como ahora. ¿De acuerdo, Joan?

—Cuenta con ello.

—Gracias de nuevo.

El escritor volvió a empuñar el picaporte de *Tarantela*, el restaurante italiano en cuya puerta había mantenido la conversación telefónica con la hija de Hillary Sontag. Entró y tomó asiento al lado de un amplio ventanal. Mientras era atendido, intentó evaluar si la información recibida encerraba algún valor para la investigación que estaba llevando a cabo.

Se le acercó un camarero y, tras saludarle, le entregó una carta encuadernada con tapas de piel avejentada y hojas de pergamino. Pidió una ensalada y unos escalopines a la crema. Durante la comida, su mente relegó a un segundo plano la relación Hillary Sontag-Marilyn Monroe. Su pensamiento estaba ocupado por completo con el uso que debía hacer del documento firmado por la madre de Willy Lange y por el director del Parkland Hospital ahora que tenía autenticadas las firmas.

Al final del almuerzo, mientras degustaba un delicioso helado de pistacho, se puso a sopesar de nuevo la información que le había aportado la hija de la difunta Sontag. De pronto, su cerebro recibió un chispazo imaginativo pero lo desechó por descabellado. Sin embargo, a la segunda vez que se encendió el fogonazo, se detuvo a examinar la idea que pugnaba tozuda por establecerse en su cabeza. Algunos minutos más tarde tenía estructurada una larga pregunta que enseguida transfirió a su inseparable bloc, situado siempre al alcance de su mano.

—“¿Por qué la peluquera-maquilladora de Marilyn Monroe había sido eliminada con el mismo *modus operandi* que había matado a una serie de personas para ocultar, con casi toda seguridad, que el presidente Kennedy no fue asesinado en Dallas?”

En el momento que se llevaba a la boca una nueva cucharada de helado, un tercer fogonazo, más intenso que los anteriores, como un deslumbrante relámpago, iluminó toda su cabeza.

—¡Jo... der! —exclamó a media voz.

El relámpago mental fue seguido de un trueno; un trueno interior que erizó su corazón hasta hacerlo trotar, excitado, incontrolable, desbocado, a lo largo y ancho de toda su caja torácica.

—¡No puede ser...! ¡No... No puede ser...! ¡No puede ser...!

Su cerebro, como un disco rayado, no tenía capacidad para articular otro pensamiento que el de la incredulidad más absoluta.

—¡No puede ser...! ¡No puede ser...! ¡No puede ser...!

TERCERA PARTE

CAPÍTULO SÉPTIMO

1

La editora Lola Portal, a su regreso de Playa Bávaro, tardó más de una semana en decidirse. Durante ese tiempo, leyó y releyó varias veces la fotocopia del documento escrito por Linda Lange, la enfermera jefe del hospital de Dallas.

Sus dudas no nacían del documento en sí, y más cuando Dan le envió por email, escaneadas, las firmas de Linda y del doctor Carrington que lo autentificaban. Sus cavilaciones se centraban, sobre todo, en cómo enfocar la edición del libro que Foster escribiría en su momento.

En un principio contempló la idea de publicarlo en Diamante, su sello editorial, al igual que había hecho con la primera obra del escritor catalán. Daba por hecho que sería un éxito en España y, luego, a esperar a que empezaran a llegarle peticiones de adquisición de derechos internacionales. Parecía el camino más lógico; sin embargo, no tardó en desecharlo. El libro prometía ser un *granbest-sellery* necesitaba la rampa de un lanzamiento simultáneo en varios países con una espectacular operación de marketing a nivel internacional. Este segundo planteamiento requería una gigantesca inversión antes de vender el primer ejemplar y, también, manejar muy bien los medios de comunicación. La obra supondría un sensacional descubrimiento histórico-político y la prensa, radio y televisión, así como el poliédrico mundo de Internet, iban a resultar decisivos en el hecho de hacer creíble su fantástica revelación.

Este segundo enfoque, el más deseable dado su explosivo contenido, le planteaba a Lola varios problemas. El primero, encontrar los socios adecuados. Este matiz, “adecuados”, incluía diversos factores: que fueran muy prestigiosos, potentes económicamente y líderes en las diversas áreas lingüísticas. De entrada, Reino Unido, Alemania, Rusia e Italia.

La búsqueda de los citados socios sería larga y laboriosa. Había que sentarse con altos ejecutivos investidos de auténtico poder decisorio. Convencer al responsable literario de la editorial de turno sería muy fácil; sin embargo, lograr que el director general firmara un contrato que le obligaba a adelantar una importante cantidad de euros sobre once páginas manuscritas, resultaría mucho más complicado. Pero lo difícil, lo auténticamente laborioso, consistiría en convencer a los potenciales socios de que les estaba ofreciendo un libro de historia, no una ficción histórica.

El segundo problema, si cabe, resultaba aún más peliagudo. La publicación del libro, sin duda alguna, supondría una potente carga de profundidad contra la credibilidad de Estados Unidos. Se convertiría en un acontecimiento político de primera magnitud y una gran parte de la opinión pública europea, el neoizquierdismo, de manera inevitable aprovecharía el evento para atacar con mordacidad a los americanos. La controversia redundaría en una explosión publicitaria para el libro, pero también podría poner en pie de guerra al mundo cultural del otro lado del Atlántico. La sociedad estadounidense no solía ser muy crítica con sus dirigentes, pero si, además, se tocaba a su Historia, a sus mitos y, en concreto, a John F. Kennedy, se corría el riesgo de un virulento rechazo al libro que afectaría a las ventas no sólo en Estados Unidos sino también en el Viejo Continente.

Convencida de encontrarse ante una operación editorial de enorme envergadura para cuya planificación y desarrollo necesitaba ayuda, decidió telefonear a una íntima amiga alemana, Silke Klismann, quien casualmente se hallaba por esos días en España. Se

trataba de una conocida agente literaria que poseía un chalet de dos plantas a pie de arena en la tranquila playa de Xeraco, un pequeño pueblo de la costa valenciana situado entre la histórica Gandía y la naranjera Tavernes de la Valligna.

Lola no lo dudó un instante y, preparado el equipaje en pocos minutos, efectuó el viaje en cuatro horas y media desde Barcelona por la A-7. Nada más aparcar en la plaza de Levante, descubrió a Silke paseando a su perrita *Lulapor* entre los setos y matorrales próximos a la mota donde comenzaba una espaciosa playa de fina y limpia arena. La agente alemana, de edad similar a la de Lola, cuarenta y ocho años, exhibía una figura a todas vistas teutona: alta, fuerte, carrilluda, ojos azulones, cabello rubio retorcido en bucles, semblante sonrosado, entrada en kilos y con los pechos amelonados.

Una vez instalada en la habitación de invitados, Lola y su anfitriona decidieron dar un paseo por el borde del mar, donde se bañaban todavía algunos turistas tardíos, a pesar de ser finales de septiembre. Luego, cuando el sol comenzó a recostarse sobre las cumbres del Montdúver, tomaron asiento en la amplia terraza en forma de chaflán para cenar en compañía del relajante flujo y reflujo de las olas marinas.

—Bueno, a ver qué es eso tan, tan, tan importante que me tienes que contar.

Ambas mujeres se habían conocido a mediados de los noventa en la feria del libro de Frankfurt, en una fiesta privada organizada por Axel Springer para promocionar la novela de un autor novel en el que la citada firma editorial había depositado grandes esperanzas. El factor desencadenante de su amistad residió en el hecho de que Silke veraneaba en España y hablaba bastante bien el castellano, pasado lógicamente por la contundencia gutural germánica. Luego les unirían otros lazos a nivel personal: las dos eran solteras, habían vivido experiencias sentimentales traumáticas, compartían una morbosa adicción al trabajo, reconocían que resultaba muy difícil convivir con ellas por sus fuertes caracteres y, por último, las dos luchaban a brazo partido contra el exceso de peso.

—Silke, si lo que te voy a contar ahora te lo hubiera dicho por teléfono, seguro que te habrías partido de risa. Pero si me he tragado quinientos kilómetros, merece que me escuches hasta el final. ¿Vale?

—¡Me acojonas...! ¿No se dice así en español? —preguntó la agente alemana.

—Acojonas... del verbo acojonar.

—Pues eso, me acojonas con tu seriedad.

—Silke... —Lola efectuó una pausa retórica para conferirle trascendencia a sus palabras— Nos conocemos hace mucho tiempo y sabes que soy muchas cosas, pero no gilipollas.

—Gilipollas sólo con los hombres.

—Vale, te lo acepto —Lola soltó una pequeña carcajada ante la acertada puntualización de su anfitriona—. Bien... —Volvió a dudar— ¿Te lo suelto de entrada, o prefieres que te plantee el tema poco a poco para que no se te atragante la ensalada?

La cena de la que estaban disfrutando consistía únicamente en una ensalada a base de lechuga, tomate y unas rodajitas de cebolla dulce, especialidad ésta de las huertas de la zona. En el centro de la mesa, cinco boles con variados ingredientes complementarios para que cada una pudiera servirse a su gusto: migajas de atún, tronquitos de mar, tacos de queso de cabrales, tiras de jamón serrano y lóbulos de nueces; más otros cuatro ingredientes líquidos: aceite de oliva, vinagre de Módena, salsa de soja y un oloroso jerez *cream*.

—¡Jamás nadie me había hecho una operación de marketing tan perfecta como ésta!

—Proclamó la anfitriona—. ¡Joder, empieza ya!

—¿Un sorbito de vino? —Preguntó Lola a la vez que, sin esperar respuesta, vertía sobre dos grávidas copas achaparradas un *Fan D. Oro*— El alcohol favorece la circulación de la sangre y evita los infartos.

—¡Quieres soltar de una vez el asunto y dejarte de gilipolleles?

—Gilipolleces.
—¡Lo que sea, pero empieza ya!
—Creo que debo contártelo poco a poco.
—¡Ni hablar! ¡Lo quiero en una frase! ¡Luego, si quieres me cuentas la biblia palabra por palabra!
—¡Bien, pero que quede claro que tú lo has querido!
—¡Vamos! —le urgió no sólo con palabras, sino también con gestos enérgicos.
Lola se llevó la copa de vino a los labios, sorbió unos milímetros cúbicos de color amarillo pajizo brillante, se humedeció los labios, adoptó una expresión seria, casi adusta, y expuso con voz grave:
—Kennedy... Kennedy... El presidente Kennedy... no murió asesinado en Dallas.
La editora esperaba cualquier reacción de Silke: incredulidad, carcajada, sorpresa, grito histérico, estupor, lipotimia, infarto... Pero nunca imaginó que su semblante se demudara por completo debido a una súbita expresión de terror. Exactamente igual que si le hubieran revelado que le quedaban escasos minutos de vida.

2

Antes de informar a Olivia y a su editora de la entrada en escena de la actriz Marilyn Monroe en *elaffaire* de las personas asesinadas por el *Vóltrax*, Dan Foster decidió viajar de nuevo a California. Necesitaba recabar más datos de la hija de Hillary Sontag y, sobre todo, hablar con la viuda de Brian Nelson, el anciano parálítico de la playa de Sausalito.

A la mañana siguiente de obtener las firmas de Linda Lange y el doctor Carrington, las escaneó y envió a Lola Portal. Hacia las once, recogió el equipaje del hotel y se trasladó en taxi a Love Field para tomar el primer vuelo con dirección a San Francisco. Seis horas y media más tarde, tras subir a un ferry desde Embarcadero Street hasta Sausalito, estaba sentado frente a Mary Nelson, la esposa de Brian, a quien en pocas palabras planteó el objeto de su nueva visita.

—Con Kennedy, ya le dije que no tuvo ninguna relación. Pero con la Monroe, ahora que lo dice, sí... —Al escritor le dio un brinco el corazón— Mi marido, estando ya en el FBI, se encargó de la investigación de su muerte —explicó con un orgullo nada disimulado.

¡Bingo!, exclamó para sí Foster. La presencia de la mítica actriz quedaba reforzada en la investigación que estaba llevando a cabo sobre las víctimas del fatídico virus. No sabía en qué dirección, pero parecía claro que el criminal que intentaba proteger el fraude histórico del asesinato de JFK andaba también muy interesado en borrar de la nómina de los vivos a personas relacionadas con Norma Jeanne Mortenson, “Marilyn Monroe” para el mundo del celuloide.

—¿Recuerda, señora Nelson, que hablamos de un dinero que recibía su marido todos los años? ¿Un dinero que, según usted, le mandaba alguien a quien liberó de un secuestro?

—Sí, sí, claro.

—Intente hacer memoria... ¿Pudo empezar a recibirlo allá por 1962, o en el 63?

—Posiblemente. Cuando Brian y yo nos casamos, en abril del 65, él yarecibía ese dinero.

Foster guardó un intenso silencio con la mirada y la mente deslizándose por un escenario muy lejano al recargado salón de la viuda Nelson. Un periplo de conjeturas que rompió Mary con una pregunta inevitable.

—¿Está pensando usted que mi difunto marido, que mi Brian, pudo ser asesinado porque intervino en la investigación de la Monroe?

—No sé si por ese motivo concreto, o bien por otro. Pero hay muchas posibilidades de que exista una relación entre su muerte y el extraño fallecimiento de la actriz. Ya sé que usted descarta que el señor Parker...

—¿La mataron o se suicidó? —Le cortó la anciana— Me refiero a la Monroe

—¡Ojalá estuviera vivo su esposo para preguntárselo a él!

—Yo se lo preguntaba muchas veces y siempre se burlaba de mí. ¡Me daba un coraje! ¡Y encima se reía porque me enfadaba!

—¿Qué es eso de que se burlaba de usted?

—Pues porque decía... Vamos, no sólo me lo decía a mí, se lo decía a todo el que le preguntaba. Y le puedo asegurar que le han preguntado muchas veces desde que ocurrió... ¿Perdone, qué es lo que me ha preguntado?

Foster sonrió ante el laberinto dialéctico en el que se había enredado la anciana y le ayudó a encontrar la salida.

—Que qué opinaba su esposo cuando le preguntaban sobre si mataron a Marilyn Monroe o se suicidó.

—Ah, sí. Ya me acuerdo. Pues decía..., espere, a ver si me vienen las palabras exactas... Ah, ya. “La Monroe pensaba suicidarse, pero se murió antes de que la mataran”

—¿¡Cómo!? —exclamó su interlocutor ante tan críptica frase.

—Eso era lo que contestaba siempre.

—A ver, repítame la frase, pero más despacio, por favor.

—Pues eso... “La Monroe pensaba suicidarse, pero se murió antes de que la mataran”.

—¿Y qué quería decir... exactamente? —indagó su visitante desconcertado por completo.

—¡Eso quisiera saber yo, señor Foster!

—¿Nunca se lo explicó su marido?

—Sí, alguna vez lo intentó cuando yo le insistía mucho pero lo que conseguía era liarme más y enfadarme. Y encima no paraba de reírse. Así que, como siempre se burlaba de mí, terminé por no preguntarle más. Brian era bueno, muy bueno, pero cuando decía que no a una cosa, ya podían caer rayos y truenos que no había quien le hiciera cambiar.

—De todo eso, señora Nelson, deduzco, y corríjame si no es una deducción correcta, que su difunto esposo no quería contarle la verdad sobre la muerte de Marilyn.

—¡Ni a mí ni a nadie! Siempre que surgía el tema, en familia o con amigos, se salía por la tangente con esa maldita frase que le he contado.

—Ya sabe, los policías tienen que guardar secreto profesional.

—¿Con sus esposas también?

—Yo creo que sí.

—¡Ande usted! ¡Pues no me contaba a mí cosas de asesinatos y de los líos de faldas de los de Hollywood! Yo, lo único que sé, es que mi Brian se murió, o lo mataron según usted, sin contarme lo que sabía de la Monroe. Y lo sabía, ¡ya lo creo que lo sabía!

A la mañana siguiente, a las diez, Foster pulsaba el timbre de la vivienda de la difunta Hillary Sontag en Steiner Street, en la zona Marina District de San Francisco, a la que se había mudado su hija con el marido y los dos hijos del matrimonio. Al igual que su madre, Joan era menuda de cuerpo, con un rostro sereno e iluminado siempre por una sonrisa que potenciaba la claridad de sus ojos.

La conversación en el abigarrado salón, frente a un humeante té con pastas de nata, no aportó datos especialmente relevantes a lo que ya le había relatado por teléfono. Durante seis años, y de manera intermitente, su madre tuvo una relación profesional de maquillaje y peluquería con la famosa rubia platino de la edad dorada de Hollywood.

Hillary, según Joan, no era muy propensa a tocar el tema de Marilyn Monroe, ya que con el tiempo la relación laboral llegó a convertirse en una buena amistad. Ni siquiera

cuando periodistas y escritores le habían tentado con dinero para que revelara cómo era fuera de las cámaras la rutilante estrella de *Bus stop*, *Con faldas y a lo loco* *La tentación vive arriba*.

—Yo no le oí hablar de ella más de cinco o seis veces. Lo que decía era que Marilyn sufrió mucho, no sólo en su infancia y juventud, sino también cuando triunfó en el cine. Y siempre por culpa de los hombres.

—¿Comentó alguna vez los rumores que corrían sobre sus muchos amantes..., sobre su romance con Kennedy? —indagó Foster sentado frente a su interlocutora en un sillón tapizado en color ocre, gemelo del que ocupaba Joan.

—No... Sobre Kennedy no le oí nunca nada.

—¿No le parece raro ese silencio...? Me explico... La gente se suele enorgullecer de conocer a algún personaje famoso, le gusta alardear y contar cosas de él... Al menos con la propia familia...

—Pues sí... Visto ahora..., sí.

—Y más sí, como me ha contado, en alguna ocasión los periodistas le ofrecieron dinero.

—Más del que usted pueda imaginar. Pero ella, le repito, nunca aceptó hablar.

—¿Opinó alguna vez sobre su muerte? Quiero decir, sobre si fue un suicidio, un asesinato o una muerte natural.

—Mamá estaba convencida de que no fue un suicidio. Es cierto que lo había intentado en alguna etapa de su vida debido a fuertes depresiones. Pero cuando Marilyn murió sí comentó, de las pocas veces, ya le digo, que habló sobre el tema, que precisamente por aquellos días Marilyn no estaba deprimida.

—Y usted qué piensa, ¿muerte natural, suicidio o asesinato?

—No sabría decirle. Se han oído tantas versiones... Pudo ser cualquiera de las tres cosas.

Dan terminó de anotar algo en su inseparable bloc y se levantó.

—Gracias, Joan. Como le he insistido ya varias veces, cualquier cosa que recuerde en relación con la vida anterior de su madre, no dude en llamarme. El dato de Marilyn Monroe podría ser, aún no lo sé con exactitud, una buena pista. Y por supuesto, si logro averiguar algo la llamaré de inmediato.

—De acuerdo, señor Foster.

—Una última cosa, Joan... ¿Recuerda alguna persona con la que su madre tuviera contacto, aparte de Brian Nelson...? Me refiero a esas reuniones que celebraban con regularidad cuando venía el señor Parker. ¿Qué recuerda de esas reuniones?

—Poco... Sé que al principio se juntaban siete u ocho personas. Algunas de ellas se han ido muriendo y creo que la última vez que se vieron sólo asistieron cuatro. Y ahora, hace unos meses, cuando vino por última vez, ni llegaron a reunirse. Mi madre se extrañó y por eso llamó a Paul Wagner.

—¿Quién es ese Paul Wagner?

—La persona a través de la que mi madre entró en contacto con Parker.

El interés prendió de inmediato en los ojos y, sobre todo, en la cabeza del escritor; podía ser un eslabón importante en la cadena que andaba investigando.

—¿Qué sabe usted de él?

—Trabajaba en Hollywood, en el mismo estudio que mamá... Doblaba a los actores en las escenas peligrosas. También sé que regentó una escuela de especialistas cinematográficos. Hablaban por teléfono de vez en cuando, aunque se veían poco.

—¿Tiene su número?

—Debe estar en alguna agenda. Voy a buscarlo.

Nada más abandonar la casa de la hija de Hillary Sontag, apenas a veinte pasos de ella, marcó el número que le acababa de proporcionar Joan.

—¿Señor Wagner?

—¿Quién llama?
—No nos conocemos. Mi nombre es Foster, Dan Foster, y tengo interés en hablar con usted. Su teléfono me lo ha proporcionado Joan, la hija de la difunta Hillary Sontag.
—¿De qué desea que hablemos?
—La señora Sontag falleció de una manera muy extraña, lo mismo que un tal Nelson.
—¿Nelson? ¿Brian Nelson?
—Así es.
—¿Por qué dice que han fallecido de una manera... extraña? —ralentizó las palabras su interlocutor.
—Los dos han padecido la misma enfermedad, desconocida para la medicina, y casi al mismo tiempo.
—¿Quién es usted?
—Un investigador del IORD, un organismo que se encarga de estudiar las enfermedades nuevas que van apareciendo.
—¿Y en qué puedo ayudarle yo?
—No sabría decirle con exactitud... Pero como usted, las dos personas fallecidas y un tal Parker se veían de vez en cuando, he pensado...
—¿Qué sabe usted de Parker? —le cortó su comunicante con un tono de voz evidentemente preventivo.
—Nada. Sólo que la señora Sontag, el señor Nelson, usted y él eran amigos y se veían de vez en cuando.
Se atascó un significativo silencio en la línea telefónica. Foster, nervioso, apretó de manera inconsciente el auricular al oído, como si quisiera escuchar los pensamientos que en ese momento centrifugaba el cerebro de su interlocutor. Dado que éste no se decidía a hablar, le sugirió:
—Señor Wagner..., creo que deberíamos vernos.
—¿Dónde está usted ahora?
—En San Francisco.
—Si viene mañana a Los Ángeles, nos podríamos reunir por la tarde.
—¿Dónde?
—¿Tiene para anotar una dirección...?

3

El procedimiento fue el mismo que cuando acompañó a Olivia. Bob Dugan, el director de la CIA, telefoneó a Charles Williams sobre las diez de la noche, justo cuando éste terminaba de cenar con Alice, su compañera sentimental desde hacía unos meses.
—Charles, tenemos que hacer un viaje a Nueva York —le anunció sin mediar saludo alguno.
—¿Cuándo?
—Esta noche.
—¿Ahora? —Williams acusó con una subida del tono de voz la extrañeza de la proposición de su superior— ¿A estas horas?
—Sí.
—¿Y para qué?
—Prefiero contártelo por el camino.
—Bien...—aceptó ligeramente desconcertado el subdirector de Asuntos Internos.
—Paso a recogerte en una hora. ¿Sigues viviendo en el mismo sitio de Georgetown?
—Sí. Pero cuando estés llegando, llámame al móvil y te espero abajo. El telefonillo no funciona.
—Ok.

Desde el piso de Charles hasta el Dulles International Airport, Dugan no hizo ninguna referencia al motivo de aquel intempestivo desplazamiento. Charlaron de temas banales de la agencia, entre ellos de un chismorreo que corría por los despachos sobre la infidelidad de la esposa de un amigo común con un político de la Casa Blanca. Ya a bordo del Falcon 50, su jefe afrontó el tema del viaje.

—Aunque no deberías saber nada, sospecho que habrás oído hablar de *Arcanum*...

Charles guardó silencio, acusando su rostro un tenso estado de alerta totalmente perceptible a simple vista.

—Doy por hecho que no sabes nada. Bien... Yo tampoco sabía nada de *Arcanum* hasta que me nombraron director general. Ese mismo día me llamó el secretario de Defensa a su despacho y me explicó que el cargo, mi nuevo cargo, llevaba aparejado, además de todas las competencias que ya conocía, la conexión directa y personal con una determinada organización. Un estamento parapolicial, paraestatal, como se le quiera llamar, creado por el Pentágono en los años ochenta a partir de una sección de la CIA encargada de velar por los secretos de estado.

—La “supercía”.

—Afirmativo. Esa “supercía” se dividió en dos secciones. Una se encargó de custodiar los secretos militares y la otra del resto de secretos. Esta segunda sección es la que se llama *Arcanum*, la dirige un antiguo alto cargo de la CIA bajo el nombre de *Julius Ily* es quien me ha pedido que te lleve a una reunión con él.

—¡Joder, pues vaya horas de reunirse! ¿Qué pasa? ¿El tal *Julius* duerme de día y trabaja de noche como los vampiros?

Bob Dugan sonrió y, pasados unos segundos, contempló por la ventanilla la alfombra de luces, casi continua, que enlaza Washington DF con Nueva York. Los motores del avión generaban un ruido uniforme y la calma atmosférica permitía a las alas rajar el aire sin el desagradable tableteo de las turbulencias.

—¿Qué vinculación jurídica existe entre *Arcanum* y la Agencia?

—Ninguna —respondió Dugan tras una breve pausa— *Arcanum* no existe de forma oficial. Es un estamento absolutamente secreto, su nombre latino así lo indica, pero posee poderes ilimitados sobre cualquier persona y en cualquier territorio siempre que esté en peligro alguno de los secretos que protege.

—¡Uff, qué mal me huele eso, Bob! —comentó Williams.

—No más que otras muchas cosas que tú y yo conocemos —ironizó su superior.

—Sí, pero ese *Arcanum*, por lo que me cuentas, no tiene ninguna fundamentación democrática. Y eso, al pueblo americano, ya lo sabes, no le gusta nada.

—El pueblo americano nunca sabrá que existe. Por tanto, ignorará también si sus actividades son o no democráticas. Si no existe, nadie pedirá explicaciones. Así de sencillo.

—¿Tan seguro estás?

—Por completo.

En el semblante de su interlocutor se dibujó un ostensible gesto de incredulidad.

—Quiénes podrían hundir *Arcanum*... pertenecen a *Arcanum*—le reveló en tono misterioso el director general—. ¿Comprendes?

—Déjate de jeroglíficos, Bob —Charles le buscó la mirada para observar, con ojo de entomólogo, la expresión con la que le respondía su acompañante—. ¿Qué has querido decir?

—Eres lo suficientemente inteligente para responderte a ti mismo... —le argumentó Dugan con un remedo de sonrisa.

Al aterrizar en el aeropuerto neoyorquino de La Guardia, una limusina de color verdoso oscuro, con la zona de pasajeros incomunicada desde el punto de vista visual con el exterior por unos cristales opacos, les recogió a pie de pista. Al arrancar, Charles planteó a Dugan la pregunta que roía su cerebro desde que recibió su llamada

telefónica dos horas antes.

—Bob, vamos a hablar claro. La reunión con el tal *Julius* es por el asunto de Olivia, ¿verdad?

—Supongo. Pero no me atrevo a confirmártelo. Cuando necesitan a alguien de la Agencia, no me explican el porqué ni el para qué. Me suelo enterar al mismo tiempo que los convocados.

Sobre la información que le había proporcionado Olivia de su reunión en *Arcanum*, Williams se dispuso a almacenar en el cerebro todos los datos que pudiera percibir del trayecto “ciego” que emprendían en ese momento.

La limusina, al igual que ocurriera durante el viaje de la entonces agente Perry, circuló durante una media hora por Nueva York. En un momento determinado, penetró en un garaje y descendió varias plantas para luego desplazarse sobre una plataforma móvil con el motor parado.

Unos cuatro minutos más tarde, Williams y Dugan se apearon del vehículo en una amplia estancia donde tomaron un ascensor y, tras pasar por una especie de recepción donde les colocaron sendas pulseras electrónicas, enseguida se hallaron ante el inescrutable *Julius III*.

—Gracias por venir, señor Williams —le saludó al tiempo que le alargaba una lánguida mano, moteada de pecas marrones en el reverso.

—Hola —Charles llegó a pensar que había estrechado una mano marmórea por la frialdad que le transmitió su piel.

—Señor Dugan... —*Julius* repitió el saludo mecánico con el director de la CIA.

Una vez acomodados los tres personajes en el imponente despacho del presidente de *Arcanum*, éste tomaba la palabra y, como era distintivo en él, abordó el tema de la reunión sin ningún tipo de circunloquio.

—Tenemos un grave problema y necesitamos su ayuda para resolverlo. ¡Para resolverlo ya! Se trata de la ex agente Perry. Aunque el mayor problema es su amigo, un tal Dan Foster.

—¿A qué se refiere... exactamente? —indagó Charles controlando el tono de cada una de las palabras, mientras en su cerebro se activaban todas las alarmas que hasta entonces no tenía encendidas.

—Están muy cerca de desvelar uno de los grandes secretos de Estado que, como le habrá informado Dugan por el camino, guardamos aquí en *Arcanum*.

—¿Puedo conocer ese secreto? —se interesó Charles con la voz ralentizada.

—No le voy a revelar su contenido y, créame, lo hago por su propio bien. Conocerlo sin pertenecer al círculo ejecutivo de *Arcanum* equivale a una condena de muerte en potencia.

—Demasiado drástico, ¿no?

—Señor Williams —*Julius* elevó las manos en un gesto ampuloso a fin de enfatizar cada una de sus palabras—, Estados Unidos no es una nación más. Estados Unidos es el alma del mundo libre. Y todo lo que sea necesario para mantener intacta ese alma está justificado.

—Estará justificado, si me permite opinar, siempre que no contradiga la ley.

Dugan se removió inquieto en su asiento ante el comentario del subdirector de Operaciones Especiales, bastante impertinente para él en aquellos momentos.

—La ética es incompatible con la política. Si la política no tiene primacía sobre la moralidad en una nación, esa nación será un pelele en manos de los muchos demagogos de la democracia que pululan por los poderes mediáticos —sentenció el impoluto presidente de *Arcanum*.

—¿Me está queriendo decir que...?

Un gesto de stop de la pulcra y alabastrina mano derecha de *Julius*, unida a una bajada de párpados y a un movimiento negativo de la cabeza, le dio a entender que no quería

continuar con la discusión y se lo reafirmó de manera verbal.

—Williams, no estamos aquí para perder el tiempo en disquisiciones ideológicas, al fin y al cabo estériles y decadentes.

Había pocas cosas que enervaran a Charles y una de ellas era que le trataran con prepotencia. Su congestionado semblante, a punto de entrar en ignición por el cráter de su boca cerrada, se distendió a duras penas al percibir un enérgico gesto de Bob Dugan para que no replicara.

—Bien. ¿Qué quiere, exactamente, de mí? —preguntó con gesto de rabia mal disimulado.

—Su antigua compañera sentimental anda por ahí junto a un escritor de libros de investigación... Un tipo llamado Dan Foster que se está convirtiendo, como le he dicho antes, en un peligro para *Arcanum*. O lo que es lo mismo, en un peligro para Estados Unidos.

—Según tengo entendido, están investigando una serie de extrañas muertes.

El tono de Williams continuaba cargado de irritabilidad e impregnado de desafío. *Julius* pasó por alto dichos factores y continuó con la dicción imperturbable y el laconismo enervante que le caracterizaba.

—Por desgracia, hemos perdido el control de ese español y necesitamos recuperarlo lo antes posible. Sabemos que usted, por su amistad, tiene hilo directo con la ex agente Perry. ¿Comprende...?

—Lo siento, pero no voy a emplear mi amistad con ella para tenderle una trampa a ese escritor. Sería traicionarla.

Julius apenas alteró su semblante con una sonrisa que se quedó en una mera mueca. Al mismo tiempo, con un leve alzamiento de cejas, cedió la palabra a Bob Dugan.

—Charles..., por el camino te he explicado que *Arcanum* es un organismo, una estructura, llámale como quieras, desgajada de la CIA pero, en la práctica, de rango superior a ella. En otras palabras, la Agencia está supeditada a *Arcanum* cuando este organismo solicita su ayuda. Por este motivo, *Julius*, en estos momentos, es tu superior. Williams se mordió los labios hasta que la piel perdió la pigmentación sanguínea sin dejar de observar con fijeza a Dugan, quien comenzó a sentirse molesto por la intensidad de las congestionadas pupilas de su colega. Poco después, con una breve pero sonora exhalación, centró su atención en el granítico semblante del presidente de *Arcanum*.

—Creo que puedo localizar con cierta facilidad... a la señorita Perry. Por lo menos hasta ahora ha sido así. Bien, la contacto... ¿Y...?

—La contacta y la elimina junto a su amante, ese tal Foster —ordenó tajantemente *Julius III*.

—¿¡Cómo!?! —Los ojos se le desorbitaron al subdirector de Asuntos Internos.

—Lo ha oído perfectamente, y no es mi costumbre repetir una orden. Siempre doy por hecho que estoy tratando con personas inteligentes. Pero en este caso, por deferencia a usted, voy a hacer una excepción. Le ordeno eliminar a Dan Foster y a Olivia Perry. Es decir, y para que no le quepa la menor duda, se lo repito: tiene que matarlos.

—¿¡Asesinar... a mi... amiga!?! —planteó Charles rastreando por su garganta cada una de las palabras.

—Señor Williams, una conversación semejante tuvo lugar aquí hace unas semanas. La diferencia radica en que donde usted se encuentra ahora sentado, se hallaba su amiga Olivia. Le di la oportunidad de eliminar al escritor y apuntarse un gran mérito en su carrera profesional. No me obedeció y ahora es ella la que está en lista de espera para viajar al otro mundo. Es lo que le sucede, indefectiblemente, a los que no acatan las órdenes de *Arcanum*.

—¿Está insinuando... —miró a un tenso Dugan antes de proseguir— que si no la asesino..., si no elimino a Olivia y a su amigo... entraré en esa lista de espera?

—No le quepa la menor duda —confirmó el presidente de *Arcanum* con la frialdad que le caracterizaba.

4

DAN: *Hola.*

OLIVIA: *Buenas noches, Lola.*

LOLA: *Buenos días en España para los dos.*

DAN: *La investigación, en principio, se nos complica. Aunque espero que sea para bien.*

OLIVIA: *¿A qué te refieres?*

DAN: *Agarraos... Las dos personas asesinadas en California no tienen ninguna relación con la "muerte" de Kennedy.*

LOLA: *¡Joder!*

OLIVIA: *¡No me digas!*

LOLA: *¿Y entonces...?*

DAN: *Sí tienen relación, y por eso decía lo de agarraos, con otro personaje famoso..., con Marilyn Monroe.*

OLIVIA: *¿¡Qué dices!?! Dan, no tengo el cuerpo hoy para bromas.*

DAN: *No es ninguna broma. Estoy hablando completamente en serio.*

LOLA: *¡Joder, joder, joder! ¡Esto parece un culebrón venezolano!*

DAN: *Es un culebrón...norteamericano. Una de las personas fallecidas, mejor dicho, asesinadas, fue peluquera y maquilladora de la actriz durante los últimos años de su vida.*

OLIVIA: *¿Y la otra?*

DAN: *Se trata de un agente del FBI que se encargó de la investigación de la muerte de Marilyn.*

LOLA: *¿Cómo se silba en un chateo?*

Los tres, a una hora concertada por sms a instancias de Dan, previa apertura de una nueva cuenta de correo por parte de cada uno en Gmail, habían comenzado a intercambiar opiniones.

OLIVIA: *¡Cada vez se complica más este puto puzle! ¿Qué puede significar la aparición de Marilyn Monroe en la cadena de asesinatos del "Vóltrax"?*

DAN: *Yo le he dado muchas vueltas y esas dos muertes de California podrían apuntar a que la actriz no se suicidó. Y si esta hipótesis es cierta, habría que pensar en que fue asesinada por alguien del clan Kennedy.*

LOLA: *Te estás refiriendo, en buena lógica, a ese Richard Parker.*

DAN: *No necesariamente. En el 62 pudo ser él u otras personas. Ese individuo sí entraría ahora en escena para acabar con la vida de una serie de testigos, presuntos conocedores de que la muerte de la actriz fue un asesinato.*

LOLA: *A ver, me he perdido.*

DAN: *Rebobino y empiezo... Parker está eliminando a una serie de individuos que conocen el secreto de que Kennedy no fue asesinado en Dallas. No sabemos la razón por la que los mata casi cincuenta años después, pero se los está cargando. ¿De acuerdo?*

LOLA: *De acuerdo.*

DAN: *Previsiblemente, el objetivo es dejar a salvo el buen nombre del presidente.*

OLIVIA: *Podría haber otros motivos, pero bueno, está bien, sigue.*

DAN: *Ya puesto, el Parker ése aprovecha el "Vóltrax" para quitar del medio a otras personas que podrían manchar la memoria de Kennedy. Me estoy refiriendo a la hipótesis, bastante verosímil, de que el presidente estuviera relacionado directa o indirectamente con el asesinato, o el suicidio inducido, de Marilyn Monroe. ¿Me explico*

mejor ahora?

LOLA: ¿Más de cuatro décadas después de la muerte de la actriz? ¿Y por qué ahora?

DAN: Ésa es la pregunta del millón.

OLIVIA: Resulta raro, sí. Pero es la única explicación lógica para encajar las dos muertes de California en la cadena del "Vóltrax".

LOLA: ¿Cuál es el siguiente paso que vas a dar?

DAN: Llegar hasta Richard Parker. Ese tipo es la clave de todo.

OLIVIA: No he podido avanzar más en su localización. En la CIA, ya te lo dije en un sms, sólo aparece un antiguo domicilio de cuando vivía en Washington.

DAN: ¿Cómo está el tema Arcanum?

OLIVIA: Muy complicado. Podría intentar entrar en su búnker, pero no saldría viva de allí. La conversación con Bob Dugan, ya te la conté en un email, no sirvió para mucho.

DAN: ¿Y sus últimas palabras? Las de que iba a hacer una gestión y a lo mejor tenía buenas noticias para ti.

OLIVIA: Lo debió decir para salir del paso... No tengo confianza en él. Ninguna.

LOLA: Una pregunta ingenua. ¿Ninguna de las personas asesinadas por Parker poseía su teléfono?

DAN: No es ingenua, sino muy inteligente. La respuesta es "no" y prueba la excelente planificación de ese fulano. El muy cabrón no deja ningún cabo suelto.

OLIVIA: Nadie es perfecto, Billy Wilder dixit.

DAN: Este tipo, si no lo es, se encuentra a unos milímetros de la perfección. Lola, ¿algún contacto editorial?

LOLA: Sí, pero muy extraño...

DAN: ¿Qué quieres decir?

LOLA: Antes de ponerme al habla con las principales editoriales europeas, pensé que sería más operativo ir de la mano de Silke Klismann, una agente literaria alemana muy importante. Es una buena amiga y está pasando unos días en un pueblo de Valencia, donde tiene un bungalow. Me fui a verla y le planteé el tema. Lógicamente, exigiéndole antes confidencialidad absoluta.

DAN: ¿Y...?

LOLA: Tuvo una reacción muy, digamos, inesperada.

DAN: ¿A qué te refieres en concreto?

LOLA: Se asustó.

DAN: ¿Se... asustó? ¿Se asustó de que Kennedy no hubiera muerto en Dallas?

LOLA: No le asustó que el magnicidio fuera, o pudiera ser una comedia. Le aterrorizó que yo lo supiera y que le planteara publicar un libro sobre el tema.

OLIVIA: ¿Le aterrorizó que le estuvieras ofreciendo un best-seller de éxito seguro a nivel mundial? ¡No entiendo nada!

LOLA: Yo tampoco lo entiendo. Tuve la sensación de que no le gustó en absoluto que yo supiera que el crimen fue un fraude.

La comunicación cibernética se paralizó durante algunos segundos en los que tanto Olivia como Dan intentaron asumir la insólita información facilitada por la editora.

DAN: No me lo explico.

LOLA: ¡Pues anda que yo!

OLIVIA: ¿En qué quedasteis?

LOLA: Estudiaría el tema y me llamaría. Fue hace seis días y todavía estoy esperando su llamada.

DAN: ¿No dices que está pasando unos días de descanso?

LOLA: ¡Sí! ¡Pero, coño, a un agente literario le pones delante un pedazo de libro como el que tenemos entre manos y, si es necesario, quema a su mujer y a sus hijos para hacerse con él!

DAN: Sí... Es raro que no te haya llamado... Muy raro.

LOLA: *Y aún más, su extraña reacción.*

Otra pausa en el chateo, más breve que la anterior, hasta que...

OLIVIA: *¿Cuál es, Dan, tu siguiente paso?*

DAN: *La hija de Hillary Sontag me comentó que su madre conoció a Parker a través de un tal Paul Wagner, con quien había trabajado en Hollywood. Mañana me veo con él en Los Ángeles.*

Nuevo silencio en la red.

DAN: *¿Repetimos este chateo dentro de tres días, el viernes a la misma hora?*

LOLA: *Por mí, sí.*

OLIVIA: *De acuerdo.*

DAN: *Buenas noches.*

LOLA: *Buenos días.*

OLIVIA: *Pues buenos días y buenas noches.*

5

La conversación de Foster con Paul Wagner tuvo lugar en la cafetería del Dunes Sunset Motel, en el 5625 de Sunset Boulevard, mientras Foster paladeaba un gin-tonic y su interlocutor un mojito cubano.

Escuchó con atención creciente el prolijo relato del escritor y, a su término, entró en un reflexivo mutismo sin quitarle la mirada de encima al español, quien se la aguantó sin pestañear.

—Así que usted sospecha que el señor Parker ha asesinado a mis amigos Hillary y Brian, haciéndoles contraer un virus con el truco de esas cápsulas antienvjecimiento...—resumió el relato efectuado por su interlocutor.

—No lo sospecho... Estoy seguro.

—Es una acusación... muy grave —sentenció Wagner sin dejar de controlar visualmente cada gesto del semblante de Foster. Parecía como agazapado a la espera de captar cualquier mueca o tic que le proporcionara información psicológica adicional sobre él.

—Las pruebas son concluyentes.

—Le conozco desde hace cuarenta y ocho años, y no me cuadra en absoluto que a la vejez se haya convertido en un asesino... En un asesino de sus amigos... No me entra en la cabeza.

—Puedo asegurarle que cuanto le he dicho es cierto.

—La historia que me ha contado, amigo mío, tiene todos los ingredientes de una novela.

—Ojalá se tratara de un relato novelesco. De ser así, Hillary Sontag, Brian Nelson y otras personas estarían vivos.

—¿Cómo...? ¿Hay más víctimas, además de Hillary y de Brian?

—Nueve.

—¿¡Nueve!?! —Silbó reforzando la sorpresa.

—Es una historia muy larga, señor Wagner. Muy larga.

—Ya veo... ¿Y en qué puedo yo ayudarle exactamente...?

La prevención ante el tema que le había planteado su interlocutor era innegable. Se detectaba en sus indecisas palabras, en el tono lacónico y, sobre todo, en sus pupilas donde se agazapaba una mirada entre torva y temerosa.

—Me gustaría saber qué relación tuvo usted... con la actriz Marilyn Monroe.

La pregunta de Foster impactó justo en el círculo rojo de la diana. A pesar de la frialdad facial de Wagner y del control de sus gestos, el nombre de la famosa actriz del Hollywood dorado generó en él un evidente seísmo emocional. Tomó con falsa

parsimonia un sorbo de mojito cubano, más por ganar tiempo para moldear la respuesta que por el placer de paladear el ron blanco macerado con hierbabuena, hielo granizado y azúcar moreno.

—¿Por qué quiere saber si tuve relación con Marilyn... Monroe? —planteó con el tono de voz en completo estado de alerta.

—La señora Sontag y el señor Nelson la tuvieron... Y usted se reunía de vez en cuando con ellos, cuando ese tal Parker venía a California... —Con todos los datos que poseía, Foster decidió dar por cierto lo que intuía a partir de ellos. Era la única manera de provocar a Wagner—. Y porque, al igual que sus dos amigos fallecidos, usted recibía cada año un dinero... Una renta vitalicia por guardar silencio sobre algo que ocurrió en el barrio de Breenwood la noche del 4 al 5 de julio de 1962.

Nuevo silencio por parte de Paul, ahora aún más tenso, generado por las apresuradas cavilaciones que giraban, como satélites sin órbita, por toda su cúpula cerebral.

—Aunque aún no me lo ha dicho, usted está pensando que la próxima víctima del virus del señor Parker podría ser yo... ¿Me equivoco?

—Si tuvo usted alguna relación con Marilyn, pregunta a la que aún no ha contestado, mi hipótesis es que intentará quitarle del medio como ha hecho con la señora Sontag y el señor Nelson.

—¿Por qué piensa que actuará así?

—Lo desconozco, pero tal vez usted puede ayudarme a descubrirlo.

—¿Me puede dar una razón convincente... para ayudarme? —le planteó Wagner tras una nueva pausa.

—¿No le parece suficiente razón evitar que tenga el mismo final que sus dos amigos?

El antiguo especialista cinematográfico volvió a sumirse en un atomizado silencio mientras rumiaba todas y cada una de las palabras que había escuchado de labios de Foster, quien algunos segundos más tarde rompió la pausa:

—Wagner, después del tiempo que llevamos hablando, no me cabe la menor duda de que usted sabe bastante, yo diría que mucho, sobre el secreto que Parker quiere proteger en relación a la muerte de Marilyn Monroe. Ese secreto, que yo sepa con certeza, ya ha causado aquí dos víctimas mortales.

—¿No ha dicho antes que nueve?

—En California sólo dos..., por el momento. Usted tiene todas las papeletas para ser la tercera —insistió Foster en el mensaje que deseaba clavar en el centro del cerebro de su interlocutor.

—Tendré... tendré que hablar con Parker —Ante la circunfleja expresión de sorpresa de Dan, Paul añadió— Es lo lógico después de todo lo que me ha contado, ¿no?

—Usted verá.

—¿Por qué le ha sorprendido tanto que quiera hablar con él?

—Porque ninguna de las víctimas anteriores poseía su teléfono.

—Es que Richard y yo tenemos... tenemos algún negocio en común.

—¡Ah, de eso no sabía nada! Tal vez por eso sigue vivo... de momento. Bien, esperaré a que hable con su "socio". Usted sabrá qué uso hace de la información que le he facilitado.

—Lo meditaré cuidadosamente, no lo dude.

—Aquí tiene mi tarjeta —le entregó el escritor al tiempo que efectuaba un ademán al camarero de que le trajera el ticket de la consumición.

—Bien... Bien... Bien... —masculló Wagner por triplicado mientras su cerebro trataba de ordenar las numerosas y complejas cuestiones que debía afrontar en las próximas horas. Sobre todo, resolver la principal incógnita que le dejaban las palabras de Foster: saber si se podía fiar o no de Parker. Finalmente sentenció—: Si en veinticuatro horas no le he llamado, intérpretele como una respuesta negativa a continuar esta conversación.

—De acuerdo. Pero si la respuesta por su parte es negativa, le advierto que yo no me voy a olvidar de usted.

6

Charles no reaccionó hasta pasadas cuarenta horas. Durante todo ese tiempo, la reunión en *Arcanum* le parecía, simple y llanamente, una estupidez. Sin embargo, transcurridos dos días, aunque continuaba pensando lo mismo, tomó conciencia de que dicha estupidez encerraba dos amenazas reales y graves. Para Olivia y para él.

Williams no era alguien que se empequeñeciera ante las dificultades. Todo lo contrario. Desde su entrada en la CIA había mantenido contra viento y marea su compromiso ético de regenerar la agencia, sobre todo tras la desastrosa actuación de ésta en Irak, antes, durante y después de la guerra iniciada por el presidente Bush; aunque para ello, paradójicamente, utilizara procedimientos nada escrupulosos como era el maquiavélico uso que hacía de los dossiers personales que llegaban a sus manos.

Ante la creencia generalizada de que la ética y la moralidad eran incompatibles con la eficacia de cualquier servicio secreto del mundo, Charles Williams defendía que existían principios que no debían conculcarse aunque se actuara en nombre de la razón de estado. Te podías saltar muchas veces la legalidad, la del propio país y la internacional, pero había líneas rojas que siempre sería ilícito traspasar, sobre todo el asesinato de inocentes y la tortura de detenidos. La nueva era política soplaba a favor de esta regeneración de la agencia de Inteligencia; sin embargo, las palabras y las ideas tardan mucho tiempo en materializarse en hechos cuando se trata de cambiar mentalidades.

Una hora después de la citada toma de conciencia, el subdirector de Asuntos Internos de la CIA tenía claras varias decisiones. Por supuesto, nada de eliminar a Olivia Perry y al escritor español; en consecuencia, se tomó muy en serio la amenaza que pesaba sobre él si desobedecía aquella orden. La reunión con *Julius Illy Dugan* había generado un segundo tema, casi más importante que el anterior. Resultaba necesario investigar qué había con toda exactitud detrás de *Arcanum* porque, al igual que le ocurrió a Olivia, se le venían a la cabeza multitud de preguntas, a cual más inquietante, que fue grabando en su MP3.

-¿Cómo podía existir un departamento estatal que fuera desconocido por el contribuyente americano?

- ¿Qué misterios custodiaba realmente?

- ¿Conocía su existencia el poder legislativo?

- ¿Quién había decidido que la CIA y el resto de servicios de seguridad estuvieran supeditados a él?

Un somero análisis del tema le hizo llegar a la conclusión de que *Arcanum* poseía todas las características de una secta: ocultismo, nombre en clave de sus miembros, obediencia ciega al jefe, ausencia de escrúpulos en los métodos para conseguir sus fines, custodia de grandes secretos, ubicación de su sede social en una especie de cripta, imposibilidad de acceder a su santuario, etc.

No le quedaba la más mínima duda de que la organización se hallaba por completo al margen de la ley y, como le había insinuado Dugan durante el vuelo, poseía pilares muy rocosos no sólo en el *establishment* del gobierno sino también entre los poderes fácticos y mediáticos de Washington.

—Mis noticias apuntan a que depende directamente del Pentágono —le comentó Olivia.

—Depender del Pentágono, dicho así, es un diagnóstico etéreo. Querida Oli, el departamento de Defensa es un conglomerado de *lobbies* políticos, militares y

económicos de composiciones ideológicas muy diversas.

El primer paso de Charles Williams había sido, de manera inevitable, hablar con su ex compañera sentimental. La conversación tenía lugar mientras paseaban por el cementerio de Arlington, en las proximidades del monumento al Soldado Desconocido. Una conversación al aire libre por si los “chicos” de *Julius Ill* estaban vigilando, ya que en sus circunstancias todas las medidas de precaución eran pocas.

—Lo que no entiendo de ninguna manera es que a Dugan, conociéndote a ti, y también a mí, se le ocurra llevarnos en presencia de ese témpano de hielo para que nos ordene asesinar, con total y absoluta prepotencia, a nuestros mejores amigos. Eso sólo se le ocurre a un absoluto descerebrado —reflexionó Charles.

—Yo no diría que *Julius Ill* es un descerebrado. Tú lo definiste a la perfección cuando me llamaste esta mañana por teléfono. *Arcanum* es una secta y *Julius Ill* su sumo sacerdote. Se siente investido de una autoridad omnipotente y cree hallarse por encima de la voluntad y los sentimientos de los demás y, lo que es peor, por encima de la lógica de la realidad. El típico ejemplo de un iluminado.

—Una iluminación que lo hace mucho más peligroso.

—¿Has pensado... algo? —le planteó Olivia tras caminar algunos metros en silencio arrastrando la mirada por el suelo.

—Sí, he pensado que tenemos que pensar algo los dos. ¿Te parece?

—Ah, qué bien... El señor me permite pensar con él —ironizó la joven.

—¡Ya salió la feminista! —Sonrió Williams al tiempo que la cogía del brazo—. Bien, pensemos los dos ¿Por dónde le metemos mano a *Arcanum*?

—Después de un concienzudo análisis creo que, técnicamente, es imposible entrar en su templo. Y menos salir de allí. Es la teoría de Dugan y yo la comparto.

—¿Recuerdas, querida, cierto lema que decía: “no existe la utopía imposible”?

—¿Y tú, querido, recuerdas que “la juventud es la más bella etapa de la estupidez humana...”? Esos lemas podíamos permitirnoslos cuando éramos jóvenes, Charles. La CIA ha sido para mí, y supongo que también para ti, una escuela de realismo atroz.

—¿No me digas que te has dado ya por vencida? —le reprochó su ex compañero con un trémolo de decepción en la voz y una contracción interrogativa del entrecejo.

—No. Pero como tú siempre has defendido, el camino ideal no suele ser nunca el más recto.

—Explícate.

—Entrar en *Arcanum* por abajo, salvo que tu prodigiosa inteligencia genere una de sus espléndidas ideas, es física y metafísicamente imposible —aseveró la ex agente Perry con rotundidad—. Por otra parte, la posible ayuda de Dugan sobre el chantaje que le hice, la doy por fallida. No es que no quiera, es que no puede ayudarnos.

—Lo cual quiere decir que hay que intentarlo por arriba, por el departamento de Defensa...—concluyó Williams.

—Exacto. ¿Tienes alguna “recomendación” para algún alto cargo del Pentágono?

—Sonrió su antigua compañera sentimental con marcada intención, recordando el mismo planteamiento que hicieron con el director general de la CIA— ¿Sexo... drogas... impuestos?

—Lo estudiaré. Ah, una cosa importante. ¿Qué es lo que ha descubierto, o está a punto de descubrir, ese español amigo tuyo?

—Preferiría consultarlo con él antes. Compréndelo, no creo que tenga inconveniente, pero...

—El tal *Julius* no quiso decirme de qué se trataba, pero yo necesito saberlo para poder investigar a *Arcanum*.

—Claro. Bueno, en realidad no creo que a Dan le importe que te lo cuente.

—Es necesario, Oli.

—Está investigando la falsificación de un hecho muy conocido de la historia de Estados

Unidos.

—¿Eso es todo? —inquirió Williams con perplejidad— Con eso no me dices nada en absoluto.

—No te puedo aclarar más.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No es mi intención. Créeme, si te explicara con exactitud de qué se trata, aparte de que no te lo creerías y además te reirías de mí, te quedarías mucho más confuso de lo que puedas estar ahora.

—¿Más? ¡Imposible!

—¿Imposible? ¿Lo quieres saber de verdad?

—¡Pues claro! No es que lo quiera saber. Lo necesito saber.

—¿Me prometes no descojonarte de risa?

—¡No entiendo nada, Oli! ¿A qué estás jugando conmigo, a un sudoku?

—O me prometes que no te vas a reír, o no digo ni una palabra más.

—Juro ante Dios y ante los hombres que no me voy a reír ni una pizquita —prometió cómicamente Charles mientras levantaba la mano derecha— ¡Venga, suéltalo ya que me estás poniendo de los nervios, como cuando vivíamos juntos y me enredabas en tus laberintos dialécticos!

—Tú lo has querido. Allá va. A Kennedy..., al presidente Kennedy... no lo asesinaron en Dallas.

La carcajada que soltó el subdirector de Asuntos Internos de la CIA resonó en buena parte del cementerio de Arlington, provocando que los venerables huesos de todos los gloriosos difuntos allí enterrados se removieran en sus tumbas, incluidos los que, presuntamente, podrían estar usurpando el féretro de JFK.

—Me prometiste que no te reirías.

—¡Y no me río! —Negó Charles entre borbotones incontenibles de carcajadas— Estoy llorando. ¿No ves cómo se me saltan las lágrimas?

7

Silke Klismann no sólo no llamaba sino que tampoco se ponía al teléfono cuando veía en la pantalla el número de Lola Portal. Por fin, tras varios días de intentos infructuosos por parte de la editora catalana, consiguió hablar con la agente alemana. Un logro casi inútil porque la encontró tan evasiva que no parecía la misma persona de cuya amistad y optimismo había disfrutado durante años.

Según Silke, y no le pudo sacar nada más, todos los altos directivos de las principales editoriales europeas tenían cerradas sus agendas. Hasta que finalizara la feria del libro de Frankfurt, a celebrar en la tercera semana de octubre, y transcurriera por lo menos un mes más, no se podría concertar ninguna cita con alguien importante.

A Lola le costó asumirlo, pero tuvo que rendirse ante la evidencia de que su supuesta amiga, incomprensiblemente, no le iba a ayudar. Sin embargo, lo que no podía aceptar sin más, porque todas las hipótesis le llevaban al absurdo, era su extraño comportamiento cuando le reveló que el tema central del libro era el falso asesinato de JFK. No entendió entonces su extraña reacción, ni concebía ahora que le hubiera costado tanto hablar con ella y, sobre todo, que le diera una razón tan pueril y evasiva. No le cabía en la cabeza. No podía comprender qué le pasaba a Silke.

El 16 de octubre la editora catalana hizo las maletas y voló a la ciudad alemana de Frankfurt, alojándose en el hotel Steigenberger City. Tres días más tarde, tras moverse de manera infatigable y recabar apoyos y mediaciones de profesionales españoles, editores, autores y agentes, logró sentar en una misma cena a cuatro importantes ejecutivos europeos. El francés René Fontaine por la editorial Gallimard, Mario

Campitelli por Random House Mondadori en su división de Italia, Dorothy Jackson por la inglesa Penguin y Alexander Romatov representando a la rusa Astrel-SPb, de San Petersburgo.

Tan importante reunión de editores, y en tan poco tiempo, ya era un gran triunfo para Lola Portal. En aquel momento se arrepintió de su debilidad al haber acudido a Silke creyendo que el proyecto era demasiado grande para una pequeña editora como ella.

—No les voy a entregar ningún papel —comenzó su exposición en un perfecto inglés—. Pueden tomar las notas que deseen y, luego, leerán la fotocopia de un documento sobre el que el escritor español Dan Foster escribirá un libro con una extensión estimada en torno a las quinientas páginas.

Tras esta breve introducción, pasó a una advertencia preliminar:

—Por desgracia, tendrán que decidir con muy pocos elementos de juicio si les interesan los derechos del libro en cuestión, derechos, por cierto, muy caros y, además, sin fecha de publicación ni siquiera aproximada. Dichos elementos de juicio son una historia que voy a contarles a continuación y el documento del que les he hablado, junto a la autenticación de las firmas de las dos personas que avalan lo escrito en él. ¿Alguna pregunta antes de pasar a contarles la idea del libro?

Hubo un intercambio de miradas desconcertadas y, al mismo tiempo, muy interesadas entre todos los presentes. René, el francés, un atildado cuarentón perfectamente trajeado y con pajarita roja, solicitó la palabra con un breve gesto del dedo índice.

—¿Debemos entender que intenta vendernos un libro del que sólo existe una idea...?

—Más o menos, así es. Pero esa idea está avalada por un documento muy importante.

—Estará con nosotros en que nos está pidiendo un gran acto de fe en... un mero esbozo —planteó Dorothy Jackson—. Debe ser una idea rutilante.

—Lo es. De otra forma, no les habría perseguido a ustedes durante varios días para sentarles en esta mesa.

La cena tenía lugar en un pequeño salón del mismo hotel Steigenberger City en el que se alojaba la editora catalana, servida por un selecto restaurante en cuya carta destacaba la parrilla, tanto de carne como de verduras, así como una cuidada selección de vinos bávaros y franceses meridionales.

—Antes de revelarles el tema de la obra, quiero advertirles dos cosas. Entren ustedes o no en el proyecto, les ruego confidencialidad absoluta. No por razones de una posible competencia, ya que nadie nos puede pisar el gran éxito que, estoy segura, tendrá el libro; sino porque en torno al asunto que trata se han sucedido ya varias muertes violentas y es posible que se produzcan más —Guardó silencio durante unos segundos para que los presentes tomaran plena conciencia del significado de sus palabras—. Lo que les acabo de decir no es, por desgracia, una técnica de marketing. Y en segundo lugar, cuando finalice mi relato, probablemente creerán que les estoy gastando una broma de ésas de cámara oculta en televisión. Les juro por la memoria de mis padres, que es lo más sagrado para mí, que no se trata de ninguna broma. Y la prueba de ello la tendrán cuando lean el documento manuscrito del que ya les he hablado.

El mutismo de los cuatro editores, unido a su actitud de absoluta expectación y a las notas que tomaban con fulgentes plumas en lujosas agendas, le hizo comprender a Lola que, de entrada, había conseguido captar por completo su interés.

El relato pormenorizado de la editora barcelonesa duró en torno a cuarenta minutos, haciendo gala durante él de una prodigiosa memoria para los datos. Pero, sobre todo, la editora española desarrolló un discurso lineal que todos podían seguir sin necesidad de ningún esfuerzo mental, tanto en nombres como en lugares y fechas. Lo había planteado como una historia de misterio, cuyo final sólo se desvelaba en la última frase de la última página.

—Y como le dijo Amy Stolle a Dan Foster: “Piensa un poco, Amy. Si más de mil libros y casi un millón de artículos, escritos muchos de ellos por los mejores investigadores del

mundo, no han podido probar quién mató a Kennedy..., sólo puede haber una explicación"...Y esa explicación es que... —Lola guardó un silencio retórico durante el que sonó un redoble de intenso interés en el cerebro de cada uno de sus cuatro oyentes— que el presidente Kennedy..., que John Fitzgerald Kennedy... no fue asesinado en Dallas en 1963.

Los semblantes del francés Fontaine, la inglesa Jackson, el italiano Campitelli y el ruso Romatov quedaron paralizados durante muchos segundos, sin atreverse a ningún movimiento de las órbitas oculares por miedo a tener que definirse ante el brillante pero increíble relato que acababan de escuchar.

—Cuando oí esta historia de labios de Dan Foster, me quedé con la misma cara de gilipollas, perdón, —Se le escapó a Lola—, que tienen ustedes cuatro en estos momentos.

—¿Qué ser "gilipollas"? —indagó Alexander Romatov para romper por algún lado, como una válvula de escape, el asfixiante silencio.

—Es una de las palabras más difíciles de definir del idioma castellano. Tiene mil significados. La traducción al ruso sería, más o menos, "gilipollesky". ¿Qué tal suena en el idioma de Tolstoi "gilipollesky"? —desvió la anfitriona a propósito de la pregunta del editor ruso, fruto del irrefrenable nerviosismo que la atenazaba ya que desconocía la postura que iban a adoptar sus cuatro invitados.

—Bien, bien... No suena mal —avaló Romatov con la estólida expresión de no haber entendido nada.

—Continúo...—Lola tomó de nuevo la palabra— Como les he dicho, a mí se me quedó entonces la misma cara de... de estupor que tienen ustedes ahora. Y como era lógico, empecé a hacer preguntas, que es lo que deben hacer ustedes ahora. Aunque mejor háganlas después de leer este documento —Le fue entregando una fotocopia a cada invitado—, sin el cual no tiene valor nada de lo que les he contado.

Tras la pausada lectura en inglés del manuscrito de Linda Lange, se produjo un bombardeo de interrogantes, casi inmisericorde, por parte de los cuatro ejecutivos. La dueña y directora de la editorial Diamante no tenía respuestas para muchas de ellas, ya que la investigación aún se encontraba en marcha y el final podía tardar varias semanas en llegar, o tal vez meses. Después, Foster tendría que redactar el libro, mínimo quince meses, y con posterioridad traducirse a los diferentes idiomas; en resumidas cuentas, la obra no estaría en las librerías europeas antes de, aproximadamente, tres años.

La cena en el hotel había comenzado a las ocho y media de la tarde. Hacia la medianoche, los cinco comensales se levantaron de la mesa. Los responsables editoriales, todos muy interesados, más aún, entusiasmados, prometieron adquirir los derechos del libro aunque antes, en buena lógica, tendrían que consultar con sus correspondientes superiores empresariales.

Cuando Lola se introdujo aquella noche entre las sábanas, no se creía el milagro que había conseguido sin la ayuda de su ex amiga, la todopoderosa Silke Klismann.

8

Paul Wagner era un hombre que pensaba con mucho detenimiento cualquier paso que daba en la vida. Después de su conversación con Dan, tardó algunos días en telefonear a Parker y plantearle el asunto a bocajarro para estudiar su reacción.

—Richard, ¿puedo saber por qué ha asesinado usted a Susan y a Brian?

Parker tardó varios segundos en reconocer la voz de su interlocutor, procesar en su cerebro la pregunta y descubrir su origen e intencionalidad.

—Hola, Paul... ¿Usted también se ha creído la historieta que va contando por ahí ese

escritor español para tirar de la lengua a los incautos...? ¿Me puede dar una sola razón por la que yo pudiera hacer una putada así a dos buenos amigos, a dos personas que colaboraron conmigo tan extraordinariamente bien como usted sabe...? ¿Tiene algún sentido matarles ahora, casi medio siglo después...? ¡Por favor, Paul, por favor! ¡Me decepciona usted! —le recriminó con acerada dureza.

—Lleva razón, Richard. Perdona... Ese fulano me ha puesto nervioso. Está husmeando y puede encontrarse muy cerca de nosotros. Lamento mi desconfianza y, sobre todo, mi insolencia—. De pronto, Wagner cayó en la cuenta de un dato que le había proporcionado su interlocutor—. ¿Ha dicho que es escritor?

—Así es. Y seguro que quiere forrarse con un libro sobre el tema.

—¡Joder! Y parecía un buen tipo, casi llegué a pensar que me estaba haciendo un favor.

—Paul, no podemos permitir que publique ese libro. ¡Nos arruinaría el nuestro! Por cierto, ¿no tendrá por casualidad su teléfono?

—Sí. Se lo pedí porque quedé en llamarle.

—¡Genial! Démelo. Buscaré a alguien para que ese puto español deje de molestarnos. ¿Le parece?

—Ok. Apunte el teléfono, por favor.

Tras tomar nota del número, Richard Parker cambió de tema.

—¿Se ha leído ya los papeles que le entregué?

—Esta misma tarde me pondré con ellos. De lo mío han salido ciento cuarenta y ocho hojas escritas a mano con letra menuda.

—Acuérdese de redactar un resumen para el agente literario.

—Es justo lo que estoy haciendo ahora. Lo terminaré, espero, al final de la mañana. Ya he llamado a mi hija Alba para que venga esta tarde a por todo el material para pulirlo y pasarlo al ordenador.

—Cuanto antes, mejor. Sabe la prisa que tengo.

—Soy consciente de ello. ¿Qué hago con el jodido escritor ése? ¿Lo llamo o no lo llamo?

—Dele largas hasta que yo encuentre al hombre adecuado para quitarlo del medio. O mejor, hable con él e intente averiguar hasta dónde sabe. Pero cuidado con irse de la lengua.

—No se preocupe. Descubriré si va de farol o lleva juego.

A media tarde, Alba se marchaba de casa de su padre con casi un centenar y medio de folios escritos con bolígrafo de color azul, más un resumen de los mismos que ocupaba once hojas. Paul vivía en un ático de Montana Averno, en el barrio angelino de Brentwood, una estancia no demasiado grande, apenas setenta metros cuadrados, pero con una espléndida terraza desde la que se podían disfrutar unas bellas vistas del Country Club.

Tras la marcha de su hija, Wagner procedió a abrir la caja de documentos que le había entregado Richard cuando le visitó en su casa de Princeton. Debía estudiar si se publicaban como anexos a lo escrito por él, una especie de segunda parte, o bien como un punto de vista complementario a su relato de los sucesos acaecidos en julio-agosto de 1962.

Introdujo la llave en la cerradura y la giró dos veces hacia la izquierda, presionándola al mismo tiempo hacia dentro para que se quedaran liberados tanto la tapa como el doble fondo donde Parker ocultaba sus valiosos escritos. Levantó la cubierta y justo en el momento que se disponía a abrir el doble fondo sonó el teléfono.

—¿Señor Wagner...?

—¿Quién es?

—Dan Foster. Perdona si le molesto... Aunque no se comprometió usted a llamarme, me gustaría saber si ya tiene tomada una decisión.

—Pues, amigo, estaba pensando en usted precisamente en estos momentos. Si lo desea, podríamos vernos y hablar tranquilamente.

—Me parece una excelente idea. ¿Dónde y cuándo?

—Si le apetece, puede venir a mi casa. Aquí nadie nos molestará y, además, tengo un excelente brandy —Wagner se acomodó el teléfono entre el hombro y la barbilla para poder utilizar ambas manos en la apertura del doble fondo.

—Estupendo. Dígame la dirección, por favor.

—Montana Averno...

En ese momento, justo cuando Wagner levantaba la tapadera del recinto oculto, se produjo la explosión. Una bomba situada en su interior, conectada al mecanismo de apertura mediante un dispositivo electrónico, le destrozó por completo el rostro y el tórax, provocando de inmediato la alarma en todo el vecindario. Cuando llegaron la policía y los servicios médicos, apenas diez minutos más tarde, no pudieron hacer nada por salvarle. Era un cuerpo destrozado, sanguinolento y con olor a carne quemada.

El escritor español escuchó por el auricular la tremenda explosión que, unida al grito espeluznante de su interlocutor, le llevó a deducir con escasas dudas lo que había ocurrido. Tras unos segundos de indecisión observando la dirección de la calle que le acababa de facilitar, abandonó a toda velocidad la cafetería del hotel Kawada donde estaba hospedado.

El taxi desembocó en Montana Averno y a Foster le fue fácil encontrar la vivienda de Wagner: un cordón policial cortaba la calzada a la altura del número 1028. Se apeó del vehículo y se mezcló con los vecinos y curiosos que se agolpaban en torno al portal de la vivienda siniestrada. Pronto empezaron a correr rumores entre quienes observaban con morbosa atención la terraza del ático, donde se podía ver a los bomberos sofocando las llamas provenientes del interior de la vivienda.

—¡Ha sido en casa de la Marilyn! —informó una sesentona en bata de cuadros, a la que la explosión le había sorprendido mientras se rizaba el cabello ya que aún le quedaba en la cabeza, colgando, algún rulo que otro.

—Sí, ha sido en la casa de la Marilyn. Y ha muerto Paul, el marido —confirmó un señor mayor que, según explicó, se lo había dicho uno de los agentes que impedían el acceso a la vivienda.

—Pobre hombre, ya descansó de tanto esperarla —se sumó a los comentarios una anciana de cabello albino y gruesas gafas de miope.

—Casi cincuenta años esperando a la Marilyn y averigua por donde habrá andado ella. ¡Menuda pájara! —intervino de nuevo la sesentona al tiempo que se le desprendía de la cabeza uno de los rulos que tenía descolgados.

—¿Qué ha pasado? —se interesó un vendedor de pizzas mientras detenía la moto junto al corro de curiosos.

—Una explosión de gas. Casi seguro —pronosticó el señor mayor.

Picado por la curiosidad, Dan se dirigió a la vecina de la bata de cuadros que parecía saberlo todo sobre la familia del finado.

—Señora, qué es eso de que llevaba cincuenta años esperándola. ¿A quién? ¿A su mujer?

—Sí, ella se fue de casa en el 62, creo, y desde entonces, Paul, se llama Paul el señor que vive ahí, bueno, que vivía... Bien, pues a lo que iba, se fue y él siempre decía que algún día volvería a casa porque estaba seguro de que nadie la podía querer como él la quería.

—Parece una historia muy bonita y muy romántica, ¿no?

—Por parte de él, sí. Pero Jane era una pájara de mucho cuidado, se lo digo yo, aunque esté mal decirlo porque éramos vecinas y, en un tiempo, fuimos hasta amigas. A ella se le subió a la cabeza lo de Marilyn, y todos los del barrio sabemos que dejó al marido para irse, seguro, con un tío rico.

Sin necesidad de tirarle de la lengua, aquella mujer le había facilitado una nutrida información. Tras meterle unos dólares en el bolsillo de la bata, y con la habilidad de Foster interrogándola en una cafetería cercana, le dictó todo un libro.

Julia Gallegos, sesenta y cuatro años, de ascendencia argentina, era una auténtica metralleta dialéctica. Hablaba tan rápido que, a veces, Dan le tenía que agarrar el brazo para obligarle a guardar silencio con el fin de pedirle alguna aclaración en el incontrolado torrente de frases que generaba su lengua.

—¡Espere, espere un momento, Julia...! Me ha dicho varias veces que era como Marilyn. ¿Qué Marilyn? Marilyn Monroe, supongo.

—¡Pues claro! ¿Qué otra Marilyn podía ser? ¡Eran igualitas! ¡Como dos gotas de agua, mi niño! ¡Hasta el punto de que a veces iba ella en vez de ir la de verdad!

—¿Cómo...? ¿Quiere decir que hacía en ocasiones de doble de la actriz?

—¡No es que yo lo quiera decir, es que era así! ¡Y bien que se le daba a la jodía! ¡Jane era la doble perfecta de Marilyn! ¡La doble auténtica! ¡Porque había por ahí cada una que...!

—¿Cómo la auténtica?

—Pues porque había muchas que también querían ser sus dobles. Pero, no. ¡Jane era la de verdad!

—A ver, Julia, que esto es muy importante... Exactamente, ¿qué quiere decir con eso de que esa Jane era la auténtica doble de Marilyn Monroe?

—¡Estás obtuso, eh, mi niño! ¡Ya te lo he dicho varias veces! Todas las demás querían imitarla, pero eran falsas. Enseguida se notaba que ellas no eran Marilyn. Sólo ella, Jane, era la verdadera. La imitaba como nadie. Por eso era la oficial ¿Comprendes? ¡La doble oficial! ¿Lo coges ahora, cariño?

—¿La doble... oficial? ¿Debo entender entonces que Jane y Marilyn se conocían?

—¡Pues claro, mi niño! ¡Si no se hubieran conocido, cómo iba a ser la Jane la doble oficial!

—Señora Julia, y perdone que sea tan pesado... ¿Qué quiere decir con eso de que era la doble oficial? ¿Significaba, por ejemplo, que cuando no estaba Marilyn Monroe en su sitio... estaba Jane?

Julia resopló con sonoridad y, moviendo su cabeza a derecha e izquierda, continuó con su verborrea.

—¡Hombre, por fin lo has comprendido! La verdad es que eres un poco cortito de mollera, ¿eh? ¡Pues claro! ¿Tú no sabes que en el cine cuando Gary Cooper se caía del caballo, Gary Cooper no era el que se caía, sino que el que se daba el porrazo era su doble? Porque imagínate que Gary Cooper se cae y se rompe una pierna, o un brazo, o lo que sea. ¡La película se hubiera tenido que parar hasta Dios sabe cuándo. Pero ellos, los del cine, no sabían lo de la Jane. Yo, sí —finalizó con una sonrisa de autocomplacencia.

—¿¡Cómo, cómo, cómo! —La última frase de su “cotilla” le rompió a Dan todos sus esquemas mentales— ¿Cómo que los del cine no lo sabían...? No entiendo nada.

—¿Que no entiendes nada? Pues vaya. He visto a españoles mucho más listos que tú. ¡Pues está muy clarito, mi niño! Nadie sabía que Jane era la doble de Marilyn. ¿Lo has cogido ahora o te lo explico otra vez...? Venga, que te lo vuelvo a explicar. Mi Harry no sale de trabajar hasta las ocho y media de la tarde, así que tenemos tiempo por delante. Verás, la Jane...

—¡Un momento, señora Julia! —Foster cortó la nueva diarrea verbal de su interlocutora con las palmas de las manos en posición *destop*— ¿Cómo sabe usted que cuando no estaba Marilyn la auténtica, estaba Jane, la doble, y los de la película no se enteraban? ¿Se lo dijo ella?

—Cuando éramos amigas, ella me contó una parte, y Alba, su hija, hace unos años, no muchos, la otra. Pero tanto ella como su hija me pidieron que no dijera nada. Que era

un secreto. ¿Comprende?

De nuevo el atropellado relato de Julia Gallegos desestructuraba mentalmente al escritor. Había lidiado con muchos interlocutores enrevesados en su vida profesional, pero aquella mujer parlanchina y semigreñosa, el estereotipo de portera de inmueble de clase media que conoce la vida de todos los vecinos, le tenía desbordado con su caudaloso torrente informativo.

—A ver, Julia... ¿Ella, Jane, qué es lo que le contó?

—¡Todo! ¡Todito! Por ejemplo, que cuando Marilyn salía a cenar con alguien y no quería que la siguieran los periodistas, ella, es decir, la Jane, salía primero con uno de los vestidos o abrigos de la Marilyn y todos los reporteros se iban detrás de ella. ¿Comprendes, mi niño? Y cuando desaparecían los sabuesos..., a los periodistas se les llamaba, sobre todo en el cine, sabuesos, ¿tú sabías eso?

—¡Sí, sí! ¡Continúe, por favor!

—¡Ah, bueno! Pues eso, entonces ella, la Monroe, la de verdad, salía de su casa tan tranquila porque los sabuesos se habían ido con la Jane creyendo que era la Marilyn. Entonces, la actriz se iba a donde quería sin que nadie fuera detrás controlándola. ¿Te lo he explicado clarito o no te lo he explicado clarito?

—Esa parte, sí, pero ¿qué hay de lo que le contó la hija de Jane...? ¿Cómo me ha dicho que se llama?

—Alba... Pues Alba me dijo un día..., un día que estaba muy deprimida por la ausencia de su madre después de tantos años, que... —Julia bajó el tono de voz a la modulación de susurro, al tiempo que miraba en derredor— que en algunas escenas de las películas que interpretó la Monroe, la que estaba no era la Marilyn, sino la Jane. O sea, la madre de Alba. Y no lo sabía ni el mismísimo director.

Esta revelación de su entregada confidente, aclarando una información anterior, produjo en el ánimo del escritor sensaciones encontradas. ¿Estaba ante una cotilla de irrefrenable charlatanería y afán de protagonismo? ¿O ante una información que debía investigar por su posible implicación colateral en el caso Kennedy?

—¿Sabe usted dónde vive la hija de Jane...?

—¡Yo lo sé todo. ¿No te has dado cuenta todavía, mi niño? ¡Todo, todo! ¡Ay, si yo hubiera estudiado!

Al finalizar la conversación, tras acompañar a Julia a su casa, todavía acordonada para que pudiera trabajar la policía, Foster comenzó a caminar lentamente por Montana Averno. Al llegar a la esquina de ésta con San Remo, se detuvo y escribió un mensaje en su móvil, enviándolo de inmediato a Olivia Perry y a Lola Portal.

“Hay que aclarar la más que posible participación de Parker en la muerte de Marilyn Monroe, así como la relación de dicha muerte con el fraude de Dallas”.

CAPÍTULO OCTAVO

1

Al igual que hizo con el “asesinato” de Kennedy, Dan Foster consideró necesario tener a mano una narración sucinta de la muerte de la actriz Marilyn Monroe. Para ello, conectó la impresora HP al portátil, tecleó el nombre de la actriz en la web de Google y comenzó a imprimir todos los archivos que abría y le parecían interesantes. Sobre todo los reportajes con un planteamiento cronológico de los hechos y los que recogían las diversas hipótesis y teorías existentes en torno al fallecimiento de la mítica rubia platino.

A continuación comenzó a leer detenidamente las decenas de hojas impresas, subrayando con un iluminador amarillo los datos que le resultaban más relevantes. Efectuada esta labor de rastreo, pasó a estructurar un desarrollo que aglutinara los datos más fiables, aquéllos en los que coincidían la mayoría de los autores, como Truman Capote, Frank Capell, Luis Gasca y Norman Mailer entre otros, con el fin de obtener un sólido relato donde encajar los descubrimientos de su investigación.

A mediados de los años cincuenta, Marilyn Monroe se enamora del famoso dramaturgo Arthur Miller, conocido intelectual de ideología izquierdista. Al hacerse público el noviazgo, la actriz comienza a ser espiada por el Federal Bureau of Investigation, el FBI, entonces bajo la dirección del controvertido John Edgar Hoover. Al finalizar su relación matrimonial con Miller, el 20 de enero de 1961, Hoover decide mantener la vigilancia sobre Marilyn debido a sus amistades con personas relacionadas con la Mafia de la costa oeste, principalmente de los gangs de San Diego y Las Vegas.

Cuando John F. Kennedy es elegido presidente de Estados Unidos en 1960 y nombra secretario de Justicia a su hermano Robert, éste le hace saber a Hoover que desea regenerar los métodos de investigación tanto del FBI como de la CIA. Y sobre todo, reducir el gran poder autónomo que habían alcanzado ambos servicios de Inteligencia, supeditándolos al imperio de la ley y al control del Congreso.

Uno de los primeros puntos de fricción entre Bob Kennedy y Hoover radicaba en el espionaje a la intimidad de las personas. El secretario de Justicia era partidario de que sólo podía hacerse con la autorización de un juez, mientras el responsable de la policía federal opinaba que dicho planteamiento no era operativo, ya que había muchos delitos que no se podían perseguir sólo con la ley en la mano. A este primer choque entre ambos personajes siguieron otros y no tardaron en llegar a oídos de Hoover rumores de que Bob Kennedy planificaba relevarle en la dirección del FBI.

Ante la citada eventualidad, el máximo responsable de la inteligencia federal pone manos a la obra para blindarse contra su más que probable destitución y uno de sus más estrechos colaboradores, Clyde Tolsom, le facilita la coraza que necesitaba. En el abultado dossier sobre Marilyn Monroe existía una prueba fehaciente de que John F. Kennedy había tenido un encuentro amoroso con ella en un discreto hotel de Malibú. Este descubrimiento hace que Hoover refuerce el espionaje sobre la actriz para comprobar si el mencionado encuentro había sido sólo un hecho aislado o si existía una continuidad amorosa entre ambos personajes. Dicha investigación sentimental desveló pronto una larga relación, aunque intermitente, entre el entonces presidente y la “muñeca” platino más famosa de Hollywood.

Los encuentros sexuales se remontaban a principios de los años cincuenta, cuando el joven Kennedy compartía apartamento en Los Ángeles con un actor de segunda fila

que le introdujo en el mundillo de la Meca del Cine. El que luego sería primer mandatario de Estados Unidos comenzó a moverse por aquel tiempo en el turbio ambiente de los chicos y chicas que aspiraban a convertirse en astros y estrellas del celuloide. Muchos de ellos, la mayoría, pasaban por el “casting-couch”, el “reparto-sofá”, frase que encerraba los favores sexuales que todos, sin excepción, tenían que prestar a quienes podían conseguirles un papelito en alguna producción. O lo que es lo mismo, trabajo a cambio de sexo.

Marilyn Monroe, como la mayoría de los jóvenes soñadores de la gloria filmica, tuvo que someterse a la citada esclavitud sexual en bastantes ocasiones hasta que firmó el contrato para actuar en “La jungla de asfalto”, un film de 1950 dirigido por John Huston; momento en el que pronunció una célebre frase que definía tanto su vida hasta entonces como la sordidez de los años dorados de Hollywood: “That’s the last cock i’ll have to suck” (“Ésta es la última polla que voy a tener que chupar”).

Kennedy y Marilyn se conocen por vez primera en el estreno de “Monkey Business”, película dirigida en 1952 por Howard Hawks, en la que la actriz interpretaba el papel de Lois Laurel, la despampanante secretaria del jefe del doctor Fulton, personaje protagonista a cargo de Gary Grant. Tras los festejos del estreno, John y Marilyn finalizaron la noche tomando unas copas en la cafetería Malibú Cottage y haciendo el amor en el apartamento que el joven Kennedy compartía con su amigo el actor.

Desde entonces, los encuentros se hacen relativamente frecuentes hasta que John, familiarmente llamado Jack, abandona California y se traslada a la Costa Este para casarse con su novia oficial, Jacqueline Bouvier, y lanzar su carrera política desde el triángulo Massachusetts-Washington-Nueva York. A pesar del matrimonio y de la gran distancia geográfica, John y Marilyn se ven de vez en cuando porque el joven político viaja de manera esporádica a Los Ángeles, tanto por su carrera gubernamental como por negocios familiares. En casi todos estos viajes, Kennedy aparece por la casa de su cuñado, el actor Peter Lawford, casado con su hermana Pat. Siempre que esto ocurría, Lawford buscaba la manera de quitar a su esposa del medio para poder organizar fiestas-orgías con jóvenes actrices de Hollywood a las que Marilyn solía asistir.

Tras ganar las elecciones presidenciales en 1960, John continúa viéndose de manera furtiva con la actriz, convertida ya en una estrella rutilante de Hollywood; casi siempre en algún hotel neoyorkino, aunque hay investigadores que sitúan los encuentros en la propia Casa Blanca cuando no estaba Jacqueline e, incluso, viajando de incógnito en el Air Force One, el avión oficial del presidente.

Durante un tiempo, Marilyn sueña con ser primera dama en la Casa Blanca, como Kennedy le había prometido varias veces; pero poco a poco se va convenciendo de que es una más de las numerosas amantes que Jack tiene y rompe con él en febrero del 62, durante una de las orgías en la casa de Lawford. A consecuencia de esta ruptura, la actriz sufre un ataque de histeria y termina llorando en la playa de Malibú sobre el hombro de Bob Kennedy, quien a partir de entonces ocupará el lugar de su hermano en la cama de Marilyn, aunque ésta no olvidará nunca a Jack.

La actriz no vuelve a tener contacto con el presidente hasta el histórico minuto en el que la rubia platino felicita a John en la celebración de su 45 cumpleaños, el 18 de mayo de 1962, ante diecisiete mil asistentes al Madison Square Garden de Nueva York. Embutida en un espectacular traje blanco de su modisto y amigo Jean Louis, interpreta a ritmo de alcohol el “Happy birthday, Mister President”, felicitación a la que responde Kennedy con una frase que hizo reír y romper en aplausos a todos los demócratas presentes en el estadio neoyorquino:

—Ahora que una chica tan dulce y atractiva como Marilyn me ha deseado este maravilloso feliz cumpleaños, ya puedo retirarme de la política.

El citado acto fue el último intento de la actriz para que Jack volviera a sus brazos, se divorciara y se casara con ella.

El silencio que siguió a aquel día de mayo por parte del presidente desequilibra aún más el ánimo de la actriz, ya de por sí bastante débil y con rasgos esquizofrénicos, fruto de una herencia genética transmitida por su madre quien fallecería en un centro psiquiátrico. Violada en la infancia por su padrastro, vejada sexualmente por productores, directores y jefes de casting en sus comienzos hollywoodienses, desquiciada por sus continuas aventuras amorosas y por varios abortos, en el ánimo de Norma Jeanne Mortenson, para el cine Marilyn Monroe, se fue inoculando un pensamiento demoledor: lo único de valor que tenía para los demás eran sus pechos y su vagina.

Los éxitos de sus películas, los aplausos del público, la admiración de las mujeres y la adoración de los hombres, sólo poseían valor para ella cuando se hallaba fuera de casa o en compañía de sus amigos y amigas. Al quedarse sola, cuando se introducía entre las sábanas y apagaba la luz, no podía dormir pensando que sólo era el soporte de unos senos hipnotizadores y un sexo ambicionado. Por este motivo comienza a necesitar barbitúricos, cada vez más abundantes, para que el sueño ahuyente los lacerantes pensamientos que atormentan todas las noches su ánimo y que, cada vez con más frecuencia, la hunden en el profundo y oscuro pozo de la depresión.

La relación de Marilyn con Bob Kennedy, con la que Edgar Hoover se frotaba las manos porque lo tenía "cogido por los huevos y nunca mejor dicho", frase que utilizaba con frecuencia ante sus íntimos colaboradores, había comenzado en febrero pero tampoco funciona. No puede fructificar porque lo que Marilyn sueña y desea es convertirse en su esposa y esto, como en el caso de Jack, era moral, política y socialmente imposible por los cargos de responsabilidad política que ocupaban ambos hermanos.

La actriz enferma de continuas bajadas de ánimo, cada día peor que el anterior, y se pone en manos del doctor Raph Greenson, un psiquiatra que le receta un tratamiento antidepresivo intensivo junto con una elevada dosis de "Nembutal" para poder dormir. Su situación psicológica se complica al ser despedida el 2 de junio del rodaje de la película "Something's got to give", remake de un film de 1939 titulado "My Favorite Wife". Tenía como director a George Cukor, como partenaire masculino a Dean Martin y estaba producida por la poderosa 20th Century Fox. Un despido causado por sus cambiantes estados de ánimo y, sobre todo, por haber faltado al estudio doce de los cuarenta y dos días que llevaban rodando.

Hacia mediados de julio es ingresada en el hospital "Cedars of Lebanon" y el FBI obtiene información fidedigna de que se debe a un aborto espontáneo. A finales de dicho mes, el 26, durante una larga conversación telefónica con Bob Kennedy, le plantea que cumpla su promesa de divorciarse de su esposa y casarse con ella. El entonces ministro de Justicia se sacude la presión aduciendo, una vez más, que debían esperar un tiempo hasta encontrar el momento oportuno, excusa que genera en la actriz una aguda recaída en su ya grave depresión.

Y llega el fatídico sábado 4 de agosto, en el 12.305 de Fifth Helena Drive, una casa de una sola planta con jardín y piscina de arquitectura latina, más un bungalow anexo como zona de invitados. Marilyn la había comprado hacía pocos meses y andaba en obras para acondicionarla a su gusto; era un lugar muy tranquilo, sólo había dos inmuebles más en la calle y, al mismo tiempo, se hallaba muy cerca de Sunset Boulevard, la gran arteria de Los Ángeles.

08:45. La actriz se despierta tras haber dormido apenas tres horas en toda la noche, llena la bañera y se sumerge en agua tibia.

09:55. Se levanta Pat Newcomb, su agente artística, quien se había quedado a dormir la noche anterior en el bungalow de invitados; ambas mujeres habían estado conversando en el jardín hasta las dos de la madrugada sobre su más que posible

ruptura con Bob Kennedy.

10:15. Marilyn y Pat desayunan pausadamente al borde de la piscina mientras "Maf", el perro de la actriz, merodea por sus pies dándole afecto con sus lamidos.

10:30. Llega Eunice Murray, la sirvienta, quien dormía habitualmente en su piso, salvo cuando la actriz no se encontraba bien y le pedía que se quedara.

11:20. Pat y Marilyn abandonan juntas la casa. La primera toma un taxi y la estrella camina hasta la consulta de su médico personal, el doctor Hymann Engelberg, para que le firme una receta de "Nembutal". Luego se dirige a una farmacia de San Vicente Boulevard, compra el citado barbitúrico y regresa a casa.

13:40. Un fotógrafo apellidado Schiller se presenta en Fifth Helena Drive sin cita previa. Habla con Marilyn sobre un posible contrato para publicar una sesión de fotos en la revista "Play-Boy". Le remite a Pat Newcomb para que ultime con ella los detalles.

14:25. Eunice, la sirvienta, le sirve una sopa de verduras y un pescado hervido; Marilyn rechaza ambos platos y sólo accede a morder dos veces una manzana de piel púrpura.

14:55. Toma asiento en una hamaca del jardín con "Maf" en su regazo. Mientras lo acaricia, le entra un ligero sopor.

15:15. Suena el teléfono. Es Bob Kennedy, quien le dice que se encuentra en San Francisco y por la tarde volará a Los Ángeles. Habla con él durante casi una hora. Termina colgándole enfadada y rompe a llorar. Eunice llama al psiquiatra.

16:50. Llega el doctor Greenson. La encuentra muy alterada por la llamada anterior y le suministra un tranquilizante, recomendándole encarecidamente dar un largo paseo. Marilyn le promete que lo hará pero luego no le obedece.

17:00. Le telefonea el hijo de Joe DiMaggio, su tercer marido, para contarle que ha roto con su novia. Marilyn le da algunos consejos y se interesa por su padre.

17:30. Llama a Pat Newcomb en relación al contrato de la sesión de fotos para "Play-Boy". Pat le informa que no lo firmará hasta conseguir más dinero.

18:30. Recorre con Eunice el estado de las obras de acondicionamiento de la casa, deteniéndose de manera especial en el cuarto de baño del dormitorio principal.

20:00. Recibe y efectúa varias llamadas desde los dos teléfonos que hay en la vivienda, uno en el salón sobre una mesita y otro de pared cerca de la cocina.

22:00. La sirvienta intenta que Marilyn cene algo de pescado, pero ella se niega; tiene perdido por completo el apetito y sólo toma unas cucharadas de yogurt.

23:00. Elizabeth y Betty Pollard, madre e hija respectivamente, vecinas de la actriz, ven llegar a Robert Kennedy y Peter Lawford junto a un desconocido. Se marchan, más o menos, una hora después. Esta información también es corroborada por otros vecinos: el matrimonio Landau.

24:00. La actriz desconecta el teléfono del salón y se lo lleva al dormitorio. Antes se despide de Eunice, quien le informa que se quedará a dormir allí por indicación del doctor Greenson. A Marilyn le parece bien. Efectúa más llamadas.

01:00 a 02:30. Domingo, 5 de agosto. Silencio absoluto en la casa.

02:30. El timbre del segundo teléfono, el de pared situado en las proximidades de la cocina, despierta a la sirvienta. Es el doctor Greenson preguntando por el estado de la actriz. Eunice se acerca a su habitación, da unos golpecitos en la puerta y, al no obtener respuesta alguna, regresa al auricular y comunica al psiquiatra que Marilyn está dormida.

03:20. Eunice Murray se despierta de nuevo, ahora con necesidad de ir al baño. Al salir de éste, alumbrada por la luz que penetra a través de las ventanas, se acerca a la alcoba de la dueña de la casa. Gracias a la oscuridad detecta una clara línea de luz debajo de la puerta. Golpea con los nudillos y, al no obtener respuesta, extrañada porque sabía perfectamente que la actriz no dormía nunca con la luz encendida, intenta abrir la puerta. Le resulta imposible al estar cerrada por dentro. Sale al jardín, rodea la casa y se asoma por el ventanal del dormitorio. La ve desnuda, bocabajo sobre las

sábanas, ligeramente en diagonal a la cama, y empuñando el teléfono con una mano.
03:25. La sirvienta telefonea al doctor Greeson, quien se presenta en la casa apenas diez minutos más tarde. Con unas tenazas de la chimenea rompe los cristales de la ventana desde el jardín, penetra en el dormitorio y, al intentar voltear a Marilyn, detecta por su frialdad y rigidez que la joven se halla en "rigor mortis". Eunice, que ha entrado tras él, rompe a llorar. En el suelo hay varios discos de Sinatra, su diario de tapas rojas abierto y una nota a medio escribir para Joe DiMaggio. Inmediatamente, en un intento desesperado de reanimarla, Greeson le inyecta adrenalina directamente en el corazón. Todo es inútil.

03:55. A requerimiento del psiquiatra, llega su médico personal, el doctor Engelberg, quien no puede hacer otra cosa que certificar la defunción y avisar a la policía.

04:10. Jack Clemmons, sargento de la comisaría Oeste de Los Ángeles, aparece en compañía de dos agentes. Ambos médicos aventuran la posibilidad de un suicidio. El frasco vacío de "Nembutal" sobre la mesita de noche, recetado la mañana anterior por el doctor Engelberg, así parece atestiguarlo.

04:45. Termina la elaboración del atestado policial. Aparece en la casa un tal Brian Nelson, agente del FBI, quien releva al sargento Clemmons de la investigación, no sin la oposición de éste, y califica el expediente nº 62-B-10-144 de "materia estrictamente reservada".

07:05. El cuerpo de la extinta actriz sale en un furgón mortuario para el "Hall of Justice" de Los Ángeles, cayendo el expediente en manos del juez Theodore Curphey.

10:30. El "coroner" Thomas Noguchi, junto a su neófito ayudante, Lyonell Grandison, da comienzo a la autopsia del cadáver por orden del citado magistrado. Dura casi tres horas. El cadáver posee en el colon restos de sedantes quince veces superior a lo tolerable.

"Aparente suicidio por ingestión masiva de barbitúricos" es la conclusión del forense.

Día 6 de agosto. Lunes:

Joe DiMaggio, el ex marido de Marilyn, su ángel custodio en los últimos años, se ocupa del funeral al que sólo son invitados una veintena de personas, prohibiendo expresamente la asistencia a los miembros del clan Sinatra y a los jefes mafiosos de San Diego y Las Vegas. Tras cantar todos los presentes el tema "Over the rainbow", famoso por la película "El mago de Oz", el féretro de la "diosa del sexo", de la "rubia platino de Hollywood", de "la mujer más deseada del mundo", es depositado en un nicho del Westwood Memorial Park, corridor of Memories, 24, de Los Ángeles.

Estructurado este relato oficioso de los hechos, Dan Foster prestó atención a una serie de notas que tenía apuntadas en su bloc de trabajo.

La versión oficial de suicidio, así lo dictaminó la autopsia, era admitida por la mayoría de los autores que habían publicado libros o reportajes sobre la muerte de Marilyn Monroe. Sin embargo, un grupo de investigadores, pequeño pero significativo, defendía la teoría del "suicidio inducido". Todos ellos apuntaban, con más o menos matices, a una serie de hechos premeditados para desequilibrar psicológicamente a una persona que se sabía débil, con el fin de conducirla a tomar la fatal determinación de tragarse un tubo entero de barbitúricos.

Por otra parte, un considerable grupo de estudiosos del tema, sobre todo a partir de los años ochenta, optaba por la hipótesis del crimen directo. Existía un buen número de datos para avalar la idea de que la actriz más famosa de la historia del cine pudiera haber sido asesinada bajo la apariencia de un suicidio. Razones no les faltaban a estos autores a raíz de diversos hechos que se comenzaron a conocer de manera desperdigada en los meses y años siguientes a su muerte:

? De la casa desaparecieron su diario, su agenda de teléfonos y, de la central telefónica, los registros y las facturas de las dos líneas que tenía en su domicilio.

? El sargento Jack Clemmons fue expulsado de la policía de Los Ángeles a finales de los años 60. La causa: haberle comentado a un periodista que, al principio, pensó que era un suicidio, pero que “cada día que pasaba se reafirmaba más en la idea de que fue un crimen”. Apuntaba como encubridor del mismo a Brian Nelson, el agente del FBI que le apartó del caso la misma noche de los hechos.

? Pat Newcomb, la agente de la actriz, la persona que mejor conocía todos los secretos de Marilyn, desapareció de California al día siguiente del entierro. Poco tiempo después fue contratada por una agencia gubernamental de la administración Kennedy.

? Las personas que se suicidan con barbitúricos mueren entre vómitos y grandes espasmos. Nada de esto existió en el fallecimiento de Marilyn Monroe.

? Un helicóptero sobrevoló aquella noche varias veces la zona de Carmelina Street, entre San Vicente y Sunset Boulevard. Aterrizó y despegó en tres ocasiones, utilizando para ello el jardín de la casa de Peter Lawford en la playa de Malibú, una zona no demasiado alejada de Brentwood.

? Uno de los dos agentes que llegaron con el sargento Clemmons reconoció años después que el cuerpo de Marilyn tenía los típicos moratones de “alguien que se ha resistido con todas sus fuerzas a ser violentada a hacer algo”.

? Durante el entierro de la ya mítica estrella, todas las fotos de la autopsia desaparecieron de la morgue de Los Ángeles. Alguien las robó de un archivo cerrado con llave en el despacho del forense Thomas Noguchi.

Y como éstas, un sinnúmero de irregularidades más que avalaba en gran medida la teoría del asesinato. Esta hipótesis se vería fortalecida, además, por las declaraciones de varios amigos de la estrella: Ralph Roberts, su masajista; sus confidentes, el matrimonio Strasberg; su íntima amiga Jeanne Carmen y, sobre todo, por Robert Slatzer, un escritor con el que Marilyn estuvo casada sólo unos días en 1953. Este ex marido, con quien siempre le unió una buena relación, declaró y escribió en varias ocasiones que la actriz pensaba convocar una rueda de prensa para revelar a todo el mundo secretos que le habían contado en la cama los hermanos Kennedy; según el citado escritor, esta amenaza desencadenó el asesinato de la actriz.

John y Robert, aparte de no ser castos ni cautos, con frecuencia resultaban demasiado lenguaraces. Según varios biógrafos de la estrella, ambos hermanos alardearon en su cama de decisiones políticas, militares y administrativas que iban a tomar, o bien hablaban de asuntos de estado por teléfono delante de ella sin ninguna discreción.

Esta hipótesis del asesinato, con el paso de los años, comenzó a apuntar políticamente hacia la Casa Blanca. De ello se encargó el núcleo duro del propio partido demócrata que auspició un libro firmado por Frank Capell donde, apoyándose en archivos del FBI, se aportaban fechas, lugares y testigos de la relación de los hermanos Kennedy con la malograda actriz. La tesis del libro la entendía cualquier coeficiente intelectual: si Marilyn cumplía su amenaza de contar cuándo, dónde y cuántas veces se había acostado con John y Bob, si amenazaba con revelar secretos de Estado como, por ejemplo, la existencia de un plan de la CIA para asesinar a Fidel Castro, estaba claro que la actriz constituía un serio peligro para la estabilidad del gobierno americano. Su muerte, desde el punto de vista de la razón de estado, se hallaba plenamente justificada.

¿Quién la mató? ¿La CIA? ¿El FBI? ¿El Servicio Secreto de la Casa Blanca...? ¿Y por qué no todos estos estamentos a través del doctor Ralph Greenson, mediante una sobredosis de barbitúricos con el complemento de un enema que alojó en sus intestinos una elevada dosis de “Fenobarbital”?

René Fontaine, el editor de Gallimard, le dijo textualmente:

—De entrada, no vamos a participar en el libro sobre Kennedy. Mi presidente no es partidario de adelantar dinero para una obra tan inconcreta, no sólo en su contenido sino también en la fecha de publicación.

Lola Portal quedó tan desconcertada al oír lo anterior que optó por no argumentar nada en contrario y despedirse de su interlocutor agradeciéndole con monosílabos la atención prestada.

Mario Campitelli, de Random House Mondadori, se excusó con una gélida explicación:

—El adelanto que pedís es excesivo. Mi comité de dirección necesita un amplio informe, de al menos cincuenta páginas, para poder estudiar con más detenimiento la propuesta.

Si en la primera llamada quedó descolocada, la indignación que incendió su ánimo con la segunda estuvo a punto de llevarle a soltar un exabrupto a su interlocutor. Su prudencia mercantil le frenó para no pegar un portazo que cerraría definitivamente las negociaciones con el gigante de la edición europea. Al igual que con el representante de Gallimard, optó por una despedida diplomática.

Tampoco fue positiva la llamada de la inglesa Dorothy Jackson, de Penguin. Su argumentación, similar a las dos anteriores, careció igualmente de términos convincentes.

—No ha existido unanimidad en el comité de dirección. Estudiaremos el tema en una próxima reunión y volveremos a ponernos en contacto con usted.

Y por último, Alexander Romatov, de Astral-SPb, le expuso desde San Petersburgo:

—Señorita Portal, nos hallamos en proceso de fusión con una editorial china y mi jefe me ha ordenado que, hasta que no se establezca la nueva empresa que va a nacer, no quiere oír hablar de nuevos proyectos.

La reacción de la editora catalana a tan pobres argumentaciones fue poliédrica: decepción, desconcierto, indignación, incredulidad. Pero, sobre todo, percibía una sensación alarmante de que había algo en todo aquel asunto que le sobrepasaba, que estaba fuera de su alcance. Esta inquietud se transmutó en miedo real al unir las cuatro negativas de los editores extranjeros a la extraña actitud de su amiga, o “presunta amiga”, la agente literaria alemana.

Pensó en telefonar a Silke Klismann para pedirle una explicación por la extraña similitud de su postura con la de los cuatro ejecutivos. No lo hizo porque en sus circuitos cerebrales comenzó a anidar el oscuro pájaro de la sospecha; ese cuervo siniestro que, cuando empieza a revolotear, nunca se sabe dónde puede posarse.

Tras informar a Dan Foster de que a ninguno de los cuatro editores le interesaba el libro, el escritor emitió un rugido telefónico en forma de pregunta pasada de decibelios guturales.

—¡¡Quééé...!! ¡Cómo que no!

—¿Tú lo entiendes? ¡Pues yo tampoco!

—¡Lola, no estoy para bromas!

—Te estoy diciendo la verdad, Dan —La editora estalló por fin tras varias horas de controlar a duras penas el colérico volcán de su carácter—. ¡Me han dado ganas de mandarlos a todos a la puta mierda, pero me he tenido que morder mi puta lengua para no cerrarme las puertas de esas putas editoriales! ¿Y sabes lo que peor me ha sentado...? ¡Mi amiguita Silke! ¡La capulla a la que acudí primero! ¡La madre que la parió! ¡Así se la folle un orangután!

—Venga, tranquilízate. Aquí hay algo que no cuadra y tenemos que averiguar qué es.

—¿Tranquilizarme? ¡Y una leche! ¡Cuando esos cinco imbéciles se pongan de rodillas

ante mí ofreciéndome un cheque en blanco, entonces me tranquilizaré! ¡Serán hijos de puta los cabrones!

Lola había empuñado ya su ametralladora dialéctica y disparaba en todas direcciones. La tensión acumulada en los meses transcurridos desde la muerte de su sobrina, así como su participación en la investigación del asunto JFK, erupcionó brutalmente creando un candente río de lava con el que, de manera inconsciente, pretendía conjurar sus demonios profesionales y personales.

—¡O son unos analfabetos, o unos mamelucos, o unos güevones, o las tres cosas a la vez!

—¡Lola, para ya, mujer!

—¡Menudos cinco capullos!

—¿Te has desahogado ya?

—¡¡¡Noooooooo!!!

—¡Pues, coño, suelta de una vez todo lo que te quede que podamos hablar! —le urgió Foster, perplejo por completo ante la furia que vomitaba la turbina bucal de su interlocutora.

—¡Me quedan dos cosas: cagarme en sus muertos y mandarlos a todos a tomar por culo, incluida la capo alemana ésa de la Klismann!

—¿Ya?

—¡Ponemos en sus manos el éxito del siglo, el negocio de sus vidas, y vienen con una sarta de mamonadas! ¡Pues nada, lo editaré yo sola! ¡Con dos cojones!

—Será con dos ovarios, ¿no? —le corrigió su autor preferido echando mano de su gran sentido de la ironía para diluir la encabritada indignación de la directora y propietaria de la editorial Diamante.

Ante la puntualización del escritor, la cólera de Lola quebró por la vertical cómica de la situación. Soltó una carcajada que se prolongó en un espasmódico ataque de risa, y éste derivó en un fuerte golpe de tos. Cuando consiguió controlarlo, con su correspondiente expulsión de flema, entró en una calma casi absoluta.

—¡Uff, qué relax! Lo siento, Dan, pero cuando necesito explotar, exploto. Ya sabes cómo soy. Venga, vamos a hablar...

A petición de Foster, la editora comenzó a desgranar sus mil elucubraciones ante el insólito rechazo a la propuesta del libro. Algo inimaginable ya que la obra revelaba al mundo un fraude histórico de magnitud inconmensurable.

—Entiendo tu cabreo, pero cuando uno se encuentra ante una situación tan absurda como ésta, hay que sentarse a reflexionar e intentar desentrañar las causas.

—¿Qué razón coherente puede haber para rechazar un bombazo editorial con una venta estimada de cincuenta millones de ejemplares, como mínimo, en todo el mundo?

—¡Perfecta la formulación! ¡De película! ¡Respóndete a ti misma! —le devolvió Foster la cuestión.

—Me rindo. Yo no le he encontrado ningún sentido, y eso que me he comido el coco como una loca.

—Yo tampoco tengo la respuesta concreta, pero intuyo por dónde puede andar.

—¡Pues venga, listorro, suelta lo que piensas!

—Sólo se me ocurre una razón que tenga una cierta coherencia... Alguien... Alguien muy importante ha ordenado que el libro no se publique.

—¿Cómo dices? —Exclamó Lola incrédula— No estamos en Estados Unidos, sino en Europa, en España. Aquí no pasan esas cosas.

—No hay otra explicación. Si la encuentras tú, llámame.

—¿Te estás refiriendo a...*Arcanum*?

—Por supuesto, querida.

Setenta y tres horas después del entierro de Paul Wagner, Dan se sentaba frente a Alba, la hija del difunto. Concertar la cita le fue relativamente fácil ya que, al finalizar el sepelio y recibidas las condolencias de rigor de familiares, vecinos y amigos, Foster se quedó rezagado para solicitarle una entrevista. Se presentó como un escritor de investigación que poseía datos muy importantes sobre el asesinato de su padre y quedaron en verse dos días más tarde.

La policía ya le había adelantado a la señorita Wagner que podría tratarse de un atentado tras los restos examinados por los expertos en explosivos; en concreto, apuntaban a una bomba confeccionada con unos ochocientos gramos de dinamita prensada. Sobre esta fundada hipótesis de la policía, a Dan Foster no le fue difícil convencer a Alba de que detrás del asesinato de su padre se hallaba el mismo hombre que había enviado al otro mundo a dos buenas amigas del mismo, Hillary Sontag y Brian Nelson, aunque el *modus operandi* en estos casos había sido diferente.

Alba tenía cuarenta y ocho años y una delgadez rayana en la anorexia; rostro pecoso, ojos marrones de perfil caucásico y labios ligeramente amoratados. Regentaba en Beverly Hills un centro de *Natur House* en el que cada día atendía a numerosas mujeres, la mayoría próximas a la menopausia, obsesionadas con alargar en lo posible su figura más o menos esbelta.

—Pero, ¿por qué...? ¿Por qué lo han matado? ¿Qué ha hecho mi padre?

Se encontraban en la trastienda del negocio, un local comercial en Olimpia Boulevard con un amplio escaparate a la calle. Se trataba de un almacén con todas las paredes llenas de estanterías donde, perfectamente ordenadas, había numerosas cajas de *Depuril, Levanta, Redovaty Dredanat*, los milagros en los que confiaban centenares de miles de mujeres en todo el mundo para intentar no avergonzarse de su físico.

—Ésa es la pregunta a la que quiero que usted me ayude a responder.

—¿Yo? ¿Cómo?

—Contándome todo lo que sepa sobre la desaparición de su madre y su relación en el pasado con Marilyn Monroe.

—¿Qué? —El semblante de Alba Wagner se tensó súbitamente por el relámpago de la sorpresa— ¿Qué tiene que ver eso con la muerte..., con el asesinato de mi padre?

—Planteó tras una inquisitiva mirada impregnada de un significativo silencio. Y, a continuación, le informó con la prevención aleteando en cada una de sus palabras—: Señor, mi madre está muerta... Hace muchos años...

—¿Muerta? —Foster acusó el impacto de la noticia con varios y significativos pliegues de su frente— Me habían dicho que...

—Le han contado lo que mi padre quiso en su momento que se supiera. Mamá nunca lo dejó por otro hombre. Eso es lo que él quiso que se difundiera.

—Debió tener una poderosa, una poderosísima razón para adjudicarse a sí mismo la categoría de “cornudo”, y perdóneme la expresión.

—Existía esa poderosa razón...

Ante el silencio de su interlocutora, Dan volvió a la carga.

—Perdone que insista. ¿Qué relación tuvo su madre, o su padre y su madre, con la actriz Marilyn Monroe?

Alba apartó la mirada de su interlocutor, muy nerviosa y con el miedo incubado en los ojos.

—¿Qué sabe usted sobre ese tema? —terminó preguntando mientras reptaba con la mirada por el suelo enlosado de la estancia.

—Me han contado que era su doble y que le servía de cebo para despistar a los sabuesos que la seguían a todas horas... Pero tiene que haber algo más importante. Algo mucho más trascendente que esa labor de despiste.

—Señor Foster, comprendo su interés... Entiendo que quiera escribir un libro... Pero lo que yo conozco sólo se lo contaré a la policía, y exclusivamente en el caso de que sea necesario.

De inmediato, todas las alarmas se dispararon en la cabeza de Dan al escuchar el lógico razonamiento de la hija del finado. Y, una vez más, el bien entrenado engranaje de su cerebro generó la respuesta adecuada en apenas tres segundos.

—Alba, si cuenta lo que sabe a la policía, firmaría usted su sentencia de muerte.

—¿Cómo...? ¿Qué quiere decir? —se alarmó la joven con una amalgama de sorpresa, miedo e incredulidad a la vez.

—Que la matarían por la misma razón que han asesinado a su padre. ¿Ha oído hablar alguna vez de los secretos de estado?

—En las películas.

—Aunque no tengo todavía la certeza total, creo que la muerte de Marilyn Monroe está protegida por un secreto de estado. Y eso significa que todo aquel que conoce ese secreto sin estar autorizado para ello, se encuentra en peligro de muerte. Lo ocurrido a su padre es un ejemplo muy claro de lo que le estoy explicando.

La argumentación de Foster, en principio, había surtido efecto. La señorita Wagner, tras varios segundos de taladrar con la mirada la frente del escritor, cerró con suavidad los ojos sumiéndose en una profunda meditación. La finalizó un minuto después y, sin levantar el maquillado telón de sus párpados, le pidió:

—Déjeme reflexionar algún tiempo... Por favor...

4

Charles Williams tenía elevados conocimientos de informática, sobre todo en la rama de seguridad y encriptación. Precisamente por ello, algunas informaciones no las guardaba en ningún archivo cibernético de la red general de la CIA, ni tampoco de la intranet del departamento de Asuntos Internos. Ni siquiera las custodiaba en su portátil personal. Sabía que la informática no era segura al cien por cien, como se demostraba cada año en Las Vegas durante la convención de *hackers* conocida como *Defcon*.

El GRCC, *Government Reports Confidential Character* (Informes Confidenciales de Personajes Gubernamentales), una sección especial adscrita al departamento de Williams, no encriptaba sus documentos en ningún sistema binario. Se depositaban en carpetas convencionales de archivadores metálicos y éstos se alojaban en una cámara acorazada ubicada en el segundo sótano del edificio nuevo de Langley, no muy lejos de *Kriptos*, el emblema de la agencia, una escultura ondulada de James Sanborn que contiene en su superficie numerosos mensajes cifrados.

En dichos archivadores existían seiscientos cincuenta y tres expedientes abiertos a políticos norteamericanos de rango superior a subsecretario de estado. La mayoría de ellos albergaban, sobre todo, informaciones comprometedoras relacionadas con infidelidades conyugales, consumo de drogas, oscuras operaciones inmobiliarias, aceptación de sobornos, financiaciones irregulares de campañas electorales y adicciones sexuales de rango parafilico.

El hecho de que toda esta información no estuviera procesada en el disco duro de un ordenador, algo insólito en pleno siglo XXI, por paradójico que pareciera le confería un plus de seguridad. Trabajar con aquellas carpetas obligaba a dedicarles mucho tiempo ya que exigían un proceso necesariamente manual. Existía una lista, más o menos alfabética, con el nombre del protagonista de cada expediente al que se le había asignado un número, pero dicha relación era muy defectuosa por estar manuscrita, con bastantes tachaduras y con grafías muy difíciles de descifrar a veces. En resumen, extraer cualquier documentación del GRCC necesitaba un trabajo concienzudo y

mucho tiempo, dos factores que jugaban por completo en contra de cualquier furtivo, razón por la cual los expedientes sólo eran accesibles para personas debidamente autorizadas.

Charles Williams respiró con profundidad para armarse de paciencia antes de poner manos a la obra. Necesitaba encontrar alguna información comprometedor para alguien del departamento de Defensa relacionado con la red *Arcanum*, un trabajo complejo que le podía llevar un día, una semana, meses, o lo más probable, una lamentable pérdida de tiempo.

Como punto de arranque, y no era poco, tenía los cinco nombres claves del Pentágono, una especie de “patronato” al que rendía cuentas *Julius III*. Dado que la lista alfabética manuscrita no era fiable, comenzó a escudriñar expediente tras expediente para ver si alguno coincidía con los cinco nombres y cargos consignados en su bloc de notas. Durante esta pesada labor decidió que debía elaborarse una lista de todos los documentos con un concienzudo orden alfabético y su correspondiente número de orden; estaba bien la idea de no encriptarlos informáticamente, pero carecer de un listado alfabético sin errores rozaba el tercermundismo.

En una carpeta había información sobre Ralph Haller, uno de los subsecretarios de Defensa. Se lanzó con avidez sobre su contenido pero enseguida sufrió una rápida decepción. Se trataba de una *affaire* de escasa monta. El tal Haller había dejado varias mensualidades impagadas en una comunidad de vecinos y atesoraba cuatro denuncias de tráfico y una detención de unas horas por conducir ebrio. Nada en realidad importante para lo que buscaba.

Sobre otro miembro del “patronato”, Barry Logan, aleteaban rumores de haber diseñado personalmente sofisticadas torturas para los presos islamistas confinados en la cárcel de Guantánamo; sin embargo, la falta de pruebas fehacientes le hizo cerrar el expediente.

Williams prosiguió con la labor durante varios días más, no a jornada completa, y su tenacidad quedó recompensada cuatrocientas veintisiete carpetas después. Francis Brown, cuarenta y ocho años, otro subsecretario del Pentágono, tenía abierto también expediente y el motivo no era nada baladí. De inmediato, telefoneó a su antigua compañera sentimental.

—¡Lo tengo, Oli! Nos vemos en el Lincoln Memorial, a las nueve.

—¿Me puedes adelantar de qué va?

—No. Pero ¡bingo! Hará todo cuanto le pidas.

—Me lo imagino, sexo. No puede ser otra cosa que sexo, ¿verdad?

—¿Cómo lo has averiguado?

—¡A los hombres siempre se os agarra por el mismo sitio! ¡Y nunca mejor dicho!

5

Jane, mi esposa, mi muy querida esposa, poseía un extraordinario parecido con Marilyn Monroe. Prueba de ello era que, cada vez que se presentaba a un concurso de dobles de la famosa estrella, tanto en Los Ángeles como en otras ciudades de California, siempre era elegida ganadora. Estos premios culminaron el día que la propia actriz presidió el jurado de un certamen de “Marilyns” que se celebró en noviembre del 58 en las fiestas del barrio angelino de Fashion District, donde mi mujer la dejó boquiabierta. Según ella, era una auténtica hermana gemela suya; idénticas como dos gotas de agua.

Un mes y pico más tarde, por Navidad, Jane recibió una llamada de Marilyn Monroe. Quería hablar con mi esposa y conmigo. Nos invitó a su casa, entonces vivía de alquiler en un pequeño bungalow de la playa de Santa Mónica, y mientras tomábamos un

té con pastas en el salón nos explicó el motivo de la llamada:

—No sé si os habéis dado cuenta al llegar, pero hay un hombre dentro de un coche aparcado en la acera de enfrente. Está esperando que yo salga para seguirme y, luego, contarle a quien le paga, que no sé quién es, a dónde voy y con quién me veo. Por el día suele haber uno o dos, pero de noche a veces hay hasta cinco coches esperándome. Y así un día y otro y otro. ¡Es horrible!

—¡Madre mía, eso no es vivir! —comentó mi esposa boquiabierta por la revelación.

—Precisamente por eso he querido hablar con vosotros... Tu gran parecido conmigo me ha dado una idea...

Marilyn nos propuso que, cuando ella lo necesitara, Jane actuara de cebo para despistar a los sabuesos que la perseguían día y noche. El truco consistía en que mi mujer llegara a su casa con una peluca negra, gafas de sol y un pañuelo en la cabeza. Dentro se maquillaría y peinaría lo más parecido a la actriz, se pondría uno de sus vestidos y, a una hora convenida, yo aparecería con un automóvil de lujo y la recogería. Los periodistas y detectives nos seguirían a nosotros y, mientras tanto, ella podría salir en un taxi para la cena, cita, o reunión que tuviera.

Aceptamos una vez concretados algunos pormenores y Jane cumplió perfectamente esta labor de despiste desde principios de 1959 hasta julio del 62. Por este trabajo, Marilyn nos pagaba doscientos cincuenta dólares cada vez que le ayudábamos a preservar su anonimato, amén de regalarle a mi mujer muchos de los vestidos que ella desechaba tras ponérselos una o dos veces, como mucho.

Esta labor de despistar a los sabuesos tuvo un salto cualitativo en 1959 cuando Pat Newcomb, la manager de la actriz, nos propuso muy en secreto que Jane la suplantara también en algunas escenas de sus películas. Nos contó que, debido a sus continuas depresiones, a veces no se presentaba en los sets de rodaje, lo cual le acarreaba numerosos problemas con los directores y, sobre todo, con los productores. Había estado estudiando con detenimiento a mi mujer, tanto en fotos como en persona, y pensaba que, si se sometía a un curso de interpretación, si la peluquera-maquilladora de Marilyn se encargaba de su rostro y de su cabello, y si perfeccionaba la imitación de la voz de la artista con un foniatra, Jane podría sustituir perfectamente a Marilyn en alguna sesión de rodaje si fuera necesario. Siempre, claro está, bajo el control y la dirección de la propia Pat Newcombe.

Mi esposa, que debo reconocer era muy lanzada, acogió la idea con entusiasmo y logró estar en condiciones de sustituirla en apenas tres meses. Gracias, sobre todo, a que se pasó muchos días enteros en casa de Marilyn copiando sus gestos, repitiendo sus frases más habituales, su forma de mirar, su forma de levantarse, de caminar, de sentarse y, por supuesto, ajustándose a su peso exacto.

Su debut "oficial" como Marilyn Monroe tuvo lugar en la película "Let's Make Love" dirigida por George Cukor en 1960. Concretamente, en la escena donde cantaba el tema de Cole Porter titulado "My Heart Belongs to Daddy".

Esta sustitución vino motivada porque la tarde anterior, tras una fuerte discusión, Marilyn había roto una relación sentimental y se había pasado toda la noche sin dormir a causa del disgusto. A la mañana siguiente, con el ánimo hundido por completo e incapaz de reaccionar después de un explosivo cóctel de antidepresivos, no estaba en condiciones de presentarse al rodaje.

A las nueve, Pat Newcomb llegó a nuestra casa con el guión y, después de ensayar durante más de dos horas con Jane la canción de Cole Porter, al mediodía llegábamos los tres al estudio. Pat se encontraba tan nerviosa como un zozobrante flan. Mi cuerpo despedía un sudor frío que anunciaba la próxima llegada de una lipotimia. Sin embargo, mi esposa entró en el set de rodaje como una rutilante estrella: caminaba con paso firme, rítmico y contoneándose como una modelo de pasarela, sonreía y saludaba a todos y, además, le soltó a Cukor una frase digna del mejor Billy Wilder guionista:

—“Chato, hoy nos jugamos el Oscar con el primer plano de mi bajada de párpados al final de la segunda estrofa”.

Mi mujer, tengo que reconocerlo, rozó aquel día la perfección en profesionalidad y simpatía, hasta el punto de que más de un miembro del equipo creyó que había llegado al rodaje revolucionada por la ingestión de una alta dosis de estimulantes. Todo fueron felicitaciones, tanto a ella como a Pat; incluso Jerry Wald, el productor de la cinta, se presentó en el camerino de “la Monroe” con una botella de champán francés y un ramo con treinta y cuatro rosas rojas, el mismo número de años que tenía la actriz.

Desde aquel momento, la manager, muy generosa en el “sueldo” que le daba a Jane por sus sustituciones, se sintió tremendamente liberada a la hora de firmar contratos, tanto para películas como para campañas publicitarias y numerosos eventos sociales que solicitaban la presencia de la ya gran estrella mundial.

Todo iba de maravilla hasta que...

El 27 de abril de 1962 acudí con mi mujer a la consulta del doctor Oliver Garrison, el ginecólogo de Jane. Nada más entrar en el despacho, por la seriedad de su semblante y lo huidizo de su mirada, intuí que las noticias no eran buenas. Un presentimiento confirmado en cuanto tomamos asiento frente a él.

—Jane, voy a tener que operarte.

—¡Dios mío! ¿Me quedará...?

El llanto quebró la voz de mi esposa y yo me apresuré a cogerle la mano para darle ánimos.

—Tranquila. En principio, no creo que tenga que quitarte el pecho.

—¿De verdad?

—Sí. Se encuentra en un estado poco avanzado y, con la operación y un tratamiento conjunto de quimioterapia y radioterapia, yo estoy convencido que te curarás por completo.

El pronóstico optimista del doctor Garrison duró hasta el día de la operación, el 30 de mayo. Al abrir la mama izquierda detectó enseguida que el tumor estaba mucho más avanzado de lo que habían revelado las pruebas. Se había producido una doble metástasis: en el pecho derecho y en el lóbulo pulmonar del mismo lado. Un mes después tenía la mayoría de los órganos vitales invadidos por la cruel enfermedad.

Habían sido casi tres años de estrecha colaboración con Pat y Marilyn y, por este motivo, el 12 de junio me reuní con ellas en la casa de la artista, en Brentwood, para comunicarle que a mi mujer le quedaban escasas semanas de vida y, por tanto, que no contarán con ella para ninguna otra “actuación”.

A mediados de julio recibí una visita en mi centro de trabajo, entonces una escuela de especialistas cinematográficos. Se trataba de un individuo que se presentó como agente de la CIA, de nombre Richard Parker, quien me propuso comer juntos. Acepté la invitación al insistirme de que se trataba de un tema muy importante y, durante el almuerzo, me propuso un “negocio”, según él “un buen negocio”. Para mí, un macabro negocio.

—Ante todo, señor Wagner, permítame expresarle mi sentimiento por la grave y penosa enfermedad de su esposa... Una enfermedad, según me han comunicado, irremediable... ¿Es así?

—Por desgracia, sí. Le queda poco tiempo de vida.

—Lo siento, de veras. Lo que voy a proponerle le va a producir de entrada, con toda seguridad, un vivo rechazo... Sólo le ruego que medite sobre ello algunas horas, por ejemplo veinticuatro, y luego volvemos a hablar. ¿Le parece?

—Usted dirá.

—Antes de que conozca mi propuesta, quiero advertirle que puede aceptarla o desestimarla. Pero lo que no podrá hacer de ninguna manera será hablar de ella con nadie. Le recuerdo que soy agente de la CIA y que todo cuanto va a oír debe

considerarlo como lo que es: un secreto de estado. ¿Me ha entendido bien?

—Perfectamente —le confirmé al tiempo que sentía un ligero temblor de piernas.

—Según me han explicado, tanto la señorita Monroe como su manager personal, Pat Newcomb, su esposa Jane es una doble perfecta de la actriz. Tan perfecta que ha llegado, incluso, a sustituirla en determinados planos de algunas películas.

—Si ellas se lo han contado...

La propuesta concreta del tal Parker consistía en aprovechar el fallecimiento de mi esposa para simular la muerte por suicidio de Marilyn Monroe. Si yo aceptaba, el plan sería el siguiente:

Jane desaparecería de casa en una determinada fecha. Yo debería transmitir mi preocupación a familiares, amigos y vecinos y, dos días después, denunciar su ausencia en la comisaría del distrito. Y a partir de aquel momento, difundir poco a poco, con inteligencia, el rumor de que tal vez podía haberse marchado con otro hombre.

Mientras tanto, a Jane la ingresarían en una clínica donde estaría muy bien atendida con cuidados paliativos hasta que falleciera a fin de que no sufriera lo más mínimo. Simultáneamente, se prepararía en la casa de Filth Helena Drive la “escena del suicidio” de la actriz con ensayos de todos los participantes en la comedia.

La “obra teatral”, tal como me la contó Richard Parker, estaba diseñada hasta en sus más mínimos detalles. Y además, existían planes “B” alternativos para las sucesivas fases por si surgía alguna circunstancia inesperada, o bien se producía algún fallo en el desarrollo del trazado inicial.

—Lógicamente, en el caso de colaborar, usted recibirá una compensación económica... durante el resto de su vida —concluyó su exposición el agente de la CIA.

Le formulé numerosas preguntas y para todas tuvo una respuesta inmediata y verosímil, llegando al convencimiento por mi parte de que se trataba de una operación muy bien pensada y no podía fallar. Le pedí cuarenta y ocho horas para tomar una decisión aunque, en mi interior, yo daba por hecho que aceptaría el trato. Por dos razones. Porque estaba convencido de que si se lo consultaba a Jane diría que sí; suplantar también a Marilyn después de muerta seguro que le habría hecho mucha ilusión. Por supuesto, no le iba a preguntar nada ya que ella desconocía que el proceso canceroso era irreversible y yo no podía quitarle la esperanza de una recuperación. Y en segundo lugar, la desaparición de mi esposa mermaría en gran parte los ingresos económicos de la familia. Yo trabajaba en una escuela de especialistas cinematográficos como profesor y de vez en cuando me contrataban para algún rodaje. Un sueldo para vivir con dignidad, pero para nada más. Mientras que las “colaboraciones” de Jane con Marilyn, aunque espaciadas, suponían unos excelentes ingresos extras para la economía doméstica que nos permitían de vez en cuando algunos pequeños lujos, como por ejemplo pasar una semana de vacaciones en Hawái con nuestra hija Alba.

Tal como le había prometido al agente de la CIA, dos días más tarde volví a verme con él y acepté su propuesta. Discutimos el “precio” durante algunos minutos porque la cantidad que me ofreció de entrada, aunque era más que tentadora, yo pensaba que no cubría suficientemente mi condición de “cornudo”. Conseguí una “subida” de un veinte por ciento y sellamos el trato con un apretón de manos durante el que me advirtió en tono tranquilo pero firme:

—Le recuerdo que, a partir de este momento, además de obedecer todas mis órdenes, tiene que guardar secreto absoluto.

—No se preocupe, señor Parker.

—Sí me preocupo. Y usted debería preocuparse también porque, si algún día se sabe por su culpa lo que vamos a hacer, sería de manera irremediable hombre muerto. Y si huyera, moriría su hija Alba y otros familiares muy queridos por usted, por ejemplo su hermano Roger. ¿Me he explicado bien?

—Perfectamente.

—¿Alguna pregunta más?

—Tengo una, pero supongo que no me la contestará.

—¿Cuál?

—¿Por qué...? ¿Por qué quiere desaparecer Marilyn?

—No estoy obligado a responderle, pero voy a satisfacer su curiosidad. Le ayudará a colaborar con más entusiasmo. Hay alguien... un personaje muy importante de este país, que quiere... matarla.

—¿Quién?

—El... presidente.

El silbido que se me escapó fue de absoluta sorpresa, al tiempo que se me desorbitaban los ojos.

—¿Kennedy...?

Parker asintió con un movimiento de cabeza tras observar, a derecha e izquierda, que no nos oía nadie.

—¿El presidente Kennedy... quiere...?

—Bueno, no exactamente él... Su entorno, ¿comprende?

—¡Pero sí...! ¡Pero sí... pero si está loco por ella! ¡Me lo dijo mi esposa, que se lo había contado la propia Marilyn! Jane lo sabe todo porque, cada vez que se acostaba con..., bueno, cada vez que se veían en algún hotel, nos llamaba para despistar a los que la seguían a todas partes. Mi esposa salía de la casa vestida de Marilyn, yo la recogía en un gran coche y luego, cuando despistaba a todos los sabuesos que nos seguían dando vueltas, nos volvíamos a casa.

—Esa es la parte de la historia que usted sabe. Lo que desconoce es que el clan Kennedy, ¿sabe lo que es el clan Kennedy?

—Más o menos. ¿Sus amigos y familiares más íntimos...?

—Eso es. Bueno, pues no el presidente, pero sí sus colaboradores más cercanos quieren eliminar a la actriz porque, si algún día revela sus amores adúlteros con Kennedy, el escándalo sería mayúsculo. Le podría costar la presidencia de la nación. Y no sólo eso, parece ser que también conoce los contactos de Kennedy con la mafia, la cual pagó buena parte de su campaña electoral. ¿Comprende?

—O sea, la quieren matar porque sabe demasiado.

—Eso es, Wagner, exactamente eso. Es usted, amigo, un tipo inteligente. Muy inteligente.

—Lo que no entiendo es... por qué la CIA, que debería estar de parte del presidente, quiere proteger a la actriz.

—Porque, amigo Paul, en Washington hay mucha gente que desea que Kennedy no sea elegido presidente en el 64, y Marilyn será una pieza clave en esa operación. La política es muy, pero que muy complicada. Y bueno, vamos a dejar este asunto; ya le he contado más de lo que debía.

Mi esposa Jane falleció el cuatro de julio, sábado, a las veinte horas y veinte minutos en la clínica Stella Maris. Por supuesto, su internamiento y defunción no consta en ningún registro del citado centro sanitario. Sólo lo conocían el director, un tal Henry Peck, y la enfermera de planta que había estado al cuidado de mi mujer durante los dieciséis días y medio que estuve allí.

Tres cuartos de hora después, una furgoneta arribaba a la puerta del 12.305 de Fifth Helena Drive, entre San Vicente y Sunset Boulevard. Yo era el conductor y me acompañaba, disfrazado con postizos en el rostro, el agente de la comisaría del distrito Jim Dougherty, casualmente el primer marido de Marilyn captado por Parker para la operación. Entre los dos, tras asegurarnos de que no nos veía ningún vecino ni viandante inoportuno, bajamos el cadáver de mi esposa y lo introdujimos en la casa de la actriz.

Allí se encontraban ya Richard Parker, Hillary Sontag, la propia Marilyn, su manager Pat Newcomb y el ama de llaves Eunice Murray.

De inmediato, el agente de la CIA comenzó a poner en escena un prodigioso guión concebido para que la muerte de Marilyn se asemejara a “un suicidio con sospechas de asesinato, pero a su vez pareciera un crimen con indicios de suicidio inducido”. En realidad, buscaba poner en marcha una ceremonia de la confusión para que se hablara, investigara y escribiera de mil aspectos de la muerte, creando una formidable cortina de humo de tal forma que a nadie se le ocurriera cuestionar que aquel cadáver no era el de la mítica Marilyn Monroe.

Toda la operación se desarrolló en un silencio casi total, con los diálogos en susurro porque, al parecer, se sospechaba que existían micrófonos ocultos en la casa.

Desnudamos el cuerpo de Jane y lo situamos en diagonal sobre la cama, medio cubierto por una sábana; en la mesita de noche, al lado de una escuálida lámpara de pie, Parker colocó un frasco vacío de “Nembutal” comprado aquella misma mañana en una farmacia de San Vicente Boulevard bajo receta del doctor Engelberg, el médico personal de la actriz.

A continuación, Richard inyectó en el cadáver de mi esposa, por vía anal mediante un enema, una elevada dosis de pentobarbital, el principal compuesto químico del “Nembutal”, tras pulverizar a golpes los comprimidos y disolverlos en agua. Finalizada esta macabra operación, Hillary Sontag pasó a maquillar el rostro del cadáver y a peinarle el cabello adecuándolo con toda fidelidad al de la estrella. Seguidamente, el cerebro de toda la operación le puso el teléfono en la mano, diseminó por el suelo unos discos de Frank Sinatra y, por último, trajo un cuaderno de tapas rojas donde Marilyn escribía su diario, sobresaliendo de sus páginas una nota a medio redactar para Joe DiMaggio.

Mientras tanto, Marilyn efectuaba una serie de llamadas desde el otro teléfono a una lista de personas convenidas con Richard y Pat. Entre ellas, dos a la Casa Blanca, una a la secretaria de John Kennedy y otra al teléfono negro del despacho del propio presidente, así como a las viviendas de Peter Lawford, de Frank Sinatra y del mafioso Sam Giancana; teléfonos que, según me comentó Parker, estaban intervenidos por el FBI.

Hacia las once, llegaron a la vivienda Robert Kennedy, Peter Lawford y otro agente de la CIA, cuyo nombre no recuerdo, para escenificar uno de los momentos claves de la escena: una fuerte discusión entre Bob y Marilyn para que fuera captada por los micrófonos ocultos que el FBI había colocado por la casa de forma estratégica durante un reciente viaje de la estrella a México. En dicha discusión, Marilyn le pedía al secretario de Justicia que cumpliera su promesa de casarse con ella y Bob le respondía que debían esperar más tiempo; la actriz le replicaba que estaba harta de esperar y que iba a convocar a los periodistas para contarles tanto las relaciones adúlteras con él y su hermano John, como los secretos de estado oídos de los labios de ambos durante las citadas relaciones.

En torno a las doce, el escenario del “suicidio” estaba preparado con todo detalle para generar la confusión total que Richard buscaba. Los primeros en abandonar la casa fueron Robert Kennedy y sus dos acompañantes, seguidos de Pat Newcomb, Hillary Sontag y Marilyn, ésta convenientemente camuflada tanto en su vestimenta como en el peinado. Yo actué de taxista de las tres mujeres utilizando la misma furgoneta en la que habíamos transportado el cadáver de mi mujer. A Pat y a Marilyn las dejé en la vivienda de la manager, cerca del Holiday House Motel, en la playa de Malibú, y a la peluquera-maquilladora en una calle próxima a Fox Place.

Al regresar, estacioné el vehículo frente a la puerta de la casa y entré en el momento que Richard, con un potente imán, hacía correr desde el pasillo el cerrojo interior del dormitorio donde yacía el cadáver de mi mujer suplantando a la actriz.

Eunice Murray, la sirvienta, recibió orden de Parker de apagar las luces antes de irse a la cama y, sobre las tres y media, poner en marcha la segunda fase del plan. Mientras llegaba ese momento, Parker, Jim Dougherty y yo salimos a dar un paseo, regresando hacia las tres y cuarto tras tomar una copa en la cafetería de una estación de servicio no muy lejana. Nos encerramos en la furgoneta, dispuestos a vigilar el desarrollo de los acontecimientos e intervenir de inmediato si se presentaba alguna contingencia no prevista en el guión.

A la hora convenida, Eunice Murray telefoneó al doctor Greenson, el psiquiatra de Marilyn, transmitiéndole sus sospechas de que pudiera pasarle algo a la actriz ya que la habitación estaba cerrada por dentro y no respondía a sus insistentes llamadas. Pocos minutos después se presentaba el citado médico quien, tras intentar forzar inútilmente la puerta del dormitorio, rodeó la casa por el jardín. Rompió el ventanal de la alcoba con un atizador de la chimenea y saltó al interior, constatando que la “actriz” estaba muerta y con un incuestionable “rigor mortis”, lo cual indicaba con claridad que hacía tiempo que había fallecido. De inmediato, Greenson llamó al médico de cabecera, el doctor Engelberg, que no pudo hacer otra cosa que avisar a la policía a la vista de los indicios de suicidio que presentaba el cadáver.

Pocos minutos más tarde, se presentó en la casa una patrulla de la comisaría del distrito oeste de Los Ángeles formada por el sargento Jack Clemmons y dos agentes, quienes se encontraban accidentalmente cerca de la vivienda de la actriz. Efectuaron la obligada inspección ocular e iniciaron la redacción del correspondiente atestado. La llegada de esta inesperada dotación policial supuso el primer momento de peligro, ya que quien debía hacerse cargo del caso era Brian Nelson, un agente de la CIA infiltrado en el mundillo de Hollywood, que esperaba en la comisaría la llamada de la sirvienta o del médico. Richard reaccionó de inmediato y telefoneó a Nelson, quien se presentó quince minutos después. Relevó de la investigación al sargento Clemmons, en contra de la voluntad de éste, y cerró poco después un informe reservado cuya conclusión final era “suicidio más que probable”.

La autopsia del cadáver fue llevada a cabo por el forense Thomas Noguchi, perteneciente también al elenco de la “compañía”, quien dictaminó “suicidio por exceso de barbitúricos”. Una vez finalizada, Pat Newcomb puso el cadáver en manos de Hillary Sontag quien la peinó y le retocó el rostro para resaltar sus pecas y sus característicos y diminutos lunares. Una labor perfecta ya que nadie dudó, al verla en el féretro, que se trataba de la ya mítica Marilyn Monroe; tan perfecta que ni la propia hermanastra de la actriz, Bernice Miracle, se dio cuenta de que el cadáver que estaba amortajando, junto a Eunice Murray, no pertenecía a Norma Jeanne, el verdadero nombre de “la Monroe”. Era la prueba que Richard Parker esperaba con ansiedad para certificar el éxito de la operación.

6

—Alba, este documento posee un valor histórico excepcional —dictaminó Foster nada más terminar de leer el resumen del manuscrito que Wagner había redactado antes de morir.

La hija de Paul había titubeado mucho antes de entregarle a Dan Foster el citado resumen. Sus dudas se despejaron cuando la policía le informó de que la bomba causante del fallecimiento de su padre se hallaba en el doble fondo de una caja metálica. En ese instante tuvo claro que el asesino era Richard Parker quien, según lo escrito por su progenitor, le propuso en 1962 que el cuerpo de su madre simulara el cadáver de Marilyn Monroe. En las semanas anteriores, su padre le había hablado en varias ocasiones del libro que pensaba publicar con el tal Parker y, también, de la caja

con documentos que éste le había entregado, donde se contaba el antes y el después de la comedia escenificada en Brentwood la noche del 4 al 5 de agosto de 1962. No existía duda. Su padre había caído en una trampa mortal preparada por el agente de la CIA, razón por la cual sería una temeridad entregar a la policía el relato escrito antes de morir.

Analizando todos los datos anteriores, Alba optó finalmente por confiar en el escritor español y en su promesa de que, si algún día lograba esclarecer la verdad y publicar el libro que preparaba, parte de los beneficios redundarían en ella. Por este motivo lo citó de nuevo en la tienda de productos *Natur House* que regentaba en Beverley Hills.

—Aquí tiene el manuscrito completo que le da valor a todo lo que ha leído en esas diez páginas —le dijo al tiempo que le entregaba una abultada carpeta de plástico azul donde Dan guardó también la copia del resumen pasado ya a ordenador.

—¿Nunca le reveló a usted lo escrito en estas hojas?

—Unos quince o veinte días antes de morir, justo cuando me habló por vez primera del libro que estaba escribiendo. También me enteré en ese momento de que cada año nos llegaba puntualmente al banco un dinero por, digamos, la última actuación de mamá.

—Ha debido ser muy duro para él pasar por marido engañado tantos años, y para usted esperar que algún día volviera su madre.

—Es el único reproche que tengo que hacerle. Debió contarme la verdad hace mucho tiempo. En cuanto tuve edad para comprenderlo.

—No olvide que pesaba sobre él la amenaza de Parker. Tanto la de matarle a él y a usted, como la de perder la pensión anual que les venía muy bien.

—Habría renunciado con gusto al dinero con tal de saber que mamá no nos había abandonado... ¿Se imagina lo que yo he sufrido por ese estigma?

Se estableció entre ambos un silencio en el que Dan contempló a su interlocutora con cariño, sentimiento que le llevó a apretarle con cálido afecto ambas manos. Las pestañas de la joven apresaron alguna lágrima furtiva y el dolor comenzó a empinarse en su alma, una vez más, recordando la infelicidad total de una niñez y adolescencia marcadas por la ausencia de su madre.

—¿Qué piensa hacer con los documentos? —rompió Alba la pausa.

—De momento, guardarlo en la caja fuerte de un banco. Hay algo que corre más prisa y usted me puede ayudar. —planteó el escritor al tiempo que sus pensamientos iban muy por delante de sus palabras.

—¿En qué ...? —Foster se había quedado con la mirada perdida en un inasible centro de atención— ¿En qué puedo ayudarle? —terminó la frase su desolada interlocutora.

—El personaje clave de todo este asunto, y de otro tema también muy importante que usted no conoce, es ese Richard Parker. Tengo que localizarle lo antes posible. Seguro que su padre tenía su teléfono.

—Supongo. Pero la explosión...

—La explosión ha podido destruir su agenda..., o no.

—La policía tiene precintado el piso.

—A usted le dejará pasar... Dígales algo convincente... Por ejemplo, que desea buscar en el piso un determinado recuerdo sentimental de su padre o de su madre... Alguna joya... Alba, es muy, muy importante encontrar ese teléfono.

Nada más salir del establecimiento de su confidente, Foster envió un sms a Olivia y a Lola.

Agarraros. Marilyn Monroe no murió en Los Ángeles la madrugada del 5 de agosto del 62.

Lola Portal entró con el Honda Accord en el garaje de su casa a las veintitrés y diez. Venía muy cansada, física y mentalmente. Había sido un día complicado, no por problemas de gran entidad sino por las numerosas decisiones que había tenido que tomar en la editorial. Y sobre todo, por el elevado número de llamadas telefónicas que había mantenido. Su estilo de dirigir Diamante, por completo personalista, sin apenas delegar en sus colaboradores, conllevaba jornadas tan agotadoras como aquélla.

Nada más llegar a su espectacular y cuidado piso del elitista barrio barcelonés de Pedralbes, cruzó de prisa el salón, lanzando la cartera de piel negra al sofá con tal fuerza que botó sobre uno de los numerosos cojines, chocó luego contra la mesa de centro de metacrilato y, por último, aterrizó sobre la gruesa y policromada alfombra iraní. Ya en el cuarto de baño, abrió a tope el grifo del agua caliente regulando la temperatura a treinta y tres grados. Después de disolver en ella un buen puñado de sus sales preferidas, comenzó a desnudarse frente al espejo biselado del lavabo, donde pudo observar los crueles estragos del estrés en las estrabaciones de los ojos y en el resto del cutis macerado por los rayos uva a los que se exponía cada semana.

Después de accionar un reproductor de CD, comenzó a disfrutar de la cálida y melosa voz de Montserrat Caballé en la cavatina *Casta Diva*, de *Norma* de Bellini. Comprobó la temperatura del agua con la mano derecha y, una vez cortado el estruendoso chorro, se introdujo en la bañera cerrando los ojos para gozar con plenitud de aquel cálido relax. Aunque le costó algunos minutos dejar la “mente en blanco” ahuyentando de ella todas las preocupaciones del día, terminó sumergiéndose en un reconfortante letargo, tanto muscular como cerebral.

—Buenas noches, señorita Portal.

En un principio, por imperativo de la lógica, situó el saludo en la dudosa frontera que separa la vigilia del sueño.

—Señorita Portal, buenas noches...

Instantes después tomó conciencia de que las palabras provenían de una fuente externa a su nebuloso estado de conciencia. Rechazó lo que sus oídos le atestiguaban pero no tuvo más remedio que levantar la cortina de sus párpados y, tras una milésima de segundo de incredulidad, el estupor activó todas sus alarmas y desorbitó sus ojos.

Al lado de la bañera, sentado con pasmosa tranquilidad en una banqueta, se hallaba un hombre de unos cuarenta y pocos años con un impecable traje gris, camisa rosada y corbata grisácea rayada diagonalmente en fucsia. Su semblante atractivo, varonil, casi de modelo publicitario de unos grandes almacenes, concentraba toda su atención en unos hermosos ojos claros, pero de mirada glacial, intimidatoria, amenazante.

El inevitable grito de la editora fue seguido de un instintivo movimiento de ocultación de sus zonas íntimas, gesto inútil ya que la exuberante espuma del agua le protegía de la mirada del personaje que se había infiltrado en su casa.

—¿¡Quién...!?! ¿¡Quién...!?! ¿¡Quién es usted!?! ¡Váyase! ¡Salga ahora mismo de mi casa o me pongo a gritar!

—Si se pone a gritar, no se enterará de lo que he venido a decirle. Y es importante para usted... Muy importante.

La recomendación del intruso, serena pero firme, descolocó por completo a Lola, aunque no lo suficiente para ocultarle la realidad de la inquietante situación en la que se hallaba. Si pedía auxilio, aquel individuo le taparía la boca con la mano en un segundo y, luego, le sumergiría la cabeza en la bañera hasta que le estallaran los pulmones. Por tanto, dislocada por el nerviosismo pero atenazada por la amenaza, optó por conocer las verdaderas intenciones de su inesperado visitante.

—¿Qué..., qué es importante para mí...? —balbuceó entre temblores incontrolables.

—No tema, no le va a pasar nada... Naturalmente, si se comporta de manera inteligente.

—¿Quién es usted y qué quiere? —insistió con el pánico incubado en toda la expresión facial.

—La respuesta a la primera pregunta no la necesita usted para nada.

La pasmosa tranquilidad de aquel hombre, su tono de voz monocorde, casi robótico, la puso aún más nerviosa que el insólito hecho de que hubiera entrado en su casa y llegando con absoluta facilidad hasta el borde de su bañera.

—Respecto a la segunda pregunta..., quiero que se olvide de publicar el libro sobre el presidente Kennedy que piensa escribir su amigo Dan Foster.

—¿Qué me olvide de...? ¿Por qué...? —indagó con un hilito de voz estrangulado por la aprensión.

—Señorita Portal, yo no doy explicaciones, doy órdenes... Si no hace caso de lo que le he dicho, aténgase a las consecuencias.

El individuo se levantó y, en ese momento, Lola, refugiada contra la pared del fondo de la bañera, se dio cuenta de que su extraño visitante sujetaba una carpeta en la mano.

—Por cierto..., cuando se seque, échele un vistazo a este dossier... Se convencerá de que esta visita no es una broma. A nosotros no nos gusta jugar... Y cuando lo hacemos, ganamos siempre.

8

Julius III llegó puntual a una nueva cita con su antiguo colega Parker en la casa de éste.

—*Consumatum est*—le saludó Richard con voz débil.

—Hola. ¿Qué tal estás?

—Cada día más cerca del final. —Ambos amigos se dirigieron hacia el salón de la vivienda—. Pero, por fortuna, no tengo dolores fuertes. Cuando me aprietan, de vez en cuando, mi hija me inyecta morfina y se me pasan. Pero mis achaques ahora no cuentan. Lo importante es que puedo decir, en ese latín que tanto te gusta a ti, *Consumatum est*.

—¿Quieres decir que ha caído el último?

—Afirmativo. Siéntate.

—¿La explosión de ayer en un piso del barrio de Brentwood, en Los Ángeles...?

—indagó el presidente de *Arcanum* mientras se posicionaba en una de las dos butacas próximas a la chimenea.

—Correcto —confirmó Parker al tiempo que ocupaba la butaca gemela.

—¡Eres el mejor! Pues nada, a partir de ahora, dedícate a descansar y a disfrutar de tu hija y de tu nieta.

—Ya me gustaría. Pero hasta que ese puto escritor español no deje de husmear en el asunto no podré relajarme. De todas formas, os tendréis que encargar vosotros de él. A mí ya me faltan las fuerzas.

—Por supuesto, Richard. No te preocupes, estamos en ello. Aunque, lo reconozco, la eficacia de *Arcanum* en este caso, y en concreto en la eliminación de ese Foster, está siendo muy deficiente. Sobre todo porque la CIA no ha colaborado como en otras ocasiones.

—¿Te vendría bien tener su teléfono?

—¿¡No me digas que lo tienes!?! —Richard asintió con la cabeza— ¡No jodas! ¿Sí? ¡Genial!

La exclamación de *Julius III*, unida a la expresión malsonante pronunciada por su siempre pulcra lengua, reflejaba el estado de ansiedad que se vivía en la organización supersecreta tras las sucesivas rebeldías de la ex agente Perry y del subdirector de Asuntos Internos, Charles Williams. Ambos habían sido un error de cálculo suyo. Hasta entonces, cualquier orden dada a un miembro de la agencia se había cumplido con

absoluta profesionalidad y sin el más mínimo atisbo de escrúpulos. Sin embargo, la experiencia con Perry y Williams demostraba que la CIA, tras su desastrosa actuación en la guerra de Irak, había emprendido un camino de renovación equivocado. El intento de lavarle la cara en el aspecto ético había propiciado errores tan graves como la entrada de Olivia Perry, una joven con un pasado de activista en los grupos antiglobalización. En vez de más disciplina y más seguridad para mejorar la eficacia, se abrían las puertas a agentes que habían bebido en ideologías tan nefastas como el progresismo europeo.

Sin perder un segundo, el presidente llamó a su despacho y le dictó a *Bogart* el teléfono del escritor español para que se pusieran a trabajar de inmediato en su localización. Mientras tanto, su anfitrión se sirvió de una bandeja, ya preparada, un zumo de naranja y a él le puso, por petición propia, un *brandy Napoleón*.

—¡Brindemos! —levantó Parker su vaso con mano temblorosa.

—¡Por ti, amigo, te lo mereces!

Al incidir sobre la gruesa copa un rayo de sol que entraba por la ventana, el *brandy de Julius* adquirió brillantes reflejos en toda la gama del color oro viejo. También vio en el cristal la fantasmagórica imagen de su amigo, ya en fase terminal

—Te quería decir algo, Richard. Cuando lleguen... Cuando lleguen los días finales... ¿quieres seguir aquí en casa o has pensado en algún hospital...? Sabes que puedes elegir lo que quieras. Tanto en un sitio como en otro, tendrás todo cuanto necesites.

—Prefiero terminar mis días en casa... Pero si se alargara el desenlace y me vieras un trasto inútil, no me gustaría darle demasiado trabajo a mi hija. ¿Comprendes?

—No te preocupes. Me ocuparé de ello.

—Gracias, Frank.

Un nuevo silencio en el que ambos ancianos, tras paladear sus respectivas bebidas, se sostuvieron la mirada y la sonrisa. Fue el presidente de *Arcanum* quien lo quebró.

—La última vez que hablamos no quisiste responderme a una pregunta. Una pregunta que adivinaste antes de que te la formulara. ¿La recuerdas?

—Perfectamente. Querías saber si estaban vivos

—¿Sigues pensando en llevarte el secreto a la tumba?

Parker semicerró los ojos y sonrió con manifiesta melancolía. Había perdido muchas fuerzas, la piel de su rostro carecía casi por completo de irrigación sanguínea y los ojos iban adquiriendo un inquietante tono acuoso. Apenas se detectaba hálito vital en sus movimientos, en su mirada y en sus palabras, aunque conservaba la lucidez mental en total plenitud.

—Comprendo tu curiosidad y la voy a satisfacer, pero no me pidas más detalles... Desgraciadamente, no vive ninguno de los dos... Fallecieron ambos en 1991.

—Fiel hasta la muerte.

—Si no lo fuera, mi vida habría sido una existencia inútil.

Cuarenta minutos más tarde, tras charlar con total distensión más de tiempos pretéritos que del presente, ambos amigos se despedían con un abrazo en la puerta de la casa, en la urbanización *Green Moon* de Princeton.

—No olvides lo que hemos hablado. Si se alarga el final, llévame a algún sitio donde alguien me limpie el culo.

—No te preocupes. Tu hija sólo tendrá que cogerte la mano.

—Gracias de nuevo, Frank.

—Gracias a ti. Ahora comprendo dos frases que me dijiste el día que me nombraron presidente de *Arcanum*, cuando me pediste encargarte personalmente de la custodia del secreto nº 11. ¿Las recuerdas?

—¡Cómo no las voy a recordar...! *Kennedy no es un personaje histórico, es el sueño de una gran nación.*

—¿Y...? —le animó Frank Holden, alias *Julius III*.

—Solo los mitos tienen permiso de los dioses para cambiar la Historia.

9

A Olivia le costó casi cuatro días entrevistarse con Francis Brown. No había manera de que le pasaran con él. Siempre estaba reunido o estudiando informes con orden expresa de no ser molestado. Por otra parte, cuando preguntaban a la ex agente el motivo de querer hablar con el subsecretario de Defensa, lógicamente Olivia no podía revelarlo.

Las llamadas al domicilio particular obtuvieron el mismo resultado: siempre se hallaba fuera de casa. Y si telefoneaba por la noche, se sucedían de igual forma las excusas: había salido a cenar con amigos, estaba en un estreno cinematográfico o en algún concierto.

Finalmente, se decidió por el abordaje directo. Se apostó en las proximidades de su domicilio, una bonita casa de dos plantas con un cuidado jardín en la zona residencial de Forest Hills. Cuando desembocó en la calle con su flamante Chevrolet Captiva, despegó un cartel en el que se podía leer con claridad: *Bello Donatello*. El todocamino pasó de largo pero unos metros más adelante se detuvo durante unos segundos y, luego, con un ruidoso acelerón marcha atrás, frenó a la altura de la joven.

—¿Quién es usted?

—Alguien que lleva más de cien horas esperando este momento.

—¿Qué desea...? —le preguntó en tono áspero.

—Ofrecerle un buen negocio... para ambos.

Brown observó con odiosa fijeza a Olivia, comprobó por el espejo retrovisor que desde su casa no le veía nadie y abrió la puerta del copiloto.

—Suba.

Francis Brown, sesenta y un años, nacido en Alabama y doctorado en Derecho y Ciencias Políticas por Yale, accedió al ejército debido a su trabajo en el Instituto Militar de Estudios Geoestratégicos de Fort Detrick. Desde esta institución, gracias a su habilidad para crear amistades, había ascendido hasta ocupar altos cargos en estamentos más políticos que bélicos. En 1999, sus influyentes contactos le llevaron al Pentágono, donde en la actualidad ocupaba el cargo de jefe de gabinete técnico del Secretario de Defensa con rango de subsecretario. Trabajaba, en definitiva, en el centro del *sancta sanctorum* del departamento con más poder de Estados Unidos.

—Le he preguntado antes quién es usted —le recordó Francis nada más poner en marcha el vehículo.

—No creo que le diga nada mi nombre. Me llamo Olivia Perry... Hasta hace poco, agente de la CIA.

—Continúe.

—Verá, señor Brown... Como ha podido deducir por el cartel, poseo información muy valiosa para su reputación... Y usted tiene poder para facilitarme algo que yo ando buscando. Por este motivo, tal vez podríamos llegar a un trato.

El alto cargo de Defensa se mordió los labios, como intentando succionar de ellos el camino a seguir en el problema que le había creado aquella desconocida con un simple letrero.

—¿Qué sabe usted de ...*Bello Donatello*?

—Que era un bello travestí de Nueva Orleans...

—Yo, señorita...

—Perry...

—... no he estado en Nueva Orleans... Nunca... ¿Comprende?

—¿Está seguro?

—Completamente.

—Ah, pues perdone... Me he debido equivocar. Pare en esa esquina y me bajo...
 El político detuvo el Chevrolet y Olivia abrió la puerta. Antes de levantarse del asiento, extrajo de su bolso un DVD y se lo dejó sobre el salpicadero.

—Échele un vistazo a esta grabación. Verá qué bien se lo pasaba su hermano gemelo con el *Bello Donatello* en *Tugurium*, el club de sexo y coca más sórdido de los muelles de Nueva Orleans.

—¡No se baje! —Le ordenó cuando Olivia apoyaba ya el pie derecho en el suelo—
 ¿Cuál es su parte del trato?

—*Arcanum*—le contestó la joven volviendo a tomar asiento en el vehículo.

—¿¡Qué!? —se desquició Brown al tiempo que volvía a poner el vehículo en marcha.

—La organización *Arcanum*.

—No sé, señorita, de qué me está hablando.

—Pare, por favor. Me acabo de acordar que me esperan en la peluquería. Tengo unos pelos horribles.

—¿Qué es lo que quiere de... *Arcanum*?

—Hacerlo saltar por los aires.

—¿¡Cómo!?

—Lo ha oído usted perfectamente.

—¡No sabe lo que dice!

—Mi peluquera me está esperando. Por favor, detenga el vehículo.

—Señorita Perry, si *Arcanum* salta por los aires, Estados Unidos estallará cinco minutos después.

—Usted sabe que si *Arcanum* estalla, a Estados Unidos no le ocurrirá nada en absoluto. Sólo se terminará una época de ocultarle a los ciudadanos temas que le atañen como súbditos de esta nación.

—Joven, es usted muy ingenua, mucho... Tocar a *Arcanum* equivale a una sentencia de muerte.

—Señor Brown, posee usted una hermosa mujer que le quiere y admira, dos preciosos hijos, niño y niña, que lo adoran, un influyente puesto en el Pentágono, un elevado sueldo mensual y un patrimonio estimado en casi dos millones y medio de dólares... Tiene todo cuanto se puede desear en este mundo...

Nació un silencio entreverado de gestos nerviosos de Francis Brown, quien se aferró al volante de su poderoso vehículo con toda la rabia del superinteligente que tomaba conciencia de haber sido cazado como un estúpido

—¡Eres una hija de puta!

—Me enseñaron a serlo en la CIA

Regresó el doloroso silencio, ahora más prolongado, durante el que desfiló por el semblante del político una variada escala de sensaciones, entre ellas la impotencia, la furia y el miedo.

—Deme setenta y dos horas.

—La mitad. Treinta y seis. Mi móvil está escrito a bolígrafo en el reverso del la funda del DVD... —Olivia efectuó un ademán de apearse pero se detuvo— Ah, se me olvidaba. Si a mí me pasara algo... el Post, el Times, la NBC y la CNN recibirán una copia de este DVD.

10

El 29 de septiembre, martes, entre las doce y las catorce horas, se produjeron cinco llamadas telefónicas.

La primera fue de Francis Brown a *Arcanum*, tras meditar durante muchas horas sobre el chantaje que le había planteado Olivia Perry. Dudaba si resolver o no el problema por

su propia cuenta. Finalmente optó por el mal menor: poner el asunto en conocimiento de *Julius III*, sobre todo ante la amenaza de que los medios de comunicación más importantes de USA recibieran una copia de sus turbias relaciones sexuales en el club *Tugurium* de Nueva Orleans.

La segunda y tercera llamada, sobre la una y cuarto, las efectuó Bob Dugan, el director general de la CIA, a Charles Williams y a Olivia Perry citándoles para una reunión en un lugar bastante alejado de Langley; concretamente en una mansión de fin de semana que el director de la CIA poseía en la orilla norte del lago Waccamaw, en el condado de Columbus, estado de Carolina del Norte.

La cuarta fue realizada por Alba Wagner a Dan Foster. Como le pidió el escritor, había regresado a casa de su padre para buscar la agenda telefónica de éste; por desgracia, había sido destruida por la explosión que le segó la vida. Sin embargo, le dio sus números de teléfono fijo y móvil para que rastreara las llamadas entrantes y salientes de ambos a través de las respectivas compañías; seguro que terminaría encontrando el número de su asesino.

La quinta y última llamada la recibió Parker hacia las catorce horas y veinte minutos.

—¿Ricky...?

—Hola, señor...

—¿Cómo estás?

—Regular... Nada más que regular...

—Nos dejaste muy preocupados la última vez que hablamos.

—Quería que lo supieran de mi propia boca...

—Lo sentimos... Lo sentimos muchísimo. Nunca podremos agradecerte todo cuanto has hecho por nosotros...

—Señor..., no me tienen que agradecer nada... Soy yo quien le está agradecido a usted. Ha sido un orgullo... un gran orgullo para mí.

—¿Tienes muchos dolores?

—No faltan, pero con los calmantes voy tirando. Lo más triste es pensar que dejaré de ver a mi hija y a mi nieta.

—Todos los días rezamos por ti.

Dos atrevidas lágrimas se asomaron a los acuosos ojos de Richard nublando su vista y distorsionando su lengua hasta hacerle tartamudear.

—Gra... cias..., se... ñor.

—¡Un abrazo...! ¡Muy fuerte

CAPÍTULO NOVENO

DAN: *¿Cómo está mi editora preferida?*
 LOLA: *Bien... Bien jodida, quiero decir.*
 DAN: *¿Y eso?*
 LOLA: *Me han amenazado de muerte si publico el libro sobre Kennedy.*
 DAN: *¿¡Qué!?*
 LOLA: *A mí y a mi familia.*
 DAN: *¡No me lo puedo creer!*
 LOLA: *Esa gente tiene más poder del que habíamos imaginado. Sus tentáculos llegan hasta Barcelona. Y sobre todo, carecen de cualquier escrúpulo.*
 OLIVIA: *Hola, chicos. Perdonad el retraso. He tenido algún problema con la nueva cuenta de Messenger. ¿Habéis tomado precauciones como en el otro chateo?*
 DAN: *Sí.*
 LOLA: *Yo también.*
 OLIVIA: *He leído todo el diálogo. Lola, ¿qué te ha ocurrido exactamente?*
 LOLA: *Anoche llegué muy cansada a casa. Me metí en el baño, casi me adormilé y, de pronto, me encontré con un individuo de unos cuarenta años sentado en el banquillo que tengo al lado de la bañera. Un tipo con aspecto de guardaespaldas, es decir, un "cachas", que me "recomendó" no publicar el libro sobre JFK.*
 DAN: *¡Joder! ¡Me tienen un poquito hartos los capullos éstos de Arcanum!*
 LOLA: *El fulano en cuestión, antes de marcharse me dejó encima del asiento un dossier sobre mi familia y todas mis propiedades.*
 DAN: *Eso explica totalmente el boicot de los editores al libro... Está claro que el poder de Arcanum alcanza a todos los grandes núcleos de influencia fuera de Estados Unidos.*
 OLIVIA: *¡Pues imaginaros aquí!*
 DAN: *Lola, de momento, hay que desactivar la idea del libro. Quiero decir que, a través de esa agente literaria alemana, la que se quitó del medio...*
 LOLA: *Silke...*
 DAN: *Eso, Silke. Intenta por medio de ella hacer llegar a los editores el mensaje de que el libro era un bluf... Que era falso el texto escrito por la enfermera jefe del hospital de Dallas. ¿Me explico?*
 OLIVIA: *Ojo con esa Silke. Para mí está claro que está captada por Arcanum.*
 LOLA: *Y para mí. Es lo único que explicaría su extraño comportamiento.*
 DAN: *¡Joder! ¿¡Hay alguien en todo este jodido asunto que no pertenezca a ese puto Arcanum...!? Bueno..., ya veremos en qué termina todo esto y si conseguimos pruebas suficientes para avalar la investigación. Lo que quiero decir es que, a fecha de hoy, no hay libro. Pienso que ha sido un error lanzar la idea antes de tener finalizada la investigación.*
 LOLA: *Ha sido culpa mía y admito el error. Me he precipitado.*
 OLIVIA: *Todos estamos cometiendo errores. Lo que debemos hacer es aprender de ellos para no repetirlos. Lo importante ahora es desactivar la amenaza que pende sobre ti, Lola. Y una forma de hacerlo es, como ha propuesto Dan, que llegue a oídos de los editores, por la tal Silke o por ti misma, que el documento que leyeron es falso.*
 LOLA: *¿Creéis que debo denunciar la amenaza a la policía?*
 OLIVIA: *No servirá de mucho, pero hazlo si te sientes más tranquila.*
 LOLA: *Ya veré.*
 La ex agente se hallaba en la capital federal, la editora en Barcelona y el escritor en Los Ángeles.
 DAN: *¿Alguna novedad, Olivia?*
 OLIVIA: *Mañana, Charles y yo tenemos una reunión con el director de la CIA. Una*

reunión que nos parece muy extraña por muchas razones.

DAN: ¿Qué razones?

OLIVIA: Para empezar, nos ha citado en una casa de campo que tiene en el lago Waccamaw. Bob es el hombre-puente entre la CIA y Arcanum y sabe, porque estaba presente en las dos conversaciones, que Charles y yo estamos amenazados de muerte. Y también sabe que mi ex tiene orden de eliminarme... Como comprenderéis, se trata de una reunión más que extraña.

LOLA: Y en un lugar, por lo que has dicho, bastante apartado y solitario.

OLIVIA: A varios cientos de millas de Washington... No creo que se le ocurra intentar nada. Él sabe perfectamente que tanto Charles como yo tomaremos nuestras precauciones.

DAN: Aún así, cuidado... ¿Qué tal con el alto cargo del Pentágono?

OLIVIA: No sé por dónde va a salir. Seguro que está acojonado, pero desconozco si podremos dinamitar Arcanum sólo con su ayuda en la hipótesis de que decida "colaborar".

DAN: No esperes ningún milagro. Si salta a la prensa su doble vida sexual, le costará el cargo político y el matrimonio. Pero si pone en tus manos pruebas fehacientes de Arcanum, perderá la vida. Tiene clara la elección, no lo dudes. Vamos, así lo veo yo.

LOLA: Además, Olivia, aunque obtengas esas pruebas, ningún periódico de USA las publicaría. Fíjate a dónde han llegado conmigo.

OLIVIA: Es complicado que salga bien, pero lo tengo que intentar. Arcanum no puede tener controlado a todo el mundo.

DAN: Muy pesimistas estamos.

LOLA: A ver, danos tú algunas dosis de optimismo.

DAN: Vamos a ello. Confirmado mi último sms: Marilyn Monroe no se suicidó en Los Ángeles la madrugada del cinco de agosto del 62. El cuerpo que enterraron era de una doble que le sustituía a veces en los rodajes, y que le ayudaba también a despistar a los periodistas cuando se veía con algún amante.

OLIVIA: ¿Con Kennedy, por ejemplo?

DAN: Por ejemplo.

LOLA: ¿Qué relación puede haber entre las comedias de las muertes de uno y otro?

DAN: ¿Aparte de los asesinatos en común por el Vóltrax?

LOLA: Claro.

DAN: Si queréis que os diga la verdad, no sé a qué atenerme... Antes de conocer el tema de la doble de Marilyn pensaba que el tal Parker, de paso que se cargaba a los testigos del caso Kennedy, había aprovechado para eliminar a quienes sabían que el presidente y su clan la "suicidaron". La actriz sabía demasiado y se podía ir de la lengua algún día. Sobre sus polvos con él, por supuesto, pero también sobre las relaciones del candidato demócrata a la Casa Blanca con la Mafia.

OLIVIA: ¿Y ahora...?

DAN: Depende de si podemos establecer o no una relación entre el fingido suicidio de la actriz y el falso asesinato de JFK. Lo cual veo difícil porque ambos hechos estuvieron separados en el tiempo por un año y casi cinco meses.

LOLA: No parece lógico que haya relación, pero aquí la norma, ya sabes, es que nada es lo que parece.

DAN: Totalmente de acuerdo. Espero salir de dudas pronto si Williams nos echa una mano.

OLIVIA: ¿Qué quieres de Charles?

DAN: Tengo el teléfono fijo y el móvil de Paul Wagner, el viudo de la doble de Marilyn... Desde uno de ellos, o desde los dos, se han hecho llamadas a Richard Parker. A través de las compañías telefónicas podemos localizar su número y ubicarlo territorialmente para poder llegar hasta él. Es un trabajo muy complicado para un particular, pero para

la CIA sería pura rutina.

OLIVIA: *Bueno, no tan fácil. Pero sí, se puede localizar. Supongo que Charles nos ayudará. Dalo por hecho*

DAN: *Yo tengo, todos tenemos, mil preguntas en la cabeza. Ese Parker conoce todas las respuestas. Si no llegamos hasta él, no podremos culminar la investigación.*

OLIVIA: *Dame esos dos números de teléfono.*

2

La mañana del cuatro de abril de 1962, hacia las ocho y media, justo cuando el presidente John F. Kennedy entraba en el despacho oval, sonó un teléfono negro situado en la parte derecha de su mesa, junto a otro de color blanco y al famoso teléfono rojo de alarma nuclear. Apresuró el paso y descolgó el auricular extrañado de que tocase, y además tan temprano, ya que era un número secreto que sólo conocían los más íntimos.

Su cuñado, el actor Peter Lawford, llamaba desde Los Ángeles.

—¿Puedes hablar?

—Dime.

—Se trata de Nor...

La actriz Marilyn Monroe se hallaba ingresada en la Payne Whitney Psychiatric Clinic como consecuencia de una tentativa de suicidio debido a la ingestión de un tubo y medio de *Nembutal*. Su gobernanta, Eunice Murray, al llegar por la mañana y ver la luz del dormitorio encendida, encontró a la actriz con el envase del somnífero vacío en la mano. Después de intentar en vano despertarla durante varios minutos, avisó a Lawford quien mandó con toda urgencia una ambulancia con un médico a Fifth Helena Drive.

—Sabía que algún día ocurriría... —comentó John consternado tras escuchar el relato de su cuñado— ¿Cómo se encuentra ahora?

—Tranquila... Hasta la próxima. Ya sabes lo que quiere... Está loca por ti y, si no se casa contigo, cualquier día volverá a intentarlo.

—Dios mío...—Un largo silencio— Búscales un buen psiquiatra a ver si la arranca de esa maldita depresión.

—El mejor psiquiatra que puede tener en estos momentos eres tú... Llámala y seguro que se animará.

—Hablaré con ella, pero busca ese psiquiatra.

—Ok.

Una vez colgado el teléfono, Kennedy deambuló por el despacho como boya sin amarra, absolutamente desconcertado y con una lacerante presión sobre su ánimo.

Media hora después, tras morderse con violencia los labios durante bastantes segundos, pulsó el interfono con gesto decidido.

—Señorita Lincoln, localice a Richard Parkery dígame que venga cuanto antes a mi despacho.

3

La convocatoria era para almorzar y Olivia y Charles, antes de partir, se habían citado para desayunar en *Magnolia*, una cafetería situada en los alrededores de la sede central de la CIA, en Langley. Ante un zumo de naranja y sendas tazas de té con pastas continuaron especulando, ya lo habían hecho por teléfono largamente la noche

anterior, sobre la extraña convocatoria de Dugan en su refugio de fin de semana.

—No sé, la verdad, por dónde nos va a salir.

—Su postura, muy ambigua, cosa rara en él, me tiene totalmente desconcertado —confesó Charles.

—El día que me llevó a la reunión con el tal *Julius* no se encontró cómodo en ningún momento. Quedaba patente que lo estaba pasando mal.

—Conmigo le pasó igual, pero no me fío, Oli... ¿Por cierto, conoce alguien de tus allegados que vamos a ir a ese lugar? —se interesó tras algunos segundos de silencio.

—Sí, mi cuñado Lyndon está al tanto.

—¿Sigue en el FBI?

—Ya, no. Ahora dirige una agencia de detectives privados. Si a las seis de la tarde no ha recibido un mensaje mío, pondrá en alerta a toda la policía del condado. Y de tu entorno, ¿quién conoce la reunión?

—Dick Sheen y Thomas Solinosky, ¿te acuerdas de ellos...? —Olivia asintió con un ligero cabeceo—. Han peinado la casa con micros de alta sensibilidad y la pasada noche no ha dormido nadie en ella. También han colocado minicámaras en el exterior para controlar quién entra y sale, y estarán pescando en las proximidades por si les necesitamos. ¿Será suficiente?

—La seguridad nunca es suficiente; te lo he oído decir muchas veces —sonrió la joven.

—En este caso, creo que sí. Dugan no puede ser tan estúpido como para montarnos una emboscada en su propia casa.

—No lo juraría yo... Sabes que es un perfecto zorro plateado. Sólo así se explica su fulgurante escalada hasta la cabeza de la CIA desde el último puesto de administrativo en Recursos Humanos.

—Muy mal debe andar la agencia cuando su director es, potencialmente, un peligro

—Ironizó Charles al tiempo que miraba el reloj y le efectuaba una señal al camarero para que le trajera la nota—. Vamos, tenemos muchas horas de coche por delante hasta Carolina del Norte.

A las dos y cuarto, guiado por Dugan, Williams aparcaba su *Hyundai Génesis* en el lateral izquierdo de la casa; una zona habilitada como parking para invitados mediante un cobertizo con tejado de pizarra de, aproximadamente, cuatro metros de ancho por veinte de largo.

La villa de Bob Dugan a orillas del Waccamaw, unos nueve mil acres de superficie acuática, era la imagen ideal del descanso: una comunión perfecta entre naturaleza y belleza arquitectónica. Se trataba de una amplia vivienda de dos plantas que semejava una cabaña de bosque con un porche espectacular abierto a las serenas aguas del lago. A escasos metros de la puerta nacía una pasarela de madera de teka que llevaba hasta el embarcadero, donde flotaba un pequeño velero mecido por la leve inestabilidad que la brisa imprimía a la superficie de las aguas.

—¿Qué tal el viaje? Un poco lejos, ¿no? —se respondió el propio Dugan.

—Pero merece la pena por contemplar este lago. Es una auténtica maravilla —comentó Charles al tiempo que panoramizaba con la mirada por la orilla.

A unos cincuenta metros se divisaba una numerosa familia acampada y, algo más allá, a dos pacientes pescadores que respondían a la fisonomía de Dick Sheen y Martín Solinosky, sus dos hombres de confianza en la agencia, ambos pertenecientes al departamento de Asuntos Internos.

—Como supongo que esta reunión os ha debido parecer muy extraña después de todo lo ocurrido. Como doy por hecho que habéis sospechado que la convocatoria podía ser una emboscada, y que habréis tomado las precauciones oportunas, no quiero andarme con rodeos. Voy a ser claro...

Los tres se hallaban sentados en el gran salón de la vivienda, una estancia de unos setenta metros cuadrados con tres ambientes. La zona de comedor poseía una mesa

alargada con doce sillas de respaldo alto y un mueble vitrina donde reposaban una vajilla de *Cantaoy* una cristalería de *Daro*, modelo *Bramante*; la zona de estar se hallaba delimitada por tres sofás de cuero en forma de “U”, orientados hacia una gran chimenea sobre la que colgaba un lienzo vertical de motivos cinegéticos; y finalmente, una abigarrada biblioteca con cuatro sillones orejeros flanqueando un ventanal abierto a la verdosa planicie del lago.

—La Casa Blanca, y cuando digo la Casa Blanca estoy hablando del secretario de Estado, o lo que es lo mismo, del mismísimo presidente... me ha encargado, me ha “ordenado” con gran insistencia, desmontar *Arcanum*—Charles y Olivia cruzaron de forma instantánea una mirada de inusitada sorpresa—. Pero el desmantelamiento tiene que ser, y me lo recalcó reiteradamente el secretario de Estado, sin que se produzca ningún escándalo. Y aquí radica el problema. Si el tema no salta a la prensa y a la televisión, no se puede hacer nada. Y si salta, el escándalo será monumental. Llevo más de dos años con este tema, tragando situaciones como las que hemos vivido juntos en el despacho de *Julius III* y otras mucho peores aún, y os confieso que me siento incapaz de acabar con esa organización. Tengo diseñados diez o doce planes diferentes, pero todos se topan con el mismo problema: es imposible terminar con ella desde fuera si no se recurre a soltar la bomba desde los Medios de Comunicación no adictos a ella.

Siguió un silencio en el que la consulta ocular entre Williams y su ex compañera sentimental se alargó bastantes segundos sin ningún tipo de disimulo, finalizando con una pregunta inevitable por parte de Charles:

—¿Nos lo cuentas para que te ayudemos?

—No exactamente... Necesitaba hablar con vosotros para que no sigáis creyendo que soy un hijo de puta que colabora en el asesinato de sus agentes, o que los expulsa de la agencia bajándose los pantalones ante *Julius III*. Y también, para que sepáis que si *Arcanum* no ha intentado nada contra vosotros se debe a que yo he podido poner hasta ahora piedras en su camino. Pero esta labor obstruccionista tiene un límite..., el límite de que no me descubran. Porque si esto ocurriera, *Arcanum* se fiaría más de la CIA, y sólo la CIA tiene alguna posibilidad de acabar con ese departamento...

—Lo que estás contando, Bob, podías habérmelo dicho el día que te monté el pollo en tu despacho —le reprochó Olivia.

—Lo estuve pensando mucho, pero no me atreví. Y bien que sentí que te marcharas. Y respecto a ti, Charles, ¿tú crees que puedo estar de acuerdo con que delante de mí te ordenen matar a Olivia? ¿Te imaginas lo que pasaba por mi estómago en aquellos momentos...?

—¿Pero de dónde le viene tanto poder a *Arcanum*? ¿Sólo del departamento de Defensa? —le planteó Williams tras unos instantes de silencio

—El Pentágono, tú lo sabes muy bien, significa muchas cosas además del poder militar. Detrás de él se encuentran el poder armamentístico, el energético, el tecnológico y el farmacéutico, que son los auténticos poderes fácticos de Estados Unidos. Los cinco tienen mucho que ocultar... Precisamente por eso existe *Arcanum*.

—¿Tantos secretos, y tan grandes, hay que tapar? —intervino Olivia.

—Muchos más de los que podamos imaginar. Hasta donde yo conozco de *Arcanum*, y conoceré apenas un quince o un veinte por ciento, el falso atentado contra Kennedy es una piadosa mentira de novicia comparada con otros secretos que custodia la organización de *Julius III*.

—¿Una mentira de novicia? ¡Por Dios, Bob! ¡Que yo sepa, como mínimo, esa pequeña mentira ha costado ya trece vidas humanas! —protestó la joven.

—¿Y qué son trece muertes para quienes creen que Estados Unidos es la reencarnación de Dios en la Tierra y ellos son sus sumos sacerdotes? —Se atrincheró entre los tres un denso silencio que terminó rompiendo el propio Dugan— Bien, ya

conocéis, el objetivo principal de la convocatoria: daros una explicación sobre mi comportamiento. Pero si deseáis colaborar y se os ocurre algo...

A los postres del almuerzo, los tres comensales no tenían configurado ningún plan convincente para cumplir con el deseo de la Casa Blanca de acabar con el poder de *Arcanum*, reconduciéndolo a un organismo dependiente de la presidencia de la nación, que era lo lógico. Tanto Charles como Olivia llegaron a la misma conclusión que Dugan ya les había adelantado: o el tema saltaba a los Medios de Comunicación libres y se revolucionaba la opinión pública, o no había manera de acabar con su omnímodo poder en la sombra.

—Y aún así —apostilló el director general—, habría que ver qué periódicos y cadenas de televisión no están controladas por sus largos y poderosos tentáculos... No sé si me explico.

—¿Internet...? —insinuó Charles.

—Es una posibilidad.

A media tarde, cansados de especular, decidieron salir al aire libre para despejarse un poco. Olivia aprovechó una visita al aseo para enviarle un mensaje de tranquilidad a su cuñado y Williams hizo lo propio con sus dos hombres de confianza, ordenándoles que finalizaran su “jornada de pesca” y regresaran a Washington.

El paseo por la orilla del lago, donde las copas de los arces y castaños se movían por un viento juguetón, actuó como eficaz bálsamo para sus combustionadas cabezas. Fue una larga, pausada y reflexiva caminata a la busca y captura de una idea eficaz para desmontar el contrapoder que ejercía el Pentágono con *Arcanum* frente a la Casa Blanca. Un intento fallido porque regresaron a la casa sin dicha idea y siguieron trabajando en un encarnido *brain storming* que continuó después de la cena durante un nuevo paseo, ahora por el lago, en el velero de Dugan. Costearon el Waccamaw en una noche iluminada por una lechosa luz de luna, casi de neón, soportando un penetrante frío cargado de humedad. El espectáculo merecía la pena. Parecía un romántico paseo de enamorados y no un nido de conspiraciones contra la pulpa de los insondables secretos, o vergüenzas, de la gran nación americana.

A medianoche, de nuevo en el salón de la vivienda y con sendas copas de brandy en las manos, optaron por abandonar la búsqueda de un plan general de actuación y se centraron en la estrategia de ser prácticos e ir poco a poco. Ya surgiría en su momento, pensaban, la idea luminosa que buscaban.

El primer paso consistía en localizar el cuartel general de la oscura organización. Sabían que se encontraba en el vientre de Manhattan pero desconocían dónde exactamente, ya que la limusina blindada y opaca que les había trasladado al citado cuartel impedía fijar dicha localización.

La solución a este primer problema se le ocurrió a Olivia Perry. Era bastante sencilla, pero su puesta en práctica requería que Dugan fuera convocado por *Julius III*.

4

El 4 de abril de 1962, tras una larga conversación con Kennedy, Richard Parker se puso a trabajar *full time* para intentar resolver el lacerante problema personal que le aquejaba. El presidente le había pedido que diera cuerpo a la idea que se le había ocurrido unos meses antes, entre copa y copa, en la cafetería del hotel Beverly Hilton de Los Ángeles mientras él pasaba la noche con la actriz Marilyn Monroe. Seguía pensando que era un despropósito total, una locura que no podía resultar bien, pero quería que su íntimo amigo le demostrara que existía un razonable número de posibilidades de que fuera un éxito.

Su puesto de jefe de la seguridad personal del presidente le permitía una libertad de

movimientos que muy pocas personas poseían en la Casa Blanca. Traspasó trabajo y funciones a otros miembros de su equipo y se entregó de lleno a una operación que bautizó en clave como *Chanel n° 5*, el nombre del perfume que Marilyn Monroe había convertido en mítico al pronunciar una frase ya legendaria:

—*Yo, para dormir, sólo me pongo unas gotas de Chanel n° 5.*

Meticuloso hasta la irritación, tardó casi un mes en escaletar por escrito el plan embrionario que se había gestado en su mente aquella noche de 1962 mientras paladeaba, pausada y reflexivamente, el estimulante fuego de una botella de *Cutty Sark*.

Comenzó por buscar un motivo sustantivo para convencer a cada una de las personas que se involucrarían en la operación. No tardó en encontrarlo y darle forma de argumento sólido. En la falsa muerte de la actriz, la razón sería evitar que fuera asesinada por el “clan Kennedy” para que no revelara su adulterio con el presidente, ni divulgara los secretos de estado que le había contado durante sus relaciones íntimas. En el caso del magnicidio de Dallas, la razón era algo más rocambolesca pero convincente también: el presidente había traicionado a Norteamérica estableciendo un pacto secreto de desarme con Nikita Kruchev en el que la URSS salía ganando con claridad; destituirlo por dicho pacto sería un gran descrédito para la nación y el Pentágono había decidido obligar a Kennedy a aceptar la simulación de su asesinato. Una vez “muerto, culparían del “crimen” a Rusia con el fin de galvanizar a todos los patriotas estadounidenses contra el comunismo soviético.

Desarrolladas las líneas maestras de todo el plan, dividido en dos fases por orden cronológico, “A” para Marilyn Monroe y “B” para Kennedy, pasó a configurar el equipo que colaboraría directamente con él en su ejecución.

Dado que la esencia de su idea se basaba en una colosal comedia, decidió tener a su lado a un eficaz director de escena. No necesitaba un divo sino a un profesional eficaz; alguien que no intentara “hacer arte” sino que tuviera el oficio suficiente para solventar cualquier problema un minuto antes de que surgiera.

Le costó casi quince días de entrevistas en el perímetro cinematográfico de Hollywood, con la dificultad de no poder revelar cuál sería el trabajo en cuestión. Finalmente encontró al hombre adecuado: Franklin Jordan, cincuenta y cinco años, un eterno ayudante de dirección y, a la vez, guionista cinematográfico. Su foto y nombre no aparecía en las revistas especializadas, lo cual era una ventaja; sin embargo, era muy apreciado entre directores y productores por su gran capacidad de trabajo y, sobre todo, por su imaginación para resolver los mil imprevistos de un rodaje.

“Que lo solucione Jordan. Llama a Jordan. Manda a Jordan. Que vaya Jordan. Quiero aquí, ahora mismo, a Jordan. Esto no lo arregla ni Jordan...”. Eran frases que avalaban la eficacia del hombre con el que se entrevistó Parker, una tarde de finales de junio, en una habitación del Sheraton Los Ángeles.

—Señor, no necesito que me abone usted nada por mi trabajo. Más aún, estaría dispuesto a pagar por trabajar en lo que me ha propuesto —le confesó Jordan después de algunos segundos de intenso silencio, casi emocionado, tras saber con exactitud en qué consistiría su labor— Va a ser la película más importante de mi vida.

—La Historia, le advierto, no le reconocerá sus méritos si la película, como usted la llama, resulta un éxito —ironizó su interlocutor.

—A mis años, y después de haber conocido las miserias de gran parte de los monstruos de Hollywood, y nunca mejor dicho lo de monstruos, la Historia para mí no deja de ser sino una conjunción de estupideces.

Richard tuvo claro desde el principio que *Chanel n° 5-A*, aunque tenía relación con *Chanel n° 5-B*, debería estar separado de éste en su planificación y ejecución; es decir, tanto la “muerte” de Marilyn como la de John serían llevadas a cabo por dos equipos diferentes y, además, sin ningún tipo de relación entre sí. Sólo se hallarían

unidos por la cúpula, en la que únicamente estarían él, Franklin Jordan y dos personajes claves que necesitaba encontrar aún; en concreto, una relaciones públicas que dominara el turbio y complicado mundillo de la Meca del Cine, y un periodista con gran ascendencia en la prensa neoyorquina y buenos contactos entre la élite política de Washington.

Para el primer puesto, en principio pensó en la célebre Hedda Hopper, una periodista y actriz con una inmensa influencia en el planeta Hollywood. Tras sondearla en dos comidas, no le inspiró confianza. También se entrevistó con Louella Parsons y tampoco tuvo una buena “química” con ella. Finalmente se decantó por Gloria Makulas, una ambiciosa mujer de origen griego, más conocida en Los Ángeles como *Madame Safo*. Rebasaba con creces el medio siglo, pero el cuidado exquisito de su cuerpo desde joven le estaba produciendo excelentes réditos en la madurez. Actriz frustrada por sus escasas dotes interpretativas, había encontrado su sitio en el mundo gracias a las sábanas de muchos famosos. Audaz hasta la temeridad, sin escrúpulos de ningún tipo, bisexual muy liberada y atractiva, reconvirtió sus sueños de estrella del celuloide en realidades de poder y dinero.

El poder se lo daba el conocimiento de las debilidades carnales que poseían muchos prohombres y mujeres de Beverly Hills, tanto productores como actores, directores y actrices. El dinero se lo proporcionaban los efebos y vestales que arribaban cada día a El Dorado del cine soñando con la fama de las pantallas.

Gloria los captaba en los castings, se ofrecía a ser su representante pagándoles de entrada un espectacular *book* de fotos y, luego, les explicaba cómo “funcionaban” por dentro los grandes estudios. Había dos caminos para convertirse en astro o estrella de cine: uno rápido y otro lento. Este último consistía en presentarse en manada a todos los casting, estudiar ocho horas en una costosa academia de interpretación, esperar colas de cuatro horas para que te viera un auxiliar de dirección durante quince segundos... En la otra vía, la rápida, la prueba te la efectuaba un director o un productor en su cama; o bien un actor o actriz famosos que luego te podía recomendar, o no, al director de casting de alguna película en la que ellos intervinieran.

La mayoría de los aspirantes a ver sus nombres en los *affiches* de las grandes salas de cine, generalmente sin dinero, y muchos de ellos sin un techo y con el estómago vacío, tardaban muy poco tiempo en elegir la opción rápida.

A finales de los años cincuenta, rica y famosa, Gloria Makulas reconvirtió su negocio de prostitución encubierta en una agencia de relaciones públicas a la que bautizó como *Glamour*. Se retiró con discreción del negocio sexual, aunque siempre estaba dispuesta a hacerle un favor a un amigo o amiga, y se dedicó a organizar eventos de *alt standing*. Si alguna productora deseaba una fiesta de lanzamiento de una película, si otra firma publicitaria estrenaba un producto de belleza, si una asociación creaba unos premios cinematográficos y deseaba que tuvieran gran repercusión, no dudaban en ponerse en manos de *Glamour*. Pagaban un alto coste pero el éxito de asistencia de famosos estaba asegurado.

Al finalizar uno de estos eventos, una noche de primeros de junio del 62, en un reservado del *pub Montecarlo*, en Beverly Hills, y tras asegurarse su silencio, Richard le explicó el plan en el que deseaba que colaborara con él.

—Señor Parker, de la relación entre Marilyn y el presidente conozco bastante más que usted. Somos muy amigas y cada vez que se acuestan, ella me lo cuenta. Y por favor, no me hable de usted, me hace mayor de lo que soy.

—Ok. Lo mismo te digo. Bien... Entonces sabrás que están muy enamorados.

—Como dos adolescentes de quince años. Pero también sé que Marilyn ha intentado suicidarse porque Jack no puede casarse con ella y, aunque se ha salvado de momento, algún día tendremos una luctuosa noticia.

—Justo eso es lo que quiero evitar simulando su muerte.

—Marilyn está viviendo sobre la punta de un puñal. El FBI, y más en concreto Hoover, conocen perfectamente la relación amorosa. El partido republicano la sospecha y, por otra parte, la mafia de las Vegas está utilizando a Marilyn para mandarle mensajes a Kennedy. Mensajes cada vez más amenazantes por los compromisos contraídos con Sam Giancana a causa de la ayuda prestada al presidente durante su campaña electoral.

—Pues hay que apartarla de ese puñal cuanto antes. ¿Te parece adecuado el plan que te he contado, simular su desaparición en aguas del Caribe por un accidente de avioneta durante el rodaje de un spot publicitario?

—Si se atan bien los cabos, sí. Pero no olvides que la prensa lanzará sobre la noticia a sus mejores perros de presa. ¿Cuál sería mi papel en el montaje?

—Conseguir que nadie dude de la muerte de Marilyn. Estudia el tema bajo esta premisa, traza un plan, prevé los costes y nos sentamos a hablar cuando lo tengas todo claro. ¿De acuerdo? Y por supuesto, te lo repito por enésima vez, silencio absoluto sobre todo lo que te he contado.

Al día siguiente de cerrar el acuerdo con Gloria Makulas, Parker regresaba a Nueva York y cuarenta y ocho horas más tarde, en el *Tavernon the Greendel* prado de Sheep Meadow, en Central Park, se entrevistaba con Bill Donovan, uno de los gurús del periodismo norteamericano.

Rondaba los sesenta y cinco años pero la minuciosidad y pulcritud con la que se acicalaba, al igual que ocurría con Gloria Makulas, le conferían una especie de segunda madurez: traje blanco impecable, zapatos de rejilla del mismo color, camisa azul cielo abrileño y corbata púrpura. Un auténtico dandy.

En realidad, Donovan no era un periodista en el puro y estricto sentido de la palabra. Mejor lo definían las frases: “se dedicaba al periodismo” o “vivía del periodismo”. En otras palabras, traficaba con la información. Cuando conseguía una exclusiva, siempre se planteaba cómo rentabilizarla lo mejor posible. Unas veces lo lograba publicando la noticia con su firma, otras se la vendía a colegas necesitados de proporcionar a su periódico *unscoopy*, la mayoría de las veces, chantajeaba con ellas a sus protagonistas si eran personajes importantes, bien por su fama, por su poder o por su dinero, cobrando por no publicar el reportaje en cuestión. Una actividad que en numerosas ocasiones, en privado, le llevaba a pregonar que él “valía mucho más por lo que callaba que por lo que escribía”.

Una vez que Richard le contó sucintamente la operación *Chanel nº 5-B*, Donovan sacó del bolsillo interior de su nivea chaqueta una petaca de cuero de donde extrajo un espectacular *cohiba*. Lo picó, olió y encendió con parsimonia, un ritual casi religioso que finalizó al expulsar con delectación la primera bocanada de humo.

—Me parece una operación de alto riesgo..., de muy alto riesgo... Pero está muy bien concebida desde el punto de vista logístico y, más aún, desde el psicológico. A nadie se le va a ocurrir pensar que una cosa así pueda suceder... Siempre, claro está, que no se cometa ni un solo error —Y fiel a su sentido mercantilista de la vida, apuntó a continuación—: Mi posible colaboración, señor Parker, depende de lo que me pague y de que mi nombre no aparezca para nada en ningún momento del montaje.

Llegaron a un acuerdo económico en menos de quince minutos, obteniendo de Richard una convincente promesa de que sería un hombre por completo en la sombra. Promesa innecesaria ya que todos los participantes se moverían, por razones obvias, en la más absoluta impunidad.

—¿Cuál será específicamente mi trabajo?

—Crear una maraña de hipótesis sobre la autoría del atentado.

—¿Podríamos denominarla... una maniobra de distracción total?

—Correcto. Pero antes necesito un plan, lo más detallado y concreto posible, de lo que podría hacer usted para distraer a sus colegas y, como consecuencia de ello, a la

opinión pública tanto nacional como internacional.

—Me divierte la idea, señor Parker... Y si encima me proporciona una renta anual... ¡Placer con dinero! ¡La fórmula ideal de los buenos negocios!

—¿Cuándo volvemos a vernos...? ¿Un mes...?

—Incluso antes, si quiere. Mañana mismo me pongo a trabajar en la cortina..., en las varias cortinas de humo que habrá que extender.

—Nos llamamos. ¿Alguna pregunta?

—Supongo, por lo meticoloso que es usted, que antes de elegirme se habrá informado sobre mí.

—No lo dude.

—Y también, supongo, se le habrá pasado por la cabeza la idea de que la información del falso atentado contra Kennedy en mis manos será una tentación permanente —sonrió, casi babeando, el presunto periodista.

—Sí, claro que lo he pensado. Pero estoy convencido de que no caerá en esa tentación.

—¿Tan seguro está?

—Al cien por cien.

—¿Puedo saber por qué? —insistió Bill con la misma sonrisa, pero ahora derivada a mueca ante la firmeza de su interlocutor.

—Porque perdería muchas cosas al perder la vida... Perdería las cuatro viviendas que posee, los casi dos millones de dólares que tiene invertidos en productos monetarios, perdería esas dos preciosidades de tetas de veinticinco años con las que se acuesta una vez por semana en el apartamento cuarenta y dos del edificio Dakota... No volvería a ver a sus tres hijos ni a Meg, su encantadora nieta. Perdería el gran poder que tiene en los medios políticos y periodísticos de Nueva York... ¿Sigo?

La sonrisa transformada en mueca había degenerado en una expresión untada de innegable miedo. Después de un significativo silencio en el que ambos se sostuvieron la mirada, Donovan lo rompió con un comentario entremezclado de un latente nerviosismo.

—Hace unos minutos, tenía todas las dudas del mundo sobre la viabilidad de su proyecto... Ahora, señor Parker, no tengo ninguna duda de que su plan será un éxito absoluto.

Tras contratar a Jordan, Makulas y Donovan, una vez de acuerdo los cuatro en la concreción de los planes "A" y "B", y obtenido el *placet* del presidente Kennedy, Richard puso manos a la obra para encontrar a los personajes secundarios de la gran comedia. Desde el principio, casi desde la misma noche en la que se le ocurrió la idea en el hotel de Los Ángeles, tuvo clara la estrategia de crear una gran cortina de humo en torno a los dos actos de la obra. Era la única manera de que se convirtiera en un éxito.

En el caso de Kennedy, el mejor leño para generar abundante humo radicaba en presentar una versión oficial del asesinato con las lagunas suficientes para que cualquier americano medianamente informado dudara de ella. Este objetivo se conseguiría si lograba achacar el futuro "magnicidio" a una sola persona y que el *establishment* defendiera con todo su poder la tesis del asesino único frente a las numerosas teorías conspirativas que surgirían de manera inevitable.

Con el fin de dar credibilidad a la idea del "asesino solitario", tenía que hallar un personaje con un pasado que justificara esa actuación estrictamente personal. Para ello trazó el retrato robot de "un americano captado por el gran enemigo, el comunismo ruso, que asesinaba por idealismo al presidente de la nación capitalista por excelencia: Estados Unidos". Dibujado este prototipo ideológico, no le fue difícil encontrar al "actor". Tres días rastreando los archivos del FBI en el departamento de "Marxistas" le proporcionaron media docena de candidatos que, una vez estudiados con detenimiento, le llevaron a decantarse por un tal Lee Harvey Oswald.

Nacido en Nueva Orleans el 18 de octubre de 1939, la traumática separación de sus padres y el desarraigo subsiguiente le llevan a tener que ponerse en manos de un psiquiatra debido a graves desequilibrios emocionales en su adolescencia. A los diecisiete años, tras frecuentar ambientes marxistas, se enrola en la marina donde sus instructores de tiro le califican de "mediocre".

En octubre del 59, abandonado el ejército, realiza un viaje a la Unión Soviética donde pide la nacionalidad rusa; no se la conceden aunque sí le dan un permiso de residencia. Durante su estancia en la URSS conoce a Marina, una joven de diecinueve años con la que se casa en abril de 1961 y tienen una hija. En junio del año siguiente el matrimonio regresa a Estados Unidos y se establece en Nueva Orleans, donde de vez en cuando, debido a sus veleidades comunistas, Oswald sufre controles del FBI.

Esta biografía poseía dos datos extraordinariamente importantes para Parker: era un mal tirador y estaba imbuido de la ideología comunista. Perfecto. Por una parte, nadie se creería que pudiera efectuar tres certeros disparos en escasos segundos y a una distancia considerable del objetivo. Y por otra, se hallaba ofuscado por un gran odio al máximo representante del imperialismo mundial: el presidente de Estados Unidos.

A finales de octubre del 62, Richard se entrevistó con Oswald en su casa de Nueva Orleans. Sin revelar de entrada el plan, salvo que actuaría como cabeza de turco de un falso asesinato, utilizó con él la consabida táctica de "palo y zanahoria". Le avisó de que el FBI no le iba a dejar vivir en paz por su pasado comunista, pero si colaboraba con él, la policía federal borraría dicho pasado. Luego, tras unos años en el corredor de la muerte, tiempo en el que no le faltaría nada a su familia, un día escaparía con la complicidad del alcaide de la prisión y podría disfrutar de una cómoda vida, con abundante dinero y otra identidad, en el país europeo que eligiera.

Oswald no se decidió a aceptar la extraña oferta hasta mediados de enero del 63, una vez comprobado que, en efecto, el FBI no le iba a dejar vivir en paz por sus antiguos contactos con el régimen soviético. Le costaba encontrar un trabajo estable y, cuando por fin lo conseguía, al poco tiempo era expulsado sin una explicación convincente. Y para colmo, Marina, su esposa, volvía a quedarse embarazada.

Aceptada la propuesta de Richard, éste le entregó diez mil dólares, cantidad que le solucionó muchos problemas y, sobre todo, le dio una gran confianza en que cumpliría todas las demás promesas.

Tras ponerse en sus manos, y sin conocer aún a quién iba a "asesinar", su mentor le ordenó realizar una serie de acciones para completar una biografía perfecta de cara al "magnicidio". Entre ellas, adquirir por correo un fusil *Mannlicher Carcano 6,5* y simular con él un fallido y esperpéntico atentado contra un tal Edwin Wolker, general ultraderechista ya retirado, así como viajar a México y personarse en las embajadas de Rusia y Cuba solicitando sendos visados para trasladarse a dichos países "a finales de noviembre".

Tras los acontecimientos anteriores, Lee H. Oswald se instala en Dallas en la primera semana de octubre del 63 y Parker le encuentra poco después un trabajo en el Texas School Book Depository, justo unos días antes de ser padre por segunda vez. No volverían a verse hasta la tarde del 17 de noviembre, fecha en la que Richard le reveló a quién tenía que "asesinar" y cómo debía proceder el día del "crimen", movimientos que ensayó repetidamente con él hasta que quedaron perfectos.

Consciente de que no todas las escenas de la magna comedia se desarrollarían en la práctica con arreglo al libreto escrito, de que el azar podría jugar en alguna ocasión en su contra, el cerebro de la atrevida operación se ocupó a conciencia de tener una alternativa para todos los actores y escenas principales.

El plan B, en el caso concreto de Oswald, se llamaba Jack Ruby con quien Richard se entrevistó en Dallas el 11 de noviembre, a la salida de un servicio religioso metodista en una iglesia de Highland Park. Se trataba de un mafioso al que el FBI tenía agarrado

por mil delitos y al que todos los gangs de la ciudad querían balear por considerarlo un chivato de la policía. No tenía un pasado marxista, pero en la hipótesis de “tener que ser el asesino del presidente”, Parker le había fabricado un “encargo” de Sam Giancana, el gran capo de Las Vegas: matar a Kennedy como venganza por no haber cumplido sus promesas a cambio de la ayuda prestada por la mafia para llegar a la Casa Blanca.

De necesitar sus servicios en la hipótesis de una indisposición de Oswald, le ofreció lo mismo que había prometido a éste: limpiarle por completo su pasado delictivo y proporcionarle una espléndida nueva vida después de su paso, no muy largo ni penoso, por la cárcel. Y al igual que había hecho con aquél, ensayó con Ruby meticulosamente todos los movimientos que debía efectuar en la plaza Dealey antes y después del simulacro de atentado.

5

Dan Foster había optado por permanecer en Los Ángeles redactando por orden cronológico todo cuanto había descubierto en California desde que se trasladó a la bahía de San Francisco para estudiar los dos casos de *Vóltrax* aparecidos en aquella zona.

Tenía claro que, llegado el momento, debería someter a una doble prueba de ADN los restos humanos que descansaban en el Westwood Village Memorial Park Cemetery para verificar que no pertenecían a Marilyn Monroe sino a Jane, la esposa de Paul Wagner. Esta doble verificación sería posible gracias, por una parte, a los cabellos auténticos de la actriz que poseía Joan, la hija de Hillary Sontag, y por otra confrontando el citado ADN de Jane Wagner con el de su hija Alba. Estas pruebas encerraban un problema, complicado o sencillo dependiendo de los escrúpulos de Dan que, ante una buena historia, no solían ser muchos: abrir el nicho de la actriz. Ir por la legalidad, no tenía ninguna duda, se complicaría todo hasta el infinito; así que debería optar, casi seguro, por abrirlo con sus propias manos o contratar a alguien que le hiciera el trabajo sucio.

Justo andaba dándole vueltas al trámite inevitable de la prueba de ADN cuando recibió un sms de Olivia. Le enviaba la localización del lugar exacto donde vivía Richard Parker, al tiempo que le citaba para un chateo urgente con el fin de informarle sobre la interesante reunión mantenida con el director general de la CIA.

Cuarenta y dos horas después del chateo, disfrazado de sacerdote católico con camisa negra y tirilla blanca, el escritor español aterrizaba en el Newark Airport provisto de una cartera donde portaba los valiosos documentos de Linda Lange y Paul Wagner. El traslado hasta Princeton lo efectuó en tren y allí tomó un taxi que le dejó en el centro de la urbanización *Green Moon* donde, diez minutos después, gracias a la ayuda de un locuaz jardinero ecuatoriano, localizaba la casa de Parker. Establecida una discreta vigilancia durante media hora, vio salir de ella a una mujer de unos cuarenta y muchos años que subió a un todoterreno antediluviano aparcado en las proximidades, alejándose en dirección norte hacia el *campus* universitario que había visto desfilar por sus aulas a personajes tan ilustres con Einstein, Forbes Nash y Oppenheimer.

Poco después, Foster pasaba con marcada lentitud delante de la puerta principal sin detectar nada del interior debido a los visillos color crema ribeteados de encaje que cegaban las ventanas. Luego, tras husmear por la zona de atrás, se acercó a la puerta de la cocina y del garaje en busca de algún posible acceso. Finalmente optó por la vía más directa: pulsar el timbre de un vídeoportero situado en el lateral derecho del marco de la entrada principal. Algunos instantes más tarde, le llegó a través del telefonillo la debilitada voz de un hombre mayor.

—¿Quién es?

—¿Señor Parker?

—Sí.

—Mi nombre es Santiago, padre Santiago Torrico, de la comunidad hispana de San Salvador... —se presentó frente al ojo de la cámara del videóportero.

Siguió un silencio que duró unos diez segundos, volviéndose luego a oír la voz del anciano, ahora muy pausada, casi solemne a pesar del bajo timbre de sus cuerdas vocales.

—Padre Santiago... si su verdadero nombre es Foster, entre... En caso contrario, le ruego que se marche, por favor.

El impacto por la sorpresa paralizó de manera momentánea al escritor español. Recuperado, sonrió levemente y contestó al tiempo que se quitaba la tirilla frente a la cámara.

—Soy... Dan Foster.

Sonó el clic de la cerradura al abrirse accionada a distancia.

—Bienvenido... Ya creía que me iría al otro mundo sin tener el placer de hablar con usted... Pase, por favor... Estoy en el sótano.

6

La decisión de investigar *Arcanum* pasaba inexorablemente por encontrar el lugar donde se hallaba su cuartel general. Para esta localización, Olivia Perry, Charles Williams y el director de la CIA habían concebido un plan en la mansión del lago Waccamaw, teniendo la oportunidad de ponerlo en práctica apenas tres días más tarde, gracias a una llamada de *Julius III* a Dugan para verse en Nueva York.

A las diez de la mañana del 29 de octubre, Olivia y Charles aterrizaban en el aeropuerto neoyorquino de La Guardia provenientes de Washington, en vuelo regular de United Airlines. Cincuenta y dos minutos después lo hacía en la terminal Marine Air el Falcon privado que utilizaba el director de la CIA en sus desplazamientos profesionales.

Como siempre que visitaba a *Julius III*, a Dugan le esperaba una limusina blindada de color oscuro en un área reservada del aeropuerto, muy próxima a la zona donde estacionaban las aeronaves de los vuelos privados. Nada más subir al largo y lujoso automóvil con los cristales opacos, tanto para los viajeros como desde el exterior, Bob envió un mensaje de móvil a Olivia con la matrícula de la limusina.

Seis minutos después, el majestuoso vehículo abandonaba la zona aeroportuaria por una salida próxima al parking 7, momento en el que Charles y Olivia, a bordo de un taxi estacionado en las proximidades, ordenaban al conductor que se pegara a él y no se distanciara en ningún momento.

La limusina circuló por la calle 94 hasta Ditmars Boulevard para luego enfilarse hacia Astoria Boulevard a través de la avenida 23, tomando finalmente la Grand Central Parkway West hasta Manhattan. Veintiún minutos después de salir del aeropuerto, la limusina se detuvo frente a la puerta de un garaje en Church Street, entre Maiden Lane y Fulton Street, cuya puerta comenzó a doblarse por la mitad al tiempo que se elevaba para dejar paso al vehículo blindado.

Durante la citada operación, Olivia y Charles abonaron el recorrido al taxista y se aparearon sin perder de vista el automóvil donde viajaba Bob Dugan, hasta que comenzó a descender una rampa con un quince por ciento de desnivel con respecto a la calzada. La primera fase del plan, localizar el parking por el que se accedía a la sede de *Arcanum*, había concluido con éxito. Pertenecía a *Millenium*, un edificio de oficinas de quince plantas de reciente construcción, a unos cien metros de la Zona Cero, donde

tenían su sede central, o delegaciones, empresas de sectores tan diferentes como seguros, telefonía, informática o productoras de cine y televisión.

Una hora y media más tarde, en la sala de consulta pública del Registro Municipal de Urbanismo del distrito de Manhattan, Olivia y Charles llegaban a la conclusión de que en el subsuelo de *Millenium* no existía ningún sótano que se correspondiera con la sede de *Arcanum* que ellos conocían. Ni debajo del citado edificio de oficinas ni en un radio de quinientos metros; perímetro en el que se incluía la zona que ocupaban las celeberrimas Torres Gemelas, abatidas el histórico 11-S y sustituidas luego por el polémico complejo urbanístico presidido por la *Freedom Tower*.

—¡Ni el menor rastro! —Concluyó Charles apagando enfurecido la pantalla del ordenador a través del que se había adentrado en los intestinos arquitectónicos del edificio *Millenium* y sus alrededores—. Es como buscar una aguja en un pajar, con la particularidad de que ni hay aguja ni hay pajar.

—Lógico. Somos unos capullos —comentó la joven a su lado.

—¿Qué quieres decir?

—¡Lo que has oído! ¡Somos unos jodidos capullos y, en consecuencia, estamos haciendo el capullo! Buscamos algo que sabemos que existe pero que, a su vez, no existe. ¿Me explico ahora?

—¿A dónde quieres ir a parar? —le planteó Williams mientras se frotaba los ojos cansados por la excesiva fijación en la pantalla.

—Si *Arcanum* existe en ningún registro oficial, ¿cómo se nos ocurre pensar que su cuartel general va a figurar en el archivo urbanístico municipal? Cuando edificaron el búnker aprovechando la reconstrucción de la Zona Cero, en buena lógica lo hicieron desaparecer a nivel administrativo. ¿Somos o no somos unos capullos?

—No somos capullos del todo, querida Oli —ironizó Charles—. Prueba de ello es que has llegado a una conclusión inteligente. Pero ahora, ¿qué?

—Sabemos que *Arcanum* está ahí, pero no tenemos ningún dato que pruebe su existencia —reflexionó la ex agente en voz alta—. Ni tampoco tenemos idea de cómo se llega hasta él... Y lo que es peor, si lográramos entrar en su santuario...

—No saldríamos vivos de él —Continuó Charles el pensamiento negativo de su amiga—. Así que sólo nos queda...

—Que el subsecretario de Defensa se asuste y colabore —Concluyó la ex agente Perry—. Una posibilidad muy remota.

—¿Cuánto queda para que finalice el ultimátum que le diste?

Olivia consultó su reloj y respondió sin apartar la mirada de la esfera digital.

—Apenas cinco horas...

—Y si no colabora, ¿qué? ¿Le reventamos el cargo y su vida familiar con el escándalo del club *Tugurium*? —planteó Williams.

—Merecerlo se lo...

La joven cortó la frase al sonar el móvil de su compañero.

—Dime, Bob.

—¿Habéis encontrado algo?

—En el registro urbanístico de Manhattan no consta ninguna edificación subterránea por esa zona.

—Me lo imaginaba. No iban a ser tan ingenuos. ¿Alguna idea?

—Rezar para que el subsecretario de Defensa llame antes de cinco horas.

—Me uniré a vuestras oraciones. ¿A qué hora tenéis la vuelta a Washington?

—A las seis. Disponemos de tres horas y media por delante. ¿Se te ocurre algo? —le planteó Charles.

—No... —respondió su interlocutor luego de una breve pausa—. Bueno..., si os queréis entretener mientras tanto, podéis daros una vuelta por el garaje. No estaría de más husmear hasta donde se puede llegar... En fin, vosotros veréis.

—No es mala idea —le contestó Charles mirando fijamente a Olivia—. ¿Dónde estás tú?

—En el aeropuerto, a punto de subir al avión. Si tenéis algún problema, llamadme.

—Ok... ¿Para qué te quería ver *Julius III*..., si puede saberse?

—Desea jubilarse a primeros de año y anda buscando sustituto. Me ha encargado informes sobre tres candidatos que está estudiando para proponérselos al Pentágono.

Media hora después, Charles y Olivia se hallaban apostados a la entrada del garaje del edificio *Millenium*. No tardó en abrirse para permitir la salida a un Grand Chevrolet que abandonó la oscuridad de la rampa con las fauces encendidas y un motor que rugía con todas sus fuerzas mientras escalaba el desnivel con la calle.

Instantes después, recibiendo en sus narices el rebufo a gasóleo del tubo de escape, los dos investigadores se colaron perdiéndose por la oscura bajada al garaje. A unos veinte metros aparecía un tramo horizontal que continuaba a la izquierda, en un giro de 180 grados, mediante otra rampa con la misma pendiente que les dejó en el primer sótano: un garaje de unos mil metros cuadrados con numerosos automóviles estacionados entre un bosque de columnas.

Continuaron bajando hasta el cuarto sótano. Justo en el inicio del descenso al quinto nivel, se toparon con una barrera de seguridad custodiada por un par de garitas donde, sentados al acecho tras un cristal, descubrieron a dos “gorilas”, uno de piel blanca y otro negra.

—Hola. ¿Buscan algo los señores? —les preguntó este último mientras salía de su puesto de control exhibiendo su fornido cuerpo, reforzado por un pistolón a la derecha de la cintura y una descomunal porra a la izquierda.

—Buscamos... —Charles dudó unos instantes y Olivia, siempre rápida de mente, acudió en su auxilio.

—Un automóvil... Lo estacionamos anoche, de madrugada, y ahora no lo encontramos...

—Veníamos un poco... bebidos... —añadió Williams.

—Bastante bebidos... Bueno, lo que se dice borrachos... —remachó Olivia observando cómo el “gorila” blanco abandonaba también su madriguera.

—Pues búsquenlo en esta planta, o en las de arriba. En la que hay más abajo no está.

—¿Seguro? —indagó Charles con escasas esperanzas de que les dejaran pasar.

—Totalmente. El parking número cinco pertenece por completo a una empresa y sólo se puede estacionar en él si se posee autorización.

—¿Y cómo se llama la empresa?

Los dos guardias de seguridad cruzaron una mirada de consulta ante la curiosidad de Olivia.

—Lumen Black Investment —reveló el guardia de piel blanca.

—¿Lu...? —se preguntó en voz alta la ex agente Perry— ¿Lumen Black...?

—Lumen Black Investment. Sí, claro, cariño. Es muy conocida. No me acuerdo a qué se dedica, pero la he oído nombrar muchísimo —apostilló Williams.

—¿Sabe usted, supongo que sí, claro, perdone la tontería, a qué se dedica Lumen Black? —le planteó Olivia con marcada inocencia al guardián blanco.

El agente de seguridad, tras chasquear la lengua en señal de fastidio, le espetó a la pareja de intrusos:

—Señores, ya se lo hemos dicho. Aquí no está su coche. Vuelvan, por favor, a buscarlo a las plantas superiores.

Tras una nueva mirada de manifiesta impotencia, Olivia y Charles, resignados, dieron la espalda a los dos vigilantes. En ese momento descubrieron a cinco hombres, todos muy corpulentos; tres de ellos les encañonaban con pistolas y los otros dos con sendas metralletas.

—Un mes después de haberme entrevistado con Gloria Makulas en Beverly Hills, me llamó a Washington para decirme que se le había ocurrido una idea. Una idea que consideraba mejor que la que yo le había expuesto y sobre la que ya estábamos trabajando.

Un golpe de tos quebró la ya debilitada voz de Richard Parker. Se encontraba recostado sobre el asiento del sillón donde guardaba los cuadernos con las listas de los participantes en la doble operación *Chanel n° 5*. Frente a él, al otro lado de la mesa, el escritor español Dan Foster le observaba con una aleación extraña, contradictoria, casi inquietante, de fascinación intelectual y de repulsa moral al mismo tiempo.

Ambos personajes dialogaban en el sótano, en la *capilla sixtina* de la memoria de John Fitzgerald Kennedy, el mítico 35 presidente de la historia de Estados Unidos, el político de la “Nueva Frontera”, la personalidad pública más legendaria del siglo XX. También el hombre al que Parker le debía la vida, una inmensa deuda de gratitud que éste le había devuelto diseñando y poniendo en escena la falsificación más audaz de la historia de la Humanidad. Una monumental comedia para que su dios pudiera vivir feliz con el amor de su vida.

Las paredes se hallaban forradas con fotos del presidente o cubiertas de estanterías atestadas de libros biográficos y archivadores con dosieres de prensa sobre sus actividades políticas, tanto en Estados Unidos como en sus viajes internacionales. Todo este legado constituía no sólo un evidente acto de adoración de Richard a su salvador, a su amigo, a su mito, sino también la justificación de su propia existencia.

Dan Foster tenía la sensación de acariciar la mismísima pulpa del *kennedismo*, una especie de religión cuyo sumo sacerdote era el anciano de cuerpo decrepito y cerebro asombrosamente lúcido que tenía frente a él.

—Y la verdad es que sí. La idea de Gloria Makulas no era sólo buena, sino muy buena. ¡Auténticamente genial! —Prosiguió el anciano tras recuperarse del acceso de tos— Y lo que la hacía genial era que, una vez muerta, entre comillas, difundiéramos el rumor de que Marilyn había sido asesinada por orden del propio Kennedy. Así, a nadie se le podría ocurrir nunca que Jack y Nor pudieran estar vivos y, menos aún, juntos.

—¿Nor...?

—El presidente, en la intimidad, la llamaba Nor... Nor... ma Jeanne.

—¡Ah, ya. Comprendo.

—Bien... ¿Por dónde iba...? Ah, si... A la excelente idea de Gloria yo le añadí, para que la fabulación fuera aún mayor, que Bob sustituía a su hermano en la cama de la actriz y también participaba en el asesinato para ocultar el adulterio de ambos. Era un diseño de actuación, permítame la inmodestia, sencillamente perfecto.

—¡Ni el mismísimo Maquiavelo lo hubiera proyectado mejor! —exclamó Foster deslumbrado por tan rocambolesco planteamiento.

Richard se trasladó a Los Ángeles para concretar con *Madame Safo* los detalles del plan ideado por ésta y completado por él. Y sobre todo, para resolver el principal escollo en el que ambos discrepaban: la forma de la “muerte”. Parker tenía pensado un supuesto accidente de avioneta entre dos islas del Caribe con la desaparición total del cadáver, presuntamente devorado por los tiburones de Martinica, durante el rodaje de un spot publicitario. Makulas, por el contrario, era partidaria de algo más sutil, más sofisticado para darle una verosimilitud total al “fallecimiento”. Ella pensaba que debería morir en su casa.

—Gloria me convenció y entró en escena Franklin Jordan, el guionista y director de cine, quien en colaboración con ella y conmigo diseñó varias escaletas para escenificar la macabra escena. Todas encerraban el objetivo de que se abrieran las espigas de la

rumorología de Hollywood y el cuarto poder señalara en las sombras al presidente y a su hermano como inductores de la muerte.

El guión definitivo que aprobaron los tres personajes, aunque con algunas reservas por parte de Parker, consistía en que la actriz apareciera muerta en su cama con signos tanto de un posible suicidio como de un crimen. Una ambigüedad muy bien calculada para que la prensa, la policía y la opinión pública se centraran exclusivamente en el mencionado dilema: suicidio-asesinato. En esta tesitura, a nadie se le ocurriría plantear, ni por equivocación, la hipótesis de una “no-muerte” de la famosa y deseada rubia platino.

—El plan era muy bueno desde el punto de vista psico-sociológico, pero a mí no me convencía del todo por una cuestión numérica. Montar la farsa de que Marilyn “desaparecía” en una avioneta que caía al mar en el Caribe necesitaba la cooperación de cuatro personas. Que falleciera en su cama por un posible suicidio con sospechas de asesinato requería, como mínimo, unas veinte entre policías, equipo forense, funeraria y el entorno de allegados íntimos de la actriz. El riesgo en el segundo plan era cinco veces más alto que en el primero.

Las dudas de Richard se despejaron el día que Pat Newcomb, contactada ya por él para la presunta desaparición de Marilyn, le llamó comunicándole la grave enfermedad de Jane Wagner, la doble de Marilyn, cuya existencia él desconocía. Pat había tenido la feliz ocurrencia de que podrían utilizar su cadáver para la operación en la que andaban embarcados. Escasas horas después de dicha llamada, Parker volaba de nuevo desde Washington a Los Ángeles y se entrevistaba con el marido de la enferma. Si había un cadáver real se reducía de manera notable el número de colaboradores y, en consecuencia, también se mermaban las posibilidades de que se descubriera el montaje.

—El fallecimiento de Jane Wagner fue providencial, no sólo porque tuvimos entierro con fiambre real, sino también porque las supuestas muertes de la actriz y del presidente quedaron separadas por casi diecisiete meses, cuando en mi plan inicial sólo lo estarían por apenas tres.

El anciano hablaba con absoluta tranquilidad. Parecía olvidado por completo de que se hallaba frente al hombre que tenía en su mano la posibilidad, y sobre todo la decisión, de hundir las dos gigantescas farsas montadas por él en el gran escenario de la Historia: la de agosto del 62 en Los Ángeles y la de noviembre del 63 en Dallas.

Por su parte, Dan continuaba fascinado por el personaje que había logrado engañar al mundo entero. Su bolígrafo-grabador, desde el bolsillo situado bajo la solapa izquierda de su chaqueta, estaba registrando todas las palabras del hombre clave en la doble operación *Chanel n°5*. Sin embargo, su interés por obtener pruebas parecía haber pasado a un segundo plano ante el hecho de estar oyendo de labios de su creador el relato más extraordinario que alguien jamás pudiera haber imaginado.

—¿Cuál fue el papel concreto de la relaciones públicas —Se interesó Foster— al saltar la noticia a la opinión pública?

—Intoxicar desde el día siguiente a los periodistas y, más tarde, a los biógrafos de la actriz. Un trabajo perfecto. La prueba es que nadie ha dudado desde entonces, ni por un momento, que Marilyn pudiera estar viva. Algo que no ha ocurrido con otros mitos americanos como Elvis, Sid Vicious o James Dean.

—Le felicito, señor Parker..., aunque sólo desde un punto de vista, digamos, imaginativo. Desde el punto de vista moral...

—Me conformo con el elogio a mi imaginación —le cortó su interlocutor—. Las cuestiones morales son, como usted bien sabe, muy, muy subjetivas.

—La representación, la verdad, fue perfecta. Hasta el propio director del FBI, por lo que he leído, murió convencido de que Kennedy ordenó matar a su amante.

—Totalmente. Como usted conocerá, Hoover era homosexual y su novio oficinero se

llamaba Clyde Tolson. Sin embargo, cuando iba por Los Ángeles, la señorita Makulas le proporcionaba actores jovencitos y guapitos con los que se lo pasaba estupendamente. El citado servicio de Makulas le era recompensado por el responsable del FBI con informaciones confidenciales de los muchos negocios sucios que se cocían en Hollywood; confidencias que, sin duda alguna, acrecentaban el poder de *Madame Safoen* en los ambientes cinematográficos. Esta buena amistad le permitió a Gloria convencer del todo a Hoover, ya lo sospechaba él, de que detrás de la muerte de Marilyn se hallaban los hermanos Kennedy. Según ella, “tenían miedo, mucho miedo, de que la actriz se fuera de la lengua sobre sus relaciones adulterinas, así como sobre la ayuda prestada a éste por la mafia de Las Vegas cuyos capos, Giancana, Sinatra y compañía eran muy amigos de la actriz”.

—Gloria le entregó un informe redactado por el actor Peter Lawford, cuñado de Kennedy y colaborador de la CIA, relatando de su puño y letra haber tenido noticias de que agentes de la Casa Blanca habían maniobrado en la sombra para que Marilyn desapareciera de este mundo. Aunque, en realidad, ese informe no habría sido necesario. Hoover tuvo más pruebas. Una de ellas, totalmente concluyente, la consiguió él mismo...

—¿A qué se refiere? —preguntó el escritor español ante el enigmático silencio de su anfitrión.

—Como ya le he dicho, mi guión ponía en escena a Bob Kennedy como sustituto de su hermano en el corazón y en la cama de Nor. Y para más inri, como detonante de su... suicidio.

—¿Cómo? —Las cejas de Foster se erizaron por la sorpresa y sus ojos se abrieron hasta el límite de las órbitas— Me he perdido...

Parker sonrió, feliz como un niño, y comentó sin que la sonrisa se despegara de sus apelmazados labios:

—Es justo lo que pretendimos y lo que logramos con abundancia... Que todo el mundo se perdiera en el laberinto de la muerte de Marilyn.

—Insisto, Richard... ¿A qué se refiere cuando ha dicho lo del “detonante de la muerte”?

—Bob y Marilyn la noche de su, digamos, muerte, discutieron agriamente en casa de la actriz. Esta le pedía que dejara a su esposa y se casara con ella, y Bob le argumentaba que debían esperar más tiempo. Marilyn le replicaba que no estaba dispuesta a seguir con aquella situación y que si no anunciaba su divorcio en una semana, convocaría a la prensa y le contaría al mundo entero lo que tenía anotado en su cuaderno rojo...

—¿Qué había en el cuaderno rojo? —indagó su rendido interlocutor.

—Secretos de Estado que, supuestamente, habían salido de los labios de Jack y del propio Bobby cuando estaban en su cama —le aclaró Parker para luego exclamar—: ¡Hay que ser memos para pensar que Jack, mientras echaba un polvo con Marilyn, le contaba el plan de invasión de Cuba por Bahía Cochinos, o le impartía una clase magistral de geopolítica internacional! ¡La credulidad de las masas, y no digamos de los periodistas, no tiene límites!

—El móvil para el FBI y para la opinión pública era, y sigue siendo, perfecto. La grabación de Hoover en Fifth Helena Drive tuvo varias copias. Una de ellas llegó a manos de Gloria Makulas, quien no dudaba en exhibirla cuando sus confidentes ponían en tela de juicio la acusación contra los Kennedy que ella defendía.

—¿Por qué participó Robert Kennedy en la comedia?

—Tenía intereses personales muy importantes en ella por un pacto entre los dos hermanos...

—¿Cómo?

La geografía facial del escritor era una pantalla por la que desfilaban, vertiginosamente, todas las gamas y matices de la sorpresa y el asombro.

—Bob ayudaba a Jack a desaparecer y a él se le quedaba libre el camino para llegar a

presidente en las elecciones del 64 o del 68, algo que ambicionaba desde hacía tiempo. Asimismo, el asesinato de Jack sería su mejor campaña electoral. Por tanto, el entonces fiscal general no sólo se prestó a simular sus amores con Marilyn, también apoyó decididamente la conclusión de la comisión Warren defendiendo la teoría del asesino único, el gran fundamento de la inmensa cortina de humo que tejimos en torno al magnicidio de Dallas. ¿No se ha preguntado nunca por qué ningún Kennedy ha cuestionado el increíble dictamen de la comisión Warren...?

Siguió un silencio, un largo silencio, durante el que Dan intentó encajar en su cabeza las detalladas y valiosas informaciones que le había facilitado su interlocutor, quien se había quedado con la mirada perdida, casi transfigurada, en la compleja conspiración urdida por él en el pasado. Un minuto después retornó sus ojos al escritor y tomó de nuevo la palabra.

—Supongo que tendrá usted muchas preguntas sobre el montaje de la falsa desaparición de Marilyn. Todas ellas, o la mayoría, tienen una única respuesta: leyendas. Mil leyendas que han creado una tupida tela de araña donde han quedado enredados todos cuantos han escrito sobre la muerte de la actriz y, por supuesto, sus crédulos lectores. Esas leyendas han contribuido decisivamente a que nadie haya puesto en duda, ni por un segundo, y perdone que me repita, que el mito más grande de la historia del cine falleciera en su casa del 12.305 de Fifth Helena Drive la noche del 4 al 5 de agosto del 62.

—Una cortina de humo perfecta y un buen fichaje esa Makulas —sintetizó Foster.

—Así fue —afirmó Richard henchido de orgullo—. Que yo recuerde, casi todos los artículos publicados en las semanas posteriores a la falsa muerte de Marilyn, tanto en *Newsweek*, como en *Life*, en *Time* y *Vogue* fueron escritos bajo el dictado de Gloria. Y lo mismo ocurrió con los libros de George Corpozzi, Williams Car, Fred Laurence Guilles y Edwin Hoyt, de los que bebieron todos los demás biógrafos posteriores.

La larga conversación, la facilidad con la que Richard le contaba sus grandes secretos, la prontitud con la que respondía a sus preguntas, la confianza que, sin conocerle, había depositado en él..., rompían los esquemas mentales de Dan. Percibía algo, inasible pero real, que no encajaba en aquella situación. Se levantó y comenzó a caminar por el sótano, tenso aunque no nervioso, tratando de racionalizar el comportamiento que tenía con él su anfitrión. Finalmente, volvió a sentarse con la idea de atisbar hasta donde podía alargarse aquella ilógica situación.

—Eliminar de la vida pública a Marilyn Monroe fue, deduzco, hasta cierto punto fácil... Hacer desaparecer al presidente Kennedy...

—La desaparición de Jack, por razones obvias, fue más complicada, muchísimo más complicada...

8

Olivia y Charles no opusieron ninguna resistencia. Eran cinco hombres armados y, además, a sus espaldas, tenían a los dos fornidos guardias de seguridad.

Les obligaron a descender la rampa prohibida que protegía la barrera situada entre las dos garitas, donde se quedaron los vigilantes. Al llegar al quinto sótano, a oscuras por completo salvo unos pilotos de luz lechosa, quien parecía ser el jefe, un tipo de unos cuarenta y cinco años, cabello pelirrojo ensortijado, piel roja atiborrada de pecas y una mueca de asco refugiada en la comisura de los labios, se acercó a un muro. Pulsó un interruptor de color blanco con una lucecita roja y toda la planta se iluminó mediante tubos de neón. En el parking se hallaban estacionados no más de treinta automóviles, casi todos en las proximidades de una gran puerta estructurada en dos hojas correderas hacia la que se dirigieron. Poco antes de llegar, el tipo pelirrojo apuntó hacia

ella con un mando a distancia y segundos después las hojas comenzaron a separarse, dejando a la vista un largo pasillo con una especie de cinta transportadora en el suelo, de unos dos metros y medio de ancha.

Al subir a ella los dos captosres de las metralletas flanquearon a Charles y Olivia, situándose inmediatamente detrás los tres armados con pistolas.

—¡Ok! —exclamó el jefe del comando a través de un microemisor que portaba en la muñeca.

Escasos segundos después, la cinta se puso en marcha recorriendo un largo túnel apenas iluminado por pilotos de bajo voltaje situados a ras de suelo. Cuatro minutos más tarde, que a Olivia y a Charles les parecieron eternos, se detuvo dejándoles frente a una puerta idéntica a la anterior. Ambas hojas se descorrieron y los dos investigadores, rodeados por sus vigilantes, desembarcaron en una estancia que ya conocían por sus respectivas visitas al presidente de *Arcanum*.

Seis minutos después, tras descender en el ascensor en compañía de sus guardianes, los dos prisioneros tomaban asiento frente al glacial *Julius III* en su imponente despacho. —Me alegra verles... juntos.

Olivia y Charles no movieron un sólo músculo de la cara. Sabían que cualquier acción con la pretensión de escapar sería inútil y, además, suicida.

—A ver..., no me digan el motivo de su inesperada visita... Déjenme adivinarlo... ¿Obtener pruebas de que el presidente Kennedy no murió en Dallas para que ese escritor español publique un libro y se hagan millonarios todos ustedes...? ¿Descubrir otros secretos de la historia norteamericana? ¿Hundir *Arcanum*? ¿Enseñar nuestras vergüenzas al resto del mundo...? ¿Cuál de éstos es el motivo de su lucha contra esta organización? ¿O tal vez son todos a la vez...?

Charles y Olivia cruzaron sus miradas durante breves instantes y fue la joven, tras fruncir dos veces los labios, quien se decidió a responder.

—El motivo de lo que usted llama “visita” se debe a que somos dos patriotas americanos. Dos patriotas que trabajamos para que no exista ningún centro de poder que escape al control del pueblo y de la democracia... Al control de la constitución... ¿comprende?

Julius se cerró sus simiescos ojos y entreabrió los labios con un risueño rictus de innegable conmiseración.

—Señorita Perry, soy muy mayor para que me inyecten dosis de demagogia en los oídos. La democracia... La democracia es una palabra poliédrica con la que se puede justificar todo, incluso la dictadura más horrenda. Acuérdesse de Adolf Hitler.

La indignación combustionó todo el ánimo de Olivia, se le hincharon las venas del cuello y resopló con sonoridad dispuesta a dispararle en pleno rostro toda su rabia, acción que abortó Charles con un gesto manual al tiempo que tomaba la palabra.

—*Arcanum*, usted lo sabe, es una organización paraestatal y, por tanto, fuera de la ley. Y lo malo no es eso. Lo malo es que ha planificado, amparado y ejecutado una larga serie de asesinatos por lo que, además de hallarse al margen del marco constitucional, también es una organización criminal.

El presidente volvió a entornar la mirada, ahora más oblicua si cabe. Su forzada sonrisa degeneró en mueca, pudiéndose atisbar en las aletas de su arrugada nariz un amago de nerviosismo.

—¿La CIA, dándome lecciones de ética...? ¿La CIA, recriminando mis métodos de trabajo...? ¿La CIA, invocando la legalidad...?

—¡Después de Guantánamo, sí! —enfaticó la ex agente.

—Perry... El problema de la CIA no es Guantánamo ni Abu Grhaib. El problema de la agencia son los estúpidos idealistas que, como ustedes dos, aterrizaron un día en ella queriendo convertirla en una ONG... Gracias a Dios que existe *Arcanum*, si no, este país sería el hazmerreír del mundo entero.

—¿Nos ha traído aquí para darnos una clase de filosofía política? —contraatacó Williams con una cierta sorna.

—Les he traído aquí... —endureció *Julius* el tono de voz— Están aquí para que se puedan ir al más allá sabiendo que Estados Unidos, nuestra nación, es la esencia del mundo. Y *Arcanum* el guardián de esa esencia.

—¿Nos está amenazando de muerte? —le planteó Olivia.

—¿Les estoy qué...? No me provoque la risa, señorita. Ustedes están sentenciados a muerte desde el momento en que desobedecieron mis órdenes. Y más aún, después de conocer el secreto de Dallas.

—*Julius*, no hemos sido tan ingenuos como para venir solos —le reveló Williams ralentizando las palabras en tono de velada amenaza.

—¿Ah, no? Está visto que se empeñan en hacerme reír. Ese truco, amigo, es ya muy viejo.

—Hay alguien que sabe que estamos aquí y, si no recibe una llamada nuestra antes de las cinco, pondrá en la mesa del mismísimo presidente de Estados Unidos todo lo que sabe sobre su secta, que es mucho —le avisó Olivia.

—¿En la mesa del desastre ése que nos gobierna desde hace unos años...?

—*Arcanum* va a tardar muy poco en tener que rendir cuentas —le avisó Williams.

—Así que hay alguien... ¿Se estarán refiriendo, por casualidad, a Bob Dugan...?

—Tiene órdenes de la Casa Blanca de dismantelar *Arcanum* —le confirmó Olivia ligeramente desconcertada tras un cruce de miradas con su compañero.

—Así que Dugan está pendiente de una llamada suya... ¿Por qué no lo llaman ya...? O mejor... —Todo su semblante se iluminó con una expresión siniestra— ¿Por qué no se lo dicen en persona...? ¡Bob, por favor...!

Tres segundos más tarde se abría una puerta interior y aparecía el director general de la CIA. Un latigazo en pleno rostro, el cruel restallar de la traición, se abatió sobre el semblante y el ánimo de los dos investigadores. Ni siquiera tuvieron fuerzas para mirarse entre sí.

—Señores, les presento al próximo presidente de *Arcanum*.

9

—Lo de Jack, ya le digo, fue más complicado, muchísimo más complicado —Repitió Parker como un eco—, y salió bien gracias a los planes “B”... Los planes “B”, amigo mío, son la clave del éxito de la mayoría de las aventuras peligrosas.

El viernes 22 de noviembre de 1963, a las 12:24, la comitiva presidencial desembocaba por Main Street en la plaza Dealey. En vez de cruzarla siguiendo en línea recta por la citada calle, efectuó una maniobra muy extraña; dobló a la derecha por Houston y, luego, a la izquierda por Elm Street para volver a retomar Main.

—Era un recorrido absurdo, ya que el automóvil del presidente debía efectuar un giro de noventa grados; es decir, casi se detenía y sus ocupantes se convertían en un blanco perfecto para un tirador apostado en cualquier edificio cercano. Pero el asesino no disparó, entre comillas, en el giro de la calle, sino treinta metros más adelante.

A las 12:32, Lee Harvey Oswald, apostado en una ventana de la sexta planta del Texas Book Depository, efectuaba tres disparos de foguero con un rifle *Mannlicher Carcano*, calibre 6'5, de cerrojo y con mira telescópica. Nada más oír la primera detonación, John Kennedy activó con su mano derecha un dispositivo radioeléctrico que portaba en el bolsillo de la chaqueta del que salían tres finísimos cables; uno de ellos se hallaba conectado a una bolsita llena de sangre, adherida al cuello de la camisa por la parte interior, a la altura del nudo de la corbata; el segundo cable iba a otra pequeña bolsa,

también con sangre, ubicada en la parte posterior del cuello; y finalmente, el tercero, tapado por una estrecha tirita color carne, ascendía por detrás del pabellón de la oreja hasta otra bolsa rellena de masa encefálica sanguinolenta, situada sobre el hueso parietal derecho y oculta por completo gracias al frondoso cabello del presidente.

Nada más accionar el dispositivo radioeléctrico, brotaron dos borbotones de sangre en la parte posterior cuello y en la garganta de Kennedy al tiempo que en el lateral derecho de la cabeza aparecía una mezcla de sangre, fluido linfático y masa neuronal.

—El dispositivo fue creado por un técnico en efectos especiales de Hollywood que había trabajado en varias películas con Franklin Jordan. Un tal Morandi, James Morandi, un simpático homosexual de origen italiano. Yo le conté lo que quería y, a los tres días, se me presentó con una pila, un interruptor, tres cables y tres bolsitas, se las puso a Franklin como prueba y... funcionó a la primera. Lo perfeccionó un poco y, tras ensayarlo unas diez o doce veces, las últimas con el propio Jack, ninguno de nosotros tuvo la menor duda de que la simulación de las heridas sería impecable.

—¿No temió que la esposa del presidente viera los cables en algún momento? Por ejemplo, cuando se estaban vistiendo...

—Nos ocupamos de que utilizara otra habitación para arreglarse, donde también estaban su maquilladora y peluquera. El único cable que podía ver, el que le subía por el cuello hacia la cabeza, lo tapamos con una tirita y Jack se encargó de comentarle que se había cortado afeitándose.

Efectuados los tres disparos de fogeo, Lee Harvey Oswald dejó el rifle *Mannlicher* apoyado en el quicio de la ventana y bajó con premura a la plaza. El Lincoln del presidente ya había desaparecido, escuchándose a lo lejos el ulular de las sirenas de los motoristas. En toda la zona había un desconcierto humano general, como un pisotón en un hormiguero, ya que toda la gente corría, gritaba o se parapetaba detrás de los árboles sin saber a dónde ir para ponerse a salvo de otros posibles disparos.

Tras observar el *maremágnum* que agitaba la plaza Dealey, y para dejar pasar el tiempo según Parker le había ordenado, el falso asesino comenzó a deambular por las calles. De vez en cuando entraba en alguna cafetería a tomar una cerveza y a oír las noticias que la radio y la televisión transmitían continuamente sobre el "magnicidio".

—La idea de cargar el magnicidio a un solo hombre era muy buena para nuestros planes ya que le habíamos creado a Oswald una biografía perfecta de militante comunista: un idealista desplazado desde la URSS a Norteamérica para asesinar al máximo representante del imperialismo yanqui; la venganza del régimen soviético por la humillación sufrida a manos de Kennedy durante la crisis de los misiles que Nikita Krushev quiso instalar en Cuba apuntando hacia Florida. Sin embargo, el azar jugó en su contra y también en la nuestra. La magna representación estuvo a punto de convertirse en una burda farsa con el consiguiente descrédito a nivel mundial.

Para dar mayor verosimilitud a la historia, Parker acordó con Oswald que sería detenido a la caída de la tarde. Con anterioridad se llevaría a cabo una exhaustiva inspección en la biblioteca, el FBI encontraría el rifle y establecería de manera científica que los disparos se habían efectuado desde la sexta planta. En consecuencia, dado que Oswald trabajaba en ella, sería llamado a comisaría para el correspondiente interrogatorio; al efectuarle la prueba de la parafina y contrastar sus huellas con las del rifle, le detendrían y, al día siguiente, se le confinaría en la cárcel del condado a la espera del juicio. Un desarrollo de los acontecimientos controlado en todo momento por Parker a través de Mervin Bullock, el jefe de la oficina local del FBI en Dallas.

El falso asesino, siguiendo sus instrucciones, comió sobre las dos y cuarto en una hamburguesería y a las tres decidió entrar en un cine, el *Texas Theater*, situado en Oak Cliff, un barrio de la periferia sur. Al poco tiempo de comenzar la sesión cinematográfica, fue interrumpida bruscamente por la llegada de tres policías locales

que buscaban al asesino de un compañero suyo, un agente llamado J.D. Tippit, quien había muerto minutos antes tiroteado en las proximidades del cine. Al darse cuenta de que si lo detenían se podía hundir el plan que Richard Parker tenía diseñado, y con él su gran negocio, Oswald comenzó a preocuparse; y más cuando lo apartaron junto a otros dos espectadores de similares características físicas. El nerviosismo, cada vez mayor, le empujó a intentar salir de la sala con disimulo por una puerta cercana. Fue un error que le perdió. Lo detuvieron, lo llevaron a comisaría y, tras efectuarle la prueba de la parafina, detectaron que había estado en contacto con pólvora no hacía mucho tiempo.

A media tarde, establecida su identidad y que trabajaba en el Texas Book Depository, la policía local elaboró y dio por buena la siguiente secuencia de los hechos: Oswald disparó sobre Kennedy, el agente Tippit le intentó detener, él lo mató para no ser apresado y luego se escondió en el *Texas Theater*.

—El problema radicaba en que el presunto asesino estaba en poder de la policía de Texas y no del FBI, tal como yo tenía previsto que sucediera. Durante varias horas mis hombres intentaron que el detenido pasara a nuestra custodia, pero fue inútil. El juez del distrito, un prepotente con afanes de notoriedad, se negó a que la jurisprudencia del estado se inhibiera en favor de la de Washington hasta que no fuera juzgado en Texas por el asesinato del agente Tippit. Total que, cuando finalizó la autopsia del falso Kennedy en el hospital militar de Bethesda, tuve que coger un avión y regresar a Dallas.

La retención judicial puso aún más nervioso a Oswald y Parker intentó tranquilizarle en vano durante una entrevista con él en el calabozo de la comisaría. Pronto se dio cuenta de que, o encontraba una vía rápida para que el detenido pasara a manos del comisario del FBI que participaba en la trama, o ésta se descubriría en su totalidad. La biografía de Oswald era muy buena para la comedia, pero él no valía como actor; demasiado tarde para despedirlo de la “compañía”. Durante la noche del viernes y la mañana del sábado, los múltiples esfuerzos de Richard resultaron inútiles ante el testarudo juez que se negaba a que el presunto asesino del presidente y del agente Tippit escapara a su jurisdicción.

—La situación era francamente delicada y no sabía cómo resolverla. Fue, debo reconocerlo, el único momento en que sentí el pánico aletear a mi alrededor. Aunque, la verdad, no duró mucho tiempo.

Convencido de que Oswald “cantaría”, antes o después, Parker se entrevistó con Ruby en la trastienda del *Silver Spur Club*, un cabaret de su propiedad cerrado algunas semanas atrás por impago a los trabajadores. Le reiteró su oferta de borrarle su delictivo pasado, pero ahora tenía que cometer un asesinato de verdad en la persona de Lee H. Oswald. Pasaría un tiempo prudencial en la cárcel de Austin, parte de él en el corredor de la muerte, y luego escaparía con la complicidad del alcaide. Cambiaría su rostro mediante cirugía estética y, con una nueva identidad y mucho dinero, podría vivir plácidamente en cualquier país europeo o sudamericano.

—Tardó cuatro horas en decidirse, pero aceptó al ponerle en la mano la importante cantidad de dinero que me pidió por anticipado.

El 24 de noviembre, con una credencial de periodista, Ruby se infiltró en el garaje subterráneo de la comisaría central de Dallas a la hora que le indicó Parker. Se iba a producir el traslado de Oswald a la cárcel del condado y sería un momento perfecto para eliminarlo, como en efecto ocurrió, disparándole ante numerosos policías, fotógrafos y cámaras de televisión.

—El pobre Ruby no pudo disfrutar de la nueva vida que yo le tenía preparada. Falleció en la cárcel a causa de un fulminante tumor canceroso en enero del 67, dos meses antes de la fecha que teníamos prevista para su fuga.

—Me asombra su facilidad para convencer a la gente e involucrarla en aventuras tan

peligrosas. Parece como si les hipnotizara.

—Todos tenemos un doble precio... Monetario y psicológico. Si sabes ofrecer los dos simultáneamente, se consiguen adhesiones inimaginables. Y respecto a lo de la hipnosis, no me lo había planteado, pero ahora que lo dice... A usted, por ejemplo, le tengo hipnotizado. ¿Me equivoco...?

El portentoso cerebro de Parker había concebido la falsa muerte de Kennedy como una ceremonia de la confusión total. Lo explicaba a sus colaboradores más directos, *Madame Safo*, Franklin Jordan y Bill Donovan con un ejemplo muy gráfico: “si tú creas un puzle con muchas piezas donde un reducido número de ellas no encajan, quien intente armarlo perderá el tiempo tratando de recomponerlo y terminará abandonándolo, pero nunca, nunca, se le ocurrirá pensar que está mal estructurado a propósito”. En el puzle de Dallas esas piezas mal cortadas eran sus continuas faltas de lógica, hechos que rompían una y otra vez la cabeza de los investigadores debido a lo absurdos que eran.

Oswald cometió el atentado desde el edificio donde trabajaba, se dejó el fusil al lado justo de la ventana donde se había apoyado para disparar y, además, no se le ocurrió borrar sus huellas. Lo sensato por su parte habría sido disparar desde otro edificio y luego hacer desaparecer el arma. Este trocito del “gran rompecabezas JFK”, en efecto, quebraría el cerebro de miles de investigadores en los años posteriores al “magnicidio”. Igual ocurría con numerosos detalles más, por ejemplo, con el inexplicable desvío de la comitiva presidencial por Elm Street en lugar de seguir, como hubiera sido lógico, por Main Street a fin de ponérselo difícil a un eventual francotirador.

—Tengo que felicitarle una vez más, señor Parker, por su prodigiosa astucia. Diseñó usted un campo sembrado de minas, imposible de sortear por investigadores.

—Era la única manera de que ningún sabueso husmeara donde yo no quería.

—La película de Zapruder... ¿también fue una pieza más del puzle?

—Por supuesto. La ver...

A Richard le falló de nuevo la voz y tuvo que toser con fuerza para descongestionar sus bronquios, inspirando y expirando varias veces con el fin de oxigenar los escasos alvéolos pulmonares que aún no estaban cegados por el cáncer. Sin embargo, su lucidez mental continuaba siendo de una perfección absoluta.

—La verdad... La verdad es que no fue idea mía, pero me quito el sombrero ante ella. Se le ocurrió al siempre eficiente Jordan. Tras decidir yo que las cámaras de televisión no cubrieran el recorrido por Dallas, Franklin, siguiendo mi teoría de “máxima confusión, máxima eficacia”, pensó que la mejor manera de que nadie dudara de nuestro montaje consistía en dejar una prueba en imágenes de una teoría y su contraria. ¿Me explico?

—No del todo.

—La película de Abraham Zapruder fue la guinda. ¡Lo que nos hemos divertido Jordan y yo, hasta que murió el pobre en el 98, leyendo las interpretaciones y análisis que se han hecho de ella.

—¿Por qué?

—La cinta que rodó Zapruder duraba, aproximadamente, tres minutos y medio, y recogía desde que el Lincoln descapotable entraba en Elm Street hasta que abandonaba la plaza a toda velocidad. Lo elegimos como colaborador porque trabajaba en un negocio de ropa que estaba casi en la misma plaza del atentado y resultaba totalmente verosímil que saliera a rodar el paso de la comitiva.

—¿Duraba tres minutos y medio...? Creo recordar que lo que Zapruder le vendió a la revista *Lif* eno llegaba a veinte segundos.

—Para ser exactos, 18, 24 segundos y contenía 334 fotogramas.

—¿Por qué esa reducción de tres minutos y medio a dieciocho segundos?

—Para que quedara claro que los tres disparos los pudo efectuar sin problema un solo

tirador. De la película se deduce que entre el primer disparo y el segundo transcurrieron cuatro segundos; y entre el segundo y el tercero, tres. La comisión Warren probó con varios tiradores, no precisamente de élite, que era factible efectuar tres disparos en siete segundos con un rifle *Mannlicher Carcano*.

—Comprendo... La película era la mejor prueba de que no hubo conspiración, sino que se trató de un tirador solitario como dictaminó la comisión Warren.

Parker le miró con fijeza al entrecejo y sonrió con una mueca entretejida de conmisericordia.

—No sólo eso... Como le he dicho, la peliculita probaba una teoría y la contraria... Los movimientos de cabeza del presidente demuestran que “recibió” también un disparo frontal. En caso contrario, su cabeza no se hubiera echado hacia atrás. Un movimiento que Jack realizó a la perfección y que recogen las imágenes de Zapruder.

—Pero... ¿por qué?

—Para que nadie creyera la versión oficial y las hipótesis contrarias nacieran y se multiplicaran como setas en otoño..., como ocurrió en la realidad.

—Y sigue ocurriendo... Este año, que yo sepa, se han publicado dos libros más desmontando la teoría de la comisión Warren.

—Y se publicarán más..., muchos más...—profetizó Parker henchido de sí mismo.

—¿De quién fue la idea de la “bala mágica”, ese trocito del puzle que ha hecho correr tantos ríos de tinta?

—Curiosamente, la famosa “bala mágica” no fue idea nuestra. Surgió por generación espontánea a raíz de la tesis defendida por la comisión oficial creada por el presidente Johnson.

El informe Warren, en efecto, estableció que el primer disparo no dio en el blanco y que...

El presidente Kennedy y el gobernador Connally fueron heridos por una misma bala. Ésta penetró por la espalda del presidente y salió por el cuello; luego entró por el costado derecho de Connally, apareció por debajo del pecho, le atravesó la muñeca y, por último, se alojó en su muslo izquierdo.

Este pequeño párrafo de la comisión Warren desató desde el principio todo tipo de dudas. Y sobre todo, puso en alerta a historiadores y periodistas sobre el hecho de que la coherencia y la lógica estaban totalmente ausentes de la investigación oficial. Creó, en definitiva, un excelente caldo de cultivo que potenció de manera extraordinaria la repetida ceremonia de la confusión en la que Parker apoyaba su tesis de que “a más despropósitos y más oscuridad, menos posibilidades de que alguien se planteara la hipótesis de la “no muerte” de John Kennedy”.

—¡Cuánto... cuánto le debo a la bala mágica! —suspiró el anciano.

Dan sonrió y, consumidos unos instantes de silencio en los que su interlocutor se sintió una vez más, la enésima, transportado a aquellas inolvidables horas, estuvo a punto de plantearle la pregunta que no dejaba de corroerle la cabeza desde hacía muchos minutos:

—“¿Por qué, señor Parker...? ¿Por qué me está revelando un secreto tan trascendental y por el que han muerto tantas personas?”

Sin embargo, no se atrevió a formularla.

10

Desde la sede central de *Arcanum* en el vientre de Manhattan, Olivia y Charles fueron conducidos en un furgón blindado a la terminal 9 del aeropuerto JFK, muy cerca del *Red Lot*, donde existía un espacio reservado para emergencias oficiales; y desde allí, en un helicóptero, les trasladaron a la AFB, la Base de la Fuerza Aérea Langley, en Norfolk,

estado de Virginia.

Julius III había dudado si resolver el asunto desde la zona militar de Andrews o desde la AFB, inclinándose finalmente por ésta. Deseaba separar con claridad la resolución del problema de la pareja respecto a lo que pudiera ocurrir con el escritor español.

Nada más aterrizar el helicóptero en una apartada pista de la base aérea de Norfolk, Williams y Perry fueron trasladados a un *Apache AH-G4D*, situado apenas a veinte metros, donde ya les esperaban, además del piloto y copiloto, un teniente y cuatro soldados de la unidad de élite conocida como REG, *Reservation Emergency Group*.

El *Apache* despegó a las 19:10 de la AFB y escasos minutos después comenzó a sobrevolar el Atlántico. Acababa de caer la noche tras un crepúsculo de escombros cárdenos y una luna con semblante turbio se reflejaba de manera inquietante en las belicosas olas del océano.

11

—En el Parkland Memorial Hospital de Dallas no hubo ningún problema. Todo funcionó como un reloj de precisión suizo. Entramos a toda velocidad y a toda velocidad subimos a Jack al quirófano, cerrando las puertas para intercambiarlo por el cadáver del doble que teníamos preparado.

—Bueno, sí hubo algún problemilla, ¿no...? Por ejemplo, cuando el fiscal médico del estado de Texas decidió que el cadáver del presidente no salía del centro médico sin que se le hiciera allí la autopsia. Y sobre todo, cuando Jacqueline quiso besar el cadáver de su marido.

Richard Parker, al oír de boca del escritor español los dos hechos anteriores, se quedó estupefacto. Sus ojos empequeñecieron como no dando crédito a lo que sus oídos habían captado. Luego, por un segundo, brilló en sus pupilas un destello casi diamantino de admiración y preguntó.

—¿Cómo...? ¿Cómo ha sabido eso?

—Manaos, Brasil... ¿Le dice algo?

—¿Se lo contó su madre... a Willy Lange?

—Se lo dejó escrito. Poseo el manuscrito... y también el relato escrito por Paul Wagner sobre la falsa muerte de Marilyn.

—¿Cómo los ha conseguido? —se interesó Richard mientras calibraba mentalmente aquella información.

—Es muy largo de contar. No sólo usted tiene una buena cabeza —ironizó Dan con una sonrisa en la que se podía detectar un innegable orgullo.

—Certifico su inteligencia, Foster. Ahora entiendo que haya conseguido llegar hasta mi presencia.

—Gracias. Prosiga, por favor. El incidente del hospital..

—Al fiscal médico, como sabrá, me lo quité del medio por la vía rápida y sacamos el féretro a las bravas. O sea, como ahora se dice, lo sacamos por huevos.

Lo más importante de todo el montaje de Dallas era, sin duda alguna, que Jacqueline no descubriera la comedia. Parker y su equipo tenían la certeza absoluta de que si la esposa del presidente no se daba cuenta de la farsa, nadie pondría en duda jamás, ni siquiera en hipótesis, la muerte de su marido.

—¿Y si lo hubiera descubierto? —Planteó el escritor con todos los poros de su semblante exhalando expectación— ¿También tenían plan “B” para esta eventualidad?

—¡Por supuesto! —Le replicó enorgullecido su interlocutor—. No podíamos tener al descubierto esa importantísima contingencia. Ese plan “B” se llamaba Aristóteles Onassis. ¿Le suena?

—Sí, claro. Pero no entiendo...

—Onassis estaba enamorado de Jackie... y Jackie de Onassis —le reveló su anfitrión—. Bueno, ella de quien en realidad estaba enamorada era de su dinero, de la inmensa fortuna del armador griego. Por otra parte, sabía perfectamente que Jack le era infiel, aunque no tanto como luego han difundido sus enemigos.

—¡No me diga que Kennedy era un santo varón! —ironizó Dan.

—No lo era, pero tampoco el eyaculador compulsivo que describe su leyenda. Con cuatro hernias discales en la espalda, usted me dirá... ¡Cuatro, eh!

El plan "B" estaba muy claro. Si Jackie hubiera descubierto la falsedad de la muerte de su marido, Parker habría pactado con ella formar parte del elenco de actores de la obra. Se libraba del libertino de su marido y, pasado un tiempo prudencial, se casaba con el multimillonario griego. Si no aceptaba el papel, seguiría siendo una esposa cornuda y sin los caprichos que Onassis podría darle.

—¿Por qué estaba tan seguro de que hubiera aceptado sumarse a la farsa?

—Amigo Foster... ¿Le puedo llamar amigo...?

Dan se encogió de hombros. Sin perder de vista que estaba ante un implacable asesino, el escritor español no podía sustraerse a la fascinación intelectual que le producía la persona que tenía frente a él desde hacía muchos minutos. Alguien que había logrado concebir y llevar a cabo con éxito la falsificación de la muerte de los dos mitos norteamericanos más importantes del siglo XX.

—No lo hubiera dudado. Seguro. Jackie era una mujer muy inteligente y, además, admirable por su gran sentido de estado. Soportó con gran dignidad las debilidades carnales de Jack para no dañar a la institución que representaba su marido, y esto la Historia aún no se lo ha reconocido.

Desde Dallas, el "cadáver" del presidente fue trasladado al hospital militar de Bethesda, en Maryland, donde Parker tenía controlado en todos los detalles el importante acto de la autopsia. La llevó a cabo el doctor Louis Troy ayudado por dos forenses de la Armada, los tres totalmente cómplices de la trama urdida por él. Durante la citada autopsia se produjo un pequeño altercado entre el servicio de seguridad del presidente y algunos miembros del FBI y la CIA que querían estar presentes en la sala de operaciones. Para desactivar el incidente, Parker permitió que dos miembros del FBI, los agentes Silvert y O'Neill, así como el jefe de Operaciones Especiales de la CIA, Henry Logan, tomaran fotografías de las heridas del cadáver al final de la operación, facilitándoles además a dichos agentes tres radiografías de la cabeza del cadáver desde tres ángulos diferentes.

—No me quedé tranquilo hasta que una vez finalizada la autopsia vi en el féretro, perfectamente arreglado por otro excelente colaborador, John Ligget, el cuerpo del doble enmascarado con el rostro del presidente. Era, sin duda alguna, Kennedy. Respiré varias veces, resoplando como un caballo, para expulsar de mis pulmones toda la tensión acumulada hasta entonces desde que el Lincoln descapotable desembocó en la plaza Dealey. Y luego, ¿sabe lo que hice...? Pues me fui a un pub cercano a la base militar y me tomé el mismo número de whiskys, y de la misma marca, *Cutty Sark*, que me bebí en el 62 en el hotel de Los Ángeles donde se me ocurrió la idea.

—Yo me hubiera bebido la botella entera —comentó el escritor asintiendo con la cabeza.

—Yo también, si no hubiera tenido que regresar a Dallas para solucionar el nerviosismo de Oswald.

Bill Donovan, el periodista, o mejor, el hombre de negocios periodísticos que había contratado Richard para tejer una tela de araña en torno a la autoría del magnicidio de Dallas, no tuvo demasiado trabajo. El propio hecho del atentado, incontrovertible, despertó un gran morbo por saber quién o quiénes estaban detrás de Oswald, y no sólo entre el pueblo norteamericano. Morbo que, de forma inevitable, desató la fantasía de

muchísimas personas en todo el mundo dando pábulo a todas las teorías que les llegaban. La mayoría, por supuesto, basadas en el convencimiento de que detrás del asesinato de JFK hubo una gran conspiración.

Donovan lo único que hizo fue difundir en diversos medios informativos de Washington, Nueva York, Los Ángeles, Dallas y la agencia Reuters, con su firma o bien con la de algunos colegas interpuestos, las diversas hipótesis que iban naciendo o arribando a los mentideros de la capital federal. Conjeturas tanto del entorno de Hoover, el director del FBI, del que era muy amigo, como las que le transmitían sus “gargantas profundas” de la CIA. Pero tampoco hubiera sido muy necesario. Cada norteamericano tenía su propia teoría sobre el magnicidio, al igual que millones de ciudadanos en todo el mundo.

—Para justificar el sueldo, Donovan puso en circulación algunas conspiraciones de su cosecha. Por ejemplo, una lunática conspiración de Piscis contra Acuario. Según ésta, lo mató una secta satánica porque temía que Kennedy sustituyera una era de guerra por otra de paz.

—¿El informe Buchanan...?

—Fue idea de Bill pero la plasmó un periodista amigo suyo, el tal Buchanan, en un panfleto que obtuvo una gran divulgación. Defendía que Jack era la reencarnación de Abraham Lincoln, de aquí las sorprendentes coincidencias, hasta cincuenta, que existían entre sus vidas. Era pura ciencia ficción pero consiguió numerosos adeptos.

El atildado periodista también dejó caer en algunos estudios de radio y televisión que la causa del magnicidio podría ser mucho más sencilla que todas aquellas alambicadas conspiraciones. Simple y llanamente, un marido burlado. Uno de los muchos con cuya mujer se había acostado Kennedy, habría contratado a Oswald para vengar sus “presidenciales” cuernos.

Tras un nuevo ataque de tos, Parker se levantó con manifiesta dificultad y caminó con paso inseguro hasta una desvencijada puerta situada en las proximidades de la escalera. Encendió la mortecina luz de un pequeño cuarto de baño y orinó con dificultad prostática, pulsando luego a fondo la palanca para que la cisterna soltara todo su ruidoso caudal de agua.

Dan aprovechó estos breves minutos para examinar de nuevo, con detenimiento, aquel templo en honor del ídolo al que el deteriorado anciano servía y adoraba en cuerpo y alma. Entre las numerosas fotos, ampliadas y enmarcadas, destacaban imágenes tan clásicas en su iconografía como Kennedy escribiendo sobre el brazo de una mecedora con su hijo John-John jugando debajo de la mesa del despacho oval, el paseo por las calles de Over, Virginia, durante la campaña electoral de 1960... Y sobre todo, una selección de instantáneas extraídas del libro *JFK Remembered*, de Jacques Lowe, el famoso fotógrafo amigo del presidente.

Richard regresó con andares dubitativos desde el cuarto de baño hacia el sillón que había ocupado hasta entonces, pero no tomó asiento en él. Se agarró al respaldo con las dos manos y paseó también sus ojos, henchido de nostálgico orgullo, por la exposición de fotos que presidía el sótano.

—Amigo Foster..., es usted una de las escasísimas personas que conocen la verdadera historia de Jack y Nor. Y ha sido para mí un gran placer poder contársela. Temí durante mucho tiempo que no la podría comentar nunca con nadie, pero uno, como todo ser humano, tiene su puntito de ego. Tal vez haya sido una debilidad, un chocheo de viejo pero...

—Se lo agradezco. No sabe cuánto.

—¿Desea hacerme alguna pregunta más?

—Miles, pero le veo muy fatigado y no quiero abusar de su confianza. Si quiere, lo dejamos para otro día.

Richard Parker le miró con fijeza desde sus ojos crepusculares y le anunció con voz

repentinamente fría:

—No habrá otro día, señor Foster. Éste es el primero y el último. Y sí..., creo que debería hacerme una pregunta...

La sugerencia de su interlocutor descolocó por un momento a Dan, quien arrugó instintivamente el entrecejo en busca de su posible intencionalidad.

—Ya le he dicho que le haría miles, pero...

—Amigo Foster, estoy seguro de que en su cabeza hay una pregunta que desde hace tiempo desea formularme, ¿verdad...?

—Sí, claro... Es lógico...

—Adelante con ella.

—¿Por qué me está revelando un secreto tan trascendental por el que ha mata..., por el que han muerto tantas personas?

El anciano, con la agonía auestas en su semblante, asintió con la cabeza varias veces sin perder el punto de dureza que traspiraba ahora toda su orografía facial.

—Amigo Foster... Se lo he contado porque conocer los secretos de la operación *Chanel n° 5* equivale, ya lo sabe usted, a una sentencia de muerte... Y eso es lo que le va a suceder a usted... Lo siento, Foster... Va usted a morir... Muy pronto.

12

Una hora y media después de partir de la base de la Fuerza Aérea de Norfolk, el *Apache AH-G4D* llegó a su punto de destino.

Volando a unos dos mil pies sobre el oscuro y belicoso Atlántico, Charles Williams, subdirector de Asuntos Internos de la CIA, y Olivia Perry, ex agente de la misma, fueron arrojados a los tiburones a través de una escotilla situada en la parte trasera de la nave.

Pidieron, como última voluntad, que les dejaran caer abrazados.

El teniente que mandaba la operación tuvo a bien concederles su deseo.

13

La fatídica sentencia de Parker hizo que Dan cogiera una silla, la acercara con rapidez a una de las ventanas del sótano y se subiera a ella para observar el exterior de la casa. Tal como había intuido, la vivienda se hallaba completamente rodeada por una unidad de élite de la policía federal. Cualquier intento de escapada resultaría inútil.

—Mal panorama, amigo... Le repito que lo siento. Me cae usted muy bien, créame. Soy un rendido admirador de la inteligencia y usted es un hombre inteligente. Mucho. En caso contrario, no habría logrado descubrir el secreto número 11 de *Arcanum*. Lo malo es que, por desgracia, paradójicamente, su inteligencia le va a llevar a la muerte. Como le he dicho, nadie que conozca el misterio de Dallas sin estar autorizado puede seguir viviendo... Lo siento.

Foster bajó de la silla y, a pesar de que su ejecución podía ser cuestión de horas, no se sintió demasiado inquieto. Era como si se sometiera por propia voluntad a un destino trágico, como si aceptara que no merecía seguir viviendo por haber puesto sus pies y sus manos en el monumental montaje ideado y gestionado por el anciano que tenía frente a él.

Richard tomó asiento en su sillón con gran fatiga. El semblante precadavérico y la respiración, cada vez más dificultosa y estremecedora, indicaban con claridad que sus pulmones se iban secando por momentos. Extrajo de un cajón de la mesa una mascarilla de plástico y una pequeña botella de oxígeno. Se la colocó en el rostro y

comenzó a aspirar y resoplar con toda la intensidad que su débil estado le permitía. Dan aprovechó este momento para evaluar si existía alguna posibilidad de huir de allí. Estaba irremediabilmente perdido y lo único que se le ocurrió fue llamar a Olivia para contarle la situación en que se encontraba. La ex agente de la CIA tenía el teléfono “apagado o fuera de cobertura”.

Tras retirarse un poco la mascarilla, Parker comprobó con una profunda inspiración que podía respirar sin el oxígeno. Con su lucidez mental intacta, pero con la voz más frágil y entrecortada a causa de su deteriorado estado físico, le confesó al escritor español:

—Me he sentido a gusto, muy a gusto, contándole las principales escenas de mi obra. Una obra muy complicada y muy costosa para que, ironías del destino, sólo pueda valorarla un único espectador... Usted.

El montaje del pasado se había convertido en un delirio del presente para su autor. En su mente no existía espacio alguno que no estuviera ocupado por su magna “obra” y por eso sentía una irrefrenable necesidad de hablar de ella. Todas sus confidencias al escritor español no eran sino una necesidad psicológica reprimida durante muchos años.

—Sabiedo con plena certeza que va a morir, me puedo permitir una última confidencia. La financiación...

—¿La... qué...? —Foster no había oído bien la palabra.

—La financiación... El coste de las puestas en escena de 1962 y 1963, lo que han estado cobrando los colaboradores durante todos estos años, lo que se ha invertido en el último año para poder bajar el telón definitivamente..., ha requerido mucho dinero. Muchísimo. ¿No se ha preguntado nunca de dónde ha salido esa gran suma de dólares?

—¿De los fondos reservados de la CIA...? ¿De *Arcanum*...?

Las facciones de Richard, cada vez más esclerotizadas, se resistían a cualquier mueca. Aún así, Foster detectó en el semblante del octogenario una sonrisa de plena complacencia, semicerrando luego los párpados para revelarle:

—La comedia que tenía preparada como ficción se la expuse como real a los máximos responsables de diversos estamentos, empresas e instituciones... Les visité uno por uno haciéndoles creer que nadie más lo sabía...

—Perdone. No acabo de entenderle... —El interés se había redoblado en Dan tras la última frase.

—El plan de un tirador solitario de élite se lo conté a una serie de personas a las que, por una razón u otra, pudiera interesarles que muriera Jack... ¿Va comprendiendo...? Les ofrecí el..., llamémosle negocio, a cuatro personas a cambio de un millón y medio de dólares cada una. Las cuatro tardaron muy poco en poner en mi mano ese dinero. Seis millones de dólares de los años sesenta, no lo olvide, era mucho dinero, y más si se administraba bien como yo he hecho a lo largo de todo este tiempo. Reconózcame que la financiación también fue una idea... genial.

Foster, por unos instantes, se olvidó de la dramática situación en la que se encontraba personalmente. Una vez más, e iban varias, se quedó boquiabierto de admiración ante la prodigiosa inteligencia de Richard, asintiendo con la cabeza varias veces para complacer la patológica necesidad de reconocimiento a su magna obra.

—¿Y puede decirme quiénes fueron los, digamos, patrocinadores del magnicidio, y por qué...? —le preguntó sin rubor ante la entera predisposición de Parker a revelar todo cuanto sabía.

—Ningún problema, ya que se va a llevar usted la información a la tumba... Un consorcio estadounidense de fábricas de armas para que Jack no abortara la guerra de Vietnam y les hundiera el negocio... La cúpula del FBI encabezada por su director, Edgar Hoover, ya que iba a ser cesada en las semanas siguientes por el presidente... La Mafia, con Jimmy Hoffa y San Giancana a la cabeza, por la ley especial que

preparaba el gobierno contra sus sucios negocios... Y por último, los exiliados cubanos de Miami, que consideraban una traición de Jack el fallido desembarco de Bahía de Cochinos, fracaso que fortaleció y perpetuó a Castro en el poder.

El escritor español se embelesó, por enésima vez, con la capacidad imaginativa del comatoso anciano que tenía al otro lado de la mesa. Una inteligencia diabólica que convirtió en asesinos morales del presidente a quienes pagaron para que fuera eliminado.

—Realmente... fascinante —acertó a comentar.

—Gracias, Foster. Me reconforta su reconocimiento y se lo agradezco... Bien, hemos terminado. Le están esperando arriba... Y por favor, deje sobre la mesa los documentos de Linda Lange y Paul Wagner así como cualquier aparato grabador que lleve encima.

—Lo siento, pero son míos... Me ha costado mucho conseguirlos.

—Como quiera, pero tenga la seguridad de que ya no les van a servir de nada —le recordó con cierta sorna—. Se los requisarán en cuanto suba.

Después de morderse los labios por unos instantes, el escritor se incorporó sin dejar de mirar el suelo. A continuación observó a su confidente con fijeza durante unos diez segundos y, tras una mueca de duda, le alargó la mano que Parker le estrechó con las escasas fuerzas que le quedaban.

—Gracias. Ha sido, digamos, un placer oírle... Tiene usted un extraordinario “currículum vitae”... O mejor dicho, un “currículum mortis” inigualable.

—Gracias a usted. El placer ha sido mío, como le dije antes, por poder compartir con alguien el gran secreto de mi vida... Siento de veras lo que le espera. Pero, ya sabe..., las reglas son las reglas. Usted ya no puede seguir viviendo.

—Una última pregunta, señor Parker... ¿Están... vivos?

—¿Vivos? ¿Se refiere a Jack y a Nor? —Dan asintió con la cabeza— Fallecieron los dos en el 91, con apenas una semana de diferencia... Primero Marilyn de un ictus cerebral y, seis días después, Jack de tristeza... Supongo que de tristeza de amor.

—¿Y dónde estuvieron desde el 63 al 91?

Richard soltó la mano que permanecía enlazada con la de Dan y, en tono enigmático, le contestó.

—Vivieron en el paraíso. En una de las siete colinas del paraíso... Y nunca mejor dicho lo del “paraíso”.

—¿Qué quiere decir con eso de “nunca mejor dicho”?

—Piense, Foster... Usted que es un hombre inteligente, muy inteligente, piense... Aunque, por desgracia, ya le queda muy poco tiempo para hacerlo... Buenas noches. Nos vemos dentro de poco, supongo, en la eternidad...

El escritor esbozó un remedo de sonrisa, giró su cuerpo y se encaminó lenta, muy lentamente, hacia las escaleras. Durante este recorrido llamó de nuevo a Olivia pero su teléfono seguía sin estar operativo.

A sus espaldas, Parker pulsó una tecla de marcación rápida de su móvil. A los dos repiques obtenía comunicación.

—Hija... Me encuentro mal. Cada vez peor. Ven en cuanto puedas... y trae a Cody. Quiero darle el último beso.

Al cerrar el teléfono, descubrió que su perrita *Ninale* estaba observando con innegable tristeza. Comenzó a acariciarla mientras su ánimo se sumía en una apesadumbrada reflexión con el semblante contraído por un lacerante dolor, físico y moral.

Después pulsó otra tecla de marcación rápida...

El Lockheed Martin C-130J trotó durante cuarenta segundos por la pista y luego saltó hacia el cielo de Camp Springs, en el estado de Maryland, hacia las veintidós horas y cuarenta y cinco minutos.

Poco tiempo después comenzó a sobrevolar las rizadas y oscuras aguas del océano en dirección al Caribe.

Además del piloto y el copiloto, que también ejercía de mecánico de vuelo, en la aeronave viajaban otras cuatro personas: un capitán de las Fuerzas Especiales del ejército del aire, dos policías militares del mismo cuerpo y Dan Foster.

Unas momentáneas turbulencias hicieron crujir el esqueleto del C-130J, pero pronto el limpio y monótono ruido del motor volvió a ser el único sonido que se escuchaba en el interior.

Dan Foster viajaba sentado en el asiento número dos. A su izquierda, en el uno, tenía a un soldado; en el tres, al otro lado del estrecho pasillo, se encontraba el capitán que mandaba la operación, y a la derecha de éste un segundo soldado.

Tras una hora y cincuenta minutos de vuelo, el jefe de la expedición consultó su reloj, se levantó y, caminando unos cinco metros, penetró en la cabina cuya puerta estaba abierta.

—¿Cuánto falta para el punto cero?

—Unos catorce minutos.

El piloto, treinta y ocho años, grado de teniente del ejército del aire, pertenecía también a las Fuerzas Especiales. Este cuerpo de élite era un organismo opaco que tenía su sede en la base aérea de Andrews, en Camp Spring, y sobre él corrían rumores de todo tipo en las Fuerzas Armadas por sus métodos de actuación nada escrupulosos.

—Tres minutos antes quiero que me ponga al habla con el general Carter.

—Ok.

A ciento veinte millas de Grand Bahama, comenzó a girar en dirección sureste hacia las fosas más profundas del océano.

Dan sabía que iba a morir, pero no le habían proporcionado ningún tipo de información sobre el método que pensaban utilizar para deshacerse de él. Algún tiempo después, el responsable de la operación satisfacía su dramática curiosidad al abrir y cerrar una trampilla situada en el suelo, en medio del pasillo flanqueado por dos hileras de asientos. Estaba claro que le pensaban arrojar al mar por la escotilla y, con toda probabilidad, en una zona de tiburones para que no quedara ningún rastro de su cuerpo.

A las cero horas y cuarenta y dos minutos, el piloto estableció contacto con la base desde la que habían despegado; en concreto con el general Colin Carter, el responsable último de la operación, alto comisario de *Arca* en el ejército del aire.

—Señor, nos estamos acercando al objetivo. Faltan, más o menos, cuatro minutos.

—Bien, dígame al capitán Connors que espere mi orden.

—Le estoy oyendo, señor —le informó el jefe del comando desde la puerta de la cabina.

En ese momento, Dan Foster, reprimiendo a duras penas sus desatados nervios, se incorporó en su asiento y gritó para que le oyeran todos los pasajeros; de manera especial los tres que se hallaban en ese momento en la cabina.

—¡Oídme todos! ¡Quiero que sepáis el motivo por el que me vais a asesinar! ¡El mismo motivo por el que también vais a morir todos vosotros!

El teniente Connors abandonó de prisa la cabina y se plantó ante Dan.

—¡Siéntese y cállese!

—¿No quieres saber por qué os van a matar a todos cuantos viajáis en este avión?

—¡Que se calle! —le ordenó el militar dándole un violento empujón que lo arrojó a su asiento.

Connors miró su reloj y regresó hacia la cabina. Nada más darle la espalda, Foster

volvió a levantarse y a gritar:

—¡Os han ordenado que me arrojéis al mar porque he descubierto que el presidente Kennedy no fue asesinado en Dallas! ¡Os lo repito, el presidente Kennedy no fue asesinado en Dallas! ¡Es un secreto de estado! ¡Un secreto de estado que ahora también conocéis vosotros y, por lo tanto, desde este momento, también estáis condenados a muerte igual que yo!

Tan insólita revelación dejó paralizado al responsable del comando, tanto por la estupidez que acababa de oír como por la escena surrealista que se estaba desarrollando. Evidentemente, era una estratagema a la desesperada del prisionero para eludir su fatal destino. Una burda estratagema.

—¡Soy un escritor español y tengo pruebas fehacientes de que el magnicidio de Dallas fue un montaje! ¡Una falsificación de la historia de Estados Unidos que se quiere ocultar asesinando a todos cuantos la conocen!

—¿¡Qué pasa ahí!? —gritó el general Carter a través del altavoz de la cabina.

—¡Os lo repito! ¡Me vais a matar por conocer el gran secreto de vuestra nación! ¡Y vosotros moriréis también porque ahora lo conocéis igual que yo!

—¡He preguntado que qué coño pasa ahí! —retumbó de nuevo la voz de Colin Carter.

—Señor... —El piloto dudó unos instantes pero se decidió a preguntar—¿Podemos saber el motivo por el que va a ser ejecutado el prisionero que tenemos a bordo?

—¿¡A qué viene esa estúpida pregunta!? —se encrespó aún más su interlocutor en tierra.

—El detenido... El detenido nos ha dicho que va a morir porque sabe que a Kennedy no lo mataron en Dallas.

—¿¡Cómo!/? —La exclamación encerraba una evidente carga de alarma— ¡Páseme al capitán Connors!

—Le estoy oyendo, señor.

—¡Pues si me está oyendo, no entiendo cómo permite usted esa puta situación! ¡Abra inmediatamente la trampilla y arroje al prisionero! ¡Ya!

Se espesó un asfixiante silencio donde piloto, copiloto y el responsable de la operación cruzaron miradas aceleradas por el nerviosismo.

—¿Me ha oído, Connors? —bramó Carter desde la planta tercera del control de mando en la base de Andrews.

—Señor... —intervino el capitán ralentizando las palabras— ¿Puede responder a la pregunta que le ha hecho el teniente piloto?

—¡Si en estos momentos no arroja a los tiburones al detenido, le juro que comparecerán todos ante un tribunal militar acusados de alta traición!

Nuevo silencio en el interior del avión, tenso, dramático, insufrible, tanto para el escritor español como para sus guardianes. En el primero, porque se había encendido una lucecita de esperanza en su dramática situación. En el caso de los soldados y los pilotos porque se veían en una encrucijada peligrosa, sobre todo por el nerviosismo generado en tierra que había disparado todas sus alarmas.

—Reitero, señor, mi pregunta... ¿Por qué va a morir el prisionero? —insistió Connors.

—¿Y qué es eso de que a Kennedy no lo mataron en Dallas? —preguntó el piloto, cada vez más alterado.

Regresó el inquietante silencio que, ahora duró apenas cinco segundos. La comunicación con tierra se cortó tras un chasquido, aunque antes pudieron escuchar en la voz de Colin Carter tres aterradoras palabras.

—¡Rápido! ¡Un misil!

Instante después de oír lo anterior, el piloto apretó con fuerza los mandos del Lockheed C-130J, aceleró los motores al máximo y puso rumbo hacia la tierra que tenía más cerca en el radar: la isla de Mayaguana.

Dieciocho minutos más tarde, el piloto, invirtiendo en la maniobra toda la pericia y

sangre fría de la que fue capaz, apagando segundos antes los motores para evitar que se incendiaran en el choque, y gracias a que existía luna llena, lograba tomar tierra en el norte de la citada isla; concretamente en la extensa playa de Upper Point. El tren de aterrizaje saltó hecho añicos, el ala izquierda se partió, pero el agua y la arena amortiguaron en gran medida el impacto del fuselaje contra el suelo. Salvo algunas magulladuras, los seis ocupantes, ayudándose unos a otros, abandonaron con gran rapidez la aeronave.

Siete minutos después, un misilMIM-104 Patriot impactaba en el avión convirtiéndolo en una espectacular bola de fuego y humo. Las desiertas arenas de Mayaguana se iluminaron intensamente y el cielo se transformó por unos instantes en una, hermosa pero furtiva, aurora boreal.

EPÍLOGO 1

1

El periplo para llegar a Barcelona desde la isla de Mayaguana duró seis días y medio y tuvo un extraño recorrido por Nassau, Barbados, Antigua, Cancún, Sao Paulo y Buenos Aires. El escritor español no poseía ningún tipo de documentación personal y, sobre todo, tenía miedo a que le localizaran los hombres de *Arcanum*, lo cual le empujó a convertir su huída en todo un jeroglífico geográfico.

Después de abandonar el avión desde el que iba a ser arrojado a los tiburones del Caribe, Foster se alejó del resto de la tripulación y, caminando de noche playa adelante en dirección norte, se topó con los navegantes de un velero que practicaban nudismo en una pequeña bahía a la luz de los reflectores del barco. Dado que contarles lo que le había ocurrido habría complicado su situación, optó por inventarse la historia de que había sido atracado por unos nativos cuando rodaba imágenes para un documental sobre la fauna y la flora de la isla.

Eran tres parejas de turistas canadienses que se ofrecieron a llevarle hasta Abraham's Bay, donde ellos se hospedaban en el Amanyara Hotel, viaje que efectuaron hacia las cuatro de la madrugada tras compartir con Foster el *picnic* nocturno. Nada más llegar al citado hotel, y gracias de nuevo a la generosidad de los canadienses, efectuó una llamada de móvil a Lola Portal, quien rápidamente se puso en acción para proporcionarle pasaporte y dinero; gestiones en las que resultó decisiva su relación profesional con *Océano*, una editorial y distribuidora de libros que operaba en toda Sudamérica.

En el aeropuerto del Prat de la ciudad condal le estaba esperando, como siempre, Lola Portal; esta vez en compañía de Montse Claramunt, la madre de Foster. La editora les dejó en su casa hacia el mediodía, quedando citada con el escritor para las ocho de la tarde en su piso de Pedralbes. Necesitaban hablar con tranquilidad, lejos de los molestos teléfonos de la editorial y, sobre todo, sin límite de tiempo.

Como siempre que su hijo volvía de un largo viaje, Montse le había preparado una suculenta comida durante la que Dan apenas le contó un diez por ciento de sus aventuras en Estados Unidos. Su madre seguía creyendo que investigaba el tema de los asesinatos múltiples, aunque el escritor le comentó que también había estado tomando notas y documentándose para un posible libro sobre la muerte del presidente Kennedy.

—Hijo, ése es un tema muy trillado sobre el que ya está todo dicho. Se han escrito miles de libros y millones de artículos. Yo que tú, no perdería el tiempo. Es imposible encontrar ya un punto de vista novedoso.

—Es verdad, mamá. No merece la pena —complació a su progenitora.

Tras una larga sobremesa, agotado por el viaje, lleno el estómago de aperitivos, ensalada y solomillo a la piedra, y entenebrecida la mente por una botella entera de *Beronia*, Dan se acostó y durmió de un tirón hasta las siete y media que le despertó su madre para la cita con Lola.

A las ocho menos cuarto bajaba a la calle para detener un taxi pero, justo en el momento en que iba a levantar la mano, saltó la alarma en su cerebro. Reflexionó unos segundos y telefoneó de inmediato a su editora.

—¿Qué te parece si, en vez de charlar en tu casa, lo hacemos en el reservado de algún restaurante de la costa? Conozco uno muy bueno en Vilassar de Mar.

—¿Por....?

—Seguridad. Esos tipos llegaron sin problemas hasta tu bañera y, sin duda alguna, a mí me están buscando en muchos sitios. Entre ellos, no lo dudes, en Barcelona

—Acababa de preparar una cena fría...
—Pues la guardas en el frigo para que no se te caliente y te la comes mañana.
—Te propongo otra cosa... —Lola se tomó unos instantes de silencio para convertir en idea la chispa que había saltado en su cerebro— Me llevo la cena en unostaperware, te recojo en tu casa y nos vamos a mi torre en Seva. Charlamos hasta que amanezca y luego nos acostamos... Yo en mi cama y tú... —Lola guardó un silencio intencionado.
—Yo, ¿dónde?
—En la de invitados...
—Desde pequeño me da miedo dormir solito ¿No me puedes hacer un hueco en tu camita?
Hubo un breve silencio y luego le llegó la complacida voz de Lola.
—Veo, jovenzuelo, que has aprendido bastante del profesor Kennedy.

2

Una semana después de regresar a Barcelona, y tras multitud de llamadas a Estados Unidos intentando localizar a Olivia, Foster confirmó sus vehementes sospechas de que la joven norteamericana estaba muerta; en caso contrario, le habría devuelto alguna de las muchas llamadas y mensajes dejados en su buzón de voz, así como los numerosos emails remitidos a todas las direcciones de correo electrónico que tenía de ella. También lo intentó con Charles Williams en la sede de la CIA, donde por tres veces, tras mantenerle bastante tiempo en espera, le contestaron en tono claramente evasivo que había abandonado la agencia. Después de todas estas pesquisas, la deducción era bastante evidente: Olivia y Charles habían sido eliminados por *Arcanum*, casi con toda seguridad, arrojados a una zona de tiburones caribeños, el fatal destino del que él logró escapar.

El asesinato de Olivia afectó en gran manera a Dan durante algunos días. Pero también pudo constatar que su relación con la ex agente americana había sido más coyuntural que profunda, más sexual que afectiva; algo que ya intuyó en Las Vegas cuando la joven le planteó una vida futura en común. Había perdido una gran amiga, pero tal vez no a la mujer de su vida.

El planteamiento editorial de la aventura de Foster en América llevó a la editora y a Dan a largas discusiones, con frecuencia subidas de tono. El escritor era partidario de publicar el libro como un gran reportaje, un relato pormenorizado de cuanto le había ocurrido desde que comenzó a investigar la desaparición de la doctora Serra hasta que el misil destruyó el avión donde le transportaban para arrojarlo a los tiburones. Lola, por el contrario, no estaba en absoluto de acuerdo.

—No tenemos ninguna prueba fehaciente. Si no hubieras sido tan gilipollas de llevarte a casa de Parker los originales de la enfermera y del marido de la doble, podrían habernos servido de base para probar, si no toda la historia, sí al menos una parte de ella.

—Ya... Y para colmo, también me quitaron el bolígrafo grabador. Bueno, tenemos fotocopias de los dos documentos.

—¿Fotocopias? Dan, creo que los últimos acontecimientos han mermado tu presunta superinteligencia. El tema es tan peliagudo que ni con los originales me atrevería yo a sacar el libro. Y además, necesitaríamos pruebas de ADN, tanto de los restos que hay del falso Kennedy en el cementerio de Arlington, como de los que haya en la supuesta tumba de Marilyn en Los Ángeles.

—Se podría intentar —afirmó Foster sin mucho convencimiento.

—Pero aún así —Lola continuó su argumentación—, tampoco tengo claro que fuera una buena idea publicar el libro. Porque aunque le echáramos al asunto ovarios por mi

parte y cojones por la tuya, seguro que alguien lo impediría. Como tú bien dijiste, si llegaron hasta el borde de mi bañera seguro que podrán llegar hasta nuestro precioso cuello. Y yo, de momento, a pesar de las malditas arrugas no tengo ningún interés en perderlo.

—¿Me estás diciendo que dejemos impune la muerte de tu sobrina y todos los demás asesinatos?

—¡Te estoy diciendo que quiero seguir viva! ¡Entre otras razones, para poder echar de vez en cuando un polvo como el de la semana pasada!

El autor sonrió manifiestamente halagado pero no cejó en su empeño de publicar el libro.

—Me estás pidiendo un imposible y tú lo sabes.

—Te estoy pidiendo que seas inteligente, que no pongas en peligro ni tu vida ni la mía.

—Parece mentira que todavía no me conozcas. Tengo, tenemos, la mejor historia que un escritor y una editora puedan imaginar y...

—¡En la hipótesis, improbable por completo, de que consiguiéramos sacar el libro, nos matarían! ¡No lo dudes! Y puesta a morir, prefiero que alguien me mate a polvos, por ejemplo tú, a que me corte el cuello un imbécil del *Arcanum* sede las narices.

Dan se vio obligado a sonreír por la obsesión sexual que no abandonaba a la editora ni en los momentos más álgidos de sus discusiones.

—¡Y quien no tiene ni puta idea de quién soy yo eres tú! —Continuó Lola— Si insistes en publicar el libro, te libero por completo de tus compromisos con Diamante.

—¿¡Qué!?! —exclamó el escritor no dando crédito a lo que habían captado sus oídos.

—Que puedes irte a otra editorial.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente en serio, tonto de los cojones.

Tardaron casi quince días en alcanzar un acuerdo, hecho que ocurrió en la casa de campo que la editora poseía en la urbanización “El Pinós” del pueblo barcelonés de Seva. Y llegó, no podía ser de otra forma, durante el relax de un turbulento y ruidoso orgasmo batallado sobre la alfombra persa del salón.

—Kennedy, a tu lado, un puto impotente.

—Marilyn, comparada contigo, una frígida anorgásmica— le devolvió el halago.

En el silencio subsiguiente, mirando el artesonado del techo, de pronto se encendieron todas las luces del cerebro de la editora. Pocos instantes después, comenzaron a repicar dentro de su cabeza campanitas de alegría. El *shock* emocional fue de tal calibre que se incorporó de pronto hasta quedar sentada encima de la alfombra, con el rostro transfigurado como si estuviera incidiendo sobre él un rayo celestial.

—Está claro... ¡Clarísimo!

—¿A qué te refieres...? ¿Qué es lo que está clarísimo?

—¡Cómo no se me habrá ocurrido antes!

—¿Me quieres decir de una puta vez en qué coño estás pensando? —estalló Foster incorporándose también.

—No podemos editar un documento histórico porque nadie se lo creería sin pruebas y porque, además, nos cortarían el cuello... Pero sí podemos publicar la historia como si fuera...

—¿Cómo si fuera qué...? —se interesó Dan visiblemente desconcertado.

—Una novela.

—¿Una... novela? —El estupor se abatió sobre el semblante del escritor.

—¡Una novela! ¡Un thriller del copón!

—¿¡Una novela!?! ¡Y una leche! ¡Eso sólo ocurriría pasando por encima de mi cadáver!

—Proclamó, con afectada solemnidad, Dan Foster — ¡Ni lo pienses! ¡Ni lo sueñes! ¡Antes muerto! ¡Antes me la corto! ¡Antes...!

Nueve meses después finalizaba un manuscrito de casi 500 páginas y lo ponía en

manos de la editora. Lola se lo leyó, o mejor, se lo devoró en dos días y dictaminó:
—¡Genial, Dan, genial! ¡Es... la leche! Aunque el final...
—¡Sí, ya sé que se queda cojo el final. A mí también me gustaría saber dónde estuvieron viviendo Kennedy y Marilyn hasta su muerte. Te refieres a eso, ¿verdad?
—Es la pregunta que se harán todos los lectores al terminar de leer la novela.
—¿La novela? ¡Tu puta madre! —le espetó Dan medio en serio, medio en broma.
Lola soltó una carcajada sabiendo que le hurgaba en la mismísima pulpa de su profesionalidad.
—Consuélate pensando que, como novela, venderemos muchos más ejemplares que como reportaje histórico.
—¿Tú crees?
—¡No tengo la menor duda!
—Es posible. Pero llevas razón... Todo el mundo se preguntará dónde estuvieron viviendo todos esos años Marilyn y JFK.
—Invéntatelo. Al fin y al cabo, es una... novela.
—¡Tu putísima madre! —volvió Foster a mostrar su enfado profesional, ahora teatralizándolo aún más.
—Tú verás lo que haces.
—Si pongo dónde vivieron, tiene que ser verdad. Si no, mejor dejar que cada lector se lo imagine...
—Una sugerencia... Date un mes de plazo para ver si consigues averiguar dónde vivieron hasta su muerte. Mientras tanto, yo iré preparando la edición.
—¿Has pensado que ya no podrá salir en el sello “Im-In”? ¿Qué ya no es un libro de investigación?
—Por supuesto, pero no me vendrá mal. Hace tiempo que quería crear una colección de novelas... Un mes, ¿vale?
—Dos.
—¡Ya empezamos con el regateo! ¡Está bien, joder!
—Hablando de joder... ¿Aguantas uno más...? —le retó Dan.
—Puestos a provocar, ¿por qué no dos...?
—¿Qué tal tres...?

3

Desde que escritor y editora tomaron conciencia de que a la “novela” le faltaba la guinda de saber dónde habían estado viviendo Kennedy y Marilyn desde 1963 hasta su muerte, Foster se dedicó en cuerpo y alma a intentar conocer el paradero del lugar en cuestión.

Como primer paso efectuó un ejercicio de imaginación y lógica. Basándose en estas dos premisas, estableció la razonable hipótesis de que habrían vivido dentro de Estados Unidos, aunque en un lugar poco concurrido por un temor lógico a ser descubiertos. Esto eliminaba la probabilidad de habitar un piso y debía orientar sus pesquisas hacia una vivienda unifamiliar. Evidentemente, no podía ser una casa cualquiera; en consecuencia, tenía que centrarse, dado el rango y la psicología de ambos personajes, en una gran villa, en una mansión, lo cual le llevaba sin ningún género de dudas a una zona residencial de *altostanding*.

Foster no se los imaginaba en el campo, en un remoto e interminable rancho de Arizona, por poner un ejemplo. El presidente y la actriz, con casi toda seguridad, habrían ocupado una vivienda de lujo, rodeada por un gran jardín, en una zona no muy lejana de una importante ciudad.

Siguiendo con el proceso lógico, también habrían pensado en una zona cálida. Esto

eliminaba toda la franja norte de USA y apuntaba, como preferentes, a dos estados: California y Florida. California porque Marilyn era de allí y Florida por el excelente clima del que disfrutaba casi todo el año.

Establecidos estos parámetros deductivos, gran mansión, gran jardín, California o Florida, el escritor español pasó a analizar las únicas palabras que Richard le había dedicado durante su conversación a la vida en común del presidente y de la actriz.

Fueron dos frases y, más o menos, recordaba estas palabras:

—*Fallecieron los dos en el 91, con apenas una semana de diferencia. Primero Marilyn de un ictus cerebral y, seis días después, Jack de tristeza de amor.*

—*Han vivido en el paraíso... En una de las siete colinas del paraíso... Y nunca mejor dicho lo del paraíso.*

Estas dos frases alojadas en su cerebro comenzaron a orbitar por él de manera continua, un día y otro. Cada vez que se le ocurría algo, lo anotaba de inmediato, o bien lo archivaba en su nuevo bolígrafo grabador. Dan era consciente de que, o descubría algo partiendo de estas dos frases o tendría que obviar en el libro el dato de dónde habían vivido los dos mitos hasta su fallecimiento. O también, resignarse y aceptar la sugerencia de Lola de inventárselo ya que, a fin de cuentas, era un “relato de ficción”.

Una opción para intentar resolver el enigma pasaba por viajar de nuevo a Princeton. Con la ayuda de Cora, la hija de Parker, podría rastrear el museo kennediano de su padre en busca de algún dato, agendas telefónicas incluidas, que pudieran llevarle hasta el que fue nido de amor de Jack y Nor. Desechó pronto esta idea por dos razones. En la improbable hipótesis de que la hija pudiera ayudarlo, evidentemente no lo iba a hacer sin una razón que Foster no poseía; en segundo lugar, y más decisivo, correría un riesgo evidente de volver a caer en las garras de *Arcanum*.

Sólo le quedaba su imaginación e internet, en concreto *Google*, en cuya barra tecleó la palabra “paraíso” y aparecieron 24.100.000 entradas. “Paraíso en Estados Unidos” y surgieron 2.300.000 páginas. Luego, “siete colinas del paraíso en Estados Unidos” y se topó con 20.600 registros. Y así fue escribiendo una serie de variaciones con los tres conceptos claves: “paraíso–siete colinas–Estados Unidos”. Variaciones que arrojaban miles, decenas de miles, centenares de miles de artículos; cifras mareantes en las que naufragaba una y otra vez el investigador. Pasaban las horas y los días sin hallar un dato fiable. A veces encontraba algún “hilo” y tiraba de él, pero al final se rompía o no le conducía a ninguna parte.

Nueve días antes de cumplirse el plazo de dos meses pactado con la editora, perdió su inquebrantable fe en *Googley* y se debilitó su tenacidad frente al ordenador. Cuando esto acontecía, generalmente muy pocas veces, siempre apelaba a su madre como último recurso. Ya le sucedió en su anterior investigación, cuando no se le ocurría la manera de infiltrarse en el cónclave que terminó eligiendo Papa a Adriano VII.

—¡Mamá!

—Dime, hijo —le contestó Montse desde su despacho donde se encontraba traduciendo a James Frey.

—Tú que lo sabes todo...

—Casi todo, hijo, casi todo...—matizó su madre con un cierto orgullo no exento de ironía.

—¿Si para los ingleses el paraíso es Ibiza, para los alemanes Mallorca, para los italianos Capri, para los franceses Cannes... ¿Cuál es el paraíso para los americanos...?

—¡Hawái! —le respondió con seguridad tras unos instantes de reflexión.

Dan tecleó en su portátil las palabras claves: paraíso-siete colinas y sustituyó Estados Unidos por Hawái.

—¡¡¡Bingooo!!! —gritó enardecido como un hinchado ante un gol decisivo de su equipo.

En Hawái, el estado más joven de Estados Unidos, concretamente en la isla de Oahu, no muy lejos de la capital Honolulu, existía al borde del Pacífico una urbanización llamada *El Paraíso de las 7 Colinas*.

Sin perder un instante se centró en esta información y una hora más tarde, una vez leídos varios reportajes sobre la zona en cuestión y visitarla a través de *Google Earth*, llegó a la conclusión de que existían bastantes probabilidades de ser el lugar indicado enigmáticamente por Parker. Su frase "*Han vivido en el paraíso... En una de las siete colinas del paraíso... y nunca mejor dicho lo del paraíso*", cuadraba con el sitio: una urbanización llamada *El Paraíso* en Hawái, un archipiélago considerado por muchos norteamericanos como un "paraíso" por sus playas, su clima tropical, sus aguas limpias, su vegetación virgen y su variopinta fauna. Un lugar ideal para vivir. Y además, en sus casi cien islas, arrecifes e islotes, existían numerosas leyendas que situaban allí el edén donde Dios colocó al primer hombre y a la primera mujer. Hawái era, sin duda alguna, uno de los *american dreams*, el sueño americano de la mayoría de los estadounidenses para pasar unas vacaciones.

A medida que avanzaba en la investigación, Foster empezó a sentir el hormigueo efervescente de hallarse en el camino correcto. Y más cuando descubrió que en *El Paraíso de las 7 Colinas* vivían, o tenían su residencia de descanso, magnates del petróleo de Texas, políticos jubilados o en activo, banqueros, cerebros de Silicon Valley, directores y actores de Hollywood. Era, sin duda alguna, una urbanización de *altostanding*.

Cuando le expuso a Lola Portal el resultado de sus pesquisas, la editora no se sintió demasiado entusiasmada.

—“Siete colinas” son dos palabras que existen en numerosas culturas y lugares. En Roma y en muchos otros sitios hay “siete colinas”, así que no seas tan optimista.

—¿No te convence?

—Quien se tiene que convencer eres tú. Y la única manera de salir de dudas es que te largues a Honolulu.

—Empiezas a ser una mujer razonable.

—Pero... —advirtió la editora al tiempo que levantaba el dedo índice de la mano derecha.

—Ya estamos con tus malditas condiciones —se lamentó Dan barruntando alguna de sus trampas.

—Diamante te paga los billetes de avión y el hotel. Pero... Pero si no han vivido allí, te inventas que han vivido allí. ¿Me he explicado bien, don Gilipolleski?

—Perfectamente, doña Cascarrabias.

—¿Doña Cascarrabias...? ¡Cascarrabias tu santísima y putísima madre! —bramó Lola, y no precisamente en arameo.

4

Tres días después, provisto de una nueva identidad, con el cabello teñido de rubio, gorra de béisbol y unas gafas de gruesa montura color berenjena, Foster aterrizaba en el aeropuerto de San Francisco, en un vuelo de *Air France* proveniente de Montreal a donde había llegado vía París. En la ciudad californiana, después de una espera en tránsito que se le hizo eterna, enlazaba con un viaje de United Airline a Honolulu en la isla hawaiana de Oahu, a más de 4.000 kilómetros de Norteamérica, donde aterrizaba en la terminal 2 al caer la tarde después de cinco horas y media de vuelo.

Tras pernoctar en dicha ciudad, una urbe turística que parecía la hermana pequeña de Manhattan en cuanto a la altura y densidad de sus edificios, a la mañana siguiente entraba en las oficinas centrales de la inmobiliaria *Maui*, la de mayor volumen de

negocio en toda la isla. La gerenciaba un norteamericano de unos sesenta y cinco años, a quien planteó su deseo de encontrar una mansión en venta en la exclusiva urbanización de *El Paraíso de las 7 Colinas*.

—Sé que son muy caras. No es para mí. Trabajo para un tenista de élite español, que está muy interesado en tener una casa de descanso en esa urbanización.

El director de *Mauison* rió al adivinar de qué tenista se trataba, ya que era un buen aficionado al deporte de la raqueta.

—En *El Paraíso* tenemos a la venta cinco mansiones en exclusiva y nueve más compartidas con otras agencias. Todas están entre dos millones y medio y cinco millones de dólares.

—El precio no es, en principio, ningún problema. Sí son importantes otros requisitos...

—dejó caer Foster.

—¿Por ejemplo, señor?

—Los vecinos.

—Todos los propietarios de *El Paraíso* son personas absolutamente respetables. Llevo aquí más de treinta años trabajando y conozco a la mayoría de ellos.

—La urbanización, tengo entendido, se construyó en 1963. ¿Es así?

—No... Bueno, la primera fase, sí. Pero fueron sólo ocho casas. Las que dan al mar. La fase importante, la segunda, se empezó a vender en 1979, que fue cuando entré yo a trabajar. La verdad es que de la primera no conozco a nadie de los propietarios, pero no tengo la menor duda que deben ser también personas muy respetables.

Ocho casas lindando con la playa construidas en 1963. El dato era muy bueno. A Foster le acotaba la búsqueda y, en consecuencia, le facilitaba el trabajo.

La urbanización, sin lugar a dudas, era un paraíso. La denominación de *7 colinas* resultaba bastante arbitraria porque dependía de lo que se entendiera por "colina". Existían diversas ondulaciones del terreno, pero por sus escasos desniveles no se podían considerar colinas desde un punto de vista estrictamente orográfico. Todas las viviendas no bajaban de los ochocientos metros cuadrados y las parcelas que le rodeaban rondaban los diez mil.

Los jardines estaban poblados con toda clase de árboles tropicales que, con sus variadas frutas, inundaban de colorido los pequeños bosques particulares de cada mansión. Miles de palmeras ancladas en el azul casi eterno del cielo; ríos con pequeñas y espumosas cascadas, plácidos lagos donde habitaban bandadas de cisnes negros y blancos que se deslizaban con espléndida altivez por sus aguas; aquí y allá numerosas colonias de flamencos rosados y de aves del paraíso, así como otras familias de gallináceas, todas ellas vestidas con plumones multicolores. Las mansiones, grandiosas en su mayoría, ofrecían un caprichoso muestrario de estilos arquitectónicos, desde inspiraciones autóctonas hasta diseños *art déco* pasando por los intensos blancos y azules del colonial hispano.

Una hora después de trasladarse en un coche alquilado hasta la primera fase de la urbanización, y tras soltarle un billete de cien dólares a un guardia de seguridad que patrullaba en un jeep, Dan Foster centró sus pesquisas en las tres viviendas más cercanas al mar. Cerca de ellas, según le contó el citado guardia, Burt Lancaster y Deborah Kerr rodaron una tórrida escena de amor para la película *De aquí a la eternidad*, no muy lejos de allí, se habían grabado también los exteriores de la serie *Perdidos*.

Una de las propiedades pertenecía a un matrimonio de unos setenta años: el marido compositor y su esposa pintora. Haciéndose pasar por un ayudante de dirección que buscaba localizaciones para rodar un *remake* de la citada película de Fred Zinnemann, intentó sonsacar a ambos cónyuges información sobre los vecinos de las otras dos mansiones. De una, la más cercana a ellos, le explicaron que estaba deshabitada y actualmente en fase de reformas. Había pertenecido durante muchos años a un alto

ejecutivo japonés de Sony y ahora la había comprado una compañía de discos para instalar en ella un estudio de grabación. Respecto a la tercera vivienda, le aportaron muy pocos datos. Antes, al parecer, vivía un matrimonio mayor que algunas veces veían pasear por el exterior de la urbanización. Pero hacía ya bastantes años que no sabían nada de estos vecinos.

—De lo poco que recuerdo de ellos es que siempre iban, los dos, con gafas de sol —comentó la mujer.

—Es cierto —apostilló su marido—. Hiciera o no hiciera sol, siempre paseaban con gafas oscuras.

El escritor español agradeció la información, muy valiosa porque apuntaba a personas que intentaban evitar ser reconocidas, y se encaminó sin perder un minuto hacia esta última casa. La finca estaba rodeada por una pared sobre la que se elevaba una verja de hierro con altos barrotes que terminaban en puntas de lanza, cegados dichos barrotes por espesas arizónicas. La puerta principal, dos hojas también de hierro, apenas permitía ver a través de sus oblicuas lamas el arranque de un camino de tierra que giraba a la derecha y se perdía detrás de una hilera de palmeras.

En el frontispicio que cerraba la puerta por arriba, se podía leer en letras metálicas color cobre el nombre de la mansión: *Dream of Paradise*. En una de las lamas metálicas, amarrado con herrumbrosos alambres, colgaba un cartel de plástico con la inscripción *For Sale*, letrero que le puso en bandeja pulsar el timbre de un vídeoportero incrustado en el muro lateral derecho de la puerta. Treinta segundos después, ante el silencio del citado comunicador, volvió a pulsarlo. Nueva espera y, ahora sí, pocos segundos más tarde se oyó un chasquido y una pregunta formulada por una voz masculina.

—¿Qué desea?

—Buenas tardes, señor. Estoy interesado en comprar una casa por aquí y he leído el cartel... ¿Podría visitarla ahora?

—Si después de conocer el precio sigue interesado, se la puedo enseñar —Le contestó con lentitud la citada voz—. Seis millones quinientos mil dólares. Ni uno menos.

—No es para mí. Represento a un famoso tenista español. No tiene problemas de dinero.

—De acuerdo, pero nada de fotografías. La agencia que lleva la venta las tiene prohibidas. Tardaré un poco en llegar hasta la puerta y abrirle.

Cuatro minutos después apareció por el camino de las palmeras, con paso tranquilo, un anciano cuyo físico, bastante robusto, comenzaba a combarse por la edad. Poseía el pelo gris y escaso, su piel exhibía un tono cobrizo por la exposición continua a los tostados alisios del Pacífico y vestía una camisa de estética típicamente hawaiana, bastante raída, un holgado pantalón blanco y unas sandalias de esparto.

—Gracias, señor —le expresó Foster al franquearle la entrada.

—Le recuerdo. Nada de fotografías.

El camino de las palmeras desembocaba en un lago, de unos trescientos metros cuadrados, por cuya superficie verdinegra se deslizaba un variado muestrario de patos, cisnes y flamencos, entre nenúfares de numerosas especies y otras plantas y flores acuáticas. En las proximidades del estanque, sobre una mullida manta de césped esmeralda, una manada de pavos reales desplegaba sus llamativos abanicos de plumas multicolores. Al fondo, una espectacular mansión de una sola planta, de estética modernista, muy en la línea creada por el arquitecto Archibald Quincy Jones a finales de los años cincuenta del pasado siglo. Y detrás de ella, a unos doscientos metros escasos, se podían contemplar las mansas aguas del Pacífico: serenas olas de color turquesa que, con los rizos de la espuma dorados por el ocaso, venían a dormir sobre la arena de azúcar polvo de una playa infinita.

La visita a la vivienda duró poco tiempo porque, según explicó Foster, “ya vendría su

jefe” a verla con detenimiento. Estaba construida con mucha piedra a la vista, grandes ventanales, suelos de mármol, abundante madera en las paredes de los dormitorios, algunas de ellas tapizadas en damero con cuadros azules y blancos, amplios sofás en colores pastel, camas con doseles... Una arquitectura y una decoración muy californianas, difíciles de imaginar en Hawái y, mucho menos, al borde del luminoso Pacífico.

—¿Puedo conocer quién es el propietario? —le preguntó Dan en el porche.

—Pues no sabría decirle con exactitud... Al parecer, aquí vivía un matrimonio cuyos cónyuges murieron los dos, creo recordar, en el 91. Están enterrados precisamente allí —le señaló una zona de la verja cercana al acceso a la playa—. Justo al lado de la casa donde yo vivo... ¿Ve la casa?

—Sí. —La información despertó el interés de Dan— ¿Podemos acercarnos a ver esa tumba? Debe ser muy romántico estar enterrado al borde del mar —le argumentó.

—Ningún problema. Por supuesto, si se vendiera la casa, los restos de los antiguos dueños serían retirados —le informó el guarda mientras esbozaba un gesto para que le siguiera.

El enterramiento era un sencillo y alargado túmulo de tierra en medio de un espacio delimitado por cuatro palmeras cuyas ramas se entrelazaban. Estaba encabezado por una cruz construida con cocos: dos en el palo vertical superior, tres en cada transversal y cinco en el palo vertical inferior. En el transversal derecho, cada coco tenía esculpida y pintada con cal una letra: N-O-R; en el izquierdo: J-A-CK.

El escritor español permaneció más de un minuto con la mirada fija en la tumba, fascinado a la vez que emocionado por todo lo que significaba para él, y para la Historia, los restos que guardaba en su vientre aquel trozo de tierra.

—Supongo que quienes quieren vender la casa son los hijos de estos señores, ¿no...? —terminó preguntando.

—Ya le he dicho que no sé con exactitud quiénes son ahora los dueños. A mí me contrató como guarda un americano, creo que de Princeton, en septiembre del 91 y, desde entonces, he recibido todos los meses en mi banco el sueldo que acordamos. Si ese tenista está interesado en comprar la casa, me lo dice y yo cito a los comerciales de la agencia que lleva la venta. Ellos deben conocer, en buena lógica, al propietario o propietarios.

Media hora después de haber entrado en la finca, Dan abandonaba *Dream of Paradise*. Contento, muy contento. La “novela” tendría la guinda que le faltaba y él la satisfacción profesional de una espectacular investigación que, por desgracia, desde un punto de vista histórico quedaría reducida a un simple relato de ficción.

El guarda de la mansión, tras cerrar la verja a la salida de Foster, regresó con paso lento por el camino de las palmeras hacia la vivienda principal. A punto de llegar a ella, apareció en la puerta una anciana de expresión añeja, cabello de nieve, mirada dulce y labios sensuales a pesar de la edad. Su piel resistía con admirable heroicidad el acoso de las arrugas y los senos que se intuían a través de su generoso escote habían perdido turgencia pero no atracción. Cercano a su pómulo izquierdo poseía un pequeño y gracioso lunar negro que, junto a unos labios maquillados en rojo intenso, delataban todavía a la mujer con la que, muchos años atrás, soñó medio universo.

—¿Ha pasado el peligro, Jack?

—Creo que sí, Ardillita... Menos mal que Ricky, antes de morir, nos avisó de que ese tipo era muy listo y podía presentarse aquí algún día.

—¿Se ha ido convencido?

—Totalmente. El truco de la tumba es perfecto.

—Por cierto, ¿sabes qué día es hoy? —preguntó la bella y dulce anciana con una insinuante sonrisa en la boca al tiempo que bajaba los escalones contoneando el trasero como una corista veinteañera— ¿No te acuerdas...?

—Pues...no... No recuerdo...

—El aniversario... El aniversario de nuestra primera noche juntos.

—Fue ayer, Nor—le corrigió él totalmente convencido.

—De ayer, nada de nada. Cada día, hijo, tienes peor la cabeza.

—Que te digo que fue ayer, Ardillita... ¡Seguro!

—Bueno, la verdad es que fue ayer y hoy. Acuérdate, cielo... Empezamos a las once de la noche de ayer y terminamos... Terminamos no sé cuándo.

El apuesto anciano soltó una leve carcajada. Se acercó a ella y la abrazó al tiempo que la besaba con una perfecta aleación de ternura y deseo.

—¿Qué me pongo? —le planteó su encantadora compañera en tono picarón.

—Lo que te pusiste aquella noche... Lo que te has puesto siempre, cariño...Unas gotas de *Chanel n° 5*.

EPÍLOGO 2

“Juntos, la viuda del presidente y su hermano se arrodillaron ante el ataúd abierto. Ésta era la primera vez que la señora Kennedy veía a su marido desde que dejaron el Hospital Parkland. Ella puso tres cartas encima del cuerpo y Bobby su alfiler de corbata con el PT-109 y un rosario de plata labrada que le había regalado Ethel cuando se casaron.

Jackie se fijó con intensidad en el pálido rostro del cadáver, sus ojos se inundaron de lágrimas y su alma de un infinito dolor. Algunos segundos después, sus resechos labios acertaron a susurrar:

—¡No es Jack! ¡No es Jack! ¡No es Jack!

*“The death of a President” (1967)
William Manchester.*

FIN